

DNV
21554

kt. 211070

BIBLIOTECA REGIONAL



1400908

COLECCION

DE LOS MEJORES

AUTORES ESPAÑOLES.

—
TOMO XLV.

GUERRAS CIVILES

DE GRANADA.

1830

A. B. C. D. E. F. G. H. I. J. K. L. M. N. O. P. Q. R. S. T. U. V. W. X. Y. Z.

VIZ OMNI

THE GRANADA

PARIS.—EN LA IMPRENTA DE FAIN Y THUNOT,
Calle Racine, 28, cerca del Odeon.

GUERRAS CIVILES
DE GRANADA,

POR

GINÉS PEREZ DE HYTA,
VECINO DE MURCIA.

DOS PARTES EN UN TOMO.



PARIS.

BAUDRY, LIBRERÍA EUROPEA,
3, QUAI MALAQUAIS, AU PREMIER ÉTAGE,
CERCA DEL PUENTE DES ARTS.

—
1847

J. Cisante López Jiménez



GENERAL

DE

GINES PEREZ DE HITA

LIBRO EN BANDA

DOS PARTES EN UN TOMO



PARIS

BAUDRY, LIBRERIA EUROPEA

2, QUAI MARRAIGNE, ANCIENNE PLACE

DE LA BASTILLE, PARIS

1847

GUERRAS CIVILES DE GRANADA.

PARTE PRIMERA.

GUERRAS CIVILES ENTRE ZEGRIES Y ABENCERRAGES,

CABALLEROS MOROS DE GRANADA,

Y BATALLAS PARTICULARES QUE HUBO EN LA VEGA ENTRE MOROS Y CRISTIANOS,

HASTA QUE EL REY DON FERNANDO V LA GANÓ.



CAPITULO I.

En que se trata de la fundacion de Granada, y los reyes que hubo en ella, con otras muchas cosas tocantes á la historia.

La ínclita y famosa ciudad de Granada fué fundada por una muy hermosa doncella, hija ó sobrina del rey Hispan. Fué su fundacion en una bella y espaciosa vega, junto de una sierra llamada Elvira, porque tomó el nombre de la fundadora Infanta, la cual se llamaba Liberia, dos leguas de donde ahora está, junto de un lugar que se llamaba Arbuler, que en arábigo se decia Arbulut. Despues de pasados algunos años, les pareció á los fundadores de ella que no estaban allí bien por ciertas causas, y fundaron la ciudad en la parte donde ahora está, junto á Sierra Nevada, en medio de dos hermosos rios, llamado el uno Genil y el otro Darro, los cuales son de la nieve que se derrite en la sierra. De Darro se coge oro muy fino, de Genil plata; y no es fábula, que yo el autor de esta relacion lo he visto coger. Fundóse aquí esta insigne ciudad encima de tres cerros, como hoy se parece, adonde se fundaron tres castillos: el uno está á la vista de la hermosa vega y el río Genil, la cual vega tiene ocho leguas de largo y cuatro de ancho, y por ella atraviesan otros dos rios, aunque no muy grandes: el uno se dice Veiro y el otro Monachil. Comiézase la Vega desde la falda de la Sierra Nevada, y vá hasta la fuente del Pino, y pasa mas adelante de un grand soto, que se llama el Soto de Roma, y esta fuerza se nombra Torres Bermejas. Hízose allí una gran poblacion llamada el Antequeruela. La otra fuerza ó castillo está en otro cerro junto á este, un poco mas alto, la cual se llamó la Alhambra, casa muy fuerte, y aquí hicieron los reyes su casa real. La otra fuerza se hizo en otro cerro, no lejos del Alhambra, y llamóse Albaicin, donde

se hizo gran poblacion. Entre el Albaicin y el Alhambra pasa por lo hondo el rio Darro, haciendo una ribera de árboles agradables. A esta fundacion no la llamaron los moradores de ella Iliberia como la otra, sino Granata, respecto á que en una cueva junto á Darro fué hallada una hermosa doncella que se decia Granata, y por eso se llamó la ciudad así; y despues de corrompido el vocablo se llamó Granada. Otros dicen que por la muchedumbre de las casas, y la espesura que habia en ellas que estaban juntas como los granos de la granada, y la nombraron así. Hízose esta ciudad famosa, rica y populosa, hasta el infeliz tiempo en que el rey don Rodrigo perdió á España, lo cual no se declara por no ser á propósito de nuestra historia: solo diremos como, despues de perdida España hasta las Asturias y confines de Vizcaya, siendo toda ella ocupada de moros, traídos por aquellos dos bravos caudillos y generales, el uno llamado el Tarif, y el otro Muza, asímismo quedó la famosa Granada ocupada de moros, y llena de gente de Africa. Mas hállase una cosa; que de todas las naciones moras que vinieron á España, los caballeros mejores y principales, y los mas señalados de aquellos que siguieron al general Muza, se quedaron en Granada, y la causa fué su hermosura y fertilidad, pareciéndoles bien su gran riqueza, asiento y fundacion; aunque el capitan Tarif estuvo muy bien con la ciudad de Córdoba, y su hijo Balagis con Sevilla, de donde fué rey, como dice la crónica del rey don Rodrigo. Mas yo no he hallado que en la ocupacion de Córdoba, de Toledo, Sevilla, Valencia, Murcia, ni otras ciudades poblasen tan nobles ni tan principales caballeros, ni tan buenos linages de moros como en Granada; para lo cual es menester nombrar algunos de estos linages, y de donde fueron naturales, aunque no se digan ni declaren todos, por no ser prolijo. Poblada Granada de las gentes mejores del Africa, no por eso dejó la insigne ciudad de pasar adelante con sus muy grandes y soberbios edificios, porque siendo gobernada de reyes de valor y muy curiosos que en ella reinaron, se hicieron grandes mezquitas y muy ricas cercas, fuertes muros y torres, porque los cristianos no la tornasen á ganar; y hicieron muy fuertes castillos, y los reedificaron fuera de las murallas como hoy dia parecen. Hicieron el castillo de Bibatambien, fuerte con su caba y puente levadiza. Hicieron las torres de la puerta Elvira, y las del Alcazaba y plaza de Vibalbulut, y famosa torre del Aceituno, que está camino de Guadix, y otras muchas cosas dignas de memoria, como se dirá en nuestro discurso. Bien pudiera traer aquí los nombres de todos los reyes moros que gobernaron y reinaron en esta insigne ciudad, y los califas, y aun los de toda España; mas por no gastar tiempo, no diré sino de los reyes moros que por su órden la gobernaron, y fueron conocidos por reyes de ella, dejando á parte los califas pasados y señores que hubo, siguiendo á Esteban Gariba y yá Camaloa.

El 1^{er} rey moro que Granada tuvo se llamó Mahomad Alhamar: este reinó en ella veinte y nueve años y mas meses; acabó año de 1262.

El 2^o rey de Granada se llamó, así como su padre, Mahomad Mir Almuzmelin. Este labró el castillo del Alhambra, muy rico y fuerte, como hoy se parece; reinó treinta y seis años, y murió año de 1302.

El 3^{er} rey de Granada se llamó Mahomad Abenhalamar : á este le quitó el reino un hermano suyo , y le puso en prision , habiendo reinado siete años : acabó año de 1309.

El 4^o rey de Granada fué llamado Mahomar Abenazar : á este le quitó el reino un sobrino suyo llamado Ismael , año de 1313 : reinó seis años.

El 5^o rey de Granada se llamó Ismael : á este mataron sus deudos y vasallos , mas fueron degollados los homicidas : reinó nueve años , y acabó año de 1324.

El 6^o rey de Granada se llamó Mahomad : á este tambien le mataron los suyos á traicion ; reinó diez años , y acabó año de 1334.

El 7^o rey de Granada se llamó Iusef Abenhamet : tambien fué muerto á traicion : reinó once años , y acabó año de 1343.

El 8^o rey de Granada fué llamado Mahomad Lagús : á este le despojaron del reino despues de haber reinado doce años , y acabó año de 1357 , por aquella vez que reinó.

El 9^o rey de Granada se llamó Mahomad Abenhamar , VII de este nombre : á este le mató el rey don Pedro en Sevilla , sin culpa , habiendo ido á perderle amistad y favor : matóle el mismo rey don Pedro por su mano con una lanza , y mandó matar á otros que iban con este rey : habiendo reinado dos años , acabó año de 1359. Fué enviada su cabeza en forma de presente á la ciudad de Granada.

Tornó á reinar Mahomad Lagús en Granada , y reinó en las dos veces veinte y nueve años : la primera vez doce , y la segunda diez y siete : acabó año 1376.

El 10^o rey de Granada se llamó Mahomad Ovadiz , y reinó tres años pacífico , y acabó año de 1379.

El 11^o rey de Granada se llamó Iusef , II de este nombre , el cual murió con veneno que el Rey de Fez le envió puesto en una aljaba ó marlota de brocado : reinó tres años , y acabó año de 1382.

El 12^o rey de Granada fué llamado Mahomad Abenhamar : reinó once años , acabó año de 1394. Su muerte fué de una camisa que se puso empouzoñada con veneno.

El 13^o rey de Granada fué llamado Iusef , III de este nombre : reinó quince años : murió año de 1409.

El 14^o rey de Granada fué llamado Mahomad Abenazar , el Izquierdo. Habiendo reinado este cuatro años , le desposeyeron del reino año de 1413.

El 15^o rey de Granada fué llamado Mahomad , el Pequeño ; á este le cortó la cabeza Abenazar el Izquierdo , arriba dicho , porque le tornó á quitar el reino por órden de Mahomad Catraz , caballero Abencerrage : reinó este Mahomad el Pequeño dos años , y acabó año de 1413.

Tornó á reinar Abenhamar el Izquierdo , el cual fué otra vez despojado del reino por Iusef Abenalmo , su sobrino : reinó este rey tres años la última vez , y acabó año de 1418.

El 17^o rey de Granada se llamó Abenocin , el Cojo. En tiempo de este sucedió aquella sangrienta batalla de los Alporchones , reinando don Juan el II. Y pues nos viene á cuento , trataremos de esta batalla , antes de pasar adelante con la cuenta de los reyes moros de Granada. Es á saber,

que segun se halla en las crónicas antiguas, así castellanas como arábicas, este rey Abenocin tenia en su corte mucha y muy honrada caballería de moros, porque en Granada habia treinta y dos linages de caballeros, como eran Gomeles, Mazas, Zegríes, Venegas y Abencerrages; estos eran de muy claro linage: otros Maliques Alabeces, descendientes de los reyes de Fez y Marruecos, caballeros valerosos, de quien los reyes de Granada siempre hicieron mucha cuenta; porque estos Maliques eran alcaides en el reino de Granada, por tener de ellos mucha confianza, y así servian en las fronteras y partes de mayor peligro, como eran en Vera, el alcaide Malique Alabéz, bravo y valeroso caballero; en Velez el Blanco estaba un hermano suyo, llamado Mahomad Malique Alabéz; en Velez el Rubio habia otro hermano de estos alcaides muy valiente, y amigo de los cristianos; otro Alabéz habia alcaide de Jimena, y otro en Tirieza, frontera de Lorca, y cercana de Orze y Cuellar, Benamaviel, Castilleja, y Caniles, y en otros lugares del reino. Estos Maliques Alabeces eran alcaides, por ser todos, como hemos dicho, caballeros de estima. Sin estos habia otros caballeros en Granada muy principales, de quien los reyes de ella hacian grande cuenta, entre los cuales habia un caballero llamado Abidbar, del linage de Gomeles, caballero valeroso y capitan de la gente de guerra; y no hallándose sino en batallas contra cristianos, le dijo un dia al rey: « Señor, holgaria que tu alteza me diese licencia para entrar en tierra de cristianos, en los campos de Lorca, Murcia y Cartagena, que confianza tengo de venir con ricos despojos y cautivos. » El rey dijo: « Conocido tengo tu valor, y te otorgo licencia como lo pides; pero temo mal suceso, porque son muy soldados los cristianos de esas tierras que quieres correr. » Respondió Abidbar: « No tema vuestra alteza peligro, que yo llevaré conmigo tal gente y tales alcaides, que sin temor ninguno ose entrar, no digo en el campo de Lorca y Murcia, mas aun hasta Valencia me atreviera á entrar. » « Pues si ese es tu parecer, sigue tu voluntad, que mi licencia tienes. » Abidbar le besó las manos por ello, y fué á su casa y mandó tocar sus añafles y trompetas de guerra, al cual bélico son se juntó grande copia de gente bien armada para saber de aquel rebato. Abidbar, cuando vió tanta gente junta y tan bien armada, holgó mucho de ella, y les dijo: « Sabed, buenos amigos, que hemos de entrar en el reino de Murcia, de donde, placiendo al santo Alá, vendremos ricos: por tanto cada cual con ánimo siga mis banderas. » Todos respondieron que eran contentos; y así Abidbar salió de Granada con mucha gente de á caballo y peones; fué á Guadix, y habló al moro Almoradi, alcaide de aquella ciudad, el cual ofreció su compañía con mucha gente de á caballo y de á pié. También vino el alcaide de Almería, llamado Malique Alabéz, con mucha gente muy diestra en la guerra. De allí pasaron á Baza, donde estaba por alcaide Benariz, el cual tambien le ofreció su ayuda. En Baza se juntaron once alcaides de aquellos lugares á la fama de esta entrada del campo de Lorca y Murcia, y con aquella gente se fué el capitan Abidbar hasta la ciudad de Vera, donde era alcaide el bravo Alabéz Malique, adonde se acabó de juntar todo el ejército de los moros y alcaides que aquí se nombrarán.

El general Abidbar; Abenariz, capitan de Baza; su hermano Abenariz, capitan de la Vega de Granada; el Malique Alabéz, de Vera; Alabéz, alcaide de Velez el Blanco; Alabéz, alcaide de Velez el Rubio; Alabéz, alcaide de Almería; Alabéz, alcaide de Cuellar; otro alcaide de Huescar; Alabéz, alcaide de Orze; Alabéz, alcaide de Purchena; Alabéz, alcaide de Jimena; Alabéz, alcaide de Tirieza; Alabéz, alcaide de Caniles.

Todos estos Alabeces Maliques eran parientes, como ya es dicho; se juntaron en Vera, cada uno llevando la gente que pudo. Tambien se juntaron otros tres alcaides, el de Mojacar, el de Sorbas, y el de Lobrin: todos ya juntos se hizo reseña de la gente que se habia juntado, y se hallaron seiscientos de á caballo, aunque otros dicen que fueron ochocientos, y mil y quinientos peones: otros dicen que dos mil. Finalmente, se juntó grande poder de gente de guerra; y determinadamente á doce ó catorce de Mayo, año de mil cuatrocientos treinta y cinco, entraron en los términos de Lorca, y por la marina llegaron al campo de Cartagena, y lo corrieron todo hasta el rincon de San Ginés y Pinatar, haciendo grandes daños. Cautivaron mucha gente y ahogaron mucho ganado, y con esta presa se volvian muy ufanos; y en llegando al Puntaron de la Sierra de Aguaderas, entraron en consejo sobre si vendrian por la marina por donde habian ido, ó si pasarian por la vega de Lorca. Sobre esto hubo diferencia, y muchos afirmaban que fuesen por la marina, por ser mas seguro. Otros dijeron que sería grande cobardia, si no pasaban por la vega de Lorca á pesar de sus banderas. De este parecer fué Malique Alabéz, y con él todos los alcaides que eran sus parientes. Pues visto por los moros que aquellos valerosos capitanes estaban determinados de pasar por la vega, no contradijeron cosa alguna; y así las banderas enarboladas, y la presa en medio del escuadron, comenzaron á marchar la vuelta de Lorca, arrimados á la sierra de Aguaderas. Los de Lorca tenian ya noticia de la gente que habia entrado en sus tierras. Don Alonso Fajardo, alcaide de Lorca, habia escrito lo que pasaba á Diego de Ribera, corregidor de Murcia, que luego viniese con la mas gente que pudiese. El corregidor no fué perezoso, que con brevedad salió de Murcia con setenta caballos y quinientos peones, toda gente de valeroso ánimo y esfuerzo; y juntóse con la gente de Lorca, donde habia doscientos caballos, y mil y quinientos peones, gente muy valerosa. Tambien se halló con ellos Alonso de Lison, caballero del hábito de Santiago, que era á la sazón castellano en el castillo y fuerza de Aledo. Llevó consigo nueve caballos y catorce peones, que del castillo no se pudieron sacar mas. En este tiempo los moros caminaron á gran priesa, y llegando enfrente de Lorca, cautivaron un caballero llamado Quiñonero, que habia salido á requerir el campo; y como ya la gente de Lorca y Murcia venian á priesa y los moros los vieron, se maravillaron viendo junta tanta caballería, y no podian creer que en solo Lorca hubiese tanta lucida gente. Y Malique Alabéz, capitan y alcaide de Vera, le preguntó á Quiñonero, habiéndole quitado el caballo y armas, esta pregunta:

ALABÉZ.

Anda, cristiano cautivo,
 Tu fortuna no te asombre,
 Y dinos luego tu nombre
 Sin temor de daño esquivo;
 Que aunque seas prisionero,
 Con el rescate y dinero,
 Si nos dices la verdad,
 Tendrás luego libertad.

QUIÑONERO.

Es mi nombre Quiñonero:
 Soy de Lorca natural,
 Caballero principal;
 Y aunque me sigue fortuna,
 No tengo pena ninguna,
 Ni se me hace de mal:
 Que la guerra es condicion,
 Que hoy soy tuyo, y ya confío
 Mañana podrás ser mio,
 Y sujeto á mi prision.
 Por tanto pregunta, y pide,
 Porque en toda tu pregunta
 Satisfaré sin repunta,
 Pues el temor no me impide.

ALABÉZ.

Trompetas se oyen sonar,
 Y descubrimos pendones,
 Y caballos, y peones
 Junto de aquel olivar:
 Y queria, Quiñonero,
 Saber de tí por entero,
 Qué pendones, y qué gente

Es la que aquí está presente,
 Con ánimo bravo y fiero.

QUIÑONERO.

Aquel pendon colorado,
 Con las seis coronas de oro,
 Muy bien muestra su decoro
 Ser de Lorca, y es nombrado;
 Y el otro que tiene un rey
 Armado por gran blason,
 Es de Murcia, y es pendon
 Que le conoce su rey,
 Traen gente belicosa,
 Con gana de pelear;
 Si quieres mas preguntar,
 No siento de esto otra cosa.
 Apercíbete al combate,
 Porque vienen á gran priesa
 Para quitarte la presa,
 Y dar fin en tu remate.

ALABÉZ.

Pues por priesa que se den,
 Ya querrá nuestro Alcoran,
 La Rambla no pasarán,
 Porque no les irá bien;
 Y si con valor extraño
 La Rambla pueden romper,
 Muy bien se puede entender,
 Que ha de ser por nuestro daño.
 Pues al arma, que ellos vienen,
 Y en nada no se detienen:
 Tóquese el son y la zambra,
 Porque lleguen á la Alhambra
 Nuestras famas, y resuenen.

CAPITULO II.

En que se trata de la sangrienta batalla de los Alporchones, y la gente que en ella se halló de moros y cristianos.

Apenas el capitán Malique Alabéz acabó de decir estas palabras, cuando el escuadrón de los cristianos acometió con tanta braveza y pujanza, que á los primeros encuentros, á pesar de los moros que lo defendían, pasaron la Rambla. No por eso los moros mostraron punto de corbardía, antes tuvieron mas ánimo peleando. Quiñonero, como vió la batalla revuelta, llamó á un cristiano, que cortase la cuerda con que estaba atado; y siendo libre, al punto tomó una lanza de un moro muerto, un caballo y una adarga, y con valor muy crecido, como era valiente caballero, hacia maravillas. A esta sazón los valerosos capitanes moros, en especial los Maliques Alabeces, se mostraron con tanta fortaleza, que los cristianos estuvieron á punto de pasar la Rambla contra su vo-

luntad; lo cual visto por Alonso Fajardo, y Alonso de Lison, y Diego de Ribera, y los principales caballeros de Murcia y Lorca, pelearon tan valerosamente, que los moros fueron rompidos, y los cristianos hicieron muy notable daño en ellos. Los valientes Alabéz, y Almoradi, capitán de Guadix, tornaron á juntar gente, y con grande ánimo volvieron sobre los cristianos con bravo ímpetu y fortaleza. ¡Quién viera las maravillas de los capitanes cristianos! Era cosa de ver la braveza con que mataban y herian en los moros. Abenariz, capitán de Baza, hacia gran daño en los cristianos, y habiendo muerto á uno de una lanzada, se metió por enmedio de la batalla haciendo cosas muy señaladas; mas Alonso de Lison, que le vió matar aquel cristiano, de cólera encendido procuró vengar su muerte, y así con grande presteza fué en seguimiento de Abenariz, llamándole á grandes voces, que le aguardase. El moro revolvió á mirar quien le llamaba; y visto, reconoció que aquel caballero era de valor, pues traia en su escudo aquella encomienda de Santiago, y entendiendo llevar de él buenos despojos á Baza, le acometió con gran ímpetu; pero el caballero Lison se defendió con gran destreza, y ofendió y acosó de suerte al moro, que en poco rato le hirió en dos partes; y como se vió tan herido, se encendió en mas cólera, y procuró la muerte del contrario: mas muy presto halló en él la suya, porque Lison le cogió en descubierto de la adarga un golpe por los pechos, tan fuerte, que no aprovechando la cota le metió la lanza por el cuerpo, y al momento cayó el moro muerto del caballo. El caballo de Lison quedó mal herido; por lo cual le convino tomar el caballo del alcaide de Baza, que en extremo era bueno, y se entró en el mayor peligro de la batalla, diciendo á voces: ¡*Santiago, y á ellos!* El famoso Alonso Fajardo andaba entre los moros, y el corregidor de Murcia asimismo, que era cosa de maravilla, y tanto pelearon los de Murcia y Lorca, que los moros fueron segunda vez rompidos; mas el valor de los caballeros granadinos era grande, y pelearon fuertemente; y como tenían tan fuertes caudillos, asistian á la batalla con mucho ánimo; y era tan grande el valor y esfuerzo de Alabéz, que en un punto tornó á juntar su gente, y volvió á la lid, como si no hubieran sido rotos alguna vez. La batalla estaba tan sangrienta, que era admiracion, porque habia tantos cuerpos de hombres y caballos muertos, que apenas podian andar; pero no por eso dejaban de pelear con mucho esfuerzo ambos ejércitos. El valiente Alabéz hacia por su persona grandes estragos en los cristianos; lo cual visto por Alonso Fajardo, valeroso soldado, y alcaide de Lorca, se maravilló de ver la pujanza del moro, y arremetió con él con tanta braveza, que el moro se espantó, y sintió bien su valor; pero como no habia en él cobardía, resistió con ánimo la fortaleza de Fajardo, dándole grandes botes de lanza, que á no ir bien armado el alcaide, muriera allí, porque le sirvieron de poco las fuerzas, por ser mayores las de Alonso Fajardo; y habiendo el invencible y valiente alcaide quebrado su lanza, en un instante puso mano á su espada, y con un valor nunca visto se fué para Alabéz, y con tanta velocidad y presteza, que no pudo el gallardo moro aprovecharse de la lanza y la perdió, y

puso mano al alfanje para herir á Alonso Fajardo : mas el valeroso alcaide , no mirando el peligro que le seguia , cubierto con su escudo arremetió con Alabéz , y le dió un golpe sobre la adarga , que le cortó gran pedazo de ella , y asiósele tan fuertemente con la mano izquierda , que casi le desencajó de la silla ; y Alabéz , que le vió tan cerca , le tiró un golpe á la cabeza pensando acabar con él , y si Fajardo no le hurtara el cuerpo , le hiriera ; y en esta ocasion cayó el caballo del moro , porque estaba desangrado , y no se podia tener. Apenas Alabéz estuvo en el suelo , cuando los peones de Lorca le cercaron maltratándole. Alonso Fajardo , como vió al moro en tal estado , se apeó , y fué á él , y echóle los brazos encima con tal fuerza , que Alabéz no pudo ser señor de sí. Los peones entonces arremetieron con él , y le prendieron , y Alonso Fajardo mandó que le sacasen de la batalla , y así lo hicieron. Todavía andaba muy revuelta y sangrienta la batalla , y no parecia ninguno de los capitanes moros , lo cual causó en sus soldados mucha cobardía , y ya no peleaban como antes , ni con aquel brio. La gente de Lorca peleó belicosamente este dia , y no menos la de Murcia , que se vió bien su valor. El capitan Abidbar , como no vió ningun alcaide , ni capitan de los suyos , se salió de la batalla , y desde un alto miró su ejército , y le vió en mal estado ; y volviendo como un leon á la batalla , le dijeron unos soldados suyos : « ¿ Qué aguardas ? Ya no ha quedado ningun alcaide ni capitan moro : Alabéz de Vera está preso. » Oido esto por Abidbar , perdió la esperanza de la victoria , y así mandó tocar á recoger. Oyendo los moros la reseña se retiraron , y mirando por su general , le vieron ir huyendo por la sierra de Aguaderas , y ellos atemorizados le siguieron. Los cristianos les iban en alcance hiriéndolos , que de todos no se escaparon trescientos. Siguiéronlos hasta la fuente del Pulpi , junto á Vera , y este dia consiguieron los cristianos una singular victoria. Era dia de San Patricio , y Lorca y Murcia le celebran en memoria de la victoria. Volviéndose los cristianos alegres á Lorca , y cargados de despojos , Alonso Fajardo se llevó á su casa al capitan Malique Alabéz , y queriendo entrarle preso por un postigo de un huerto , le dijo Alabéz : « No soy hombre de baja suerte , que he de entrar por ahí , sino por la puerta real de la ciudad ; » y porfió tanto , que enojado Fajardo le hirió de muerte. Este fué el fin de aquel capitan y alcaide de Vera. Murieron en la batalla doce alcaides Alabeces , parientes del Alabéz de Vera , y dos hermanos suyos , alcaides de Velez el Blanco , y Rubio , y murieron ochocientos moros. De los cristianos murieron cuarenta , y hubo doscientos heridos. Quedaron los de Lorca y Murcia muy gozosos con la victoria que nuestro Señor , por la intercesion de su santísima Madre , les concedió. Volvamos al capitan Abidbar que fué huyendo de la lid. Como llegó á Granada , y el rey supo lo que habia pasado , le mandó degollar , porque no murió como caballero en la batalla , pues él fué por caudillo. Sucedió esta batalla , reinando en Castilla el rey don Juan el II , y en Granada Albenocin XVII , como está dicho , el cual reinó ocho años , y fué despojado del reino año de 1473. Por esta batalla de los Alporchones se hizo aquel romance antiguo , que se dice de esta suerte :

Allá en Granada la rica
Instrumentos oí tocar
En calle de los Gomeles,
A la puerta de Abidbar :

El cual es moro valiente,
Y muy fuerte capitan ;
Mandó juntar muchos moros
Bien diestros en pelear,

Porque en el campo de Lorca
Se determinan de entrar.
Con él salen tres alcaides,
Aquí los quiero nombrar :

Almoradi de Guadix,
Ese de sangre real ;
Abenariz es el otro,
Y de Baza natural ;

Y de Vera es Alabéz,
De esfuerzo muy singular,
Y en cualquier guerra su gente
Bien la sabe acaudillar :

Todos se juntan en Vera
Para ver lo que harán ;
El campo de Cartagena
Acuerdan de saquear.

A Alabéz por ser valiente
Le hacen su general,
Otros doce alcaides moros
Con ellos juntado se han.

Van por la fuente del Pulpi,
Por ser secreto lugar,
Y por el puerto, los peones
Por la orilla de la mar.

En campos de Cartagena
Con furor fueron á entrar,
Cautivaron mil cristianos,
Que era cosa de espantar.

Todo lo corren los moros,
Sin nada se les quedar ;
El rincon de San Ginés,
Y con ellos el Pinar.

Cuando tuvieron gran presa,
Hácia Vera vuelto se han,
Y en llegando al Puntaron
Consejo tomado han,

Si pasarian por Lorca,
O si irian por la mar.
Alabéz, como es valiente,
Por Lorca quiere pasar,

Por tenerla muy en poco,
Y por hacerla pesar ;
Y así con toda su gente
Comenzaron de marchar.

Lorca y Murcia lo supieron,
Luego los van á buscar,
Y el comendador de Aledo,
Que Lison suelen llamar.

Junto de los Alporchones,
Allí los van á alcanzar,
Y el comendador de Aledo
No dejaba de marchar.

Cautivaron un cristiano,
Caballero principal,
Al cual llaman Quiñonero,
Que de Lorca es natural.

Alabéz, que vió la gente,
Comienza de preguntar :
Quiñonero, Quiñonero,
Dirasme tú la verdad ;

Pues eres buen caballero,
No me la quieras negar :
Qué pendones son aquellos
Que están en el olivar ?

Quiñonero le responde,
Tal respuesta le fué á dar :
Lorca y Murcia son, señor,
Lorca y Murcia son, no mas ;

Y el comendador Aledo,
De valor mas singular,
Que de la francesa sangre
Es su prosapia real :

Los caballos traen gordos,
Ganosos de pelear.
Allí respondió Alabéz,
Lleno de rabia y pesar :

Pues por gordos que los traigan,
La Rambla no pasarán,
Y si ellos la Rambla pasan,
Alá, y qué mala señal !

Estando en estas razones
Ha llegado el mariscal,
Y el buen alcaide de Lorca
Con esfuerzo muy sin par.

Aquel alcaide Fajardo,
Valeroso en pelear :
La gente traen valerosa,
No quieren mas aguardar.

A los primeros encuentros
La Rambla pasado han ;
Y aunque los moros son muchos,
Allí lo pasan muy mal.

Mas el valiente Alabéz
Hace gran plaza y lugar :
Tantos cristianos mataba,
Que es dolor de lo mirar.

Los cristianos son valientes,
Nada les puede ganar ;
Tantos matan de los moros,
Que era cosa de espantar.

Por la sierra de Aguaderas,
Huyendo sale Abidbar
Con trescientos de á caballo,
Que no pudo mas sacar.

Fajardo prendió á Alabéz
Con esfuerzo singular,
Quitó la cabalgadura,

Que en riqueza no hay su par :
Abidbar llegó á Granada,
Y el rey lo mandó matar,

Este fin es el que tuvo esta sangrienta batalla de Alporchones; vamos ahora á la cuenta de los reyes moros de Granada. Ya hemos dicho de Albenozin, que fué el 17° en tiempo del cual pasó la batalla de los Alporchones : este reinó ocho años, y fué despojado del reino año 1453.

El rey 18° de Granada fué Ismael, y este le quitó el reino á Albenozin, como está dicho. En tiempo de este Ismael murió Garcilaso de la Vega en una batalla que los moros tuvieron con los cristianos : reinó este Ismael doce años, y acabó año de 1463.

El 19° rey de Granada se llamó Muley Hazen ; otros le llamaron Alborzen : este fué hijo del susodicho Ismael. En tiempo de este pasaron grandes cosas en Granada y su vega : tuvo un hijo llamado Boabdilin, y tuvo, segun cuenta el arábigo, otro hijo bastardo, llamado Muza. Este le hubo en una cristiana cautiva : tuvo un hermano llamado Boabdilin, así como el hijo del rey. Este infante era muy querido de los caballeros de Granada, y muchos por estar mal con el rey su padre le alzaron por rey de Granada ; por lo cual le llamaron el rey Chiquito. Otros caballeros siguieron la parte del rey, de manera que en Granada habia dos reyes, padre é hijo, y cada dia habia muy grandes bandos entre los dos reyes, por donde sucedian muchas muertes : unas veces amigos, otras enemigos. De esta suerte se gobernaba el reino, y no por eso se dejaba de continuar la guerra contra cristianos. Este rey, padre del rey Chico, estaba siempre en el Alhambra, y el Chico en el Albaizin, y ausente el uno, mandaba y gobernaba el otro ; mas el rey viejo fué el que adornó é hizo muy magníficas las cosas de Granada, é hizo grandes y suberbios edificios, por ser muy rico. Mandó labrar de todo punto la famosa Alhambra, fábrica muy costosa : hizo la famosa torre de Comares ; y el cuarto de los Leones llamóse así, porque en medio dél, que es largo y ancho, hay una fuente de doce leones de alabastro, riquísimamente obrada. Todo el cuarto está solado de muy lucidos azulejos, labrado á lo moro. Asimismo hizo este rey muchos estanques de agua en la misma Alhambra, y los algibes del agua tan nombrados. Hizo la torre de la Campana, de la cual se descubre toda la ciudad de Granada y su vega. Hizo un maravilloso bosque junto del Alhambra, debajo de los miradores de la misma casa real, donde hoy se parecen muchos venados y conejos. Mandó labrar los Alijares de oro azul de mazonería, á lo moro. Era tan costosa esta obra, que el artifice que la labraba ganaba cada dia cien doblas. Mandó hacer encima del cerro de Santa Elena, que así se nombra hoy aquel cerro, una casa de placer muy rica. Hizo la casa de las gallinas á propósito de aquel menester. Orilla de Genil tenia este rey, encima del rio Darro, un jardin muy deleitoso, llamado Generalife, en el cual hay diversidad de frutas, fuentes de alabastro, bien obradas plazas, y calles hechas de menudos arrayanes. Hay labrada una muy rica casa con muchas salas, aposentos, balcones y ventanas doradas, y en la sala principal retratados por grandes

pintores todos los reyes moros de Granada hasta su tiempo, y en otra sala todas las batallas que habia tenido con los cristianos; todo tan al vivo, que era cosa admirable. Por estas obras, y otras tales, que habia hecho en la ciudad de Granada, adornadas de tanta perfeccion, hizo el rey don Juan el I^o aquella pregunta al moro Abenamar, el viejo, estando en el rio Genil, que dice así:

Abenamar, Abenamar,
Moro de la Morería,
El dia que tú naciste
Grandes señales habia.
Estaba la mar en calma,
La luna estaba crecida.
Moro que en tal signo nace
No debe decir mentira.
Allí respondiera el moro,
Bien oireis lo que decia:
No te la diré, señor,
Aunque me cueste la vida,
Porque soy hijo de un moro,
Y una cristiana cautiva.
Siendo yo niño, y muchacho,
Mi madre me lo decia,
Que mentira no dijese,
Que era grande villanía:
Por tanto pregunta, rey,
Que la verdad te diria.
Yo te agradezco, Abenamar,
Aquesta tu cortesía:
¿Qué castillos son aquellos?

Altos son, y relucian.
El Alhambra era, señor,
Y la otra la Mezquita:
Los otros los Alijares,
Labrados á maravilla.
El moro que los labraba
Cien doblas ganaba al dia:
El dia que no labraba
Otras tantas se perdia.
El otro es Generalife,
Huerta que par no tenia;
El otro Torres Bermejas,
Castillo de gran valia.
Allí habló el rey don Juan,
Bien oiréis lo que decia:
Si tú quisieses, Granada,
Contigo me casaria;
Daréte en arras y dote
A Córdoba y á Sevilla.
Casada soy, rey don Juan,
Viuda no lo seria;
El moro que aquí me tiene
Muy grande bien me queria.

Mostraban tanta suntuosidad y fortaleza los edificios de Granada y Alhambra, que admiraba, y hoy son fortísimos. Estaba tan rico, próspero y bien afortunado el rey Mulahazen, que en las morismas no habia otro tan poderoso, fuera del gran turco, si la fortuna no le derribara del trono en que estaba, como adelante se dirá. Era servido de caballeros de mucha estima y de sangre real, porque habia en Granada treinta y dos linages de caballeros moros, sin otros muchos poderosos, descendientes de aquellos nobles de Africa que ganaron á España. Y porque será justo nombrarlos á todos, y de qué reinos y provincias eran naturales, se dirá todo por estenso, para que se considere la gran nobleza que á la sazón habia en Granada.

CAPITULO III.

En que se declaran los nombres de los nobles caballeros moros de Granada, de los treinta y dos linages, y otras cosas que pasaron en Granada. Asimismo se nombran todos los lugares que estaban en aquel tiempo debajo de la corona de Granada.

Ya que hemos tratado de algunas de las cosas de la ciudad de Granada y de sus edificios, diremos de los preciados caballeros que en ella vivian, y de las villas, lugares, castillos y ciudades que estababan sujetos á la real corona de Granada; para lo cual comenzaremos por los caballeros, de esta manera nombrados por sus nombres: Almoradíes, de Marruecos; Alabeces, Alarbes; Bencerrages, id.; Alfaquíes, de Fez; Gazules, Alarbes; Barragis, de Fez; Venegas, de id.; Zegríes, de id.; Mazas, de id.; Gomeles, de Velez de la Gomera; Abencerrages, de Marruecos; Albayaldes, de id.; Abenamares, de id.; Aliatares, de id.; Almadenes, de Fez; Audalas, de Marruecos; Hacenes, de Fez; Laugeres, id.; Azarques, de id.; Alarifas, de Velez de la Gomera; Abenhamines, de Marruecos; Zulemas, de id.; Sarracinos, de id.; Mofarix, de Tremecen; Abedhoares, de id.; Almanzores, de Fez; Abidbares, de id.; Alhamares, de Marruecos; Reduanes, de id.; Aldoradines, de id.; Alabezes Maliques, de Marruecos, descendientes del Almohabéz Malique, rey de Cuco.

Los lugares del reino y vega de Granada son estos: Granada, Cogollos, Alfacar, Colomera, Alhedín, los Padules, Gabia la Grande, Isnalloz, Maracena, Albabia, Gavia la Chica, la Zubia, Alhama, Arbolote, Moclín, Illora, Loja y Lora, Monte Frio, Guadahortuna, la Malá, Pinos, Alcalá Real, Cardela, Huelma.

Los lugares de Baza son: Baza, Bezalema, Castilleja, Galera, Velez el Blanco, Tirieza, Zujar, Crastil, Huescar, Cuellar, Velez el Rubio, Freila, Benamanuel, Orze, Cavillas, Xiquena, Tirieza.

Los del rio Almanzor son: Seron, Almuñecar, Urraca, Bertanga, Eria, Santoperat, Portilla, Cabrera, Sorbas, Alboteas, Serna, Tijola, Purchena, Mojar, Abenchez, Zucuyrin, Guercal, Tera, Teresa, Lobrin, Portaloza, Cuebro, Bayarque, Vicir, Turre, Cantaria, Ovaria, las Cuevas, Zurgena, Antes, Elvez, Uleya del Campo.

Los lugares del Filabres son: Filabres, Gergal, Vacares, el Voloduy, Sierro.

Los lugares del rio de Almería son: Almería, Vicar, Tenix, Guercal, Fenix, Pichona, Alhamalasec, Santa Cruz, Turpe, Rioja, Ragul, Meles, Cucija, Ochovez, Santa Fé, Ilar, Eficion, Marcena, Guenlejas, Almaneata, Abiatar, Lacumque, Catiyar.

Tabla de Andujar y Oxica: Castillo del hierro, Velote el alto, Inoa, Alcundiat, Berja, Veas, la Calahorra, Curiana, Canile aceytu, Lanjaron, Valor el chico, Tabernas, Guadix, la Poza, Fiñana, Dalias, Murrall, Cadiar, Potrox, Turon, las Albuñuelas, Guajaras altas, Guajaras bajas.

Estos y otros muchos lugares de las Alpujarras, Sierra-Bermeja y

Ronda, que no hay para que nombrarlos, estaban debajo de la real corona de Granada. Y pues hemos tratado de los lugares, será bien tratar de los caballeros moros, Maliques Alabeces, el cual linage era muy estimado y tenido de los reyes de Granada y de todos; y es de saber, que como Miramamolín el de Marruecos convocase á todos los reyes de Africa para ir á España, cuando totalmente fué destruida hasta las Asturias, vino un rey llamado Abderiame, y este trajo tres mil hombres de pelea: vino otro llamado Muley Abcali, y en su compañía otros veinte y cinco reyes moros, los cuales trajeron grande poder de gente, y entre estos reyes vino uno llamado Mahomad Malique Almohabéz, cuyo era el gran reino de Cuco, y traía consigo tres hijos valerosos, llamados Maliques Almohabeces, todos los cuales reyes y sus vasallos conquistaron á España. Y en aquella gran batalla en que se perdió el rey don Rodrigo y la flor de los caballeros de España, á manos del infante don Sancho murió el rey Malique Almohabéz, y sus tres hijos anduvieron en las guerras todos los ocho años que duraron, hasta que se apoderaron los moros de casi toda España. Y acabada la guerra el mayor de los hermanos pasó á Africa, rico de despojos, al reino de su padre, do fué rey, y los hijos de este fueron reyes de Fez y Marruecos, y uno de los reyes de Fez tuvo uno llamado el infante Abomelique, el cual pasó á España en tiempo que los reyes de Castilla tenían guerra con los reyes de Granada. Fué Abomelique rey de las Algeciras, Ronda y Gibraltar, respecto á que fué ayudado de sus parientes, porque habian quedado en la ciudad de Granada descendientes de aquellos hijos del valiente rey Almohabéz, que como arriba es dicho, uno se volvió á su tierra y reino, y los otros dos se quedaron en Granada, por parecerles la tierra muy amena y agradable; y quedaron muy ricos de los despojos de la guerra de España. Fuéronles dadas grandes partes y haciendas en Granada: sabiendo cuyos hijos eran, especialmente por el valor de sus personas que era muy grande, emparentaron con otros claros linages de la ciudad, que se decian los Almoradines: sirvieron á sus reyes muy bien en todas las ocasiones que se les ofrecieron. Y así estos y los Abencerrages eran los mas esclarecidos y tenidos linages, aunque tambien habia otros tan buenos como ellos, como eran los Zegríes, Gomeles, Mazas, Venegas, Almoradis, Almohades, Marines y Gazules, y otros muchos. Finalmente, con el favor de estos caballeros Maliques Alabeces, que así fueron llamados, el infante Abomelique de Marruecos alcanzó en el reino de Granada á ser rey de Ronda, de las Algeciras y Gibraltar, como está dicho. Volviendo, pues, al propósito de nuestra historia, como dice el arábigo, el rey de Granada Mulahacen, de quien ahora tratamos, se servia de los caballeros mas principales de la ciudad, con los cuales tenia su corte próspera, y sus tierras pacíficas, y hacia guerra á los cristianos, y era de todos muy temido, hasta que su hijo Aboabdilí fué grande, y entre él y el padre hubo grandes diferencias, y el hijo fué alzado por rey en favor de los caballeros de Granada que estaban mal con su padre, por ver los agravios que de él habian recibido: otros seguian la parte del padre. De aquesta manera andaban las cosas de la ciudad y reino de Granada, y no por eso dejaba de estar en su punto,

siendo bien gobernada y regida : y es de saber, que de los treinta y dos linages de caballeros que habia en Granada, los que sustentaban la corte eran los que aquí nombraremos, porque hace mucho al caso á nuestra historia, así como lo escribe el moro Abenhamin, historiador de aquellos tiempos, desde la entrada de los moros en España ; pero este Abenhamin tuvo cuidado de recoger los papeles y escrituras que trataban de Granada, y su fundacion primera y segunda, y los caballeros que mas se estimaban en Granada eran los siguientes : Alhamares, Abencerrages, Llegas, Abenamares, Almoradis, Gomeles, Mazas, Gazules, Alabeces, Venegas, Zegríes.

Los caballeros Abencerrages eran muy estimados, por ser de esclarecido linage, descendientes de aquel valeroso capitan Abencerrage que vino con Muza en tiempo de la gran derrota de España : de este y de dos hermanos suyos descendieron estos caballeros Abencerrages de sangre real. Hallaránse los hechos de estos insignes caballeros en las crónicas de los reyes de Castilla, á las cuales me remito. Los que tenian mayor amistad con estos caballeros eran los Maliques Alabeces, y el valiente Muza, hijo bastardo del rey Mulahazen. Era Muza muy valiente y robusto, y todos le amaban por su nobleza. A la sazón habia en Granada muchas fiestas, á causa de haber recibido la corona el rey Chico, aunque contra la voluntad de su padre, el cual vivia en el Alhambra, y el rey Chico en el Albaizin y Alcazaba, visitándole los caballeros mas principales, por quien habia recibido la corona, así Abencerrages como Gomeles y Mazas. Pasando estas cosas, el muy valeroso maestre de Calatrava don Rodrigo Tellez Giron, con mucha gente de á caballo y de á pié, entró á correr la vega de Granada y hizo en ella algunas presas; y no contento con esto, quiso saber si habia en Granada algun caballero que con él quisiese escaramuzear lanza por lanza; y sabiendo como en Granada hacian fiestas por la nueva eleccion del rey Chico, acordó de enviar un escudero con una letra suya al rey, el cual estaba en Generalife holgándose con muchos caballeros, y en llegando el escudero pidió licencia, y dióselas; y siendo en presencia del rey, hizo el acatamiento debido, y dió el recado de su señor el maestre. El rey lo recibió y lo hizo leer alto, que todos lo entendiesen, y decia así :

« Poderoso señor, tu alteza goce la nueva corona, que por tu valor se
 » te ha dado, con el próspero fin que deseas. De mi parte he sentido gran
 » contento, aunque diversos en leyes : mas confiado en la grande miseri-
 » cordia de Dios, que al fin tú y los tuyos vendreis al claro conocimiento
 » de la santa fe de Jesucristo, y querrás amistad con los cristianos. Y pues
 » ahora hay tantas fiestas por tu nueva corona, es justo que los caballeros
 » de tu corte se alegren y reciban placer, probando sus personas con el
 » valor que de ellos por el mundo se publica. Y así por este respeto yo y
 » mi gente hemos entrado en la vega, y la hemos corrido; y si acaso al-
 » guno de los tuyos quisiere salir al campo á tener escaramuza uno á uno,
 » déles tu alteza licencia para ello, que aquí aguardo en el Fresno gordo
 » cerca de tu ciudad. Y para esto doy seguro que de los míos no saldrán

» mas de aquellos que salieren de Granada para escaramucear. Cesó be-
 » sando tus reales manos.

» *El maestro don Rodrigo Tellez Giron.* »

Leida la carta, el rey con alegre semblante miró á todos sus caballeros, y viólos andar alborotados y con deseo de salir á la escaramuza, pretendiendo cada uno de ellos la empresa; y el rey, como los vió así andar, mandó que se sosegasen, y preguntó si era justo salir á la escaramuza que el maestro pedia, y todos respondieron que era causa muy justa salir, porque haciendo lo contrario serian reputados por caballeros de poco valor y muy cobardes, y sobre ello hubo muchos pareceres, sobre quién saldria á la escaramuza ó cuantos; y fué acordado que no fuese aquel dia mas de uno á uno á la escaramuza, que despues saldrian mas; y sobre quién habia de salir hubo muchas y grandes diferencias entre todos, de modo que fué necesario que entrasen en suerte doce caballeros, y que del que saliese primero de una vasija de plata su nombre escrito, que aquel saliese. Así acordado, los que fueron escritos para las suertes fueron los caballeros siguientes: Mahomad Abencerrage, el valiente Muza, Malique Alabéz, Mahomad Maza, Mahomad Almoradi, Albayaldos, Venegas Mahomet, Abenamar, Mahomad Gomel, Almadan, Mahomad Zegrí, el valiente Gazul.

Todos estos caballeros fueron señalados, y escritos sus nombres y echados en una vasija los revolvieron muy bien, y la reina sacó la suerte, y leida decia *Muza*. La alegría que sintió fué grande, y los demas caballeros envidia, porque cada uno de ellos se holgara en extremo ser el de la suerte, por probar el valor y esfuerzo del maestro. Y aunque despues de esto entre todos los caballeros fué conferido y debatido que mejor fuera salir cuatro á cuatro, ó seis á seis, no se pudo aceptar con Muza; y así luego se escribió al maestro una carta, y dándosela al escudero en respuesta de la que habia traído, le enviaron; y llegando á la presencia del maestro, le dió la carta del rey Chico, que decia así:

« Valeroso maestro, muy bien se muestra en tu virtud la nobleza de tu
 » sangre, y no menos que de tu bondad pudiera salir el parabien de mi
 » eleccion y real corona, lo cual me ha puesto en obligacion de acudir á
 » todo lo que á la amistad de un verdadero amigo se debe tener; y así me
 » obligo á todo aquello que de mí y de mi reino hubieres menester. Con
 » muy comedidas razones envias á pedir á mis caballeros escaramuza en
 » la Vega, por alegrar mi fiesta, lo cual agradezco grandemente. Entre
 » los principales caballeros de esta corte se echaron suertes por quitar di-
 » ferencias, á causa de que cada uno quisiera verse contigo; cayóle la
 » suerte á mi hermano Muza: mañana se verá contigo debajo de tu pa-
 » labra, que de ninguno de los tuyos será ofendido. Conocido tengo, que
 » será muy de ver la escaramuza por ser entre dos tan buenos caballeros.
 » Queda aquí para lo que cumpliere.

» *Audalá, rey de Granada.* »

Alegre fué el maestro con la respuesta del rey, y aquella noche se retiró

gran trecho la tierra adentro : mandó á su gente que estuviese con cuidado y vigilancia toda la noche, porque los moros no les diesen algun asalto. Venida la mañana se acercó á la ciudad, llevando para su guarda cincuenta caballeros y dejando el resto gran trecho apartado, avisándoles que estuviesen alistados por si los moros rompian la palabra de seguro que estaba dada : así estuvo aguardando á Muza para hacer con él batalla.

CAPITULO IV.

Que trata de la batalla que el valiente Muza tuvo con el maestro, y de otras cosas que tambien pasaron.

Así como el mensajero del valeroso maestro partió con la carta aceptando el desafio, el rey y todos los caballeros quedaron tratando de él y de otras cosas. La reina y las damas no holgaron del desafio, porque sabian bien que el valor del maestro era grande, y muy diestro en las armas, y á quien mas pesó de este desafio fué á la hermosa y discreta Fátima, del linage Zegrí, que amaba de secreto mucho á Muza; pero él adoraba á la hermosa Daraja, hija de Mahomet Alabéz, y hacia en su servicio señaladas cosas; mas Daraja no amaba á Muza, porque tenia todo su amor puesto en Abenjamar, caballero Abencerrage de mucho valor : el Abencerrage amaba á la hermosa Daraja, y la servia. Volviendo, pues, á Muza, aquella noche siguiente aderezó todo lo necesario para la batalla que habia de hacer, y la Fátima le envió con un page suyo un rico pendoncillo para la lanza, el medio morado, y el otro verde, todo recamado con riquísimas labores de oro, y sembradas por él muchas FF, que declaraban el nombre de Fátima. El page le dió á Muza diciendo : « Valeroso señor, Fátima, mi señora, os besa la mano, y os suplica pongais en vuestra lanza este peñoncillo en su servicio, porque será muy contenta si lo llevais á la batalla. » Muza tomó el pendoncillo mostrando muy buen semblante, porque era para con las damas cortés, aunque él mas quisiera que fuera de Daraja; pero por ser tan discreto como valiente, lo recibió diciendo al page : « Amigo, dí á la hermosa Fátima que tengo en muy grande merced y favor el pendoncillo que me envia, aunque en mí no haya méritos para prenda de tan hermosa dama, y que Alá me dé gracia para que la pueda servir, y que la prometo de ponerle en mi lanza, y de entrar con él en la batalla, porque sé que con tal prenda, y enviada de tal mano, será muy cierta la victoria de mi parte. » El page fué muy contento, y en llegando á Fátima le dijo todo lo que con el valiente Muza habia pasado, que no fué poca alegría para Fátima. Pues el alba no habia bien rompido, cuando Muza ya estaba aderezado de todo punto para salir al campo, y dando de ello aviso al rey, se levantó y mandó que tocasen las trompetas y clarines, al son de los cuales se juntaron muchos caballeros, sabiendo ya la ocasion de ello. El rey se aderezó aquel dia muy galan : llevaba una marlota de tela de oro, tan rica, que no tenia precio,

con tantas perlas y piedras de valor, que muy pocos reyes las pudieran tener tales. Mandó el rey que saliesen doscientos caballeros muy bien alistados, para pelear por la seguridad de su hermano Muza. Aun no eran los rayos del sol bien tendidos, cuando el rey Chico y su caballería salió por la puerta de Biealmazon, llevando á su lado á Muza, y con él los caballeros: iban tan gallardos que era muy de ver. No menos parecer y gallardía llevaban los demas caballeros de pelea, y parecian tan bien con sus adargas blancas, lanzas y pendoncillos, con tantas divisas y cifras en ellos, que era maravilla. Iba por capitán de la gente de guerra Mahoma Alabéz, gallardo y valiente caballero, y muy galán y enamorado de una dama llamada Cobayda. Llevaba este valiente moro un listón morado en su adarga, y en él por divisa una corona de oro, y una letra que decia: *De mi sangre*, dando á entender, que venia de aquel valeroso rey Almohabéz, que murió á manos del infante don Sancho; y la misma divisa llevaba el gallardo moro en su pendoncillo. Así salieron estas dos cuadrillas, y anduvieron hasta donde estaba el belicoso maestre con sus cincuenta caballeros aguardando, no menos aderezados que la contraria parte. Luego como llegó el rey tocaron sus clarines, y respondieron las trompetas del maestre. Despues de haberse mirado los unos á los otros, el valeroso Muza no veia la hora de verse con el maestre, y pidiendo licencia á su hermano el rey, salió con hermoso donaire y gallardía, mostrando en su aspecto el valor y esfuerzo que tenia. Llevaba el bravo moro su cuerpo bien guarnecido; sobre un jubón de armar una muy fina cota que llaman jazerina, y encima un peto fuerte, aforrado en terciopelo verde; sobre ella una rica marlota del mismo terciopelo, labrado con oro, y por ella sembradas muchas DD de oro, hechas en arabigo. Esta letra llevaba el moro por ser principio del nombre de Daraja, á quien él tanto amaba. El bonete era verde con ramos de oro labrado, y lazadas con las mismas DD. Llevaba una adarga hecha en Fez, y atravesado por ella un listón verde, y en el medio una cifra; y era una mano de una doncella, que apretaba con ella un corazón, del que salian gotas de sangre, con una letra que decia: *Mas merece*. Iba tan gallardo el valiente Muza, que cualquiera que le miraba quedaba aficionado á las galas. El maestre echó de ver luego que aquel era con quien habia de escaramucear, y mandó á todos sus caballeros que ninguno se moviese en su socorro, aunque le viesen puesto en necesidad; y fué poco á poco hácia donde venia el gallardo Muza. Iba el maestre bien armado, y sobre las armas una ropa de terciopelo azul, recamado de oro, el escudo verde en campo blanco, y en él puesta una cruz roja, la cual señal tambien llevaba en el pecho. El caballo era bueno, rucio rodado. Llevaba en la lanza un pendoncillo blanco, y en él la cruz roja, y debajo de ella una letra que decia: *Por esta y por mi rey*. Parecia tan bien, que en verle daba contento, y cuando el rey le vió dijo á los que con él estaban: «No sin causa este caballero tiene gran fama, porque en su talle y buena disposicion muestra el valor de su persona.» Llegaron los dos valientes caballeros cerca el uno del otro, y despues de haberse mirado muy bien, el que primero habló fué Muza: «Por cierto, valeroso caballero, que vuestra persona muestra bien claro ser vos

el que la fama publica; y así digo, que vuestro rey se puede tener por bien afortunado en tener un tan estimado caballero como vos sois; y por la fama que el mundo tiene de vos, yo me tengo por muy dichoso de entrar con vos en batalla, porque si Alá quisiese que alcanzase victoria de tan buen caballero, todas las glorias de él serian mias, que no poca honra y gloria sería para mí, y para todo mi linage; y si yo quedare vencido, no sentiré tanta pena, por serlo de tan buen caballero.» Con esto feneció el gallardo Muza sus razones, á las cuales respondió el valeroso maestre con mucha cortesía diciendo: «Por un recado que ayer recibí del réy, sé que os llaman Muza, de quien no menos fama se divulga que la que decís de mí, y que sois su hermano, descendiente de aquel esforzado y antiguo capitán Muza, que en tiempos pasados ganó gran parte de nuestra España; y así estimo tener con vos batalla; y pues cada uno de su parte desea la gloria y honra de ella, vengamos á ponerlas en ejecucion, dejando en manos de la fortuna el fin del caso, y no aguardemos á que se nos haga mas tarde.» El gallardo moro, que oyó aquellas razones al maestre, se sintió avergonzado por haber dilatado tanto tiempo la escaramuza, y sin responder palabra alguna, con mucha presteza rodeó su caballo, y apretándose el bonete en la cabeza, debajo del cual llevaba un muy fino y acerado casco, se apartó un gran trecho, y lo mismo habia hecho el maestre. A este tiempo la reina y todas sus damas estaban puestas en las torres del Alhambra, para desde allí mirar la fuerte escaramuza. Fátima estaba junto á la reina, juntamente con sus damas, ricamente vestida de damasco verde y morado, y era del propio color del pendoncillo que le habia enviado al valiente Muza: tenia por toda la ropa sembradas muchas MM griegas, por ser la primera letra de su amante Muza. El rey como vió apartados á los caballeros, y que aguardaban la señal de batalla, mandó tocar sus clarines, á los cuales respondieron las trompetas del maestre. Siendo la señal hecha, arremetieron los caballeros el uno para el otro con tan grande furia y braveza, que cada uno sintió el valor de su contrario en los encuentros que tuvieron; mas ninguno perdió la silla, ni hizo mudanza alguna: las lanzas no se quebraron, la adarga de Muza fué falseada, y el hierro de la lanza tocó en la fina coraza, y rompió parte de ella, y pasó en la jacerina, sin hacerle otro mal. El encuentro de Muza pasó el escudo al maestre, y el hierro de la lanza tocó en el peto fuerte, que á no serlo fuera herido. Los caballeros sacaron las lanzas, y con grande destreza comenzaron á escaramucear, rodeándose el uno al otro, procurando herirse; pero aunque era bueno el caballo del maestre, no era ligero como el del moro, á cuya causa no podia dar golpe á gusto, por andar Muza tan ligero; y así entraba y salia con velocidad el moro, dándole algunos golpes al maestre, el cual como vió la ligereza del caballo del contrario, acordó, fiando en la fortaleza de su brazo, de tirarle la lanza, y aguardó á que el moro le entrase, y viéndole cerca terció la lanza, y levantóse sobre los estribos, y con fortaleza jamás vista le arrojó la lanza. Muza quiso hurtarle el cuerpo y revolvió la rienda al caballo por huir del golpe; pero no lo hizo tan á su salvo, que llegando primero la lanza del maestre, le pasó el cuerpo al caballo: alborotóse sal-

tando, dando, vueltas y empinándose, y dando grandes corcovos; y visto por el moro, temiendo no le viniese algun daño por aquella causa, saltó en tierra, y con osado ánimo se fué al maestro para desjarretar el suyo, y de él entendido, saltó tan ligero como el viento; y embrazando el escudo, la espada desnuda se fué á Muza, el cual venia lleno de cólera y saña contra él, por haberle herido tan mal su caballo; y con una cimitarra fué á herir al maestro, el cual le ofendia bien y le maltrataba: peleando á pié, y cerca el uno del otro, se daban tan recios y desafortados golpes, que no bastaba fuerza de los escudos y de las armas, que con la fortaleza de sus brazos no se deshiciese y rompiese; y como el valeroso maestro era muy diestro y cursado en las armas, y mas fuerte que Muza, puesto que el moro era valiente y de animoso corazon, quiso mostrar donde llegaba su valor, y afirmando su espada sobre la cimitarra de Muza, fué al reparo, y el maestro con muy gran presteza le hirió en la cabeza sin poderlo remediar el gallardo moro: cortóle con la cuchillada la mitad del bonete, y vino el penacho al suelo; y si el casco no fuera tan fino, fuera la herida mas peligrosa, y quedó Muza casi aturdido del golpe; y viendo cuan á maltratar le traia el maestro, volviendo en sí acudió con su cimitarra con destreza, y descargó un golpe muy recio. El maestro lo recibió en el escudo, el cual fué cortado por medio, por ser fuerte el golpe que en él le dió, y le rompió asimismo la manga de la loriga, y le alcanzó á herir de una pequeña herida en el brazo, de la cual le salia mucha sangre, y fué causa de que el maestro se encendiese en cólera y saña, y queriendo vengarse, acometió con un golpe á Muza en la cabeza, el cual con presteza fué al reparo porque no le hiriera. El maestro, viendo que acudió al reparo, bajó la espada, y de revés le dió una herida en el muslo, que no le aprovechó la loriga que llevaba encima, para que no entrase la espada del maestro. De aquella suerte andaban los valerosos caballeros muy encarnizados, dándose muy grandes y fieros golpes. Quien mirara á la hermosa Fátima, conociera claro que amaba á Muza, porque así como vió el bravo golpe que el maestro dió á su amante y querido Muza, del cual le derribó el bonete y penacho, temió quedaba mal herido; y viendo el caballo muerto, no lo podia sufrir, y así de todo punto perdió su color con un desmayo cruel que le dió, y cayó sin sentido en el suelo. La reina mandó que la echasen agua en el rostro, y echándose la volvió en sí, y abriendo los ojos dió un suspiro, diciendo: «¡Oh Mahoma! ¿Porqué no te dueles de mí?» Y tornándose á amortecer, la mandó la reina llevar á su aposento, y que la regalasen. Jarifa, Daraja y Cobayda la llevaron con mucha presteza, haciendo muchos remedios, hasta que la bella mora volvió en sí, y les dijo á Daraja y á Jarifa que la dejasen sola, porque queria reposar un poco. Estas lo hicieron así, y se tornaron adonde estaba la reina mirando la escaramusa, que á la sazón estaba mas encendida, pero manifiesta en la ventaja que el maestro llevaba á Muza, por ser mas diestro en las armas; puesto que Muza era de grande esfuerzo y valor, y no mostró jamás punto de cobardía, y mas en aquella ocasion, antes redoblaba sus golpes, hiriendo al maestro. Al moro le salia mucha sangre de la herida del muslo, y era tanta, que Muza sentia bien la

falta de ella, y estaba desfallecido y débil; lo cual visto por el maestro, considerando que aquel moro era hermano del rey de Granada, y que era tambien muy estimado, y deseando tambien con muchas veras que fuese cristiano, y que siéndolo, le podria ganar algo en los negocios de la guerra en provecho del rey don Fernando, determinó con todo cuidado de no proseguir la sangrienta batalla, y de tener amistad verdadera con el valiente Muza, y así luego se fué retirando á fuera, diciendo: «Valeroso Muza, paréceme que para negocios de fiestas hacer tan sangrienta batalla como la que hacemos, no es justo; démosle fin, si te pareciere, que á ello me mueve ser tú tan buen caballero, y hermano del rey, de quien tengo ofrecidas mercedes; y no digo esto porque de mi parte sienta haber perdido nada del campo, ni de mi esfuerzo, sino porque deseo amistad contigo por tu valor.» Muza, que vió retirar al maestro, se maravilló, y tambien se retiró, diciendo: «Claramente se deja entender, valeroso maestro, que te retiras, y no quieres fenecer la batalla, por verme en tal estado, que de ella no podia yo sacar sino la muerte; y movido tú de mi mala fortuna, me quieres conceder la vida, de la cual reconozco me haces merced. Y tambien digo, que si tu voluntad fuere que nuestra lid fenezca, de mi parte no faltaré hasta morir, con la cual cumpliré á lo que debo á ley de caballero; mas si, como dices, lo haces por respeto de mi amistad, te lo agradezco infinito y lo tengo á grande merced, por tener amistad con un tan singular caballero como tú, y prometo y juro de serlo tuyo hasta la muerte, y de no ir contra tu persona ahora ni en tiempo alguno, sino en cuanto fuere mi poder servirte.» Y diciendo esto dejó la cimitarra de la mano, y se fué á abrazar al maestro, y él hizo lo mismo con mucho amor, y entendió de cierto el maestro que de aquella amistad habia de resultar muy gran bien á los cristianos. El rey y las damas que estaban mirando la batalla se maravillaron mucho, y no podian entender qué podia ser; y venido á entender el caso y la amistad, el rey con seis caballeros se llegó á hablar al maestro, y despues de haber tratado cosas de muy grandes cortesías, sabiendo la amistad del maestro y de su hermano, aunque no se holgó mucho, dió orden de volver á la ciudad, porque Muza fuese curado, que lo habia bien menester. Y así se partieron los dos caballeros, llevando la amistad en sus corazones muy fija y sellada. Este es el fin que tuvo la batalla.

Vuelto el rey á Granada, no se trataba otra cosa sino de la escaramuza, y de la amistad que de ella procedió, y de la virtud, bondad y valor del maestro; y con razon, porque era adornado de todo, y por él se dijo aquel romance, que dice:

¡Ay Dios, qué buen caballero
Es el maestro de Caltrava,
Y cuán bien corre los moros
Por la vega de Granada!
Desde la fuente del Pino

Hasta la Sierra Nevada,
Y en esas puertas de Elvira,
Mete el puñal, y la lanza;
Las puertas eran de hierro,
De parte á parte las pasa.

Siendo fenecida la batalla del maestro y de Muza, desamparando la

vega el maestro se fué con las presas que habian hecho él y su gente. Volvamos ahora á lo que pasó en Granada, despues que el rey entró en ella y sanó Muza de las heridas, que pasó mas de un mes.

CAPITULO V.

Que trata de un sarao que se hizo en palacio entre las damas de la reina y los caballeros de la corte, sobre el cual hubo pesadas palabras entre Muza y Zulema Abencerrage, y de lo que pasó.

Grande fué la reputacion que cobró Muza de valiente caballero, pues no quedó del maestro vencido, como lo habian sido otros valientes caballeros, á quien habia vencido y muerto por sus manos. Entró Muza en Granada al lado del rey su hermano, acompañado de todos los caballeros mas principales de la ciudad. Entraron por la puerta Elvira, y por las calles donde pasaban, todas las damas le salian á mirar, y otras muchas gentes ocupaban las ventanas, que era cosa de ver. De esta suerte fueron hasta la Alhambra, donde fué Muza curado por un gran maestro, y estuvo casi un mes en sanar: despues de sano fué á besar las manos al rey, el cual tuvo con su vista mucho contento, y asimismo todos los demás caballeros y damas de la corte; y quien mas con su vista se alegró fué la hermosa Fátima, porque le amaba mucho, aunque él no la pagaba su amor. La reina le hizo sentar junto á sí, y le preguntó cómo se sentía, y qué le habia parecido el esfuerzo del maestro. Muza le respondió: «Señora, el valor del maestro es en demasía muy grande, y me hizo merced que la batalla no pasase adelante, por escusar el daño notable que estaba de mi parte, que era manifiesto; y juro por Mahoma que en lo que yo pudiere le tengo de servir.» — «Mahoma le confunda, respondió Fátima, que en tal sobresalto nos puso á todos, y especialmente á mí, que como ví que de un golpe que os dió os derribó la mitad del bonete con todo el penacho, no me quedó gota de sangre, y faltándome de todo punto el aliento, me caí amortecida en el suelo.» Fátima dijo esto encendiendo todo su rostro en color, de suerte que todos echaron de ver que amaba al gallardo y valiente moro, el cual respondió: «Mucho me pesa que tan hermosa dama viniese á tal extremo por mi causa;» y diciendo esto, volvió los ojos á Daraja, mirándola aficionadamente, dándola á entender que la amaba de corazon; pero ella se estuvo con los ojos bajos y sin hacer mudamiento. Llegada la hora de comer, el rey se sentó con sus caballeros á la mesa, porque en comiendo habia de haber gran fiesta y zambra. Las mesas fueron puestas, y comieron con el rey los caballeros mas principales, y eran cuatro caballeros Bencerrages, cuatro Almoradis, dos Alhamares, ocho Gomeles, seis Alabeces, doce Abencerrages, y algunos Almoradines, Abenamar, y Muza. Eran estos caballeros de grande estima, y por su valor les daba el rey su mesa. Asimismo con la reina comian muy hermosas damas, y de buenos linages, las cuales eran Da-

raja, Jarifa, Cobaida, Zaida, Sarracina y Alboraida; todas eran de la flor de Granada. Tambien estaba la hermosa Galiana, hija del alcaide de Almería, que habia venido á las fiestas, y era parienta de la reina. Andaba enamorado de la hermosa Galiana el valiente Abenamar, y por ella habia hecho muchos juegos y escaramuzas, y por él se dijo este romance:

En las guerras de Almería
Estaba el moro Abenamar,
Frontero de los palacios
De la mora Galiana.
Por arrimo un albornoz,
Y por alfombra su adarga,

La lanza llana en el suelo,
Que es mucho allanar su lanza.
En el arzon puesto el freno,
Y con las cuerdas trabada
La yegua entre dos linderos,
Porque no se pierda, y paza.

Este romance lo dicen de otra manera, diciendo: *Galiana está en Toledo*, y es falso, porque la Galiana de Toledo fué mucho tiempo antes que los Abenamares, especialmente de este de quien ahora tratamos, y el otro de la pregunta del rey don Juan, pues en tiempo de aquestos era Toledo de cristianos, y así queda la verdad clara. La Galiana de Toledo fué en tiempo de Carlos Martel, y fué robada de Toledo, y llevada á Marsella por Carlos. Esta Galiana de quien ahora tratamos, era de Almería, y por ella se dice el romance y no por la otra; y este Abenamar era nieto del otro Abenamar. Volviendo, pues, á nuestro caso, el rey con sus caballeros, y la reina con todas sus damas, comian con gran contento al son de muchas y diversas músicas, así de ministriles, como dulzainas, harpas y laudes que en la real sala habia. Hablando el rey y los caballeros sobre algunas cosas, en especial de la batalla del maestre y de Muza, y del gran valor del maestre y de su cortesía, que era muy grande, de lo cual le pesaba al moro Albayaldos, que sentia mucho el no haberse acabado la escaramuza, porque le parecia que no era tanto el valor del maestre como la fama publicaba, y que si peleara en lugar de Muza habia de alcanzar victoria del maestre; por lo cual propuso en sí que la primera vez que entrase en la vega le habia de pedir campo, por ver si lo que se decia era así. Las damas tambien trataban de la escaramuza pasada, y del grande esfuerzo del valiente Muza, y de su donaire. Abenhamet no quitaba los ojos de Daraja á quien amaba en extremo, y no era mal correspondido en su fe, porque ella le adoraba, por tener partes para ser querido, y porque en extremo era galan y valiente, temido y muy estimado, y alguacil mayor en Granada, que este cargo y oficio no se daba sino á persona de mucha estima, y nunca salia este oficio de los caballeros Abencerrages, como se verá en los compendios de Esteban Garibay, y Camalooa, cronista de los reyes cristianos de Castilla. Pues si Albayaldos estaba con deseo de probar el valor del maestre de Calatrava, no menos lo tenia su primo Aliatar que se preciaba de valiente, y holgara ver si era así lo que se decia del maestre. El valiente Muza ya no trataba de esto, sino de tener por amigo al maestre, y mas se entretenia en mirar á Daraja, que en las otras cosas, y tanto se embebecia en mirarla, que muchas veces se olvidaba de comer. El rey su hermano advirtió en ello, y coligió que amaba Muza á Daraja, y pesóle grandemente, porque tam-

bien él la amaba de secreto, y muchas veces le habia descubierto su corazón, aunque no daba ella atento oído á sus querellas ni palabras, ni hacia caudal de lo que decia el rey. Tambien Mahomad Zegrí miraba á Daraja : este era caballero de mucha calidad, y sabia que Muza la servia, pero no por eso desistia de su propósito, de lo cual no se le daba á Daraja nada, por tener puestos los ojos en Abenhamet, caballero Abencerrage, gallardo y estimado. La reina trataba con sus damas cosas de los caballeros y sus bizarrías, y entre todos, los Abencerrages y Alabeces, los cuales linages eran deudos. Estando la reina hablando con sus damas, habiendo acabado de comer el rey y los demás caballeros, y habiéndose comenzado algunas danzas entre damas y caballeros, llegó un page de parte de Muza, é hincando las rodillas en el suelo, le dió á Daraja un ramo de flores y rosas, diciendo: « Hermosa Daraja, mi señor Muza os besa las manos, y os suplica recíbais este ramillete que él mismo hizo y compuso por su mano, para que os sirvais de tenerlo en la vuestra, y que no mireis el poco valor del ramillete, sino la voluntad del que os lo envia, que entre estas flores viene estampado su corazón para que lo tomeis en vuestras manos.» Daraja miró á la reina y se puso muy colorada, sin saber si lo tomaria ó no; y visto que la reina la miró, y no le dijo cosa alguna, tomó el ramillete, por no ser demasadamente descortés ni ingrata á Muza, por ser buen caballero y hermano del rey, considerando que por tomar el ramo ne era ofendida su honestidad, ni su querido Abencerrage, el cual vió bien como lo tomó, diciéndole al page que ella le agradecia mucho elle presente. Quien mirara á Fátima entendiera bien lo mucho que le pesó, porque nunca él la habia enviado ramillete; pero procuró disimular, y llegándose á Daraja la dijo: « No podeis negar que Muza es vuestro amante, pues en presencia de todos os ha enviado este ramillete; y pues vos lo recibísteis, es argumento que le quereis bien.» Casi afrentada Daraja de aquello, la respondió: « Amiga Fátima, no os maravilleis si recibí el ramo, que no lo tomé con mi voluntad, sino por no dar nota de ingrata en presencia de todos los caballeros y damas de la sala, que si no pareciera mal, lo hiciera mil pedazos.» Con esto dejaron de hablar sobre aquel caso, porque mandó el rey que danzasen las damas y caballeros, lo cual fué hecho, y Abenamar danzó con Galiana; Malique Alabez con su dama Cobayda, y muy bien, por ser estremada en todo; Abindarraez danzó con la hermosa Xarifa, y Venegas con la bella Fátima; Almoradí, un bizarro caballero pariente del rey, danzó con Alborayda; un caballero Zegrí danzó con la hermosa Sarrazina; Algamun Abencerrage con la linda Daraja, y en acabando de danzar, al tiempo que el caballero Abencerrage le hizo una cortesía, ella haciendo le reverencia le dió el ramillete, y él lo recibió con mucha alegría, y lo estimó en mucho por ser de su mano. El valiente Muza, que habia estado mirando la danza, y no quitaba los ojos un momento de su señora Daraja, visto que le habia dado el ramillete que le habia enviado á su dama, ciego de enojo y pasión que recibió por ello, sin tener respeto al rey ni á los demás caballeros que en la real sala estaban, se fué al Abencerrage con una vista tan horrible, que parecia echar fuego por los ojos, y con voz soberbia le dijo

al Abencerrage : « Dí, vil y bajo villano, descendiente de cristianos, mal nacido, sabiendo que aqueste ramo fué hecho por mi mano, y que se lo envié á Daraja, lo osaste recibir, sin considerar que era mio; si no fuera por lo que debo al rey, por estar en su presencia, ya hubiera castigado tu loco atrevimiento. » Visto por el bravo Abencerrage el mal proceder de Muza, y el poco respeto que tuvo á su antigua amistad, no menos encolerizado que él, le respondió diciendo : « Cualquiera que dijere que soy villano y mal nacido, miente mil veces, que yo soy muy buen caballero é hijodalgo, y despues del rey mi señor, no es ninguno tal como yo. » Diciendo esto, los caballeros pusieron mano á las armas para herirse, lo cual hicieran si el rey no se pusiera en medio y todos los caballeros. Y muy enojado el rey contra Muza por haber sido el movedor de la causa, le dijo palabras muy sentidas; y por haber tenido tanto atrevimiento en su presencia, mandó saliese desterrado de la corte. Muza dijo que se iria, y que algun dia en escaramuzas de cristianos le echaria menos, y diria : « ¿ Donde está Muza ? » Diciendo esto volvió las espaldas para salir de palacio; mas todos los caballeros y damas le detuvieron, y suplicaron al rey que se quitase el enojo, y alzase el destierro á Muza; y tanto se lo rogaron los caballeros, la reina y las damas, que le perdonó, é hicieron amigos á Muza y al Abencerrage, y le pesó á Muza de lo hecho, porque era amigo de los Abencerrages. Pasada esta cuestion se movió otra peor, y fué, que un caballero Zegrí, que era la cabeza de ellos, le dijo á Abenhamet Abencerrage : « El rey mi señor echó culpa á su hermano Muza, y no reparó en una razon que dijisteis, que despues del rey no habia caballeros tales como vos, sabiendo que en palacio los hay tales y tan buenos como vos, y no es de buenos caballeros adelantarse tanto, y si no fuera por alborotar el real palacio, os digo que os habia de costar bien caro lo que hablásteis en presencia de tantos caballeros. » Malique Alabéz, que era muy cercano deudo de los Abencerrages, como valiente y osado, se levantó y respondió al Zegrí muy valerosamente, diciendo : « Mas me maravillo de tí en sentirte tú solo, adonde hay tantos y tan preciados caballeros, y no habia ahora para qué tornar á remover nuevos escándalos y alborotos; porque lo que Abenhamet dijo fué muy bien dicho, porque los caballeros de Granada son bien conocidos quien son y de donde vinieron, y no penseis vosotros los Zegríes, que porque sois de los reyes de Córdoba descendientes, que sois mejores ni tales como los Abencerrages, que son descendientes de los reyes de Marruecos y de Fez, y de aquel gran Miramolin. Pues los Almoradis, ya sabeis que son de aquesta real casa de Granada, tambien de linage de los reyes de Africa. De nosotros los Maliques Alabeces, ya sabeis que somos descendientes del rey Almohabez, señor de aquel famoso reino de Cuco, y deudos de los famosos Malucos : pues donde están todos estos y habian callado, ¿ porqué tu quieres renovar nuevos pleitos y pasiones? Pues sabe que es verdad lo que te digo, que despues del rey nuestro señor, no hay ningunos caballeros que sean tales como los Abencerrages, y quien dijere lo contrario miente, y no le tengo por hidalgo. » Como los Zegríes, Gomeles y Mazas, que eran deudos, oyeron lo que Alabéz decia, encendidos en saña se levantaron para darle

la muerte. Los Alabeces, Abencerrages, y Almoradies, que era otro bando, viendo su determinacion, se levantaron para resistirle y ofenderlos. El rey, que tan alboratado vió el palacio, y el peligro de perderse toda Granada, y así tambien todo el reino, se levantó dando voces, diciendo: «Pena de traidor, cualquiera que mas se moviere y sacare armas;» y diciendo esto asió á Alabéz y al Zegrí, y llamó la gente de la guarda, y los mandó llevar presos. Los demás caballeros se estuvieron quietos por no incurrir en la pena de traidores. Alabéz fué preso en el Alhambra, y el Zegrí en Torres Bermejas, y puestas guardas los tuvieron á buen recado. Los caballeros de Granada procuraron hacer las amistades, y al fin se hicieron, interviniendo en ellas el rey, y fuera mejor que no se hicieran, como se dirá adelante.

CAPITULO VI.

Como se hicieron fiestas en Granada, y por ellas se encendieron mas las enemistades de los Zegries, Abencerrages, Alabeces, y Gomeles, y lo que pasó entre Zaide y Zaida acerca de sus amores.

Antes de pasar adelante con la fiesta concertada, diremos del valeroso Zaide y de la bella Zaida, á quien él tanto estimaba, y era tan público en Granada, que ya no se trataba sino de sus finos amores. Sabiendo esto sus padres de ella, determinaron de casarla con otro, y dar fama de ello, porque Zaida se apartase de aquel propósito, y perdiese la esperanza de sus amores, y cesase en pasearle su calle y puerta, porque no fuese el honor de Zaida tan rompido. Y con este intento pusieron mucho recato en su hija, no dejándola poner á las ventanas, porque no hablase con Zaide; pero poco aprovecharon sus prevenciones, porque no por eso dejaba Zaide de pasear la calle, ni ella le dejaba de amar con mas fervor que de antes. Y como se publicaba el casamiento de Zaida por toda la ciudad, y que sus padres la casaban con un moro de Ronda, poderoso y rico, el bravo Zaide no podia sosegar de noche, ni de dia, ocupado en varias imaginaciones, procurando estorbar el casamiento con darle muerte al desposado. Y no cesando un momento de pasear la calle de su dama, por ver si la podia hablar para saber de ella su voluntad, porque espantaba el gallardo moro de que su Zaida consintiese en el casamiento, á causa de la fe y palabra que entre los dos se habian dado, la aguardaba por ver si salia á un balcon, como solia hacer. La bella Zaida no estaba con menos pena y cuidado que su galan, deseosa de hablarle, y darle cuenta de lo que sus padres tenian tratado; y así salió al balcon, y vió al valeroso Zaide que se andaba paseando solo, con un semblante triste y melancólico, y alzando los ojos al balcon; y viendo á la hermosa Zaida tan gallarda y bizarra, se le quitó luego todo su mal, y llegándose al balcon temeroso habló á su mora de esta manera: «Dime, bella Zaida, ¿es verdad esto que se dice, que tu padre te casa? Si es verdad, dímelo, no me lo encu-

bras, ni me traigas suspenso; porque si es verdad, vive Alá que tengo de matar al moro que te pretende, para que no goce de mi gloria.» La hermosa Zaida le respondió (los ojos muy llenos de lágrimas): «Así me parece, Zaide, que mi padre me casa; consuélate, y busca otra mora á quien servir, que por tu gran valor no te faltará; ya es tiempo que nuestros amores tengan fin: el cielo sabe las pesadumbres que por tu causa he tenido con mi padre.» — «¡Oh cruel! Respondió el moro, ¿es pues esa la palabra que me tienes dada de ser mia hasta la muerte?» — «Vete, Zaide, dijo la mora, porque viene mi madre buscándome, y así ten paciencia.» Diciendo esto se quitó del balcon llorando, quedando el valeroso moro confuso, sin saber lo que determinar para alivio de su pena; y determinando de no dejar su pretension sin perder la escaramuza de su pensamiento, desocupó el puesto, dejando allí el alma. Por esto que le pasó á Zaide con su mora, se dijo este romance:

Por la calle de su dama
Paseándose anda Zaide,
Aguardando que sea hora
Que se asome para hablarle.

Desesperado anda el moro
En ver que tanto se tarde,
Que piensa con solo verla
Aplacar el fuego en que arde.

Vióla salir á un balcon
Mas bella que cuando sale
La luna en la oscura noche,
Y el sol en sus tempestades.

Llegóse Zaide, diciendo:
Bella mora, Alá te guarde,
Si es mentira lo que dicen
Tus criados á mis pages.

Dicen que dejarme quieres,
Porque pretendes casarte
Con un moro que ha venido
De las tierras de tu padre.

Si eso es verdad, Zaida bella,
Declárate, no me engañes;
No quieras tener secreto
Lo que tan claro se sabe.

Humilde responde al moro:
Mi bien, ya es tiempo se acabe
Vuestra amistad y la mia,
Pues que ya todos lo saben.

Que perderé el ser quien soy
Si el negocio va adelante:
Alá sabe si me pesa,
Y lo que siento dejarte.

Bien sabes que te he querido
A pesar de mi linage,
Y sabes las pesadumbres
Que he tenido con mi madre

Sobre aguardarte de noche,
Como vienes siempre tarde;
Y por quitar ocasiones,
Dicen que quieren casarme.

No te faltará otra dama
Hermosa, y de galan talle,
Que te quiera, y tú la quieras,
Porque lo mereces, Zaide.

Humilde responde el moro,
Cargado de mil pesares:
No entendí yo, Zaida bella,
Que conmigo tal usases:

No entendi que tal hicieras,
Que así mis prendas trocases
Con un moro feo y torpe,
Indigno de un bien tan grande.

Tú eres la que dijiste
En el balcon la otra tarde:
Tuya soy, tuya seré,
Y tuya es mi vida, Zaide.

Aunque la bella Zaida pasó con su Zaide todo lo que habeis oido, no por eso le dejaba de amar en su corazon, y el gallardo Zaide asimismo la amaba. Aunque la dama le despidió, muchas veces se hablaban, no con tanta libertad, porque sus padres no lo sintiesen; y le hacia todos los favores que solia, aunque el moro, por evitar escándalo, no continuaba en pasear la calle de su dama: mas no era tan en secreto, que no fuese sentido del moro Tarfe, amigo de Zaide, el cual tenia una envidia mortal en su alma, porque amaba de secreto á Zaida; y considerando que jamás

Zaide dejaria de amar á la bella Zaida, acordó de revolverlos, poniendo cizaña entre los dos, aunque esto le costó la vida; porque así acaece á los que no son leales con sus amigos. Pues volviendo al caso de las fiestas atrás referidas, trataremos primero de un romance, que compuso un poeta en respuesta del pasado, y despues diremos lo que en las fiestas pasó. Dice así el romance:

Bella Zaida de mis ojos,
Y del alma bella Zaida,
De las moras la mas bella,
Y mas que todas ingrata:
De cuyos rubios cabellos
Enreda amor mil lazadas,
En que ciegas de tu vista
Se rinden mil libres almas:
Qué gusto, fiera, recibes
De ser tan mudable y varia,
Y con saber que te adoro,
Tratarme como me tratas;
Y no contenta de aquesto
De quitarme la esperanza,
Porque de todo la pierda
De ver mi suerte trocada?
Ay cuán mal, fiera enemiga,
Las veras de amor me pagas;
Pues en cambio del me ofreces
Ingratitud y mudanza!
Cuán presto le diste al viento
Tus promesas y palabras!
Pero bastaba ser tuyas
Para que tuviesen alas.
Acuérdate, Zaida hermosa,
Si aun aquesto no te enfada,
Del gusto que recibias
Cuando rondaba tu casa.

Si de dia, luego al punto
Salias á las ventanas;
Si de noche, en el balcon
O en las rejas te hallaba.
Si tardaba ó no venia,
Mostrabas celosa rabia;
Mas ahora en qué te ofendo,
Que acorte el pasar me mandas?
Mándasme que no te vea,
Ni escriba billete ó carta,
Que un tiempo tu gusto fueron,
Mas ya tu disgusto causan.
Ay, Zaida, que tus favores,
Tu amor, tus palabras blandas,
Por falsas se han descubierta,
Y descubres que eres falsa.
Eres muger, finalmente,
A ser mudable inclinada,
Que adoras á quien te olvida,
Y á quien te adora desamas.
Mas, Zaida, aunque me aborreces,
Por no parecerte en nada,
Cuando de yelo tú fueras
Mas sustentaras mi llama.
Pagaré tu desamor
Con mil amorosas ansias,
Que el amor fundado en veras
Tarde se rinde á mudanza.

Por ser aqueste romance bueno, y aludir mucho al pasado, se puso aquí, y por adorno de nuestra obra. Pues tornando á nuestro moro Zaide, valeroso y gallardo Abencerrage, quedó tan apasionado por lo que la bella Zaida le dijo, que le puso en extremo su pensamiento en si era verdad que los padres de Zaida la querian casar. Con este cuidado andaba el gallardo moro muy pensativo, y por consolarse paseaba la calle de su dama; pero ella no salia á las ventanas como otras veces solia, si no era muy de tarde en tarde. Aunque la bella y hermosa mora le amaba tiernamente, no lo manifestaba por no dar enojo á sus padres, y por esto no osaba hablar con su querido y amante moro; lo cual él sentia mucho, y lo mostraba hasta en los trages y vestidos, porque conforme á la pasion que sentia, así traía el vestido, y por él juzgaban los caballeros y damas de Granada los efectos de su causa y de sus amores. Pues con estas congojas y pesadumbres andaba el valeroso Zaide tan imaginativo, sin poderlas apartar de su pensamiento, que le vinieron á poner en grande extremo y flaqueza, y estuvo muy mal dispuesto; y por consolarse, lleno de amorosas ansias, una

noche muy oscura, buena á su propósito, bien aderezada la persona, y solo con un laud se fué á la calle de su adorada mora á media noche, y comenzando á tocar el instrumento con mucho pesar, cantó en arábigo esta sentida

CANCION.

Lágrimas que no pudieron
Tanta dureza ablandar,
Yo las volveré á la mar,
Pues que de la mar salieron.
Hicieron en duras peñas
Mis lágrimas sentimiento,

Tanto, que de su tormento
Dieron unas y otras señas;
Y pues ellas no pudieron
Tanta dureza ablandar,
Yo las volveré á la mar,
Pues que de la mar salieron.

No sin falta de lágrimas decia esta cancion el enamorado Zaide al son de su sonoro laud, acompañado de muy ardientes suspiros que le salian del alma, con que acrecentaba mas las ansias de su pasion. Y así como el enamorado moro sentia pasion en su alma, como lo mostraba, no la tenia menor la bella Zaida, la cual, luego que sintió el laud, y que quien le tocaba era su querido Zaide, porque en eso le conocia, se levantó muy quedito, y se fué á un balcon bajo, donde oia la cancion y los suspiros que daba su amante, y enternecida le acompañaba en su mismo sentimiento con tristes lágrimas, trayendo á la memoria la sentencia de la cancion, y por la causa que el moro la decia: la cual era de saber, que la primera vez que Zaide vió á su hermosa Zaida, fué en Almería un dia de San Juan, siendo capitan de una fusta, con la cual hacia el moro grandes entradas, y muy grandes robos por la mar, y acaso llegó Zaide con su bajel á la playa de Almería, á la sazón que la bella Zaida estaba en ella holgándose con sus padres y parientes. Traia el moro gallardo en su navío ricos despojos de cristianos, y con muchas flámulas, gallardetes y banderas tendidas, la cuales adornaban y hermozeaban el navío, y fué causa que su padre de Zaida y ella entrasen á ver el navío y al capitan de él, el cual fué de ellos conocido. El valeroso y gallardo Zaide los recibió con muy grande alegría y aplauso, poniendo los ojos en la bella Zaida, á la cual presentó muchas y muy riquísimas joyas, con las cuales descubrió su deseo y amor, y quedó amartelado de ella, y ella asimismo se enamoró del bizarro moro. Finalmente, se trató entre ellos que se fuese Zaide á Granada, y se tuviesen mucha fe y amor. Él aceptó el partido, y determinó dejar la mar é irse á Granada, dejando su navío á un deudo suyo. Y estando en Granada el gallardo Zaide, sirvió á su dama hasta aquel punto; y visto el proceder de los padres de su querida mora, y el gran disfavor que ella le habia dado, lleno de amorosas llamas le cantó la cancion dicha, trayendo á la memoria sus primeras vistas. Así como la bella mora consideró la pena que su amante mostraba en sus acentos, hizo el sentimiento que él, y llegóse al balcon enternecida, y llamóle quedo por causa de sus padres. No se tardó el bizarro moro en su ida, y llegándose cuanto pudo al balcon muy gozoso, le dijo su dama: « ¿ Cómo, Zaide, todavía perseveras? ¿ No sabes que me infamas? Advierte la nota que das: considera que mis padres me tienen

puesta en vida estrecha solo por tu causa. Vete antes que seas sentido de ellos, porque han jurado que si no hay enmienda, que me han de enviar á Coin á casa de mi tio; no des lugar á esto, porque será mi vida acabada. Y no imagines que te he olvidado, que tan en mi alma te tengo como antes. Pasen estos nublados, que Alá nos enviará bonanza.» Y llorando se apartó de su amante, dejando á su amado moro en tinieblas faltándole su luz; el cual confuso se apartó de aqueste puesto, no sabiendo el fin que habia de tener su amado deseo. Pues volviendo al pasado sarao, y á las prometidas y concertadas fiestas, las cuales fuera mejor que no se concertaran ni hicieran, por las revoluciones y pesadumbres que en ellas hubo, y duraron por mucho tiempo despues, como mas largamente adelante diremos; en este sarao y fiesta se halló el gallardo y valiente Zaide, caballero Abencerrage, el cual amaba á su bella Zaida, y ella á él, y era con tanto extremo el amor que se tenian, que no escedia un punto de su gusto el uno del otro; y entretenianse ambos sin gozarse, con solo verse y hablarse, hasta que llegase el venturoso dia de su deseado casamiento. Un dia la bella mora hizo una linda trenza de sus hermosos cabellos, pues eran mas que hebras de oro de Arabia, y con sus manos se la puso en el turbante á su querido Zaide; el cual quedó muy ufano, contento y gozoso con el nuevo bien y favor. Audalá Tarfe, su amigo, le pidió le dijese la causa de su demasiado contento; y como quiera que no se gozan tanto los bienes y contentos que no se comunican, fiado en su grande amistad, y debajo de secreto, le declaró la causa, y enseñó la prenda estimada que su dama Zaida le habia dado. El moro Tarfe, lleno de envidia y mortal rabia, viendo cuán favorecido y estimado estaba con Zaida, determinó de revelar el secreto á la hermosa mora, y buscando ocasion para hablarla un dia, la dijo: «¿Eres tú, señora, la que tanto amas á Zaide? ¿La doncella tan estimada, querida y tenida de todos en Granada y fuera de ella? Pues tu honra anda muy caída, que no ha mucho que en una conversacion, tratando de los galanes favorecidos de sus damas, se quitó el turbante, y nos enseñó á todos una trenza de cabellos, y dijo ser tuyos, tejida y puesta allí por tu mano: mira si son señas bien conocidas.» Creyóle ser así, y como propiamente la muger es mudable, todo su amor se volvió en rencor y odio, y le dió gran tristeza y pena, considerando como andaba su honor; y luego le envió á llamar, y una criada le dijo que habia poco que él habia preguntado qué colores le agradaban y quien la visitaba. Venido Zaide muy alegre, ella encendida en cólera, le dijo: «Ruégote que por mi calle ni casa no pases, ni hables con nadie de mi casa, porque está mi honra muy abatida por tu causa; la trenza que te dí enseñaste á Tarfe, y á otros, y así no hay que confiar en tí cosa alguna, y no esperes de hablarme jamás.» Y diciendo esto se entró llorando en un aposento, sin bastar las disculpas del enamorado moro, que la decia que mentian cuantos lo habiau dicho. En vista de que no aprovechaban sus palabras, juró de matar al moro Tarfe, y por esto se hizo este

ROMANCE.

Mira, Zaide, que te aviso
Que no pases por mi calle,
Ni hables con mis criadas,
Ni con mis cautivos trates.
No preguntes en qué entiendo,
Ni quién viene á visitarme,
Ni qué fiestas me dan gusto,
Ni qué colores me placen.

Basta que son por tu causa
Las que en el rostro me salen,
Corrida de haber mirado
Moro que tan poco sabe.

Confieso que eres valiente,
Que hiendes, rajas y partes,
Y que has muerto mas cristianos
Que tienes gotas de sangre:

Que eres gallardo ginete,
Que danzas, cantas y tañes,
Gentilhombre, bien criado
Cuanto puede imaginarse:

Blanco y rubio por extremo,
Esclarecido en linage,
El gallo de las bravatas,
La gala de los donaires:

Que pierdo mucho en perderte,
Que gano mucho en ganarte,
Y que si nacieras mudo,
Fuera posible adorarte:

Y por este inconveniente
Determino de dejarte,
Que eres pródigo de lengua,
Y amargan tus libertades.

Habrá menester ponerte
Quien quisiere sustentarte
Un alcázar en el pecho,
Y en los labios un alcaide.

Mucho pueden con las damas
Los galanes de tus partes,

Porque los quieren briosos,
Que hiendan, y que desgarran.

Y con esto, Zaide amigo,
Si algun banquete las haces,
Del plato de tus favores
Quieres que coman y callen.

Costoso fué el que me hiciste;
Venturoso fueras, Zaide,
Si conservarme supieras,
Como supiste obligarme.

Pero no saliste apenas
De los jardines de Tarfe,
Cuando hiciste de la tuya,
Y de mi desdicha alarde.

A un morillo mal nacido,
Me dijeron que enseñaste
La trenza de mis cabellos,
Que te puse en el turbante.

No pido que me la des,
Ni que tampoco la guardes,
Mas quiero que entiendas, moro,
Que en mi desgracia la traes.

Tambien me certificaron,
Como le desafiaste
Por las verdades que dijo,
Que nunca fueran verdades.

De mala gana me rio;
¡Qué donoso disparate!
¿No guardas tú tu secreto,
Y quieres que otro lo guarde?

No quiero admitir disculpa,
Otra vez vuelvo á avisarte,
Esta será la postrera
Que me veas, y te hable.

Dijo la discreta mora
Al altivo Abencerrage,
Y al despedirse replica:

Quien tal hace, que tal pague.

Este romance se hizo por lo que atrás dejamos dicho, y viene á propósito á la historia. Y volviendo á ella quedó Zaide tan desesperado viendo el cruel desdén de su dama y siendo mentira todo aquello que le increpaba, que saliendo de allí, casi perdió el juicio, y en cólera ardiente fué á buscar á Tarfe para matarle, y le halló en la plaza de Vivarrambla, dando orden de algunas cosas para las venideras fiestas. Llamóle á parte, y díjole: «¿Porqué me has revuelto con mi señora Zaida, no guardando la ley de mi amistad?» Tarfe le respondió: «Yo no te he revuelto con tu dama, y estoy inocente de lo que dices, y de mí no debes presumir tal.» Zaide se afirmaba en lo dicho; Tarfe lo negaba, y se dijeron palabras muy ofensivas. Cesaron las lenguas, y echando mano á sus alfanges, pelearon muy bien, y Zaide dió á Tarfe una herida mortal, de la cual murió dentro de tres dias. Los Zegries

quisieron matar á Zaide, por ser amigos de Tarfe; acudieron los Abencerrages presto, y si no viniera el rey, aquel dia se perdiera Granada, porque Muzas, Gomeles, Zegríes y los de su bando se armaron para herir á los Abencerrages, Gazules, Venegas y Alabeces; mas el rey Chico, acompañado de muy principales caballeros de otros linages, hicieron tanto, que los apaciguaron, y á Zaide le llevaron preso á la Alhambra. Hecha la averiguacion del caso, se halló que Tarfe era culpado; y porque el honor de la bella Zaida no fuese manchado, hizo el rey que Zaide se casase con ella, y le perdonó la muerte de Tarfe. Por esto quedaron los Zegríes enojados; pero no por eso cesaron la fiestas concertadas, porque el rey mandó que se hiciesen. No faltando quien á Zaida respondiera á su mandato de esta suerte:

Di, Zaida, de qué me avisas?

Quieres que mire, y que calle?

No des crédito á mugeres,

Ni á mal fundadas verdades.

Que si pregunto en qué entiendes,

O quién viene á visitarte,

Fiestas son de mi contento

Las colores que te salen.

Si dices son por mi causa,

Consuélate con mis males,

Que mil veces con mis ojos

Tengo regadas tus calles.

Si dices que estás corrida

De que Zaide poco sabe,

No supe poco, pues supe

Conocerte y adorarte.

Conoces que soy valiente,

Y tengo otras muchas partes;

No las tengo, pues no puedo

De una mentira vengarme.

Mas si ha querido mi suerte

Que ya en quererme te canses,

No pongas inconvenientes

Mas de que quieres dejarme.

No entendí que eras muger

A quien novedad aplace,

Mas son tales mis descuidos,

Que aun en lo imposible hacen.

Yo soy quien pierdo en perderte,

Y gano mucho en amarte;

Y aunque hables en mi ofensa,

No dejaré de adorarte.

Dices que si fuera mudo

Fuera posible adorarme;

Si en mi daño no lo he sido,

Enmudezco en disculparme.

¿Hate ofendido mi vida?

¿Quieres, señora, matarme?

¿Que no te hable me mandas,

Para que el pesar me acabe.

Es mi pecho calabozo

De tormentos inmortales,

Mi boca la del silencio,

Que no ha menester alcaide.

El hacer plato y banquete

Es de hombres principales;

Mas el hacer disfavores

Solo pertenece á infames.

Zaida cruel, hasme dicho

Que no supe conservarte;

Mejor supe yo quererte,

Que tú supiste obligarme.

Mienten los moros y moras,

Y miente el villano Tarfe,

Que si yo le amenazara,

Bastara para matarle.

Ese perro mal nacido,

A quien yo mostré el turbante,

No le fio yo secretos,

Que en bajo pecho no caben.

Yo he de quitarle la vida,

Y he de escribir con su sangre

Lo que tú, Zaida, replicas,

Quien tal hace, que tal pague.

Esta es la historia del valeroso moro Zaide Abencerrage, por la cual se han hecho dos romances, á mi parecer buenos, donde nos dan á entender como no es bueno revolver á nadie, porque de ello no se espera sino el galardón de Tarfe, que murió á manos de su buen amigo Zaide. Y si acaso es mentira, que Tarfe no lo habia dicho, tomaremos ejemplo en la liviandad de Zaida, que por creerse de ligero, fué causa de la muerte de Tarfe. Finalmente, por esto, y por las palabras que el Malique

Alabéz habia hablado en el sarao, y Zulema Abencerrage, todos los Zegríes, Gomeles, Muzas y los de su bando quedaron muy enojados, y con malos propósitos, y deseos de vengarse del agravio recibido en presencia del rey, y de los caballeros y las damas; pues estaba en el sarao y en aquella fiesta toda la flor y nobleza de Granada, y aun del reino todo; porque fué mucha desenvoltura la de Malique Alabéz, y se alargó mucho el Abencerrage tambien: mas como se habian hecho las amistades, no trataban de ello ni lo daban á entender; pero el rencor estaba arraigado en sus corazones, y por no mostrar el odio mortal en que arrian, se comunicaban con los Abencerrages y Alabeces, disimulando en todo lo que podian, puesto que eficaz y grande deseo tenian de vengarse todos los del linage Zegrí, como pareció despues. Estando un dia todos los Zegríes en el castillo de Vivatambien, morada de Mahomad Zegrí, cabo y cabeza de los Zegríes, tratando de las cosas pasadas, trayendo á la memoria las palabras de Alabéz, y de las fiestas que esperaban de torneo y juego de cañas, Mahomad Zegrí habló á todos los presentes de esta manera: « Bien sabeis, ilustres caballeros Zegríes, como nuestro real y antiguo linage ha sido tenido en tanto en España y en Africa; y como han sido nuestros antecesores reyes de Córdoba, y como ahora ha sido vituperado y ofendido nuestro honor por los Abencerrages; y los Almoradis son nuestros enemigos, porque se han vuelto contra nosotros; con lo cual estoy tan rabioso, que muero de pesar, y lo que me alivia y entretiene es la confianza que tengo de verme vengado. El agravio es de todos, y todos nos hemos de satisfacer; ahora nos ofrece muy buena ocasion la fortuna; aprovechémonos de ella, y es procurar matar en el torneo ó en las cañas á Malique Alabéz, y al soberbio Abencerrage; que muertos estos, iremos dando traza como se acabe de todo punto este pérfido linage de los Abencerrages, que tan estimados y queridos son de todos; y para esto el dia del juego de cañas hemos de ir bien armados con jacos fuertes debajo de las libreas. Y pues el rey me ha hecho cuadrillero, saldremos treinta Zegríes, y llevaremos libreas rojas y encarnadas, con los penachos de plumas azules, antigua divisa de los Abencerrages, para que sea por esto instrumento de que se enojen con nosotros, y se revuelva cuestion, y venidos á batalla, cada uno haga como quien es, y pues llevaremos armas, no hay duda, sino que los maltrataremos: no hay que temer, pues tenemos de nuestra parte Muzas y Gomeles; y si no les diere nada á los Abencerrages de la divisa azul, en el juego de cañas les tiraremos agudas lanzas en el lugar de cañas. Este es mi parecer, decidme ahora el vuestro. » Así como acabó Mahomad de decir su razonamiento, respondieron todos que era justo lo que decia, y que era buena la traza, que cada uno haría lo posible por vengarse; y concertado esto, fué cada uno á su casa. A esta sazón ordenaban su cuadrilla Muza y los Abencerrages, siendo cuadrillero el valiente Muza por mandado del rey, en la cual cuadrilla habian de ir Malique Alabéz y los Abencerrages; y de comun acuerdo sacaron las libreas de damasco azul, forradas en tela de plata fina, con penachos azules, blancos y pajizos, conformes á las libreas; los pendoncillos de las lanzas blancos y azules, recamados con mucho oro: en las adargas lleva-

ban por divisas unos salvages; solo Malique llevaba su misma divisa, que era el liston morado, que atraviesa la adarga una corona de oro con su letra, que decia: *De mi sangre*. Muza llevaba la misma divisa que sacó el dia que escaramuzó con el maestro, que era un corazon en la mano de una doncella, apretando el puño, destilando el corazon gotas de sangre, y la letra decia: *Por la gloria tengo mi pena*. Todos los demas caballeros Abencerrages sacaron listones y cifras á su gusto, puestas de suerte que no quitaban la vista de los salvages. Concertada esta cuadrilla del gallardo Muza, acordaron de llevar yeguas blancas, enlazadas las colas con cintas azules de seda y oro muy fino. Llegado ya el celebrado dia de la grandiosa fiesta, mandó el rey traer veinte y cuatro toros de los mejores que habia en la sierra de Ronda, que eran allí muy bravos; y puesta la plaza de Vivarrambra como verdaderamente convenia para la tal fiesta, el rey acompañado de muchos caballeros ocupó los miradores reales, que para aquellas fiestas estaban diputados. La reina con muchas damas se puso en otros miradores con la misma órden que el rey. Todos los ventanages de las casas de Vivarrambra estaban ocupados de bellísimas damas. Acudió tanta gente, que no habia sitio donde estuviesen, y vinieron muchos de fuera del reino, como fué, de Toledo y de Sevilla, y la flor de los caballeros de esta ciudad se hallaron en Granada á la fama de tan grandes fiestas. Los caballeros Abencerrages andaban corriendo los toros con tanta gallardía y brio, que daban á todos mucho contento en mirarlos, y en verlos hacer aquellas gentilezas les daban mil alabanzas; y particularmente se llevaban tras de sí los ojos de todas las damas, porque eran tan favorecidos de ellas, que no se tenia por dama quien no amaba Abencerrage; y donde quiera que habia caballeros de este linage, eran tan tenidos, estimados y queridos de todos, que causaban envidia á los otros caballeros. Y con mucha razon eran queridos de las damas, porque todos ellos eran galanes, y gentiles hombres, hermosos, y dotados de discrecion, y muy bien criados, y de buenos respetos. Ninguno llegaba á cualquiera de ellos con necesidad, que no se la remediase, aunque fuese muy á su costa. Eran deshacedores de agravios, aquietadores de la república, padres de huérfanos, amigos por extremo de la conservacion y obediencia á sus reyes debida. Eran muy amigos de cristianos, porque ellos mismos iban á las mazmorras á visitar á los cautivos, y los consolaban, daban limosnas, y les enviaban de comer; y por estas y otras muchas causas eran tan queridos de todo el reino. Jamás en ellos se halló temor, aunque se les ofreciesen casos muy árdulos. Daban tanto contento con su bizarria y nobleza, que las damas y toda la gente no apartaban su vista de ellos. No menos galas llevaban los gallardos Alabeces. Procuraron mostrar su valor los Zegríes, porque alancearon ocho toros muy bien, sin recibir daño ningun Zegrí, ni los caballos. A la una de la tarde ya estaban corridos doce toros, y el rey mandó tocar los clarines y dulzainas, que era señal para que todos los caballeros que habian de jugar, se juntasen en el mirador, y juntos, muy gozoso el rey les hizo dar colacion. Lo mismo hizo la reina á sus damas, las cuales tenian galas y trages nunca vistos, á que daba mas ser la hermosura de quien los tenia puestos. Llevó la reina

una rica marlota de brocado, con muy ricas labores de oro y pedrería fina. Tenian un tocado muy costoso, y encima de la frente una rosa encarnada, y en medio de ella un carbunclo precioso. En volviendo el rostro la reina, era tanto el resplandor y claridad que echaba de sí el carbunclo, que quitaba la vista á quien lo miraba. La bella Daraja salió de azul, la marlota de damasco picada, forrada de tela de plata, que descubria por las picaduras la fineza de la tela. En el tocado dos plumas, una azul, y otra blanca, divisa de los Abencerrages; estábale muy bien la gala, por ser hermosa, que ninguna dama podia competir con ella. Galiana de Almería salió con un vestido de damasco blanco con una labor peregrina; la marlota forrada en brocado morado, con unas cuchilladas grandes; su tocado era de artificio. Entendiase bien de esta dama en su trage, cuán libre vivia de amor, aunque sabia que Abenamar la amaba mucho, y deseaba servir. Fátima salió de morado (no imitando á Muza en la librea, porque estaba desengañada de que Muza amaba á Daraja, y se empleaba en servirla): la ropa era costosa, por ser de terciopelo, forrada en tela blanca de brocado; el tocado era muy de ver, puesta en él una garzota verde. Finalmente Cobaida, Sarracina, Alboraida, Jarifa, y todas las demas damas que estaban con la reina, salieron con tanta bizarría, que era cosa notable. En otro balcon estaban todas las damas del linage Abencerrage, que no habia mas que ver en el mundo. Llevaba la ventaja en todo á las damas, Lindaraja, hija de Mahomet Abencerrage. A esta hermosa dama servia un galan y bizarro moro, llamado Gazul, y en su servicio, y por darla gusto, hizo muchas fiestas en Sanlucar. Volviendo, pues, á nuestro propósito, serian las dos de la tarde, cuando los caballeros y damas acabaron de comer las colaciones, y soltaron un toro de los mas bravos que habia entre todos, que no seguia hombre á quien no volteaba, ni la ligereza de los caballos ni de las yeguas bastaba á escaparse de sus veloces cornadas. Era tanta su braveza y ligereza, que en breve espacio le desocuparon la plaza todos los de á pié, aunque contra su voluntad. Como vió su braveza el rey, dijo á los caballeros: «Bien será lancear ese toro.» Malique Alabéz pidió licencia para hacer algun lance, y el rey se la dió. Muza venia á pedirla para lancearle, y como se la habia dado á Alabéz no la pidió. Bajó de los miradores Alabéz, y subió en un caballo, el cual le habia enviado el aicaide de Velez el Rubio y el Blanco, que era primo hermano suyo, hijo de un hermano de su padre, al cual mataron á traicion unos caballeros llamados los Alfaquies, por envidia que le tenian, por ser tan querido del rey; pero no compraron muy barata la muerte del noble alcaide, que el rey la vengó bien. Siete hermanos eran estos Alfaquies, y á todos juntos los mandó degollar por la traicion que hicieron en matar sin ocasion ni culpa á quien no lo merecia. Sus bienes fueron confiscados por la corona real. Dió, pues, vuelta Alabéz á toda la plaza, y llegando al balcon donde estaba su señora Cobaida, hizo que se arrodillase el caballo, y él humilló la cabeza, haciendo cortesía á su dama, y á todas las demas que estaban allí. La dama enamorada de su Alabéz, se levantó y le hizo el acatamiento. Él muy gozoso de haber visto á su querida señora, y tan favorecido, espoleó al caballo, y partió mas veloz

que un rayo; tanta era la ligereza del caballo, que apenas se le veía en la carrera. El rey y los caballeros se holgaron de verle; á los Zegríes les pesó, porque era mortal la envidia. Era tanta la gritería de la gente, que ponía grima; y era causa, que el toro habia dado vuelta por toda la plaza, habiendo volteado y derribado mucha gente, y muerto cinco ó seis personas, y venia como el viento adonde estaba Alabéz, y comó le vió venir, quiso hacer una gentileza, y fué, que saltó del caballo, y aguardó al toro con ánimo osado, el albornoz en la mano izquierda, y cuando bajó el toro la cabeza para hacer su golpe y darle un bote, le echó tan bien el albornoz delante de los ojos, que dió gran contento á todos; y asiéndole de ambos cuernos, le hizo estar quedo á su pesar, porque era grande la fuerza que tenia. El toro procuraba desasirse para matarle, y Alabéz se defendia con el valor de su persona, aunque con mucho peligro. Y pareciéndole al valiente moro que duraba mucho aquella pelea, enojado, y con cólera que tenia, le torció el pescuezo, y con fuerza increíble le derribó en tierra como si fuera muy débil oveja; y como lo vió en el suelo, se fué poco á poco, con semblante apacible, y sin poner el pié en el estribo saltó en su caballo, dejando al toro molido, y tal, que no se pudo levantar de allí, quedando todos muy admirados de su esfuerzo, valor y fortaleza invencible, dándole mil loores. El rey llamó á Alabéz, y fué como si no hubiera hecho cosa alguna; y en llegando le dijo el rey: «Mucho contento me habeis dado, y no se espéraba menos de vuestro valor y nobleza: yo os hago merced de la alcaidía de la fuerza de Cantoria, y de que seais capitan de cien caballeros.» Alabéz le besó las manos por las nuevas mercedes que le hacia. Serian á la sazón las cuatro de la tarde, y mandó el rey que se tocase á cabalgar. Oida la señal, todos los caballeros que eran de juego se adelantaron para hacer la entrada, y entre tanto comenzaron una muy acordada música, con diversidad de instrumentos. Luego vino entrando por la boca del Zacatin el gallardo Muza con su cuadrilla Abencerrage. Entrando de cuatro en cuatro, y dando vuelta por la plaza, haciendo el debido acatamiento al rey, á la reina y á las damas, dieron algunas carreras con muy grande brio y donaire. Eran Muza, Malique Alabéz, y treinta Abencerrages en la cuadrilla, y parecian muy bien las plumas azules y telas de plata sobre nevadas yeguas, que hermoseauaban toda la plaza y amartelaban las damas con su bizarría. No con menos gala y brio entraron los Zegríes por otra puerta, todos de encarnado y verde, con plumas y penachos azules, yeguas bayas, y en las adargas una misma divisa puesta en listones azules, que era unos leones encadenados por mano de una dama. Decia la letra: *Mas fuerza tiene el amor*. De esta manera entraron en la plaza de cuatro en cuatro, y juntos hicieron un caracol y escaramuza con mucho concierto, que no menos contento dieron que los Abencerrages. Y tomando las dos cuadrillas sus puestos, y apercibidas las cañas, habiendo dejado sus lanzas, al son de las trompetas y dulzainas se comenzó á trabar el juego con mucha gallardía, donaire y brio, de ocho en ocho. Los Abencerrages, que habian reparado en las plumas azules que los Zegríes traian, antigua divisa suya, muy enojados les tiraban á los turbantes, por derribárselos, muy vale-

rosamente; mas no pudieron los Abencerrages salir con su intento, y así andaban jugando con muy gran concierto, que era mucho de ver, y daban grande contento á todos los que les miraban. Mahomad Zegrí, como tenia tratado con todos los de su linage, de dar la muerte á Malique Alabéz, ó á alguno de los Abencerrages por las palabras dichas, dió orden que Malique Alabéz saliese de la parte contraria, y cayese en su cuadrilla, teniendo inteligencia para que él y los ocho revolviesen sobre Alabéz y los suyos. Y habiendo corrido seis veces dijo el Zegrí á los de su cuadrilla: «Ahora es tiempo, que está el juego encendido; venguémonos, pues se nos ofrece buena ocasion;» y tomando una lanza con un muy agudo hierro, aguardó que Malique Alabéz viniese con los ocho caballeros de su cuadrilla, revolviendo sobre los de la contraria parte, como es uso y costumbre en semejantes juegos, y al tiempo que Malique Alabéz volvía cubierto con su adarga contra él y los suyos, salió el Zegrí, y llevando puestos los ojos en Malique Alabéz, mirando por donde mejor le pudiese herir, le arrojó la lanza con tanta fuerza, que pasó la adarga de una parte á otra, y el agudo hierro entró en el brazo derecho, que se lo pasó con mucha brevedad. Muy grande fué el dolor que el valeroso Malique Alabéz sintió de aqueste golpe, porque le atormentó todo el brazo, y aun todo el cuerpo, sin entender que estaba herido; y en habiendo llegado á su puesto puso la mano en la parte que le dolía, y ensangrentósela; y mirando al brazo, viendo la herida, dijo en alta voz á Muza y á los Abencerrages: «Caballeros, grande traicion nos han armado los Zegríes: lanzas con hierros agudos tiran por cañas; veisme aquí herido.» Los valientes Abencerrages al punto tomaron sus lanzas para estar prevenidos á lo que se les ofreciese. A esta sazón volvía el Zegrí con su cuadrilla para irse á su puesto, cuando Malique Alabéz con gran furia se atravesó de por medio viéndose herido, y le tiró la lanza diciéndole: «Traidor, no es de caballero lo que has hecho, sino de villano.» No fué en valde el tiro, pues le pasó el adarga y cota, y le entró en el cuerpo un palmo y mas de lanza, y luego cayó el Zegrí de la yegua casi muerto. De ambas partes habia apercibimiento para lo que se ofreciera, y empezaron una escaramuza brava y sangrienta; y como los Zegríes iban bien armados, llevaron lo mejor de la batalla; pero como era tanto el valor de Muza y del valiente Alabéz, y el de los Abencerrages, no dejaban de maltratar á los Zegríes, y hacerles daño notable. La vocería y algazara era mucha, y cuando vió el rey encendido el juego, bajó á la plaza, y subió en una yegua y entró entre los lidiadores con un baston diciendo: «A fuera, á fuera.» Asimismo todos los caballeros desinteresados ayudaron á poner en paz. Estuvo este día en peligro de perderse Granada; porque de la parte de los Zegríes fueron Gomeles y Mazas, y de la de los Abencerrages, Almoradis y Venegas. Como los bandos y cismas son tan peligrosos entre los príncipes y magnates, lo temió el rey, y así hizo todo lo posible para apaciguarlos; quietos y apartados cada uno en su cuadrilla, el valiente Muza y los de la suya se subieron al Alhambra, llevando consigo á los Almoradis y Venegas. Los Zegríes se retiraron al castillo de Vivatambien, llevando muerto á Mahomad Zegrí. La reina y las damas se quitaron de los mira-

dores, dando gritos cuando vieron las veras del juego, porque en los de la lid habia maridos, hermanos, parientes y amantes de las damas, y sus lastimas y lloros movian á compasion á todos los que las oían, y en particular las lamentaciones de la hermosa Fátima, llorando su muerto padre; que eran muchos los extremos que hacia, bastantes á enternecer un corazon diamantino. Este desdichado fin tuvieron las fiestas, quedando muy revuelta Granada, y por eso se hizo este romance:

A fuera, á fuera, á fuera,
Aparta, aparta, aparta,
Que entra el valeroso Muza,
Cuadrillero de unas cañas.

Treinta lleva en su cuadrilla
Abencerrages de fama,
Conformes en las libreas
De azul y tela de plata.

De listones y de cifras
Travesadas las adargas:
Yeguas de color de cisne,
Con las colas encintadas,

Atraviesan cual el viento
La plaza de Vivarrambla,
Dejando en cada balcon
Mil damas amarteladas.

Los caballeros Zegríes
Tambien entran en la plaza:
Sus libreas eran verdes,
Y las medias encarnadas.

Al son de los añafles
Traban el juego de cañas,
El cual anda muy revuelto,
Parece una gran batalla.

No hay amigo para amigo,
Las cañas se vuelven lanzas,
Mal herido fue Alabéz,
Y un Zegrí muerto quedaba.

El rey Chico reconoce
La ciudad alborotada;
Con un baston en la mano
Va diciendo: Aparta, aparta.

Muza reconoce al rey,
Por el Zacatin se escapa,
Con él toda su cuadrilla
No paran hasta el Alhambra.

A Vivatambien Zegríes
Tomaron por su posada;
Granada quedó revuelta
Por esta cuestion trabada.

Quedó la ciudad de Granada tan llena de escándalo y revuelta, porque la flor de los caballeros estaban metidos en estos bandos. El rey Chico andaba suspenso, y admirado de ver las novedades que cada dia habia en la corte, y con todas veras procuró hacer las amistades, porque no viniese á mas daño del sucedido: mandó que se hiciese informacion del caso para castigar á los culpados; y con esto paró la traicion, concierto y junta que se hizo en el castillo de Vivatambien contra Alabéz y los Abencerrages. El rey quiso proceder contra los Zegríes, mas todos los caballeros le suplicaron los perdonase, y considerase que era ya muerto el caudillo del bando. El rey los perdonó é hizo las amistades, y así se aquietó la ciudad, como de antes lo estaba, que no fué poco.

CAPITULO VII.

Del triste llanto que hizo la hermosa Fátima por la muerte de su padre, y cómo se iba á Almeria la bella Galiana, si su padre no viniera, la cual estaba muy vencida de amores de Sarracino; y de lo que entre él y Abenamar pasó una noche debajo de las ventanas del real palacio.

Muy gran llanto era el que hacia la bella Fátima por la muerte de Mahomad Zegrí, su padre, y era en tanto modo su sentimiento y dolor, que

se temia no perdiese el juicio ó la vida, porque no bastaba la reina, ni alguna otra dama á consolarla : era tan grande el dolor que tenia en su afligido corazon, que del sentimiento, llanto y desconsuelo enfermó, y enflaqueció de tal suerte, que parecia otra de la que ser solia. Visto que no admitia consuelo ninguno, y que las medicinas no la daban mejoría, acordaron enviarla á Almería á casa del alcaide de ella, que era su pariente, el cual tenia una hija muy hermosa y discreta, que sería posible aliviarse allí, y quitarse la tristeza que tenia; y allí la llevaron, donde fué bien recibida y regalada. La hermosa Galiana vivia libre de amor, y fué herida de amores de Hamete Sarracino, y con grande esceso; y como se acababa la licencia que de su padre tenia para estar en Granada, envió á llamar al valiente Sarracino con mucho secreto. Dado el recado vino al punto á palacio, y entrando en el aposento de la bella mora, vió que estaba sola, y ella se levantó á recibirle, mudadas las colores. El bizarro moro la dijo, que le mandase lo que queria que en su servicio hiciese. Galiana le mandó sentar cerca de sí, tratando largamente de las fiestas pasadas, y la muerte del Zegrí, y de los bandos movidos para tan pequeña ocasion, y de otras cosas, con las cuales palabras se enlazaban las almas, y se aficionaban los ojos. Y satisfaciendo el enamorado moro á la dama, no menos aficionada que él, la dijo y propuso lo siguiente : « Grande ha sido, señora, la batalla de los Abencerrages y Zegríes, y desdichada la muerte de Mahomad Zegrí; pero yo os certifico, señora de mi libertad, que es mas la guerra que en mi alma y pensamiento hacen vuestra beldad y hermosura : muerto me han vuestros ojos de amor, mi pecho se abrasa, y arde en amorosa llama; si no acudís al remedio, sin duda moriré : recibidme en vuestro servicio, Señora, y no seais ingrata á mi amorosa voluntad. Galiana estuvo atenta á las discretas razones del aficionado y gallardo moro, y en extremo holgó de ver tantas muestras en su querido Sarracino, porque ya labraba amor dentro de su pecho, y le estimaba y queria tiernamente, y así con alegría le respondió : « No es de nuevo, galan Sarracino, en los hombres aficionarse á las damas á primeras vistas y de ligero, y los primeros dias tienen algun fervor y fe, y algun cuidado de visitar sus damas, y pasearles las calles. Aquesto hacen por obligar á las damas, y dura en ellos entretanto que ellas se rinden, y se manifiestan por suyas; y en siendo señores de su libertad, en ese punto cesa el cuidado y la solicitud, y aun vienen á olvidar y aborrecer sin causa; y así las damas que vivimos libres, no habíamos de dar crédito á vuestras palabras y promesas.» Sarracino respondió : « Juro por Mahoma, y él me falte, si yo faltare jamás en serviros, quereros y adoraros, y á fe de caballero de ser muy fiel y leal mientras viviere.» « Bien entendido, dijo Galiana, que un caballero tan principal como vos cumplireis vuestra palabra, como quien sois, sabed, que me he de ir á Almería, porque se me acaba la licencia que me dió mi padre, y así habré de partirme de Granada; y antes de irme, holgaré de hablaros mas despacio, y sea esta noche á hora conveniente, y con mucho secreto os poned debajo de este balcon, y podremos hablar con mas quietud que ahora; y con esto os id con Alá, antes que el rey lo entienda.» El favorecido moro

se ausentó de los ojos que daban vista á los suyos, y muy ufano y contento, por verse tan favorecido y regalado de la dama mas hermosa y libre de amor que se conocia. Cien mil siglos le parecia cada hora de las que faltaban hasta la dichosa hora que esperaba. Habiendo acabado Febo su curso, y empezado Tetis á tender la tiniebla oscura, que no lo era para el enamorado moro, se fué á palacio, prevenido de armas defensivas y ofensivas para lo que se ofreciera; y á la una, cuando todos de ordinario reposan, se acercó al balcon de su señora Galiana, y escuchando, oyó tocar un laud muy acordado, y una tierna y delicada voz, que al son del instrumento cantaba con gran suavidad, y mostraba en sus acentos estar herida y lastimada de amor, segun las pausas que hacia, y suspiros que daba. El gallardo moro estuvo atento á la dulce música y suave voz, y al sentido de la dolorosa cancion, que dice así :

CANCION.

Divina Galiana,
Es tal tu hermosura,
Que iguala con aquella que el Troyano
Le diera la manzana,
Por quien la guerra dura
Le vino al fuerte muro de Dardano.

Oh rostro soberano!
Pues tienes tal lindeza,
El que podrá gozarte
Dirá que nunca Marte
Gozó cuando fué preso tal belleza;
Ni el que se llevó á Argos
La causa de la guerra de años largos.

Y pues sube de punto
Tan alto tu belleza,
Que no hay acá tu igual en todo el suelo,
Do muestres el asunto,
Tan lleno de aspereza,
Como Anajarte hizo al sin consuelo
Amante, que de vuelo
El cuello puso al lazo,
Por salir de tormento,
Y quiso que llegase tan mal plazo;
Muéstrate piadosa,
Pues eres en verdad divina diosa.

Oyendo el bravo Sarracino la enamorada cancion, y no pudiendo sufrir mas que el puesto donde habia de hablar á su querida dama estuviese ocupado, se llegó á reconocer quién era el que cantaba. El cual, como sintió gente, dejó de proseguir su música, y se aprestó de sus armas. Era el músico el fuerte Abenamar, el cual estaba amartelado de la bella Galiana, y por ablandar y mover á quien tan exenta vivia de amor, la cantaba aquella endecha triste. Llegóse Sarracino á él, y le dijo: «Qué gente?» — Respondió: «Un hombre.» — Replicó: «Mucha nota veo en lo que habeis hecho, por dormir la reina y sus damas en ese cuarto, y podrá el rey sospechar algo, que por ventura no hay.» — «No se os dé nada á vos, dijo Abenamar, ni os entremetais en lo que no os va nada, sino pasad adelante antes que os envíe contra vuestra voluntad.» — «¡Oh villano! yo veré si vuestras obras son como las palabras, dijo Sarracino, embrazando su rodela. Con el alfange en la mano embistió á Abenamar, que no menos apercebido estaba que él venia, y se comenaron á dar muy grandes golpes. Era tanto el ruido que hacian peleando, que algunos caballeros, mancebos moros, que buscaban sus pretensiones, acudieron á poner en paz, y no fué menester, porque como los valientes guerreros sintieron venir gente, se apartaron, por no ser conocidos.

Abenamar quedó herido en un muslo de una herida pequeña. Los caballeros procuraron conocer los que peleaban, y nunca fué posible, porque huyeron cada uno por su parte. La hermosa Galiana vió todo cuanto pasó, porque ya estaba puesta en un balcon, cuando Abenamar comenzó á tañer y cantar; y como vió trabada la pendencia, se retiró á su aposento, temerosa no sucediese alguna desgracia á su querido Sarracino. No fué tan secreto este negocio, que no lo supiese el rey, y mandó que se hiciese informacion, para que fuese castigado el causador del escándalo. Procuróse hacer, y en ninguna manera se halló quienes fueron los de la pendencia. Pasado todo esto, se dió orden para llevar á Galiana á Almería, y mandó el rey que se aprestasen cincuenta caballeros, para que fuesen en su compañía; y estando todo á punto entró en palacio Mahomad Mostafá, alcaide de Almería, y padre de la hermosa Galiana. Traía consigo una hija menor que Galiana, y tan hermosa como ella, la cual se llamaba Celima: el rey se levantó y abrazó al alcaide diciendo: « ¡Qué buena venida es esta, amigo Mostafá, que con ella me has dado gran contento! Tu hija Galiana estaba ya aprestada para irte á ver con el acompañamiento que tú y ella mereceis. Mostafá le respondió: « Bien tengo entendido que de tu larga y magnífica mano he de recibir mercedes, como siempre me las has hecho: mil años vivas para que en tranquilidad y sosiego nos gobiernes. » — « Yo os agradezco aquesa voluntad, » dijo el rey, y fué á abrazar á la bella Celima, y ella humillada le besó las manos. La reina y sus damas se levantaron á recibir á Celima, y ella le besó las manos á la reina, y abrazó á su hermana, y las damas se maravillaron de la hermosura de Celima, y ella de la de las damas y su bizarría. El alcaide Mostafá fué recibido con mucho amor de todos los cortesanos, y el rey le mandó sentar en un rico cojin cerca de sí, y le dijo: « Holgádome he de tu venida y de la de tu hija, y querría saber, qué te ha movido á traerla á Granada. » El alcaide le dijo: « Poderoso rey y señor mio, despues de venir á besar tus reales manos, traigo á mi hija para que sirva á mi señora la reina, en compañía de las damas y de su hermana Galiana, porque no se halla en Almería, especialmente por el temor que que tiene á los rebatos que nos dan siempre los cristianos; y me pareció que estaba mejor en Granada, que en Almería. » — « Bien has hecho, » dijo el rey, porque aquí estará en compañía de su hermana y gozará de las fiestas que cada dia se hacen, aunque las pasadas fueron escandalosas. » A esta sazón entró un moro viejo, y dijo como un caballero cristiano paseaba la vega bien alistado de armas, en un poderoso caballo que ponía espanto su brío y fortaleza, y no podia conocer quién fuese de cierto, por traer puesta la celada. El rey dijo que le procurasen conocer; y á este tiempo estaba en el Alhambra él, y la reina en la torre de Comares. Deseoso el rey de ver al caballero cristiano, subió á la torre de la Campana, y con él la reina, caballeros y damas. Es la mas alta torre del Alhambra, la cual señorea toda la vega; y mirando á ella vieron un caballero armado, de muy lucidas y fuertes armas, en el escudo y penacho una cruz roja, sobre un hermoso caballo, que se paseaba como si estuviera en su misma patria. En viendo la cruz roja, dijo el rey: « No es

posible sino que aquel caballero es el maestre de Calatrava, así por la insignia, como por la osadía que ha tenido de llegar hasta la ciudad;» y cuando el maestre vió al rey y á las damas, alzó la celada é hizo la reverencia debida; y por todos conocido, le fué fecha cortesía, y en particular por la reina y sus damas. Hecho esto puso el maestre un pendoncillo rojo en la punta de la lanza, que era señal de batalla. Mostafá, alcaide de Almería, pidió licencia al rey para salir á escaramucear con don Manuel Ponce de Leon, maestre de Santiago, atento que en una escaramuza le habia muerto á un tío suyo, y queria vengar su muerte. «No te metas en eso, le dijo el rey, que caballeros hay en mi corte que saldrán.» Todos los caballeros le pidieron licencia para irse á ver con el maestre, y un page les dijo, que no se cansasen, que ya habia salido de palacio un caballero á escaramucear. El rey preguntó, quién le dió licencia. Respondió el page: «Mi señora la reina se la dió, porque él se la pidió.» — ¿Y quién es el caballero que salió? — «Malique Alabéz,» dijo el page. — «Pues si es así yo me huelgo, porque es buen caballero y hará como quien es: siendo ambos tan valientes, será de ver la escaramuza.» A muchos caballeros les pesó, porque iba Malique Alabéz á la batalla, y quien mas lo sintió fué la hermosa y querida Cobaida, porque le amaba muy tiernamente, y no quisiera que se pusiera en tanto peligro, y pidiendo licencia á la reina, se quitó de los miradores, por no ver la batalla, y estuvo con mucha pena hasta saber el suceso de la escaramuza. El rey mandó que saliesen cien caballeros armados, que fuesen en guarda de Malique Alabéz, por si estuviese puesta alguna emboscada de cristianos. Así como el rey lo mandó, se fueron á armar, y vinieron á la puerta de Elvira á aguardar que el valeroso Alabéz viniese para ir en su guarda.

CAPITULO VIII.

De la batalla cruel que Malique Alabéz tuvo con don Manuel Ponce de Leon en la Vega, y de lo que en ella sucedio.

Así como el caballero cristiano puso el pendoncillo en la punta de la lanza, se quitó de los miradores Malique Alabéz, de donde estaba la reina: hincando la rodilla en tierra, la suplicó le diese licencia para salir á escaramucear con aquel caballero cristiano, porque si se la daba, queria en nombre de todas las damas hacer aquella escaramuza. La reina se holgó de ver el valeroso ánimo del valiente Malique Alabéz, y con rostro alegre le dijo: «Pues es vuestro gusto, caballero gallardo, servirnos hoy, os lo agradecemos mucho: Alá os dé el suceso que deseamos; yo os doy la licencia que pedís, id en dichosa hora.» — «Y yo confio en Alá, dijo Alabéz, que con estas mercedes alcanzaré la victoria.» Despidióse con esto de la reina, y al partirse miró á su señora Cobaida, y la vió muy triste; y llegando á su casa, mandó ensillar el potro rucio que su primo alcaide de los Velez le habia enviado, y que le diesen una fina adarga de Fez, y una

toca jacerina. Púsose encima de las armas una aljuba de terciopelo morado, toda guarnecida de tejido oro, y encima del casco un bonete morado, y en él un penacho de plumas pagizas y blancos martinets, y con él unas garzotas pardas, verdes y azules. Apretó bonete y casco en la cabeza con una toca azul de seda entretejida con oro, dando vuelta á la cabeza, haciendo de ella un turbante, de la cual asentó una rica medalla de oro de Arabia, labrada de montería, con dos ramos de laurel que parecían naturales; las hojas eran de un finísima esmeralda, y en medio de la medalla esculpida la efigie de la dama muy al natural. El bizarro y valiente moro tomó una lanza con dos afilados hierros, y bien armado de todo lo necesario, sobre un lozano caballo salió de su casa, y fué para la calle de Elvira, en la cual habia muchas damas, las cuales se holgaban de ver la bizarría y gallardía de Alabéz. En llegando á la puerta de Elvira, halló cien caballeros que iban para su seguridad, todos muy bien armados; y en saliendo al campo arremetieron sus yeguas los moros, escaramuceando unos con otros, que era muy de ver. Pasaron todos juntos por delante de los miradores do estaba el rey, la reina y las damas, y Alabéz hizo arrodillar el caballo, y el bizarro moro inclinó cuanto pudo la cabeza, haciendo grande acatamiento. Fuéle correspondido por todos, y acercándose á don Manuel, dijo: « Por cierto, cristiano caballero, que dá tanto contento vuestro buen talle, que se echa de ver bien ser vuestro valor mucho, y tengo gran gozo en que mi ventura mi haya traído á verme con vos; y si la fortuna me fuese tan favorable que alcanzase de vos la deseada victoria, me tendré por el caballero mas dichoso del mundo; y si el hado triste y mi mala suerte me tiene determinado que quede cautivo ó muerto á vuestras manos, lo tendré á feliz dicha; y si es voluntad vuestra decirme el nombre que teneis, lo tendré en merced, porque sepa de quien alcanzo gloria ó muerte. » El valiente maestro escuchó las comedidas razones del valeroso moro, y por satisfacerle le dijo: « Noble moro, cualquiera que vos seais, vuestro cortesano y discreto término merece mucho, y yo por complaceros os lo diré. A mí me llaman don Manuel Ponce de Leon, profesor de mi divisa; y pues ya sabeis mi nombre, si gustais de decirme el vuestro me holgaré de saberlo. » — « No sería término de caballero, dijo el moro, negar una peticion tan justa: yo me llamo Malique Alabéz, soy de linage de reyes, y no será menosprecio vuestro el escaramucear conmigo; y pues sabeis quien soy, y yo quien vos, empecemos nuestra escaramuza. » En diciendo esto, revolviendo los caballos, se acometieron con tanta furia, que parecia haberse juntado dos peñascos. Juntos, pues, los dos caballeros, se daban tan recios y desaforados golpes, y botes de lanza, que causaban admiracion. No fueron bastantes los finos escudos á resistir la gran violencia de la fuerza con que se acometieron, porque ambos fueron falseados; y tornando á revolver los veloces caballos, con vueltas gallardas proseguian su escaramuza el uno contra el otro. Grande era el contento que recibian todos los que miraban la cruel batalla, por ver los ardides de guerra, y las gentilezas que cada uno hacia por rendir á su contrario. Dos horas y mas habia que batallaban los dos valientes guerreros, sin que se pudiesen herir con las lanzas,

porque aunque cada uno hacia sus diligencias para herir con ellas, era en valde, respecto que se adargaban muy bien. El moro vió que el caballo del valiente don Manuel no tenia ya la velocidad que de antes, porque le pareció que debia de estar cansado; y era así, que lo estaba, pues muy gran rato habia que el maestro lo habia sentido; pero su esfuerzo suplía la flojedad del caballo, y hacia todo lo que podia. No quiso mejor ocasion que aquella el astuto Malique Alabéz, y aprovechándose de ella, empezó á dar vueltas y acometimientos, y á revolver el caballo tan á menudo y con tanta ligereza, que á don Manuel le causaba gran admiracion. Todo esto hacia el valiente moro con intento de acabarle de cansar el caballo y desalentarle, para en viendo ocasion ejecutarla. Fué así, que teniendo ya muy acosado el caballo del maestro, acometió á herirle por el brazo derecho, y don Manuel fué al remedio, y revolviendo con grande presteza al lado izquierdo, le hirió de una lanzada, sin hacer resistencia la fina cota, porque el temple de los hierros de la lanza de Alabéz eran estremados. La herida fué peligrosa, y de ella salia mucha sangre. El valiente don Manuel, sintiéndose herido, mas bravo que su apellido, enristró la lanza al tiempo de revolver para salirse por el lado descubierto, y el hierro le entro en la carne, y abrió una muy peligrosa herida. No hay serpiente ni áspid tan ponzoñoso como estaba el valiente moro viéndose mal herido, y con una cólera frenética embistió á don Manuel con la lanza, y pasándole el escudo fué herido otra vez. Casi corrido don Manuel arremetió al moro con tal furia, que le dió otra herida peor que la primera. Andaban tan embriagados de cólera por verse heridos, que mientras más batallaban, mucho mas se cegaban en su pelea, y no se conocia ventaja en ninguno. Y con esto muy enojado don Manuel por tanta dilacion, que habia cuatro horas que escaramuceaban, y no se conseguia la victoria; entendiendo que estaba la falta en la flojedad de su caballo, por estar tan sudado y cansado, se apeó de él con una ligereza estraña, y cubierto con su escudo, puso mano á la espada, y con ánimo belicoso se fué al valiente moro, el cual, como le vió á pié, se maravilló mucho, y confirmó el ser de animoso corazon: mas por no ser reputado de villano se apeó y se fué á don Manuel, fiado en su gran fuerza y valor, cubierto con su adarga, y un alfange de Marruecos en la mano, y comenzó á dar tan grandes golpes, que el maestro sentia bien la fuerza de su brazo. No se descuidaba el maestro en herir á su contrario y en defenderse de él; y era de tal suerte, que no se juntaba vez que el moro no saliese herido, por ser mucha la destreza y fortaleza del maestro, y por la mucha esperiencia que tenia en la escaramuza, como quien cada dia se veía en ellas. Y aunque el valiente y fuerte moro procuraba herir al maestro, no podia por hallarse siempre muy bien adargado, y en lugar de herir, salia herido en cada entrada que hacia. A esta causa estaba maltratado y con muchas heridas, muy cansado y desangrado, pero no por eso dejaba el animoso moro de batallar y mostrar tanto esfuerzo, como si empezara en aquel momento. Fué muy de ver en esta hora ir el caballo de Alabéz al del maestro, y las crines erizadas, y con una furia estraña empezó á morder y tirar coces, donde se trabó una escaramuza entre los dos caballos que causaba risa al rey y á

las damas, que se admiraban de ver la fortaleza de los caballos, aunque el del moro llevaba lo mejor, porque estaba enseñado en aquello. Los dos valientes guerreros continuaban su batalla, aunque con notable daño de Malique Alabéz, porque estuvo á pique de rendirse, y favorecióle la fortuna en este modo. El maestro habia dejado gran trecho de donde peleaban á ochenta caballeros que traia para su guarda : viendo que duraba tanto la escaramuza, se acercaron los guerreros para ver el estado de la batalla. Los cien moros que eran en guarda de Alabéz, como vieron venir aquel lucido escuadron de cristianos, y tan bien alistados, se recelaron, y mas cuando los vieron acercarse tanto : entonces espolearon las yeguas, y arremetieron contra los cristianos con gran algazara. Los cristianos entendiendo que era traicion, por guardar á su señor, les salieron al encuentro, y entre todos se trabó una sangrienta escaramuza. Peleaban valientemente, dándose terribles heridas, tanto, que habia por el suelo muchos cuerpos sin almas. Vista por los caballeros la sangrienta batalla de sus soldados, sin causa, se apartaron para aquietarlos. Ambos caballeros se fueron á coger sus caballos, y no habia quien se llegase á ellos segun estaban en la pelea. Los moros acudieron á favorecer á Alabéz y á cogerle el caballo, y los cristianos á su señor, y cogiendo el caballo de Malique Alabéz subió en él el maestro con la lanza en la mano, y se metió entre los enemigos, hiriéndolos y maltratándolos. Alabéz subió en el caballo de don Manuel, y no se holgó del trueque, aunque en bondad no debia nada al suyo, salvo que era mas ligero, y con la lanza en la mano se entró por los cristianos, haciendo mucho daño. El rey que vió la batalla tan sangrienta, mandó tocar al arma, y que saliesen mil caballeros en socorro de los suyos. El valiente Alabéz andaba buscando con mucha diligencia á don Manuel Ponce de Leon, y viéndole que enfoscado andaba en medio de la batalla, le hizo señas que saliese fuera. El maestro salió muy gozoso por concluir la escaramuza empezada entre ambos. Llegándose cerca Alabéz le dijo al maestro : « Caballero esforzado y virtuoso, tu nobleza me obliga á que te avise de un venido peligro, y es : atiende el oido, que pues eres tan buen soldado, entenderás el son y ruido de las cajas que se hace : sabe, noble caballero, que tocan al arma, y cuando menos saldrán mil moros en mi socorro, y no ganarán nada los tuyos con la multitud que vendrá, aunque traes buenos soldados : toma mi consejo, y desampara la Vega tú y los tuyos, que á fe de caballero, que te importa mucho, y como tal te juro que cada vez, y cuando que quieras, concluiremos nuestra escaramuza, y se acabará; y te lo aviso como moro hijodalgo; ahora haz tu gusto. » — « Yo te agradezco, valiente moro, el aviso que me das, y quiero admitir tu consejo, y porque la primera vez que nos veamos hemos de concluir nuestra escaramuza, no te doy tu caballo : no es el mio peor que el tuyo, trátalo como yo trataré este. » Diciendo esto el maestro, tocó una corneta, que era señal de recoger; y así como los cristianos oyeron la seña dejaron la batalla y se juntaron con el maestro. Lo mismo hicieron los moros, y entrando Malique Alabéz con sus cien caballeros por la puerta de Elvira, salia el socorro, y Alabéz los hizo volver. El rey y los caballeros salieron á recibir á Alabéz, y le fueron acom-

pañando hasta su casa, y fué curado de sus heridas. Don Manuel iba tan enojado por no haber acabado la escaramuza, que no hablaba á nadie, ni respondia á lo que le preguntaban. Echaba la culpa á los suyos, porque habian ido á verlos lidiar, que si no fueran, él consiguiera el fin deseado de la victoria; y era verdad, porque los moros no se movieran si no vieran venir á los cristianos. Y por esta batalla se dijo el romance siguiente:

Ensíllenme el potro rucio
Del alcaide de los Velez,
Denme la adarga de Fez
Y la jacerina fuerte,
Y una lanza con dos hierros,
Entrambos de agudo temple,
Y aquel acerado casco,
Con el dorado bonete,
Que tiene plumas pajizas
Entre verdes martinetes;
Garzotas verdes y pardas,

Antes que me vista, denme.
Tráiganme la cota azul,
Que me dió para ponerme
La muy hermosa Cobaida,
Hija de Celin Hamete:
Y decidle á mi señora
Que salga, si verme quiere
Hacer muy cruel batalla
Con don Manuel el valiente;
Que si ella me está mirando,
Mal no puede sucederme.

CAPITULO IX.

En que se da cuenta de unas fiestas solemnes, y juego de sortija, que se hicieron en Granada, y como se iban encendiendo los bandos de los Zegries y Abencerrages.

Ya sabia el valeroso y gallardo moro Abenamar, como el valiente Sarracino era aquel con quien habia tenido la pendencia aquella noche en la plaza de palacio, y estaba muy enojado contra él, porque le habia herido, é impidió su música; y mirando á los balcones, vió que hacia Galiana á Sarracino muchos favores, de lo cual sintió mucho dolor y pena, y procuró olvidar á la ingrata, visto que no admitia, ni se acordaba de lo que habia hecho en Almería y Granada en su servicio. Y para ejecutar su propósito con todas veras, puso los ojos en la bella Fátima, que ya la habian traído á Granada, y estaba tan hermosa como de antes, y con tanta salud; y tenia mucha esperanza el moro galan, que no le sería ingrata Fátima, respecto de tener olvidado á Muza, por la certidumbre que tuvo de los amores que trataba con Daraja. El moro enamorado empezó á servirla con grandes demostraciones de amor. Fátima que vió las veras con que Abenamar la amaba, comenzó á favorecerle y amarle con grande amor, por ser muy galan, discreto y valiente. En este tiempo Daraja y Abenhamin Abencerrage estaban ya para casar, por lo cual el valeroso Muza habia puesto los ojos en la hermosísima Zelima, hermana de la bella Galiana; y no habia caballero de estima que no tuviese puesto todo su amor en alguna dama de palacio, y así cada dia habia fiestas y regocijos en la corte. El valiente Audalá amaba á la hermosa Aja, y como era caballero Abencerrage, y muy preso de amor, por dar gusto á su dama, ordenaba y hacia muchas fiestas. El valiente

Abenamar por vengarse de la linda Galiana y de Sarracino, suplicó al rey que se hiciese una fiesta el día de San Juan de juego de cañas y de sortija, y que él quería ser mantenedor della. El rey era muy amigo de fiestas, y porque se regocijase toda la corte y se ejercitasen los caballeros, ordenó que se hiciesen, por el contento que todos tenían de que se hubiese escapado Malique Alabéz de las manos de don Manuel Ponce de Leon, que fué mucha ventura, y por la salud que ya tenía. Habida la licencia del rey, mandóse pregonar por toda la ciudad el juego de cañas y sortija: que cualquiera caballero que quisiese correr tres lanzas con el mantenedor, que era Abenamar, que saliese á él, y trajese el retrato de su dama; que si fuese vencido el aventurero, había de perder el retrato que trajese; y si el mantenedor fuese rendido, llevase el vencedor el retrato de la dama del mantenedor, y una cadena de mil doblas. Todos los caballeros enamorados se holgaron del pregon en extremo, lo uno por mostrar el valor de sus personas, lo otro porque fuesen vistas las hermosuras de sus damas, con esperanza de ganar al mantenedor su dama y cadena. El valeroso Sarracino entendió el motivo de Abenamar, y holgóse de ello, porque por aquella vía entendía dar á conocer á su señora Galiana el valor de su persona; y él y los caballeros amantes que pretendían correr sortija, hicieron retratar á sus damas, como mejor y mas al natural pudieron, y con aquellos vestidos y ropas que mas de ordinario acostumbraban traer, porque fuesen conocidas. Venido el día de San Juan, fiesta tan celebrada de todas las naciones del mundo, todos los caballeros granadinos se adornaron de las mejores galas y joyas que pudieron, así los que eran de juego, como los que no eran, salvo que los del juego se señalaban en las libreas. Saliéronse á la ribera del fresco Genil, hechas dos cuadrillas para el juego, la una de Zegríes, y la contraria de Abencerrages: hizose otra cuadrilla de Almoradis y Venegas, y otra contraria de esta de Gomeles y Mazas, y al son de muchos instrumentos comenzaron el juego de cañas. La cuadrilla de los Abencerrages iba de tela de oro y leonado, con labores muy costosas y diferentes, unos soles por divisas, y penachos encarnados. Los Zegríes salieron de verde, con tejidos de oro y estrellas sembradas por las vestiduras, y por divisas medias lunas. Los Almoradies salieron de encarnado y morado, y muy ricamente aderezados. Los Mazas y Gomeles salieron de morado y pajizo. Era un caso de grande admiracion el ver estas cuadrillas corriendo por la vega de dos en dos, y cuatro en cuatro, porque mas parecia campo de batalla, que caballeros de juego. El rey Chico estaba entre los caballeros con unas vestiduras de inestimable valor; andaba con ellos solo por evitar las ocasiones de pesadumbres, que se podían ofrecer. La reina y todas las damas estaban mirando el juego desde las torres del Alhambra, admiradas de ver el gran concierto que tenían, y la destreza de los jugadores. Los caballeros Abencerrages y Almoradis fueron los que mas se señalaron aquel día. El valeroso Muza, Abenamar y Sarracino hicieron cosas notables en el juego. Cuando el rey vió que andaba muy trabado el juego, y que se iban encendiendo los Abencerrages y los Zegríes, temiendo no hubiese otra

desgracia como la pasada, mandó cesase el juego; y luego fué obedecido, y empezaron un concertado caracol, y luego dieron muchas carreras, con lo cual concluyeron el juego de cañas. El gallardo y fuerte Abindarraez se señaló aquel día mas que ninguno de los jugadores, porque estaba mirándole la hermosa Jarifa, su dama. La reina dijo á Jarifa: « Por dichosa te puedes tener, por ser tú galan tan bizarro y valiente. » Jarifa disimuló, encendiéndose el rostro de vergüenza que la dió de oír aquello. Fátima no apartaba los ojos de su Abenamar, por estar muy cautiva de su voluntad: Jarifa, entendiendo que miraba á su amado Abindarraez, porque se paseaban juntos los dos enamorados moros, le dijo á Fátima muy celosa: « Muy grandes son las maravillas de amor, Fátima, hermana y amiga, que donde quiera que da, no puede estar encubierto, porque brota por los ojos, cuando la lengua calla: no me podrás negar, amiga, que tú estás tocada de pasión amorosa, pues realmente tu hermoso rostro da de ello clara señal, que solías estar como la rosa en su zarza, y ahora te veo triste y melancólica, y son todas las mudanzas evidentes señales que causa el incendio de la llama amorosa que en tu pecho labra: y si no me lo niegas, el causador de todo es el valeroso y gallardo Abindarraez, y así no me debes negar ni encubrir tu secreto, pues sabes cuán leal y verdadera amiga te soy. » Fátima, que era muy astuta, sagaz y discreta, luego entendió el blanco donde tiraba el pensamiento de la hermosa Jarifa, porque ya sabia que trataba amores con Abindarraez, y no se lo quiso dar á entender, y disimulando, la respondió: « Si las maravillas de amor son grandes, no han llegado á mi noticia sus efectos, ni de ellos experiencia tengo. El no tener mis colores como de antes, y estar melancólica, bien sabes que es la causa muy urgente, pues estas presentes fiestas me renuevan mi dolorosa llaga de las tristes pasadas, en las cuales fué muerto mi amado padre, como duran los comenzados bandos entre Zegríes y Abencerrages; y en caso que de amor procedieran las causas que dices, te certifico que nunca por Abindarraez fuera, porque en el juego de cañas hay caballeros que son de tanto valor, esfuerzo y bondad como él, y en comprobacion de mi verdad el día de la sortija se verán los retratos de las damas servidas, que los caballeros sus amantes sacan, y entonces echarás de ver si te he negado el punto de verdad. » Con esto cesó la celosa conversacion de las dos enamoradas damas, y levantando Fátima los ojos para ver la trabada escaramuza, vió entre los caballeros á su querido Abenamar, que hacia notables destrezas; conocióle la rendida mora en un pendoncillo morado con una F de plata, encima una media luna de oro, armas y divisa de la bellísima Fátima. Habiendo escaramuceado el rey y los caballeros desde antes que el sol saliera, hasta las once del día, se tornaron á la ciudad por aprestar lo que cada uno habia de sacar en el juego de sortija. Por este día de San Juan, y fiesta que en él se hizo, que fué muy señalada y notable, se hizo aquel antiguo romance, que dice así:

La mañana de San Juan,
Al tiempo que alboreaba,

Grande fiesta hacen los moros
Por la vega de Granada.

Revolviendo sus caballos,
 Jugando van de las lanzas,
 Ricos pendones en ellas,
 Labrados por sus amadas.
 Ricas aljubas vestidas,
 De oro y seda labradas:
 El moro que amores tiene,
 Allí bien se señalaba;
 Y el moro que no los tiene,
 De tenerlos procuraba:
 Miranlos las damas moras
 Desde torres del Alhambra,
 Entre las cuales habia
 Dos de amor muy lastimadas:
 La una se llama Jarifa,
 La otra Fátima se llama.
 Solian ser muy amigas,
 Aunque ahora no se hablan.
 Jarifa llena de celos
 A Fátima le hablaba:
 Ay, Fátima, hermana mia,
 Cómo estás de amor tocada!

Solías tener colores,
 Veo que ahora te faltan.
 Solías hablar de amores,
 Ahora obras y callas;
 Pero si lo quieres ver,
 Asómate á esta ventana,
 Y verás á Abindarraez,
 Y su gentileza y gala.
 Fátima, como discreta,
 De esta manera le habla:
 No estoy tocada de amores,
 Ni en mi vida los tratara;
 Si se perdió mi color,
 Tengo de ello justa causa
 Por la muerte de mi padre,
 Que aquel Alabéz matara,
 Y si amores yo quisiera,
 Está, hermana, confiada,
 Que allí veo caballeros
 En aquella vega llana,
 De quien pudiera servirme,
 Y de ellos ser muy amada.

Habiendo el rey y los demas caballeros ocupado los miradores de la plaza nueva, donde se habia de hacer el juego de la sortija, vieron junto á la fuente de los Leones una rica y hermosa tienda de brocado verde, y junto á la tienda un alto aparador con un dosel de terciopelo verde, y en él puestas ricas joyas de oro, y en medio de ellas estaba asida una riquísima cadena, que valia mil doblas de oro, y aquesta era la cadena del premio, sin el retrato de la dama que con ella se ganaba. No quedaba en toda la ciudad hombre ni muger que no viniese á ver aquella fiesta; y no faltaron tampoco en ella los moradores de los lugares vecinos. No tardó mucho espacio de tiempo, cuando se oyó muy dulce son de ministriles que salian por la calle del Zacatin; y la causa era que el valeroso Abenamar, mantenedor de aquella sortija, venia á tomar su puesto, y su entrada fué de esta manera: primeramente cuatro hermosas acémilas de recámara, todas cargadas de lanzas para la sortija, con sus reposteros de damasco verde, todos sembrados de muchas estrellas de oro, y pretales de cascabeles de plata, y cuerdas de seda verde. Estos fueron con hombres de á pié y de á caballo, sin detenerse hasta donde estaba la tienda del mantenedor, y allí junto fué armada otra muy ricamente aderezada de libreas verdes y rojas, con muchos sobrepuestos de plata, todos con plumas blancas y amarillas: venian quince de una parte, y quince de otra, y al fin de todos ellos, y en medio, venia el animoso y valiente Abenamar con un vestido de brocado verde, labrado á muchísima costa, y marlota y capellar de inestimable valor y aprecio, y traia una yegua rodada; los paramentos y guarniciones de ella eran del mismo brocado verde, testera y penacho muy rico de verde y encarnado. Llevaba el gallardo mantenedor sembradas muchas estrellas de oro finísimo por todas las ropas y vestiduras, y en el lado izquierdo sobre el rico capellar un sol muy resplandeciente, con una letra que decia:

Solo yo, sola mi dama;
 Ella sola en hermosura,
 Yo solo en tener ventura
 Mas que ninguno de fama.

Esta misma letra se divulgaba por la plaza. Despues del valiente Abenamar venia un rico carro triunfal, adornado de muchas señas; traia hechas en él seis gradas muy bien aderezadas, y por encima de la mas alta grada habia un arco triunfal de estraña hechura, y debajo de él una rica silla, y en ella sentado y puesto el retrato de la hermosa Fátima. Estaba tan perfecta, que si su original no estuviera con la reina, dijeran que era ella. Causaba espanto ver el adorno y gala del retrato, que no habia dama que no la envidiase, ni caballero que no la pretendiese. Era el vestido turquesco, de muy estraña y vistosa hechura, la mitad pajizo y la otra mitad morado, y todo sembrado de estrellas de oro, y con muchos tejidos y recamados de oro. El tocado artificioso y galan, sus cabellos sueltos, como una madeja de oro de Arabia; sobre ellos una hermosa guirnalda de rosas blancas, y tejidas muy al natural; sobre su cabeza parecia el dios de Amor, niño y desnudo, con sus alas abiertas y plumas de mil colores, poniendo la guirnalda á la bella imágen; y á los piés de ella estaba el arco y aljaba de Cupido, como por despojos del rendido. De esta suerte iba el bello retrato de la hermosa Fátima, que agradaba mucho su vista á todos. El carro en que iba tiraban cuatro yeguas, mas albas que la nevada sierra. Despues del carro iban treinta caballeros de libreas verdes y encarnadas, con penachos de las mismas colores. De la forma dicha entró el bravo y valiente Abenamar, mantenedor de la justa, y al son de los ministriles y otros instrumentos músicos que llevaba, dió vuelta por la plaza nueva, pasando por debajo de los miradores del rey, quedando admirado él y los caballeros de la gallardía, invencion y traza. Así como llegó el carro á los miradores de la reina, ella y las damas se admiraron de ver la belleza, adorno y galas de la efigie de la hermosísima Fátima, y cuan natural era á su señora. Fátima estuvo junto á la reina, y con ella Daraja, Sarracina, Galiana, Zolima, Cobaida, y otras damas, cifra de la hermosura, y alegrándose de ver la invencion que Abenamar traia, la dijeron: « Por cierto, hermosa Fátima, que si como lleva la ventaja vuestro galan y defensor caballero á todos los demas en industria, cifra y galas, la lleva en defenderos, y alcanzar el premio de la victoria, que os podeis tener por la mas dichosa y bien afortunada dama del mundo. » Fátima, disimulando lo posible, respondió á las damas: « No sé yo con qué intento ha hecho Abenamar lo presente; pero si bien advertís, son novelas de caballeros, y por esta via querrian obligarme: no me da cuidado ninguno, ni es cosa que me toca; y poco se me da que me defienda, ó no. » — « No sin misterio, dijo Jarifa, el caballero Abenamar se ha puesto á hacer tal desafio á todos los caballeros enamorados, y á sacar tu retrato. » — « Este motivo de Abenamar, respondió la hermosa Fátima, él solo lo entiende, y cada uno hace y deshace á su gusto: sino, mira á Abindarraez, que por tí, y por lo que á él le está bien, tiene hechas cosas muy dignas de me-

moria. » — « Lo de Abindarraez para conmigo, dijo Jarifa, es cosa muy pública, y saben todos los de la corte que es mi amante; pero ahora lo de Abenamar nos parece á todas cosa muy nueva; y cierto que me pesaría si Abindarraez y Abenamar fueran competidores. » Dijo Fátima: « Y que lo sean, ó no, ¿qué se te da á tí? » — « Dame pena, respondió Jarifa, que tu retrato, que hoy ha entrado con tanto adorno, viniese á mis manos. » — « Pues por tan cierta tienes la victoria de parte de Abindarraez, dijo Fátima, que ya me tienes por tuya? Pues no tengas tanta confianza en tu amante caballero, que el que hizo un desafío general, ha hecho tantos gastos, y se ha esmerado tanto en la efigie, sabrá muy bien defender su partido, y al fin son casos de la fortuna, sujetos á ella. » La reina, que estaba oyendo las disputas de las damas, les dijo: « ¿De qué importancia es tratar cosas de que se saca poco fruto? Ambas sois iguales en hermosura, hoy veremos quién lleva la palma y gloria: cese esa plática, y atiéndase al fin de la aventura. » Con esto dieron fin á sus razones, y mirando á la plaza, vieron como Abenamar, habiendo dado vuelta á toda ella, llegó á la tienda, y habiendo puesto su precioso carro junto del aparador, donde estaban muchas y muy ricas joyas, mandó poner el retrato de la hermosa Fátima al son de muchas dulzainas y ministriles, con que recibieron todos mucho gusto. Luego se apeó del caballo, y dándosele á sus criados, se sentó á la puerta de su tienda en una muy rica silla, aguardando que entrase algun caballero aventurero. Todos los caballeros que habian acompañado al esforzado Abenamar, se pusieron á una parte, haciendo todos una larga y vistosa carrera. Estando ya los jueces puestos en un tablado, en lugar y en parte que pudiesen muy bien ver correr las lanzas, aguardaban todos que entrase algun aventurero. Los jueces eran dos caballeros Zegríes muy honrados, dos Gomeles y un Abencerrage llamado Abenamar. Este era alguacil mayor de Granada, oficio y cargo que no se daba sino á caballeros de gran cuenta y valor. No tardó mucho de oirse un grande ruido de música de añafles y trompetas, y mirando hácia la calle de los Gomeles, vieron desembocar por ella una bizarra cuadrilla de caballeros, con librea de damasco encarnado y blanco. Los penachos y plumas eran blancas y encarnadas. Pasada la cuadrilla, iba un caballero en un caballo tordillo, vestido á lo turquesco, paramentos y cimeras de brocado encarnado, con todas las bordaduras de oro, y penacho de las mismas colores. La marlotá y capellar sembrada toda de mucha pedrería de inestimable valor. Así como lo vieron, fué de todos conocido que era el fuerte y bravo Sarracino. Tras él venia un carro labrado á mucha costa, encima del cual se hacian arcos triunfales de estraño artificio, en los cuales estaban pintados los asaltos y escaramuzas, que habian pasado entre moros y cristianos en la vega de Granada, entre las cuales estaba la batalla tan reñida que pasó entre el valiente y valeroso mancebo Garcilaso de la Vega, y Audalá, moro de gran fama, sobre el *Ave Maria*, que llevaba escrita en la cola del caballo: tan naturales parecian en la pintura, que era cosa muy peregrina. Debajo de los cuatro arcos triunfales le hacía un trono en redondo, que por todas partes se podía bien ver; era de blanco y finí-

simo alabastro, y en él entretalladas muchas y diferentes labores. Iba puesta encima del trono una imágen muy hermosa, vestida de brocado azul, con muchos recamados de oro; todo ello de mucho precio y estima. A los piés de la bella imágen muchos militares despojos y trofeos, y el niño Amor vencido y arrodillado ante ella, quebrando su arco, y rota su aljaba, tirando la imágen á todas partes las saetas, y denotando que á todos heria de amores. El bravo Sarracino llevaba una divisa de un mar, y en ella un peñasco combatido de muchas ondas, y una letra que decia :

Tan firme está mi fe como la roca,
Aunque el viento y el mar siempre la toca.

Esta letra se estendia por toda la plaza, para que á todos fuese manifiesta. Así entró el valeroso Sarracino con su carro, no menos rico y costoso que el del mantenedor Abenamar, al cual carro tiraban cuatro caballos bayos, muy briosos y ricamente enjaezados: y así con solemne música dió vuelta el bravo Sarracino á la plaza, dando á todos los que le miraban muy gran contento. Luego conocieron todos el retrato, que era de la bellísima Galiana. Decia todo el vulgo : Bravo competidor tiene el Mantenedor. La reina, admirada de la singular destreza del artífice que retrató aquel bello trasunto, y cuán natural estaba con su original, se volvió á Galiana, y la dijo admirada : « Secreto estaba este negocio para conmigo, no me podrás negar ahora de tus amores : bizarro y galan caballero has escogido. No le faltaba nada de esto á Abenamar, pero en este caso no hay que disputar por ser de tu gusto. » Galiana disimulando calló. El rey dijo á los caballeros : « No es posible sino que hoy hemos de ver cosas dignas de memoria, porque el mantenedor es muy esforzado y los aventureros valerosos, que cada uno ha de procurar alcanzar la victoria, por defender su dama, y por ganar el premio del contrario; » y mirando hácia Sarracino, vieron como despues de haber dado la vuelta por la plaza, mandó arrimar su carro á un lado de ella, y paseándose se fué á la tienda del mantenedor, y le dijo : « Caballero, ya sabrás á qué es mi venida, y te prometo que cada instante se me hace un siglo hasta correr las tres lanzas puestas; porque entiendo por muy cierto, que ha de gazar mi adorada dama el retrato de la tuya, y la estimada cadena. Si mi desgraciada suerte tuviere ordenado que pierda el retrato de mi señora, llevarás junto con él esta preciosa manga, labrada por mi dama, la cual tiene de valor cuatro mil doblas. » Era así que tenia aquel valor, porque estaban bordados todos los extremos de aljofar, perlas y pedrería, y por ella se dijo este

ROMANCE.

En el cuarto de Comares
Está la hermosa Galiana,
Con estudio y gran destreza,
Labrando una rica manga
Para el fuerte Sarracino,
Que por ella juega cañas.

La manga es de gran valor,
Que precio no se le halla.
De aljofar y perlas finas
La manga iba esmaltada,
Con muchos recamos de oro,
Y lazos finos de plata;

De esmeraldas y rubíes
 Por todas partes sembrada.
 Muy contento vive el moro,
 Con el favor do tal dama;
 La tiene en el corazon,
 Y la adora con el alma:
 Si el moro mucho la quiere,
 Ella mucho mas le ama,
 Pues si el moro es de tal suerte,
 Bien merece Galiana,
 Que era la mora mas bella
 Que en muchas partes se hallaba.
 Muchos moros la sirvieron,
 Nadie pudo conquistarla,

Sino el fuerte Sarracino,
 Que ella de él se enamoraba,
 Y por sus tiernos amores
 Dejara los de Abenamar:
 Contentos viven los dos
 Con colmadas esperanzas
 Que se casarán muy presto
 Con regocijo y con zambra;
 Porque entiende el rey en ello;
 Y tiene ya la palabra
 Del alcaide de Almería,
 Que es padre de Galiana;
 Y así en Granada se dice,
 Que se casarán sin falta.

Finalmente, la manga no tenia precio su valor, y el fuerte Sarracino, confiado en su gallardía y destreza, quiso poner la manga en ventura de perderla, no considerando el bravo competidor que tenia delante. El cual así como oyó hablar á Sarracino, dijo: que aquel era el premio del vencedor, corriendo tres lanzas mejores que el contrario; y si lo vencian perdía su fama y joyas. Y diciendo esto, pidió que le diesen un caballo de ocho que tenia enjaezados, como se ha dicho, y tomando una gruesa lanza de sortija, se fué paseando por la carrera con tal donaire y brio, que á todos los que le miraban les daba gran contento. Y viendo la bizarria que tenia, dijo el rey á los caballeros: «No se niegue el buen parecer y postura que tiene Abenamar á caballo: Sarracino tambien es buen caballero, y hoy veremos quién lleva la palma del vencimiento.» A la sazón llegó al cabo de la carrera Abenamar, y haciéndole dar á su caballo una vuelta en el aire, dió un brinco muy alto, y luego salió como un rayo, y en medio de la carrera tendió su lanza con un donaire gracioso, y llegando á la sortija, dió por el extremo de arriba, y por muy poco no se llevó la sortija en la punta de la lanza; y no valia nada la que no se llevaba la sortija dentro del hierro, ni se podia ganar el premio si no era de esta manera. Y deteniéndose miró á ver la suerte que haria el venturoso Sarracino, el cual estaba muy confuso y descontento, habiendo visto el golpe que habia hecho el valeroso Abenamar, y mostrando buen ánimo, confiado en su mucha destreza, tomó una lanza, y poniéndose en la carrera arrancó con tanta velocidad, como si fuera una bala despedida de una culebrina por la gran violencia de la encendida pólvora, y tendiendo la lanza la llevó tan seguida, que la metió por medio de la sortija, y se la llevó dentro de la lanza. Toda la gente que estaba mirando la justa, dieron muy grandes voces, diciendo: «Abenamar ha perdido; su retrato y cadena la ha ganado el vencedor Sarracino, porque la fortuna le ha sido muy favorable, y está de su parte la victoria.» Cuán ufano quedó Sarracino con la algazara que levantaron todos, no se puede encarecer, porque ya se consideraba poseedor de los premios del vencido; y así dijo que le entregara el retrato y la cadena, pues la habia ganado. Mas el valeroso Muza, que era padrino del mantenedor Abenamar, replicó que no habia ganado, porque eran tres lanzas las que habian de correr,

y faltaban las dos. El padrino de Sarracino, que era un caballero Azarque, dijo que era ganado el premio con aquella lanza; y todos daban voces, cada uno alegando su derecho. Los jueces mandaron que callasen, que ellos lo determinarían, y fué determinado que no había ganado Sarracino, atento que le faltaban dos lanzas que correr. Sarracino estaba ardiendo en viva cólera, porque no daban los premios ya ganados por la voz del pueblo, y mas se encolerizó cuando sentenciaron que aun no había ganado. No estaba con menos cólera Abenamar que Sarracino, por haber perdido la primera lanza, y porque el vulgo le había dado el lauro á Sarracino. Quien en estos debates mirara á Galiana, viera en su rostro una mudanza estrañísima de alegría que tenía por la desgraciada suerte que había tenido en la primera lanza el valiente Abenamar; y lo contrario se viera en Fátima por la buena suerte de Sarracino, aunque con discrecion disimulaba su pena, pero no tanto que no se sintiese. Y Jarifa, como dama en quien había tanta discrecion, le dijo á Fátima: «Amiga, mal le vá á vuestro caballero y galan Abenamar: si así es hasta el fin, no le arriendo la ganancia.» — «No tengo cuenta con eso, respondió Fátima; pero si ahora le ha ido mal, podrá ser que le vaya bien despues, y tanto que te pese, lo cual veremos al fin.» — «Bien dices, dijo la hermosa Jarifa, y eso aguardo; pero cree que los buenos principios siempre traen buenos fines.» — «Eso niego, dijo Fátima, y espero que me dirás que tengo razon, por este simil. Bien has visto y oido que un enamorado galan en las primicias de sus amores sirve á su dama con gran cuidado, siendo puntual en darla gusto, en regalarla, en darla músicas, en rondarle la casa, y en idolatrarla. Hácele mil promesas, que mientras mas fuere, mas la servirá y querrá, y que tan imposible será el dejar de quererla, como dejar el sol de calentar en el estío, y querer arrebatarse con la mano la luciente luna de su lugar, y otros muchos imposibles que dicen, y sobre todo, el casarse con ella, todo con motivo y fundamento de gozar la dama á quien desea. La inocente, obligada con obras y promesas, entrégale su libertad, y viene en su deseo y gózala. ¿Aquestos son buenos principios, Jarifa?» — Ella respondió: «Si.» — Dijo Fátima: «Pues apenas ha gozado la rendida dama el fraudulento amante, cuando, porque pasando un caballero por su casa le quitó el bonete por cortesía, dicen luego que es su galan, y que no se admiran, que quién entregó su honor á él, lo entregará á muchos; no queriendo admitir el perverso y fementido amante, que debajo de sus promesas y juramentos se le rindió la desdichada dama. Mira, Jarifa, cuanta es la malicia de los que esto usan y traen por flor, que por solo que le dió algun rayo del sol en su balcon, desisten de la amistad de la recogida dama, y la dejan burlada, presa de amor, y deshonorada, por cuya causa viene á tener desastrado fin. ¿Son estos buenos fines?» — «No por cierto, dijo Jarifa, y confieso ser así lo que dices, y así pasa hoy en el mundo, y yo conozco algunas señoras pobres, cuya hermosura han gozado algunos caballeros, y solo por ser pobres las han dejado, y estar arrinconadas y perdidas para siempre; por lo que debemos las doncellas escarmentar en cabeza ajena, y no creer á nadie de ligero, sino ir con el gusto de

nuestros padres. Y si te parece miremos á los competidores;» y mirándolos, vieron como Abenamar tomó otro caballo y lanza, y aunque disimuló, ardiendo en cólera por la mala suerte pasada, arrancó á toda furia, y tendiendo la lanza la llevó derecha como una bala, y pasando por la sortija como un pensamiento, se la llevó dentro de la lanza. La gente dió gran gritería diciendo: El mantenedor va victorioso. Sarracino dió la carrera con muy gran desenfado y gallardía, y enristrando su lanza con cuidado, tocó un lado de la sortija, y no hizo efecto ninguno. Abenamar dijo á Sarracino: «Caballero, otra carrera nos queda para que concluyamos nuestro pleito; concluyámoslo luego.» Y diciendo esto pidió una lanza, y en dándosela se fué poco á poco, y puesto en la carrera, la dió con la lanza tan bien puesta, que embocándola por la sortija, se la llevó dentro. Entonces fueron los voces de toda la gente mas levantadas de punto, diciendo: «Ganado ha el mantenedor sin duda; suyo es el retrato hermoso de Galiana y la rica manga.» Bien se aparecía en Galiana el sentimiento que en su alma habia, por la poca esperanza que tenia de que su enamorado Sarracino ganase. El cual se puso en la carrera, y al llegar á la sortija dió con la punta de la lanza en un extremo, que con el gran movimiento cayó en el suelo. En parando el caballo del animoso Sarracino, fué llamado por los jueces, y le dijeron que habia perdido el retrato de su dama y la rica manga. El moro respondió: «Si ahora en juego he perdido, en escaramuzas sangrientas ganare.» Abenamar, que con él estaba picado por lo que ya hemos dicho, respondió: «Que si por via de escaramuza entendia cobrar algo de lo perdido, que le avisase si queria luego cobrarlo, ó que se quedase para cuando hubiese ocasion, que él le cumpliria de justicia á medida de su deseo.» Los jueces y padrinos los apaciguaron, y no consintieron que se tratase mas en aquel caso. Sarracino salió de la plaza junto con los caballeros que le acompañaron. Abenamar mandó poner los ricos despojos á los piés de Fátima, su señora, sonando al ponerlos muchos instrumentos músicos. El gozo y alegría que sintió la discreta y hermosa Fátima fué grande, por la alcanzada victoria; y mas cuando vió á los piés de su retrato trofeos tan ricos y estimados. Mas todo este regocijo lo celebraba entre sí, por disimular el mucho amor que tenia á su querido Abenamar, porque ella no queria que con demasiada certidumbre supiesen lo que sospechaban; en lo cual era muy diferente en el gusto que las otras damas de palacio, que se holgaban siempre de que sus negocios se supieran.

CAPITULO X.

Que declara el fin que tuvo el juego de la sortija, y el desafio que hubo entre el moro Albayaldos y el maestre de Calatrava.

Ya se ha dicho como Sarracino salió de la plaza lleno de corage por haber tenido tan mal suceso en el juego de la sortija; y lo que mas sentia,

era haber perdido el hermoso retrato de su señora. Entrando en su casa se despidieron de él todos los caballeros que le habian acompañado, y él muy airoso se despidió de todos, y se apeó del caballo, se quitó la cimera y plumas, y toda la librea, y con iracunda cólera dió con todo en el suelo; y se subió á un aposento, y recostándose en su cama empezó á quejarse de su corta ventura, y contra sí decia: «¿Di, bajo caballero, ruin y de poco valor, qué cuenta darás á tu señora Galiana de su hermoso retrato y rica manga, perdido todo por tu poco esfuerzo y destreza? ¿Con qué rostro, di, osarás parecer en su presencia? ¡Oh Mahoma traidor, porfiado y engañador! En el tiempo que habias de favorecer mis esperanzas me faltaste. Di, enemigo falso, ¿no te acuerdas que te prometí hacer toda tu efigie de oro, y de quemar en tu mezquita gran cantidad de incienso si me dabas victoria este dia? ¿Pues porqué me la negaste? Pero bien entiendo de cierto que no tienes ningun poder. Mas, vive Alá, que por vengarme de tí me tengo de tornar cristiano, y he de seguir aquella santa ley, y dejar tu falsa secta, que por aquí se salvará mi alma perdida.» Estas y otras muchas cosas decia Sarracino, consolándose con su buen propósito. Galiana sintió mucho la desgraciada suerte de su querido amante, y se le echaba bien de ver, pero con su discrecion lo disimulaba, hablando con la reina y las damas, las cuales la consolaban diciendo: «Que no porque su amante hubiese perdido su retrato, quedaba cautiva; que se riyese de todo.» — «Ninguna pena tengo de eso, dijo Galiana, porque son aventuras de caballeros.» Y aunque decia esto, tenia en su alma una mortal envidia, y entre sí decia: ¡Ay, Abenamar victorioso, y cómo ahora te vengarás á gusto en mi retrato de la ingratitud que contigo usé, y cuán vana y gozosa estará tu dama con los vencidos despojos! Celima la consolaba de secreto, diciéndola, que no diese nota de sí con extremos, porque no fuese sentida de la reina y de sus damas. Galiana disimuló cuanto pudo su dolor y pena, y procuró desecharla. Estando en esto, se oyó un ruido por toda la plaza, y mirándola toda, vieron que entraba por la calle de Elvira una gran serpiente, echando de sí mucho fuego; tras ella venian treinta caballeros ricamente vestidos de una librea blanca y morada, con penachos de la misma color ellos y sus caballos. En medio de todos venia un caballo sin ginete, con cubiertas y guarniciones de brocado morado y blanco; tambien venia una sonora música de ministriles y dulzainas. La serpiente dió una vuelta á toda la plaza, y enfrente de los miradores del rey y de la reina, y de los caballeros y damas, se paró, echando por la boca y oidos muchísimo fuego. Era grande el estrépito que hacian los cohetes y ruedas con invenciones de fuego, que por la boca salian; y con el artificio que tenia la sierpe mediante el fuego que la quemó toda, se abrió por medio, y pareció un caballero vestido de brocado morado y blanco, con muchos recamados de oro; el penacho era de plumas blancas y moradas. Con él estaban cuatro salvages muy al natural, los cuales tenian una rica silla guarnecida de terciopelo morado, y la clavazon de oro, en la cual estaba el retrato de la hermosa Jarifa, que fué luego conocido, y el caballero ser Abindarraez. El retrato estaba vestido de brocado blanco y morado, de luceros de oro, las orlas bordadas

de oro y plata, con un tocado vistoso. Estaba tan natural el retrato, que era muy semejante al original. El rey y la reina, y todas las damas miraron á Jarifa, que con una honesta vergüenza se encendió el rostro, lo que aumentó su hermosura, y la reina la dijo: «Llegado ha, Jarifa, la hora en que se ha de ver el esfuerzo de vuestro amante, y si alcanza victoria del vencedor Abenamar.» — «Haga la fortuna lo que quisiere, dijo Jarifa, que tan buen rostro haré á lo uno, como á lo otro.» Y con esto cesaron, por ver lo que haria el valiente Abencerrage. El caballero pidió luego su caballo, y traído subió en él, y fué dando vuelta á la plaza, acompañado de sus caballeros, llevando en medio á los salvages que llevaban la silla, y en ella el retrato de la hermosa Jarifa, que á todos admiraba su hermosura y maravilloso adorno; y en llegando adonde estaba el invencible Abenamar, se arrimaron los cuatro salvages á los dos carros triunfantes que estaban junto al aparador de las joyas preciosas y ricas, y levantando estos la rica silla en una parte muy alta, la pusieron sobre sus hombros, porque el hermoso y bello retrato fuese bien visto de todas. El valiente y esforzado Abindarraez se llegó al fuerte mantenedor, y le dijo: «Vencedor caballero, ¿sois servido que corramos tres lanzas con las condiciones que están dichas?» El valiente y esforzado Abenamar le dijo: «Para eso estoy aquí.» Y tomando al instante una lanza, lozaneando su caballo, se puso enfrente de la carrera, y corrió tan bien, que llevó la sortija dentro de la lanza, y volviéndose, la mandó poner en su mismo lugar. No se espantó ni admiró Abindarraez de aquello, antes cobró un nuevo ánimo, y puesto en la carrera, fué tal y tan seguida su lanza, que en el hierro de ella quedó metida la sortija. La gente toda movió gran ruido y vocería; mas luego se puso en silencio por ver el fin de las otras dos lanzas. El mantenedor, muy enojado por el buen suceso de su contrario, tornó á la carrera, y fué con tal brio y tan buen pulso en la mano, que se llevó segunda vez la sortija en la lanza. El bravo Abindarraez hizo lo mismo en la segunda carrera. Levantóse gran gritería, y todos decían: «No hay ventaja de el mantenedor al aventurero; iguales son en todo.» Grandes eran los temores de las hermosas moras Fátima y Jarifa, por no saber quién habia de ser el vencido, estando su buena ó mala suerte en la lanza que faltaba, aunque ambas estaban confiadas en el esfuerzo y valor de sus amantes. El animoso Abenamar tomó otra lanza, y con mucho donaire se volvió á llevar la sortija con no poco contento suyo y de su señora Fátima, la cual habiendo visto el buen suceso y ventura de su amante, no cabia de contento; y mirando á Jarifa, la vió robado el color hermoso de su rostro, y viéndola así, dijo Fátima: «Hermana Jarifa, mal has cumplido la palabra que dijiste á la reina mi señora, pues si te acuerdas, diciéndote que era llegado el tiempo en que se habia de ver el esfuerzo de tu caballero en alcanzar victoria, respondiste que tan buen rostro harias á lo uno, como á lo otro: ¿cómo tan presto te se mudan los colores? Consuélate, que será posible le suceda bien en la lanza venidera.» — «En duda pongo eso, dijo la reina, y á maravilla tendré que Abindarraez lleve la sortija.» Y mirando, vieron como partió, y dió al soslayo la lanza en la sortija. Luego se oyó acordada mú-

sica del mantenedor en señal del vencimiento. Llamaron á Abindarraez los jueces, y le dijeron que ya sabia como habia perdido, que entregase el retrato al vencedor. Él dijo : « Pues si es así, entréguese en él, que bien sé que hoy le favorece la fortuna, y á mí me ha sido adversa; y lo que me consuela es, que ha sido mi pérdida en juego, no en escaramuza ni pelea. » Mas aunque decia esto Abindarraez, le quedaba otra cosa en su pecho, que no quisiera haber perdido el retrato de Jarifa por cuanto habia en el mundo. Luego se puso el retrato de Jarifa á los piés de Fátima, sonando la música del mantenedor. La reina, viendo poner el retrato, dijo á la hermosa Jarifa : « ¿ Estás satisfecha que el retrato de Fátima no vendria á tus manos? ¿ No te decia yo, que no hablastes de confianza? Pues mira tu retrato á los piés de Fátima. ¿ No sabes que Abenamar es uno de los buenos caballeros de la corte, y que Abindarraez ni algun otro caballero no le llevarán ventaja? Y sino, atiende, y verás como no han de ser solos los retratos que ahora están rendidos. » — « Basta, dijo Jarifa, que la ventura de Abindarraez ha sido corta en esto, y consuélome con que en otras ocasiones ha sido muchas veces victorioso. » Abindarraez se salió de la plaza, llevando consigo todos los de su guarda, y á los cuatro salvages; y antes que saliese le mandaron llamar los jueces para darle joya por galan y buena invencion, y vuelto, uno de los jueces, que fué Abencerrage, descolgó dos ajorcas de oro, de precio de doscientos ducados, y se las dió. Abindarraez las tomó con mucha alegría, y las puso en la punta de la lanza al son de sus músicos, y fué bien acompañado á los miradores de la reina, y haciendo la debida reverencia, rindió la lanza hasta donde estaba su señora Jarifa, y la dijo : « Dama hermosa, teniendo presente el original, no me da mucha pena la ausencia del referido retrato : yo hice lo posible, la fortuna me fué contraria, y esto no porque en vuestra hermosura haya defecto, sino en ser juego, no en fuerzas. De invencion y de galan se me dió esta joya; sed servida de recibirla, aunque no sirva sino de memoria de que no os defendi como debiera. » Jarifa, riéndose, tomó las ajorcas, y le dijo : « Con esto me consuelo, porque lo habeis ganado por galan, y por invencion mejor; y pues se perdió el retrato, me alegro de que cayo en tales manos, que le tratarán como quien son. » Fátima quisiera responder, y no pudo, porque entró en la plaza una grande peña, tan natural como si fuera quitada de una sierra, cubierta de muchas y diversas yerbas y flores, y dentro sonaba gran suavidad de música. Al derredor de la peña venian doce caballeros de librea de brocado pardo, con grandes cuchilladas, y por ellas se aparecia un forro de brocado verde, que lucia y campeaba mucho por la ropa parda y oscura. Los extremos de las cuchilladas estaban tomados con lazadas de oro con unos ramillos á modo de caracol. Las sobreseñales, penachos y testera eran de plumas verdes y pardas. Atentos estuvieron todos en la peña, por ver el fin de la aventura, la cual, en confrontando con los miradores del rey y de la reina, se detuvo, y vieron como se apeó del caballo uno de los doce caballeros, y era el mas galan y mas bien dispuesto de todos; y luego fué conocido que era el valeroso Reduan, y se holgaron mucho los que le miraban, viendo su buen talle, gracia y disposicion; y mirando lo que

haria, vieron que echó mano á un alfange damasquino, y embistiendo con la peña, la daba grandes golpes; y en la parte que daba abrió una terrible y espantosa boca, y por ella salian muchas bombas de fuego, y tanto, que le convino retirar á su caballo, porque era el incendio mucho. Y siendo ya consumido el fuego, por la boca donde salia brotó cuatro demonios muy ferocísimos, cada uno con una honda de fuego en la mano, y todos con mucho ánimo embistieron con el esforzado Reduan; pero el buen caballero peleó con ellos con mucho valor, de suerte que los encerró en la peña. No bien hubieron entrado, cuando salieron cuatro salvages con unas mazas en sus manos, y comenzaron á pelear con Reduan, y él con ellos, y en un instante fueron vencidos los salvages, y entrólos por fuerza en la peña, y Reduan con ellos. En entrando dentro fué cerrada la boca de la peña; luego se oyó mucho ruido y estruendo de pelea; y en cesando oyeron una música tan agradable y suave, que se suspendieron los sentidos de los oyentes á la dulce armonía. No tardó mucho en abrirse la boca de la peña, y por ella salió el vencedor Reduan con los cuatro salvages, los cuales traian un arco de oro, tan industrioso, que admiraba, y talladas muchas historias antiguas y modernas, y debajo del arco puesta una silla de márfil, y en ella sentado un retrato de una bellísima dama, vestida de brocado azul, forrado todo de tela naranjada. El tocado era curioso, puesto á lo greciano. Fué muy notado el artificio de todos, y mas la suma belleza del retrato; y fué conocido que era Lindaraja, dama Abencerrage, cuya hermosura pudiera competir con la de las tres diosas de la discordia de la manzana, y sin duda que Paris sentenciara en su favor. Tras del retrato venian todos los músicos tañendo y cantando dulcemente, y luego venian los demonios atados en una cadena. Fué una cosa que á todos puso grande admiracion. Habiendo salido toda esta compañía de la peña, comenzó á disparar de sí mucho fuego, con el cual fué toda consumida: luego se le dió un fuerte caballo á Reduan, y con ligereza subió en él; y dando vuelta á la plaza, hizo su acatamiento al rey, á la reina y á las damas, y en llegando á la tienda del mantenedor le dijo: « Aunque la condicion puesta es de correr tres lanzas, si sois servido corramos solo una, y en esa se concluya el premio de las tres. » — « Si es ese vuestro gusto, dijo Abenamar, yo soy contento de dároslo. » Y dicho esto tomó una buena lanza, y paseándose se puso en la carrera, y partiendo como una saeta, dió un bote de lanza en el extremo de la sortija, por la parte de arriba en derecho, que aunque no se la llevó, fué muy buena suerte, y dificultosa de ganar. Volvió paseándose á su tienda, para desde allí ver la suerte que hacia su contrario, el cual tenia ya una muy gruesa lanza, y estaba en la carrera, y dióla con gallardo aire y brio, y al dar el golpe fué mas galan que venturoso, porque erró la sortija y fué por alto la lanza; y pesándole mucho por haberle salido su pensamiento tan incierto, volvió diciendo: « Tan desgraciado soy en lo uno como en lo otro. » Los jueces le dijeron: « Perdido habeis, caballero, mas por vuestra estremada invencion y mucha gala, llevaréis premio. » Fuéronle dadas unas arracadas turquescas de oro de Arabia, de valor de doscientas doblas por la mucha hechura que tenian. El arco

triunfal de cuatro partes hecho, y la silla con el retrato de Lindaraja, fué puesto á los piés del triunfante y victorioso retrato de la hermosa Fátima, que no poco alegre y contenta estaba con la buena ventura que su caballero habia tenido, y muy envidiosas Jarifa y Galiana en ver tantos trofeos á los piés de la efigie de Fátima. El gallardo y animoso Reduan tomó las arracadas con disimulacion de su tristeza, y poniéndolas en la punta de la lanza, siendo acompañado de muchos caballeros y música, las llevaron á los miradores de las damas donde estaba la hermosa Lindaraja, y alargando la lanza le dijo: « Servíos, señora, de recibir este pequeño don, aunque me cuesta caro; pero no mirando mi poca suerte en lo que toca al juego de sortija, sino al grande deseo que tuve de haceros triunfadora de todos los despojos: mas la fortuna está hoy de parte de Abenamar, y así no soy culpado. Recibid, bella señora, las joyas por oprobio mio, para que cada vez que yo las vea en vuestro poder, traiga á la memoria cuan mal os defendí. » — « Uso es de damas, respondió la discreta Lindaraja, por cortesía recibir lo que se les dá, y por ser costumbre por eso las recibo; pero sabe, caballero, que me ha pesado que sin mi consentimiento hayais sacado mi retrato; y pues que no hubo voluntad mia, no tengo por pérdida la vuestra, ni reconozco ventaja á la Zegrí Fátima, porque soy Lindaraja Abencerrage. » Y diciendo esto tomó las joyas de la punta de la lanza, haciendo la debida cortesía á su galan. Bien quisiera replicar Reduan, y poder responder á su señora; pero hubo mucho alboroto, porque vieron entrar una galera, que parecia ir navegando con el trinquete. La chusma iba bogando, y parecian dividirse en cuatro cuarteles, vestidos de colores, uno de damasco verde, otro de morado y otro de azul. La palamenta, árboles y entenas iban doradas, la proa hecha de plata con sus barandillas torneadas, muy curiosamente obradas. Traia tres fanales de oro, el espolon era de plata, las velas de brocado blanco con fleco de oro y seda, y muchos gallardetes, flámulas y barandillas de diferentes colores. La divisa de la galera era un salvaje desquijarando un leon, divisa antigua de los valientes Abencerrages. Los marineros y proeles venian vestidos de rico damasco, tejidos y guarniciones de finísimo oro. Las jarcias eran de seda morada. Traian curiosamente hecho en el espolon un mundo de cristal, y en círculo una faja de oro y unas letras que decian: *Todo es poco*; bravo blason, y solo digno del grande Alejandro ó de Cesar, aunque les vino notable daño al linage de los Abencerrages, del cual venian treinta caballeros mancebos dentro de la galera con libreas de brocado encarnado y blanco, con recamos y tejidos de oro. El capitan era un caballero llamado Abin-Hamete, vestido de trages muy ricos. Venia arrimado al estanterol, el cual era de oro de martillo. De esta manera entró la bizarra galera en la plaza, y llegando en frente de los miradores reales disparó el cañon de la cruzía y todas las demas piezas con tal violencia, que parecia estar batiendo los miradores. Acabadas de disparar las piezas, comenzaron cien arcabuceros á escaramucear unos con otros, que parecia ser batalla formal. Al disparar la galera su artillería, respondió con la suya la Alhambra y Torres-Bermejas. Era tanta la artillería y arcabuceria, que parecia batirse la ciudad; y admirados todos

de la brava y costosa invencion, decian que no se habia hecho tal entrada como aquella. De mortal rabia y envidia ardian los Zegríes y Gomeles en ver que los Abencerrages hubiesen hecho semejante grandeza como la de la galera, y con insaciable envidia dijo un Zegrí al rey: «No puedo entender donde han de llegar los pensamientos de estos Abencerrages y sus pretensiones, que tan encumbradas van, que en cierta manera oscurecen las obras y hechos de vuestra alteza y de sus antecesores.» — «No teneis razon, dijo el rey, que mas temido y estimado es un rey teniendo caballeros de esfuerzo y valor en su corte y en en su servicio, que no teniendo caballeros de poca cuenta. Los caballeros Abencerrages, como son descendientes de reyes, son valerosos, y procuran estremarse en todas las cosas que hacen, y á mí me parece bien.» — «Bueno fuera, dijo un caballero de los Gomeles, si sus cosas fueran enderezadas á un llano y buen fin, pero pasan por muy alto sus altivos pensamientos.» — «Hasta ahora no han hecho cosa, dijo el rey, que no corresponda á nobles, ni de ellos se puede presumir que la harán, porque todos sus fines se inclinan á virtud.» Con aquesto cesó la plática, porque la galera dió vuelta por toda la plaza, y fueron conocidos todos los caballeros Abencerrages, cuyas proezas y grandes hazañas á todos eran notorias. Llegada la galera junto al mantenedor, saltaron en tierra todos los treinta caballeros, y fueron servidos de feroces y briosos caballos, encobertados del mismo brocado encarnado, y adornados de penachos y testeras riquísimas. No hubieron los bizarros Abencerrages saltado en tierra cuando la galera, volviendo al son de los músicos instrumentos, y disparando toda la artillería, se salió de la plaza, y á ella respondió el Alhambra. Ahora será bien volver al falso Reduan y á Abindarraez que todavía estaban en la plaza por ver lo que pasaria. Reduan estaba muy triste y muy descontento por lo que Lindaraja le habia dicho, y se llegó á Abindarraez y le dijo: «Oh mil veces afortunado Abindarraez, cuán contento vives por saber que tu señora Jarifa te ama, que es la mayor felicidad que puede dar fortuna. Y yo cien mil veces desdichado, pues que sé claramente que no me ama aquella mi dulce y bella ingrata, que hoy me ha despedido con rigor.» — «Sepamos, dijo Abindarraez, quién es esa dama á quien estás tan rendido, que tan mal te corresponde.» — «Es tu prima Lindaraja, respondió Reduan.» — «¿Pues no sabes como quiere y ama á Hamete Gazul, porque aqueese es gusto, y lo sé yo mucho ha? Da orden de apartarla de tu imaginacion, porque sé de muy cierto que siembras en tierra estéril, y no has de sacar de ella nada, dijo Abindarraez, no porque no llevas buena insignia de tu pasion, y muy bien lo has publicado; mas no hay que hacer caso de mugeres, porque brevemente se vuelven como la veleta á todos vientos.» Decia esto Abindarraez sonriéndose, y de verdad, porque Reduan sacó aquel dia una avisada insignia de su pena, que era un mongibelo ardiendo en vivas llamas, con una letra que decia así: *Mas está mi alma*. Y viendo Reduan que Abindarraez se sonreía, le dijo: «Bien parece que vives contento; quédate en paz, que yo ya no puedo sufrir la pena que atormenta mi corazon afligido.» Y dicho esto picó apriesa, y se salió de la plaza con sus caballeros: Abindarraez hizo lo mismo despidiéndose de su Jarifa.

Los treinta Abencerrages de la galera estaban puestos en orden para la sortija, y el capitán de ellos se llegó al mantenedor diciéndole: « Caballero, nosotros no tenemos retratos de damas para ponerlos en competencia; queremos solamente correr cada uno con vos una sortija, como es fuero entre gente hidalga. » Abenamar respondió que era contento de ello, y empezando á correr su lanza con cada uno, los Abencerrages lo hicieron tan bien, que el mantenedor perdió muchas joyas, las cuales dieron ellos á las damas á quien servían: comenzaron despues una escaramuza muy agradable á la vista, y dando carrera se salieron de la plaza, quedando todos muy contentos. En saliendo ellos entró un castillo disparando su artillería, llevando muchas banderas y pendones, y dejándose de adentro sentir una música agradable y deleitosa. En la cumbre de la torre del homenaje estaba el fiero Marte, armado con preciosas armas, un estoque en la mano derecha, y en la izquierda un pendon de brocado verde con una inscripcion formada de letras muy ricas de oro, que contenian el elogio mas pomposo de la carrera militar. Los pendoncillos del castillo eran de brocado de diversos colores; los de una parte verdes con flecos y cordones morados, y todos con una misma letra, que decia así:

No es muerte la que por ella
Se alcanza gloria crecida,
Sino vida esclarecida.

Los de otra parte eran de damasco azul con flocaduras y cordones de oro fino, teniendo una letra que decia de esta manera:

Cante la fama las glorias
De Granada, pues son tales,
Que se hacen inmortales.

En el otro lienzo del hermoso castillo habia tremolando otros ocho pendones de brocado encarnado, con cordones y flocaduras de oro. Eran de muchísimo precio y estima, y muy agradables á la vista, porque adornaban con su hermosura el castillo, y con una letra todos, que decia de esta suerte:

La verdadera nobleza
Está en seguir la virtud:
Si acompaña rectitud,
Gana renombre de alteza.

En el cuarto y último lienzo del castillo habia otros ocho pendones de brocado, cordones y flecos de oro, sembrados de medias lunas de plata, que parecian espejos mirándolas de lejos, segun relumbraban, y cada uno tenia esta letra:

Toque la famosa trompa,
Y todo silencio rompa,
Publicando la grandeza
De esta nuestra fortaleza,
Que sale con tanta pompa.

Si entró la galera suntuosa, no con menos aparato entró el castillo. Ninguno podía entender de qué fuese fabricado, sino que parecía de oro, con muchas labores y follages, y muchas batallas, y con artificio sonaba dentro mucha música, y muy acordadas dulzainas, ministriles y trompetas bastardas é italianas, que era cosa de oír. Anduvo el castillo hasta ponerse en medio de la plaza, y allí paró. Venían trás de él muchos caballeros vestidos de libreas costosas, los cuales traían del diestro treinta y dos caballos, con muy ricos jaeces y paramentos de brocado de diversos colores, como adelante se dirá. Pues mirando al castillo, vieron que por la parte de los pendones de brocado verde se abrió una grande puerta, y sin aquesta había otras tres ocultas por las partes de los pendones. Abierta, pues, la primera, salieron por ella ocho caballeros con libreas de brocado verde, con penachos y plumas verdes. En saliendo, les dieron ocho poderosos caballos encobertados de brocado verde, los penachos de la testera eran también verdes; y los caballeros sin poner pié en los estribos subieron en los caballos, y luego conocieron ser Zegríes. Llegáronse al mantenedor, y le dijeron: « Mantenedor victorioso, aquí venimos ocho caballeros á probar vuestro valor en el juego de la sortija; ¿sois contento que corramos una lanza cada uno? » — « Si ese es vuestro gusto, también lo es el mio, respondió Abenamar, aunque venís contra lo dispuesto por el pregon, por no traer retratos de vuestras damas. » Y diciendo esto tomó una lanza, y se paseó muy bien; y finalmente de los ocho Zegríes ganaron los cinco joya, y los tres no; y los gananciosos sirvieron á sus damas con ellas, al son de diversa y mucha música. Luego se fueron á entrar todos ocho Zegríes en el castillo por la puerta por donde habían salido, siendo recibidos con la música, y disparando artillería: luego se abrió la puerta de los pendones azules, y salieron ocho caballeros vestidos de damasco azul, sembrados con estrellas de oro, y los penachos azules, llenos de argentería de oro fino. Fueron conocidos estos ocho caballeros, que eran Gomeles. Diéronseles luego caballos encobertados de librea azul, las telas y penachos azules con adorno. Fuéronse los ocho Gomeles á la tienda del mantenedor, y corrieron con él una lanza, como los pasados, y de los ocho ganaron joya los tres, y dadas á sus damas, se volvieron al castillo. Entrados estos, salieron otros ocho caballeros por la puerta de los pendones de brocado, y ellos vestidos de la misma librea, y con penachos morados, y les fueron dados caballos, cubiertos de lo mismo, é igualmente también corrió cada uno su lanza con el mantenedor, y ganaron los siete joya; y dándolas á sus damas, se volvieron al castillo con la autoridad que los demas. Eran estos bravos caballeros Venegas, y muy estimados en Granada. Por la última puerta de los pendoncillos encarnados, salieron ocho caballeros con libreas encarnadas del mismo brocado, y con riquísimos penachos encarnados, cuajados de toda argentería. Los caballos que les dieron estaban encobertados del mismo brocado. Estos caballeros eran Mazas, y cada uno de ellos corrió una lanza, y todos ganaron joya: todos se holgaron de que salieran con ganancia y en particular el rey, porque estaba muy bien con aquel linage. Repartidas las joyas á sus damas con gran contento, y al

son de la música, y recibéndolos con la artillería, se entraron en el castillo. Luego se oyó mucho ruido de músicas diferentes y parando todas sonaron chirimías, trompetas y cajas que apriesa tocaban un rebato; y oyéndolo, salieron los treinta y dos caballeros en sus caballos, con lanzas y adargas, y juntos trabaron una vistosa y agradable escaramuza, y siendo acabada, tomaron cañas, y repartidos en cuatro cuadrillas comenzaron á jugar con mucha destreza; el cual juego siendo acabado, hicieron un caracol estremadamente, y con una carrera en pareja que dió cada cuadrilla, se salieron de la plaza. Tambien se salió el castillo disparando mucha artillería, y diferente música. Y todos decian, que si la galera habia entrado vistosa y costosa, que el castillo no era de menos estima y gusto. Los que estaban con el rey alababan la galera, y otros el castillo, y uno de los Zegríes dijo: «Juro por Mahoma, que tengo gran contento, porque los Zegríes y Gomeles han sacado tal invencion, que puede competir con la de los Abencerrages; y á no haber salido tal el castillo, estuvieran muy desvanecidos: pero bien entenderán que los Zegríes y Gomeles son buenos caballeros, y tienen partes tan subidas de punto como ellos.» Un caballero de los Abencerrages, que allí junto del rey estaba, respondió: «Por cierto, caballero Zegrí, que en lo que habeis hablado, no teneis ninguna razon, porque los Abencerrages son caballeros tan modestos, que por próspera fortuna que tengan, no alcanzan mas ni menos, ni por adversa que les venga se bajan; continuamente se están en un ser, y siempre viven en una manera con todos, siendo afables con los pobres, y socorriéndolos; magnánimos con los ricos, y amigos sin doblez ni maña ninguna, y así no hallaréis que en Granada ni en todo su reino haya caballero Abencerrage mal quisto, ni de nadie mal querido, si no es de vosotros los Zegríes y Gomeles, y sin razon los teneis odiados.» — «¿Sin razon os parece? dijo el caballero Zegrí. ¿Luego no es causa suficiente para aborrecerlos el haber muerto violentamente en el juego de cañas al Zegrí Mahomad, cabeza de todo nuestro linage?» — «¿Y no os parece, dijo el Abencerrage, que se movieron los de mi linage con suficiente causa, pues todos los Zegríes se juntaron, é hicieron traicion contra los Abencerrages para matarlos, y fueron armados con jacos y cotas debajo de las armas, y en lugar de cañas tiraban lanzas con hierros agudos, lo cual experimentó bien Malique Alabéz, pues le pasó el brazo de una parte á otra? Así que manifiestamente ha parecido estar en los Zegríes la culpa, y con saberlo muy de cierto que fuisteis culpados, teneis un rencor mortal contra nosotros, y nos buskais mil calumnias.» — «Pues así culpais á los Zegríes, dijo el Zegrí, y decís que ellos fueron agresores y cabeza de bando, ¿por qué causa iba Alabéz armado?» — «Yo os lo diré, dijo el Abencerrage. Habeis de saber que uno de los convocados le dió aviso de la traicion, y así se previno él, y por entender que semejante villanía no harian tales caballeros, no dió aviso á los Abencerrages; y creedme, que si lo diera, no habia de ser solo Mahomad, sino que fueron como de juego, y no como de pelea. Pero con todo eso recibid lo que ganásteis, pues Malique Alabéz vengó bien su herida.» — «Si la vengó, dijo el Zegrí, espero en Alá santo que lo ha de pagar algun dia.» El rey

y muchos caballeros estuvieron escuchando el coloquio que habia pasado entre el Abencerrage y el Zegrí, y quisieron responder algunos Zegríes; y visto por el rey que se iba encendiendo el fuego, les mandó callar, pena de la vida, porque no se revolviera alguna pendencia. Oído el mandato callaron, quedando de nuevo encontrados, y con intento de vengarse unos de otros. Estando en esto, entró en la plaza un carro triunfante dorado de fino, en las esquinas y cuadrángulos talladas todas las cosas que habian sucedido desde la fundacion de Granada hasta el dia presente, y dibujados los reyes y califas que la habian gobernado. Oíase dentro del carro una acordada música de muchos instrumentos. Encima del carro venia una gran nube, puesta con tanto artificio, que causaba admiracion. Echaba de sí infinidad de truenos relámpagos, que su braveza ponía espanto á quien lo miraba. Tras esto llovía una menuda gragea de anís con tal concierto, que á todos ponía espanto; toda la plaza anduvo desta manera, y como fué junto de los reales miradores, con gran sutileza fué abierta en ocho partes, descubriendo dentro un cielo azul hermosísimo, adornado de muchas estrellas de oro muy relucientes. Estaba puesto por su arte un Mahoma de oro, sentado en una silla, y en las manos una corona de oro, que la ponía sobre la cabeza del retrato de una mora en extremo hermosa, la cual traía sus cabellos sueltos como hebras de oro: venía vestida de brocado morado, toda la ropa acuchillada, y todos los golpes venían tomados con broches de diamantes y esmeraldas. La dama fué conocida de todos, que era la hermosa Cobaida. A su lado estaba sentado un caballero, vestido de la misma librea de la dama, y plumas moradas y blancas, con argentería de oro, y el remate de ello lo tenía el retrato, que parecia estar preso. El caballero fué conocido que era Malique Alabéz, que habiendo sanado de las heridas que le habia dado el maestro, quiso hallarse en las fiestas, y por la confianza que tenía de su destreza. El caballo era del maestro, y salió encobertado del mismo brocado, testera y penachos de la misma color. Grande fué el contento que todos recibieron en verle, porque le querían mucho, y mayor el gozo de su señora Cobaida, por ver el artificio y autoridad con que venía su retrato. Todos esperaban que empezase Alabéz las suertes, por la satisfacción que de él tenían, el cual se fué paseando poco á poco delante de su carro, por ser bien visto de todos; y en llegando adonde estaba la tienda del mantenedor, se detuvo y le dijo: «Caballero, conforme á las condiciones, ¿gustais de que corramos tres lanzas, que aquí traigo el retrato de mi señora?» — «Soy contento,» respondió Abenamar, y diciendo esto tomó una lanza, y corrió con tan buen aire, que se llevó la sortija dentro de la lanza. Alabéz corrió é hizo lo mismo. En todas las tres lanzas se llevó siempre la sortija. Levantaron vocería, diciendo: «Bravo caballero es Alabéz, pues no ha perdido lanza; buena joya merece.» Los jueces habian tratado que pusiesen juntos los retratos de Abenamar y Alabéz pues ambos eran buenos caballeros, y que por su valor se le diese á Alabéz una buena joya por la sutil y vistosa invencion que trajo. Llamáronle, y venido luego pidió su retrato, y junto con él le dieron una navecilla de oro, con todos su aderezos, y él la tomó, y al son

de muchos instrumentos dió la vuelta á la plaza, y en llegando al mirador de la reina, en cuya compañía estaba la hermosa Cobaida, y poniendo la navecilla en la punta de la lanza y dándosela, la dijo: « Ser-víos, dama hermosa, de esta nave, que va viento en popa, como mi deseo. » Cobaida la tomó con rostro vergonzoso, que hermoseó mas su belleza. La reina miró la nave, y dijo: « Por cierto que si navegais con tan buen piloto, como el que la ganó, que os podeis tener por dichosa, aunque mereceis un rey. » Cobaida besó las manos á la reina por tanto favor. Alabéz se fué á su carro, y sentado como de antes, le pusieron la cadena al cuello al son de muchos instrumentos, y puesta se cerró la nube, comenzando á echar truenos y relámpagos con gran temeridad, que parecia querer quemar la plaza, y con esto se salió de ella. El rey dijo á los caballeros: « Alabéz ha llevado el lauro de todas las invenciones, porque la suya ha sido la mejor que he visto jamás. » Los caballeros respondieron que no se habia visto tal sutileza. En saliendo la nube, entraron cuatro cuadrillas de caballeros muy galanes. La una cuadrilla, que era de seis caballeros, traia libreas de brocado rosado y amarillo, los caballos encobertados con la misma librea, con plumas y penachos de la misma color. La otra cuadrilla venia de brocado verde y rojo con la misma color, y penachos de la librea. La tercera cuadrilla venia de brocado azul y blanco, recamado de oro y plata, adornados los caballos con la misma librea. La última cuadrilla venia de brocado amarillo y naranjado, con lazos y recamos de oro y plata, cubiertos los caballos de la misma librea. Entraron estos veinte y cuatro caballeros con adargas y lanzas, y en ellas pendoncillos de sus libreas, y entre todos hicieron un estremado caracol. Acabado, empezaron una brava escaramuza doce á doce, que parecia batalla entre enemigos; y acabada la escaramuza tomaron cañas, y divididos en cuatro cuadrillas, jugaron muy bien las cañas, y acabado el juego, fuéronse gallardeando al mantenedor, y le dijeron si queria correr una lanza con cada uno de ellos. Abenamar respondió que sí la correria. Finalmente con todos veinte y cuatro corrió una lanza, y los quince ganaron joya, y al son de los instrumentos las dieron á sus damas y se salieron de la plaza, dejando á la gente de ella contenta por haber visto su gentileza y galas. La una cuadrilla eran Azarques, y en otra Sarracinos, y la tercera Alarifes, y la cuarta Aliatares, toda gente noble y principal, y estimada de todos. Los antepasados de estos caballeros fueron vecinos de Toledo, de los pobladores, gente principal y estimada. Florecieron estos linages en tiempo del rey Calafin, que reinó en Toledo: este tenia un hermano, que era rey en un lugar que se llamaba Belchiz, en Aragon; se decia Zaide, y tenia grandes competencias y guerras con un bravo moro llamado Atarfe, deudo muy cercano del rey de Granada; y habiendo hecho partes con Zaide y el moro Atarfe, el rey de Toledo, por manifestar la alegría que tenia de que su hermano y Atarfe fuesen ya amigos, hizo una fiesta solemne, en la cual se corrieron toros, y hubo un vistoso juego de cañas, y los jugadores de ellas fueron estos cuatro linages de caballeros, Sarracinos, Alarifes, Azarques y Aliatares, abuelos de los caballeros nombrados en el juego de sortija. Otros dicen

que las fiestas que el rey de Toledo hizo no fueron sino por dar contento á una dama llamada Celindaja, á quien el rey queria mucho, y tomó por achaque las paces de su hermano Zaide con el granadino Atarfe. Sea por una de las dos causas, ellas se hicieron como está dicho; y estos caballeros eran de aquella prosapia y sangre de aquellos cuatro linages. La causa de vivir en Granada fué, que como se perdió Toledo, se retiraron á Granada; y de aquellas fiestas ya dichas y del juego de cañas que se hizo en Toledo, quedó grande memoria, por ser las fiestas notables de buenas, y por ellas se dijo este

ROMANCE.

Ocho á ocho, diez á diez
Sarracinos y Aliatares,
Juegan cañas en Toledo
Contra Alarifes y Azarques.

Publicó fiestas el rey
Por las ya juradas paces
De Zaide, rey de Belchite,
Y del granadino Atarfe.

Otros dicen que estas fiestas
Sirvieron al rey de achaque,
Y que Zelindaja ordena
Sus fiestas y sus pesares.

Entraron los Sarracinos
En caballos alazanes,
De naranjado y de verde
Marlotas y capellares.

En las adargas traian
Por empresas sus alfanges
Hechos arcos de Cupido,
Y por letras fuego y sangre.

Iguales en las parejas
Les siguen los Aliatares,
Con encarnadas libreas
Llenas de blancos follages.

Llevan por divisa un cielo
Sobre los hombros de Atlante,
Y un mote que dice así:
Tendrélo hasta que me canse.

Los Alarifes siguieron
Muy costosos y galanes,
De encarnado y amarillo,
Y por mangas almaizares.

Era su divisa un mundo
Que le deshace un salvage,
Y un mote sobre un baston
En que dice: *Fuerzas valen.*

Los ocho Azarques siguieron,
Mas que todos arrogantes,
De azul, morado y pajizo,
Y unas hojas por plumages.

Sacaron adargas verdes,
Y un cielo azul en que asen
Dos manos, y el mote dice:
En lo verde todo cabe.

No pudo sufrir el rey

Que á los ojos le mostrasen
Burladas sus diligencias,
Y su pensamiento en balde;

Y mirando á la cuadrilla,
Le dijo á Zelin su alcaide:
«Aquel sol yo le pondré,
Pues contra mis ojos sale.»

Azarque tira bordones
Que se pierden por el aire,
Sin que conozca la vista
A do suben ni á do caen.

Si se adarga ó se retira,
De mitad del vulgo sale
Un gritar: *Alá te guie,*
Y del rey un *muera, dadle.*

Zelindaja sin respeto
Al pasar, por rociarle,
Un pomo de agua vertia,
Y el rey gritó: *Paren, paren.*

Creyeron todos que el juego
Paraba, por ser ya tarde,
Y repite el rey celoso:

«Prendan el traidor Azarque.»

Las dos primeras cuadrillas,
Dejando cañas á parte,
Piden lanzas, y ligeros
A prender al moro salen,
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un rey amante.

Las otras dos resistian,
Si no les dijera Azarque:
«Aunque amor no guarda leyes
Hoy es justo que las guarde.

Rindan lanzas mis amigos,
Mis contrarios lanzas alcen,
Y con lástima y victoria
Lloren unos, y otros canten;
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un rey amante.»

Prendieron, en fin, al moro,
Y el vulgo, para librarle,
En corrillos diferentes
Se divide y se reparte;

Mas como falta caudillo
Que los incite y los llame,

Se deshacen los corrillos
Y su motin se deshace :
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un rey amante.

Sola Zelindaja grita :
« Libradle , moros , libradle ; »
Y de su balcon queria
Arrojarse por librarle.

Su madre se abraza de ella ,
Diciendo : « Loca . ¿ qué haces ? »
Muere sin darlo á entender ,
Pues por tu desdicha sabes

Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un rey amante.»

Llegó un recado del rey
En que mandó que señale
Una casa de sus deudos ,
Y que la tenga por cárcel.

Dijo Zelindaja : « Digan
Al rey que por no trocarme ,
Escojo para prision
La memoria de mi Azarque ;
Y habrá quien baste
Contra la voluntad de un rey amante.»

Así estas mismas divisas , motes y cifras sacaron las cuatro cuadrillas de los caballeros ya nombrados , como quien las habia heredado de sus antepasados , y siempre se preciaron de ellas . Pues habiendo salido de la plaza con bizarría , y alegres por haber visto su gala y buen parecer , entró un alcaide de las puertas de Elvira á gran priesa , y llegando á la presencia del rey hizo el acatamiento debido y le dijo : « Un caballero cristiano ha llegado , y pide licencia á vuestra alteza para entrar á correr tres lanzas con el mantenedor . » — « Yo la doy : entre , permitido es . » Luego volvió el alcaide y abrió la puerta . En entrando por la plaza pusieron al punto los ojos en él y en su buen talle ; y en solo su aspecto le consideraban victorioso y triunfante de los despojos ganados por Abenamar , y aun del retrato de su dama y de la estimada cadena . No hubo caballero ni dama á quien su vista no causara alegría . En la parte izquierda del capellar traia una cruz colorada , la cual daba ser y adorno á su persona . El cristiano caballero , poniendo los ojos en todas partes , dió vuelta á la plaza , y llegando á los miradores reales , hizo gran reverencia al rey , á la reina y á las damas : á él le hicieron mucha cortesía , y las damas se levantaron en pié . Fué conocido de todos el caballero cristiano , que era el maestre de Calatrava , de cuya fama y hechos tenia el mundo entera noticia . El rey se alegró en saber quién era , y que hubiese venido á honrarle su fiesta . Habiendo , pues , dado vuelta á toda la plaza , llegó al mantenedor y le dijo : « En tantos despojos y joyas como veo á los piés de ese hermoso retrato , cuya hermosura , noble caballero , dicen que defendeis , echo de ver el valor de vuestra persona ; y así sois digno de que todos os honren y tengan en lo que se debe estimar tal caballero como vos . ¿ Sereis servido de correr conmigo un par de lanzas , á ley de buenos caballeros , sin que haya interés de retrato ? » Abenamar miró bien al caballero , y se volvió á Muza y le dijo : « Este caballero me parece que es el maestre de Calatrava con quien trabaste tanta amistad ; paréceme que en la cruz roja le quiero conocer . » Muza puso los ojos en el maestre , y luego le conoció , y le fué á abrazar diciendo : « Seais bien venido , flor de toda la cristianidad , y aun tambien de la morisma , pues aquí os conocen por las obras contra su voluntad ; y en Castilla y todo el mundo sois conocido solo por oidas . » El maestre le abrazó , agradeciendo lo que en su alabanza habia dicho . Abenamar se llegó á él , y le dijo que él se holgaria de correr dos ó tres lanzas con tal caballero . Y diciendo esto , corrió una lanza estre-

madamente, pero el maestro corrió la suya con mas ventaja. Finalmente, corrieron tres lanzas y todas las ganó el maestro. Todos entendieron que trajera retrato, pero no era miliciano de Cupido sino de Marte; porque en verdad, no puede ningun caudillo que pretende alcanzar honra por sus hazañas, entretetenerse en amores; y si lo hiciere, su nombre será borrado de las memorias de todos. Los jueces llamaron al maestro y le dieron por premio la cadena de dos mil doblas de valor, pues no habia traído retrato, que si lo trajera llevara el retrato y los despojos. El maestro recibió la cadena, y al son de la música que habia en la plaza, fué dando vuelta á toda ella, acompañado de todos los caballeros; y en llegando á los miradores de la reina, hizo una muy grande reverencia, y alzándose en los estribos, besó la cadena, y se la dió, diciendo: «Vuestra alteza reciba esa niñería, que no hallo otra persona digna de ella. No estrañe vuestra alteza mi atrevimiento, que lícito es en tales actos recibir cualquiera joya.» Levantóse la reina y recibióla, y besándola se la puso al cuello, y haciendole una medida se volvió á asentar. El maestro inclinó la cabeza al rey, y se volvió con Muza y otros caballeros que le querian bien, por tener tanta fama en todo aquel reino, por las muchas entradas que hacia entre año, y de todas conseguia victoria. A esta sazón el muy valiente y esforzado Albayaldos, que tenia muy grande deseo de verse en batalla con el maestro para probar sus fuerzas, y porque el maestro habia muerto á un deudo suyo con quien él tenia mucha amistad, se quitó del lado del rey con disimulacion, y subió sobre una yegua bien aderezada, y acompañado de sus amigos se fué paseando adonde estaba el maestro y el valiente Muza; y contemplando el buen talle del maestro y su donaire, le dijo: «Grande ha sido y es el gozo que todos hemos recibido, esforzado é invicto maestro, de verte tan galan y de fiesta, y fuera muy mayor mi contento si te viera con tus fuertes y lucientes armas, como otras veces te he visto en la vega, y en ella tuviéramos los dos escaramuza, que ha dias que lo deseo, y son dos causas las que me mueven. La una por el gran valor que la fama ha derramado por el mundo de tu persona, y el deseo que tengo de vencerte para ser el interesado en todo. La otra por vengar la muerte que le diste á mi primo el rey Mahomad. Aunque te conozco, y sé que se la diste en trabada y muy reñida escaramuza, con todo eso me llama y provoca á venganza el amor de mi querido primo: y por tanto tente desde hoy por desafiado, para que cuando fuere tu voluntad se ponga en ejecucion mi deseo; y saldré con armas y caballo, y conmigo irá Malique Alabéz. Atentamente escuchó el maestro todo lo que le dijo el valeroso Albayaldos, y con rostro risueño le respondió así: «Si te ha sido alegría el verme con trage galan, y gustaras mas de verme con armas, yo me holgaria infinito saber que esa era tu voluntad para venir prevenido, y que en aqueste dia pusiéramos por obra lo que deseas: tu valor publican los cristianos que corren la vega; y ahora lo confirmo en que me has desafiado. Dices tener deseo de verte conmigo por mi valor: otros muchos caballeros cristianos hay que honran mis hazañas, y con quien ganaras mas fama; y si te incita á tener escaramuza la vertida sangre de tu primo el rey Mahomad, como dices, sé decirte que no ví ni sentí en

él punto de cobardía, sino que murió como caballero peleando; y pues tu gusto es de probar tus fuerzas con las mias, yo soy contento de ello, y así mañana te aguardo en la fuente del Pino, donde estaré con solo un cristiano, padrino mio, que se llama don Manuel Ponce de Leon; y para que estés cierto de que no habrá otra cosa, recibe este guante en señal de la escaramuza aplazada.» Diciendo esto, le dió un guante derecho; y el moro lo recibió, y le dió al maestre un anillo de oro, que era su sello. Muza y los caballeros quisieron que no se hiciera la escaramuza, mas no quiso ninguno desistir de su palabra dada; y así quedó hecho el desafío entre los dos para el dia siguiente.

CAPITULO XI.

De la batalla que Albayaldos tuvo con el maestre de Calatrava, y como el maestre le venció y dió muerte.

El desafío de los dos valerosos caballeros aceptado, por ser ya tarde se fué el maestre, habiéndose despedido de todos: dejémosle ir, y volvamos al fin del juego de sortija. Pues como ya se habia puesto el sol, y no venia ningun caballero, los jueces mandaron á Abenamar que dejase la tienda, pues no venia ningun caballero; que él lo habia hecho, como todos tenian la confianza, y que habia ganado mucho nombre, y ricos despojos y retratos muy hermosos; pero que al fin el de su Fátima escedia á todos. El vencedor Abenamar mandó quitar el aparador de las joyas, que aun quedaban muchas y muy ricas. Los jueces se bajaron del tablado y subieron á caballo, y pusieron enmedio al fuerte Abenamar y su padrino Muza, y con toda la caballería en su compañía, y al son de música dieron vuelta á la plaza, dándole mil parabienes de su victoria; y en llegando á los miradores reales de la reina, tocaron chirimías, dulzainas y atabales, y otros instrumentos, y dió á Fátima todos los despojos ganados en la sortija, diciendo: «Toma, señora, lo que de derecho te toca, porque tu hermosura lo ha conquistado; y así es bien que lo goces y dispongas de ello á tu gusto como tuyo. Fátima lo recibió todo sin responder, porque la vergüenza la ocupó; aunque con los ojos le dió mil gracias, cifra con que en tal caso los amantes se entienden. No fué poca la envidia que causaron á Galiana y á Jarifa ver los ricos trofeos en poder de Fátima, y mas les causó ver entre ellos sus retratos. Estaba Galiana muy triste y imaginando cien mil cosas: consideraba que Abenamar habia ordenado aquellas fiestas por vengarse de su ingratitud; y mas lo sentia por ver ausente á Sarracino, que no volvió mas á la plaza. El rey, visto era tarde, se quitó de los miradores, y la reina, y se fueron al Alhambra. Aquella noche cenaron con el rey todos los del juego de sortija, menos Sarracino que fingió estar indispuerto. Con la reina cenaron las mas principales damas de la corte, en la cual ceua hubo muy alegres fiestas y un sarao público. Danzaron todas las damas

y caballeros con las libreas que habian jugado la sortija. Sola Galiana no danzó, porque estaba triste por la ausencia de su moro, aunque fingió estar indispuesta. Bien conoció la reina su pena, aunque lo disimulaba. Celima su hermana la consolaba lo posible, pero no admitia ningun consuelo, porque tenia el corazon muy lastimado. El que se aventajó á todos fué el fuerte Gazul con la hermosa Lindaraja, á quien él tanto amaba, y ella á él; lo cual sintió mucho el fuerte Reduan de verse aborrecido de quien él tanto amaba; y ardiendo en rabiosos celos, propuso en su corazon el matar á Gazul; pero no le sucedió como pensó, segun adelante diremos, en una escaramuza que ambos tuvieron sobre la hermosa dama Abencerrage. De esta dama se hace mencion en otras partes, y mas en una recopilacion del Bachiller Pedro de Moncayo, adonde la llama Celima. Llamáronla así por su lindeza, y porque era estremada en hermosura; pero su propio nombre era Lindaraja, por ser Abencerrage. Adelante se tratará de ella y de Gazul, despues de la violenta y cruda muerte que se dió á los Abencerrages por la traicion que les levantaron. Y tornando á la historia, siendo la mayor parte de la noche pasada en danzas, bailes y otros regocijos, y habiéndoles hecho el rey mucha honra á Abenamar y á los justadores, les mandó ir á reposar. La noble y hermosa Fátima dió todos los retratos á las damas cuyos eran, pasando entre ellas muchos donaires y gracias, quedando muy obligadas á la triunfadora por la magnificencia que con ellas habia usado. Despedidos del rey los caballeros, se fué cada uno á su casa, y asimismo las damas que no eran de palacio. Albayaldos no pudo reposar el resto de la noche, y tomando la mañana salió del Alhambra á aguardar á Malique Alabéz, y en llegando le dijo: « Tarde habemos salido de la fiesta. » — « Así me parece, dijo Alabéz, pero hoy podremos reposar del trabajo pasado. » — « Antes será al revés, dijo Albayaldos, porque ayer vestísteis gala de brocado y seda, y hoy conviene vestiros de pelea con las duras armas. » — « ¿ Pues por qué causa, dijo Alabéz? » — « Porque tengo desafiado para hoy al maestro de Calatrava, y hemos de escaramucear en la vega, y os he señalado por mi padrino. » — « Pues con tal caballero teneis aplazada escaramuza, plegue al santo Alá que os vaya bien con él, aunque yo lo pongo en duda, porque es muy diestro y experimentado en las armas; y puesto que me habeis recibido por padrino, vamos en buen hora, y por la real corona de mis antepasados, que me holgaría que viniésemos con victoria del desafio. ¿ Y el rey sabe esto? » — « Yo entiendo que no, respondió Albayaldos, si no es que se lo haya dicho Muza, porque estuvo presente en nuestro desafio. » — « Sea como fuere, sépalo ó no, vamos temprano, dijo Alabéz, y sin que el rey ni nadie lo entienda, salgamos á la vega á vernos con el maestro. ¿ Y el maestro señaló padrino? » — « Sí, dijo Albayaldos, á don Manuel Ponce de Leon. » — « Si así es, vive Alá que no podremos dejar de venir él y yo á las manos, porque ya sabeis la escaramuza que tuvimos, dijo Alabéz, y él tiene mi caballo y yo el suyo, y quedó concertado que cuando nos viéramos otra vez daríamos fin á la escaramuza. » — « No os dé pena eso, dijo Albayaldos, que confianza tengo de que vengamos

victoriosos. » — Alabéz dijo : « Vamos á alistar nuestras armas, y á ponernos como conviene, que importa partirnos luego. » Con esto se partieron los dos valientes guerreros, y aderezaron lo que les convenia para la pelea, y una hora antes del dia se partieron de la ciudad muy secretamente, por no ser de nadie conocidos, y se fueron por el campo de Arbolote, lugar que es dos leguas de Granada, para de allí ir á la fuente del Pino, donde quedó tratado entre el maestre y Albayaldos que se habian de juntar. El sol empezaba ya á alumbrar el mundo, y con la hermosura de sus rayos á dar ser á las inclinadas rosas y yerbas con el peso del rocío de la noche, cuando los dos valerosos moros llegaron á la villa de Arbolote, y pasando sin parar, se fueron á la fuente del Pino, tan nombrada y celebrada de todos los moros de Granada y su tierra; y seria una hora salido el sol, cuando llegaron á la fresca fuente, la cual cubre una hermosa sombra de un pino, que por eso tenia la fuente aquel nombre. Llegados allí, no vieron á nadie, y apeándose de los caballos colgaron las adargas en los arzones, y arrimaron sus lanzas, y sentándose junto á la fuente se refrescaron en la cristalina agua, y empezaron á tratar de como no venia el maestre, y porqué seria su tardanza. Dijo Albayaldos : « ¿ Mas si nos hiciese burla el maestre y no viniese? » — « No digais eso, dijo Alabéz, que el maestre es buen caballero, y no dejará de venir, que aun es muy de mañana; » y diciendo esto vieron venir dos cristianos, muy bien puestos, con lanzas y adargas, en dos feroces caballos, y ambos de pardo y verde, y plumas de dos colores; conociéronlos luego en que se divisaba en medio de la adarga una cruz roja que campeaba en blanco. El otro caballero tambien tenia en su adarga otra cruz diferente, porque era de Santiago. « ¿ No os decia yo, dijo Alabéz, que el maestre no tardaria? Mirad si es cierto. » Estando en esto, llegaron los dos valerosos guerreros, flor de la cristiandad, y saludaron á los moros, y dijo el maestre : « A lo menos hasta ahora somos perdidosos, pues no habemos venido primero. » — « Poco importa, respondió Albayaldos, que no consiste en eso la victoria. » Estando en esto relinchó el caballo del maestre, y mirando los cuatro caballeros al camino de Granada, vieron venir por él un moro á todo correr de su caballo : venia vestido de marlota y capellar naranjado, y en una adarga azul un sol en negras nubes que parecia oscurecerlo, y en torno de la adarga unas letras rojas que decian : *Dame luz, ó escóndete*. Atentamente fué de todos mirado, y de Albayaldos y Alabéz conocido, que era el valeroso Muza; el cual, como supo que Alabéz y Albayaldos habian salido de Granada al cumplimiento del desafio, partió á la costa de la ciudad por si pudiera evitar la escaramuza, ó, cuando no, hallarse en ella. Y en llegando les dijo : « Bien entendiades, caballeros, que habiais de hacer aquesta escaramuza solos, pues por Alá santo que le he dado la priesa posible á mi caballo por hallarme en ella, y mi principal intento ha sido venir á suplicaros, caballeros esforzados y valientes, que os sirvais de no ir en la prosecucion del desafio, por hacerme merced, pues no hay urgente causa. ¿ Qué provecho sacareis en matar uno al otro, ó por desgracia

que mueran ambos? Ea, caballeros, no permitais que falte del mundo ninguno de vosotros. Ambos sois mis amigos, y cualquiera desgracia que suceda á uno de vosotros ó á los dos me lastimará en el alma. No consintais que mi venida y ruego sea en vano. Esto pido muy encarecidamente á los dos, y en particular al maestro.» Y dando fin á sus razones Muza, le respondió el maestro: «Por cierto, noble Muza, que por daros gusto y pedírmelo con tanto encarecimiento, y por la mucha amistad que os tengo, haré de mi parte todo lo que me pedís, y yo alzo la palabra puesta del desafío, y no trataré mas de él, como quiera Albayaldos y sea su gusto, porque á no serlo, no soy el todo, sino parte, y esa rindo á vuestra voluntad.»—«A gran merced tengo la que me haceis, y no esperaba yo menos de un caballero tan principal como vos sois, señor maestro. ¿Y vos, señor Albayaldos, no me hareis merced que cese ese rencor?»—Albayaldos respondió: «Señor Muza, tengo tan presente la sangre vertida de mi primo hermano, por la violencia del penetrante hierro de la lanza del maestro, que no me da lugar á que haga lo que me mandais, aunque de cierto supiera morir á sus manos. Y si muriere yo en esta escaramuza, será honrosa mi muerte; y si yo venciere y matare al maestro, todas sus glorias serán mias, y en lo que he dicho estoy resuelto.» El fuerte don Manuel Ponce de Leon no gustaba de tantas arengas, y así dijo: «Caballeros, gusto es del señor Albayaldos vengar la muerte de su primo: no es menester sino que se ponga en ejecucion. El señor Alabéz y yo quedamos concertados de dar fin á una escaramuza que tenemos empezada, y pues hoy viene á coyuntura peharemos todos, y Muza será padrino de los cuatro.»—Alabéz dijo: «Bien concertado está; no aguardemos á mas conversacion, no se nos vaya el tiempo en válde, y sean las obras mas que las palabras; junto, si hay lugar, y gustais de ello, señor don Manuel, querria que me diéseis mi caballo y recibiéseis el vuestro, y empecemos la escaramuza.»—«No quede por eso, dijo don Manuel, dadme ese, y aquí teneis el vuestro, que bien os sé decir que antes de mucho serán ambos de uno de los dos.» Y diciendo esto destrocaron los caballos, y cada uno quedó contento con su prenda. El bravo Muza, visto que no habia podido alcanzar lo que pretendia, se previno para el oficio que le habian señalado. El maestro llevaba en torno de su adarga unas letras rojas, así como la cruz, que decian: *Por esta morir pretendo*. Don Manuel llevaba por la orla de su adarga otra letra que decia: *Por esta y por la Fe*. Malique Alabéz y Albayaldos iban de una librea de damasco azul, marlota y capellar con muchos frisos de oro. Alabéz llevaba en su adarga su acostumbrado blason y divisa, en campo rojo una banda morada, y en ella una media luna, las puntas arriba, y encima de ellas una hermosa corona de oro con una letra que decia: *De mi sangre*. Albayaldos llevaba por divisa en su adarga, en campo verde un dragon de oro con una letra que decia en arábigo: *Nadie me toque*. Estaban tan galanes con sus libreas y divisas, que parecia no ir á pelear, y debajo de ellas llevaban fuertes armas. Albayaldos encolerizado y muy brioso empezó á menear su caballo, y aprestarse para la escaramuza, y á llamar al maestro que viniera; el cual, haciendo primero la señal de la cruz, movió su caballo á media

rienda, poniendo los ojos en su enemigo con gran diligencia. Alabéz, como se vió con su estimado caballo, como si fuera un Marte arremetió por el campo, y lo mismo hizo don Manuel con el suyo, que en bondad ninguno le escedia : así se trabó entre todos cuatro una escaramuza de las mas bravas y sangrientas que hasta entonces se habian visto. Y no hay que espantarse de la exageracion, pues eran los dos cristianos la mapa de la corte del rey de Castilla, y los dos moros del de Granada. Albayaldos, viendo muy cerca de sí al maestro, arremetió á él abalanzándose con intento de herirle, de suerte que feneciera presto la escaramuza; pero fué diferente de lo imaginado, porque así como le vió venir tan de rebato, reconoció su intento : hizo que le aguardaba, pero al tiempo de embestir, con mucha destreza picó al caballo haciéndole dar un gran salto en el aire, y retiróse poco trecho por un lado; de modo que el encuentro del moro no hizo efecto, y el maestro revolvió como un pensamiento, y en lo descubierto de la adarga le dió un bote de lanza tan duro, que la fuerte cota que el moro llevaba fué rompida, y la carne abierta con el duro hierro. No hubo áspid ni víbora pisada al descuido del rústico villano, que tan presto fuese á la venganza de su daño, ni embravecido leon con onza que le hubiese herido, como el bravo Albayaldos revolvió á herir al maestro, bramando como un toro, lleno de ponzoñosa cólera; y como le vió tan cerca de sí, arremetió con tanta presteza, que el maestro no tuvo tiempo de usar la primera maña ni destreza; y así el moro le hirió tan poderosamente, que le atropelló la adarga, rompió el fuerte escudo, é hirió mal al maestro. El moro rompió la lanza del golpe, y arrojando el trozo revolvió su caballo para tener lugar de echar mano al alfange; mas no pudo revolver tan presto como lo imaginó, de manera que el maestro tuvo lugar de arrojarle la lanza porque no se fuese. La lanza fué arrojada antes de tiempo, porque pasó por delante de los pechos del caballo de Albayaldos con tanta furia, como si fuera una saeta despedida del corvo arco; de modo que gran parte de la dura asta fué clavada en tierra, y eso á tiempo que el caballo del moro llegaba, el cual andando tropezó en el asta que quedaba retemblando, de suerte que sin poderse valer dió en el suelo. El bravo moro, como vió en tal aprieto su vida, le espoleó para que de todo punto cayese; mas no lo pudo hacer el moro tan presto, que el valiente don Rodrigo no fuese á él con la espada desnuda, y antes que se levantase el caballo le dió de punta una brava herida. Malique Alabéz volvió el rostro hácia donde lidiaban el maestro y Albayaldos, y como le vió en tan notorio peligro, volvió las riendas á su caballo por favorecerle, y dejó á don Manuel, que muy trabada escaramuza tenia con él, y como un águila llegó adonde estaba el maestro, á tiempo que traia el brazo levantado para tornar á herir á Albayaldos, y de través le hirió de un bote de lanza, tan á sobre seguro y á su salvo, que no embargante ser muy mal herido, si no se asiera á las crines del caballo, cayera en tierra sin duda. El moro rompió su lanza con aquella herida que dió, y habia puesto mano á su cimitarra para volver al maestro, cuando don Manuel llegó á todo correr de su caballo por socorrer al maestro que estaba en mucho peligro y sin duda que allí acabara su vida, y con una emponzoñosa cólera le

dió á Alabéz un golpe con la espada, que le quitó el sentido; y aunque fué la herida pequeña, porque le dió casi de llano, con todo eso fué dado con tanta fuerza, que le aturdió, y sin ningun remedio cayó del caballo, y con la caída casi volvió en sí, y reconociendo su peligro, como era de animoso corazón, se quiso levantar; mas don Manuel no le dió lugar, porque habiendo saltado de su caballo, fué á él, y con gran furia le dio otro golpe por encima de un hombro, que le hizo una mala herida. De aquel golpe torno Alabéz á caer en el suelo, y don Manuel fué á cortarle la cabeza; pero como Alabéz se vió en tal extremo, habiendo recobrado todo su natural acuerdo, puso mano á un puñal que tenia, y con la mayor fuerza que pudo le dió á don Manuel dos grandes heridas, una en pos de otra. Don Manuel, viéndose tan mal herido, puso mano á una daga que tenia, y levantando el invencible brazo, le fué á cortar la garganta para dividirle la cabeza del pezcuelo; mas impidiólo el bravo Muza, que habia estado mirando la escaramuza; y como vió á Alabéz en tal aprieto, fué corriendo, y arrojándose de su caballo, detuvo el invicto y fuerte brazo á don Manuel, diciendo: « Señor don Manuel, suplicoos me hagais merced de la vida de este vencido caballero. » Don Manuel, que hasta entonces no le habia visto ni sentido, volvió la cabeza, por ver quién se lo pedia; y conociendo ser Muza, hombre de tanto valor, y viéndose tan mal herido, y recelándose si no otorgaba la vida de tener escaramuza con él en tan mala ocasion, dijo que le placia de hacer lo que le pedia; y levantándose de encima de Malique, aunque con trabajo por estar desangrado, y tener penetrantes heridas, le dejó libre. Malique estaba muy de peligro, y sin fuerza para levantarse del suelo, porque se desangraba muy apriesa. Muza, condolido de él, le alzó de la tierra, y le llevó á la fuente, dando muchas gracias á don Manuel; el cual, mirando el estado de la escaramuza del maestro y de Albayaldos, vió como el moro andaba desmayado y para caer, porque tenia tres heridas mortales, una de lanza, y dos de espada. El maestro, viendo que don Manuel habia quedado vencedor de un tan buen caballero como Alabéz, cobró ánimo de nuevo, y con una honrosa vergüenza, porque tanto se dilataba su victoria, arremetió con toda furia para Albayaldos, y dándole un golpe muy pesado sobre la cabeza, no pudiéndose ya el moro apartar, malamente herido, dió con él en el suelo sin ningun sentido, quedando el maestro con tres heridas. El fuerte Muza, que vió caído á Albayaldos, fué al maestro, y le pidió de merced que no pasase mas adelante la escaramuza, pues Albayaldos mas estaba muerto que vivo. El maestro se lo concedió, y asignando la mano para levantarle, no se la dió, porque estaba casi privado de su sentido; y llamándole por su nombre, Albayaldos abrió los ojos, y con voz débil y flaca, como quien iba rindiendo el alma, le dijo que queria ser cristiano. Mucho fué el gozo de los cristianos; y cogiéndole entre ambos, le llevaron á la fuente, y el maestro le bautizó en nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y le puso por nombre don Juan, y muy tiernamente se despidieron de los dos moros, y le encargaron á Muza cuidase de aquel caballero, porque ellos se iban á curar, que estaban muy mal heridos. « Alá santo os guarde, dijo el afligido

Muza, y él querrá que algun dia os pague las mercedes que me habeis hecho.» Los fuertes cristianos se fueron adonde su gente los aguardaba, que era en el Soto de Roma que dicen, por donde pasa el rio Genil, y allí fueron con toda diligencia curados. Volvamos al fuerte Muza, que habia quedado en la fuente del Pino con los dos moros heridos. Malique Alabéz, ya puesto en todo su acuerdo, y no tan mal herido como se entendia, le dijo á Muza qué era lo que habia de hacer: Muza respondió, que queria aguardar á ver en qué paraba el buen Albayaldos que estaba acabando, y que si él traia unguento, que le curaria de modo que fuese á Arbolote, y que allí se podria curar despacio. Alabéz dijo que mirase en su mochila, que allí habia lo necesario. Muza fué al caballo de Alabéz, y trajo paños y ciertos unguentos para curar heridas, y poniéndole sobre ellas de los unguentos, se las apretó con unos paños; y curado Malique subió en su caballo, y se fué á Granada, yendo considerando el valor de don Manuel y del maestro; y tenia pensamiento de ser cristiano, entendiendo que la fe de Jesucristo era mejor y de mas excelencias, y por gozar de la amistad de tan valerosos caballeros como aquellos, y de otros de cuya fama estaba el mundo lleno. Con estos pensamientos llegó á Arbolote, y en casa de un amigo suyo se apeó, donde fué curado de manos de un cirujano experimentado, donde lo dejaremos por volver á Muza, que quedó con Albayaldos, al cual aunque se volvió cristiano no le desamparó, antes procuró de curarle; y desnudándole le halló tres heridas penetrantes, sin otra que tenia en la cabeza, y viendo que eran de muerte, no quiso curarlo, por no darle pena, y le dijo: « ¡ Cuánto me pesa de verte así! Si admitieras mi consejo, no vinieras á este estado.» El nuevo cristiano don Juan abrió los ojos, y mirando al cielo, con las ansias de la muerte decia: « ¡ Oh, buen Jesus! ten misericordia de mí, y no mires que siendo moro te ofendí, persiguiendo tus cristianos. Mira tu grandísima misericordia, que es mayor que mis pecados; y mira, Señor, que tú dijiste por tu boca, que en cualquier tiempo que el pecador se volviese á tí, sería perdonado.» Adelante queria pasar don Juan, mas no pudo, porque se le trabó la lengua, y comenzó á revolcarse á un lado y á otro por un lago de sangre que de sus heridas salia, y de la cual estaba todo bañado, que era compasion; y por esto se hizo este romance, que dice así:

De tres heridas mortales,
De que mucha sangre vierte,
El valeroso Albayaldos
Herido estaba de muerte:
El maestro le hiriera
En batalla dura y fuerte.
Revolcándose en su sangre
Con el dolor que se advierte,
Los ojos mirando al cielo,
Decia de aquesta suerte:
« Sírvete, dulce Jesus,
Que en este tránsito acierte
A acusarme de mis culpas
Para que yo pueda verte.
Y tu Madre piadosa

Mi lengua rija y gobierne,
Porque Satanás maldito
Mi alma no desconcierte.
Oh, hado duro y acerbo,
Si yo quisiera creerte,
No viniera á tal estado,
Ni viniera así á perderme!
El cuerpo doy por perdido,
Que el alma no se me pierda,
Porque confio en las manos
De aquel que pudo hacerme.
Lo que te ruego, buen Muza,
Si en algo has de socorrerme,
Que aqui me des sepultura
Debajo del pino verde;

Y encima pon un letrado,
Que declare esta mi muerte;
Y le dirás al rey Chico
Como yo quise volverme

Cristiano en aqueste trance,
Porque no pueda ofenderme
El fementido Alcoran,
Que pretende oscurecerme.»

Muy atento habia estado el fuerte Muza á las razones del nuevo cristiano, y tanto sentia su mal, que no podia dejar con lágrimas en sus ojos de hacer un tierno sentimiento, considerando el estado en que estaba tan bravo caballero, y las grandes victorias por él alcanzadas contra los cristianos; las riquezas que dejaba, el brio, la valentía y fortaleza de su persona, y la grande estima y reputacion en que estaba puesto; y verle tendido en el duro suelo, revolcándose en su sangre, y sin poder restañar la poca que le quedaba; y acercándose á él para consolarle, viendo como el nuevo convertido hizo señal de la Santa Cruz y la besó, y diciendo *Jesus* rindió el alma á su Criador. Lastimóse tanto de ver al nuevo cristiano muerto, que derramó muchas lágrimas sobre el difunto con el dolor que tenia de la muerte de su amigo; mas visto que el llorar y hacer sentimiento doloroso no hacia al caso, se consoló dejando el llanto, y procuró cómo le podria dar sepultura en aquel lugar tan desierto; y estando así con este cuidado, Dios le socorrió en tal necesidad, para que el cristiano fuese enterrado, y no quedase su cuerpo á las aves en aquel campo; y fué, que cuatro rústicos iban por leña á la sierra Elvira con todo recado y azadones para sacar las cepas. Muza se alegró cuando los vió y los llamó; los cuales vinieron, y Muza les dijo: «Amigos, por amor de mí, que me ayudeis á enterrar el cuerpo de este caballero que está aquí, que Alá os lo pagará.» Los leñadores respondieron que de buena gana lo harian; y habiendo señalado Muza el lugar de la sepultura, la abrieron con diligencia al mismo pié del pino; y alzando el cuerpo del caballero le quitaron la marlota y capellar, y desarmándole de las armas que tenia, de tan poco provecho á los agudos filos y temples de la espada y lanza del maestro, y tornándole á poner su marlota y capellar, le enterraron con hartas lágrimas, que derramó Muza; y habiéndole enterrado, los leñadores se despidieron, espantados de las mortales heridas del difunto. Muza escribió en el mismo tronco del pino un epitafio con letra que de todos fuese bien entendida, que decia de esta manera:

Epitafio de la sepultura de Albayaldos.

Aquí yace Albayaldos,
De cuya fama el suelo estaba lleno,
Mas fuerte que Reynaldos,
Ni el Conde Palatino, aunque fué bueno.
Matóle el hado ajeno
De su famosa vida,

Envidia conocida
De aquel famoso Marte,
Que pudo tan sin arte
Ponerle el hierro duro,
Por vivir en su cielo mas seguro.

Este epitafio puso Muza en el pino sobre la sepultura del convertido Albayaldos, y derramando lágrimas tomó la fuerte jacerina, casco, bonete y plumas, todas llenas de argentería, y la fina adarga hecha en Fez, y ha-

ciendo en todo con el alfange y trozo de lanza en medio un trofeo, le colgó en una rama del pino, y encima este letrero :

Es el trofeo pendiente
Del ramo de aqueste pino,
De Albayaldos Sarracino,
De moros el mas valiente
Del estado granadino.

Si aquí Alejandro llegara
A este sepulcro, llorara
Con mas envidia y mas fuego,
Que lloró en aquel del Griego
Que el gran Homero cantara.

Así como Muza acabó de poner el trofeo con las letras que tengo dichas, y viendo que no habia mas que hacer, subió en su caballo y asió de la rienda al de Albayaldos maldiciéndole muchas veces, porque por la gran caída que dió, fué herido tan mal Albayaldos; aunque despues dijo, que bien sabia que aquella causa, ni otra alguna no fueran bastante, sino que estaba ya ordenado del cielo que pasara así, y no podia dejar de suceder. Yendo diciendo estas cosas y otras, aun no habia andado tres millas cuando vió venir dos caballeros de buen talle: el uno venia vestido con marlota amarilla, capellar, bonete y plumas de la misma color; la adarga era la mitad amarilla y la otra azul, y en el lado azul pintado un sol metido entre nubes negras, y debajo del sol una luna que le eclipsaba, con una letra que decia de esta suerte :

Ya se eclipsó mi esperanza,
Y se aclaró mi tormento:
Ajeno soy de contento,
Pues no hay rastro de mudanza.

La lanza de este caballero era toda amarilla, el jaez y adorno del caballo, amarillo, y la banderilla de la lanza amarilla. Bien mostraba este caballero vivir desesperado. La letra decia: *Sin remedio de esperanza*. El otro caballero venia con una marlota, la mitad roja y la otra mitad verde, capellar, bonete y plumas de lo mismo, la lanza y la banderilla verde y roja, la adarga, la mitad roja y la otra mitad verde, y en la parte roja unas letras de oro, cortadas con mucho artificio, porque campearan desde lejos, que decian así :

Mi luz no se oscurece,
Antes esclarece el dia,
Y este me causa alegría,
Porque mi gloria mas crece.

Debajo de estas letras habia un gran lucero tambien de oro, con los rayos muy grandes; y cuando le daba el sol resplandecia de manera, que privaba de la vista á quien lo miraba. Muy bien mostraba este caballero vivir contento y alegre, segun lo daban á entender las colores de su librea y blason, y señal de su adarga. Venian ambos platicando, y caminando de priesa. Muza los estuvo mirando por si acaso los pudiera conocer; mas no pudo conocerlos hasta que estuvieron cerca: entonces fueron conocidos, que el de color amarillo era Reduan, y vestia de aquesta suerte, porque Lindaraja, Abencerrage, le desamaba: el otro caballero

de lo rojo y verde era el animoso Gazul, y vestía de aquesta manera, porque Lindaraja le amaba; y los dos venian desafiados sobre quién habia de quedar con la hermosa dama. Maravillóse Muza de verlos, y ellos de ver á él con aquel caballo de las riendas y sin ningun escudero que le acompañase; y en llegando los unos á los otros se saludaron, segun su costumbre, y despues el que primero habló fué Muza, diciendo: « Por Mahoma juro, que me espanto en veros ir á los dos por este apartado camino, y sospecho que vuestra venida no es sin causa, y recibiré gran placer si me dais cuenta de ella. » — Reduan respondió: « Mas razon hay de admirarnos nosotros en veros venir así solo, y con ese caballo del diestro; y debe de ser la causa que habeis tenido escaramuza con algun caballero cristiano, y le habeis muerto, y le quitásteis el caballo. » — « Yo me holgara que fuera así, respondió el afligido Muza; mas decidme, señor Reduan, ¿ es posible que no conoceis este caballo? » — Reduan mirándole dijo: « Si no me engaño, es de Albayaldos: suyo es de cierto. Su señor ¿ dónde queda? » — « Pues lo preguntais, respondió Muza, yo os lo diré. Sabed que ayer en el juego de sortija, habiendo corrido el maestre de Calatrava sus tres lanzas, y ganado al mantenedor, Albayaldos entró en la plaza, y porque el maestre mató al rey Mahomad, primo de Albayaldos, desafió al maestre estando yo presente, y quedó que se habian de ver hoy en la fuente del Pino, llevando Albayaldos por su padrino á Alabéz, y el maestre por el suyo á don Manuel Ponce de Leon; y esta mañana fuí á palacio y no ví á Albayaldos ni á Alabéz, y acordándome del desafío, sin dar cuenta á nadie fuí por la posta á la fuente del Pino, y allí ví á los cuatro caballeros; hice todo lo posible porque no pasase adelante el desafío, y ya lo habia alcanzado del maestre; pero Albayaldos estaba tan pertinaz, que no quiso sino proseguir la escaramuza. Alabéz y don Manuel tenian antes de ahora comenzada una escaramuza, y por cierta ocasion no fué fenecida, y hoy la quisieron fenecer, de suerte, que padrinos y ahijados riñeron cruelmente, y al fin por caer de su caballo fué muy mal herido Albayaldos, el cual vencido, al punto de su muerte dijo que queria ser cristiano. Alabéz tambien fué muy mal herido y vencido por don Manuel Ponce de Leon; y si no fuera por mí, allí muriera. Pedíle de merced otorgase la vida á Alabéz, y fué tan noble que dejó de matarle y me lo entregó. Yo le apreté las heridas y se vino, y entiendo que está curándose en Arbolote. El maestre bautizó á Albayaldos, y le puso por nombre don Juan, y á poco rato murió llamando á Jesucristo: antes que muriera me rogó muy encarecidamente que le diese sepultura debajo de aquel pino, y así lo hice, y de sus armas hice un honroso trofeo, y lo colgué encima de su sepultura. Todo esto pasa como lo he contado: ahora hacedme placer de decirme adonde vais, por si os puedo servir en algo. » — « Obligacion hay, dijo Gazul, de daros cuenta de nuestra venida, pues nos la habeis dado de este suceso, y respondiendo á estas cosas, digo que siento en el alma la muerte de Albayaldos y las heridas de Alabéz, por ser dos caballeros en quien el rey tenia puestos los ojos por su valor. La causa de nuestra venida es, que el señor Reduan me trae desafiado, solo porque Lindaraja me ama y á él

le aborrece, y para esto vamos á la fuente del Pino por ser lugar apartado.» Admiróse el fuerte Muza del caso, miró á Reduan y le dijo : « ¿ Pues es posible que querais que os ame por fuerza la dama ? Nunca forzoso amor es perfecto. De suerte que si ella quiere á otro, ¿ quereis tener escaramuza con quien no os debe nada , y dejais la culpa sin castigo, y poneis la vida en contingencia de perderla ? Si ella no os quiere, buscad otra, que abundancia hay de damas, siendo vos como sois un caballero tan estimado en el reino, así en valor de la persona, como en bienes y linage. Por cierto bien pareceria que saliesen á reñir cada dia los caballeros mas estimados por esos negocios, y se matasen ; y al tiempo de la necesidad , como cada dia vemos que la hay, por tener los cristianos á la puerta, ¿ quién saldria á los rebatos y escaramuzas ? Mirad en qué paró Albayaldos por no tomar mi consejo. No paseis adelante, sino volvamos á Granada. Bien sabeis, señor Reduan, que yo amaba á Daraja, y á los principios me hizo favores, cuantos á hombre se le podian hacer ; y sin causa , solo por su gusto me aborreció, y puso los ojos en Zulema Abencerrage. Cuando ví de cierto que no me queria, aunque luego lo sentí mucho, procuré olvidarla, y me consolé considerando que no hay veletas de torres tan mudables como ellas. ¿ Fuera bueno que la ingratitud que Daraja usó conmigo me lo pagara Zulema y le matara, no teniendo culpa ? Disparate fuera muy grande. En lo que me vengo de Daraja es en no mirarla, y en hacer á mi dama mil ofrendas en presencia de ella, y esta es mucho mayor venganza que si la matara. Por vuestra vida, muy esforzado Reduan, que cesen todos vuestros rencores, y nos volvamos á Granada. » Con esto cesó el valiente Muza, y Reduan respondió diciendo : « Es tan grave mi tormento, y tan grande el infierno que arde en mis entrañas, que no me deja reposar, porque de noche arde en mi pecho un mongibelo, y de dia me enciende un volcan, sin cesar de abrasarme, de modo que para mitigar el fuego en que me abraso, no aguardo sino la acerba y cruda muerte. » — « Quiero preguntar, señor Reduan, dijo Muza, qué remedio pensais sacar despues de muerto de todos vuestros males. » — « Descanso, respondió Reduan. » — « Y sepamos, dijo Muza, si acaso, en la escaramuza que pretendéis hazer, matais á Gazul, y averiguadamente la dama os aborrece mas ; y si por haberla privado de su gusto, y por vengarse de vos, pone los ojos en otro, ¿ le habeis de matar tambien ? » — « Ahora querria acabar esta escaramuza, respondió. que despues el tiempo me dará órden á lo demas. » Visto Muza que se iban, y que no habia podido reducir á la razon á Reduan, se fué con ambos, con esperanza de aplacar la escaramuza ; y tan buena priesa se dieron á caminar, que en breve tiempo llegaron á la fuente del Pino ; y en parando, Muza ató al pino el caballo de Albayaldos, y les enseñó el sepulcro, y de nuevo volvió á rogar á Reduan que no prosiguiese en su intento, y que dejase aquella empresa, que no importaba. Reduan, sin responder palabra, dijo á Gazul : « Ea, robador de mi gloria, ahora estamos en parte donde se ha de acabar de perder mi esperanza. » En diciendo esto, empezó á escaramucear por lo llano, y á llamar á Gazul que viniera á la escaramuza. Gazul, enfadado del arrogante contrario, como quien pretendia privarle de todo punto de

su bien, y frustrarle la esperanza que tenia de gozar á Lindaraja, sin hacer flores de escaramucear, en un momento se juntó con Reduan con una ardiente cólera, y se comenzaron á dar tan terribles golpes de lanza, que era admiracion. Reduan rompió á su contrario la adarga y jaco, y le dió una pequeña herida, de la cual salia mucha sangre. Gazul, viéndose así herido á los primeros golpes, para vengarse aguardó que Reduan se ladease con el caballo para herirle en el descubierto; y sucedió como lo imaginó, porque Reduan quiso volver con otro golpe, y fué rodeando para ejecutarle, y se le acercó cuanto pudo. Luego que Gazul, le vió tan cerca, arremetió su caballo con tanta presteza, que cuando Reduan entendió escaparse del encuentro, ya lo tenia recibido, y no tuvo lugar sino de adargarse por reparar el golpe; pero no le valió ser fina la adarga ni la jacerina, que el hierro de la lanza lo falseó todo, y quedó Reduan mal herido, y retirándose Gazul volvió á herir á Reduan: y él venia con su lanza enristrada, y se encontraron tan fuertemente, que se quebraron las lanzas, y ambos se hirieron en los pechos; y como se vieron tan cerca uno de otro, se abrazaron, haciendo mucha fuerza para sacarse de la silla, y así pelearon gran rato sin poder efectuar su pretension. Los caballos, como se vieron tan juntos, alborotándose y dando relinchos, empezaron á morderse, y empinándose, á pesar de sus señores, volvieron de ancas para hacerse mal con las herraduras; y al tiempo de revolverse, como estaban apretados los caballeros el uno con el otro, de necesidad hubieron de venir ambos al suelo; pero Reduan como mas fuerte se trajo tras sí á Gazul y quedó debajo. Reduan, que se vió en tanto peligro, hizo mucha fuerza con los brazos y pechos, y afirmando los piés en el suelo, dió tales embiones, que desechó á Gazul de encima, y se levantó luego en pié, y lo mismo hizo Gazul, y muy presto se adargaron; y poniendo mano á sus alfanges se comenzaron á herir terriblemente dándose récios golpes, de suerte que las adargas se hicieron pedazos, y quedaron muy mal heridos. El que estaba mas herido era Reduan, porque tenia dos heridas de lanza. Ambos andaban mal heridos, sin reconocerse ventaja en ninguno. Las libreas estaban rotas por el suelo y las armas descubiertas, de suerte que cada uno procuraba herir en las partes mas flacas de las armas, para que el golpe no fuese en balde. Los alfanges eran damasquinos y de muy finos temples, y no tiraban golpe que las armas no fuesen rotas y ellos heridos, y así en dos horas que habia que lidiaban, estaban tales, que no se podia esperar sino la muerte de ambos. Reduan llevaba lo peor de la escaramuza, porque aunque es verdad que era de mas fuerza que Gazul, era mas seguro, y entraba y saltaba mas á su salvo, y heria como queria Gazul, lo cual no hacia Reduan, á cuya causa andaba tan mal herido: mas los golpes que Reduan acertaba eran muy desaforados. Muy mal heridos andaban los dos, y mucha sangre vertian; lo cual visto por Muza, atendiendo que si la escaramuza pasase adelante, aquellos dos tan buenos caballeros habian de morir, de compasion que de ellos tuvo, se apeó de su caballo, y se fué á poner en medio de ambos diciendo: «Señores caballeros, hacedme merced que no pase adelante la escaramuza, porque si proseguís, me parece que ambos morireis.» Gazul

se apartó luego, y el valeroso Reduan, aunque contra su voluntad se hubo de apartar, considerando que Muza era hermano del rey; y apartados los curó Muza, y apretó las heridas, y subiendo en sus caballos, tomó Muza del diestro el de Albayaldos, y se fueron á Arbolote; y serian las cinco de la tarde cuando llegaron, y preguntando por Alabéz, le hallaron mal herido en una cama, curado con gran diligencia por un buen maestro que allí estaba. Luego los dos caballeros Reduan y Gazul tambien fueron puestos cada uno en su cama, y curados por aquel cirujano, y los regalaron y proveyeron de todo lo necesario. Mucho se admiró Malique Alabéz viendo á Gazul y á Reduan tan mal heridos, porque ambos eran muy grandes amigos suyos. Ahora los dejaremos curando, y ya hechos amigos, y volveremos á contar de Granada, y de algunas cosas que en ella sucedieron el dia siguiente que pasaron estas dos escaramuzas.

CAPITULO XII.

En que se da cuenta de una pendencia que los Zegries tuvieron con los Abencerrages, y cómo estuvo Granada á punto de perderse.

Puestos los caballeros en cura, partió Muza á Granada, llevando el caballo de Albayaldos consigo, y puesto el sol llegó á la ciudad; y entrando por ella se rebozó con el cabo del capellar por no ser conocido, y así llegó al Alhambra á hora que el rey su hermano se sentaba á cenar; y apeándose, dió los caballos á uno de la guardia, y se entró en el real aposento. El rey se maravilló de verle venir de camino, y le preguntó dónde habia estado aquel dia. Muza le dijo: « Señor, cenemos, y despues os diré cosas de que os admireis. » Cenaron, que bien lo habia menester Muza, y acabada la cena contó por estenso la muerte de Albayaldos, las heridas de Alabéz, y la escaramuza de Gazul y Reduan, con lo cual fué el rey muy suspenso, y sintió la muerte de Albayaldos; y el dia siguiente se publicó por la ciudad, y todos hicieron mucho sentimiento, y en particular su primo Aliatar, que juró de vengar su muerte, aunque le costase la vida. Todos los caballeros fueron á darle el pésame á Aliatar; los primeros fueron los Zegríes, Gomeles, Venegas, Mazas, Gazules, y Bencerrages, y otros muy principales caballeros de la corte, y á la postre fueron Alabeces y Abencerrages; y puestos todos en sus asientos, como en casa de un principal caballero, despues de haberle dado el pésame, se trató si sería bueno hacer por él el debido sentimiento, como por semejantes hombres se suele hacer. Para esto hubo grandes pareceres, porque unos decian que no, por cuanto, siendo Albayaldos moro, al tiempo de su muerte se volvió cristiano. Los Venegas decian que no importaba eso; que sería bien que sus deudos y amigos hiciesen sentimiento, así por los unos, como por los otros. Los Zegríes decian que pues Albayaldos se habia vuelto cristiano, que no se holgaria Mahoma de que ellos hiciesen sentimiento, porque se habia apartado de su secta, y esto era guardar de-

rechamente el rito del Alcorán. Los Abencerrages decían que el bien que se había de hacer fuera por amor de Alá, y que si Albayaldos se había vuelto cristiano á la hora de su muerte, que aquel secreto solo Dios lo sabía, y que no por esa causa se dejase de hacer el debido sentimiento. Un Zegrí llamado Abenamar dijo: « O el moro moro, ó el cristiano cristiano: dígolo, porque en esta ciudad hay caballeros que cada día envían limosnas á los cautivos cristianos que están en las mazmorras del Alhambra, y les dan de comer, y son los caballeros que digo los Abencerrages. » — « Decís verdad, dijo Abinhamad, Abencerrage, que todos nos preciamos de hacer bien á los cristianos y á cualquier necesitado, porque los bienes los da el santo Alá para hacer bien por su amor; pues los cristianos dan limosnas á los moros en nombre de Dios, y por su amor lo hacen, y yo que he estado cautivo lo sé, porque las he visto dar, y á mí me han hecho bien; y en reconocimiento de esto yo y mis parientes hacemos la limosna que podemos á los cautivos cristianos, que por ventura lo estaremos nosotros algún día. Y á cualquier caballero que le pareciere mal, es muy ruin, y siente poco de caridad; y tóquele á quien le tocara: cualquiera que dijere que hacer limosna á quien la pide no es bueno, miente, y lo sustentaré. » El valeroso Zegrí, ardiendo en saña, por verse desmentido, sin responder alzó la mano para herirle en el rostro al Abencerrage, el cual reparó el golpe en el brazo izquierdo; pero no fué tan bueno el reparo, que por eso dejase el Zegrí de alcanzarle en el rostro con las yemas de los dedos, de lo cual se sintió el Abencerrage, y rabioso como un león hircano, en viva cólera ardiendo, puso mano á la daga, y antes que se moviera un paso el Zegrí, le dió dos puñaladas, ambas penetrantes: al momento cayó muerto á los piés del Abencerrage. Otro caballero Zegrí embistió al Abencerrage para herirle con un puñal; pero no pudo, porque con gran presteza le asió del brazo derecho el Abencerrage, de modo que el Zegrí no pudo hacer lo que pretendía, y el animoso y esforzado Abencerrage le dió una herida en el estómago, con la cual cayó muerto. Los Zegríes que allí había, que eran mas de veinte, pusieron mano á las armas, diciendo: « Mueran los traidores Abencerrages. » Los Abencerrages se pusieron en defensa. Los Gomeles fueron en favor de los Zegríes, y serían mas de veinte, y con ellos otros tantos Mazas. Lo cual visto por los Alabeces y Venegas, fueron en favor de los Abencerrages, y entre estos seis linages de caballeros se comenzó una revuelta brava y reñida, que en muy poco tiempo fueron otros cinco Zegríes muertos y tres Gomeles, y dos de los Mazas, y en estos tres linages hubo catorce heridos. De los Abencerrages no hubo muerto, mas hubo diez y siete heridos: á uno le cortaron un brazo á cercen. De los Alabeces murieron tres, y hubo ocho muy mal heridos. Algunos Venegas salieron heridos, y dos muertos. Mucho mayor fuera la desgracia, si Aliatar y otros caballeros no se pusieran en medio; y algunos de los que ponían paz salieron heridos. Con esta riña, que parecía hundirse Granada, salieron todos á la calle continuando su pendencia; pero como los moros que ponían paz eran muchos, y de mucho valor, que eran Sarracinos, Bencerrages, Gazules, Almohades y Almoradis, tanto hicieron que los pusieron en paz, aunque con dificult-

tad, porque los de la pendencia eran muchos, y habia muertos de por medio. El rey Chico fué avisado de lo que pasaba, y salió del Alhambra, y fué adonde era la cuestion, y aun no estaba de todo punto el negocio acabado. Los caballeros de la pendencia, así como reconocieron al rey, se apartaron, y se fué cada uno por su parte. Hecha la averiguacion del caso, mandó prender á los caballeros Abencerrages, les dió por cárcel la Torre de Comares, y á los Zegríes mandó poner en las Torres Bermejas, á los Gomeles en la Alcazaba, á los Mazas en el castillo de Vivatambien, á los Alabeces en la casa y palacio de Generalife, y los Venegas en una torre fuerte de los Alijares; y el rey muy enojado se subió al Alhambra, diciendo: « Por Mahoma juro, y por mi corona, que he de apaciguar estos bandos, con quitar seis cabezas á cada linage. » Los caballeros que le iban acompañando le suplicaron que no hiciese tal, porque eran la mapa de la ciudad, y todos bien emparentados; y si hacia cualquier castigo, se alborotaria la ciudad, y aun todo el reino, y habria un escándalo, que quisiese luego remediarlo, y no pudiese; que lo mejor sería hacerlos amigos, á cuyo trabajo y cuidado ellos se obligaban. Finalmente, aplacado algun tanto el rey con lo que dijeron los caballeros, les encargó que hiciesen con brevedad las amistades. Hicieron tanta diligencia los Aliatares, Bencerrages y Almoradis, que en espacio de cuatro dias todos los caballeros que riñeron fueron amigos, y las muertes perdonadas, llevando las justicias gran cantidad de dinero para la cámara real. Esto pasado, soltaron á los presos, cuando los Zegríes muy lastimados apellidaron entre ellos venganza de tanto daño y deshonor, y para contrastarla, se juntaron un dia todos los Zegríes y Gomeles en un jardin muy deleitoso de una huerta junto á Darro, y despues de haber comido todos á una mesa, estando sentados por su orden, un caballero Zegrí, á quien los demas respetaban por mayor y cabeza de ellos, hermano de aquel Zegrí que mató Alabéz en el juego de cañas, comenzó á hablar, mostrando grande tristeza, y á decir así: « Valerosos caballeros Zegríes, deudos y amigos míos, y vosotros los Gomeles, advertid lo que quiero deciros con lágrimas de sangre. Ya sabeis en cuánto se debe estimar la honra; cuánto cuesta conservarla, y que en un instante se pierde; y una vez perdida, no se cobra jamás: dígolo, porque en Granada nosotros los Zegríes, y vosotros los Gomeles, estamos puestos en el trono y alteza que podemos desear: el rey nos estima, la ciudad nos ama, riquezas tenemos abundantemente, y estos caballeros mestizos Abencerrages procuran quitarnos el honor y abatirnos, y nos han muerto á mi hermano, y otros tres ó cuatro deudos, y asimismo de los caballeros Gomeles, haciendo de nosotros infame menosprecio. Todo esto pide entera venganza; porque, si no la procuramos presto, harán los Abencerrages que no seamos nada, y que nadie nos estime; y para el reparo es menester, por todas las vias y modos que se pudiere, que busquemos cómo seamos vengados, y nuestros enemigos amquilados y destruidos, porque nos quedemos en nuestra honra permanentes. No se puede hacer por fuerza de armas, respecto que el rey puede proceder contra nosotros; pero tengo imaginado un buen medio, aunque no es á ley de caballeros, sino

para vengarnos de nuestros enemigos. » — Un caballero de los Gomeles respondió : « Señor Zegrí Mahomad , ordenad lo que conviene , que aquí os seguiremos. » — « Pues sabed , dijo el Zegrí , que he determinado poner mal á los Abencerrages con el rey , de modo que ninguno viva , diciendo que Albid Hamete , cabeza de ellos , cometió adulterio con la reina ; y he de atestiguar con vosotros , y habeis de decir que es verdad lo que yo digo , y que á quien nos contradijere , se lo daremos á entender ; y que los Abencerrages le pretenden matar y quitar el reino , y con esto sin duda que el rey los mandará degollar á todos ; y dejadme el cargo , que yo daré la orden para ello. Este es mi pensamiento , amigos y parientes ; ahora dadme vuestro parecer , y sea con secreto , porque ya veis lo que importa. » Acabando el Zegrí su diabólica y mal pensada razon , todos dijeron á una que estaba bien acordado , y que se hiciese así , que todos favorecerian su intencion. Luego fueron señalados dos caballeros de los Gomeles para que el Zegrí y ellos propusiesen el caso delante del rey. Acabada de tratar esta tan insolente traicion , fueron á la ciudad , donde estuvieron con su dañado pensamiento aguardando tiempo y lugar para ponerlo en ejecucion ; y así los dejarémos á ellos , y volveremos al moro Aliatar , que estaba enojado por lo que en su casa habia sucedido , y triste por la muerte de su primo Albayaldos , y juró de vengar su muerte , y propuso de ir á buscar al maestro para matarle , si pudiese ; y para esto no quiso dilatar mas su deseo , sino luego se puso un jaco acerado sobre un estofado jubon , y una marlota leonada sin guarnicion , y púsose un acerado casco , sobre él un bonete leonado , y en él un penacho negro. Trajéronle un caballo enjaezado de negro , lanza y adarga negra , sin otra señal ni divisa ; salió tan gallardo y brioso , que pocos le igualaron en la ciudad , y llegando á la plaza nueva , vino bajando el camino de Antequera para buscar al maestro , ó á otros cristianos en quien vengar la muerte de su primo Albayaldos. Habiendo pasado de Loja , vió un escuadron de cristianos , que venia para entrar en la vega , los cuales traian un pendon blanco y una señal roja , la cual era la cruz de Santiago , y por capitan de esta gente venia el maestro de Calatrava , que ya estaba sano de sus heridas por haberlas curado con precioso bálsamo. Aliatar conoció ser aquesta señal del maestro , porque él le habia visto muchas veces en la vega ; y arrimándose al escuadron , dijo en voz alta : « Por ventura viene aquí el maestro de Calatrava ? » El maestro , que esto oyó , se adelantó de su gente , y le dijo al moro : « Para qué preguntas por él ? » — « Quería hablarle , dijo el moro. » — « Si no es para mas , yo soy , decid lo que quereis. » Aliatar , mirando al maestro , le conoció luego en la cruz , y arrimándose á él sin ningun temor y sin saludarle , le dijo : « Maestro esforzado , con razon os podeis llamar el caballero mas dichoso del mundo , pues habeis alcanzado victoria de tantos y tan buenos caballeros , y mas con la que alcanzásteis de mi primo Albayaldos , gloria y espejo de todos los caballeros de Granada , que es tanto el sentimiento mio , que muero en pensarlo. Mi venida es en busca vuestra para vengar la muerte de mi primo , acudiendo á la obligacion que tengo ; y pues os he topado , holgaré cumplais mi deseo ; y

si muriere en la escaramuza, partiré consolado, por morir á manos de tan principal caballero, y por hacer compañía á mi amado primo.» A lo cual respondió el maestro: «Holgárame, Aliatar, que ya que me habeis topado habiéndome buscado, que fuera para cosa que yo os pudiera servir, que juro como caballero, que en mí tendreis eterna amistad, y me holgaria que no hiciésemos escaramuza, porque vuestro primo hizo el deber como caballero; quiso Dios llevárselo al cielo, porque al tiempo de su muerte le conoció, y pidió el agua del bautismo, y se volvió cristiano: ; Dichoso él, pues goza de Dios! Por eso no querria que tuviésemos escaramuza sin haber para qué, sino ved si os puedo servir en algo, que lo haré por vos.» — «En mucho estimo la merced que me haceis, señor maestro, respondió Aliatar: por ahora no se me ofrece cosa en que me la hagais, sino que me clama la sangre de mi primo Albayaldos, y querria que no dilatásemos la escaramuza; asimismo quisiera me asegureis que de los vuestros no seré ofendido, sino que solo con vos he de lidiar.» — «Mucho me holgara, dijo el maestro, que no pasárais adelante con vuestro intento; pero pues esta es vuestra voluntad, hágase lo que quereis. En lo que pedís, que no seais ofendido de los míos, yo os doy seguro de ello.» Diciendo esto, alzó las manos á su gente, haciendo señal que se retirasen de allí, y esta era bastante señal de seguro. La gente luego se retiró; lo cual visto por el moro, dijo al maestro: «Ea, caballero, ya es tiempo de comenzar nuestra escaramuza;» y diciendo esto, movió su caballo á media rienda, escaramuceando con gracia. El maestro, hecha la señal de la cruz, alzó los ojos al cielo diciendo: «Por vuestra santísima pasion, Señor mio Jesucristo, que me deis victoria contra este pagano;» y diciendo esto, con bravo ánimo arremetió su caballo por el campo, escaramuceando contra el moro; y aunque no estaba sano de las heridas que le dió Albayaldos, y le impedían para pelear, su gallardo ánimo suplía los defectos de sus heridas, y notando la braveza de Aliatar, su denuedo y ligereza de escaramucear, dijo entre sí: «Conviene andar cuidadoso porque este moro no alcance victoria, lo cual no permita Dios;» y diciendo esto sosegó su caballo, viniéndose despacio, y los ojos puestos siempre en su enemigo para ver lo que haria. El moro, que vió andar así al maestro, no sabiendo la causa, se le fué acercando para hacerle algun daño; y estando cerca de él, confiado en el valor de su brazo, enderezó para dar el golpe, entendiendo que el maestro no estaria en el caso advertido; y levantándose sobre los estribos, le arrojó la lanza con tanto ímpetu, que el hierro y banderilla iban rechinando por el aire. El maestro, que vió desembrazar la lanza con tan gran violencia, y que el asta venia crugiendo por el aire, con gran presteza arremetió su caballo y se apartó hácia un lado, hurtándole el cuerpo, de modo que pasó por delante, y se clavó en la tierra sin hacer efecto. Habiéndose el maestro apartado con tal presteza, y cual halcon suele asaltar á los astutos gorriones, arremetió al moro para herirle; el cual no osó aguardar, porque le vió venir con violencia, y revolviendo el caballo fué adonde estaba clavada la lanza; y llegando tiró de ella y la sacó del suelo con una presteza admirable; y revolviendo

para herir al maestro, le vió tan cerca de sí, que le venia á los alcances, que no se pudo hacer otra cosa sino embestirse el uno al otro, y diéronse dos grandes encuentros. El moro dió á su contrario en el escudo y se lo falseó, y le hirió en el pecho de una mala herida. El golpe que el maestro dió fué muy bravo, porque rompió la adarga del moro, aunque era muy fuerte, y el jaco acerado, y le hizo una mala herida por la cual salia mucha sangre. Bien sintió el moro que estaba mal herido, pero no por eso mostró punto de desmayo, antes con mas ánimo arremetió al maestro, blandiendo la lanza como si fuera un junco. El maestro usó de maña con él, que al tiempo que se hubieron de encontrar los dos, ladeó un poco su caballo, de suerte que le dió Aliatar en la adarga al soslayo, y aunque la rompió no entró el hierro en la carne. El maestro le dió de través en lo descubierto, y le hizo una mala herida. El moro, encendido en ira rabiosa, casi desesperado, arremetió al maestro para herirle, pero guardábase de los golpes con gran ligereza. Y visto por el moro la grande destreza del maestro, maravillado detuvo su caballo y le dijo: « Cristiano caballero, si quereis, y es vuestro gusto, fenezcamos nuestra escaramuza á pié, pues ha gran tiempo que combatimos á caballo.» El maestro dijo que le placia, y se alegró, porque era grande la destreza que tenia á pié; y así se apearon los dos fuertes guerreros, y abrazando sus escudos, con las armas en las manos se acometieron con tanta fortaleza, como dos bravos leones; pero poco le valió al moro su braveza, que tenia poderoso enemigo. Heríanse por todas partes, procurando cada uno dar la muerte á su contrario, y así andaban los dos muy encarnizados: llevaba el moro lo peor, aunque no lo sentia, porque de dos heridas destilaba mucha sangre, y tanta, que donde Aliatar ponía los piés quedaba rastro; mas como era el moro valiente, y de tan animoso corazon, no lo sentia, y así se mantenía en su escaramuza. A esta sazón tiró el maestro un revés á su enemigo, y le cortó la adarga como si fuera de seda; lo cual visto por el moro lo sintió, y muy sañudo dió un golpe al maestro por encima de su escudo, que parte de él vino al suelo; y como el maestro lo alzó por defender la cabeza, la punta de alfange alcanzó con tal valor, que el acerado casco del maestro fué roto, y quedó herido en la cabeza: la herida no fué grande, respecto que el alfange le tocó por los extremos, pero salíale tanta sangre que le bañaba los ojos, de modo que le turbaba; y si á la sazón el moro no anduviera tan debilitado por la falta de sangre, el maestro corria peligro, porque como el moro vió tanta sangre por el rostro del maestro, cobró ánimo, y comenzó á herirle bravamente; mas como estaba desangrado, no pudo acometer al maestro como quisiera ni mostrar su valor: con todo eso ponía en aprieto al maestro, el cual, como se vió tan perseguido del moro, y que tanta sangre le salía de la herida de la cabeza, de todo punto enojado, poniendo la vida en mucho riesgo, cubierto lo mejor que pudo con la parte de escudo que le quedaba, acometió á Aliatar, llevando su espada de punta. El moro, que le vió venir, no le rehusó, que tambien le embistió, pensando con aquel golpe fenecer la escaramuza. El maestro le hirió de punta al moro con gran furia, de suerte que la

espada entró hasta lo mas escondido de sus entrañas; mas no pudo hacer tan á su salvo el maestre esta herida, que él no quedase mal herido de otra en la cabeza; de tal suerte, que aturdido vino al suelo, derramando mucha sangre. El moro, que vió al maestre en tierra y cubierto de sangre, entendió que era muerto, y fué para cortarle la cabeza; pero cuando se movió para ello, cayó en tierra muerto, á causa de haberle pasado las entrañas. A esta sazón el maestre volvió en sí, y viéndose puesto en tal estado, receloso que el moro viniese sobre él, con presteza se levantó, y mirando á Aliatar le vió tendido en el suelo que no se movía: entonces se hincó de rodillas, y dió muchas gracias á Dios por la victoria, y levantándose se fué al moro y le cortó la cabeza y la arrojó en el campo; luego tocó la corneta, y al sonido vino su gente, y vista la victoria se holgaron; y como le hallaron tan mal herido, les pesó mucho, y cogiendo los caballos le dieron el suyo al maestre, y el del moro cogieron de la rienda, y la cabeza de Aliatar puesta en el pretal, despojado el cuerpo de ropas y armas, se fueron para curar al maestre, el cual quedó de esta escaramuza con mucha honra; y por ella se hizo aquel antiguo romance que dice así:

De Granada sale el moro
Que Aliatar era llamado,
Primo hermano del valiente
Y esforzado Albayaldos,

Aquel que mató el maestre
En el campo peleando.
Sale á caballo este moro
De finas armas armado,

Sobre ellas una marlota
De damasco leonado;
Leonado era el bonete,
Negro el plumage azulado.

La lanza también es negra,
Adarga negra ha tomado;
También el caballo es negro,
De valor muy estimado.

No es potró de pocos dias,
De diez años ha pasado;
Tres cristianos se lo cuidan,
Y él mismo les da recado.

Sobre tal caballo el moro
Se sale muy enojado;
Llegando á la plaza nueva,
Hácia Darro no ha mirado,
Aunque pasó por la puerta,
Segun va encolerizado;
Sale por la puerta Elvira
Y por la vega se ha entrado.

Camino vá de Antequera
En Albayaldos pensando,
Topar desea al maestre
Para vengarse á su salvo;

Y en llegando junto á Loja
Un escuadron ha encontrado;

Todo es de lucida gente,
Por señas un pendon blanco,
En medio una cruz roja
Del Apóstol Santiago.

Llegándose al escuadron
Sin temor ha preguntado,

« Si venia allí el maestre
Que don Rodrigo es llamado.»

El maestre allí venia,
De su gente se ha apartado,

Y dijo: « ¿Qué buscas, moro?
Yo soy el que has demandado.»

Conócele luego el moro
Por la cruz que trae al lado,

Y también en el escudo
Que lo tiene acostumbrado:

« Dios te guarde, buen maestre,
Buen caballero estimado:

Sabrás que soy Aliatar,
De Albayaldos primo hermano,

A quien tú diste la muerte,
Y le volviste cristiano;

Y ahora soy yo venido
Solamente por vengarlo:

Apercíbete á batalla,
Que aquí te aguardo en el campo.

El maestre, que esto oyó,
No quiso mas dilatarlo:

Váse el uno para el otro,
Muy grande esfuerzo mostrando.

Dábanse grandes heridas
Réciamente peleando:

El maestre es valeroso,
El moro no le ha durado.

Finalmente le mató
 Como varon esforzado;
 Cortárale la cabeza,
 Y en el pretal la ha colgado.

Volvióse para su gente
 Muy malamente llagado,
 Y su gente le llevó
 Donde fué muy bien curado.

A cuatro dias que pasó esta escaramuza, se supo en Granada como Aliatar murió á manos del maestro, lo cual sintió mucho el rey, viendo que en tan poco tiempo le habia muerto dos tan buenos caballeros, como eran Aliatar y Albayaldos. Tambien lo sentian todos los caballeros, y la alegría de los dias pasados se volvió en tristeza y pesar por la muerte de estos dos tan principales; lo cual visto por el rey, acordó con su consejo que se volviesen á alegrar, y ordenóse que todos los caballeros que jugaron en la sortija pasada se casasen con las damas; que se hiciese sarao público, y se cantase y danzase la zambra, que es fiesta entre moros muy estimada, y que se corriesen toros, y hubiese juego de cañas, y para esto dió el rey órden al valeroso y valiente Muza, el cual se encargó de hacer las cuadrillas del juego, y de hacer traer los toros. Grande contento sintieron los caballeros mancebos que tenian damas; y así toda la ciudad tuvo tanta alegría como de antes, y aun mas, porque luego los caballeros comenzaron á ordenar juegos y máscaras de noche por las calles, mandando poner grandes hogueras y luminarias por toda la ciudad, de suerte que la noche parecia dia. Será bueno decir quiénes fueron los caballeros y damas que se casaron. El fuerte Sarracino con la linda Galiana; Abiudarraz con la hermosa Jarifa; Abenamar con Fátima; Malique Alabéz con la linda Cobaida, que ya le habian traído de Arbolote, y estaba de todo punto sano de sus penetrantes heridas; Azarque con Arbolaya; un caballero Almoradí con la bella Sarracina; un caballero Abencerrage con Zelima: todos estos caballeros y damas nombradas fueron casados en la misma sala real, en la cual hubo dos meses de fiesta y zambra. Como los caballeros y damas ya nombradas era toda gente principal, y la flor de la ciudad de Granada, se hicieron grandísimos gastos, así en comidas, como en ricas ropas, oros y sedas; de manera que la ciudad estaba en esta sazón la mas rica y opulenta, y mas alegre y regocijada que habia estado en ningun tiempo. Fuera gran bien para los moradores de la ciudad y para todo el reino, que siempre estuvieran en tranquilidad y concordia; pero como la rueda de la fortuna es mudable, presto volvió lo de arriba á bajo, y dió con todo en el suelo, convirtiendo tantos placeres y regocijos en tristes llantos, como adelante diremos. Muza, como hombre á quien habian hecho cargo de las fiestas, presto concertó las cuadrillas del juego, tomándose el un puesto con treinta caballeros Abencerrages, y dando el otro puesto á un caballero Zegrí, hermano de Fátima, mancebo de valor; y este señaló otros treinta Zegríes, deudos suyos, para el juego, el cual habia de ser en la plaza de Vivarrambla, donde se habian de correr los toros; y traídos un dia señalado, los corrieron con mucha alegría de toda la ciudad, en presencia del rey y la reina, y de toda la corte. Congregáronse de la ciudad y forasteros mucha gente á la fama de las fiestas reales. Ya se habian corrido cuatro toros

muy bravos, y el quinto estaba en la plaza, cuando entró por ella un caballero en un lucido caballo; la marlota y capellar eran verdes, como quien vivia con esperanza, las plumas verdes con argentería de oro. Con él salieron seis con la misma divisa de su librea, y cada uno con un rejon negro en la mano, y unas listas de plata. Grande contento dió el caballero á todos los que estaban mirando las fiestas, y mas á la hermosa Lindaraja, porque luego conoció á Gazul, que ya estaba sano de las heridas que le dió Reduan en la escaramuza que tuvieron los dos. Reduan no quiso estar en las fiestas aquel dia, por los desdenes que le hacia Lindaraja; y por no verla, y por no traer á la memoria sus penas, se salió aquel dia armado, por si encontraba algun cristiano con quien pelear. Pues como Gazul entró tan gallardo, y vió que todo el vulgo le miraba, se puso en medio de la plaza, y aguardó que el toro viniese por aquella parte; el cual no tardó mucho, que habiendo muerto cinco hombres, y atropellado mas de cincuenta, llegó, y así como vió el caballo, arremetió para herirle. Gazul le aguardó, y al tiempo que el toro quiso dar su golpe, le clavó un rejonazo tan cruel por medio de los hombros, que contra su gusto cayó en tierra, y no hirió al caballo. Sentia tanto dolor el lastimado toro, que puestos los piés y manos hácia arriba, se revolcaba en su sangre, dando unos bramidos espantables. Admirado quedó el rey y toda la corte de ver la venturosa suerte de Gazul, y qué brevemente habia quitado la fuerza y brio á un animal tan feroz. Con mucho contento estaba Gazul, lidiando los toros que se corrian, aguardándolos hasta llegar muy cerca, y despues los lastimaba con el rejon de tal suerte, que no volvian mas á él; y porque aquel dia lo hizo tan bien el invencible Gazul, se dijo este

ROMANCE.

Estando toda la corte
De Abdalí, rey de Granada,
Haciendo una rica fiesta,
Habiendo hecho la zambra,
Por respeto de unas bodas
De gran nombradía y fama,
Por las cuales corren toros
En la plaza Vivarrambla.
Estando corriendo un toro,
Que su braveza espantaba,
Se presentó un caballero
Sobre un caballo en la plaza,
Con una marlota verde,
De damasco bandeada,
Y el capellar de lo mismo,
Muestra color de esperanza.
Plumas verdes, y el bonete
Parece de una esmeralda;
Seis criados van con él,
Que le sirven y acompañan,
Vestidos tambien de verde,
Porque su señor lo manda,
Como aquel que en sus amores
Esperanza lleva larga.

Un rejon fuerte y agudo
Cada criado llevaba:
De color negro eran todos,
Y bandeados de plata.
Conocen al caballero
Por su presencia bizarra,
Que era el muy fuerte Gazul,
Caballero de gran fama,
El cual con gentil donaire
Se puso en medio la plaza
Con un rejon en la mano,
Que al gran Marte semejaba.
Y con ánimo invencible
Al fuerte toro aguardaba.
El toro cuando le vió,
Al cielo tierra arrojaba
Con las manos y los piés,
Cosa que gran temor daba;
Y despues con gran furor
Hácia el caballo arrancaba
Por herirle con sus cuernos,
Que como alesnas llevaba;
Mas el valiente Gazul
Su caballo bien guardaba,

Porque con el rejon duro
 Con presteza no pensada
 Al bravo toro hiriera
 Por entre espalda y espalda :
 El toro muy mal herido
 Con sangre la tierra baña ,
 Quedando en ella tendido ,
 Su braveza aniquilada.
 La corte toda se admira

En ver aquella hazaña ,
 Y dicen que el caballero
 Es de fuerza aventajada ;
 El cual , corridos los toros ,
 El Coso desembaraza ,
 Haciendo medida al rey ,
 Y á Lindaraja su dama ;
 Lo mismo hizo á la reina ,
 Y á las damas que allí estaban.

Volviendo al propósito, el fuerte Gazul corrió los demas toros que quedaban, en compañía de otros caballeros que los corrian; y no quedando ya ningun toro, hecho el acatamiento debido al rey y á la reina, y á las damas, y en particular á Lindaraja, se salió de la plaza, quedando todos muy contentos en haber visto su hazaña. Luego se tornó á montar para que entrase el juego de cañas. Los caballeros del juego se fueron á aderezar, y no tardó mucho que al son de militares trompetas entró el valeroso Muza con su cuadrilla, con tanta bizarría, gala y gentileza, que no habia mas que ver. Toda la librea era blanca y azul con griones y bandas pajizas, plumas encarnadas y blancas, con mucha argentería de oro; por divisa en las adargas un salvaje, que con un baston deshacia un mundo. Esta divisa era de los bravos Abencerrages muy usada, con una letra á los piés del salvaje, que decia así :

Abencerrages levanten
 Hoy sus plumas hasta el cielo,
 Pues las famas en el suelo
 Con la fortuna combaten.

De esta forma entró el granadino Muza muy gallardo y bizarro con toda su cuadrilla, que eran treinta Abencerrages, todos caballeros de mucho valor. En entrando hicieron todos un concertado caracol, escaramuceando unos con otros, y al cabo se pusieron cada uno en su puesto. Luego el bando de los Zegríes entró muy gallardo, y no menos vistoso que los Abencerrages : su librea era verde y morada, cuarteada de color de hojaldre muy vistosa. Venian en yeguas bayas muy ligeras : los pendones de las lanzas eran verdes y morados; y si los Abencerrages hicieron buena entrada y caracol vistoso, no la hicieron menos los bravos Zegríes. Traían por divisa en las adargas unos alfanges sangrientos con una letra que decia así :

Alá no quiere que al cielo
 Hoy suba ninguna pluma,
 Sino que se hunda y suma
 Con el acero en el suelo.

Habiendo hecho su caracol muy gallardamente, tomaron su puesto, y al punto los dos bandos se apercibieron de cañas para el juego. El rey, que ya tenia vistas las letras y divisas de los caballeros, entendió por ellas el rencor que tenian; y porque no resultase algun escándalo en tiempo de tantos regocijos y fiestas, luego se quitó de los miradores, y

acompañado de todos los grandes de su corte bajó á la plaza antes que se comenzasen las cañas, que no fué poco importante su asistencia. Puesto á un lado mandó que jugasen, y al son de los añafles y chirimías se comenzaron á jugar las cañas, hechas cuatro cuadrillas. Las cañas se jugaron sin haber desconcierto alguno, aunque lo hubiera muy grande, si el rey no descendiera á la plaza, porque los Zegríes venian de mano armada contra los Abencerrages, los cuales, escarmentados de la pasada, estaban apercebidos para lo que se ofreciera; pero con la presencia del rey que estaba con ellos, no ejecutaron su intento los Zegríes. Habiendo visto los moros de los bandos contrarios al rey, estuvieron con mucha concordia, y se acabaron las fiestas de aquel dia sin pesadumbre y con mucho gusto, que no fué pequeño misterio. Y por estas fiestas de toros y juego de cañas se hizo el siguiente

ROMANCE.

Con mas de treinta en cuadrilla,
 Hijosdalgo Abencerrages,
 Sale el valeroso Muza
 A Vivarrambla una tarde;
 Por mandado de su rey
 A jugar cañas se sale,
 De blanco, azul y pajizo,
 Con encarnados plumages;
 Y para que se conozcan
 En cada adarga un salvage,
 Acostumbrada divisa
 De moros Abencerrages,
 Con un letrero que dice:
 Abencerrages levanten
 Hoy sus plumas hasta el cielo;
 Pues de ellas visten las aves.
 Y en otra cuadrilla vienen
 Atravesando una calle
 Los valerosos Zegríes,
 Con libreas muy galanes.

Todos de morado y verde,
 Marlotas y capellares,
 En mil jaqueles gualdados
 De plata los acicates.
 Sobre yeguas bayas todos,
 Hermosas, ricas, pujantes;
 Por divisa en las adargas
 Unos sangrientos alfanges,
 Con una letra que dice:
 No quiere Alá se levanten,
 Sino que caigan en tierra
 Con el acero pujante.
 Apercíbense de cañas,
 El juego va muy pujante;
 Mas por industria del rey
 No se revuelven, ni salen,
 Porque los Zegríes tienen
 Contra los Abencerrages
 Un concierto de traidores,
 Y no pudieron lograrle.

Acabado el juego de las cañas, el rey y los demas caballeros principales de la corte, y la reina y las damas con sus novios se retiraron al Alhambra, donde el rey los regaló grandemente en la cena, porque estaba muy contento de que no habia sucedido ninguna desgracia. Hubo sarao real, y los desposados danzaron con las desposadas, y el rey con la reina, Muza con Celima, con mucho contento de ambos; Gazul danzó con Lindaraja. Tanto danzaron y bailaron aquella noche, que era ya casi de dia cuando se fueron á dormir los desposados. La hermosa Galiana, gozosa de verse en aquel punto con su Sarracino, á quien con tan escesivo amor amaba, despues de haberle dicho muchas amorosas razones, le dijo: «Dime, querido señor mio, ¿qué fué la causa que el dia de San Juan habiendo corrido con Abenamar las tres lanzas en el juego de la sortija, luego saliste de la plaza, y no pareciste mas en aquellos cuatro ó seis dias? ¿Fué porque perdiste la joya, ó porqué? Que te prometo que lo deseó sa-

ber. » — « Querida esposa y señora mia , la causa fué porque perdí tu retrato bello y la rica manga labrada de tu mano , y por la vergüenza que me ocupaba de parecer en tu presencia , y por saber que Abenamar ordenó aquel juego por vengarse de los dos : de tí , porque le desdeñaste ; y de mí , porque una noche le herí debajo de tu balcon estándote dando una música , que bien creo que tendrás noticia de ello ; y viendo que fortuna le favoreció tan á medida de su deseo , y que á mí me habia sido contraria , me dió tan gran tristeza y desesperacion , que enfermé de melancolía y maldecí mi poca ventura ; renegué del falso Mahoma , y prometí y juré á fe de caballero , de ser cristiano , y lo tengo de cumplir , aunque sobre ello muera , porque tengo por mejor la fe de los cristianos , que no la burlaría de la secta de Mahoma ; y si tú me quieres bien , como dices , has de ser cristiana , que yo sé que el rey don Fernando nos hará grandes mercedes por ello. » Con esto cesó , aguardando la respuesta que le daria Galiana , la cual luego le respondió : « Señor y esposo , no puedo yo huir en ninguna manera de tu voluntad ; antes seguiréla en todo y por todo ; tú eres mi señor y marido , á quien yo dí y entregué mi corazon ; y así digo , que no iré contra tu gusto en cosa ni en parte ; y mas , que yo sé que la fe de los cristianos es mucho mejor que el Alcoran , y así prometo de ser cristiana. » — « Acrecentádome habeis las mercedes de todo punto , dijo Sarra- cino , y no esperaba menos de tan leal y firme pecho. » Y diciendo esto la abrazó entre mil ternezas , y así pasaron toda aquella noche. Venida la mañana , los grandes de la corte se juntaron y ordenaron que Abenamar , pues era tan buen caballero , se casase con Fátima , ya que en su servicio habia hecho tan grandes cosas. Los Zegríes no quisieron que aquel casamiento se hiciese , por cuanto Abenamar tenia amistad con los Abencer- rages ; las cuales contradicciones no aprovecharon , porque el rey gustó de que se casaran , y todos los caballeros fueron en que se efectuase. Hecho el casamiento , las fiestas se aumentaron , haciendo cada dia zambra y muchas danzas y juegos ; de modo que no habia otra cosa en la corte sino galas , invenciones , máscaras y regocijos ; y los dejaremos en ellas por contar lo que le sucedió á Reduan en la vega , yendo desesperado por verse aborrecido de Lindaraja que amaba á Gazul. Pues es de saber que como salió de la ciudad se fué por el rio Genil abajo , y llegó al Soto de Roma , que es un soto muy agradable , de mucha espesura de árboles ; y hoy dia quien no tiene muy andadas las veredas se pierde en él : hay dentro infinidad de caza volátil y terrestre , y estará de Granada el principio del soto legua y media , teniendo de ancho y largo mas de cuatro leguas. Allí vió una escaramuza muy reñida entre cuatro moros y cuatro cristia- nos , por causa de que les querian quitar una mora muy hermosa , y la defendian , aunque con pérdida y trabajo , por ser los cristianos de mucho valor. La mora miraba su escaramuza derramando abundancia de lágrimas. Reduan espoleó su caballo para favorecer á los moros ; pero por priesa que se dió ya habian muerto á los dos , y los otros andaban á mal traer ; y temerosos de la muerte desampararon á la dama , y volvieron las espaldas á todo correr de sus yeguas. A esta sazón llegó Reduan , y mirando á la hermosa mora la vió vertiendo perlas por los ojos , y que acre-

centaba mas su triste llanto viendo muertos dos de sus guardadores, y que los otros dos se habian ido huyendo. Movido de compasion el valiente Reduan, por librarla del poder de los cristianos, y sin hablarles palabra, los acometió, y del primer encuentro hirió al uno muy mal en un descubierto de la adarga, de modo que vino á tierra; y revolviendo su caballo con gran ligereza y velocidad, se apartó de los tres cristianos escaramuceando un gran trecho, y luego tornando como un pensamiento sobre ellos, de un encuentro derribó á otro caballero del caballo, mal herido. Los dos cristianos que quedaban embistieron á Reduan, y el uno de ellos le dió una gran lanzada, de suerte que quedó herido de una mala herida; el otro caballero, aunque le entró, no le hirió y rompió su lanza. Reduan, viéndose herido, se apartó de ellos, y con muy bravo ánimo les volvió á embestir, de suerte que derribó del caballo al que estaba sin lanza. El cristiano que estaba solo hirió á Reduan segunda vez, y él encolerizado acometió al cristiano para herirle, mas no se atrevió á esperarle por verse solo, pues los compañeros estaban en el suelo mal heridos, y los caballos andaban sueltos por el campo. Los dos moros que habian ido huyendo se detuvieron por ver el fin de la batalla; y visto cuán en breve habia desbaratado aquel moro á los cuatro cristianos, volvieron espantados adonde habian dejado á la mora, la cual estaba admirada del valor del moro.

Reduan esta bahablando con ella, maravillado de su hermosura, que le parecia ser mayor que la de Lindaraja y la de todas las damas de Granada; y así era verdad, que era la mas hermosa de todo el reino. Estaba Reduan tan rendido á la mora, que no se acordaba de Lindaraja, y solo se ocupaba en mirarla, y la preguntó quién era. En esto llegaron los dos moros, y dándole las gracias del socorro le dijeron así: « Señor caballero, Mahoma os trajo aquí á tal tiempo, que si vos no viniérais, nosotros del todo fuéramos perdidos y muertos á manos de aquellos caballeros cristianos; y lo que mas nos pesara es perder esta dama que traemos á nuestro cargo, y porque parece que estais herido, segun demuestra esa sangre, vamos la vuelta de Granada, y en el camino diremos lo que habeis preguntado; y mirad si de estos caballeros cristianos se ha de hacer alguna cosa. »—« No, dijo Reduan, básteles estar heridos; cogedles los caballos, dádselos, y váyanse. » De esto se maravillaron los moros, y cogieron los caballos y se los dieron á los cristianos, y ellos tomaron la via de Granada. Yendo Reduan junto á la hermosa mora, la cual no menos pagada iba de Reduan que él iba de ella, el uno de los dos moros comenzó á hablar de esta manera: « Habeis de saber, señor caballero, que éramos cuatro hermanos y una hermana, que es la que presente veis: de los cuatro, por nuestra desdicha, ya habeis visto como quedan allí los dos muertos á manos de los cristianos, y aun habemos sido para tan poco los dos que quedamos, que aun no les dimos sepultura; pero querrá el santo Alá que hallemos algunos villanos que pagándoselo quieran dársela. Nuestro padre es alcaide de la fuerza de Ronda; y como supimos que en Granada se hacian tan grandes fiestas, pedimos á nuestro padre, Zaide Hamete, licencia para venir á verlas. Pluguiera al santo Alá que no hubiéramos venido, que nos ha costado dos hermanos,

y afrentosamente huimos y dejamos en tan notable peligro á nuestra hermana Haja, si vos, señor, no lo remediárades. Esta es, señor caballero, nuestra lastimosa y verdadera historia; y pues ya, señor, habeis sabido nuestro viage, y tambien quién somos, recibiremos merced, si sois servido, que nos digais de dónde sois y cómo os llamais, para que sepamos á quién somos tan obligados.» Reduan les respondió: «Holgado me he, caballeros, de saber quién sois; bien conozco á vuestro padre, y conocí á vuestro abuelo Almadan, á quien mató don Pedro Sotomayor. Pésame de no haber venido antes, que yo sé que no hubieran muerto vuestros hermanos, y huélgome mucho de haberos servido en algo, y lo haré cada y cuando que se ofrezca; y por si os quereis servir de mí, y daros gusto, os diré quién soy: llámanme Reduan, y soy de Granada; vamos allá á mi casa, y será vuestra, donde os haré regalar y servir conforme mereceis.» — «Gran merced, señor Reduan, respondieron ellos, por el ofrecimiento que nos haceis; deudos tenemos en Granada donde podemos ir á posar, cuanto mas que por la desgracia sucedida nos detendremos muy poco en la ciudad, especialmente siendo ya pasadas las fiestas.» En esto iban hablando los dos hermanos de Haja, y Reduan, cuando vieron venir dos leñadores que con sus bagages iban por leña al dicho soto, y en llegando á ellos dijeron los dos hermanos á Reduan: «A buen tiempo han venido estos villanos, que podria ser quisiesen dar sepultura á nuestros hermanos, pagándoselo.» — «Yo se lo rogaré, dijo Reduan, y habló á los villanos diciendo: Hermanos, por amor del santo Ala, que deis sepultura á dos caballeros que están allí bajo muertos, que os será bien pagado.» Los villanos dijeron, que de buena gana lo harian, sin interés alguno. Los hermanos suplicaron á Reduan esperáse allí en compañía de su hermana, en tanto que iban á ayudar á enterrar los muertos, que seguros iban, quedando ella con él, y á traer los caballos, siquiera porque no se aprovechasen de ellos los cristianos. «Mucho me holgara de acompañaros, dijo Reduan; pero pues es vuestro gusto que yo quede con vuestra hermana, soy contento.» Los moros se lo agradecieron mucho, y se fueron con los villanos para dar sepultura á sus hermanos, y cobrar los caballos perdidos. El valiente Reduan, ardiendo en llamas de amor por la hermosa Haja, y viendo la oportuna ocasion por estar solos, la dijo de esta suerte: «O fué ventura, ó desdicha mia haberos hallado en esta parte; en un punto ví muerte, vida, cielo, suelo, tempestad, bonanza, paz y guerra; y lo que mas siento, es no saber el fin de una tan estraña aventura, como es la que la fortuna me ha ofrecido: de suerte estoy suspenso, Haja hermosa y bella, que no estoy en mí, sino en tí. No sé donde vaya sino á tí; temo declarar mi mal, muero si no lo declaro, ardo en vivas llamas, estoy mas helado que los Alpes de Alemania. No sé si hable, ó calle, oh bellissima señora: por mejor medio elijo declararte lo que mi alma siente, para que des vida á quien le va faltando, pues tú eres la verdadera medicina, y salutifera á mi enfermedad. Sabrás, vida de esta mia, que en la dichosa hora que ví tus soles llorosos por la escaramuza de que tú eras la causa, luego comencé á pelear con cinco contrarios, cuatro los cristianos, y otro tú; vencilos, y te libré; y tú me venciste y cautivaste:

¿ con qué armas peleaste , que tan presto me venciste ? Pero ¿ para qué lo pregunto , pues eres semejanza y cifra de la hermosura , dotada en discrecion , bravo donaire , brio y gentileza ? Estas son las armas con que peleaste conmigo . No hallaste en mí resistencia , porque de mis potencias estabas apoderada : tu siervo soy , y tú mi señora y mi bien . Adórote , no me aborrezcas ; estímate , no me menosprecies , no seas ingrata á mi pecho fiel , amoroso y verdadero : corresponde á mi casto amor , pues te admito por mi esposa , y dame respuesta piadosa . » Y diciendo esto enmudeció . Haja le respondió , diciendo : « Noble , brioso y esforzado caballero , aunque sin esperiencia de causas de amor , por ser doncella de catorce años , recogida y noble , que presto sabrás quien soy , luego reconocí ser tu accidente de amorosas llamas , y á lo que me has dicho , digo que sea así por no contradecirte ; pero bien sé que los hombres , por conseguir su lascivo deseo , dicen mil lisonjas vanas , y otras cosas ó cuitas en daño de las tristes mugeres , que de ligero se creen . Quiero resolverme y responder , porque veo venir á mis hermanos , que si tú me amas , soy tu rendida ; si con facilidad me quisiste , con fuerza te adoro ; si te parezco bien , me parece que no hay otro en la tierra como tú . Y si , como dices , me quieres por esposa , pide á mis hermanos que alcancen el sí de mi padre , que el mio en tu boca está ; y te prometo que será tan imposible faltar esta ferviente fe que tengo , como pedir á la nieve que caliente , al sol que resfrie y que no alumbre , y como ver en el suelo el firmamento estrellado . Tanto es lo que te quiero , moro , que en mi alma moras ; y porque llegán mis hermanos , mudemos plática , no apartándome de tu pensamiento , como yo no te aparto del mio ; y cuando caminemos , como que no me has dicho nada , puedes tratar con mis hermanos el casamiento : y de no querer mi padre , ni mis hermanos que me case contigo , que no me persuado á que dén tan mal pago á una obligacion tan grande como te tenemos , y mas siendo tan principal caballero , que nosotros ganamos en que tú me quieras por esposa , yo quiero , si tú me quieres ; tuya soy , pues me libraste de poder de los cristianos , que es cierto que habia de ser su cautiva . Puesto tanto mas me ha valido el trueque , dichosa suerte ha sido la mia , aunque he perdido dos hermanos , en haber venido por aquí , resultándome tanto bien de querer ser tú mi esposo ; y en señal de que seré tuya , para que estés confiado en mi palabra , toma esta sortija del dedo del corazon , y ponla en el tuyo , pues el mio tienes en él . » Y diciendo esto , sacó una sortija de oro , con una esmeralda trasparente y fina , y se la dió á Reduan , el cual la tomó con mucha alegría , y besándola mil veces la puso en su dedo , quedando el mas contento y favorecido amante del mundo . Quisiera el enamorado moro dar respuesta á su querida mora ; pero no hubo lugar , porque llegaron sus dos hermanos , bañados los rostros en lágrimas por el dolor de sus dos caros hermanos , á quien venian de enterrar y traían sus caballos del diestro . La hermosísima Haja no pudo dejar de llorar los ya difuntos hermanos . Reduan los consolaba lo que podia , diciéndoles palabras muy eficaces para ello ; y con estas y otras pláticas entraron en Granada . Era ya de noche , y dijeron los hermanos á Reduan que les diese licencia para ir á posar en casa de un deudo suyo ,

que era de los Almadenes, y vivia en la calle de Elvira. Reduan les dijo que hiciesen su gusto, y los acompañó hasta la posada; y despidiéndose de ellos se volvió á su casa. Mas al tiempo de despedirse no apartaba la vista de sus ojos el uno del otro amante, de tal manera que apartándose se consideraba sin alma Reduan, por quedársele con su señora; y Haja asimismo, por llevársela Reduan. Los caballeros y la dama fueron bien recibidos de su tio, quien recibió mucha pena por la muerte de sus dos sobrinos. A otro dia por la mañana se vistió Reduan, y fué al real palacio por besar las manos al rey, el cual en aquella hora se acababa de levantar y vestir para ir á la mezquita mayor, á ver el zalá que se hacia por un moro de su secta llamado Gidemahojo; y viendo á Reduan vestido de marlota y capellar verde, y plumas verdes, alegróse grandemente con su vista, porque habia muchos dias que no le habia visto; y le preguntó dónde habia estado y cómo le habia ido en la escaramuza con Gazul. Reduan le satisfizo, diciendo que Gazul era buen caballero, y que Muza los habia hecho amigos. Con esto el rey y los demas caballeros que le salian á acompañar, que por la mayor parte eran Zegríes y Gomeles, se fueron á la mezquita, y con muy grande aplauso se hizo el zalá y alcoranas ceremonias, y se volvieron al Alhambra; y en entrando en su palacio real hallaron á la reina y sus damas en la sala, porque era costumbre del rey Chico; y así lo tenia mandado, que en cualquier tiempo que saliese, á la vuelta habia de estar la reina y sus damas en la sala por solo su gusto, y porque se holgaba de verlas; y mas á Zelima, que la amaba en supremo grado, por lo cual él y el capitan Muza tuvieron muchas diferencias, como adelante se dirá. Entraron en palacio con todos los caballeros de su corte, y todas las damas pusieron la vista en la bizarría de Reduan, espantadas de la mudanza de librea. Lindaraja le miraba de propósito, y admirada de que no la miraba, dijo entre sí: «Disimula Reduan su pasion: bien hace, que no ofenderé á mi Gazul.» La reina dijo á Lindaraja: «Todavía tiene esperanza Reduan de gozarte.» Respondió Lindaraja: «Bien puede desistir de ese pensamiento, porque estoy muy fuera de él.» Dijo la reina: «Pues en verdad que tiene buen talle, y es galan y discreto Reduan, y que cualquiera dama se puede tener por dichosa en ser suya.» — «Así es, señora, Reduan merece mucho, y de no haber puesto mi aficion en Gazul, es sin duda que ninguno sino él fuera señor de mí.» Con esto callaron, porque no advirtiesen las otras damas en lo que hablaban. A esta sazón le dijo el rey á Reduan: «Bien te acordarás que me diste palabra de ganar á Jaen en una noche: si lo cumples, como me lo prometiste, te daré doblado el sueldo de capitan; y si no lo cumplieres, me has de servir en una frontera, privado de la vista de tu dama. Por tanto apercíbete á la empresa, que yo iré en persona á la conquista, que estoy muy sentido de estos cristianos de Jaen, porque cada dia nos corren la tierra, y talan la vega; y pues ellos me vienen á buscar tantas veces, será bien que vaya yo á buscarles una, y que de esta se concluya con todos.» Reduan le respondió con rostro alegre, diciendo: «Si algun tiempo dí palabra de darte á Jaen ganada en una noche, de nuevo lo confirмо, con que me des mil soldados de los

que yo señalaré, que yo os cumpliré lo dicho.» El rey dijo: «No digo mil soldados, sino cinco mil te daré, y aunque yo vaya, tú has de ser capitán de todos. — «Estimo mucho la honra que me haceis, dijo Reduan, y yo me holgaría de acertar á servirte como deseo. Tu Magestad señale la gente y día que hemos de partir, que desde luego estoy dispuesto y obediente á tu gusto.» — «No espero menos de tí, y no perderás el servicio que me hicieres: los caballeros que irán contigo serán Abencerages, Zegríes, Gomeles, Mazas, Venegas, Maliques y Alabeces, que bien sabes el valor de todos, y sin estos irán los demás caballeros é hidalgos, pues yo voy á la jornada.» Diciendo esto entró un portero, y dijo al rey que pedían licencia una dama y dos moros forasteros para besarle las manos. El rey dijo que entrasen. Luego entraron por la sala dos caballeros de buena gracia, marlotas y capellares, borceguíes y zapatos negros; en medio de ambos venía una dama vestida de negro, tapado el rostro con un cabo del almaizar que no descubría mas que dos luceros, y bien se echaba de ver por la hermosura de ellos, que debía de ser perfecto en todo. Maravillado el rey de sus funestos trages, les dijo: «¿Qué es lo que quereis?» Haciendo gran reverencia al rey y á la reina, y á las damas que allí estaban, propuso el moro lo siguiente: «Nuestro principal intento ha sido venir á besar tus reales manos y las de mi señora la reina, y á que conozcas estos tus siervos. Nosotros tres somos nietos de Almandan, alcaide que fué de Ronda, y ahora lo es nuestro padre; y como tuvimos noticias de las fiestas que en esta ciudad se hacían por celebrar los casamientos que tu Magestad ha hecho en ella, acordamos de venir á verlas. La fortuna no quiso que las gozásemos, y fué la causa que el día de las fiestas, en un lugar de grandes espesuras que se dice el Soto de Roma, de improviso nos asaltaron cuatro caballeros cristianos, muy valerosos, y tanto, que aunque nosotros nos defendimos por amparar esta doncella, que es hermana nuestra, pudieron tanto, que de cuatro hermanos que éramos, nos mataron los dos, y nosotros con temor de la muerte huimos, y si no fuera por el valor de este caballero que está junto á vuestra Magestad, todos nos perdiéramos (y diciendo esto, señaló con el dedo al fuerte Reduan), que venció con su valentía él solo á tres cristianos, y el otro huyó. Venimos á darle las gracias al vencedor caballero que estaba consolando á nuestra afligida hermana, y dió licencia á los vencidos cristianos para que fuesen libres, sin quitarles ningun despojo: benignidad de noble caballero nunca vista, que con quedar herido no quiso vengarse. Os certifico, señor que si todos los caballeros de vuestra corte son como Reduan, podeis conquistar el mundo, porque vimos que de tres botes de lanza derribó tres cristianos mal heridos, y el otro huyó. Acordamos de venir á besar las manos de vuestra Magestad, y á pedir licencia para ir á contar á nuestros padres esta desdicha.» Con esto no dijo mas el moro, mostrando mucha tristeza, y la misma mostró el otro hermano y la doncella. Mucha admiración causó al rey la tragedia, y la ventura de ir Reduan por aquel sitio para remediar la dama; y volviéndose á Reduan le dijo: «Grande era el amor que te tenía, y con esta hazaña le has acrisolado mas, y desde hoy te encargo la alcaidía del castillo

de Tijola, que está junto á Pulchena. » Todos los caballeros tuvieron á heróico hecho el que hizo Reduan, y le alababan mucho; lo cual lastimaba á Lindaraja, que estaba casi arrepentida por haber despreciado á Reduan. El rey les dijo á los hermanos: «Pues es vuestra voluntad de iros, id en buen hora, que licencia teneis; pero antes que os vais querria ver el rostro de esa dama por mi gusto y de la reina; decidle se quite el rebozo, porque no será bien que dejemos de gozar de su vista, que yo bien entiendo que es peregrina á lo que se infiere por los hermosos ojos que tiene. Los hermanos la dijeron que se descubriese; ella lo hizo así, y quitándose un preñero del almaizar, descubrió su rostro que no menos que el de Diana era. Así pareció á todos los de la sala real, como el sol que por la mañana sale esparciendo sus ardientes rayos: esto mismo hacia la hermosa Haja, pues los de su hermosura reverberaban en quien la miraba, y quedaban todos deslumbrados, matando con su vista á los caballeros de amor, y á las damas de envidia. A todos admiró la hermosura de la bizarra Haja, y deseaban su amistad por gozar de su hermosura. La reina, que asimismo estaba espantada de la belidad de Haja, le dijo al rey: «Sírvasse vuestra Alteza de que goze yo de esta dama.» — «Vaya en buen hora, dijo el rey, que bien sé que ha de haber mas de cuatro damas envidiosas de las que hoy os sirven.» Llamaron á Haja, y haciendo mesura al rey y á los caballeros, pasó á besar la mano á la reina, y de rodillas en el suelo se la pidió. No quiso la reina dársela, antes la levantó, y la hizo sentar junto á sí. A todas las damas causó admiracion la perfeccion con que en todo dotó naturaleza á Haja; pues aunque estaban allí Daraja, Sarracina, Galiana, Fátima, Celima, Cobaida y otras muchas damas de escelente hermosura, ninguna como la de la hermosa Haja. Reduan, que no apartaba los ojos de su adorada Haja, estaba muy receloso, y con gran temor no se le trocase, y le quebrase la palabra dada. La mora miraba de cuando en cuando á su amante Reduan, y si con lanza y adarga le habia parecido bien, mucho mejor le parecia vestido con el trage de corte, y mas tan galan como estaba; y estendiendo los ojos por todos los caballeros presentes, ninguno la pareció llegar á poder competir con su querido Reduan. Mostrábasele grave, alegre y risueña, que no fué poco contento para el moro. El rey dijo á Reduan: «Mucho me holgara de ver la escaramuza que tuvisteis con Gazul, porque sería de ver, siendo ambos tan valientes.» — «Yo soy testigo de ella, dijo Muza, porque no pudiéndolos persuadir á que no peleasen, estuve mirando la cruel y sangrienta escaramuza que entre un leon y una onza no podia ser mas violenta; y movido á compasion de que ambos no muriesen, porque no reconocí ventaja en ninguno, me puse en medio, y cesó la escaramuza, quedando los dos con igual victoria.» — «¿Qué les movió al desafio, dijo el rey? — «Son cuentos largos, contestó Muza; no hay para qué refrescar en la memoria cosas viejas, sino decir que está en la sala la causa de su enojo.» — «Ya entiendo lo que puede ser, dijo el rey: bien sé yo que Reduan no volverá á hacer escaramuza con Gazul sobre lo pasado en ninguna manera.» — «Vuestra Magestad está en lo cierto, dijo Reduan, porque estoy ya olvidado de

todo aquello; pero á la sazón perdiera mil vidas por ella, si las tuviera, lo que ahora no me pusiera á perder una.» — «Debe de haber algo nuevo, que no es posible menos, » dijo el rey. Diciendo esto, los dos caballeros, hermanos de Haja, se habian sentado junto á Mahandin Hamete, principal caballero y rico, del linage de los Zegríes, el cual, habiendo visto la hermosura de Haja, estaba tan amartelado, que no apartaba los ojos de ella; afligíale tanto la causa amorosa, que no pudiéndola resistir les dió parte á sus hermanos, diciéndoles: «Señores caballeros, ¿conocéisme?» — «No, señor, sino para serviros, respondieron ellos, que como forasteros no conocemos particularmente á los caballeros granadinos; pero estando en compañía de tan alto rey y en su real palacio, bien inferimos que debeis de ser de estirpe clara.» — «Pues sabed, caballeros, que soy Zegrí, descendiente de los reyes de Córdoba, y en Granada valgo yo tanto, que se hace larga mencion de mí y de los de mi linage, y querria, si lo tuviéseis por bien, emparentáseis conmigo, dándome por muger á vuestra hermana Haja, que me ha parecido tan bien, que me holgara ser vuestro cuñado y pariente; y á ley de moro hidalgo, que pudiera estar casado con una dama que era de lo mas principal de Granada; mas no me he querido casar hasta ahora que he visto á vuestra hermana, de la cual estoy muy pagado.» Con esto cesó el Zegrí, aguardando su bien ó su mal. Los hermanos de Haja comunicaron entre ambos si convenia ó no aquel casamiento, y al fin considerando el valor de los Zegríes, cuya fama era tan notoria, le dieron el sí, confiados en que su padre tendria por bien lo que ambos hiciesen. El Zegrí, muy alegre con el sí de los hermanos, se levantó, é hincándose de rodillas, habló de esta suerte: «Alto y poderoso rey, suplico á vuestra real magestad, que ya que se celebran casamientos, y por ellos hay fiestas, que se haga el mio para que goce de ellas, porque sabrá vuestra magestad que, vencido de los amores de la hermosa Haja, la pedí en casamiento á sus dos hermanos, los cuales, sabiendo quién soy, lo han tenido por bien, y me la han prometido por muger; por lo que suplico á vuestra magestad sea servido de que nos desposen conforme á nuestros ritos, pues se ha ofrecido esta ocasion en tan buen tiempo.» El rey, mirando á la dama y á sus dos hermanos, admirado de tan repentino acuerdo, dijo: «Que si era gusto de ellos, y la dama queria, que él era contento.» Todos se admiraron del caso, y callaron hasta ver en qué paraba; pero Reduan, ardiendo en enojo é ira, se levantó en pié y dijo: «Señor, á este casamiento que pide el Zegrí no hay lugar, porque es mi esposa desde que la libré de los cristianos, y entre los dos nos hemos dado palabra de esposos, y hay tambien prendas que son confirmacion de esto que digo: nadie como la dama puede decir lo que pasa; y no pretenda agraviarme ninguno, porque me lo pagará.» El Zegrí respondió alborotado que Haja no se podia casar sin licencia de su padre ó hermanos, y que era suya, y la defenderia hasta la muerte. Reduan, que oyó la arrogancia del Zegrí, arremetió á él para herirle con muy encendida rabia. Los Zegríes acudieron á favorecer á su pariente, y los de Reduan, Muza y los Abencerrages fueron á socorrerle. El rey, viendo el escándalo que se empezaba, mandó pena de muerte á quien mas ha-

blase en el caso, que él determinaría lo que habia de ser. Con esto se aquietaron aguardando su determinacion; y visto que ya estaban sósegados, fué al estrado de la reina, y tomó de la mano á Haja, y puesto en medio de la sala, la dijo que escogiese á Reduan ó el Zegrí, ó aquel que mas gusto le diese. La dama, viendo que no podia dejar de obedecer el precepto de su rey, se puso confusa á considerar la palabra que habian dado sus hermanos al Zegrí, y por otra parte consideraba el mucho amor que tenia á su Reduan y él á ella, y el haberla librado del cautiverio, y los coloquios amorosos que entre los dos habian pasado, y á la fe y palabra que habia dado de ser su esposa. Considerándolo todo muy bien, se fué con el rey de la mano adonde estaban los caballeros juntos, y llegados, haciendo una reverencia al rey, le dió la mano á Reduan diciendo: «Señor, este quiero por esposo.» El Zegrí quedó avergonzado de que él fuese el desechado; y no pudiendo sufrir el dolor se salió de palacio con intento de vengarse de Reduan, del cual se celebraron aquel dia las bodas, y al siguiente hubo fiestas y zambra; y estando ocupados en estas fiestas, trajeron nuevas como mucha compañía de cristianos corrian y talaban la Vega, y así fué necesario dejar las fiestas por salir á ella para pelear con los cristianos. El valeroso Muza, como capitan general, salió luego al campo acompañado de mil de á caballo y dos mil peones, y en topando el escuadron de los cristianos trabaron muy sangrienta escaramuza, en la cual murieron muchos de ambas partes; mas siendo el poder de los moros mayor, por haber tres veces mas gente que de los cristianos, quedaron vencedores, y ganaron dos banderas cristianas, y cautivaron muchos cristianos; aunque les costó cara esta victoria, porque murieron mas de seiscientos moros. En este dia hicieron los caballeros Abencerrages y Alabeces grandes cosas en armas, y si no fuera por su valor no se venciera la escaramuza. Volvió Muza victorioso á Granada, con lo cual se holgó el rey. Tambien se señaló en este dia Reduan, á quien el rey abrazó con muy grande amor, y por la victoria tornaron á hacer fiestas otros ocho dias, y por los casamientos; las cuales pasadas, determinó el rey salir á correr la tierra de los cristianos, porque lo deseaba, en particular á Jaen que era quien mas daño le hacia; y dándole el cargo de capitan general al valiente Reduan, como está tratado y atrás habemos dicho, se partió de la ciudad de Granada.

CAPITULO XIII.

En que se dá cuenta de lo que sucedió al rey Chico y á su gente yendo á entrar en Jaen, y la gran traicion que los Zegries y Gomeles levantaron á la reina mora y á los caballeros Abencerrages, y muerte de ellos.

El último y postrero dia de las fiestas, el rey comió con todos los principales caballeros de su corte, y alzando las mesas habló á todos de aquesta manera: «Bien sé, leales vasallos y amigos míos, que ya os será

odiosa la vida pasada en tantas fiestas como habemos tenido, y que á voces os llama el fiero Marte, en lo que os habeis ocupado siempre. Ahora, pues, que Mahoma nos ha dejado ver las fiestas que le han hecho en nuestra insigne ciudad, y los casamientos que se han efectuado en ella, será justo que volvamos á la milicia contra los cristianos, pues que ellos nos vienen á buscar hasta nuestros muros; y para esto ya sabeis, mis buenos amigos, que los dias pasados traje á la memoria á Reduan una palabra que me dió de ganarme á Jaen en una noche, y ahora lo confirmó de nuevo. Pidióme mil soldados, pero yo quiero que sean cinco mil, y que me la cumpla; y para esto doy á mi hermano Muza cargo de juntar la gente del número que he dicho, que son dos mil hombres de á caballo y tres mil peones, y que sean todos espertos en armas, y que Reduan vaya por general, y demos vista á Jaen, de quien tan grandes daños hemos recibido y cada dia recibimos; y si ganásemos la ciudad de Jaen, no están seguras Ubeda, Baeza ni su redondez; y para esto quiero que me digais vuestro parecer.» Con esto cesó el rey, aguardando respuesta de sus varones. Reduan se levantó y dijo que él cumpliría su palabra. Muza dijo que él daría en tres dias puesta su gente en la Vega. Todos los demas caballeros que allí estaban dijeron que hasta la muerte le servirían con sus personas y hacienda. El rey agradeció mucho á todos su ofrecimiento. Los hermanos de Haja, con licencia de su rey, se fueron á Ronda, donde fueron muy bien recibidos de sus padres, contentos con el casamiento de su hija con Reduan, y por otra parte con mucho pesar y tristeza por la muerte de sus dos hijos. En este tiempo mandó el rey á Zulema Abencerrage que fuese á ser alcaide de la fuerza de Moelin, el cual se fué luego con su esposa y querida Daraja. El padre de Galiana se volvió á la ciudad de Almería, dejando á la hermosa Celima en compañía de su hermana Galiana. Otros muchos caballeros se fueron á sus alcaidías por mandado del rey, encargándoseles la guarda y custodia de ellas. Muza levantó cinco mil hombres de á pié y de á caballo, toda gente muy belicosa, y en cuatro dias los puso en la Vega; el rey mandó á Muza que se hiciese reseña de la gente dentro de la ciudad, y así se hizo. Y visto por el rey la braveza y bizarría de la gente que habia levantado Muza en tan breve tiempo, sin aguardar mas quiso luego partirse, dando á Reduan el cargo de capitan general de su ejército; de lo cual se alegró Muza por la satisfaccion que de Reduan tenia, é hizo cuenta que él iba por capitan en el ejército; y así salieron por la puerta Elvira con mucho concierto. La gente de á caballo iba partida en cuatro partes con mucho órden, y cada una tenia su estandarte diferente. La una parte tenia Muza, y en su compañía iban ciento y cincuenta caballeros Abencerrages; y otros tantos Alabeces y Venegas; todos caballeros de mucho esfuerzo. Su estandarte era de damasco rojo y blanco, por divisa un salvaje en campo rojo, que desquijaraba un leon, y en el campo blanco otro salvaje que con un baston deshacia un mundo, y por letra: *Todo es poco*. Este bando de caballeros iba bien alistado de armas y caballos, y todos vestian marlotas de escarlata y grana. La segunda cuadrilla era de Zegríes, Gomeles y Mazas: esta iba de batalla, no menos rica y pujante que la de Muza, la

cual llevaba vanguardia. El estandarte de los Zegríes era de damasco verde y morado, y tenía por divisa una media luna de plata con esta letra: *Muy presto se verá llena, sin que el sol pueda eclipsarla*. Era esta cuadrilla de doscientos y ochenta caballeros, todos gallardos y bizarros, con aljubas y marlotas de paño tunecí, la mitad verde, y la otra mitad de grana. La tercera cuadrilla llevaban los Aldoradines, caballeros muy principales; con estos iban Gazules y Azarques; su estandarte leonado y amarillo. Llevaban por divisa un dragon en campo verde, que con las uñas despedazaba una corona de oro, con una letra que decía: *Jamás hubo resistencia*. Esta cuadrilla iba muy gallarda, y aprestada de armas y caballos; serían todos ciento y cuarenta. La cuarta cuadrilla era de Almoradis, Marines y Almohades, caballeros estimados: estos llevaban el real pendon de Granada, que era de damasco pajizo y encarnado, con muchas bordaduras de oro por un lado abiertas, y por la abertura parecían los granos rojos, que eran hechos de finos rubíes; del pezon de la granada salían dos ramos bordados de seda verde, con sus hojas, y una letra al pié que decía: *Con la corona nací*. En esta cuadrilla iba el rey Chico con mucha compañía de caballeros. Eran muy de ver las galas, riquezas, penachos, adargas, lanzas, caballos, yeguas y pendoncillos de colores en las lanzas. Pues si la caballería salió tan bizarra y vistosa, no menos gallarda y briosa salió la infantería, y muy bien armada, todos con arcos y ballestas. Con esta pujanza salió el rey Chico de Granada, y tomó la via de Jaen, mirándole todas las damas de Granada, y mas la reina su madre, y su muger la reina con todas las damas que estaban en su compañía, desde las Torres del Alhambra. Por esta jornada que hizo el rey Chico á Jaen se compuso aquel antiguo romance, que dice como se sigue:

«Reduan, bien te acuerdas,
Que me diste la palabra,
Que me darías á Jaen
En una noche ganada.

Reduan, si tú lo cumples,
Daréte paga doblada,
Y si tú no lo cumplieres,
Desterrarte he de Granada:

Echarte he en una frontera,
Donde no goces tu dama.»
Reduan le respondiera
Sin demudarse la cara:

«Si lo dije, no me acuerdo,
Mas cumpliré mi palabra.»
Reduan pide mil hombres,
El rey cinco mil le daba.

Por esa puerta de Elvira
Sale muy gran cabalgada:
Cuánto del hidalgo moro,
Cuánto de la yegua baya,
Cuánta de la lanza en puño,
Cuánta de la adarga blanca,

Cuánta de marlota verde,
Cuánta aljuba de escarlata,
Cuánta pluma y gentileza,
Cuánto capellar de grana,
Cuánto bayo borceguí,
Cuánto raso que se esmalta,
Cuánto de espuela de oro,
Cuánta estribera de plata!
Toda es gente valerosa,
Y esperta para batalla.

En medio de todos ellos
Va el rey Chico de Granada;
Mirando las damas moras
De las tores del Alhambra.

La reina mora su madre
De esta manera le habla:
«Alá te guarde, mi hijo,
Mahoma vaya en tu guarda,
Y te vuelva de Jaen
Libre, sano y con ventaja,
Y te dé paz con tu tío,
Señor de Guadix y Baza.»

No fué tan secreta esta salida de Granada, que en Jaen no tuviesen

aviso de ella por las espías que tenia en aquella ciudad. Otros decian, que fueron avisados por unos cautivos cristianos que se huyeron de Granada. Otros dicen, que la dieron los Abencerrages ó Alabeces, y esto entiendo que es lo mas cierto, porque estos caballeros eran muy amigos de los cristianos. Sea como fuere, los de Jaen fueron avisados de la entrada de los moros en su tierra, y así ellos dieron aviso á Beaza, Ubeda, Cazorla y Quesada, y á los pueblos circunvecinos, los cuales se alistaron y apercibieron para resistir á los enemigos de Granada. Estos llegaron á la puerta de Arenas, donde hallaron gran número de gente que defendia la entrada al enemigo; pero poco aprovechó la defensa, porque habiendo corrido los moros todo el campo de Arenas, entraron por su puerta á pesar de los que la guardaban, y corrieron todo el campo de la Guardia y Pegalajara, hasta Jordan y Belmar. Los caballeros de Jaen salieron á los enemigos, porque fueron avisados que en la Puerta andaba el rebato. Salieron de Jaen cuatrocientos hijosdalgo bien armados; de Ubeda y Baeza otros tantos, y hechos todos un cuerpo de batalla, fueron en busca del enemigo que les corria la tierra, llevando por caudillo y capitan al obispo don Gonzalo, varon de gran valor. Juntáronse los dos campos de la otra parte del Rio Frio, y aquí se acometieron, haciendo una brava escaramuza: mas era el valor de los cristianos tal y tan bueno, que les convino á los moros retirarse hasta la puerta de Arenas, de la cual habian roto una cadena que la atravesaba; y aquí fueron los moros vencidos, si ne fuera por el valor de los caballeros Abencerrages y Alabeces, que pelearon valerosamente; mas al fin hubo de quedar por los cristianos el campo. Con todo eso los moros llevaron gran presa de ganados, así vacunos, como cabrios, de modo que no se señaló de ninguna parte haber demasiada ventaja. El rey quedó admirado de ver la repentina prevenicion de los cristianos; y preguntando á unos cautivos que allí traian, cuál habia sido la causa de haber juntado tanta gente en Jaen, le respondieron que habian sido avisados dias habia, y así estaba toda la tierra en arma; lo que fué bastante disculpa para Reduan sobre no cumplir la palabra dada al rey, que procuró inquirir y saber quién habia dado el aviso. Reduan muy bien sabia que Jaen no se podía ganar tan fácilmente; mas como era belicoso, tenia determinado de llegar á la ciudad y embestirla; y si no hubiera la poderosa resistencia que les hicieron, sin duda que la acometieran. El rey y su ejército se volvieron á Granada, donde fueron recibidos con grande alegría y gozo, y se hizo en toda la ciudad mucha fiesta por el buen suceso. Los de Jaen quedaron con grande triunfo por haber resistido á tanta morisma, y muerto á muchos de ellos. El rey Chico venia fatigado del camino, y para aliviarse, ordenó de irse á una casa de placer, llamada los Alijares, y con él fueron los Zegríes y Gomeles: ningun caballero Abencerrage ni Gazul fueron con él, porque Muza los habia llevado á un rebato causado de los cristianos que habian entrado en la Vega. Estando un dia el rey en los Alijares holgándose, y habiendo acabado de comer, comenzó á hablar de la jornada de Jaen y de los Abencerrages; y cómo por ellos y por los Alabeces habian ganado grandes despojos. Un caballero Zegrí, que era el que tenia el cargo de

armar traicion á la reina y á los Abencerrages, dijo al Rey : « Si buenos son, señor, los caballeros Abencerrages, mejores son los caballeros de Jaen, pues nos quitaron gran parte de la presa, y nos hicieron retirar por fuerza de armas. » Y era mucha verdad, que el esfuerzo y valor de la gente de Jaen fué muy grande, y aquel dia quedó con nombre perpétuo, y fama para siempre; y en memoria de esta escaramuza se hizo el siguiente

ROMANCE.

Muy revuelto anda Jaen,
 Rebato tocan apriesa,
 Porque moros de Granada
 Les van corriendo la tierra.
 Cuatrocientos hijosdalgo
 Se salen á la pelea;
 Otros tantos han salido
 De Ubeda y de Baeza.
 De Cazorla, y de Quesada,
 Tambien salen dos banderas;
 Todos son hidalgos de honra,
 Y enamorados de veras.
 Todos van juramentados
 De manos de sus doncellas,
 De no volver á Jaen
 Sin dar moro por empresa;
 Y el que linda dama tiene,
 Cuatro le promete en cuenta.

A la Guardia han llegado,
 Adonde el rebato suena,
 Y junto del Rio Frio
 Gran batalla se comienza;
 Mas los moros eran muchos,
 Y hacen grande resistencia,
 Porque los Abencerrages
 Llevaban la delantera;
 Con ellos los Alabeces,
 Gente muy brava y fiera.
 Mas los valientes cristianos
 Furiosamente pelean,
 De modo que ya los moros
 De la batalla se alejan;
 Mas llevaron cabalgada,
 Que vale mucha moneda.
 Con gloria quedó Jaen
 De la pasada pelea.

Aqueste romance se compuso en memoria de esta escaramuza, aunque otros la contaron de otra suerte: de la una ó de la otra, la historia es la que se ha contado. El otro romance dice así:

Ya repican en Andujar,
 En la Guardia dan rebato;
 Ya se salen de Jaen
 Cuatrocientos hijosdalgo:
 Y de Ubeda y Baeza
 Se salian otros tantos;
 Todos son mancebos de honra,
 Y los mas enamorados.
 De manos de sus amigas
 Todos van juramentados
 De no volver á Jaen
 Sin dar moro en aguilando;
 Y el que linda amiga tiene,

La promete tres, ó cuatro.
 Por capitán solo llevan
 Al obispo don Gonzalo.
 Don Pedro de Carvajal
 De aquesta manera ha hablado:
 « Adelante, caballeros,
 Que me llevan el ganado;
 Si de algun villano fuera,
 Ya le hubiérades quitado.
 Alguno va entre nosotros
 Que se huelga de mi daño;
 Yo lo digo por aquel,
 Que lleva el roquete blanco. »

De esta suerte va este romance diciendo; pero este y el pasado contienen una cosa en sustancia; y aunque son viejos, es bien traerlos á la memoria, para que quien ignora el fundamento de la historia lo sepa. Sucedió esta escaramuza en tiempo del rey Chico de Granada, el año de mil cuatrocientos noventa y uno. Volvamos al rey Chico de Granada, que estaba holgándose y descansando en los Alijares, como atrás queda ya dicho, cuando le dijo el caballero Zegrí, que los caballeros de Jaen eran

de mas valor que los Abencerrages, pues á su pesar los habian hecho retirar. A lo cual respondió el rey : « Bien estoy con eso ; pero si no fuera por el valor y resistencia de los valientes Abencerrages y Alabeces, no tengo duda , sino que fuéramos desbaratadós ; mas ellos pelearon de tal suerte, que salimos á nuestro salvo, sin que nos quitasen la cabalgada del ganado que tragimos y de algunos cautivos. — « O cuán ciego está vuestra magestad , dijo el Zegrí, y cómo vuelve por los que son traidores á la real corona ; y es causa la mucha bondad y confianza que vuestra magestad tiene de este linage de los Abencerrages, sin saber la traicion en que andan. Muchos caballeros hay que la han querido decir, y no se atreven ni han osado respecto del buen crédito y posesion en que vuestra magestad tiene á este linage ; mas aunque no quiera yo lastimar vuestro real pecho con tan afrentosa infamia, no puedo dejar de hacer lo que debo á leal vasallo, y dar aviso de la traicion y alevosía que se comete contra mi rey y señor ; y así digo, que no se fie vuestra magestad de ningun Abencerrage, si no quiere verse desposeido del reino, y muerto violentamente. » — El rey dijo : « Di, amigo, lo que sabes ; no me tengas confuso, ni me lo celes ni encubras, que tu lealtad será bien pagada. » — « No dejaré de obedecer á vuestra magestad, y para que se entienda la publicidad que hay en el delito, y cuán á rienda suelta se van en él, y qué poco temor tienen los Abencerrages de vuestra real persona, y cuán seguros y de asiento, por el buen predicamento en que los teneis, se están en su traicion con la demasiada confianza que tienen de las mercedes que cada dia se les hacen, y que en la tierra no ha de haber justicia contra ellos ; asimismo para que se entienda que odio, rencor ni envidia, no me mueve á revelar á vuestra magestad lo que ignora para que lo remedie, sino que soy compelido de obligacion y celo de la honra de mi rey, haga vuestra magestad llamar á Mahandin Gomel, y á mis sobrinos Mahomad y Alhamut, que saben bien la verdad de todo, y otros cuatro primos de Mahomad Gomel, del mismo linage , que ellos presentes contaré el caso. » El rey los mandó llamar, y venidos hizo que saliesen de la sala real todos los caballeros, salvo el acusador y los testigos falsos. Y estando todos juntos, empezó el Zegrí, mostrando en lo exterior gran pena, á decir estas palabras : « Sabrá vuestra magestad, que todos los Abencerrages están conjurados contra vos para quitaros vuestro reino y la vida ; y este atrevimiento ha salido de ellos, porque trata lascivos y adúlteros amores con... ¡ ó cielos, quién dirá esto, que el dolor no le acabe ! mi señora la reina el Abencerrage Albin Hamete, que es el mas poderoso y rico de todos los caballeros de Granada. ¿ Qué quiere vuestra magestad que diga, sino que gastan sus haciendas con todos, por tenerlos propicios para su intento ? Y así generalmente el caballero, el pechero, el rico, el pobre, quieren bien á este linage, porque los tienen embaucados. Bien se acordará vuestra magestad cuando en Generalife se hacia una zambra, que entró el maestre á pedir desafio, y salió Muza en la suerte ; pues aquel dia paseándonos por la huerta , yo y este caballero Gomel vimos en una calle de arrayanes, debajo de un rosal, en deshonestos deleites á la reina y al adúltero de Albin Hamete ; y estaban tan embebecidos en sus actos libidinosos, que no nos

sintieron con estar tan cerca. Yo se lo enseñé á Mahandin Gomel, y admirados del atrevimiento nos apartamos un poco para ver el fin; y á poco espacio salió la reina, y se fué hácia la fuente de los Laureles, y de allí adonde estaban sus damas. Pasado gran rato vimos salir al alevoso de Albin Hamete cogiendo rosas blancas y rojas, y de ellas hizo una guirnalda, y se la puso en la cabeza: nosotros nos llegamos con disimulacion á él, y le preguntamos en qué se entretenia; á lo cual nos dijo: En ver esta deleitosa huerta, que tiene en qué se esparza la vista; y diónos dos rosas á cada uno, y nos venimos todos paseando hasta donde estaba vuestra magestad con los caballeros. Quisimos avisar entonces, y no osamos, por no alborotar la corte en caso de tanto peso. Esto pasa, no debo mas á ley de caballero de decir lo que he visto, y sabido: lo que siento es, que estoy con pena y recelo, no se vea privar de la vida alevosamente á vuestra magestad. ¿Es posible que no se acuerda de aquel blason que en el espolon de la galera traía el bando Abencerrage en el dia del juego de sortija? Era un mundo hecho de cristal, y por letrero: *Todo es poco*; de suerte que todo el mundo es poco para ellos; y en el alfange de la popa un salvaje desquijarando un leon: este sois, señor, y ellos quienes os quitan la vida. Mirad por vuestra persona: muera el adúltero aleve, y con ellos la deshonesta reina, pues así ha afrentado vuestra real corona.» Sintió tanta pena en oír lo que el falso, aleve y traidor del Zegrí le decia, que creyéndole, se cayó amortecido en tierra por muy gran espacio de tiempo; y volviendo en sí, dió un doloroso suspiro diciendo: ¡O Mahoma, ¿en qué te ofendí? ¿Este es el pago que me dás por los bienes y servicios que te he hecho; por los sacrificios que te tengo ofrecidos; por las mezquitas que te tengo hechas; por la copia de incienso que he quemado en tus altares? ¡O traidor, cómo me has engañado! No mas traidores, vive Alá, que han de morir los Abencerrages, y la adúltera reina ha de morir en el fuego. Vamos á la ciudad, préndase luego á la reina, que yo haré tal castigo, que sea sabido por todo el mundo.» Uno de los traidores, que era Gomel, dijo: «No será acertado prender á la reina, mi señora, porque se pone vuestra real persona en contingencias de perder la vida y alborotar la ciudad, y que tome las armas Albin Hamete con todos los de su linage y bando, so color de defender á la reina; y esto les servirá de instrumento para conseguir el efecto de su intencion, mas siendo parciales de los Abencerrages los Alabeces, Venegas y Gazules, que son toda la flor de Granada. Pero lo que se puede hacer para ser vengado, sin alborotar la ciudad, es mandar que vengan á palacio uno á uno, y tener allí veinte caballeros de confianza que los vayan degollando; y siendo así hecho uno á uno, cuando el caso se venga á entender, ya no quedará ninguno de todos ellos; y cuando se venga á saber por todos sus amigos, y ellos quisieren hacer algo contra vuestra magestad, escarmentarán en cabeza ajena, siendo en vuestro favor los Zegríes, Gomeles y Mazas, que no son tan pocos, ni valen tan poco, que no os saquen á paz y á salvo de todo peligro; y esto hecho, mandar prender á la reina, acusándola de adúltera, y poner en tela de juicio el caso, siendo cuatro caballeros los acusadores de vuestra parte, y que la reina señale otros cuatro

caballeros que la defiendan; y si estos por su buena suerte vencieren á los acusadores, que se libre la reina; y si los defensores de la reina fueren vencidos, que muera la reina conforme á la ley; y de esta forma todos los del linage de la reina, que son los Almoradis, y Almohades y Marines, no se alterarán, viendo que va por via de justicia, y sin altercar. Esto es lo que siento para que sea vuestra magestad vengado, y no se altere la ciudad.» — « Buen consejo es, dijo el rey, y de tan leales caballeros. Y decid, ¿quién serán los cuatro caballeros que pongan la acusacion, y la sustenten en batalla contra los defensores que pusiere la reina? » — « No cuide de eso vuestra magestad, dijo el Zegrí, que yo seré el uno y mi primo Mahondon el otro, y Mahandin el tercero, y su hermano Abenhamete el cuarto. » — « Pues vámonos á la ciudad, dijo el fácil rey, y se dará la orden que pide mi venganza. » ¡O desdichada ciudad, y qué revuelta y cisma se te ordena por dar crédito el mal aconsejado rey á las sirenas que le cantaban al oido! Con esto se partieron á Granada, y en entrando en el Alhambra se fueron al palacio real, adonde la reina con sus damas le salieron á recibir; pero el rey no miró hácia la reina, sino pasó adelante sin detenerse, de que no poco se espantó la reina; y confusa se retiró á su aposento con sus damas, sin saber la causa del no usado desden del rey, el cual pasó lo que restaba del dia con sus caballeros hasta la noche, y luego cenó, y se fué á recoger, fingiendo estar indispuerto; y así todos los caballeros se fueron á sus casas. Toda aquella noche estuvo vacilando en cien mil pensamientos el desventurado rey, y sin poder reposar, y entre la máquina de confusiones, decia: « ¡Oh sin ventura Abdalí, rey de Granada, cuán cercana veo tu perdicion y la de tu reino! Si matas á estos caballeros, gran mal se te ordena; y si no castigas estos yerros, quedas afrentado, y te valdria mas la muerte. ¿Matarélos? Sí, que fué grande su atrevimiento en cometer tal adulterio en ofensa mia, y tratar de matarme por alzarse con el reino. Pero di, rey mal aconsejado, ¿no sabes cuán recatada y honesta muger tienes? ¿No conoces la bondad y lealtad de los nobles Abencerrages, y cuán sus mortales enemigos son los Zegríes, y que puede ser que por esta via pretendan venganza de este virtuoso linage? Verifica mejor la causa, ya que determinas la venganza; pero ¿qué mas verificacion que quien lo vió? No se atreverian á levantar tal testimonio, y mas ponerse á sustentar en batalla lo que dicen: no hay duda, sino que es verdad. » En estas variedades pasó toda la noche, y venida la mañana se levantó; y saliendo de su dormitorio, vió en la sala muchos Zegríes, Gomeles y Mazas. Y á esta sazón entró un escudero, y le dijo al rey como habia venido Muza de pelear con los cristianos, y traia ganadas dos banderas, y mas treinta cabezas, con lo cual se holgó; y apartando al Zegrí le dijo que tuviese en aquel cuarto de los Leones treinta caballeros armados, y un verdugo prevenido de lo necesario para lo que estaba tratado. Luego el traidor del Zegrí salió del real palacio y puso por obra lo que el rey le habia mandado; y estando todos muy á punto, el rey fué avisado de ello, y se fué al cuarto de los Leones donde estaba el falso Zegrí con treinta caballeros Zegríes y Gomeles, muy bien aderezados, y con ellos un verdugo; y al punto mandó llamar al

Abencerrage, su alguacil mayor. Fué un page, y le dijo que el rey lo llamaba. El Abencerrage fué á su real llamado; y así como entró en la cuadra de los Leones, le asieron, y sin que pudiese hacer resistencia, en una taza de alabastro muy grande en un instante fué degollado. Asimismo llamaron á Albin Hamete, el cual decian haber adulterado; y de esta suerte fueron degollados treinta y seis caballeros Abencerrages de los mas principales de Granada, sin que nadie lo entendiese; y murieran todos, si Dios nuestro Señor no favoreciese la causa, para que no murieran tan abatidamente, por dar crédito á un falso traidor, y sin haber mas averiguacion; y es muy cierto que sus obras no lo merecian, porque eran muy caritativos, y amigos de los pobres, y de la verdad, y de los cristianos; y aun dijeron los que miraban degollar á los Abencerrages, que llamaban á Cristo crucificado que les socorriese en aquel lance, para que no se condenasen, y que morian cristianos. Pues para que este linage no pereciese, ordenó Dios que un page de un Abencerrage entró con su señor, y vió como le degollaron, y miró á todos los muertos que él conocia, y luego se retiró hácia la puerta con mucha disimulacion; y al tiempo que abrieron para ir á llamar á otro, salió el page muy temeroso, y llorando la muerte de su señor. Se salió del Alhambra, y junto á la fuente vió á Malique Alabéz con Abenamar y Sarracino, que iban á hablar al Rey; y como los vió, se llegó lloroso, y temblando y encogido, les dijo: « Ay, señores caballeros, por Alá santo que no paseis mas adelante, si no quereis morir de mala muerte. » Alabéz dijo: « ¿Cómo así? » Respondió el page: « Sabed, señor, que en el cuarto de los Leones hay muchos caballeros degollados, y todos de los Abencerrages, y mi señor con ellos, que le ví degollar, porque entré con mi señor, que allá no fuéramos, y lo ví todo, y no repararon en mí, porque así lo permitió el santo Alá, y cuando tornaron á abrir la puerta falsa, me salí, y vengo sin mi señor, y aun sin mí, por lo que mis ojos han visto: por Mahoma que pongais remedio en aquesto. » Muy admirados quedaron los tres caballeros, y mirándose unos á otros, no sabian si darian crédito ó no á lo que el page decia, y dijo Abenamar: « Gran traicion hay, si esto es verdad. » Dijo Sarracino: « Pues ¿ cómo sabremos si es cierto? » — « Yo os lo diré, dijo Alabéz: quedaos, señores, aquí, y si viéreis salir algun caballero Abencerrage, ó de otro linage, no le dejeis pasar adelante, sino entretenedle en tanto que voy á la casa real, y sabré lo que pasa, y volveré con brevedad. » — « Alá os guarde, dijo Abenamar, aquí aguardaremos. » Malique subió al Alhambra, y al entrar por la puerta vió venir un page del rey muy apriesa, y díjole: « Adonde con tal priesa. » Respondió el page: « A buscar un Abencerrage. » — « ¿Quién le llama? » dijo Malique. — « El rey mi señor, respondió el page. Y si quereis hacer una buena obra, bajad á la ciudad, y avisad á todos los Abencerrages que salgan de Granada, porque les conviene, si no quieren verse en el trance cruel que se ejecuta en el cuarto de los Leones, y quedaos en paz. » Estando cierto y satisfecho de lo que deseaba saber, se volvió Malique adonde habia dejado á Sarracino y Abenamar, y les dijo: « Amigos y señores, verdad es lo que ha dicho el page; cierta es la traicion y muerte

que se ejecuta en los Abencerrages; todo el suceso me ha contado un page del rey, y me dijo que diese aviso á los Abencerrages. » — « ¡ Válgame Alá ! dijo Sarracino : que me maten , si los Zegríes no andan en esta traicion : vamos á la ciudad , y demos aviso para que se ponga algun remedio. » — « Vamos , dijo Abenamar , que en esto no quiere haber descuidos ; » y diciendo así , se bajaron todos tres á la ciudad , y antes de llegar á la calle de los Gomeles , vieron al capitan Muza , y mas de veinte caballeros Abencerrages de los que habian ido á la Vega á pelear con los cristianos , que iban á dar cuenta al rey de aquella jornada. Y Malique Alabéz les dijo : « Caballeros , poneos en cobro , si no quereis morir por traicion : mas de treinta de vuestro linage ha mandado el rey matar. » Los Abencerrages espantados no respondieron , pero el valeroso Muza dijo : « Por la fe de caballero , que si hay traicion , que andan en ella los Zegríes y Gomeles , porque ninguno salió al rebato , ni parecen por toda la ciudad ; y sin duda que están en el Alhambra con el rey , y son culpantes en las inocentes muertes de estos nobles caballeros : vénganse todos conmigo , que yo pondré remedio conveniente. » Así se volvieron con el valiente Muza á la ciudad ; y en llegando á la plaza Nueva , como era capitan general , llamó á un añafil , le mandó que tocase á recoger á priesa , y él lo hizo ; y oido el añafil , en un punto se juntaron muchos caballeros y soldados en casa de sus capitanes , y de allí vinieron á la plaza nueva , y se juntaron mucha gente de á pié , y tambien de á caballo ; y aunque hubo muchos caballeros principales y de los mejores de Granada , no habian entrado entre ellos ningunos Zegríes , Gomeles ni Mazas , por donde se acabaron de satisfacer sobre que los Zegríes andaban en aquella traicion. Cuando Alabéz vió esta gente junta , halló buena ocasion para saber la traicion que se ejecutaba en los inocentes caballeros ; y así puesto en medio de todos , comenzó á decir en alta voz de aquesta manera : « Caballeros , señores y amigos míos , y todos los que me oís , sabed que hay gran traicion : el rey Chico ha mandado degollar á muchos de los caballeros Abencerrages , y si no fuera la traicion descubierta por órden del santo Alá , ya estuviéramos todos degollados. Alto á la venganza , no queramos rey tirano , que así mata á los caballeros que defienden su tierra. » No habia acabado Alabéz de decir estas palabras , cuando toda la gente plebeya comenzó á dar grandes voces y alaridos , apellidando toda la ciudad , y diciendo : « Traicion , traicion , que el rey ha muerto á los Abencerrages ; muera el tirano , muera el tirano : no queremos rey traidor. » Esta voz comenzó á divulgarse por toda la ciudad con un furor diabólico ; todos tomaron armas á muy gran priesa , y comenzaron á subir al Alhambra , y en breve espacio se juntaron mas de catorce mil hombres de todas suertes y otros muchos caballeros ; y mas de doscientos Abencerrages que habian quedado , y con ellos Gazules , Venegas , Almoradí , Almohades y Azarques , y todos los demas caballeros de Granada , los cuales decian á voces : « Si esto se consiente , otro dia matará otro linage de los que quedan. » Era grande la vocería y rumor que habia ; gritos de los hombres , alaridos de las mugeres y llorar de niños. Finalmente , estaba todo tan alborotado , que

parecía quererse asolar la ciudad con armas, y anegarla en lágrimas, y todo se oía en el Alhambra; y recelando lo que era, el rey muy temeroso mandó cerrar las puertas, teniéndose por mal aconsejado en lo que había hecho, y espantado de que se hubiese descubierto tan presto aquel secreto. Llegó, pues, el tropel y confusión de gente al Alhambra, dando alaridos y voces, diciendo: « Muera el tirano, muera; » y como vieron cerradas las puertas del Alhambra, mandaron traer fuego para quemarlas, lo cual luego fué hecho, y por cuatro ó seis partes fué puesto fuego con tanto ímpetu, que ya se empezaba á arder. Y el rey Mulahazen, padre del rey Chico, como sintió tan grandísima revuelta y ruido, siendo ya bastantemente informado de lo que era, muy enojado contra el rey su hijo, y deseando le matasen, mandó abrir una puerta falsa del Alhambra, diciendo que él quería salir á apaciguar aquel alboroto; pero no bien fué abierta, cuando estaban mas de mil hombres para entrar por ella; y como vieron al rey viejo le alzaron en peso y dijeron: « Este es nuestro rey, y no otro: viva el rey Mulahazen; » y dejándole con buena guardia, entraron por la puerta muchos caballeros Abencerrages, Alabeces y Gazules con mas de cien peones. El rey mandó cerrasen la puerta falsa, y que defendiesen la entrada, porque no hubiese dentro del Alhambra mas mal del que se esperaba ver; pero poco aprovechó esta diligencia, porque la gente que había entrado era bastante á destruir cien Alhambras, y andaba por las calles diciendo: « Muera el rey Chico y los demas traidores, » y con este ímpetu entraron en la casa real, donde vieron solo á la reina y á sus damas casi muertas, no sabiendo la causa de tan grande alboroto; y preguntando dónde estaba el mal rey, no faltó quien les dijo que en el cuarto de los Leones. Luego el tropel de la gente fué allá, y vieron las puertas con fuertes cerraduras; pero muy poco les sirvió su fortaleza, porque las hicieron pedazos, y entraron dentro á pesar de los Zegríes que allí había, que defendían la entrada; y entrando los caballeros Abencerrages, Gazules y Alabeces, viendo la mortandad de los Abencerrages que había en aquel patio, á quien el rey había mandado degollar, se ensañaron de tal suerte, que si cogieran al rey y á los traidores, no se satisficieran con que murieran degollados, sino que les buscaran mil géneros de penas para mitigar la mucha que ellos tenían; y acometieron todos á mas de quinientos Zegríes, Gomeles y Mazas que estaban allí en defensa del rey diciendo: « Mueran los traidores que tal traición han hecho y aconsejado; » y con ánimo furibundo dieron en ellos á cuchilladas. Los Zegríes y los de su parte se defendían poderosamente, porque estaban bien alistados de armas, y apercebidos para aquel caso; mas poco les valió todo esto, que allí los hacían pedazos, porque en menos de una hora ya tenían muertos mas de doscientos caballeros Zegríes, Gomeles y Mazas, y siguiendo su porfía iban matando é hiriendo mas de ellos. Allí era el ruido y vocería, allí acudía toda la gente que subía de la ciudad, y siempre diciendo: « Muera el tirano y los traidores. » Fué tal la destrucción que los Abencerrages, Alabeces y Gazules hicieron, y tal la venganza, que de todos los Zegríes, Gomeles y Mazas que allí estaban, no se escapó ninguno con

vida. El desdichado rey se escondió, que no pudo ser descubierto. Esto hecho, los caballeros muertos los bajaron á la ciudad y los pusieron sobre paños negros en la plaza Nueva, para que toda la ciudad los viese, y se moviese á compasion viendo un tan doloroso y triste espectáculo, y la crueldad que con ellos se usó. Toda la gente andaba por la Alhambra buscando al rey con tal alboroto, que parecia hundirse todas las casas y torres; y si tempestad y ruido habia allí, no menos alboroto y llanto habia en la ciudad. Todo el pueblo en comun lloraba á los muertos Abencerrages. En particulares casas lloraban á los muertos Zegríes, Gomeles y Mazas, y á otros que murieron en esta refriega. Por este conflicto y alboroto desventurado se dijo este

ROMANCE.

En las torres del Alhambra
 Sonaba gran vocería,
 Y en la ciudad de Granada
 Grande llanto se hacia;
 Porque sin razon el rey
 Hizo degollar un dia
 Treinta y seis Abencerrages,
 Nobles de grande valía,
 A quien Zegríes y Gomeles
 Acusan de alevosía.
 Granada los llora mas,
 Con gran dolor que sentia,
 Que en perder tales varones
 Es mucho lo que perdía:
 Hombres, mugeres y niños
 Lloraban tan grande pérdida.
 Lloran todas las damas,
 Cuantas en Granada habia;
 Por las calles y ventanas

Mucho luto parecia.
 No habia dama principal
 Que luto no se ponía,
 Ni caballero ninguno
 Que de negro no vestía;
 Si no fueron los Gomeles
 Donde la traicion salía,
 Y con estos los Zegríes
 Que les hacen compañía.
 Y si algun luto llevaban,
 Es por los que muerto habian
 Los Gazules y Alabeces
 Con gran valor y osadía
 En el cuarto de los Leones,
 Por vengar la villanía.
 Y si hallaran al rey Chico;
 Le privaran de la vida,
 Por consentir la maldad
 Que allí cometido habian.

Volviendo ahora al sangriento y pertinaz motin de la granadina gente contra el rey y sus valedores, es de saber, que el valeroso Muza, como vió poner fuego al Alhambra, con gran presteza acudió á aplacar las furiosas llamas; y sabiendo que el rey Mulahazén su padre habia mandado abrir la puerta falsa del Alhambra, luego se fué hácia ella acompañado de gran tropa de gente, y en llegando vió al rey Mulahazén acompañado de mas de mil hombres que le guardaban, y á grandes voces decian: « Viva el rey Mulahazén, al cual reconocemos por señor, y no al rey Chico, que á tan gran traicion ha muerto la flor de los caballeros de Granada. » Muza dijo: « Viva el rey Mulahazén, mi padre, que así lo quiere toda Granada. » Lo mismo dijeron todos los que iban con él; y diciendo esto entraron en el Alhambra y fueron á la casa real, y andándola toda no toparon al rey. De aquí fueron al cuarto de los Leones, y vieron el estrago que habian hecho los Abencerrages, Gazules y Alabeces en los Zegríes, Gomeles, y Mazas; y Muza dijo: « Si traicion se hizo á los Abencerrages, bien se han vengado, aunque la traicion no tiene satisfaccion; »

y pesándole de lo que habia, salió de allí y se fué á la cámara de la reina, á la cual vió llorosa, acompañada de sus damas y de la hermosa Celima á quien Muza amaba tiernamente. La temerosa reina le preguntó á Muza : « qué vocería era aquella que sonaba en la ciudad y en el Alhambra. » — « Cosas son del rey, dijo Muza, que sin mirar mas de su gusto, dió lugar, y consintió una traicion notable, ejecutada en los caballeros Abencerrages, de quien siempre ha recibido muy grandes servicios, y en pago de ellos hoy ha muerto á treinta y seis dentro del cuarto de los Leones. Esto es lo que el rey mi hermano, vuestro marido, ha hecho, ó permitido que se hiciese; por lo cual el reino tiene perdido, y él está, si parece, á punto de perderse, porque ya toda la gente de Granada, así caballeros como todos los demas estados, han recibido á mi padre el rey Mulahazen por rey y señor, y á esta causa anda el alboroto y motin que hay. » — « Santo Alá, dijo la triste y afligida reina, ¿ qué eso pasa? ¡ Ay de mí! » Y diciendo esto se cayó amortecida en los brazos de Galiana. Todas las damas lloraban amargamente el caso doloroso que habia sucedido, y lloraban á su triste reina puesta en tal calamidad. La linda Haja y la hermosa Celima se hincaron á los piés de Muza, y como quien tanto le amaba le dijo de esta manera : « Señor mio, no me levantaré de vuestros piés hasta que me deis palabra de hacer en este negocio tanto que quede apaciguado, y el rey vuestro hermano en su posesion como de antes; que aunque ha procurado mi amistad, no teniendo respeto á la vuestra, no se ha de formar venganza estando el enemigo caido, ni se ha de dar mal por mal, sino porque de hoy mas tengo cuidado de no ofenderos en esto ni en otra cosa alguna; en lo que os pido recibiré de vos muy grande merced. » Fátima, que sabia el grande amor que los dos se tenian, le pidió á Muza que le concediese á Celima lo que le pedia, y que no tuviese á sus piés á la que merecia la corona del mundo. Muza, que estaba transformado en mirar el adorno y nobleza que naturaleza dió á Celima, no advirtiendo que la tenia á sus piés con la hermosa Haja, las levantó del suelo, dándolas palabra de apaciguar el vulgo, y de poner al rey su hermano en la posesion del reino; con lo cual obligó á su dama á que le amase con mas extremo. Las damas echaron agua en el rostro de la reina, y de este modo volvió en sí llorando, y Muza la consoló dándole buenas esperanzas; y se despidió de ella y sus damas, y fué adonde estaba su padre y le dijo : « Mande vuestra alteza pena de muerte al que no dejare las armas, y no se sosegare. » Luego mandó el rey que se pregonase así en el Alhambra y por toda la ciudad, y Muza mandó á la gente de guerra que se aquietasen, y á todos los demas se lo rogó. Mediante esto se apaciguó el pertinaz motin y rebelion, teniendo unos intento de obedecer á Mulahazen, y otros al rey Chico. Para esto ayudaban á Muza todos los mas principales de Granada, y los linages desapasionados, que eran Alabeces, Bencerrages, Laugetes, Azarques, Alarifes, Alporadines, Almoradis, Almohades y otros muchos caballeros de Granada. De esta suerte fué todo apaciguado, y Muza rogó á todos que no quitasen á su hermano la obediencia, sino que Granada volviese al estado en que antes estaba; que si malos consejos no dieran al rey, nunca él mandara hacer lo que se hizo. Todos los caballe-

ros dieron palabra á Muza de no quitar la obediencia á su hermano el rey; solo los Abencerrages, Gazules, Alabeces y Almoradines, estos cuatro linages poderosos, no quisieron estar en la obediencia del rey Chico, por lo que hizo contra los Abencerrages en admitir el mal consejo del traidor Zegrí; y era así verdad, que por dar crédito de ligero el fácil rey aceleró el negocio; y si lo llevara por justicia, no se le siguiera la perdicion que le vino á él y á la ciudad. Por esta traicion se hizo el romance siguiente :

Caballeros granadinos,
Aunque moros hijosdalgo,
Con envidiosos intentos
Al rey Chico van hablando;
Gran traicion se va ordenando;
Diz que los Abencerrages,
Linage noble afamado,
Pretenden matar al rey,
Y quitarle su reinado;
Gran traicion se va ordenando.

Y para emprender tal hecho,
Tienen favor muy sobrado
De hombres, niños y mugeres,
Todo el granadino estado;
Gran traicion se va ordenando.
Y á su reina tan querida
De traicion la han acusado,
Que en Albin Abencerrage
Tienen puesto su cuidado;
Gran traicion se va ordenando.

De esta suerte va declarando el romance la historia que se ha contado, y la traicion; mas porque me aguardan otras cosas importantes no se acaba. Volviendo á Muza, que con gran diligencia procuraba aplacar los airados pechos de los mas principales caballeros y demas gente para que volviesen á dar la obediencia al rey Chico, como antes estaba, atrajo muchos á su voluntad, salvo los cuatro linages que hemos dicho, y algunos mas caballeros que no quisieron estar en la obediencia del rey Chico, sino á la del rey Mulahazén; y así siempre hubo allí muchas diferencias entre los dos reyes, padre é hijo, hasta que se perdió Granada. Y la causa porque los Gazules, Alabeces, y Aldoradines no quisieron ser de la parte del rey Chico, aunque Muza hizo las diligencias posibles, fué el que ya tenían tratado entre ellos de volverse cristianos, y pasarse con el rey don Fernando, como adelante se dirá. Pues como viese Muza la mayor parte de la ciudad reducida á su voluntad para que volviese su hermano á ser obedecido, y al gobierno de su reino, procuró saber adonde estaba; y supo cómo se habia retirado al cerro del Sol, que hoy llaman de Santa Elena, en una mezquita que estaba allí, huyendo de la voz que oyó cuando decian todos: *Muera el tirano y los traidores*; y visto este estrago, que hacian los Abencerrages, Gazules y Alabeces en los Zegríes y Gomeles, se salió por una puerta falsa maldiciendo su ventura y el dia de su nacimiento, quejándose del Zegrí que le habia aconsejado cometer tal traicion contra tan leales caballeros. Los Zegríes y Gomeles le consolaban, diciéndole que no se fatigase, que mil Zegríes y Gomeles tenia de su parte, los cuales morirían en su defensa, y que el consejo no habia sido malo, sino importante, si no se descubriera tan presto. Y en esto vieron venir á Muza en un caballo, y fueron á dar aviso al rey; el cual temeroso preguntó, si venia de paz, ó de guerra. «De paz viene, respondió un Zegrí, y solo, y debe de querer hablarte.»—«Alá se sirva que sea por bien, dijo el rey; porque se temia de Muza, á causa de Celima.» En esto llegó Muza,

y preguntando si estaba allí el rey su hermano, le fué dicho que sí; y apeándose del caballo entró en la mezquita, donde vió al rey acompañado de Zegríes y Gomeles; y haciéndole el acatamiento que de antes solia, le dijo así: «No careces de culpa, permitiendo una maldad y traición tan grande como la que se ha usado con el mas noble y leal linage de todo el reino. Y mirad lo que se ha seguido de su muerte; alboroto de toda la ciudad, muerte de muchos, pérdida de tu reino; y lo fuera de tu vida, si no te hubieras retirado aquí. Los reyes que han de gobernar en paz, sosiego y tranquilidad á sus vasallos, ¿son esos los alborotadores, y privadores de la paz? Merecido y justo castigo es, que sean desposeídos de sus reinos, y aun de las vidas. Si á caballeros leales que sirven bien das tal pago, ¿quién esperas que te sirva? Si se te habia ofendido, que no creo tal, siguieras la causa por justicia, y no con violencia. ¿Qué demonio te insistió á hacer tal matanza? ¿Qué causa te movió?» — «Hermano, dijo el rey, ya que me has preguntado la causa de mi determinada ira, yo te la diré en presencia de los oyentes: Sabrás, que los caballeros Abencerrages tenian determinado matarme, y alzarse con el reino; y sin esto Albin Hamete Abencerrage adulteraba con la reina mi muger, pues de todo tengo bastante y probada verificacion: parécete que aceleré en el caso?» Admirado Muza, le respondió: «No tengo yo á la reina en tal opinion, ni lo creo, ni tengo á los Abencerrages por caballeros que tal traición ordenaran, porque son ejemplo de lealtad.» — «Pues si no lo crees, dijo el rey, pregúntalo á Hamete Zegrí, y á Mahandin y á Mahandon que están presentes, que ellos te dirán como testigos de vista.» Y los falsos refirieron á Muza lo que al rey habian dicho, lo cual no creyó, porque conocia que la reina era muy honesta y virtuosa, y así les dijo: «Yo no puedo persuadirme á que eso sea así, ni creo que habrá caballero que lo sustente, porque es cierto que ha de quedar por infame y fementido.» — «Pues nosotros, dijo Mahandon, lo sustentaremos contra cualesquier caballeros que lo quisieren contradecir.» Y enojado Muza, dijo: «Pues aunque no sea sino por honra de mi hermano el rey, se ha de seguir por justicia esta causa y la de los Abencerrages, pues os preferís á sustentar con las armas la acusacion que poneis; y mirad cuán seguro estoy de la casta reina, que sé que habeis de morir, ó quedar desmentidos; y si me fuera lícito, yo solo habia de defender la inocente reina y á los nobles Abencerrages, porque clara y manifiestamente se parece ser mentira causada de envidia; pero impídelo la paz que ando buscando. Los Zegríes comenzaron á alborotarse, diciendo: que ellos eran caballeros, y lo que habian dicho lo sustentarian en campo armados á los cuatro caballeros. «Eso se verá presto,» dijo Muza; y díjole al rey: «Vamos al Alhambra, que ya todo está apaciguado: solo quedan cuatro linages de caballeros que no os quieren dar obediencia, sino á nuestro padre: pasen algunos dias, que yo los compondré. Y vosotros, Zegríes y Gomeles, advertid, que si por vuestro consejo murieron degollados treinta y seis caballeros Abencerrages, de vuestros linages hay mas de cuatrocientos caballeros muertos: mirad si ha sido grangería la que habeis hecho, Id al Alhambra, y mandad que los saquen del cuarto

de los Leones, y dadles sepultura, que así han hecho los Abencerrages á todos sus deudos, muertos sin culpa.» Con esto salió Muza de la mezquita, y el rey Chico con él, fiado de su palabra, y le dijo: «Muza, ¿quién te dió aviso de que estaba yo aquí?» — «Quien te vió venir, dijo Muza.» Diciendo esto, se bajaron todos del cerro, y se entraron en el Alhambra. Los Zegríes llevaron los cuerpos muertos á sus casas, y los fueron acompañando, y Muza con ellos, por evitar algun escándalo; y en todo aquel dia no se oia en toda Granada otra cosa sino llantos y gemidos muy tristes. El rey se retiró á su cuarto con muy buena guarda, y mandó que no dejasen entrar á nadie en todo aquel dia; lo cual se cumplió todo así, que ni aun á la misma reina dejaron entrar, y muy confusa se volvió á su retrete, no sabiendo la causa de tan grande encerramiento, pues le habia enviado á decir Muza que no tuviese pena, que el rey volveria á su silla.

CAPITULO XIV.

En que se da cuenta cómo los traidores pusieron acusacion á la reina y á los Abencerrages, y cómo la reina fué presa por ellos, y dió cuatro caballeros que la defendiesen, y de lo demas que sucedió.

Los muertos ya enterrados de la una parte y de la otra, y habiendo cesado los llantos por ellos hechos, y reducida la parte mayor de los caballeros de Granada á la obediencia del rey Chico, por orden del valeroso capitan Muza, habiéndose pasado aquel dia tan memorable para Granada, luego el dia siguiente dió orden que fuesen á hablar al rey; y así se juntaron todos los mas principales, y le fueron á ver, aunque contra su voluntad, solo por hacer placer al valiente Muza; y en entrando en su real sala, se fueron sentando por su orden, como antes solian, aguardando que el rey saliese de su aposento: el cual como supo que estaba allí Muza y los demas caballeros, salió vestido de negro mostrando tristeza en el rostro, y sentado en la silla real, mirando á todos, les dijo: «Muy leales y verdaderos vasallos, amigos mios, bien sé que habeis estado muy enojados conmigo, y con deliberacion de quitarme el reino y la vida por lo que hubo en el cuarto de los Leones, no sabiendo vosotros el fundamento y justa causa que á ello me movia, y sin escandalizaros; pero á veces la cólera ciega la razon de modo, que no da lugar á la consideracion con el deseo de la venganza. Alá os guarde de rey injuriado, que no aguarda dilacion su agravio. Y para satisfaccion de mi poca culpa, y muy sobrada justicia, pedida y demandada de mi crecido agravio, habeis de saber, oh nobles granadinos, que los famosos Abencerrages, de cuya fama el mundo está lleno, habian conspirado y hecho conjuracion para privarme del reino y de la vida, y de todo esto tengo fulminado proceso con informacion bastante, por donde son dignos de muerte, y mas. Albin Hamete, Abencerrage, violó mi honra con mancha de adúltero, tratando con la reina Sultana, mi muger, de deshonestos y secretos amores

aunque no lo fueron tanto, que con facilidad fueron descubiertos; y en esta sala hay caballeros testigos de vista que lo dirán y sustentarán, y á esta causa se ejecutó ayer lo que visteis, queriendo por mi mano tomar venganza de tan enorme injuria y deshonra; y si no se descubriera tan presto mi intento, no hay duda, sino que no fuera ya vivo ningun Abencerrage; mas mi mala suerte ordenó que se descubriera. De lo pasado me pesa solo por el alboroto de la ciudad, y por haber muertes de nobles y leales caballeros á manos de los Abencerrages vivos y de los Gazules, y la sangre de los Zegríes y Gomeles vertida por mi causa pide justísima venganza, la cual prometo hacer por Mahoma. Y ahora doy por sentencia que los Abencerrages que son culpados en esto, por tener atrevimiento de entrar con mano armada en mi casa real, sean desterrados de Granada, y dados por traidores, y sus bienes confiscados á mi real cámara, para que de ellos haga mi voluntad; y los que no son tan culpados y los ausentes, así alcaldes, como los que no lo son, que se queden en Granada privados de mi real servicio. Y si tuvieren hijos varones, los envíen á criar fuera de la ciudad; y si fueren hijas, que las casen fuera del reino; y esto mando que se publique por toda Granada. Y en lo que toca á la reina Sultana, mi muger, mando que los caballeros que han de poner la acusacion la pongan luego; y puesta, sea presa, hasta que se vea su justicia conforme á derecho, que no es justo que un rey como yo viva afrentado. Estas dos cosas fueron la causa, buenos caballeros y leales vasallos, del alboroto de ayer: ahora considere cada uno la causa por suya, y juzgue lo que haria, y verá cómo no se satisface mi agravio, y respóndame.» Dichas estas palabras por el rey, todos los caballeros que estaban allí juntos se miraban los unos á los otros, y admirados de todo aquello que el rey les habia dicho, no sabian qué responderle, porque ninguno de los que vinieron con Muza á dar la obediencia al rey, no dió crédito á cosa ni parte de lo que tocaba á los Abencerrages, como ni á lo de la reina, y luego entendieron ser traicion; y así los caballeros Almoradis, Almohades, y otros que eran parientes de la reina Sultana, hicieron entre ellos gran movimiento y comunicacion, y al cabo de una pieza que el rey aguardaba respuesta, se levantó un caballero Almoradí, tio de la reina, y respondió, diciendo: «Atentos hemos estado, rey Abdalí, á tus razones, con las cuales no menos pesadumbre y alboroto que ayer se espera; porque en lo que has hablado manifiestamente parece ser averiguada traicion; así en lo que toca á los caballeros Abencerrages, como en lo de la reina; porque los Abencerrages son nobles, y en ellos no puede caber traicion, ni tal de ellos se puede presumir; porque de su bondad y nobleza siempre han dado verdadero testimonio sus obras, por las cuales tú y tu reino habeis resplandecido; y si ahora los mandas desterrar, tu reino de hoy en mas lo puedes dar por ninguno, y al tiempo pongo por testigo; cuanto y mas, que aunque tú los destierres, si ellos con su gusto y voluntad no se quieren salir de Granada, no los puedes tú hacer fuerza, atento que no eres rey supremo por ser vivo tu padre, el cual estima mucho á este linage. Si no me crees, mira tu palacio, y verás como en faltando todos los Alabeces, Gazules, Aldoradines y Venegas, parece estar

solo y sin acompañamiento ninguno, y te has de ver sin todos estos y otros muchos, por ser amigos de los Abencerrages, pues la plebe ya bien sabes el amor que les tiene; y sé de cierto, que si el amor de ellos levantara bandera contra tí, te echaran del reino en que estás; pero son leales, y antes morirán que tal hagan. Repórtate, rey mal aconsejado, y no te ciegue la cólera; y en lo que dices de la reina que ha sido adúltera, es falso; es matrona ilustre y honesta, y se debe tener y estimar en mucho; y si contra ella te mueves ó alteras, los Almoradis, Almohades y sus parciales te hemos de quitar la obediencia, y hemos de darla á tu padre; y cualquiera que pusiere falta ó dolo en la reina Sultana, miente y es un villano, y yo lo probaré donde quisiere.» El traidor Zegrí, Mahandin Gomel, Mahandon y Alhamete con saña se levantaron y dijeron, que lo que ellos decian era verdad, y quien lo contradecia, mentiria. Los Almoradis se alzaron poniendo mano á las armas; todos los Zegries y Gomeles hicieron lo mismo, y con gran enojo se fueron los unos á los otros, moviendo mucho escándalo y alboroto en el palacio real; mas los caballeros Azarques y Alarifes, Muza, Sarracino, Reduan y el mismo rey, obraron tanto, que no los dejaron juntar, antes los aquietaron é hicieron sentar; y estando sosegados dijo estas razones Muza: « Señores caballeros, yo querria que se pusiese la acusacion á la reina, y que por ella sea presa, pues confio en Alá que su inocencia ha de ser verdugo de los acusadores falsos, y han de morir ó retractarse de lo dicho, de donde se seguirá mayor lauro y corona de honor á la inocente reina y á todos los de su linage; para lo cual salga aquí la reina, responda por sí, y dé y señale caballeros que la defiendan.» A todos pareció bien lo que Muza dijo, y así fué llamada la reina Sultana, la cual fué acompañada de sus damas, y los caballeros se levantaron y la hicieron grande acatamiento, salvo los traidores; y antes que la reina se sentase en su estrado le dijo Muza: « Hermosa Sultana, hija del famoso Moraizel, y de nacion Almoradi por descendencia del padre, y Almohades por la madre, descendientes de los reyes de Marruecos: sabrás, reina de Granada, por tu daño, como en esta sala hay caballeros que pongan dolo en tu castidad, diciendo que no has guardado las leyes conyugales, como era razon, á tu marido el rey; antes dicen que has adulterado y hecho traicion con Albin Hamete, Abencerrage; por lo cual ayer fué degollado con los demas Abencerrages que murieron. Si esto es así, lo cual todos nosotros no creemos, porque tenemos entera satisfaccion de tu bondad, virtud y castidad, has incurrido en pena de muerte de fuego; por tanto da razon de tí, para que no haya mas escándalo del que por tu causa ha habido; y si no le das cual conviene á tu honor y al de tu marido, morirás quemada conforme á nuestras leyes: yo te lo he dicho, no por ofenderte, sino para que repares con tiempo la defensa y lo que te conviene, que por mi parte seré en tu favor y en todo lo que pudiere, como lo verás.» Con esto calló Muza, y se sentó, aguardando que la reina respondiese. La cual como oyó lo que Muza le habia dicho, miró á todos los caballeros de la sala; y como los vió callar, tuvo por verdad lo que al pronto habia escuchado por donaire y juego; y reparándose un poco, sin mu-

darse la color de su hermoso rostro, ni hacer mudanza mugeril, respondió de esta suerte: « Cualquiera que en mi honestidad pura, limpia y casta pusiere alguna falta, miente, y no es caballero, sino villano, vil y de bajos pensamientos, mestizo, infame y mal nacido, indigno de entrar en el real palacio; y sea quien fuere, póngase aquí en mi misma presencia la acusacion que contra mí se ha hecho, que no temo pena ninguna, porque mi inocencia me asegura, y mi castidad y limpieza me hacen libre: jamás con pensamiento ni obra hice ofensa al rey mi marido, ni la pienso hacer en tanto que mi marido fuere, ni despues; ora sea por separacion de muerte, ó por repudiacion de su parte hecha. Mas estas cosas y otras tales no pueden salir sino de moros, de quien no salen sino maldades y novedades, como de hombres de poca fe y mal inclinados. Benditos sean los cristianos reyes y quien los sirve, que nunca entre ellos hay semejantes maldades, y la causa es estar fundados en buena ley. Pero una cosa sé decir, que confio en el santísimo Alá que ha de volver por mi casta limpieza, y descubrir la verdad; y hago promesa de que si Alá se sirve de dar victoria á mis defensores, como lo espero en él que se la dará, viéndome libre de este testimonio, de no volverme á juntar con el rey en poblado ni fuera. » Diciendo esto comenzó á llorar, y con ella todas sus damas; de tal manera, que á todos los caballeros que la oian movia á muy grande compasion y lástima. Lindaraja se hincó de rodillas delante de la reina, y pidió licencia para partirse á Sanlucar á casa de un hermano de su padre, pues por mandado del rey habian muerto sin culpa á su querido padre, y pues desterraron á los Abencerrages, que ella se queria desterrar, por no ver las tiranías y crueldades que cada dia se hacian, y mas el testimonio que á su alteza se levantaba; que no diese lugar que ella presenciara á aquellos dolores tan acerbos; y que cuando la honra de la reina padecia, no estaba segura la de sus damas, dueñas y doncellas. La reina la abrazó llorando, y quitándose del cuello la cadena que el maestre la dió el dia de la sortija, dijo: « Toma, amiga, yo quisiera galardonar tus servicios fieles y leales, pero ya, por mi desdicha, no soy señora de bienes, sino de males: dichosa tú, y yo sin ventura. Vete en paz, y vive en ella, que ausente de la corte yo sé que la tendrás. » Y diciendo esto la apretó entre sus brazos, regándola su hermoso rostro con lágrimas, las cuales Lindaraja derramaba de sus ojos en abundancia. Aquí se aumentó el llanto de todas las damas, porque las iba abrazando y despidiéndose de todas. Estaban los circunstantes tan lastimados de la dolorosa despedida de la reina y de Lindaraja, que no dejaban de ayudar con lágrimas; y no pudiendo sufrir aquel dolor, todos los Almoradis y Almohades, y otros de su parcialidad, se salieron llorando de la sala diciendo: « Abdali rey, abre los ojos, y mira lo que haces, y tennos por tus enemigos de aquí adelante. » Lindaraja despidiéndose del rey se salió de palacio, y acompañada de su madre y de algunos caballeros se bajó á la ciudad, y al otro dia se partió para Sanlucar, y Gazul en su compañía, que era el que la servia, como ya se ha dicho, y adelante se tratará de ellos mas largamente. Ahora vayan su camino, y volvamos á tratar del rey, y de la acusacion de la triste reina Sultana, la cual lloraba muy dolorosa-

mente su deshonra , y con ella sus doncellas. El rey mandó al traidor Zegrí que pusiese la acusacion , y él se levantó y dijo : « Por la honra de mi rey, y volviendo por ella , como debo, digo que la reina Sultana es adúltera , y que yo y Mahandin la vimos en Generalife , debajo de un rosal, que está juntó á la fuente grande , estar en lascivas concupiscencias con Albin Hamete, Abencerrage ; lo cual sustentaremos los cuatro á otros cuatro que señale la reina en su defensa. » A esto respondió la reina : « Mientes , como traidor infame , falso , tú y todos vosotros ; yo fio en el poderoso Alá que ha de descubrir la verdad, y os ha de costar muy caro. » El rey dijo : « Sultana, dentro de treinta dias habeis de dar caballeros que os defiendan ; donde no, se procederá contra vos conforme á la ley. » Sarracino, no pudiendo sufrir mas aquella lástima, dijo : « Yo me ofrezco á la defensa de la reina, aunque no haya mas caballeros que quieran volver por su honor. » Reduan dijo : « Yo seré el segundo, y serviré de tercero y cuarto. » Muza dijo : « Pues yo ayudaré tambien , y no faltará otro caballero que ayude , porque se haga la batalla cuatro á cuatro ; y mire la reina si nos quiere admitir, que como caballeros juramos de hacer el deber. » La reina respondió : « Muchas mercedes, señores caballeros, por la que me haceis tan señalada ; yo veré lo que me importa, pues tengo término suficiente, aunque sé que en hacer tales caballeros la batalla, mis enemigos serian vencidos, y mi honra satisfecha. » El rey mandó que estuviese presa en la torre de Comares, y en su compañía Galiana y Celima para que la sirviesen. Luego Muza y otros caballeros llevaron á la desdichada é infelice reina presa , y la pusieron en un aposento, y á la puerta doce caballeros de guarda, con órden que si no es á Muza, otro no pudiese entrar á hablar con ella. Esto hecho se despidieron del rey todos los caballeros, por lo que habia pasado. Las damas de la reina se fueron todas : las doncellas en casa de sus padres, y las casadas á sus casas con sus maridos. Reduan se llevó á su querida Haja : Abenamar á Fátima, que estaba muy triste por lo que sus parientes habian hecho. Todas las demas damas se fueron quedando desierto el cuarto de la reina. Quedaron con el rey Zegríes, Gomeles y Mazas, por acompañarle, y á muchos pesaba de lo que habian empezado á hacer, porque imaginaban que no podian tener buen fin todas aquellas traiciones. Luego se pregonó, que dentro de tres dias saliesen los Abencerrages desterrados, so pena de las vidas. Los Abencerrages pidieron dos meses de término , porque querian salir del reino ; y fuéles concedido á instancias de Muza, porque entre él y ellos se trató lo que adelante se dirá. Este pregon se divulgó por toda la ciudad, y sintieron tanto los moradores de ella el agravio que á los Abencerrages se hacia, que si quisieran ellos levantar bandera contra el rey Chico, los ayudaran con sus personas y haciendas, porque en extremo eran amados de toda la ciudad, y tenidos en lugar de padres y amparadores de todos. Este pregon lo oyó una hermana del rey Chico, llamada Moraina, la cual era muger de Albin Hamete, Abencerrage ; y llena de enojo por haberle muerto á su marido sin culpa, y de temor por haberle quedado dos niños, uno de cinco años y otro de tres, vestidos ambos de luto y ella tambien, fueron al Alhambra y en su compañía cuatro caballeros Venegas, y entra-

ron en la sala del rey para hablarle. Los guardas, conociendo á Moraina, la dejaron entrar en el aposento del rey, su hermano, al cual halló solo; y haciéndole mesura, le dijo: «¿Qué es esto, rey? Rey te digo, y no hermano, aunque es nombre de mas piedad; mas porque no entiendas que soy de los conjurados contra tí, como tú mismo dices, te llamo rey. Pues dime, ¿qué clima es esta que nos sigue tan cruel? ¿Qué hado tan riguroso y sangriento es este? ¿Qué estrella tan caliginosa y mortífera corre predominando y causando tantas desventuras? ¿Qué cometa llena de fuego es esta, que así abrasa y eclipsa el claro linage de los Abencerrages? ¿En qué te han ofendido, que así totalmente los quieres destruir? ¿No te ha mitigado haber degollado la mitad del linage, sino que ahora mandes desterrar á los que han quedado? Y ya que así es, ¿qué razon hay para que los hijos inocentes de los padres se hayan de dar á criar fuera de la ciudad, y á las hijas casarlas fuera del reino! ¡Pregon duro! ¡Sentencia cruel! ¡Mandato acerbo! ¿Dime de qué sirven estas tiranías, rey inclemente? Y yo triste, desconsolada y viuda, hermana tuya por mi mal, ¿qué haré con estos dos niños, retrato de aquel caballero Albin Hamete, mandado por tí degollar sin culpa? ¿No bastó la muerte inocente de su inculpable padre, sino desterrar lós huérfanos hijos? ¿A quién los encomendaré fuera del reino que los crie? Si á ellos destierras, yo he de ir tambien por su madre. ¡A tu sangre maltratas! Por Alá santo te ruego, que te reportes! mira que estás mal aconsejado; no pase adelante tu crueldad injusta, que es en los reyes grande imperfeccion ser crueles, y mas donde no hay culpa sino interés y envidia. Con esto cesó la bella Moraina, no dejando de llorar, y dando dolorosos suspiros de lo mas íntimo de su alma. Todo lo cual no fué bastante á ablandar el diamantino corazon del rey, antes encendido en infernal cólera, los ojos encarnizados contra su hermana, la dijo: «Di, Moraina infame, sin conocimiento de la real sangre, ¿tan poco valor en tí se encierra? ¿Eso me dices? ¿Di, no consideras la mancha que puso en mi honra tu desleal marido? Si tú tuvieras una gota de mi real sangre, sintieras mi agravio, y esa gota dando el pecho á tus hijos, les fuera veneno mortífero; y si este efecto hiciera, diria que eras mi hermana; pero no creo que lo eres, pues no sientes lo que yo. Mejor hubieras hecho en haber quemado esas dos ramas infames, salidas de aquel aleve tronco, causador de mi afrenta; y pues tan poco miramiento has tenido, y no has hecho oficio de hermana, yo haré lo que tú no hiciste.» Y diciendo esto asió al niño mayor, y alzándole en peso, le puso debajo del brazo izquierdo, y echando mano á la daga se la metió por la garganta, que no pudo defenderle la desdichada madre; y dejando muerto al inocente niño, á pesar de su triste madre, tomó al otro, y le degolló, dejando segadas las manos á la sin ventura Moraina por quitarle á su tierno niño. Y habiéndolos muerto, dijo el sanguinolento rey: «Acábase de raiz esta traidora casta de Albin Hamete.» Vista la crueldad del tirano rey, la lastimada madre, bramando como leona, acometió á su hermano por quitarle la daga para matarle; pero el rey se defendió, y visto que no podia defenderse de ella, porque le pedia sus hijos, con diabólica furia la dió dos puñaladas en el delicado pecho, de las cuales

cayó muerta con sus hijos; y dijo el rey: «Allá irás con tu marido, pues tanto le amas, que tan traidora eres como él;» y luego mandó que enterrasen aquellos cuerpos en la sepultura de los reyes, lo cual se hizo admirándose de aquel acaecimiento. Los caballeros Venegas, sabiendo el caso atroz que el rey habia cometido, salieron del Alhambra, y se fueron á la ciudad, y contaron el caso á otros caballeros; y así se supo por toda Granada aquella gran crueldad del rey. Muchos determinaron de matarle, y mas sabiendo la injusta prision de la reina; mas vivia el rey con tal cuidado y guarda, que no tuvieron lugar de ejecutar su deseo; porque la puerta del Alhambra la guardaban mil caballeros, y de noche se cerraba bien, y por los muros y baluartes habia puestas muchas postas y centinelas, guardando todas las entradas. La gente del rey Mulahazén guardaba lo que le tocaba, que era la plaza de los Algibes, y la torre de la Campana, y las torres cercanas á ella, y sus baluartes y barbacanas. Finalmente, lo mejor del Alhambra tenia Mulahazén: el rey Chico tenia la casa real antigua, y cuarto de los Leones y Torres de Comares, y miradores del bosque á la parte del Darro y Albaicin. Aunque las guardas y gente de ambas partes estaban separadas y apartadas, y cada cual seguia la parte de su rey, jamás entre ellos habia discordias por mandado de los reyes y ruegos de Muza. Y aunque habia dos reyes, la gente mas principal seguia al rey viejo, como eran Alabeces, Abencerrages, Gazules, Almoradis, Langetes, Atarfes, Azarques, Alarifes y todo el comun ciudadano, respecto de estar bien con los caballeros Abencerrages y sus valedores. Al rey Chico seguian Zegries, Gomeles, Mazas, Alabeces, Bencerrages, Almoradis, Almohades, y otros muchos linages y caballeros de Granada, aunque despues de la prision de la reina se habian pasado al rey viejo los Almoradis, Almohades y Venegas. Estaba Granada divisa y llena de bandos y escándalos cada dia, y mas se acrecentaron cuando los caballeros Venegas dieron noticia de la crueldad que el rey Chico habia usado con su hermana y con sus sobrinos; la cual fué de todo punto causa de que los Almoradis, Almohades, y Marines, y otros muchos caballeros de gran valor le desampararon; de tal manera, que casi toda Granada estaba apercibida en su daño. Solo tenia de su parte á los Zegries, Gomeles y Mazas; y como estos tres linages eran tan poderosos, le sustentaron en su estado hasta que se perdió, como adelante se dirá. Volviendo á la muerte de los hijos de Moraina y de la suya, hubo en Granada grande sentimiento del doloroso caso. Todos decian que era el rey muy cruel, tirano, enemigo de su sangre, é indigno del reino y de la vida. Quien mas sintió esta muerte fué el capitan Muza, hermano de Moraina, y firmó con juramento, que habia de ser vengada aquella traicion antes de muchos dias; y si Muza sintió el desafortado caso, cruel y grave, no menos lo sintió el rey Mulahazén, que al fin era su padre. Y despues de haber hecho gran llanto por su amada hija y por los nietos tan queridos, con ferviente enojo se fué á armar, y se puso un fino jaco y un acerado casco, y sobre el jaco una aljuba de de escarlata, y tomó una tablachina en el brazo izquierdo; y llamando á su alcaide, le dijo, que muy presto juntase la gente de su guardia, que eran mas de cuatro-

cientos caballeros. El alcaide los juntó, y les dijo, que el rey Mulahazén los mandaba juntar; que estuviesen apercebidos para lo que les mandase. Ellos dijeron, que allí estaban á su mandado. Y visto por el rey que los de su guardia estaban juntos y alistados, salió á la plaza de su palacio, donde estaba toda la gente, y les dijo así: « Valerosos vasallos y amigos míos, grande deshonra es que mi hijo me usurpe cetro y corona contra toda mi voluntad, y que siendo yo vivo haya otro rey; y bien sabeis como se hizo llamar rey por el favor y ayuda que le dieron los Zegríes, Gomeles y Mazas, diciendo que yo era viejo y sin provecho para la guerra y gobierno del reino; y por este engaño y color de ambicion muchos caballeros le han seguido, y me han dejado contra toda razon. Que bien se sabe que ningun hijo puede ser heredero del reino, ni de hacienda hasta la muerte de su padre; y así lo mandan espresamente las leyes, las cuales ha quebrantado mi hijo, me ha usurpado el reino, y procede mal en la gobernacion; pues en lugar de conservar la paz y sosiego en que yo tenia el reino, es perturbador é inquietador de ella, y alborotador del pueblo; y en lugar de guardar á todos recta justicia, hace los mayores absurdos que en el mundo se pueden imaginar. Mirad cómo mandó degollar á los nobles Abencerrages sin culpa suya, y cómo sin ella tiene presa á su muger, imputándola de adúltera; y lo que mas me lastima es, que haya muerto á mis nietos y á mi hija. Pues si siendo vivo yo hace esto, ¿qué hará en viéndose solo? Bien podeis desamparar vuestra patria y tierra, y buscar la agena. Ya no quiere Alá que tal tirano viva en el mundo, y así estoy dispuesto y determinado á la venganza de mi amada hija y de mis queridos nietos, dando muerte acerba á este enemigo de su sangre y reino: por tanto, amigos y leales vasallos, vuestra ayuda pido para tal venganza, que mas vale perder un vil príncipe, que no que se pierda por sus tiranías un reino como el de Granada. Seguidme todos luego, y mostrad vuestro valor acostumbrado. » Diciendo esto, mandó á su alcaide que guardase muy bien su fortaleza, y se partió para la casa real donde estaba el rey Chico su hijo, diciendo él y todos los suyos: *Libertad, libertad: mueran los traidores tiranos, y quien los sirve; no quede ninguno.* Y con esta voz dieron tan de improviso en la guardia del rey Chico, que casi no la dieron lugar á tomar las armas, y entre ellos se movió una batalla muy cruel y sangrienta, cayendo muchos muertos de ambas partes. ¿Quién viera al buen rey Mulahazén dar golpes con su cimitarra á un cabo y á otro, que no daba golpe que no derribase caballero muerto ó mal herido? Porque Mulahazén siempre fué hombre de mucha fuerza en su mocedad, y de grande ánimo; y no era tan viejo que no pudiese pelear, pues aun no tenia sesenta años. Finalmente andaba entre sus enemigos como leon carnicero, y sus soldados hicieron lo mismo, matando á sus contrarios. Aunque eran doblados los del rey Chico, perdieron la plaza, y á su pesar se retiraron á la casa real, adonde era tanta la gritería y voces que no se oían los unos á los otros, salvo la voz de la libertad. El rey Chico, que oyó el tropel y ruido, muy espantado y atemorizado salió á ver lo que era, y vió á su padre entre la gente de su guardia con un rigor extraño: sospechando lo que podia ser, entró á armarse, y salió

á fuera para que los suyos cobrasen ánimo con su vista. A esta sazón llegó muy mal herido el capitán de su guardia, diciéndole: « Señor, ve á favorecer tu gente, que es grande el estrago que en ellos hacen tu padre y los suyos. » El rey Chico salió dando voces, diciendo: « A ellos, amigos, á ellos, que aquí está vuestro rey; mueran todos. » Y diciendo esto, comenzó á herir en la gente del rey su padre con tanto ánimo, que puso en los suyos tal brio, que hicieron retirar gran trecho á la gente de Mulahazén; lo cual visto por el viejo, dando voces, decia: « No os retireis de esta vil y traidora canalla. » Con el ánimo que les daba cada rey á los suyos peleaban todos con mucho esfuerzo y valor; pero poco les aprovechó á los del rey Chico su ardimiento, porque eran mas valerosos los del rey viejo; y perdida la esperanza de cobrar lo perdido, se retiraron hasta los mismos aposentos del rey Chico, y allí comenzaron á pelear los unos con los otros cruelmente; de suerte que todo el palacio estaba poblado de cuerpos muertos, y bañado en sangre de los heridos. En esta refriega se encontraron padre é hijo; y viendo el viejo el estrago tan grande que en su gente hacia su hijo, sin mirar el paternal amor que debia tenerle, acometió á él con una furia de hircana sierpe, diciendo: « Aquí pagarás, aleve, la muerte de mi hija y nietos. » Y diciendo esto, le dió un tan gran golpe con la cimitarra en la rodela, con que le reparó, que se la hendió en dos partes, y el reyecillo fué herido en el brazo; y si no se reparara bien, allí acabara la vida; y fuera gran bien para Granada, porque se evitaran tantos males como por su causa hubo. Pues como el rey Chico se vió herido, y sin rodela, con indecible corage, no respetando las canas de su padre, ni teniéndole aquella reverencia y obediencia que los buenos hijos deben tener á sus padres, alzó el brazo para herirle con el alfange; mas no tuvo efecto su mal propósito, porque á la sazón acudieron muchos caballeros así de una parte como de otra, cada uno por favorecer á su rey. Aquí se aumentó la gritería y se renovó la civil y sangrienta batalla; de manera que era gran compasión ver la mortandad de aquella mal considerada gente. Tan sin piedad se mataban y herian, como si en ellos de antigüedad viniera algun mortal odio y civil guerra. Allí eran hermanos contra hermanos, padres contra hijos, parientes contra parientes, sin guardar el decoro al parentesco y amistad, no mas guiados que por pasión y afición de sus reyes; cada uno favoreciendo donde mas afición tenia, y así con estos motivos de cada parte andaba tan sangrienta la refriega, como si fuera batalla hecha entre dos enemigos ejércitos. Mas como la gente y guardia del rey Chico eran mas que los de Mulahazén, sacaban ventaja; lo cual conocido por un moro de la parte de Mulahazén, hombre de ardid y buen soldado, por salir con la victoria que pretendian, comenzó á decir en altas voces que todos lo oían: « *A ellos, á ellos*, rey Mulahazén, que en tu socorro vienen los caballeros Alabeces, Gazules y Abencerrages: mueran los traidores, pues de nuestra parte está la victoria. » Oida esta voz por el rey Chico y por los suyos, desmayaron de suerte que parecia verse en manos de la muerte, y por evitar el notorio peligro que les amenazaba determinaron desamparar la casa real para no verse despedazados á manos de los caballeros

Alabeces, Gazules y Abencerrages; y con un esfuerzo muy crecido acometió al rey Chico con una tropa de ellos por no dejarle en poder de sus enemigos, y se salieron del real palacio, dejando á sus espaldas otra gran parte de caballeros que le defendian de sus contrarios. Los del rey Mulahazén los seguian con grande osadía, entendiendo que así era verdad, que tenian socorro. De manera que los unos retirándose y los otros siguiéndolos, unos defendiendo, otros ofendiendo, llegaron á las puertas del Alhambra, las cuales hallaron abiertas, porque las guardias las desampararon visto el aboroto y bajaron á la ciudad á dar aviso á los Zegríes y Gomeles de lo que pasaba, y en la plaza Nueva hallaron algunos de ellos, y les dieron relacion de todo lo que pasaba en el Alhambra. Y como supieron el caso, á gran priesa subieron á ella; pero llegaron tarde, porque ya estaba el rey fuera de las puertas y toda su gente, y estas muy bien cerradas y puestas las guardias necesarias. Los Zegríes, Gomeles, Mazas y otros caballeros de su parcialidad como vieron al rey Chico herido en el brazo, y la mayor parte de su guardia destruida, muerta y herida, se escandalizaron y se llevaron al rey Chico al Alcazaba, antigua casa de los reyes, la cual era muy fuerte, y tenia su alcaide y gente de guardia. En esta se aposentó el rey, donde fué curado con gran diligencia, y con la guardia necesaria para su seguridad. Estaba con mucha pena porque habia perdido el Alhambra, y con no menos saña procuraba la venganza de ella contra el rey Mulahazén, el cual estaba muy alegre por ver su Alhambra libre de sus enemigos; y por limpiarla de todo punto, mandó que á todos los cuerpos muertos de los contrarios los echasen por las murallas abajo, y á los de su bando les djesen honrosas sepulturas. En las torres pusieron banderas y estandartes, mostrando mucho contento y alegría, y tocando añafles y dulzainas. En toda la ciudad se supo como el rey Mulahazén quedaba señor del Alhambra, y habia desbaratado y herido al rey Chico; con lo cual todos fueron muy regocijados, porque le aborrecian como á la muerte. Quien mas celebró el contento fueron los Abencerrages, Alabeces, Gazules, Venegas y Aldoradines, y fueron muchos de ellos con el valiente Muza á darle el parabien de la victoria, y le ofrecieron de nuevo su ayuda, lo cual les agradeció el rey Mulahazén. Muza procuró paces entre su padre y su hermano, y no era posible, porque era tan grande el odio del rey viejo contra su hijo, que no quiso hacer lo que le pidió Muza, antes dijo que no habia de tener contento hasta verle destruido. No quiso porfiar Muza á su padre, por conocer en él que tenia muy presente la muerte de Moraina su hija. Dejemos á Mulahazén en su Alhambra, y al rey Chico en su Alcazaba siguiendo sus intereses, y tratemos de los Almoradis, Almohades y Marines, linages muy poderosos y ricos, parientes de la reina Sultana, tan sin culpa presa. Ya se acordará el lector que estos caballeros Almoradis y Almohades se salieron de palacio amenazando al rey Chico por lo que hacia con su muger la reina. Pues así como salieron del real palacio, todos se conjuraron contra el rey Chico para matarle, ó á lo menos privarle del reino, porque tan sin causa tenia presa á su muger. Y asimismo se juntaron contra los Zegríes por el testimonio que habian levantado á la reina. Para conseguir mejor su fin,

acórdaron de trabar estrecha amistad con los Abencerrages y sus parciales, sabiendo que por esta via tenían á toda Granada de su bando. Con esta resolucion se fueron á casa de un hermano del rey Mulahazén, llamado Abdalí, y le hallaron en un aposento, solo, y muy triste en ver que no podia remediar aquellas maldades y traiciones que se habian hecho contra los Abencerrages, y prision de la reina, y la muerte de Moraina y sus niños; y como entraron en su aposento aquellos caballeros Almoradis, que eran doce, y llevaban comision de todos, se maravilló Abdalí y les preguntó qué buscaban. Los caballeros le dijeron que no se recelase, que mas venian en su provecho que no en su daño, que le querian hablar despacio. Abdalí los mandó sentar en un estrado muy rico, á su usanza; y estando sentados, uno de los Almoradis le dijo: « Bien sabes, príncipe valeroso, las grandes insolencias que se hacen en Granada, y las civiles y sangrientas guerras, como aquellas tan memorables de Sila y Mario; y si has mirado, no hay calle que no brote sangre de nobles caballeros; de todo lo cual es la causa tu sobrino el rey Chico, por admitir los malos consejos, pues sin culpa mandó degollar á los Abencerrages, y por esta causa murieron muchos Zegríes, Mazas y Gomeles; y no contento con esto mató á su hermana Moraina y á sus tiernos hijos: que estas cosas no son de rey sino de un bárbaro, cruel y tirano, sediento de sangre humana, y derramador de ella. Ahora ha tenido una refriega y trabada pelea con su padre, que ya la sabrás, en la cual han muerto muchos caballeros, y al fin Mahoma fué de la parte de tu hermano; de suerte que ya tu sobrino está desterrado del Alhambra, y se ha apoderado del Alcazaba con favor y calor de los Zegríes, Mazas y Gomeles; y nosotros los Almoradis y Almohades le hemos quitado la obediencia, porque sin culpa tiene presa á su muger la reina Sultana, dejando su honra puesta en manos de la fortuna; mira si no lo hemos de sentir, siendo tan cercana parienta nuestra, y mas viendo cuán tiranamente procede él en la gobernacion del reino, y las estorsiones que cada dia nos hace á todos; y visto esto nos hemos apartado de su obediencia junto con Marines, Abencerrages, Gazules, Aldoradines, Venegas y todos los ciudadanos, que morirán porque vivan los Abencerrages, y pase su valor adelante; y considerando que tu hermano es ya viejo, y cansado de las guerras que contra los cristianos ha tenido, no puede gobernar como conviene, y que segun su naturaleza vivirá poco, y ha de quedar por rey Abdalí, nuestro capital enemigo, el cual no hay duda sino que perseverará en lo que ha comenzado, y con mayor violencia por verse solo en el reino, todos hemos determinado que tú seas rey de Granada, pues tu valor lo merece, para que gobiernes el reino en la paz y quietud que todos deseamos, y seamos los caballeros tratados con amigable benevolencia, como de tu bondad se espera. A esto solo habemos venido los doce Almoradis que ves, por comision dada de todos los caballeros que os hemos referido. Danos respuesta luego, y de no querer admitir el reino lo daremos á Muza, que aunque es hijo de cristiana, lo es de tu hermano, y merece por su valor y esfuerzo ser príncipe del mundo. » Con esto dió fin el Almoradi á sus razones, aguardando que Abdalí respondiese, el cual parando un poco en el caso les dijo: « Mucho

agradezco, señores caballeros, la voluntad y la oferta que me haceis: la carga que un rey se echa sobre sus hombros es muy grande, las obligaciones son muchas y mis fuerzas son pocas: mi hermano está vivo y con dos hijos; yo no hallo razon concluyente por donde pueda aceptar el favor que me prometeis; ademas de que cuando no mirase á las circunstancias dichas, será mover nuevas disensiones, guerras civiles y alboroto. Los mas principales caballeros y toda la ciudad son de parte de mi hermano: no alborotemos mas la tierra; pero sea de esta manera: yo sé que mi hermano está mal con su hijo, y al fin de sus dias no le dejará el reino, sino á mí ó á uno de mis hijos: hablémosle mañana, diciéndole que ya es viejo, y que me dé la gobernacion del estado, para que le alivie de tanta carga; y si me dá este oficio, con facilidad se podrá hacer lo que me pedís, y al fin dirán que por consentimiento de mi hermano habrá sido.» A todos les pareció muy bien lo que Abdalí respondió, y tuvieron por buen consejo aquel; y así quedó determinado, que el siguiente dia se tratase aquel caso con el rey Mulahazén; lo cual se trató con él, yendo para ello muchos caballeros Abencerrages, Alabeces, Venegas y Gazules; y estando todos con el rey, un caballero de los Venegas le habló, diciendo: «Noticia tenemos, rey Mulahazén, de todos nuestros pasados, de que los reyes de Granada han sido para con los vasallos benévolos y apacibles, y siempre les han tenido muy crecido amor; lo cual ahora es al contrario, pues tu hijo, en vez de hacer mercedes á sus súbditos, sin ocasion les quita las vidas. Ya sabrás lo que ha pasado estos dias, y el escándalo y alboroto de la ciudad por la muerte de los nobles Abencerrages, de lo cual han redundado aquestas guerras civiles, muertes, y desastrados fines entre los ciudadanos; y sé cierto, que si no se pone remedio, en poco verás tu ciudad despoblada, porque todos iran á buscar la paz á las agenas tierras, pues en la suya no la tienen: nadie se queja de tí, ni hay por qué; pero nos recelamos de tu hijo, que tan mal procede en el gobierno de tu estado; que si ahora que eres viejo nos faltas, y por tu edad la muerte llama, y tu hijo queda por ley, será gran daño de todos; y así querriamos que pusieses un gobernador para que te aliviase la carga de la gobernacion, y que en faltando tú, diesen el reino al gobernador, siendo cual conviene. Por tal elegimos á tu hermano Abdalí, y será posible que tuviese enmienda tu hijo, visto que has puesto gobernador; y puesta su enmienda, merecerá tener el reino. A esto solo hemos venido á darte cuenta de nuestra pretension, lo cual te suplicamos nos otorgues, y en cambio de esta merced que te pedimos, si nos lo concedes, te damos palabra, á fe de caballeros hijosdalgo, de quererte servir, y obedecer en todo y por todo mientras vivieres.» Atento estuvo el rey Mulahazén á las palabras del caballero Venega; y reparando en que las leyes disponen que herede el hijo al padre, en particular siendo reino; y cuando se acordó de la gran desobediencia que su hijo habia tenido con él, y los grandes daños que por su causa habian sucedido, y recelándose de otros mayores, acordó de dar contento á estos caballeros, viendo ser justa la peticion, y que era en provecho de todos, y así dijo: Que era contento en que su hermano gobernase el reino junto con él; y despues de muerto,

su hijo Abdalí fuera rey, porque debía dársele el reino. Los caballeros le dieron las gracias por la merced que les habia concedido, y dieron á Abdalí el parabien de gobernador; y habiendo jurado de hacer lo que se debía en el oficio de la gobernacion, y de guardar la lealtad debida á su hermano, al son de muchos instrumentos se le dió el cargo. Con esto se despidieron del rey todos los caballeros, y acompañaron al gobernador hasta su casa: y luego aquel dia mandó pregonar por toda la ciudad, que cualquiera que recibiese algun agravio de otro, que fuese á su casa, y que él satisfaria á cada uno conforme á derecho, guardando á todos justicia. Toda la ciudad se holgó mucho por la eleccion hecha, porque mediante esto iban quitando las fuerzas al rey Chico. Así se entendió apaciguar la ciudad, y fué echar leña al fuego y alquitran á la pólvora; porque luego que el rey Chico llegó á saber lo que su padre habia hecho, en lugar de enmendarse, hacia mil agravios y desafueros, y cosas indecentes, todo confiado en los Zegríes, Gomeles y Mazas; y estos linages se comunicaron á cerca de lo que harian, pues habia creado Mulahazén coadjutor para el gobierno. Resolviéronse en que siguiesen al rey Chico, y persiguiesen á los Abencerrages, pues tenia poder para uno y otro; y que no desamparasen al rey hasta la muerte; y así le dijeron al rey, que él solo lo seria, ó moririan en la demanda; y entendida por el rey Chico esta voluntad de sus valederos, les mandó, que cualquiera persona noble ó plebeya que fuese de la parte del rey su padre, ó del gobernador, se la llevara allí, y al momento fuera degollada; y si se defendiese por no ser presa, que la matasen al punto. Por esta causa fueron degollados y presos muchos que hacian la parte del rey Mulahazén; y sabido por él, y por Abdalí, gobernador, mandaron lo mismo á todos los de su parte. De aquesta suerte habia mas matanza cada dia, que en Roma en tiempo de las guerras civiles. La ciudad se dividió en tres opiniones y partes: la una seguia á Mulahazén, y eran los Abencerrages, Gazules, Alabeces, Aldoradines, Venegas, Azarques, Alarifes, y la mayor parte del comun, por el amor que á los Abencerrages tenian. Al rey Chico seguian Zegríes, Gomeles, Mazas, Laugetes, Bencerrages, Alabeces y otros caballeros. Al gobernador Abdalí seguian Almoradis, Almohades, Marines, y otros muchos caballeros, por ser estos dos linages de los reyes de Granada. De esta suerte estaba la desventurada ciudad repartida, y cada dia habia mil escándalos y muertes. La gente ciudadana, mercaderes, oficiales, ni labradores, no se atrevian á salir de sus casas. Los caballeros y gente principal no salian menos de veinte juntos, porque si les acometiesen sus contrarios, pudiesen resistirlos; y si salian seis, ó diez, luego los acometian, prendian y degollaban; y si se defendian, los mataban allí. Con estas violencias y crueldades habia cada dia llantos, tristeza y pesadumbres. Habia tres mezquitas en Granada, y á cada una acudia su bando. En lo llano de la ciudad habia una, donde ahora es el Sagrario, á la cual acudian el rey Chico y sus apasionados. Otra habia en el Albaicin, que ahora se llama San Salvador, y á esta acudia el gobernador y su gente. En el Alhambra habia otra, que ahora se dice Santa María, donde estaba Mulahazén y los de su bando. Cada uno conocia su distrito

y jurisdicción. ¡ Oh Granada, qué desventura fué esta que vino sobre tí! ¿ Qué se hizo tu nobleza? ¿ Dónde está tu riqueza? ¿ Qué se hicieron tus pasatiempos, tus galas, justas y torneos, juegos de sortija, fiestas de San Juan, músicas adornadas y zambras? ¿ Adónde están tus admirables juegos de cañas? ¿ Qué se hicieron las vistosas libreas de los gallardos Abencerrages; las delicadas invenciones de los Gazules; las altas pruebas y ligerezas de los Alabeces; los costosos trages de los Zegríes, Mazas y Gomeles? ¿ Dónde está todo tu bien y contento? Paréceme que se ha convertido en lágrimas, tristezas, traiciones, muertes, lagos de sangre vertida con crueldad y tiranía. Muchos caballeros ciudadanos desamparaban la ciudad, temerosos de lo que veían. Otros caballeros se iban á sus cármenes y heredades, y de allí los traían á degollar, cosa no vista sino en Roma. Muza estaba muy enojado viendo aquellas maldades que se hacían por momentos, y procuraba medios para quitar y atajar tal daño; y así él y un linage de caballeros llamados los Alfaquíes, y Sarracino, Reduan y Abenamar andaban de un rey en otro, suplicándoles que viniesen en concierto las enemistades; y como estos caballeros Alfaquíes eran muchos, muy ricos y de esclarecida sangre, y no estaban sujetos á ninguna parte apasionadamente, siempre á la obediencia del rey Mulahazén, cada uno de los otros dos bandos deseaba tenerlos por amigos; y así les quisieron dar gusto en dar asiento en aquellos bandos, viendo cada día se menoscababan los caballeros y moradores de la ciudad, así en muertes como en ausencias; y porque Muza había jurado que había de dar muerte á quien no dejase las comunidades, tanto hizo con ayuda de los Alfaquíes, Sarracino, Reduan y Abenamar, que vinieron á poner paces entre los caballeros de los bandos, prometiendo que no habría mas crueldades ni muertes, sino que hasta la muerte de Mulahazén cada uno siguiese á su rey sin ser forzado, sino que á su gusto siguiesen al que quisiesen de los dos, y que cada rey conociese y determinase las causas de su jurisdicción, sin entrometerse el un rey con lo que al otro tocase. El rey Chico pidió que los Abencerrages cumpliesen el tenor de su sentencia, cumplidos los dos meses que les dió de término. Mulahazén decía que no habían de salir los Abencerrages de Granada hasta que él fuese muerto. En esto estuvieron discordes algunos días, y era la causa que los Zegríes se lo pedían al rey Chico, y todos los demás caballeros contrarios lo defendían. Finalmente, quedó asentado que habían de salir del reino, pues que así lo pidieron los Abencerrages al rey Mulahazén, porque querían ser cristianos y servir al rey don Fernando, que si no fuera por esta causa, jamás salieran de Granada, porque tenían de su parte al rey viejo y á los mas principales caballeros, y á todo el comun de la ciudad. Mediante las diligencias dichas quedó la ciudad en paz, aunque duró poco, como adelante se dirá. Por estas diferencias se hizo este

ROMANCE.

Muy revuelta anda Granada
 En armas y fuego ardiendo,
 Y los ciudadanos de ella
 Duras muertes padeciendo;
 Por tres reyes que hay esquivos,
 Cada uno pretendiendo
 El mando, cetro y corona
 De Granada y su gobierno.
 El uno es Mulahazén,
 Que le viene de derecho;
 El otro es un hijo suyo,
 Que le quiere á su despecho.
 El otro un gobernador
 Que Mulahazén habia puesto:

Almoradis y Almohades
 A este le dan el cetro.
 Al rey Chico los Zegries,
 Diciendo que es heredero:
 Venegas y Abencerrages
 Se lo van contradiciendo.
 Dicen que no ha de reinar
 Ninguno, hasta que sea muerto
 El viejo Mulahazén,
 Pues es vivo, y tiene el reino.
 Sobre estas guerras civiles
 El reino van consumiendo,
 Hasta que el valiente Muza
 En ello puso remedio.

Al fin por Muza, los Alfaquíes, y por Reduan, Sarracino y Abenamar se apaciguaron las guerras, de suerte que con seguridad se podia andar por la ciudad. Así parece que será bien tratar de la determinacion de los Abencerrages; y fué que un dia se salieron á pasear, y con ellos los Alabeces y Aldoradines, y habiéndose consultado entre todos, acordaron de irse á volver cristianos, y servir al rey don Fernando en las guerras que tenia contra Granada; y así para saber el gusto del rey don Fernando, le avisaron del suyo por esta carta.

« A tí, invictísimo Fernando, rey de Castilla, ensalzador y observador de la fe de Jesucristo, salud, para que con ella defiendas y aumentes tus estados, y tu fe vaya adelante. Nosotros los caballeros Abencerrages, Alabeces y Aldoradines, besamos tus reales manos, y decimos y hacemos saber, que siendo informados de tu gran bondad, deseamos de irte á servir, pues por tu valor mereces que todos los hombres te sirvan; y asimismo queremos ser cristianos, y vivir y morir en la fe católica que tú y los tuyos profesais y teneis. Para esto queremos saber si es tu voluntad de admitirnos debajo de tu amparo, y que estemos en tu servicio; y haciéndolo así te damos fe y palabra de ser virte bien y lealmente, como fieles vasallos, en esta guerra que tienes contra Granada y su reinado; y te serviremos de suerte, que prometemos darte á Granada en tus manos, y la mayor parte de su reino. En esto harémos dos cosas: la una servirte á tí como á señor y rey nuestro, y por la otra trataremos de vengar la muerte de nuestros deudos, degollados tan sin razon por el rey Chico, á quien profesamos ya y reconocemos por odioso y mortal enemigo, y deseamos verle debajo de tu obediencia, y verte enseñoreado de este reino, como afirmamos que lo serás poniéndote á ello. Y con esto cesamos besando tus reales piés.

» *Los Abencerrages.* »

Escrita esta carta se la dieron á un cautivo cristiano y con ella libertad,

encargándole el secreto ; y una noche salieron de Granada con él , y le acompañaron hasta ponerle en seguridad , y le enviaron en paz ; el cual con diligencia caminó sin detenerse hasta Talavera , donde estaba el rey don Fernando , y en llegando á su real presencia hincó las rodillas en tierra , y habló , presentes todos los grandes , de esta manera : « Muy poderoso y católico rey , columna y defensor de la religion cristiana : sabrás , señor , que he estado seis años cautivo en Granada , donde he padecido muchos trabajos , aunque me los alivió Dios nuestro Señor por las limosnas que un caballero Abencerrage me ha hecho , por el cual y la voluntad de Dios , soy vivo y libre : este caballero fué una noche á la mazmorra donde yo estaba , y me trajo á su casa , y me quitó las prisiones y vistióme este trage moro. Salimos aquella noche de Granada él y yo , y otros dos caballeros , y me acompañaron hasta ponerme en tierra de cristianos , y dándome dineros para el camino , me dieron esta carta y me encargaron el secreto , y que la pusiese en tus reales manos. Dios ha sido servido de que llegase á tu real presencia ; esta es , cumpro con mi obligacion y promesa. Y en besándola se la dió al rey don Fernando , el cual la tomó y leyó para sí , y la dió despues á Hernando del Pulgar , su secretario , para que la leyese públicamente ; y siendo leida todos los grandes se alegraron grandemente en saber que aquellos caballeros querian ser cristianos , y servir al rey en las ocasiones de la guerra contra Granada , porque serian de mucha importancia para la conquista de aquel reino ; y habiendo consultado el rey con los suyos , se acordó que respondiesen á la carta ; y así que la escribió Hernando del Pulgar , se buscó mensajero conveniente para aquel secreto , y partió de Talavera ; y llegando á la ciudad de Granada dió la carta al Abencerrage que dió libertad al cautivo , que se llamaba Ali Mahomat Barrax , el cual recibió la carta , y de secreto hizo juntar á todos los Abencerrages , Aldoradines y Alabeces , y siendo juntos abrió la carta que decia así :

« Abencerrages nobles , famosos Aldoradines , y fuertes Alabeces ,
 » recibimos vuestra carta , con la cual se alegró toda nuestra corte ,
 » entendiendo que de vuestra venida no puede resultar cosa dañosa ,
 » sino mucha virtud , porque sois de calificada sangre ; y en particular
 » nos hemos alegrado y dado infinitas gracias á nuestro Redentor Jesu-
 » cristo , porque os ha traído al conocimiento de nuestra santa fe ca-
 » tólica , en la cual sereis del todo mejorados por la virtud de ella. Decís
 » que nos servireis en las guerras que tenemos contra infieles de nuestra
 » religion : por ello os prometo doblados sueldos , y esta nuestra real
 » casa tendreis por vuestra ; porque entendemos que vuestro proceder lo
 » merece. De Talavera donde al presente quedamos.

» *El rey don Fernando.* »

Grande fué el contento que recibieron todos los caballeros circunstantes , sabiendo la atencion y merced que el rey don Fernando se ofrecia á hacerles ; y así acordaron de salir de Granada : y para hacer

mejor su negocio, determinaron que luego fuesen los Abencerrages á servir á don Fernando, y que los Alabeces, Aldoradines, Gazules y Venegas quedasen en Granada dando órden á fin de que se le diese la ciudad y el reino; para lo cual los Alabeces escribieron á sesenta y seis alcaides, parientes suyos, que estaban en fuerzas importantes guardando el reino en el rio de Almería y Almanzor, y Sierra de Filabres, haciéndoles saber lo que tenían acordado, y lo que le escribieron al rey don Fernando, y lo que les fué respondido. Todos los alcaides estuvieron bien en ello, y no hubo ninguno que lo contradijese, considerando las pesadumbres de Granada, y que en ella habia tres reyes, y que cada uno queria mandar, de donde no podia resultar bien ninguno. Tambien escribieron los Almoradis, Venegas, y Gazules á parientes suyos, que eran alcaides en el reino, todos guardando el secreto, y alistados para cuando fuese tiempo. Los Abencerrages se despidieron de sus amigos y de toda la ciudad, y salieron de ella á medio dia, llevando todo el oro, plata y joyas que tenían. ¿Quién podrá contar la lástima y el dolor con que todos los de la ciudad quedaron, viendo salir desterrados sin culpa á mas de cien Abencerrages? De antes lloraban á los degollados, ahora lloran á los que desamparan la ciudad; maldecian al rey Chico, y que no se lograra en el reino, maldiciendo á los Zegríes, causadores de tantas sediciones, muertes y destierros. Solo se alegraron de la ausencia y destierro de los Abencerrages, los Zegríes, Mazas y Gomeles, y celebraban su contento con el rey Chico, al cual decian mil lisonjas halagueñas, dándole las gracias por lo que habia hecho por darles gusto; y no faltó entre ellos quien dijo: «¿Qué es esto Abdalí? ¿Así dejas salir á la flor de los caballeros de Granada? ¿No sabes que todo el comun, y lo mas granado de la ciudad estaba pendiente de la voluntad de estos nobles caballeros? No entiendas que á solos ellos pierdes, sino á otros muchos caballeros de prosápia, nobles y principales, guardadores y defensores de tu reino. Pues yo te certifico, que te ha de pesar muchas veces de los agravios que les has hecho, y los has de echar menos antes de mucho tiempo.» Bien conocia el rey ser notable el agravio que habia hecho y hacia á los Abencerrages; pero teníanle tapados los oidos las sirenas de los Zegríes, y no le despertaron los gritos, llantos, alaridos y voces que todos los de la ciudad daban por la ausencia y destierro de este virtuoso linage. Así salieron de Granada los Abencerrages con gran dolor, por ver el sentimiento que aquella ciudad hacia de su ida. Salieron con ellos muchos ciudadanos, diciendo que adonde iban los Abencerrages habian de ir ellos. Quedó la ciudad tan sola, ausentes estos caballeros, que se parecia muy bien su falta. Echaban menos los caballeros la noble y hermosa compañía, los galanes el dechado de sus galas, los cautivos pobres su remedio, los huérfanos y viudas su amparo. Idos los Abencerrages, tomó el rey posesion de todos sus bienes, y los mandaba pregonar por traidores, á lo que no dió lugar Muza ni otros caballeros, so pena de volver á la guerra pasada. Y cesando en el rey este propósito, cesó el de los caballeros amigos de los Abencerrages. Dieron aviso al rey Mulahazén como habian salido los Abencerrages á cumplir su des-

tierra; lo cual sintió mucho, y dijo que él los volvería á Granada á pesar de su hijo y de sus consejeros. Los Abencerrages fueron adonde el rey don Fernando estaba, y en su compañía iban Sarracino y Galiana, Reduan y Haja, Abenamar y Fatima, Zulema y Daraja: todos con muy firme propósito de recibir el bautismo, como lo hicieron. Y llegados á la real presencia del rey don Fernando, fueron de él y de su corte muy bien recibidos, y á otro dia fueron bautizados, siendo el rey padrino y la reina madrina, y los casaron segun órden de nuestra santa madre Iglesia á los que eran casados cuando moros: á todas las cuales ceremonias asistió el rey y la reina y todos los grandes, honrándolos; y fueron hechas fiestas y regocijos por todos, y pasadas les fueron asentadas plazas de muy ventajosos sueldos. A las nuevamente bautizadas hizo la reina doña Isabel damas de su estrado. Los caballeros fueron sentados en compañía de don Juan Chacon, señor de Cartagena, y capitán de caballos. Hizo teniente á un caballero Abencerrage, llamado cuando moro Ali Mahomad Barrax, y cristiano, don Pedro Barrax; Sarracino, Reduan y Abenamar fueron tenientes de capitanes de caballos, como lo fué de don Manuel Ponce de Leon, Sarracino; de don Alonso de Aguilar, Abenamar; de don Pedro Portocarrero, Reduan. En las cuales compañías servian con cuidado, y en las ocasiones se echaba de ver el valor de sus personas; donde los dejarémos por acabar el pleito de la reina Sultana.

Habiendo pasado treinta dias mas de los que habia el rey concedido á la reina Sultana para que diese quien la defendiera, como no habia dado caballeros, mandó el rey que la sentenciasen á quemar, porque así lo disponia la ley. A lo que contradijo el valiente Muza diciendo: « Que no habia podido la reina nombrar caballeros, respecto de las guerras civiles y diferencias que habia habido en Granada, y así no se debia ejecutar la sentencia. » A Muza ayudaron todos los principales caballeros de Granada, salvo Zegríes, Gomeles y Mazas, por ser de su bando. Los Zegríes tuvieron con Muza muchas proposiciones y respuestas de si se habia de ejecutar ó no la sentencia; y vista por el rey la disputa, dió quince dias mas de término á la reina, para que en el espacio de ellos señalase caballeros defensores; lo cual fué á mostrar Muza á la reina, por tener él solo licencia de hablar con ella; y entrando halló á la Sultana triste por ver su plazo ya cumplido, y por la ausencia de Galiana, aunque tenia consuelo con Celimia. Y sentándose Muza junto á la reina, la contó todo lo que habia pasado, y cómo la habian dado quince dias mas de término para que nombrase quien la defendiese; que mirase á quien habia de señalar, y lo dijese con tiempo antes que se pasase el término. Sus bellas mejillas regadas con la inundacion que por los hermosos ojos brotaba, dijo la reina: « Nunca entendí que durara la terrible obstinacion en el cruel rey, tu hermano y mi marido, y que tuviera ya entera satisfaccion de mi lealtad é inocencia; y respecto de esto no he hecho ninguna diligencia en este caso, por saber de cierto que no he cometido el crimen de que me hace cargo, y por las revueltas y sediciones, bandos y guerras que ha habido; pero ahora que veo que la maldad pasa adelante contra mi casto pecho, yo buscaré quien dé entera satisfaccion de mi honra, y castigo ejemplar á los

falsarios. Yo determino de favorecerme de piadosos caballeros cristianos, porque de moros no quiero confiar un caso de tanta importancia; no por la vida, que no la tengo en nada, sino por no dejar tan fea mancha en el honor que con tanta integridad he guardado siempre. » Con estas palabras la reina aumentaba mas su dolorosa pasion y llanto; y era tanto en abundancia, que enternecido el valeroso Muza se le vinieron las lágrimas á los ojos, y esforzándose dijo á la reina: « No derrames esas perlas, bella Sultana: cesen vuestros llantos, que aquí me teneis á vuestro servicio; yo os defenderé, y no morireis aunque sea homicida del rey mi hermano. » Con esto se consoló un poco, y se resolvió de escribir á tierra de cristianos para que viniesen á defenderla algunos caballeros. Celina estaba muy triste por la ausencia de su hermana Galiana; y despidiéndose de la reina se fué y la dejó sola en su retrete; la cual formando querellas de la variable fortuna, se quejaba diciendo:

<p>Fortuna, que en lo escelso de tu rueda Con ilustrada pompa me pusiste, ¿Porqué de tanta gloria me abatiste? Estable te estuvieras, firme y queda, Y no abatirme así tan al profundo, Adonde fundo Dos mil querellas A las estrellas, Porque en mi daño Un mal tamaño Con influencia ardiente premio vieron, Y en penas muy estrañas me pusieron. Oh mil veces bien afortunados Vosotros Bencerrages, que muriendo Salísteis de trabajos, feneciendo Los males que os estaban conjurados; Y os puso en libertad gloriosa suerte, Aunque era fuerte; Mas yo, cuitada, Aprisionada, Con llanto esquivo, Muriendo vivo: Y no sé el fin que habrá mi triste vida, Ni á tantos males cómo habrá salida. Naufragios tristes pasa mi ventura, En lágrimas se anega mi contento; Secóse ya mi flor, llevóse el viento Mi bien, dejándome en gran desventura. ¿Adónde está lo escelso de mi pompa? Bien es que rompa Con llanto eterno El duro infierno, Y favor pida Como afligida, Diciendo que ya el suelo no me quiere; Que se abra, y que me trague si quisiere. Si el vulgo no dijera que mi honra De todo punto estaba ya manchada, Yo diera con aguda y dura espada El postrimero fin á mi deshonra;</p>	<p>Mas si me doy la muerte, dirá luego El vulgo ciego, Que habia gran culpa, Y no disculpa; Pues con mi mano Tomé temprano La muerte aborrecida y fuerte; Y así no sé si viva ó me dé muerte. Si del horrendo lazo el negro sino De cárdeno color no se estampase, De suerte que en el cuello declarase La causa de furor tan repentino; Yo diera el tierno cuello al lazo estrecho, Y muy de hecho, La ira temo En grande extremo; Que de otra suerte Aquella muerte Ya fuera por mi mal bien escogida, Si muriendo quedara yo sin vida. Dichosa tú, Cleopatra, que tuviste Quien del florido campo te trajera La causa de tu fin, sin que supiera Ninguno por cual modo feneciste: Apenas se hallaron las señales, Ya funerales, Del ponzoñoso Aspid piadoso, Que con dulzura En la blancura De tu hermoso brazo fué obrando Con venenoso diente, tierno y blando. Y si de cautiverio y servidumbre, Ilustre reina, fuiste libertada, Y á la soberbia Roma no llevada En triunfo como era de costumbre; Yo, cuitada, que muero sin remedio, Por no haber medio, Cual tú le hubiste, Gran mal me embiste;</p>
--	---

Y mi enemigo
Hará conmigo
Un triunfo desigual á mi limpieza,
Pues se le entrega al fuego mi nobleza.
Mas aunque falte el áspid á mi medio,
Yo romperé mis venas, y la sangre
Haré que en abundancia se desangre,
De suerte que el morir me sea remedio;

Y así el Zegrí sangriento que levanta
Con furia tanta
El mal horrible,
Y tan terrible
En daño mio;
En Dios confío
Que no triunfe de mí en aqueste hecho,
Pues no verá partirme el duro pecho.

Estas y otras lastimosas cosas decia la afligida Sultana con intento de romper sus transparentes venas para desangrarse; y resuelta en darse este género de muerte, llamó á Zelima y á una doncella cristiana, llamada Esperanza de Hita, que la servia, la cual era natural de la villa de Mula; y llevándola su padre y cuatro hermanos á Lorca á desposarla, fueron salteados de moros de Tirieza y Jaquena; y defendiéndose los cristianos, mataron mas de diez y seis moros; y siendo mortalmente heridos los cristianos, cayeron muertos los caballeros. La doncella fué cautiva y presentada al rey, y él la dió á la reina por ser hermosa y discreta. Venidas Zelima y Esperanza al llamado de la reina, les dijo: « Celima bella, discreta Esperanza, aunque tu buen nombre no me la da en mi pena, ya sabes la injusta prision mia, y cómo se ha pasado el término en que habia de dar caballeros que me defendieran; aunque respecto de estas guerras que ha habido, me ha dado el rey quince dias de término mas, cuando entendí que estaba arrepentido en su yerro, y seguro de mi castidad. El tiempo es breve, y no sé á quien encargue este negocio. Sabed que tengo acordado de darme yo misma la muerte, y será abriéndome las venas de los brazos, y que vayan destilando la sangre que me alimenta. Elijo esta muerte, porque los traidores Zegríes y Gomeles no me vean morir: solo una cosa os ruego, por ser lo último y postrero, y es que al punto que acabe de espirar (tú, Celima, sabes donde entierran los cuerpos reales), abrais los antiguos sepulcros, y allí pongais mi cuerpo, aunque desdichado; y tornando á poner las losas como de antes estaban, me dejéis, callando el secreto, el cual encargo á las dos; y á tí, Esperanza, te dejo libre, que eres mia: tomarás mis joyas para tu casamiento; y cástate con quien te estime, y escarmentad en esta desdichada reina. Lo que os he rogado, os vuelvo á pedir de nuevo, y no me falteis en nada, porque con eso moriré contenta. Y no cesando de llorar tomó un cuchillo de su estuche, y alzándose la manga de la camisa se iba á herir; mas Esperanza de Hita la tuvo el brazo llorando amargamente, y con amorosas y blandas palabras la consoló con las razones siguientes:

Hermosísima Sultana, no te aflijas,
Ni á las lágrimas des tus lindos ojos,
Y pon en Dios inmenso tu esperanza,
Y en su bendita Madre, y de esta suerte
Saldrás con vida, junto con victoria,
Y á tu enemigo acerbo en este instante
Verás atropellado duramente.
Y para que esto venga en cumplimiento,
Y en tu favor respire el alto cielo,

Pon toda tu esperanza con fe viva
En la que por misterio muy divino
Fué Madre del que hizo cielo y tierra,
El cual es Dios inmenso y poderoso,
Y por misterio alto y sacrosanto
En ella fué encarnado, sin romperse
Aquella intacta y virgen carne santa.
Quedó la infanta virgen y doncella
Antes del sacro parto, y en el parto,

Y tambien despues de él vírgen muy pura.
Nació de ella hecho hombre, por reparo
De aquel pecado acerbo, que el primero
Padre que tuvimos cometiera;
Nació de aquella Vírgen, como digo;
Despues en una cruz pagó la ofrenda,
Que al mas inmenso Padre se debia;
Allí en todo rigor la fué ganando,
Por darle al pecador eterna gloria.

En esta Vírgen, pues, reina y señora,
Ahora te encomienda en este trance,
Y tenla desde hoy por abogada,
Y tórnate cristiana; y te prometo,
Que si con devocion tú la llamases,
Que en limpio sacaria esta tu causa.

La reina estuvo á todo muy atenta,
Y llena de consuelo halló en su alma
Con las palabras dulces y discretas
Que la Esperanza dice, y consolada,
Habiendo en su memoria ya revuelto
Aquel alto misterio de la Vírgen;
Teniendo ya impreso allá en su idea,

Que gran bien le seria ser cristiana,
Poniendo en las reales y virgíneas
Manos sus trabajos, tan inmensos;
Y así abrazando á su Esperanza, dijo:
« Han sido, mi Esperanza, tus razones
Tan vivas y tan altas, que en un punto
Con penetrante fuego han allegado
A lo que muy mas íntimo tenia
Allá en mi corazon, y mas secreto,
Y con afecto grande se han impreso;
Tanto, que yo querria que ya fuese
Llegado el feliz punto, tan dichoso,
En que cristiana fuese; y te prometo
Tener por abogada á la que Madre
De Dios inmenso fué por gran misterio.

Y así lo creo yo, como tú dices,
Y á ella me encomiendo ya, y ofrezco
En sus benditas manos mis angustias
Con esperanza viva de remedio:
La pongo desde hoy, y en Dios confío
Por su bondad inmensa, que me saque
De tan terribles males á buen puerto.»

Atenta estuvo á todas estas cosas Zelima, y enternecida en lágrimas viendo así llorar á la reina, y determinada de seguir los mismos motivos, y de tornarse cristiana, con amorosas palabras dijo á la reina: «No imagines, hermosa Sultana, que aunque tú te vuelvas cristiana, yo dejaré de seguir tu compañía, para que de mí sea lo que de tí fuere: yo tambien quiero ser cristiana, porque entiendo que la fe de los cristianos es mucho mejor, que la mala secta que hasta ahora hemos guardado del falso Mahoma. Y pues todas estamos en un mismo parecer, si se ofreciere morirémos por Jesucristo, y conseguiremos vida eterna.» La reina escuchaba con el entrañable amor que decia aquellas palabras de Celima, y echándola los brazos, la abrazó, y dijo á Esperanza: «Ya que habemos acordado de ser cristianas, ¿qué harémos para salir de aquí? Aunque mi salida quisiera que fuera para recibir martirio por Cristo, y ser bautizada con mi misma sangre.» A lo cual respondió Esperanza: «Visto, señora, tu buen propósito, te daré buen consejo para que quedes libre de esta falsedad que te levantan. Sabrás, reina y señora, que sirve al rey don Fernando un caballero, que se llama don Juan Chacon, señor de Cartagena, el cual está casado con doña Luisa Fajardo, hija de don Pedro Fajardo, adelantado y capitan general del reino de Murcia: es muy valiente el don Juan Chacon, y muy amigo de hacer bien á todos los que poco pueden. Escríbele, señora, que yo sé que, si le pides su favor, que no te le negará, porque es muy piadoso, y luego buscará amigos que vengan con él á librarte; y entiendo que cuando ninguno le quiera acompañar, que él solo vendrá; porque te certifico que es de esfuerzo estremado, y dará fin á tanta desventura como tienes, y nos aliviará en nuestra gran pena, causada de la tuya y de tu cruel prision.» — «Pues tan buen consejo me diste, dijo la reina, para lo mas importante, que no fué de menos que ganar un alma perdida, no dejaré de tomar tu con-

sejo, que es para lo menos, por ser libertad del cuerpo, y al momento me pondré á escribir á este caballero; » y dándole recado escribió una carta á don Juan Chacon, que decia así :

« La infeliz y desdichada Sultana, reina de Granada, del antiguo y
 » claro Moraizél hija; á tí, don Juan Chacon, señor de Cartagena, sa-
 » lud para que con ella, ayudado de Dios nuestro Señor y de su santí-
 » sima Madre, puedas darme el favor que mi gran necesidad te pide, en
 » la cual muy grandemente estoy puesta por un testimonio que me han
 » levantado unos traidores caballeros, que son Zegríes y Gomeles, di-
 » ciendo que violé con varon ageno el aposento real de mi marido, y que
 » delinquí con un noble caballero llamado Albin Hamete, Abencerrage;
 » lo cual ha sido causa é instrumento para que los caballeros Abencer-
 » rages fuesen degollados sin tener culpa; y no obstante esto, haber por
 » ello en aquesta desdichada ciudad guerras civiles, de las cuales se han
 » seguido muchas muertes de caballeros; y lo que mas siento es, que
 » haya puesto dolo en mi honra, tan sin culpa, y que si en espacio de
 » quince dias no doy quien defienda mi honor, se ha de ejecutar en mí la
 » sentencia en que estoy condenada, que es á morir quemada; y avisán-
 » dome una cautiva cristiana de tu valor, esfuerzo, piedad, virtud y bon-
 » dad, acordé de favorecerme de tí, pues eres padre de necesitados, y
 » vengador de agravios. Mi necesidad es grande, pues soy muger sola,
 » desconsolada y triste; mi agravio es el mayor que en el mundo se ha
 » hecho, pues se han atrevido traidores á poner mácula en mí, y á leván-
 » tarme tal testimonio; lo que jamás imaginé. Yo estoy afrentada, y en
 » el peligro dicho: si no me socorreis soy perdida. No me negueis
 » vuestro favor, pues encomiendo en vuestras manos mi honra; y si por
 » ser yo infiel no me quereis favorecer, consideraréis que no lo soy, sino
 » que creo en Dios todopoderoso, y en la Virgen Santa María, su madre,
 » en quien confio me alcanzaréis gloriosa victoria de mis enemigos, con
 » la cual quedará libre mi honra, y se sabrá la verdad cierta; y confio
 » que os doleréis de esta desconsolada reina: no mas. De Granada, etc.

» *Sultana, reina de Granada.* »

Acabada de escribir la carta, se la leyó la reina á Celima y á Esperanza, de que se holgaron mucho viendo su buen parecer, y cerrada y sellada, y puesto el sobreescrito, enviaron á llamar á Muza; y venido, lo rogó la reina y Celima que enviase con un mensagero fiel aquella carta, y Muza lo prometió así; y aquel dia despachó con lá carta un hombre de confianza; y llegando á la corte dió la carta á don Juan Chacon, y leida respondió á la reina Sultana, consolándola con palabras muy eficaces en una carta del tenor siguiente:

« A tí Sultana, reina de Granada, salud para que yo pueda besar tus
 » reales manos, por la singular merced que me haces en querer servirte
 » de este tu humilde siervo para un negocio tan árduo y de tanta grave-

» dad. Muchos y muy principales caballeros hay en esta corte á quien
 » pudieras mandar lo que á mí; y pues lo mandas, obedezco, y acepto
 » lo que me pides, confiando en Dios y en su bendita madre, y en tu
 » inocencia; y así digo, que el último dia del plazo partiremos á servirte
 » yo y tres caballeros amigos, y no habrá falta: encomiéndate á Dios,
 » el cual te guarde y defienda. De Talavera, etc.

» *Don Juan Chacon.* »

La carta escrita, la cerró y selló con su sello, lazos, flor de lis, blason de sus antepados; y dándola al mensajero, le envió; y llegado á Granada le dió la carta á Muza, y él la llevó á la reina; y habiéndola hablado, y á Celima su señora, se despidió, y en saliendo Muza, abrió la reina la carta y la leyó, presentes Celima y Esperanza de Hita; quedando con mucho contento y consuelo, y aguardando el dia de la batalla. A esta coyuntura se sabia por toda Granada, como los caballeros Abencerrages se habian vuelto cristianos, y Abenamar, Sarracino, y Reduan, de que no poco temor tuvo el rey Chico, y los mandó pregonar por traidores, insistido de los Zegríes y Gomeles. A lo cual no quisieron resistir, ni contradecir los linages de los Alabeces, Aldoradines, Gazules y Venegas, y todos los de su parte, por no mover nuevos escándalos; y tambien porque tenian esperanza que presto volverian á tomar posesion en todos los bienes de que se habia entregado el reyecillo, y porque no les correspondia aquel pregon, por ser ya cristianos, y porque era notoria la pasion y odio que tenia á estos virtuosos y nobles caballeros Abencerrages: endonde los dejarémos por hablar de don Juan Chacon, el cual habiendo despachado el mensajero de la reina, se puso á considerar á qué caballeros hablaria para llevar á la defensa de la reina, que fuesen de confianza para la satisfaccion de aquel caso; y por otra via se determinaba á emprender aquel hecho él solo; y sin duda saliera con su intencion, por ser de corazon animoso, y valiente por extremo. Tenia grandísima fuerza, y tanta, que de una cuchillada cortaba todo el pescuezo á un toro. Sucedió, pues, que no apartando de su memoria el cuidado de la reina y la palabra dada, un dia se juntó con otros caballeros muy principales y muy estimados: el uno era don Manuel Ponce de Leon, duque de Arcos, descendiente de los reyes de Jeriza, y señores de la casa de Villagracia, salidos de la real casa de los reyes de Francia, y á quienes por señalados hechos que hicieron, les dieron los reyes de Aragon por armas las barras de Aragon, rojas de color de sangre en campo de oro, y al lado de ellas un leon rapante en campo blanco; armas muy acostumbradas del famoso Hector troyano, antecesor suyo, como dicen las crónicas francesas. El otro caballero era don Alonso de Aguilar, gran soldado, belicoso y de muchas fuerzas, y de animoso corazon, amigo de batallar con los moros; y de tanta perseverancia que tuvo en esto, vino luego á morir á manos de los moros, mostrando el valor de su persona, como adelante se dirá. El tercero era don Diego de Córdoba, baron de gran fortaleza, amiguísimo del militar ejercicio; y tanto

que decia , que estimaba mas á un buen soldado , que á todo su estado ; y que merecia comer con el rey , y decir que era tan bueno como él. Finalmente el alcaide de los Donceles , don Manuel Ponce de Leon , don Alonso de Aguilar , y don Juan Chacon estaban en conversacion tratando del reino de Granada , y de la muerte de los Abencerrages tan sin culpa , y de la injusta prision de la reina Sultana , y en el estado que la tenia su marido el rey Chico , porque de todo habian informado los caballeros nuevamente convertidos. Y tratando del miserable estado en que la reina estaba por un testimonio , dijo don Manuel Ponce : « Si fuera lícito , de buena gana fuera yo el primero en defender á la necesitada reina. » — « Yo el segundo , dijo don Alonso de Aguilar , porque estoy condolido de su desgraciada suerte , y al fin es agravio feo en muger noble. » — El alcaide de los Donceles dijo : « Pues yo fuera el tercero , porque considero la afliccion en que estará puesta ; y aunque es mora debemos los caballeros deshacer agravios hechos á personas de tal calidad , y nunca los cristianos perdemos la buena obra que hacemos. » — « Sepamos , señores , dijo don Juan Chacon , qué cosa incierta hallais para que la reina no sea favorecida en este caso. » — « Dos cosas lo impiden , dijo don Manuel : la una , ser mora Sultana , aunque no hago mucho reparo en esta ; la otra , porque no podemos ir sin licencia del rey nuestro señor. » — Dijo el alcaide de los Donceles : « Eso es lo menos , porque sin ella podemos ir de secreto. » — « Pregunto , dijo don Juan Chacon : ¿ si la reina Sultana escribiera á uno de los que estamos aquí , pidiendo favor y ayuda en una necesidad como la que tiene , y que quiere ser cristiana , aunque aventure la vida , dejaria de ir á la batalla ? » — Respondieron todos , que mil vidas que cada uno tuviera , las emplearia en un caso tan honroso. Muy alegre con la respuesta metió la mano en el pecho don Juan Chacon , y sacó la carta diciendo : « Por esa vereis como me hace cargo la reina de la satisfaccion de su honor , y me pesa de que en particular me señale , habiendo en esta corte tanta flor de caballeros. Avisé de ir con otros tres caballeros si los hallo , y si no , iré solo á tener batalla con los cuatro moros , que yo confio en Dios y en la inocencia de la reina , que alcanzaré victoria ; y si la fortuna me fuere adversa y muriere en la batalla , yo la tendré por dichosa muerte. » Habiendo leído la carta de la Sultana los tres caballeros , y viendo como decia en ella que queria ser cristiana , y de la deliberada determinacion del señor de Cartagena , dijeron que ellos le acompañarian en aquella ocasion ; y así ordenaron de partirse sin licencia del rey , y sin dar cuenta á nadie. El andaluz , astuto guerrero , alcaide de los Donceles , dijo que seria bien que fuesen en trage turquesco , porque en Granada no fuesen conocidos de algunas personas , especialmente de los cautivos. Todos dijeron que era acertado aquel parecer ; y así aderezaron ricas libreas á lo turco , y previniéndose de armas y caballos , y de todo lo necesario para su viage , partieron de Talavera sin escuderos por ir mas encubiertos ; dejaron dicho en sus posadas que iban á montería. En todo el camino no entraron en poblado : en campaña dormian , y en las ventas compraban su menester ; y así llegaron á la Vega dos dias antes que se cumpliese el

plazo, y entraron en el Soto de Roma, donde con quietud descansaron todo un dia, y estuvieron la noche á orilla del fresco Genil; y la mayor parte de ella trataron del órden que habian de tener para conseguir el efecto de aquella batalla. Venida la mañana, alegres se alistaron para ir á Granada, y se pusieron sobre las fuertes armas las vestiduras turquescas; y subiendo en sus caballos salieron á lo raso de la Vega, por donde se iban poco á poco acercando á Granada, mirando á todas partes, y alegrándoles su muy hermosa vista, y la diversidad de riberas, huertas, cármenes y jardines, que les parecia un paraíso terrenal. Y no se admire el lector del encarecimiento, porque puede creer que no hay maceta de claveles ni de albahaca regalada y cultivada en casa de los señores, como los moros tenian cada palmo de tierra, aun en los cerros, como hoy dia aparecen muchas ruinas; y así les producía la tierra que era maravilla; y puede considerarse su mucha fertilidad porque un año antes que se ganara Granada, sustentaba ciento y ochenta mil hombres de pelea, sin viejos, niños y mugeres. Yendo, pues, los famosos caballeros á Granada, atravesando por la Vega dieron en el camino de Loja, por el cual vieron venir muy apriesa á un caballero moro, que parecia ser de valor por su buen talle y librea. Era la marlota de damasco verde con muchos tejidos de oro, y plumas verdes, blancas y azules. En medio de la adarga blanca estaba pintada un ave fenix, puesta sobre unas llamas de fuego, y una letra en círculo que decia: *Segundo no se halla*. El caballo era bayo, cabos negros, y en la gruesa lanza puesto un pendoncillo verde y rojo. Parecia tan bien el moro, que dió grandísimo contento su vista á los caballeros, y le aguardaron á que llegase, y en llegando les saludó en arábigo, y el alcaide de los Donceles le respondió en el mismo language. El moro detuvo su priesa, y mirando la buena postura y talle de los cuatro caballeros, les dijo así: « Aunque la priesa que llevo es grande, y la gravedad de mi cuidado no requiere dilacion, el deseo de saber si gustais de decir quién sois, me obliga á detener las riendas, porque caballeros como vosotros son muy peregrinos en esta tierra, y no solemos ver semejantes galas si no es en caballeros ó embajadores que vienen de la parte del mar Líbico á tratar algo con el rey de Granada, aunque es verdad que no traen el apercebimiento de armas que parece teneis debajo de las marlotas, ni caballos tan ligeros de guerra; y si gustais de que vamos juntos, seré contento en llevar tan buena compañía, y no me negueis quien sois, por lo que debeis á ley de caballeros. » Don Juan Chacon le respondió en turquesco, que eran de Constantinopla. Pero el deseoso moro no le entendió, y así dijo: « No entiendo esa lengua, hablad en arábigo, pues sabeis. » Entonces respondió el alcaide de los Donceles en algarabia: « Nosotros somos de Constantinopla, de nacion Genízaros, y tenemos sueldos del Gran Señor cuatrocientos de nosotros que estamos de guarnicion en Mostagán; y como tenemos noticia de que en estas fronteras hay muchos cristianos de admirables fuerzas, venimos con intencion de probar las nuestras con las suyas, aunque nos han certificado de que recibís notables daños cada dia de ellos. Desembarcamos en Adra, y andamos mirando esta vega, que es la mejor que

hay en el mundo, á nuestro parecer; y entendiendo de hallar algunos cristianos para escaramucear con ellos, no hemos topado ninguno; y así vamos á ver la nombrada y gran ciudad de Granada, y besarémos las manos al rey, y luego nos volverémos á embarcar en nuestra fragata, y nos irémos la vuelta de Mostagan; esta es la verdad de lo que habeis preguntado. Y pues ya habeis satisfecho vuestro gusto, nos le dareis en decirnos quien sois, que no menos deseo tenemos de saberlo, que el que vos manifestásteis tener de saberlo de nosotros.» — «A mí me place, dijo el moro, de daros cuenta de lo que me pedís; pero caminemos, y en el camino os daré larga cuenta de lo que deseais saber.» — Vamos, dijo D. Alonso de Aguilar; y diciendo esto caminaron muy apriesa, y el enamorado Gazul comenzó á contar su historia en esta manera: «Sabed, señores caballeros, que á mí me llaman Mahomad Gazul, que soy natural de Granada y vengo de Sanlucar, porque allí está la prenda mas querida y mas amada que tengo en esta vida; mi hermosa dama, llamada Lindaraja, del linage de los nobles caballeros Abencerrages. Ausentóse de Granada respecto á que el rey de ella mandó que saliesen desterrados los Abencerrages, sin culpa, habiendo ya degollado á treinta y seis caballeros de ellos, que eran la flor de todo el reino. Esta fué la causa que movió á mi señora á salir de Granada; y se fué á Sanlucar en casa de un tio suyo, y yo la acompañé. Con la vista de mi señora vivia contento, y ahora no lo estoy. Supe en Sanlucar como los Abencerrages se habian tornado cristianos y servian al rey don Fernando, y que en Granada habia grandes alborotos y guerras civiles, y la reina Sultana estaba presa en juicio de batalla; y como soy de su parte y todos los de mi linage, vengo para ser uno de los cuatro caballeros que han de defender á la reina, siendo hoy el postrero dia del plazo; y por tanto demos priesa porque no llegue yo tarde, y con esto he cumplido mi promesa, y os he dicho el hecho de la verdad.» — «Por cierto, señor caballero, dijo don Manuel Ponce, que nos habeis admirado, y á fe de caballeros, que me holgaria que la señora reina quisiese que nosotros cuatro fuésemos señalados para su defensa, que por su alteza hiciéramos todo lo posible hasta perder las vidas.» — «Pluguiese al santo Alá que en vuestros brazos poderosos pusiera la restitution de su honra la reina, que bien entiendo que estaba segura la victoria, y tengo de hacer las diligencias posibles para que os señalen, aunque he oido que no quiere encomendar la reina su causa á moros, sino á cristianos.» — «Cuando eso sea, dijo don Manuel Ponce, no somos moros, sino turcos; de nacion genízaros, hijos de cristianos.» — «No decís mal, respondió Gazul, que por esta via seria posible que la reina os escogiese para su defensa.» — «Dejando esto aparte, dijo don Juan Chacon; señor Gazul, ¿qué caballeros cristianos son los de mas fama, y que mas daño hacen en este reino?» — Respondió Gazul: «Los que nos corren la Vega muy á menudo, y á quien temen los fronterizos de esta comarca, son don Manuel Ponce de Leon, y á don Alonso de Aguilar, y á Gonzalo Fernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles, y á Portocarrero, y á don Juan Chacon, y al gran maestro. Estos caballeros son asombro de esta tierra, y sin aquestos hay

otros muchos caballeros en la corte del rey don Fernando, que nos destruyen por momentos. » — « Mucho nos holgáramos de vernos con esos caballeros, dijo don Alonso de Aguilar. » — « Pues á ley de moro hidalgo, respondió Gazul, que habíais de hallar un Marte en cada uno de los ya nombrados, y en Granada os contaré cosas que han hecho, que os pongan espanto. » — « Mucho nos alegraríamos de oirlas, por tener que contar en nuestra tierra, dijo don Manuel, y caminaron apriesa. Dejarémoslos hasta su tiempo, por tratar lo que pasaba en la ciudad de Granada á esta sazón.

CAPITULO XV.

En que se da cuenta de la batalla que se hizo entre los cuatro caballeros cristianos y los cuatro moros sobre la libertad de la reina, y cómo vencieron los cristianos y mataron á los moros, y cómo la reina fué libre; y de otras cosas mas.

Con grande tristeza estaba la noble ciudadana gente de Granada, porque se habia cumplido el término á la reina Sultana; y sentian mas la pena, porque no habia señalado quien hiciese la batalla contra los acusadores; y así muchos caballeros fueron á suplicar al rey, que la volviese en su gracia, pues estaba sin culpa, y se echaba de ver su inocencia en que en los términos que se le habian dado no habia señalado caballeros que volviesen por ella, y que no diese crédito á los Zegríes, pero no aprovechaban sus ruegos, porque estaba partinaz, inducido de los falsos acusadores Zegríes para que su mentira fuese adelante; y así daba por respuesta, que de no dar defensores aquel dia, que al siguiente se ejecutaria la sentencia de la reina; y mandó que se hiciese en la plaza de Vivarrambla un teatro donde estuviese la reina, y los jueces que habian de determinar su causa: los cuales fueron Muza, y un Azarque, y otro Almoradi; y deseaban buen suceso en aquel caso, y tenian presupuesto de hacer por la reina todo lo que pudieran. El tablado fué todo enlutado, y los jueces subieron al Alhambra para traer á la reina á la plaza, al sitio de la lid, y con ellos fueron muchos caballeros para venir acompañando á la reina. Los Almoradis, Almohades, Aldoradines, Gazules, Venegas, Alabeces y Marines querian quitar á la reina, y darle de puñaladas al rey y quemarle la casa; pero fueron aconsejados que no hiciesen tal, porque aunque salvarsen la vida á la reina, su honra quedaba manchada y oscurecida, y era argumento de verificación; porque diria el vulgo loco, que porque estaba culpada, y saber de cierto que la habian de condenar á muerte, no consintieron que se hiciese batalla, y era en favor de los acusadores haciendo su mentira verdad. Fué muy eficaz esta razon para que desistiesen de su propósito, confiando en que la bondad y sencillez de la reina la habian de librar. Pues entrando los jueces en el Alhambra no los dejaba pasar adelante el rey Mulahazén diciendo que no habian de llevar á la reina para ponerla en acusacion. Muza y los demas caballeros le di-

jeron, que era conveniente al honor de la reina poner su causa en juicio, porque por aquella via quedaba su honor limpio; y de no dar licencia que la llevasen, quedaria probada la causa, y los Zegríes con su intencion. El rey preguntó si tenia la reina caballeros que la defendiesen; Muza dijo que sí, y que cuando no los hubiera, él mismo en persona haria la injusta batalla. Con esto dió licencia para que entrasen; y así Muza y los dos jueces entraron, quedando todos los demas fuera del Alhambra: y llegando Muza á donde estaba la reina, la halló hablando con Celima sin ninguna pena de lo que aguardaba, que bien sabia que no tenia mas de aquel dia de plazo; pero confiada en don Juan Chacon, estaba sin ninguna congoja, y tambien porque, si no venia don Juan Chacon, y ella fuese sentenciada á muerte, en morir cristiana llevaria mucho gozo, porque empezaria á vivir para siempre, y con esto estaba la mas alegre y contenta que se podia imaginar. Mas así como vió á Muza acompañado de aquellos caballeros que con él venian, luego presumió á qué era su venida, con la cual sintió alguna turbacion y pesadumbre, y con ánimo varonil hizo en esto la resistencia que pudo, porque no se entendiera su flaqueza. Muza y los caballeros, así como vieron á la reina y á Celima, hicieron el debido acatamiento, y dijo Muza: « Grande ha sido el descuido que vuestra alteza ha tenido en nombrar caballeros, siendo hoy el último dia que teneis de plazo: ¿ qué determinais? » — « No tengais pena, dijo la reina, que yo confio en Dios que hoy se ha de saber la verdad de mi sincero pecho, y que no han de salir con su mala intencion los falsos acusadores, y que tengo de triunfar de ellos; y cuando Dios se sirva que por mis pecados sean vencidos mis defensores, y en mí sea ejecutada la sentencia que contra mí se ha pronunciado, yo partiré contenta de esta vida mortal para gozar de la eterna. » Muza no entendió el secreto de las palabras, y así dijo: « Yo he querido que siga aqueste juicio de vuestra alteza por justicia, por causa de algunas presunciones de gente ignorante y de poca experiencia, aunque debeis mucho á todos, porque cada uno siente vuestra pena como si fuera suya propia; y porque se acrisole y apure mas el oro de vuestra castidad, y porque sean castigados los traidores que la han deslustrado. Así, señora, sabed que venimos por vuestra alteza estos caballeros y yo, que somos jueces de vuestra causa, y todos siervos vuestros, y harémos lo que debemos. Podréis luego señalar caballeros, que cien mil hay que os desean servir en esta ocasion tan honrosa. Vuestra alteza venga á la plaza y Zelima tambien, porque haya buen suceso. » — « Vamos, dijo la reina, y venga conmigo Esperanza, que es mucho el amor que la tengo, y ha sentido mucho mi afrentosa prision y tristeza, y será bien goce del contento, como confio en el poderoso Dios que nos le ha de dar con el triunfo de la victoria; » y diciendo esto se entraron todas en el retrete y se vistieron de negro, y en saliendo del aposento dijo la angustiada reina al valeroso Muza: « Mucho contento recibiré en que, si mi desdicha fuere tanta que mis valedores sean vencidos, que todo lo que hay mio en este aposento se le dé á Esperanza, y libertad, porque esta es mi última voluntad por lo bien que me ha servido. » No pudo sufrir la reina las lágrimas, diciendo estas palabras; y lloraba con

tanta tristeza y dolor de su afecto, que movió los varoniles pechos á acompañar su llanto; y dándole Muza la mano salieron fuera del Alhambra adonde estaba una litera, y entraron dentro de ella la reina, Celima y Esperanza. Allí estaban para ir la acompañando, vestidos de luto, muchos caballeros de los Alabeces, Gazules, Aldoradines, Venegas, Almohades, Marines, y otros muchos linages, y debajo de las marlotas y albornoces negros llevaban muy fuertes armas, con intento de romper aquel día con los Zegríes, Gomeles y Mazas, por si fuese necesario; y si no fuera por la honra de la reina, sin duda aquel día se perdiera Granada. Y así recelosos los Zegríes, Gomeles, Mazas, y los de su bando llevaban armas fuertes debajo de sus marlotas y alquifas por si sus contrarios les quisiesen acometer. No se vió jamás Granada en sus guerras y trabajos tan á pique de perderse como aqúeste día; pero quiso Dios que sin escándalos ni guerras se acabase aquel negocio. En llegando á la calle de los Gomeles salian á los balcones y ventanas dueñas y doncellas llorando amargamente á la desventurada reina; de suerte que á sus llantos y gritos se movió toda la ciudad á compasion, y maldecian al rey y á los Zegríes á grandes voces. De esta manera entró la litera en la calle del Zacatin, donde mas se aumentaron los sollozos, suspiros y vocería. Llegada la caballería y la reina á la plaza, fué puesta la litera junto al tablado. Muza y los otros dos jueces sacaron á la desconsolada reina Sultana, á Celina y á Esperanza de Hita, y las subieron al enlutado tablado por unas ventanas de una casa, y en el tablado habia un estrado de paños negros y bastos. Allí se sentó la reina muy afligida y llorosa, por ver que en pública plaza habia de ser juzgada, y junto á ella sentó á Celima, y á sus piés á Esperanza de Hita; allí fueron los llantos, allí fueron los gritos de hombres, niños, damas y doncellas, que no pudieran ser mayores los de Roma y de Troya cuando se veian quemar sin tener remedio. Todas las ventanas, balcones y azoteas estaban llenas de gente, y en la plaza habia grandísima multitud, y todos no cesaban de llorar y de hacer gran sentimiento viendo las lágrimas que derramaba la reina, su doncella y su esclava. A un lado del tablado en otro estrado se sentaron los jueces para juzgar la causa, y de allí á poco espacio se oyeron veinte trompetas de guerra, y mirando lo que era vieron venir á los cuatro acusadores de la reina que venian armados y puestos á punto de batalla, y en muy poderosos caballos. Traían sobre las armas marlotas verdes y moradas, pendoncillos y plumas del mismo color. Traían en las adargas unos sangrientos alfanges con una letra en torno, que decia: *Por la verdad se derrama*. De aquesta forma llegaron los cuatro mantenedores de la maldad, acompañados de los Zegríes, Gomeles y Mazas, y de todos los demas de la parcialidad, hasta llegar á un grande y espacioso palenque que estaba hecho junto al tablado. Era tan grande como una carrera de caballo, y muy ancho; y abierta una puerta del palenque entraron los cuatro caballeros acusadores, que eran Mahomad Zegrí, el caudillo de la traicion, Hamete Zegrí, Mahandon Gomel y Mahandin. Así como entraron tocaron de su parte muchos instrumentos. Todos los de este bando se pusieron al lado izquierdo del tablado, porque al derecho estaban los caballeros deudos de la reina. Es-

taban todos aguardando á ver á quién habia de nombrar la afligida reina; y visto que desde las ocho de la mañana estaban allí, y que eran ya las dos de la tarde y no habia señalado defensores, ni parecia ninguno, estaban todos con grande pena, y no sabian cuál era el pensamiento de la reina, pues tan descuidada estaba en un negocio que no le importaba menos que honra y vida; y no menos pena tenia la reina viendo que era tan tarde y no habia venido don Juan Chacon, en quien, despues de Dios, tenia esperanza de su libertad, y no entendia qué causa le hacia faltar á la palabra dada. Malique Alabéz y un Aldoradin, y otros dos caballeros se llegaron al tablado, y dijeron en alta voz: « Si gusta la reina de que la sirvamos en esta ocasion, dé licencia que la defendamos y lo pondremos por obra. » A lo cual respondió la reina; que ella lo agradecia, y que queria esperar otras dos horas; y que si no viniesen ciertos caballeros que tenia prevenidos, que ella aceptaba la oferta; y así se retiraron á sus puestos. Pero no pasó media hora cuando se oyó un gran ruido y alboroto, al cual mirando toda la gente vieron entrar por la plaza cinco caballeros muy galanes, los cuatro vestidos á lo turquesco y el otro á lo moro, el cual fué conocido de todos que era Gazul: á los demas tuvieron por extranjeros, y así concurría toda la gente á ver los forasteros. Los parientes de la reina y los demas caballeros le daban la bienvenida á Gazul, y en particular sus deudos, y le preguntaban todos si conocia aquellos caballeros que con él venian. Y él respondió que no, sino que en la Vega se habian juntado. Y con aquesto llegaron al cadalso donde estaba la reina Sultana y los jueces, los cuales deseaban saber la causa de su venida; y llegados miraron á la triste reina, y les quebró el corazon verla en tan miserable estado; y mirando toda la plaza vieron el gran palenque, y dentro de él á los acusadores de la reina; y espantados de la mucha gente que habia, dijo don Juan Chacon en turquesco á los jueces si podia hablar á la reina dos palabras. Los jueces dijeron que no le entendian, que hablase en arábigo, y él lo dijo en algarabía; y Muza respondió que sí, que subiesen. Don Juan subió al tablado, y haciendo su acatamiento á los jueces se fué á la reina, y hecha la reverencia, habló alto que los jueces lo entendieron, diciendo: « Con la procela del océano, reina y señora, fuimos arribados al mar de España, y desembarcamos en Adra, y venimos con intento de escaramucear con algunos cristianos, y buscándolos en la Vega no encontramos ninguno; y viniendo á ver esta ciudad nos alcanzó en el camino un caballero moro, y nos dió cuenta del desastrado estado de vuestra alteza, y cómo no teniais caballeros nombrados para vuestra defensa, y que no quereis que vuestra causa defiendan moros, sino cristianos. Yo y mis compañeros somos turcos genízaros, hijos de cristianos, y doliéndonos de vuestra contraria y adversa fortuna, movidos de piedad de vuestra inocencia, venimos á ofrecernos para hacer esta batalla; y si vuestra alteza nos quiere admitir, yo os prometo á ley de caballeros, por mí y en nombre de mis compañeros, que harémos en este negocio todo lo que pudiéremos. » Cuando decia esto don Juan Chacon, tenia en la mano la carta de la reina, y al descuido la dejó caer en sus faldas, sin que se reparase en ello por los jueces, y cayó el sobrescrito há-

cia arriba. La reina pidió á Celima que con recato le diese aquel papel : ella le alzó y se lo dió , y luego conoció su letra y advirtió el secreto , y con disimulacion miró á Esperanza de Hita , que estaba divertida mirando á don Juan Chacon ; y volviendo la cabeza á mirar á la reina , ambas se entendieron mirándose la una á la otra , y maravillada la reina de su trage y disfraz , respondió á don Juan Chacon : « Yo he estado aguardando hasta ahora á cierto caballero que me dió palabra por letra suya , de estar hoy aquí con otros tres caballeros ; y pues ya es tarde , y vos , noble caballero , quereis tomar este cuidado á vuestro cargo y de vuestros compañeros , yo lo agradezco mucho. » Don Juan replicó y dijo : « Yo , señora , me prefiero á hacer lo que ese caballero , y no le reconozco ventaja , ni es mejor que yo ; ni los tres caballeros que habia de traer no excederán en cosa alguna á los que vienen conmigo : sed cierta de esto , señora , y dadnos licencia. » — « Yo la doy , dijo la reina , y creedme , virtuoso caballero , que no debo cosa ninguna en obra ni en pensamiento de lo que se me imputa , y así pelearéis seguros. » Don Juan dijo á los jueces que advirtiesen lo que la reina decia. Lo cual oido por los jueces , mandaron que se escribiese aquel auto y lo firmase la reina : firmó , y haciendo el acatamiento debido á la reina , se bajó del tablado don Juan Chacon , y subiéndolo en su caballo dijo á sus compañeros : « Señores , nuestra es la batalla , empecémosla antes que sea mas tarde. » Los caballeros de la parte de la reina rogaron á los defensores que hiciesen todos sus poderíos , como de tan buenos caballeros se esperaba ; lo cual ellos prometieron , y así con toda la caballería los llevaron en medio , paseándolos y dando vuelta por toda la plaza al son de muchas chirimías , añafles y dulzainas. Entraron en el palenque los caballeros cristianos , y recibiendo pleito homenaje de que en aquel caso harian el deber , cerraron la puerta. En todo este tiempo no quitaba la vista Malique Alabéz de don Manuel Ponce de Leon , porque le parecia haberle visto , y no se acordaba dónde , y decia entre sí : « Válgame Alá , y qué traslado es aquel caballero turco de don Manuel Ponce de Leon ; pero no es él , porque es turco , y él es cristiano ; » miraba el caballo , y conociale por haberle tenido en su poder. Así andaba confuso , si era ó no , y llegándose á un caballero Almoradí , tio de la reina , le dijo : « Si el caballero del caballo negro es el que imagino , cierta está la libertad de la reina. » El caballero Almoradí dijo : « ¿ Quién es ? ¿ Conocéisle por ventura ? » — « Yo os lo diré despues , veamos ahora cómo le va en la batalla. » Diciendo esto , miraron á los caballeros , los cuales descubrian los escudos que eran muy fuertes y relucientes. Ahora , pues , será bien tratar de qué colores eran las ropas turquescas. Eran todas de paño fino de color celeste , guarnecidas con franjones de oro y plata : los albornoces eran de seda azul. Llevaba cada caballero un turbante de toca de seda , listada de oro , y hecho de unas lazadas curiosas. En la parte de arriba del bonete en la punta , puesta una media luna de oro. Los pendoncillos de las lanzas eran azules , y en ellos las armas de sus escudos , porque don Juan Chacon llevaba en su pendoncillo una flor de lis de oro , y en el escudo en un cuartel de sus armas un lobo en campo verde , el cual parecia despedazar un moro. Encima del lobo habia un campo azul , y en

él una flor de lis de oro, y una letra que decia : *Por su mal se devora*, significando que aquel lobo se comia aquel moro por el testimonio que á la reina habia levantado. Don Manuel Ponce llevaba en su escudo el leon de sus armas en campo blanco, y leon dorado : no quiso aquel dia poner las barras de Aragon. El leon tenia entre las uñas un moro que estaba despedazando, y una letra que decia de esta suerte :

*Merece mas dura muerte
Quien va contra la verdad,
Y aun es poca crueldad
Que un leon le dé la muerte.*

El pendoncillo, que era azul, llevaba un leon de oro. Don Alonso de Aguilar no quiso aquel dia poner ningun cuartel de sus armas, por ser muy conocidas : puso en su escudo un águila dorada en campo rojo, las alas abiertas como que volaba al cielo, y en las fuertes uñas llevaba una cabeza de un moro bañada en sangre, que de las heridas de las uñas le salia. Esta divisa del águila puso don Alonso á memoria de su nombre. Llevaba una letra, que decia de esta suerte :

*La subiré hasta el cielo,
Porque dé mayor caida,
Por la maldad conocida
Que cometió sin recelo.*

Asimismo llevaba en el pendon de la lanza este bravo caballero el águila dorada, como en el escudo. El alcaide de los Donceles llevaba por divisa en su escudo en campo blanco un estoque, los filos sangrientos, la cruz de la guarnicion era dorada, en la punta del estoque tenia clavada una cabeza de un moro goteando sangre, con una letra en arábigo que decia de esta suerte :

*Por los filos de la espada
Quedará con claridad
El hecho de la verdad,
Y la reina libertada.*

Muy maravillados quedaron todos los caballeros circunstantes, así los de la una parte, como los de la otra, en ver la braveza de los cuatro caballeros, y mas en ver las divisas de sus escudos, por las cuales conocieron claramente que aquellos caballeros venian al caso determinadamente y con acuerdo; pues las divisas y letras de sus escudos lo manifestaban, y que la reiná los tenia apercebidos para su defensa; y se admiraban grandemente de que en tan pocos dias vinieran de tan lejas tierras; pero considerando que por la mar pudieran haber venido en aquel tiempo, con esto no curaron mas de inquirir ni saber el cómo y cuándo, sino ver el fin de la batalla. El valeroso Muza y los otros jueces se admiraron de ver aquellas divisas; y para gozar mejor de verlas pidió Muza un caballo, y subiendo en él se entró en el palenque, y mandó á un criado que le tu-

viere allí una lanza y una adarga, por si fuera menester. Los dos jueces se estuvieron con la reina, la cual decia: «Esperanza, dime, ¿conociste á aquel caballero que subió á hablarme?» — «Sí, señora, aquel es don Juan Chacon, que aunque viniera mas disfrazado, no dejara de conocerle.» — «Ahora digo, dijo la reina, que es cierta mi libertad, y el vengarme de mis enemigos.» Malique Alabéz y el animoso Gazul, y otros muchos caballeros, parientes y amigos de la reina, se pusieron al rededor del tablado, y por lo que se ofreciese. A este tiempo el alcaide de los Donceles empezó á picar á su caballo, y lozaneando se fué adonde estaban los caballeros acusadores, y llegando á ellos, les dijo en alta voz: «Decid, caballeros, ¿porqué tan sin razon habeis acusado á vuestra reina y señora, y habeis puesto dolo en su honra?» Mahomad Zegrí le respondió: «Acusámosla por ver con nuestros ojos cometer el delito de adulterio, y volviendo por la honra de nuestro rey, le manifestamos.» El valeroso alcaide, lleno de cólera, le respondió: «Cualquiera que lo dijere, miente como villano, y no es caballero; y pues estamos en parte donde se ha de saber la verdad, apercibíos al momento todos los traidores á la batalla, que hoy habeis de morir confesando lo contrario de lo que teneis dicho.» Y diciendo esto don Diego Fernandez de Córdoba, terció con presteza su lanza, y con el encuentro de ella le dió al Zegrí tan terrible golpe en los pechos, que sintió bien la fuerza de su brazo, y quedó lastimado; y si fuera el golpe con el hierro, no hay duda sino que de él muriera. El Zegrí, afrentado por ver que estaba desmentido y ofendido con el golpe, revolvió su caballo, y fué á herir al alcaide, el cual, como hombre experimentado en la guerra y en escaramuzas, se retiró á un lado, y revolviendo sobre el moro que á él venia, comenzaron una trabada escaramuza. Y visto esto, los trompeteros tocaron los instrumentos, haciendo señal de batalla, á la cual se movieron los demas caballeros, los unos contra los otros con gran furia. A don Manuel le cayó en suerte Alí Hamete, á don Alonso, Mahandon; y á don Juan Chacon le tocó el fuerte Mahandin. Reconociendo cada uno su contrario, comenzaron una muy sangrienta batalla, mostrando cada uno su gran valor. Los moros eran muy valientes; pero poco les aprovechaba su valor, porque lidiaban con lo mejor de Castilla; y así andando escaramuceando con admirable braveza, y dándose lanzadas por las partes que podian, don Juan Chacon fué herido en un muslo, de donde le salia abundancia de sangre; el cual como se sintió herido en los primeros encuentros, y que su contrario salió libre sin que llevase otra herida en recompensa, encendido en cólera y saña furibunda aguardó á que volviese á segundarle otro golpe, que entonces le embestiria con toda su furia, y sucedió de la misma manera que lo imaginó, porque el moro muy ufano y gozoso, como sintió que le habia herido, volvió al cebo para tornar á picar en él, diciendo con grande algazara: «Ahora sabreis, turcos, si hay moros granadinos que puedan pelear y resistir á todos los caballeros del mundo;» y diciendo esto se venia á don Juan, el cual estaba sobre el aviso; y viéndole venir derecho y con tanta fuerza, apretó las piernas al caballo, y con valor y furia estraña embistió al esforzado moro, y se encontraron los dos

caballeros tan fuertemente, que parecia haberse juntado dos montes, segun la braveza y furia con que se acometieron. El caballo de don Juan Chacon era mas fuerte y furioso que el del contrario; y así se paró despues de haberle encontrado, y el del moro no se pudo tener, y se cayó de ancas. El moro fué herido muy malamente del bote de la lanza que le dió el valiente don Juan; mas no tan á su salvo, que no quedase con una pequeña herida, y que si entrara mas el hierro, tuviera mucho peligro, por ser en el hueco del costado; pero no fué casi nada, porque no encarnó el agudo hierro. El bravo moro se puso en pié con muy grande presteza, y echando mano á su alfange se vino derecho á desgarretar el caballo de don Juan para que le derribase, y él tuviese lugar de herir á su salvo á don Juan; y aunque pudiera el noble cristiano alancear al moro, por tenerle tanta ventaja de estar á caballo y tener enristrada la lanza, no quiso dar nota de sí, que se pudiera decir que peleaba con tantas ventajas; y así no lo esperó á caballo, sino saltó de él con grande ligereza, y desechando la lanza, puso mano á su espada; y embrazando el escudo se estuvo afirmado, aguardando á su enemigo, el cual llegó, y entre los dos valerosos guerreros comenzaron de nuevo una batalla tan reñida, que causaba grima ver las centellas que saltaban de los escudos; de la cual refriega sacó el moro dos pequeñas heridas; y apartándose un poco para cobrar aliento, volvió á embestir. Don Juan Chacon, como se vió acometer de aquella suerte, confiado en su fuerza, y viendo tan cerca al moro, le tiró un golpe de revés, que le cortó el adarga y le hirió mortalmente en el hombro; y por muy poco cayera, porque le quitó el sentido: lo cual visto por el valiente don Juan, arremetió á él, y le dió un encuentro con el escudo, que desapoderado de sus fuerzas cayó en tierra el moro; y luego le dió una cuchillada que le dividió una pierna de su lugar; y viendo que habia alcanzado victoria de su enemigo, alzó los ojos al cielo, y dió gracias á nuestro Señor Jesucristo; y tomando un trozo de la lanza, se afirmó á él, porque le daba gran dolor la herida del muslo; y arrimándose á una parte del palenque, se puso á mirar la batalla. Luego tocaron los músicos instrumentos de la reina, en reconocimiento del vencido moro, lo cual puso grande ánimo á los tres cristianos, y cobardía á los moros, y perdieron la esperanza de la victoria con tan mal presagio; y mas cuando vieron dar en una ventana muy grandes gritos y hacer tristes llantos, y quien los daba era la muger y hermanas de Mahandin viendo que con angustias mortales se revolcaba en su sangre. Los Zegríes mandaron que se quitasen de allí aquellas mugeres, porque no fuesen sus llantos causa de desmayo en los tres mantenedores del testimonio. Los seis caballeros se combatian con tanta ferocidad, que parecia que en aquel instante empezaba la batalla, haciendo tanto ruido y estrépito, que parecia que peleaban cincuenta caballeros. Don Juan Chacon sentia mucho dolor de sus heridas, en particular del muslo, como ya se habia enfriado; y subiendo en su caballo se puso á considerar si iria á ayudar á sus compañeros, ó á curarse, y no se determinó á ninguna de los dos cosas por no ser notado; y así acordó de esperar el fin de la batalla, porque bien sabia que no duraria mucho, por dos razones; la una por la satisfaccion que te-

nia en el valor y fortaleza de sus compañeros; la otra, porque peleaban con justicia y razon, y defendian la verdad; y así de necesidad los habia de favorecer la fortuna. Peleando, pues, los caballeros con un ánimo admirable, el enojado Mahandon, como vió á su querido hermano Mahandin tendido en el suelo, lleno de sangre, y hecho pedazos, con el dolor tan grande que sentia, dijo á don Alonso de Aguilar: « Permitted, señor caballero, que vaya á tomar venganza de aquel que ha muerto á mi amado hermano, y luego concluirémos vos y yo nuestra batalla. » — « No trabajes en vano, dijo don Alonso; fenece conmigo la batalla, pues tu hermano, como buen caballero, hizo lo que pudo; y no dudes de verte en el mismo estado que tu hermano está, porque la sangre de los nobles Abencerrages vertida sin culpa, y la inocencia de la reina están pidiendo justa venganza contra los que quedais: » y diciendo esto le acometió con furia, y le hirió con la lanza en el costado, aunque no fué grande la llaga. Lo cual visto por el moro, revolvió contra don Alonso, y colérico le arrojó la lanza. Don Alonso que la vió venir con tal presteza, por hurtar el cuerpo al furioso golpe, revolvió su caballo con ligereza; pero no tan á tiempo, que no llegase primero la lanza, y entrándole por la una hijada del caballo, le salió á la otra mas de media vara. El caballo sintiéndose mal herido con la lanza atravesada, empezó á dar bufidos, brincos y corcobos, que no era bastante la dureza del freno para que se sujetase y estuviese sosegado; y visto que no aprovechaba su diligencia, y que por su desgracia se le podia seguir algun daño irreparable, determinó de arrojarse en el suelo, aunque se ponía en mucho peligro, por estar su competidor á caballo; y confiando en Dios nuestro Señor, se arrojó de la silla quedándose en pié con su espada en la mano aguardando á su enemigo. Grande contento y alegría sintió el bando de los Zegríes y Gomeles en ver el estrecho en que habia puesto su pariente al caballero extranjero, y en verle á pié le consideraban ya vencido; y como vió Mahandon á su contrario á pié, recibió mucho contento; y yéndose á él le dijo: « Ahora me pagaréis la muerte de mi hermano; pues me evitasteis de darla á quien se la dió á él. » Y arremetió con el caballo para atropellarle, y el alfange en la mano para herirle. Don Alonso de Aguilar era muy ligero, y se estuvo quedo, como que le queria aguardar; mas al tiempo que llegó dió un salto y se apartó, y Mahandon pasó de largo sin hacer efecto; y revolviendo otras tres veces, tampoco hizo nada. Don Alonso le dijo: « Desciende de aqueso caballo, si no quieres que te le mate, y te podrá suceder peor. » Al moro le pareció buen consejo, y así se apeó; y embrazando su adarga vino á don Alonso, diciendo: « Por ventura me disteis el consejo por vuestro mal. » — « Ahora lo verás, dijo don Alonso; si te dí el consejo, fué solo para darte cruel muerte, justamente merecida por el daño que de tu testimonio se ha seguido; y conviene que los traidores salgan del mundo. » Diciendo esto arremetió á Mahandon, y así entre los dos se comenzó una brava y dudosa batalla, porque ambos eran muy valientes y animosos caballeros. Anduvieron mas de media hora hiriéndose por las partes que podian, y cada uno muy deseoso de vencer á su contrario. Don Alonso muy enojado, y cuasi corrido en ver

que le duraba tanto su contrario, se acercó á él todo lo mas que pudo, y alzando el brazo hizo señal de quererle herir en la cabeza: el moro acudió al reparo para recibir el golpe con la adarga; pero salióle incierto su reparo, porque no ejecutó el golpe en la cabeza, sino que rebatiendo la mano le hirió en el muslo izquierdo de una mala herida, que le cortó gran parte del hueso. El valiente moro que se halló burlado y tan malamente herido, descargó un tan desapoderado golpe encima del bonete de don Alonso, que el águila fué partida por medio; y rompiendo bonete y casco fué herido de una pequeña herida, aunque sintió mucho tormento en la cabeza, porque quedó como sin sentido y aturdido del fiero golpe; y si no fuera de tan animoso corazon, no hay duda sino que cayera en tierra sin dificultad ninguna, y consiguiera su enemigo la deseada victoria: mas como era de corazon fuerte, y nunca se dejó rendir de los trabajos, cobrando el cuerpo aquel ánimo de su corazon bizarro, y considerándose en cierta manera afrentado por ver que un golpe le habia descompuesto su sentido; y encolerizado por verse herido y su rostro ensangrentado, con una cruel furia incomparable le tiró una estocada tan recia, que la adarga ni jaco fuerte no podian resistir la grande violencia de la espada, sino que fué todo rompido, y le metió cuatro dedos dentro del pecho al soberbio Mahandon; y como le cogió ya desangrado de la que le salia por la herida del muslo, no tuvo fuerzas para poder pelear mas, y así cayó de espaldas. Así como don Alonso vió caido á su contrario, arremetió con él para cortarle la cabeza, y poniéndole la rodilla en los pechos vió que estaba espirando: por lo cual no le quiso herir mas, y levantándose dió en su corazon infinitas gracias á Dios por la merced tan grande que le habia hecho; y apretándose la herida de la cabeza con el turbante, se atajó la sangre; y mirando por su caballo le vió muerto, y fué á coger el de Mahandon, y subiendo en él se fué adonde estaba don Juan Chacon, el cual le abrazó, dándole el parabien del vencimiento. A este punto los añafles y dulzainas de parte de la reina tocaron con grande alegría, lo cual causaba tristeza y melancolía á los Zegríes. Cesando la música miraron la batalla que los cuatro caballeros hacian, que era muy sangrienta. Don Manuel Ponce de Leon, y Alí Hamete Zegrí hacian su batalla á pié, respecto á que los caballos se les habian cansado y no podian concluirla como querian, y andaban muy listos procurando cada uno herir al otro por donde mejor podia: despedazábanse las armas y la carne con los duros filos de la espada y cimitarra, de lo que su sangre daba verdadero testimonio. Don Manuel tenia dos heridas y el moro cinco; pero no por eso se vió en él falta de ánimo ni fuerzas, y andaba con tanto ardid intentando por donde podria herir á su enemigo y quedarse él reservado, haciéndole muchos acometimientos. Don Manuel le iba contra todas sus malicias, porque ya le conocia el modo de pelear; y así como vió que don Juan y don Alonso habian ya vencido á sus contrarios, y el alcaide de los Donceles andaba con el suyo muy revuelto y en punto de traerle á aquel extremo, cobró grande ira porque no concluia con su enemigo, y llegándose cerca de él le dió un golpe tan terrible en la cabeza, que, aunque

acudió á repararle con la adarga, no soportó el todo sino alguna parte, y así fué rota con el fino casco, y herido en la cabeza muy mal, y aun le quitó el sentido y dió de manos en tierra sin poderse valer; mas volviendo en sí, temiéndose de su contrario, y de que no fuese causa aquella flaqueza para que su competidor se gloriase de conseguir la victoria, sacando fuerzas de pusilanimidad se levantó, procurando la venganza de la ofensa recibida, y levantando su cimitarra dió un desatinado y fuerte golpe en un hombro de don Manuel y no hizo herida; pero la vida le costó el golpe al moro, porque don Manuel le dió otra junto á la que tenia en la cabeza, que desatinado cayó en tierra derramando mucha sangre, y luego murió. Los añafles de parte de la reina tocaron con mucha alegría por el buen suceso. Don Manuel subió en su caballo, y se fué adonde estaban don Alonso y don Juan, los cuales le recibieron muy alegremente diciendo: « Gloria á Dios, que os ha escapado de las manos de aquel pagano. » Quien en esta ocasion mirara á la hermosa reina Sultana, conociera muy claramente en su bello rostro la grande alegría que en su corazon tenia, viendo que se iban aniquilando sus enemigos, de lo cual á ella se le habia de seguir su libertad, y díjoles á Celima y á Esperanza de Hita: « Sabeis lo que veo, que si don Juan Chacon tiene fama de valiente caballero y lo es, que sus tres compañeros no lo son menos que él, pues con tan sobrado valor han vencido á los mejores y mas valientes caballeros del reino de Granada. » — Esperanza la respondió: « ¿ No dije á vuestra alteza que don Juan tenia muy principales amigos? Mirad si ha salido verdad lo que dije. » — « Dejemos estar eso, dijo Celima, no lo entiendan los jueces, y veamos el fin del caballero que queda, que yo entiendo que no tendrá menos poder que los tres vencedores; » y mirando la batalla vieron como andaba muy revuelto y encendido en la pelea, y aunque herido y cansado, no se vió en él punto de cobardía ni aun imaginacion. El valeroso moro proseguia la batalla con grande dolor y rabia, viendo muerto á su primo hermano y á los dos Gomeles, y él puesto en el mismo peligro, y así peleaba como hombre desesperado, considerando la infamia en que habia incurrido, y mayor por no haber salido con su intento; y con la furia de un loco frenético daba tajos y reveses á diestro y á siniestro, y fuera de orden por si acertara á darle alguna herida penetrante, de la cual muriera el contrario; porque ya que él fuera vencido, como los otros tres de su parte, no quedaran tan triunfantes matando á alguno de ellos; y aunque peleaba con tan grande furia y braveza, no era menos la del valiente alcaide de los Donceles, porque estaba muy airado con su enemigo; y aun porque todos sus compañeros habian alcanzado el lauro y gloria del vencimiento, y estaban ya descansando, le parecia que empezaba de nuevo la batalla, siendo su enemigo de muy grandes fuerzas y astucias para pelear; y considerando que le miraban y que le debian de juzgar por menos que sus compañeros, pues no daba fin á la batalla, poniendo los ojos ensañados en su contrario, apretó con toda fuerza las espuelas al caballo, arremetió al Zegrí, y lo mismo hizo él; y así se embistieron con ánimo y furia increíble; y fué tan recio el encuentro

de los caballeros, que sin remedio hubieron de venir al suelo los dos sin poderse herir el uno al otro; pero apenas fueron en tierra cuando estuvieron en pié, y se acercaron hiriéndose cruelmente, y experimentando cada uno las fuerzas del contrario, porque eran furiosos y desatentados los golpes que se daban, mostrando cada uno la fortaleza de su brazo y el ánimo del corazón. Verdad es que el moro andaba mas orgulloso y ligero, y las heridas que daba casi no ofendian, por tener muy buenas armas el valiente alcaide; pero el golpe que el valeroso alcaide alcanzaba, rompía, cortaba y destrozaba tan fuertemente con la fortaleza de su brazo, que no daba golpe con la espada que no hiciese herida grande ó pequeña. Lo cual visto por el valiente Zegrí, con una rabia crecida, confiando en sus grandes fuerzas, arremetió al alcaide por venir con él á los brazos, el cual se alegró mucho, y así abrazados comenzaron á luchar dando muchas vueltas, y haciendo cada uno lo que podia por derribar á su contrario; pero cada cual echaba de ver el resto de sus fuerzas, y así ambos trabajaban muy en balde, porque no habia robles tan firmes como ellos. El Zegrí era de muy gran cuerpo y fuerzas, que parecia un jayan, y procuraba levantar de tierra á su enemigo para dar de golpe con él en el suelo, y por muchas veces que lo intentó, ninguna salió con su pretension, porque parecia que tenia echadas raices, y que era ponerse á arrancar un nogal de cuajo; de suerte que por mucha diligencia que hacia el Zegrí, era molerse en vano. Reconocido por el alcaide el mal pensamiento de su contrario, echó mano á un puñal buido, y dióle tres golpes por debajo del brazo izquierdo, y tales, que el moro dió grandes gritos sintiéndose mal herido de muerte, y sacando una daga le dió al alcaide otras tres heridas; mas como era ancha la daga no pudo falsear las armas mucho, y así fueron pequeñas. El valeroso alcaide le dió otra muy mala herida en la hijada izquierda, con la cual se acabó de rematar la sangrienta batalla, porque así como le dió la última, sin poderse menear cayó en el suelo desangrándose por las penetrantes heridas, y al tiempo que el alcaide vió en tierra al contrario, fué de presto y le puso una rodilla en los pechos, y enarbolando el invicto brazo le dijo: « Date por vencido, y confiesa la verdad luego, y así no te acabaré de matar. » El malvado Zegrí, viéndose tan mal herido y á voluntad de su competidor, le respondió diciendo: « Ya no es menester darme mas heridas que las que tengo, porque esta postrera bastaba para echar del mundo á un tan gran traidor alevoso como yo; y pues me pedís, vencedor caballero, que declare la verdad, yo la diré: Sabrás que habiendo muerto algunos de mi linage los del bando Abencerrage, y á otros afrentado, y que tanto valian con los reyes que no nos podíamos vengar de ellos, ordené yo mismo que fuesen perseguidos todos los caballeros Abencerrages, y por mi traicion fueron muertos sin culpa; y la reina no debe cosa ninguna de lo que yo la levanté acerca del adulterio de que fué acusada: esta es la verdad; llegado he á punto de decirla, y no hay otra cosa sino lo que he dicho: de todo lo cual estoy muy arrepentido, por haber visto las desgracias y muertes que en este tiempo han sucedido,

y por la afrenta grande en que se ha visto la reina no siendo culpada en ninguna cosa. » Todo lo que el traidor Zegrí decia estaban oyéndolo muchos caballeros , así del bando de la reina, como de los Zegríes; y para mas justificar la causa de la reina llamaron á los jueces para que oyesen todo lo que el Zegrí decia. Luego llegó el valeroso Muza, y los dos jueces que estaban en el cadalso bajaron , y entrando en el palenque tornó á referir el Zegrí lo dicho, y luego espiró. Al momento tocaron con grande alegría muchas chirimías y dulzainas con otros instrumentos músicos por victoria tan importante , que habian conseguido aquellos caballeros estrangeros de los naturales traidores; y cómo por ella se habia sabido la verdad , y le era vuelta y restituida su honra á la casta é inocente reina. A una parte se oian las músicas y grande alegría, y á otra lloros , tristeza y gritos que daban las mugeres y deudos de los Zegríes muertos. Los caballeros vencedores fueron sacados del campo con muy grande honra, hecha por la mayor parte de los caballeros que eran del bando de la reina. Y de esta suerte los victoriosos caballeros llegaron á la reina que ya estaba dentro de la litera en que habia venido, y la preguntaron si habia otra cosa que hacer en aquel caso, ó en otro cualquiera que fuese de su gusto ó de necesidad. La reina dijo : « Que para la satisfaccion entera de su honra bastaba lo que habian hecho , y que recibiria mucho contento en que se quisiesen ir con ella para ser curados de sus heridas. » Los caballeros aceptaron el ruego de la reina, y así salieron de la plaza llevando la música de añafles delante , con mucho contento y alegría. Todo lo cual era al contrario en los mal intencionados Zegríes y Gomeles, porque con tristes llantos sacaron del palenque los destrozados cuerpos de sus parientes, y estuvieron determinados de romper con su contrario bando, y procurar dar muerte á los estrangeros vencedores; y no se determinaron por entonces, porque de allí adelante hubo entre ellos bandos y pasiones mayores que hasta entonces habian tenido, como adelante lo diremos. Los caballeros cristianos llegaron á la posada de la reina, y todos los demas caballeros; y los vencedores fueron curados con gran diligencia de cirujanos, y ellos pusieron sus armas junto á sí , por si algo sucediera. Y aquella noche despues de haber cenado, la reina, Celima y Esperanza fueron á visitar á los cuatro caballeros cristianos ; y despues de haber hablado de los trabajos en que se habia visto aquella ciudad, y de la muerte injusta de los Abencerrages, la reina se llegó un poco mas al lecho de don Juan Chacon, y sentándose le dijo : « El alto y poderoso Jesucristo, y su bendita Madre que le parió sin dolor, quedando Virgen por divino misterio , os den salud entera y vida larga, y os paguen la buena obra que á esta triste y desconsolada reina habeis hecho, habiéndome librado de una muerte tan infame y afrentosa; mas fué la voluntad de Dios de librarme, y que vos fuéseis el instrumento de mi libertad; y así os quedo obligada mientras la vida me durare, la cual gastaré en vuestro servicio. Deseo ya verme cristiana para servir á Dios y á su Santísima Madre y á vos, y creedme que la mayor parte de los caballeros de esta ciudad están deseosos de verse ya cristianos, y no aguardan sino que el rey don Fernando comience la guerra, y está así concertado desde

que se fueron los caballeros Abencerrages; por tanto así como llegueis, dad orden á vuestro rey para que ponga en ejecucion la guerra contra este reino, y os ruego que me digais quien son esos tres caballeros á quien soy obligada, porque sepa á quién he de servir.» — « Escelente señora, dijo don Juan, los caballeros que á mí me han hecho merced y á vos servido, son don Alonso de Aguilar, el gran don Manuel Ponce de Leon, y el otro don Diego Fernandez de Córdoba, caballeros de grande estima, que ya tendreis noticia de ellos.» — « Sí tengo, respondió la reina, que muchas veces han entrado en la Vega, y han hecho cabalgadas de ganados y buenas presas, y son conocidos por sus hechos y nombres, aunque ahora no han sido conocidos por el disimulo del trage turquesco, y ha sido buen pensamiento; y pues son de tan gran valor, será justo que les hable y dé las gracias del bien que por su causa me ha redundado.» Diciendo esto la reina Sultana fué donde estaban los tres caballeros, y á todos, y á cada uno de por sí les dió muchas gracias por el favor que le tenian hecho, y que confiaba en Dios que algun dia les serviria en algo. El alcaide de los Donceles respondió en nombre de todos: « Vuestra alteza le dé esas gracias y mercedes al señor don Juan, que nosotros poco es lo que hemos hecho, segun lo mucho que os deseamos y debemos servir.» — « Muchas mercedes, señores caballeros, por el nuevo ofrecimiento, que es para mas obligarme á serviros, y reagrar la deuda tan grande que os tengo. Dios os pague lo que habeis hecho por mí, y dé vida para que pueda pagar alguna cosa de lo mucho que os debo; y porque parece que es hora de reposar y descansar, yo me quiero ir á recoger para dar orden á lo que conviene para vuestro regalo.» Con aquesto se fué la reina, y habló con su tio Moraicél, y le dijo que estaba recelosa de que viniesen á tomar venganza los Zegríes y Gomeles en los cuatro caballeros, por la muerte de los cuatro traidores; que pusiesen algun remedio. Y pareciéndole buen consejo, fué á dar parte de ello á Muza, el cual puso cien caballeros de guarda en la casa, los cuales estuvieron toda la noche con gran cuidado. Fué muy acertado el parecer de la reina, porque los Zegríes y Gomeles tenian concertado de cercar la casa, y dar muerte violenta á los caballeros vencedores; y como vieron tanta guarda, y conociendo que no podrian salir con su intento, desistieron de su propósito; y mas cuando supieron que el valeroso Muza habia puesto aquellos caballeros, lo sintieron de manera, que se les comia el corazon de envidia, por ver con las veras que acudia Muza á los cuidados de la reina, y no se atrevieron á irle á la mano, porque le temian. Venida la mañana se fué la gente de guardia, y los cuatro caballeros determinaron de irse, porque no los echase menos el rey don Fernando; y así pidieron licencia á la reina para partirse á la corte de su rey, porque les importaba que no supiese la ausencia que habian hecho. « ¿ Pues cómo, señores, dijo la reina, estando tan lastimados, cansados y heridos os quereis poner en camino tal? No lo tengo de consentir: ¿ por ventura os falta cosa alguna, ó la deseais? » — « No uno ni otro, respondió don Juan Chacon, porque donde está vuestra alteza no hay que desear nada; pero importa irnos por lo que he dicho.» — « Pues, que así es, dijo la reina, tornáos á cu-

rar, é id vuestro viage con la bendicion de Dios; y por él os ruego no me olvidéis, y suplicad á vuestro rey que comience la guerra contra Granada, porque á todos los que tienen deseo firme de ser cristianos, se les cumpla. » Los caballeros se lo prometieron así. La reina mandó llamar á los cirujanos; y curados, se armaron, y despidiéndose de la reina y Celimá, Esperanza y de Moraicél, se partieron quedando llorando la reina la ausencia de tan buenos caballeros. Muza, Malique Alabez y Gazul, que supieron que los caballeros extranjeros se iban de Granada, les salieron á prevenir un grande acompañamiento con mas de doscientos moros, á mas de media legua la vuelta de Málaga. Pero así como los moros se despidieron de ellos, tomaron la via de Castilla, y caminaron á grande priesa; y entrando en tierra de cristianos, supieron como los reyes católicos estaban en Écija: ellos fueron á Talavera, y hallaron á sus criados que los esperaban para que siguiesen la corte. Allí estuvieron ocho dias curándose muy secretamente, y estando ya mejores se partieron para Écija; y en llegando, pidiendo licencia al rey don Fernando para irse á sus tierras, se la dió; y llegados á sus patrias, ellos y otros caballeros dieron orden de ganar á la ciudad de Alhama, llevando para ello la prevencion conveniente, porque era muy fuerte; y siendo juntos muchos y principales caballeros la cercaron y combatieron por todas partes. Donde los dejarémos combatiendo, por decir lo que pasó en la ciudad de Granada en este medio y sazón, y tambien porque á mí no toca escribir lo que pasó en aquesta guerra de Alhama, que no hace al intento, ni propósito mio.

CAPITULO XVI.

De lo que pasó en Granada, y cómo se volvieron á refrescar los bandos de ella, y la prision del rey Mulahazén en Murcia, y la del rey Chico en Andalucía, y de otras cosas.

Grande fué la tristeza y desconsuelo que la reina Sultana sentia por la ausencia de sus defensores caballeros, y de buena voluntad fuera en su compañía, que temia el alboroto de la ciudad; y si su dolor y tristeza fué grande, mas escesivo fué el de los Zegríes y Gomeles y los demas de su bando, por causa de los caballeros que en la cruel batalla murieron, y porque los agresores se fueron sin que de ellos se tomase venganza, y porque se sentian muy afrentados y corridos por las cosas pasadas; pero con disimulacion aguardaban ocasion para ejecutar su deseo. Digamos ahora del rey Chico, el cual como supo la muerte de los acusadores de su muger la reina, y la confesion que habia hecho el malvado Zegrí en su disculpa, descubriendo la pésima y horrible maldad, enojado de sí mismo no sabia qué hacerse. Poníasele delante la culpa de su ceguedad, y la muerte tan sin culpa de los nobles Abencerrages; la grande deshonra en que habia puesto á la reina, el destierro injusto que hizo cumplir á los Abencerrages, y como por su causa se habian tornado cristianos y á él le

aborrecia toda Granada, y como estaban amotinados y conjurados contra él, y hasta su padre le procuraba quitar el reino, y aun la vida. Imaginando en estas cosas y otras muchas venia á perder el juicio. Maldecia á los Zegríes y Gomeles, porque le habian dado tan malos consejos, y á él porque los habia recibido. Llorando todas estas desventuras se tenia por el rey mas desdichado de todo el mundo, y no osaba parecer de vergüenza ó de temor; por lo cual no le visitaban los Zegríes y Gomeles. Bien se holgára el reyecillo de que su amada Sultana quisiera volver á su amistad; mas era imaginacion y trabajo muy en vano, porque aunque ella quisiera, cuanto mas que no estaba de ese parecer, sus deudos no lo consintieran; y con todo esto pidió á Muza que desenojase á la reina, y alcanzase de ella el perdon, y la dijese cuán arrepentido estaba, y que viniese á hacer vida con él. Muza pidió á la reina y á sus parientes todo lo que el rey Chico le habia pedido, y no fué posible alcanzar alguna cosa de lo que pedia; y así volvió, y dió al rey la respuesta que habia dado la reina. Con esto el rey se deshacia en pena; mas consolábase con que habia de procurar traer á su amistad á todos los caballeros que pudiese, y á los ciudadanos y gente plebeya, para irse apoderando de toda la ciudad; y así iba adquiriendo amigos, y á todos les pedia perdon diciéndoles, que él habia sido mal aconsejado, y aunque habian pagado su delito los promovedores y consejeros, que ellos verian la enmienda que tenia de allí adelante, y que lo sucedido le habia de ser escarmiento para mientras viviera, como lo verian, y el tratamiento que haria á sus vasallos; y como era heredero forzoso del reino, muchos grandes le obedecian con toda la mas gente comun. Nunca pudo reducir á su obediencia á ninguno de los Almoradis, Marines, Alabeces, Gazules, Venegas ni Aldoradines, que estos seis linages seguian la parte del rey viejo, y la de su hermano el infante Abdalí. En este tiempo el rey Mulahazén, como hombre valeroso, no habiendo perdido sus brios y braveza de corazon, ordenó de hacer una entrada en el reino de Murcia, y así juntando mucha y muy lucida gente, prometiendo buenos sueldos á los de á caballo y de á pié, salió de Granada llevando consigo dos mil hombres de á pié y de á caballo, y se fué á la ciudad de Vera, y tomando el camino de la costa, por dejar á Lorca, salió á los Almazarrones, y de allí fué á Murcia, y recorrió todo el campo de Sangonera, cautivando mucha gente. Don Pedro Fernandez, adelantado del reino de Murcia, salió con la mas lucida gente que pudo á resistir al moro, que andaba corriendo el campo con gran pujanza; y encima de las lomas del Azul, dia de San Francisco, se rompió la batalla entre moros y cristianos, la cual fué muy sangrienta y reñida; mas fué Dios servido, por intercesion del bienaventurado Santo, que don Pedro Fajardo con la gente de Murcia, mostrando grandísimo valor, venció á los moros, y desbarató y prendió al rey. Viéndose desbaratados los moros, huyendo volvieron á Granada, donde se supo la prision del rey Mulahazén, y pérdida de todo su campo, lo cual se sintió en toda la ciudad, si no fué el infante Abdalí que se holgó mucho de la prision del rey su hermano, porque por allí entendió alzarse con todo el reino, y así escribió al adelantado don Pedro, que le hiciese merced de tenerle al rey

su hermano preso hasta que muriese, y que por ello le daría las villas de Velez el Blanco, y el Rubio, Giquena y Tireza. Mas el adelantado, considerando la traición que el infante quería hacer, no quiso aceptar su oferta, antes dejó ir libremente al rey y á los que con él fueron cautivos; el cual como llegó á Granada halló á Abdalí apoderado del Alhambra, diciendo que su hermano se la había dejado en guarda. Mulahazén, muy enojado de esto, y mas por la traición que le quiso hacer, se retiró en el Albaicín, adonde él y su muger estuvieron muchos dias. La madre de Mulahazén, vieja de ochenta años, habiendo visto la liberalidad del adelantado, le envió diez mil doblas, el cual no las quiso recibir; y le envió á decir que se las diese á su hijo para que hiciese guerra á su hermano. Visto que no había querido recibir los dineros, le envió ciertas joyas muy ricas, y doce poderosos caballos enjaezados, todo lo cual recibió don Pedro Fajardo. A pocos dias se volvieron al Alhambra, porque su hermano se la dejó libre, entendiendo que el rey no sabía nada de las cartas que le había enviado á don Pedro Fajardo. Mulahazén disimuló aquel negocio, y lo guardó para su tiempo, mas indignado contra su hermano, y contra los que le fueron favorables, y todavía le dejó la administración del gobierno. A este Mulahazén le llamaron el Zagal, y Gadabli; mas su nombre propio y mas usado era el de Mulahazén. Esta batalla y prision de este Mulahazén escribió el moro coronista de este libro, y yo doy fe que en la iglesia mayor de Murcia, en la capilla de los marqueses de los Velez, hay una tabla encima del sepulcro de don Pedro Fajardo, en la cual se cuenta el suceso de aquesta batalla. Volviendo á nuestro propósito, el rey Mulahazén, muy enojado por lo que el gobernador su hermano había hecho, hizo un dia su testamento diciendo: « Que en fin de sus dias fuese su hijo heredero del reino, y que echase de él al infante su hermano, y á todos los de su bando. » Esto decía, porque seguían al infante Abdalí muchos caballeros Almoradis y Marines, los cuales sustentaban la parte del Infante. Por este testamento hubo despues en Granada muchos alborotos, y entre los ciudadanos guerras civiles, como despues de esto sucedieron, pues estando el rey Mulahazén en el Alhambra, y Granada, como de antes solía, debajo de la gobernacion de dos reyes y un gobernador, no por eso dejaron los Almoradis de buscar modos y maneras, para que totalmente el rey Chico fuese privado del reino; mas no podían hallar ninguna comodidad que buena fuese, respecto que los Zegríes y Gomeles estaban de su parte con otros muchos caballeros, que reconocían que aquel era finalmente el heredero del reino; pero no por esto dejaban de buscar asechanzas, y mil ocasiones tío contra sobrino, y sobrino contra tío; pero como el rey Chico estaba odiado de los mas principales caballeros, no pudo salir por entonces con su intencion en nada, ni pudo espeler á su tío del cargo que tenía, y así aguardaba tiempo para ejecutar su intencion; y por alegrarse un dia se paseaba por la ciudad con otros principales caballeros, por dar alivio á sus penas, rodeado de sus Zegríes y Gomeles, y le vino una muy triste nueva, como los cristianos habían ganado la ciudad de Alhama; con la cual embajada hubiera el rey de perder el sentido, así por perder aquella ciudad, como por el

peligro que tenia Granada de ser cada dia corrida de cristianos. Tanto fué su sentimiento, que al mensagero que trajo la nueva le mandó matar; y subiéndose al Alhambra lloró la pérdida de su ciudad, y mandó tocar añafles y trompetas de guerra, para que con muy gran presteza se juntase toda la gente, y fuera al socorro de la ciudad de Alhama. La gente de guerra se juntó toda al belicoso son de las trompetas, y preguntándole al rey que para qué los mandaba juntar, respondió: « Que para socorrer á Alhama, que la habian ganado los cristianos. » Entonces un alfaquí viejo le dijo: « Por cierto que se emplea muy bien tu desventura en haber perdido á Alhama; y merecias perder todo el reino, pues mataste á los nobles caballeros Abencerrages, y á los que quedaban mandaste desterrar del reino; por lo cual se tornaron cristianos, y ellos propios son los que te hacen la guerra. Acogiste á los Zegríes que eran de Córdoba, y te has fiado de ellos; pues ahora irás al socorro de Alhama, y di á los Zegríes que te favorezcan en semejante desventura como esta. » Por esta embajada que al rey Chico le vino de la pérdida de Alhama, y por lo que este moro alfaquí le dijo, y por la muerte de los Abencerrages, se dijo aquel romance antiguo tan doloroso para el rey, que dice en arábigo, traducido al castellano de esta manera:

Paseábase el rey moro
 Por la ciudad de Granada
 Desde la puerta de Elvira
 Hasta la de Vivarrambla.
 Cartas le fueron venidas
 Que Alhama era ganada;
 Las cartas echó en el fuego,
 Y al mensagero maltrata.
 Descabalgó de una mula
 Y en un caballo cabalgó;
 Por el Zacatin arriba
 Subido se ha al Alhambra.
 Cuando en el Alhambra estuvo,
 Al mismo tiempo mandaba
 Que le toquen sus trompetas,
 Los añafles de plata,
 Y que las cajas de guerra
 Apriesa toquen al arma,
 Porque la oigan sus moros,
 Los de la Vega y Granada.
 Los moros que el son oyeron,
 Y al sangriento Marte llama,

De uno á uno, y dos á dos,
 Juntábase ha gran batalla.
 Allí salió un moro viejo
 Y desta manera hablára:
 « ¿Para qué nos llamas, rey,
 Para qué es esta llamada? »
 « Habeis de saber, amigos,
 Una nueva desdichada,
 Que cristianos de braveza
 Ya nos han ganado á Alhama. »
 Allí habló un alfaquí
 De barba crecida y cana:
 « Bien se te emplea, buen rey;
 Buen rey, bien se te empleaba;
 Mataste los Bencerrages
 Que eran la flor de Granada,
 Acogiste advenedizos
 De Córdoba la nombrada.
 Por eso mereces, rey,
 Una pena bien doblada,
 Que te pierdas tú y tu reino,
 Y que se pierda Granada. »

Este romance se hizo en arábigo en aquella ocasion de la pérdida de Alhama, el cual era muy doloroso, y tanto que vino á vedarse en Granada que no le cantasen, porque cada vez que le cantaban en cualquiera parte provocaba á llanto y dolor: despues se cantó en lengua castellana de la misma manera, que decia:

Por la ciudad de Granada
 El rey moro se pasea;

Desde la calle de Elvira
 Llegaba á la plaza Nueva.

Cartas le fueron venidas,
Que le dan muy mala nueva,
Que habian ganado á Alhama
Con batalla y gran pelea.

El rey con aquestas cartas
Grande enojo recibiera,
Al moro que se las trajo
Mandó cortar la cabeza.

Las cartas hizo pedazos
Con la saña que le ciega,
Descabalga de una mula
Y cabalga en una yegua.

Por la calle el Zacatin
Al Alhambra se subiera;
Trompetas mandó tocar
Y las cajas de pelea,

Porque lo oyeran los moros
De Granada y de la Vega,
Uno á uno, dos á dos,
Grande escuadron se hiciera.

Cuando los tuviera juntos
Un moro allí le dijera:
« ¿ Para qué nos llamas, rey,
Con trompa y cajas de guerra? »

« Habeis de saber, amigos,
Que tengo una mala nueva,
Que la mi ciudad de Alhama
Ya del rey Fernando era.

Los cristianos la ganaron
Con muy crecida pelea. »
Allí habló un alfaquí,
Desta manera dijera.

« Bien se te emplea, buen rey;
Buen rey, muy bien se te emplea,
Mataste los Bencerrages
Que eran la flor desta tierra;

Acogiste á advenedizos
Que de Córdoba vinieran;
Y así mereces, buen rey,
Que todo el reino se pierda. »

Pues volviendo al caso, así como el rey juntó gran copia de gente, al punto sin poner en ello dilacion, salió de Granada para ir al socorro de Alhama, imaginando que la habia de remediar; mas su cuidado y trabajo fué en vano, porque cuando llegó á Alhama ya los cristianos estaban apoderados de la ciudad y del castillo, y de todas sus torres y fortalezas; pero con todo eso hubo una muy grande escaramuza entre moros y cristianos: allí murieron mas de treinta Zegríes á manos de los cristianos Abencerrages, que allí habia mas de cincuenta que estaban á la órden del marques de Cádiz. Finalmente, por el gran valor y esfuerzo de los caballeros cristianos fueron desbaratados los moros: lo cual visto por el rey de Granada, se volvió sin hacer en aquella ocasion cosa de provecho. Así como llegó á Granada volvió á hacer mas gente y en mas cantidad, y volvió sobre Alhama, y una noche secretamente la hizo echar escalas y entraron dentro algunos moros; y así como fueron sentidos de cristianos, tocaron al arma y pelearon con los moros que habian entrado, y los mataron y se pusieron á la defensa. Y viendo el rey que trabajaba en vano, se volvió muy triste, y envió por el alcaide de Alhama para degollarle, que se habia retirado á Loja á su fortaleza. Los mensajeros del rey, presentando los recados que llevaban para prenderle, le prendieron y le dijeron como le mandaba cortar la cabeza y llevarla á Granada, y ponerla encima de las puertas del Alhambra, porque fuese á él castigo y á otros temor, pues habia perdido una fuerza tan importante. Y siendo preso, dijo el alcaide que él no tenia culpa de aquella pérdida, que el rey le habia dado licencia para ir á Antequera á bodas de una hermana suya, que el alcaide Rodrigo de Narvaez la casaba con un caballero, y que ocho dias le habian dado de término mas que los que habia pedido, y que á él le pesaba mucho de la pérdida de Alhama, porque si el rey la perdía, él habia perdido sus hijos, muger y hacienda. No bastó esta disculpa que dió el alcaide, y así le llevaron á Granada y le cortaron la cabeza; y por esto se hizo el siguiente

ROMANCE.

Moro alcaide, moro alcaide,
 El de la vellida barba,
 El rey te manda prender
 Por la pérdida de Alhama;
 Y cortarte la cabeza
 Y ponerla en el Alhambra,
 Porque á tí sea castigo,
 Y otros tiemblen en mirarla;
 Pues perdiste la tenencia
 De una ciudad tan preciada.
 El alcaide respondia,
 Desta manera les habla:
 « Caballeros y hombres buenos,
 Los que regís á Granada,
 Decid de mi parte al rey
 Como no le debo nada.
 Yo me estaba en Antequera
 En bodas de una mi hermana;
 Mal fuego queme las bodas
 Y quien á estas me llevara;
 El rey me dió la licencia,
 Que yo no me la tomara;
 Pedíla por quince dias,
 Diómela por tres semanas.

De haberse Alhama perdido
 A mí me pesa en el alma,
 Que si el rey perdió su tierra,
 Yo perdí mi honra y fama:
 Perdí una hija doncella,
 Que era la flor de Granada;
 El que la tiene cautiva
 Marques de Cadiz se llama.
 Cien doblas le doy por ella,
 No me las estima en nada:
 La respuesta que me han dado
 Es, que mi hija es cristiana,
 Y por nombre le habian puesto
 Doña María de Alhama:
 El nombre que ella tenia
 Mora, Fátima se llama.
 Diciendo esto el alcaide
 Lo llevaron á Granada,
 Y siendo puesto ante el rey,
 La sentencia le fué dada,
 Que le corten le cabeza,
 Y la lleven al Alhambra:
 Se ejecutó la sentencia,
 Así como el rey lo manda.

Pues habiéndose hecho esta justicia del alcaide de Alhama, se comenzó á tratar entre todos los caballeros, que el tio del rey saliese con la gente de su bando á tomar venganza de la pérdida de Alhama, ó á buscar otras ocasiones para vengarse de los cristianos; á lo cual el tio les respondió, que harto hacia en guardar la ciudad y tenerla en paz, y que por esta causa no salian él ni los de su bando de ella. Tratando en estas cosas todos los caballeros que estaban á la obediencia del rey Chico, dijeron que de ley de razon al hijo se le debia la corona, y no al hermano, y que guardar esta ley era de caballeros nobles; y como esto se considerase, todos los mas linages le dieron la obediencia al rey Chico, así como Gazules, Aldoradines, Venegas, Alabeces; y los de este bando, que eran enemigos de los Zegríes, no atendieron á enemistades pasadas, pudiendo mas la razon que el rencor, y mas la nobleza que la malicia; de tal suerte, que con el tio del rey Chico no quedaron sino Almoradis, Marines y algunos caballeros y gente ciudadana. Pues todos estos, como hemos dicho, decian, que el infante Abdalí saliese á buscar algunas ocasiones contra cristianos, de suerte que se vengase la toma de Alhama, y que no estuviese arrinconado, como hombre inútil y de poco valor, pues pretendia tener cetro y corona. A todo esto respondia el infante lo que habeis oido, y que él queria guardar á Granada, que era de mas importancia que ir á buscar cristianos á sus casas: lo mismo decian los Almoradis y Marines; y á cerca de esto Malique Alabez, lleno de cólera y saña, les dijo: « Que eran cobardes y ruines, y que no hacian á ley de caballeros en no salir á buscar cristianos

con quien pelear, y querer por fuerza hacer rey á quien no lo merecia por su persona, ni le venia de derecho. » Los Almoradis oyendo estas palabras pusieron mano á las armas contra los Alabeces, y ellos tambien. Los Gazules no se holgaron viendo este acontecimiento; y así pusieron mano en las armas y dieron en los Almoradis y Marines, de suerte que en poco tiempo mataron mas de treinta de ellos, y los Almoradis mataron muchos Gazules y Alabeces. De tal manera se revolvieron los bandos unos con otros, que se ardia Granada, y se derramaba mucha sangre de ambas partes; mas siempre llevaron lo peor los Almoradis y Marines, aunque tenian de su parte gran copia de la gente comun, y otros linages de caballeros; y tan mal les fué, que se hubieron de retirar todo lo mejor que pudieron al Albaicin. Los dos reyes salieron cada uno á favorecer su parte; y si no fuera por los Alfaquíes, y por muchos señores que se pusieron por medio, perecieran, y tambien porque Muza con mucha gente de á caballo fué apaciguando la pendencia; y no sabia contra quien fuese, porque el rey Chico era su hermano, y el Infante su tio; pero considerando que derechamente era el reino de su hermano, era mas de su bando.

Este dia hubo tan grande revuelta, que fué causa para que el furor del amotinado pueblo cesase, y se reconcilasen en amistad; y así se hizo un crecido escuadron de gente de á caballo y de á pié. Y como el rey Chico los viese con tan grande voluntad de ir á pelear contra los cristianos, propuestos de morir ó vengar la pérdida de Alhama, salió de Granada con ellos, yendo con acuerdo de no detenerse hasta entrar bien adentro de Andalucía, y hacer una gran cabalgada, ó rendir alguna fuerza de cristianos; y con este propósito marcharon hasta llegar legua y media de Lucena, donde el rey mandó hacer de toda su gente tres batallas: la una tomó él á su cargo, y la otra dió á un alguacil mayor, y la otra á un capitán de Loja, llamado Aliatar, y todos corrieron la tierra é hicieron una muy gran presa. Esta corrida de los moros se supo en Lucena, Baena y Cibra; y así salió el conde de ella, y el valiente alcaide de los Donceles con mucha gente, y pelearon con los moros; los cuales como vieron venir tal tropel de cristianos, juntaron sus tres batallas, y pusieron enmedio la cabalgada. Los valientes andaluces dieron en los moros de tal forma, que aunque se defendieron con gran valor, fueron desbaratados, y junto al arroyo del Puerco, que otros llaman el arroyo de Martin Gonzalez, fué preso el rey de Granada, y otros muchos con él. Los moros que escaparon fueron huyendo la vuelta de Granada. El rey fué llevado á Baena, y de allí á Córdoba, para que le viese el rey don Fernando. Fuéronle enviados mensajeros al rey Católico para que tratase de rescate del rey Chico; y sobre si se rescataria, ó no, hubo muchas diferencias entre los del consejo y grandes de Castilla. Al fin se acordó de darle libertad con que fuese vasallo del rey don Fernando; y así juró de ser leal y fiel con que le diese su favor y ayuda para conquistar algunos lugares que no le querian obedecer, sino á su padre. El rey don Fernando lo prometió así; y le dió cartas para todos los capitanes cristianos que estaban en las fronteras de Granada, para que le ayudasen en lo que el rey Chico quisiese, y que á los

moros que quisiesen ir á labrar tierras fuera de Granada, no se les hiciese perjuicio. Y habiendo asentado y jurado todo lo dicho, pidió licencia el rey de Granada al rey Católico, y dándosela con muchos presentes, se fué á su patria. Y como su tío Abdalí y los demas caballeros de Granada supieron el trato que habia hecho el reyecillo con el rey don Fernando, les pareció muy mal; y recelándose de que por esta causa se perdiese Granada, el infante Abdalí les hizo á todos el siguiente parlamento, diciendo así:

« Claros, ilustres y muy esforzados caballeros, que tan injusto odio me teneis, sin razon ni legítima causa: bien sabeis como mi sobrino fué alzado por rey de Granada, sin ser muerto mi hermano Mulahazén, su padre, por una causa muy ligera; solo porque degolló cuatro caballeros Abencerrages, que lo merecian, y por esto le quitásteis la obediencia, y alzásteis á su hijo por rey contra toda razon y derecho; y mi sobrino, habiendo, con vuestro favor, degollado treinta caballeros Abencerrages sin ninguna culpa; habiendo levantado tal testimonio á su muger, reina nuestra, por donde tantos escándalos, muertes y guerras civiles ha habido en esta ciudad, le teneis obediencia y le amais, sin mirar que no es digno de ser rey, pues su padre es vivo; y sin esto mirad ahora lo que ha hecho y concertado con el rey don Fernando de Castilla, que le han de dar gente belicosa para hacer guerra con ella á los pueblos que no le han querido obedecer, y siempre han estado en la obediencia de su padre; y mas le da al rey cristiano tantas mil doblas de tributo, despues de haberse perdido él y los suyos en esta entrega que ha hecho tan sin causa. Ya que Alhama fué perdida, no tenia necesidad sino de reparar las fuerzas, pues Alhama no se podia cobrar al presente, y por tiempo se pudiera restaurar. Pues considerando ahora, caballeros, á vos digo Zegríes, Gomeles, Mazas y Venegas, allegados á mi sobrino con tanta vehemencia, si ahora metiese gente cristiana y guerras en Granada, ¿qué esperanza podríais tener, y qué seguridad para que no se levantasen con su tierra? ¿No sabeis que los cristianos son gente feroz y belicosa, todos con ánimo levantado hasta el cielo? Sino, mirad lo de Alhama como ha sido, y cuán presto la han atropellado. Pues Alhama gente de guerra tenia dentro para defenderla: mirad como no la defendieron. Pues si entrasen estos en Granada, y tuviesen lugar de ver las murallas y torres, ¿quién quita que luego no fuese ganada por los cristianos? Abrid, amigos, los ojos, y no deis lugar á mayores males. Mi sobrino no sea admitido por rey, pues es amigo del rey cristiano. Mi hermano es rey, y por ser ya viejo tengo yo el gobierno de la corona real: si él muere, y mi padre fué rey de Granada, ¿porqué no lo seré yo, pues de legítimo derecho me viene, y la razon lo pide? De necesidad es menester: ahora cada uno responda, y dé su voto á lo que tengo propuesto y dicho, y sea la respuesta tocante al bien del reino.»

Fueron tan eficaces estas razones que dijo el infante Abdalí contra su sobrino, que los Alfaquíes y demas caballeros, especialmente Almoradis y Marines, fueron de comun acuerdo que el rey Chico no fuese admitido en Granada, y que el tío fuese alzado por rey, y entregado en el Alhambra; lo cual le fué dicho á Mulahazén, el que agravado de pesadumbres y

males salió de su voluntad del Alhambra, y se apoderó en el Alcazaba, junto con su familia; y su hermano fué apoderado en el Alhambra con título de rey, aunque contra la voluntad de los Zegríes, Mazas, Gomeles, Gazules, Alabeces, Aldoradines y Venegas; pero disimularon por ver en qué paraban aquellas cosas. El rey Chico llegó á Granada con muchas joyas y presentes que el rey don Fernando le habia dado. Los de Granada no le quisieron acoger ni recibir, diciéndole que el moro que hacia alianzas y paces con los cristianos, no habia que fiar de él. Visto por el rey que no le querian recibir, y sabiendo que su tio estaba apoderado en el Alhambra, se fué á la ciudad de Almería, que era tan grande como Granada, y de tanto trato, y cabeza de reino, donde le recibieron como á su rey. Desde allí requeria á algunos lugares que le diesen la obediencia, y sino que los destruiria. Los lugares no se la quisieron dar, por lo cual les hacia guerra con cristianos y moros. En esta sazón murió el rey viejo, con cuya muerte se renovaron los bandos, porque visto el testamento que habia hecho en vida, hallaron en él la traicion que su hermano habia intentado contra él, y cómo dejaba su hijo por heredero del reino, y que fuese obedecido de todos, y sino, que la maldicion de Mahoma viniese sobre ellos. Por esto comenzaron nuevos escándalos, porque el reino le venia al hijo de Mulahazén, y no al Infante. En esto estuvieron tratando muchos dias, en los cuales le aconsejaron al Infante que procurase con diligencia matar á su sobrino, y muerto, reinaria en paz. Admitió este consejo, y determinó el ir á Almería á matarle; y primero escribió á los Alfaquíes de Almería lo que su sobrino habia tratado con el rey don Fernando, de lo cual les pesó, y le enviaron á decir que ellos darian entrada secretamente en Almería; que le viniese á prender á matar. Vista esta respuesta por el Infante, se partió con secreto llevando algunos caballeros consigo, y en llegando á Almería los Alfaquíes les entraron secretamente, y cercando la casa real, procuró prender ó matar á su sobrino; pero oyendo el alboroto, avisaron al rey Chico, y él escapó huyendo con algunos de los suyos, y se fué á tierra de cristianos. El Infante quedó muy enojado por haberse escapado el sobrino; pero allí en Almería halló un muchacho, sobrino suyo y hermano del rey Chico, y le hizo degollar, porque si el rey Chico moria, pudiese él reinar, sin que nadie se lo impidiera: pasado esto se volvió á Granada donde estuvo apoderado del Alhambra y ciudad, y obedecido por rey del reino; aunque no del todo, porque todavía entendian que aquel no era su señor natural. El rey Chico se fué adonde estaba el rey don Fernando y la reina doña Isabel, y contó toda su tragedia; de todo lo cual pesó mucho á los cristianos reyes, y le dieron unas cartas al rey moro para el gobernador y capitan de todas las fronteras del reino de Granada, especialmente para Benavides que estaba en Lorca con gente de guarnicion; y dando al rey moro muy grande cantidad de dinero, y otras cosas de valor, le envió á Velez el Blanco, donde fué bien recibido él y los suyos; y asimismo en Velez el Rubio, donde estaba un alcaide moro, que se decia Alabéz, y en Velez el Blanco estaba un hermano suyo. Estando aquí el rey Chico entraba y salia en los reinos de Castilla á cosas que le cumplan, donde era de los cristianos favorecido

por mandado del rey don Fernando; y á este tiempo habian ganado los cristianos muchos lugares de Granada, así como Ronda, Marbella y otros pueblos comarcanos, Loja y sus contornos. El tio del rey Chico no se aseguraba un punto, porque tenia el reino tiranizado, y siempre procuraba la muerte del sobrino, porque no reinase, y prometia muchas cosas á quien le matase con yerbas, ó violentamente; y no faltaron cuatro moros codiciosos á las promesas, que le dieron palabra de matar al rey Chico; y para la ejecucion los envió con cartas para su sobrino, porque no se recelasen de ellos, atento á que él no le hacia guerra, y que como de paz le enviaba aquel mensage con blandas y cautelosas palabras, que decian así:

« Amado sobrino: no obstante las causas de las pasadas guerras que
 » habemos tenido por el reino, sabiendo ya que verdaderamente es vuestro
 » por una cláusula del testamento de mi hermano, donde dice que vos
 » sois heredero de él, he acordado que seais entregado en la posesion de
 » él, y le recibais debajo de vuestro amparo, como rey y señor de él,
 » dándome un lugar en que esté contento para pasar mi vida, que con
 » esto viviré gustoso; y mirad que os lo requiero de parte de Dios Todo-
 » poderoso, y de Mahoma, su fiel mensagero, porque el reino de Granada
 » se va perdiendo, sin que en nada haya reparo. Por tanto, vistos estos
 » mis recados, vos venid á Granada muy seguro, como rey y señor de
 » ella. De todo lo pasado estoy muy arrepentido, y así espero el perdon
 » de vos, como de mi señor y rey; y mirad que si tenemos division y
 » guerras civiles, el reino será perdido; y no viniendo á él, le entregaré
 » á vuestro hermano Muza, el cual lo tiene por deseo de gobernar; y si
 » él se apodera del reino, y los grandes le juramos por rey, con dificultad
 » será desposeido. Ceso, y de Granada, etc.

» *Muley Abdali.* »

Esta carta dió el Infante á cuatro moros valientes y conjurados, para que en acabándosela de dar le matasen; y si no pudiesen buenamente salir con su intencion, que se viniesen. No faltó quien diese aviso de esto al rey Chico para que se guardase. Llegados los mensageros á Velez el Blanco, preguntaron al alcaide Alabéz por el rey. Él respondió, que allí estaba, y qué era lo que querian. « Traemos unos recados del rey su tio. » Alabéz dijo: « Cómo puede ser su tio rey, habiendo legítimo heredero en el reino? » — « Eso no sabemos nosotros, respondieron los mensageros, mas de que nos mandó venir con estos recados. » — « Pues dadme las cartas, dijo el alcaide, que vosotros no le podeis entrar á hablar. » — « No las podemos dar sino en sus manos, respondieron ellos. » — « Pues aguardad aquí, avisaré al rey, dijo Alabéz; » y lo hizo, y dijo si los dejaria entrar ó no. El rey mandó que los dejase entrar para oir su mensage; y mandó á doce caballeros Zegríes y Gomeles que estuviesen prevenidos en su sala por si habia alguna traicion. Esto hecho, y el alcaide alistado de armas, volvió á los mensageros y les dijo que entrasen; y entrados donde estaba el rey, y viéndole que estaba tan acompañado, disimularon, y alargando la mano el un mensagero para darle al rey los despa-

chos, se los quitó el alcaide y se los dió al rey; y abriendo la carta la leyó toda, y como estaba avisado de la traicion, mandó luego que prendiesen á los mensageros, y dándoles tormento confesaron la verdad, y fueron sentenciados á muerte, y los ahorcaron de las almenas del castillo; y el rey Chico respondió á su tio en una carta lo siguiente:

« El muy poderoso Dios, criador del cielo y la tierra, no quiere que las
 » maldades de los hombres estén ocultas, sino que á todos sean patentes,
 » como ha hecho en haber descubierto tu maldad. Recibí tu carta,
 » mas llena de engaños que el caballo de los griegos. Ahora me prometes
 » amistad, que estás harto de perseguirme, matando á mis familiares y
 » caballeros que me seguian. Traigo por testigos de esto á los de Almería
 » que lo sabian, y á mi inocente hermano que degollaste. No sé por cuál
 » razon hiciste tal crueldad; mas yo confio en Dios que algun dia me lo
 » pagarás con tu cabeza, y los de Almería no quedarán sin castigo. El
 » reino que tienes era de mi padre, y de derecho es mio; quereisme todos
 » mal porque trato con cristianos: bien sabeis que por comunicar con
 » ellos labran los moros sus tierras, y tratan en sus mercaderías seguramente:
 » los cuales no lo hacen estando debajo de tu dominio contra toda razon.
 » Avísote que algun dia he de estar sobre tu cabeza, y me pagarás la traicion
 » que contra mi padre cometiste, y la que á mí ahora querias hacer debajo
 » de tus melosas palabras; pues sábete que adonde tú estás tengo quien me dá
 » aviso de tus traiciones. Enviaste cuatro mensageros, tales como tú, para que
 » me diesen muerte, y pagaron su maldad, y confio que tú pagarás la tuya.
 » Las joyas que me enviaste las quemé en pública plaza á vista de todos,
 » recelándome de tus traiciones. No sé porqué las usais siendo de linage de
 » reyes, y teniéndooos por tal: no mas. De Velez el Blanco, etc.

» *El rey de Granada natural.* »

Esta carta escrita, la envió á Granada con otra que iba para Muza, y él se la dió á su tio, el cual como supo que á los mensageros que él envió para matar á su sobrino los habian ahorcado habiendo confesado la traicion, se halló muy confuso; mas disimulando, andaba cuidadoso y con recato de su persona. Muza leyó la carta de su hermano y decia:

« No sé, amado hermano, cómo tu valor consiente que un tirano sin
 » razon ni ley tenga usurpado el reino de nuestro padre y abuelos, y que
 » me persiga y tenga desterrado de lo que es mio. Si están mal conmigo
 » los Almoradis y Marines por la muerte de los Abencerrages, quien fué
 » la causa de ello pagó la culpa, y yo como rey usaba justicia. Si siendo
 » cautivo traté amistad con cristianos, fué por mi libertad, y por el bien
 » de Granada, porque con el favor de ellos las tierras se labran. Poco hacia
 » al caso pagar al rey tributo dejando nuestro reino en paz. Ahora veo
 » que va peor teniendo Granada otro rey, porque los cristianos se van
 » apoderando del reino y ensanchando el suyo. Por Dios te ruego, que
 » pues tu valor es para todos bastante, que tomes á tu cargo mi defensa

» por la honra de ambos; y considera la ambicion de este tirano, pues
 » derramó la sangre de nuestro inocente hermano. Dame aviso de todo.
 » De Velez el Blanco, etc.

» *Tu hermano el rey.* »

Así como Muza leyó la carta de su hermano fué muy indignado contra su tio, especialmente por la muerte de su tierno hermano; y así luego enseñó la carta á sus amigos los caballeros Alabeces, Almoradís, Gazules, Venegas, Zegríes, Gomeles y Mazas, porque tambien eran amigos de su hermano; y habiendo visto por ella la disculpa que daba de la muerte de los Abencerrages, y el arrepentimiento que mostraba del testimonio levantado á la reina, acordaron entre todos los caballeros de escribir al rey Chico que viniese á Granada con secreto, y que entrase en el Albaicia por la puerta de Fajalauza, y que se entregaria de la fortaleza de Blo Albulut, antigua morada de los reyes, porque era alcaide de ella Muza. Aquesta carta fué enviada al rey Chico, el cual como la leyó y vió la firma de su hermano Muza y de algunos caballeros, luego se dispuso para ir á Granada, y tambien porque se le iban los moros que tenia en su guarda y servicio, y le quedaban ya pocos; y así se partió y llegó una noche muy oscura á la puerta de Fajalauza con solos cuatro de á caballo, porque los demas se habian quedado apartados un poco atrás, y como llegó llamó á la puerta. Los guardas preguntaron quien era, y él dijo: Vuestro rey soy. Luego le conocieron, y como estaban ya avisados de Muza que si viniese le diesen franca puerta, al punto le abrieron y entró con toda su gente. En sabiendo Muza su venida le fué á recibir, y le metió en la fuerza del Alcazaba. Aquella noche fué el rey á casa de algunos caballeros de los mas principales del Albaicin á decirles su venida, y como era para cobrar su reino con su ayuda. Todos los caballeros le prometieron su favor; y habiendo visitado á los caballeros de consideracion se volvió al Alcazaba. Al otro dia por la mañana se supo por toda la ciudad de Granada la venida del rey Chico, y tomaron las armas para ofenderle como á rey. El rey viejo su tio que estaba en el Alhambra, como supo la venida de su sobrino el rey Chico, hizo armar mucha gente de la ciudad para pelear contra los del Albaicin, y entre unos y otros hubo una cruel batalla, en la cual murieron muchos de ambas partes. De la parte del rey viejo eran Aldoradines, Marines, Alabeces, Bencerrages y otros muchos caballeros. De la parte del rey Chico eran Zegríes, Gomeles, Mazas, Venegas, Alabeces, Gazules, Aldoradines y otros muchos caballeros principales. Fué tan reñida aquesta refriega que ninguna de las pasadas le llegó, porque hubo mucha mortandad y derramamiento de sangre. El valor de Muza, que seguia la parte de su hermano, era causa de que los de la ciudad lo pasasen peor, aunque ya les tenian aportillado el muro por tres ó cuatro partes; lo cual visto por el rey Chico, envió á gran priesa á pedir socorro á don Fadrique, capitan general puesto por el rey don Fernando, haciendo saber como estaba en el Albaicin en gran peligro, porque su tio le hacia cruel guerra. Don Fadrique le socorrió por mandado del rey Chico, y le envió mucha gente de guerra, arcabuceros todos, y por capitan de

ellos á Hernando Alabéz, alcaide de Colomera. Con esto socorro los moros se holgaron mucho, especialmente porque don Fadrique les envió á decir que peleasen como varones fuertes por su rey, que era aquel, y que les daba palabra que seguramente podian salir á la Vega á sembrar y labrar sus tierras sin que nadie se lo estorbase. Con este favor tomaron grande ánimo los moros, y peleaban como leones con el ayuda de los cristianos, á los cuales no les faltaba nada de lo que habian menester. Estas batallas duraron cincuenta dias, sin cesar de pelear de dia y de noche, y despues de ellos se retiraron los de la ciudad con mucha pérdida de su gente, por el valor de los cristianos y de Muza; y el rey Chico reparó las murallas y puso gran defensa para estar seguro. Los cristianos fueron muy bien tratados; los moros del Albaicin salian á la Vega y á sus campos á labrar las tierras, todo lo cual fué causa para que casi los mas siguiesen el bando del rey Chico; pero no por esto se dejaban las continuas batallas entre los de la ciudad y Albaicin. Los moros de la ciudad tenian mas trabajo, porque peleaban con los cristianos de las fronteras, y con los moros del Albaicin; de suerte que de continuo tenian guerra. En este tiempo fué cercada Velez Málaga por el rey don Fernando. Los moros de Velez enviaron á pedir socorro á los de Granada. Los Alfaquíes amonestaron y requirieron al rey viejo que fuese á favorecer á los moros de Velez. El rey cuando lo supo se turbó, porque nunca imaginó que los cristianos osarian entrar tan adentro, y temióse salir de Granada, rece-lándose que en saliendo se alzaria su sobrino con la ciudad y se apoderaria en el Alhambra. Los Alfaquíes le daban priesa diciendo: «Di, Muley, ¿de qué reino piensas ser rey, si todo lo dejas perder? Las sangrientas armas que sin piedad moveis en vuestro daño aquí en la ciudad, movedlas contra los enemigos, y no matando á los mismos naturales.» Estas cosas decian los Alfaquíes al rey, y predicando por las calles y plazas, que era justo y conveniente cosa que Velez Málaga fuese socorrida. Tanta era la persuasion de estos Alfaquíes, que al fin se determinó de ir á socorrer á Velez Málaga; y habiendo llegado se puso en lo alto de una sierra, dando muestra de toda su gente. Los cristianos le acometieron y no osó aguardar, sino se volvió huyendo él y su gente, y dejaban los campos por donde pasaban poblados de muchas armas, por poder huir á la ligera. El rey se fué á Almuñecar, y de allí á la ciudad de Almería y Guadix. Todos los demas moros se tornaron á Granada, donde sabiendo los Alfaquíes y caballeros lo poco que habia hecho el rey en aquella jornada, y que como cobarde habia huido, llamaron al rey Chico y le entregaron el Alhambra, y le alzaron por su rey, á pesar de los caballeros Almoradíes y Marines, y de todos los demas de su bando, que eran muchos; aunque es verdad que los de la parte del rey Chico eran mas, y todos muy principales. Habiendo entregado al rey Chico la Alhambra y todas las demas fuerzas, en las cuales puso gente de confianza, los moros le suplicaron pidiese al rey don Fernando seguro para que la Vega se sembrase; y así lo envió á suplicar, y que todos los lugares de moros que estaban fronteros de los lugares de cristianos, que le obedeciesen á él, y no á su tio, y que para ello les daria seguro de que pudiesen sembrar y tratar en Granada

segura y libremente. Todo lo cual le otorgaron los reyes Católicos por ayudarle; y así el rey cristiano escribió á los lugares de los moros que obedeciesen al rey Chico, pues era su rey natural, y no á su tío; y que él les daba seguro de no hacerles ningun mal ni daño, y que pudiesen labrar sus tierras. Los moros con este seguro lo hicieron así, y asimismo escribió el rey cristiano á todos los capitanes de las fronteras que no hiciesen mal á los moros fronterizos; lo cual cumplieron, y los moros andaban muy alegres y contentos, y dieron la obediencia al rey Chico. El rey Chico habiendo hecho todo aquesto, y dado contento á sus ciudadanos y aldeanos, mandó cortar las cabezas á cuatro caballeros Almoradis que le habian sido muy contrarios, y con esto cesaron las sangrientas y civiles guerras por entonces. Y porque la intencion del moro coronista no fué tratar de la guerra de Granada, sino de las cosas que pasaron dentro de ella, y de las guerras civiles que en ella hubo, no pongo aquí la guerra, sino el nombre de los lugares que se rindieron, tomada la ciudad de Velez Malaga, que son estos:

Bentomiz, la villa de Comares, Dompera, la Villa del Cestillo, Guadalta, Jaráz, Cavilla, Rubir, Pitargies, Lucas, Jaranca, Almegia, Mainete, Venaquer, Camillas, Alebonache, Canillas de Albaidas, Narija, Benicorán, Cafis, Buenas, Alboraba, Alcuchavia, Alhitan, Daimas, Algorgi, Morgaza, Machara, Albomaila, Benadaliz, Cimbochillas, Predilipe, Beiros, Sinaráx, Hajar, Corterrojas, Alhacaque, Almería, Aprina, Aletin.

Estos lugares del Alpujarra se dieron á los reyes Católicos, de lo cual les pesaba á los moros de Granada, teniendo tan gran recelo de perderse, como los demas lugares se habian perdido. Pues vengamos ahora al propósito: despues de haber rendido á Velez Málaga, los pusieron en tanto aprieto, que les faltó el mantenimiento, y muchas municiones de guerra; de suerte que estaban para darse. Los moros de Guadix sabido este negocio lo sintieron mucho, y los Alfaquies le rogaron al rey viejo que fuese á socorrer á Málaga, como lo hizo con mucha gente. El rey Chico supo de este socorro de su tío, y mandó juntar mucha gente de á pié y de á caballo, y fué Muza por capitán de ellos para que les impidiese el paso, y los desbaratase; y así lo hizo, que les aguardó y salió al encuentro, y trabaron una cruel batalla, en la cual fueron muertos gran parte de los de Guadix, y los demas huyeron volviéndose á su tierra admirados del valeroso Muza y de los suyos. Luego el rey Chico escribió al rey don Fernando todo lo que habia pasado con los moros de Guadix que iban al socorro de Málaga, de lo cual se alegró el rey Católico, y se lo agradeció, y le envió un rico presente; y el rey Chico envió al rey don Fernando un presente de caballos muy riquísimamente enjaezados, y á la reina envió paños de seda y perfumes. Los reyes cristianos escribieron á los capitanes y alcaides fronteros de Granada y sus lugares, le diesen favor al rey Chico contra su tío, y que no hiciesen mal ni daño á los moros, ni tratantes de Granada que fuesen á sembrar ó á labrar sus tierras. El rey de Granada envió á decir al rey don Fernando, que tenia noticia como los moros de Málaga no tenían bastimentos; que les impidiese que por mar ni por tierra les entrasen, y que se rendirian sin

falta. Finalmente, dieron los cristianos tan gran batería á los cercados, que fué ganada Málaga y su distrito; y puesta buena guardia en Málaga y su costa, recibieron los reyes Católicos una carta de Granada, enviada por los caballeros Alabeces, Gazules y Almoradines, la cual decía así :

« Muy poderosos señores : los dias pasados hicimos saber á vuestras » magestades los caballeros Alabeces, Gazules, Almoradines, y otros mu- » chos de esta ciudad de Granada que somos de un bando, del cual es » tambien Muza, como queríamos ser cristianos, y entregar este reino » á vuestras reales personas; y pues se ha dado fin glorioso á las cosas » del Andalucía, se puede empezar la conquista de este reino por la parte » de Murcia, que es cierto que los alcaides de las fronteras y del rio de Al- » manzor se entregarán luego sin defenderse, porque así está tratado » entre nosotros; y siendo ganada Almería y su rio, que es el mas difi- » cultoso, y Baza, se puede cercar á Granada; que te damos fe, como » caballeros, de hacer tanto en tu servicio, que Granada se entregue á » pesar de todos los que en ella viven. Muza en nombre de los vasallos » arriba contenidos besa vuestras reales manos, etc. De Granada.»

Escrita esta carta, fué enviada al rey don Fernando; el cual como entendió las razones, y viendo como los caballeros Abencerrages que andaban en su servicio procedian tan bien como lo habian escrito, luego se puso en camino para Valencia, y allí hizo cortes; y con el grande deseo que tenia de acabar del todo aquel reino, se vino á la ciudad de Murcia, y allí fué discurrido cómo habia de entrar por la parte de Verona y Almería; y resuelto en lo que habia de hacer, se fué á la villa de Lorca para desde allí entrar en el reino de Granada. Fueron de la ciudad de Murcia con el rey don Fernando muchos caballeros muy principales, los cuales será bien declarar, porque su valor y proezas lo merecian, aunque no se nombrarán todos.

Fueron Fajardos, caballeros de claro linage, Albornoces, Ayalas, Giles, Galeros, Carrillos, Clavillos, Guzmanes, Riquelmes, Avellanedas, Villaseñores, Comences, Ralones, Pereas, Fontes, Avalos, Valcarceles, Pachecos, Moncadas, Monzones, Guevaras, Melgarejos, Torrecillas, Llamas, Salares, Eustreros, Andosillas, Loaysas, Iufrentes, Sayavedras, Hermasillas, Pelozones, Balboas, Viloas, Alarcones, Laras, Fauras, Zambranas, Cascales, Sotos, Sotomayor, Puxmarines, Varribreas, Paralexas, Saurrines, Lázaros, Vorias, Peñaveleros, Escamóz, Dotos y Rosales, Jereces, Gomez, Mulas, Darines, Alburquerque, Loritas, Ponces de Leon, otros Guevaras, Cisones, Manchirones, Leones, otros Ponces de Leon, Cildranes, Rosiquies, Tomases, Tizonas, Paganes, Cernales, Alemanes, Rodas, Pineros, Hurtados. De la villa de Mula Jerez de Avila y Gitar, Leyvas, Correllas, Mazas, Melgarez. De Lorca salieron Moratas, Portales, Cozorlas, Perez de Tudela, Mutados, Quiñoneros, Pineros, Falconetes, Mateos, Rendones, Marcelas, Burgos, Alcázares, Romanes.

Finalmente de estos lugares referidos, Murcia, Lorca y Mula, salieron todos estos caballeros hijosdalgo en servicio del rey don Fernando contra los moros del reino de Granada, y otros muchos que no se refieren por

evitar prolijidad; los cuales mostraron bien el valor de sus personas en todas las ocasiones que se ofrecieron. En Lorca dejó el rey en Santa María una custodia de oro, y una cruz de cristal, guarnecida de oro fino. Pues habiendo puesto el rey toda su gente en muy buena orden, se partió á Vera, en la cual estaba por alcaide un valiente moro, hijo del valiente Alabéz que murió preso en Lorca. Llamábase tambien Alabéz, no menos valiente que el otro; el cual como supo la venida del rey don Fernando, luego se dispuso á entregarle la ciudad y fuerza, porque estaba tratado por cartas. Y así llegando el rey á una fuente que llaman del Pulpi, salió el alcaide Alabéz á recibirle, y le entregó las llaves de la ciudad de Vera y de su fuerza. El rey entró en la ciudad, y se apoderó de ella, y puso otro alcaide, y á Alabéz hizo muchas mercedes. No habia sino seis dias que estaba en Vera el rey, cuando se le entregaron los lugares siguientes: Vera, Antas, Lorin, Sorbas, Teresa, Cabrera, Sotena, Cricantocia, Las Cuevas, Portilla, Obera, Zurgena, Guercar, Velez el Blanco, Turbe, Mojacar, Uleyla del Campo, Cuerbro, Tabernas, Ynox, Albreas, el Box, Santo Perar, Huescar, Cijola, Pataloba, Finis, Albanabéz, Inmeytin, Ventiagla, Velez el Rubio, Tirieza, Jiquena, Purgena, Cullar, Benamantél, Castilleja, Orce, Galera, Utreza, Armuña, Bayarque, Sierto, Filabares, Vacares, Durca; y sin estos otros muchos lugares del rio de Almanzor. Los tres Alabeces suplicaron al Católico rey que los mandase bautizar; conviene á saber: Alabéz, alcaide de Vera; Alabéz, alcaide de Velez el Rubio, y Alabéz, alcaide de Velez el Blanco. El rey se holgó mucho de ello, y por ser principales caballeros mandó que los bautizase el obispo de Plasencia; y del alcaide de Vera fué padrino don Juan Chacon, adelantado de Murcia, y del alcaide de Velez el Rubio lo fué un principal caballero llamado don Juan de Avalos, hombre de grande valor, y muy estimado del rey por su grande bondad. Este Avalos fué alcaide de la villa de Cuellar, y él y otros caballeros naturales de la villa de Mula, llamados Perez de Hita, pelearon con los moros de Baza, que cercaron la villa de Cuellar tan bravamente, que jamás se vió en tan pocos cristianos tan brava resistencia; y al fin los moros no la tomaron por ser tan bien defendida. Esta batalla escribe Hernando del Pulgar, coronista del rey don Fernando. Del nombre de este alcaide Avalos se llamó el alcaide de Velez el Rubio don Pedro de Avalos, á quien el rey don Fernando hizo muy grandes mercedes por su valor, y le dió y otorgó grandes privilegios, en que pudiese traer armas, y tener oficios nobles en la república. Del alcaide de Velez el Blanco, hermano del que hemos dicho, fué padrino un caballero llamado don Fadrique. De aquestos tres famosos alcaides hay hoy dia deudos, en especial de Avalos. De esta suerte se iban tornando cristianos algunos de los mas principales alcaides de estos lugares, entregándosele sin pensar. Siendo el rey apoderado de todas estas fuerzas ya dichas, determinó de irse á Almería por ver su asiento, y ponerla cerco, dando lugar á los moros que se habian dado para que los que quisiesen se fuesen á Africa, ó adonde les pareciese, y que los que quisiesen estar quedos, que se estuviesen. Con esto el rey fué á Almería, donde tuvieron con los moros encuentros. Partiósese de Almería

el rey, dejando el cerco para despues; y asimismo lo hizo en Baza, despues de haber bien reconocido y visto donde podia poner sitio y real. Tuvo con los moros en Baza grandes encuentros, donde murieron muchos de ellos: allí hizo don Juan Chacon cosas memorables. Levantóse el real, y fue á Huescar, la cual se dió luego. Aquí mandó el rey despedir la gente de guerra, y él se fué á Caravaca á adorar la santa cruz que allá está, y de allí se partió á Murcia, donde estaba la reina doña Isabel, y descansó aquel año. En este tiempo hubo grandes rebeliones en los lugares que se habian dado; pero el rey don Fernando los apaciguó enviando gente de guerra que los aquietase. El año siguiente puso cerco el rey don Fernando á la ciudad de Baza, donde hubo muchas escaramuzas y batallas entre moros y cristianos. Vino á tanto extremo de necesidad Baza, que pidió socorro al rey viejo, que estaba retirado en Guadix, y al rey Chico de Granada, mas este no quiso darla ningun socorro. El rey viejo envió bastimentos y gente de guerra á Baza. Muchos moros de Granada comenzaron á alborotar la ciudad; y visto que el rey de ella no quiso dar favor á los de Baza, decian que los cristianos ganaban el reino, y no eran socorridos los moros, y que era mal hecho; y así se salian muchos moros secretamente al socorro de Baza. El rey Chico enojado contra los que alborotaban la ciudad, mandó hacer pesquisa de ellos, y sabido les hizo cortar la cabeza. Al fin Baza se dió, y Almería y Guadix, porque el rey viejo las entregó. El rey don Fernando le dió ciertas villas en recompensa; pero á pocos dias se pasó á Africa. Así como se dieron las tres ciudades dichas, no hubo villa, lugar ni fortaleza que no se diese al rey Católico; de suerte que todo el reino estaba aprisionado, salvo la ciudad de Granada; y así será bien dar fin á las guerras civiles, y tratar del rey de ella.

Ya dijimos cómo fué prisionero el rey Chico de Granada por el alcaide de los Donceles don Diego Fernandez de Córdoba, señor de Lucena, y por el conde de Cabra; y cómo el rey don Fernando le dió libertad, con condicion que el moro le habia de dar cierto tributo. Otrosí, entre estos dos reyes fué concertado que acabado de ganar á Guadix, Baza y Almería, y todo lo demas del reino, el rey Chico le habia de entregar al rey don Fernando la ciudad de Granada y Alhama, con el Alcazaba y Albaicin, Torres Bermejas y castillo de Vivatambien, con todas las demas fuerzas de la ciudad; y que el rey don Fernando le habia de dar al rey moro la ciudad de Purchena y otros lugares en que estuviese, para que con las rentas de ellos viviese hasta su fin. Pues habiendo el rey cristiano ganado á Baza, Guadix y Almería, con todo lo demas, luego envió sus mensajeros al rey moro que le entregase á Granada y fuerzas de ella, como estaba puesto en el concierto y trato, y que él le daría á Purchena y los lugares prometidos. A esto respondió el rey moro que estaba arrepentido del trato hecho, que aquella ciudad era muy grande y populosa, y llena de gente, naturales y estrangeros, de los que habian escapado de todas las ciudades ganadas, y que habia diversos pareceres sobre la entrega de la ciudad, y aun se comenzaban nuevos escándalos en ella; y que aunque los cristianos se apoderasen de la ciudad, que no la po-

drian sojuzgar: por tanto, que su alteza pidiese dobladas parias y tributo, que lo pagaria, y que no le pidiese á Granada, que no se la podia dar, y que le perdonase. Con aquesta respuesta se enojó el rey don Fernando, en ver que le quebraba la palabra, y tornó á replicarle, que tenia determinado de darle á Purchena y otros lugares; y que pues le faltaba de su promesa, no le daria sino otros pueblos no tan buenos; y que pues decia que la ciudad de Granada no podia ser sojuzgada, que él se avendria con la gente, y que siendo entregado en las fuerzas, y quitando las armas á los moradores, los allanaria con facilidad; y que si no le entregaba la ciudad le harian cruel guerra. Turbado el moro de la resolucion del rey cristiano, juntó todos sus consejos, con los cuales comunicó aquel caso, y sobre ello hubo grandes pareceres. Los Zegríes decian que no hiciese tal, ni por imaginacion, ni quitase las armas. Los Gomeles y Mazas estuvieron de aqueste parecer. Los Venegas, Aldoradines, Gazules y Alabeces, que determinaban ser cristianos, decian que el rey don Fernando pedia justicia, pues estaba así concertado; y ya que debajo de aquel concierto el rey don Fernando les habia dado lugar de cultivar sus haciendas y labores, y á los mercaderes para entrar y salir en los reinos de Castilla á tratar con sus cartas de seguro, que ahora no era justo hacer otra cosa; que no era de rey quebrar la palabra, pues el cristiano no la habia quebrado. Los Almoradíes decian que no convenia darle al rey don Fernando nada de lo que pedia, que si él habia dado lugar á los moros para cultivar sus labores, tambien ellos no habian corrido los campos de las fronteras; que tambien ellos gozaban de aquella paz y concierto, y así como los moros, y mejor. Toda la demas gente de guerra fué de este parecer, y le fué respondido al rey Católico, que no habia lugar á lo que pedia. Vista la respuesta del rey moro, y que venian á correr la tierra de los cristianos, mandó el rey Don Fernando reforzar y guarnecer todas las fronteras, y proveerlas de bastimentos y municiones, con intento de poner cerco á Granada el verano siguiente; y así se fué á Segovia á invernar.

CAPITULO XVII.

En que se da cuenta del cerco de Granada por les reyes Católicos, y de la fundacion de Santa Fé.

El verano siguiente vino el rey don Fernando á Córdoba, y allí tuvo ciertas escaramuzas con los moros de Granada, y quitó el cerco de Sallobreña que tenian los moros en aprieto. Hecho esto se fué á Sevilla á tratar ciertas cosas para el cerco de Granada. Volvió á Córdoba, y de allí vino á la Vega de Granada y destruyó todo el Valle de Alhendin, y mataron los cristianos muchos moros, y quemaron nueve aldeas. En una escaramuza murieron muchos Zegríes á manos de los cristianos Abencerrages, y un Zegrí escapó huyendo á darle esta mala nueva al

rey moro. El rey don Fernando puso su real en la misma Vega, donde estaba prevenido todo lo necesario, y puso toda su gente en escuadron formado con todas sus banderas tendidas y su real estandarte, en el cual llevaba por divisa un Cristo crucificado. Por la nueva que llevó el Zegri al rey se hizo este

ROMANCE.

Mensageros han entrado
Al rey Chico de Granada;
Entran por la puerta Elvira
Y paran en el Alhambra.

Ese que primero llega
Mahoma Zegri se llama,
Herido viene en un brazo
De una muy mala lanzada.

Y así como hubo llegado
Desta manera le habla,
Con el rostro demudado
De color muy fria y blanca:

« Nuevas te traigo, señor,
Y una muy mala embajada.
Por ese fresco Genil

Mucha gente viene armada:

Sus banderas traen tendidas,
Puestas á son de batalla,
Un estandarte dorado
En el cual viene bordada

Una muy hermosa cruz,
Que mas relumbra que plata,
Y un Cristo crucificado
Traía por cada banda.

El general desta gente

El rey Fernando se llama:
Todos hacen juramento
En la imágen figurada,
De no salir de la Vega
Hasta rendir á Granada.

Y con esta gente viene
Una reina muy preciada,
Llamada doña Isabel,
De grande nobleza y fama.

Veisme aquí, herido vengo
Ahora de una batalla,
Que entre cristianos y moros
En la Vega fue trabada.

Treinta Zegrís quedan muertos,
Pasados por el espada
De cristianos Bencerráges
Con braveza no pensada.

Perdóname por Dios, rey,
Que no puedo dar el habla,
Que me siento desmayado
De la sangre que me falta.»

Estas palabras diciendo
El Zegri, allí se desmaya:
Desto quedó triste el rey,
Que no pudo hablar palabra.

Otros cantaron este romance de otra manera; y porque no se le hace agravio al que le compuso, lo pondremos aquí, aunque los romances tienen un mismo sentido, y dice así:

Al rey Chico de Granada
Mensageros le han entrado;
Entran por la puerta Elvira
Y en el Alhambra han parado.

Este que primero llega
Es un Zegri muy nombrado,
Con una marlota negra,
Señal de luto mostrando.

Las rodillas por el suelo,
Desta manera ha hablado:
« Nuevas te traigo, señor,
De dolor en sumo grado.

Por ese fresco Genil
Un campo viene marchando,
Todo de lucida gente,
Sus armas van relumbrando.
Las banderas van tendidas,

Y un estandarte dorado:
El general de esta gente
Es el invicto Fernando.

En el estandarte trae
Un Cristo crucificado;
Todos hacen juramento
Morir por el figurado,
Y no salir de la Vega,
Ni volver atrás un paso,
Hasta ganar á Granada
Y tenerla á su mandado.

Y tambien viene la reina,
Muger del rey don Fernando,
La cual tiene tanto esfuerzo
Que anima á cualquier soldado.

Yo vengo herido, buen rey,
Un brazo tengo pasado,

Y un escuadron de tus moros
Ha sido desbaratado.

Todo el campo de Alhendin
Queda roto y saqueado.»
Estas palabras diciendo

Cayó el Zegrí desmayado.

Mucho lo siente el rey moro,
Del gran dolor ha llorado,
Al Zegrí quitan de allí
Y á su casa le han llevado.

Dejando ahora los romances, y tornando á lo que hace al caso de nuestra historia, el rey don Fernando asentó su real, y le fortificó con muy gran discrecion, y conforme práctica de milicia, y en una noche se hizo allí un lugar en cuatro partes partido, quedando en cruz; el cual tenia cuatro puertas, y todas se veían estando en medio de las cuatro calles. Hízose esta poblacion entre cuatro grandes de Castilla, y cada uno tomó un cuartel á su cargo. Fué cercado de un firme baluarte todo de madera, y por encima cubierto de lienzo encerado, de modo que parecia una firme y blanca muralla, toda almenada y torreada; siendo una cosa muy de ver, que no parecia sino labrada de una muy curiosa cantería. Otro dia por la mañana cuando los moros vieron aquel lugar hecho y tan cerca de Granada, todo torreado, se maravillaron mucho de verle. El rey don Fernando como vió acabado aquel lugar, y con tan gran perfeccion, le hizo ciudad, y le puso por nombre Santa Fé, y la dotó de muchas franquezas y privilegios, de los cuales hoy dia goza. Y porque esta ciudad se hizo de esta suerte, se compuso este romance antiguo, que dice así:

Cercada está Santa Fé
Con mucho lienzo encerado,
Al derredor muchas tiendas
De seda, oro y brocado,
Donde están duques y condes,
Señores de grande estado,
Y otros muchos capitanes,
Que lleva el rey don Fernando.

Todos de valor crecido,
Como ya lo habreis notado
En la guerra que se ha hecho
En el granadino estado.

Cuando á las nueve del dia
Un moro se ha demostrado
Sobre un caballo negro,
De blancas manchas manchado;

Cortados ambos hocicos,
Porque le tiene enseñado
El moro, que con sus dientes
Despedace á los cristianos.

El moro viene vestido
De blanco, azul y encarnado,
Debajo de esta librea

Traía un muy fuerte jaco;
Una lanza con dos hierros
De acero muy bien templado,
Una adarga hecha en Fez

De un ante rico estremado.
Aqueste perro con befa

En la cola del caballo.
La sagrada AVE MARIA
Llevaba haciendo escarnio.

Llegando junto á las tiendas
De esta manera ha hablado:
« Cuál será aquel caballero,
Que sea tan esforzado,
Que quiera hacer conmigo
Batalla en aqueste campo?

Salga uno, salgan dos,
Salgan tres, ó salgan cuatro;
El alcaide de los Donceles
Salga, que es hombre afamado.

Salga ese conde de Cabra,
En guerra experimentado;
Salga Gonzalo Fernandez,
Que es en Córdoba nombrado,

O sino Martin Galindo,
Que es valeroso soldado;
Salga ese Portocarrero,
Señor de Palma nombrado,

O el bravo don Manuel
Ponce de Leon llamado,
Aquel que sacára el guante,
Que por industria fué echado
Donde estaban los leones,
Y él lo sacó muy osado.

Y si no salen aquestos,
Salga el mismo rey Fernando,

Que yo le daré á entender
Si tengo valor sobrado.»
Los caballeros del rey
Todos están escuchando;
Cada uno pretendia
Salir con el moro al campo.
Garcilaso estaba allí,
Mozo gallardo esforzado:
Licencia le pide al rey
Para salir al pagano.
«Garcilaso, sois muy mozo»
Para emprender este caso;
Otros hay en el real
A quien poder encargarlo.
Garcilaso se despide
Muy confuso y enojado,
Por no tener la licencia,
Que al rey le habia demandado;
Pero muy secretamente;
Garcilaso se habia armado,
Y en un caballo morcillo
Salídose habia al campo.
Nadie le ha conocido,
Porque sale disfrazado:
Fuése donde estaba el moro,
Y de esta suerte le ha hablado:
«Ahora verás tú, moro,
Si tiene el rey don Fernando
Caballeros valerosos
Que salgan contigo al campo.
Yo soy el menor de todos,
Y vengo por su mandado.»
El moro cuando le vido
En poco le habia estimado,
Y dijole de esta suerte:
«Yo no estoy acostumbrado
A hacer batalla campal
Sino con hombres barbados.
Vuélvete, rapaz, le dice,
Y venga el mas estimado.»

Garcilaso se enojó,
Puso piernas al caballo,
Arremete para el moro,
Y un grande encuentro le ha dado.
El moro que esto vido,
Revuelve así como un rayo:
Comienzan la escaramuza
Con un furor muy sobrado:
Garcilaso, aunque era mozo,
Muy gran valor ha mostrado.
Dióle al moro una lanzada
Que el pecho le ha atravesado,
Y el moro cayera muerto;
Tendido le habia en el campo.
Garcilaso con presteza
Del caballo se ha apeado:
Cortárale la cabeza,
Y en el arzon la ha colgado.
Quitóle el AVE MARIA
De la cola del caballo,
É hincando ambas rodillas
Con devocion la ha besado,
Y en la punta de la lanza
Por bandera la ha colgado:
Subió en su caballo luego,
Y el del moro habia tomado.
Cargado destes despojos
Al real se habia tornado,
Donde están todos los grandes,
Tambien el rey don Fernando.
Todos tienen en grandeza
Aquel hecho señalado:
Tambien el rey y la reina
Mucho se han maravillado,
Por ser Garcilaso mozo,
Y haber hecho un tan gran caso:
Garcilaso de la Vega
Desde allí se ha intitulado,
Porque en la Vega hiciera
Campo con aquel pagano.

Como dice el romance, el rey y la reina y todos los del real se maravillaron de aquel gran hecho de Garcilaso, y el rey le mandó poner en sus armas las letras del AVE MARIA; con justa razon, por habérsela quitado al moro de tan indecente parte, y por ello haberle cortado la cabeza. Desde entonces en adelante los moros de Granada salian á tener escaramuzas con los cristianos en la Vega, en las cuales los cristianos llevaban lo mejor siempre. Los valerosos Abencerrages cristianos suplicaron al rey que les diese licencia para hacer un desafio con los Zegríes. El rey conociendo su bondad y valor se la otorgó, dándoles por caudillo al valeroso caballero don Diego Fernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles. Hecho el desafio, los moros Zegríes salieron fuera de la ciudad. El desafio se hizo de cincuenta á cincuenta; y no muy lejos vinieron los Zegríes muy bien aderezados, todos vestidos de su acostumbrada librea pajiza y morada, plumas de lo mismo. Los bravos Abencerrages salieron con su

acostumbrada librea azul y blanca, todos llenos de ricos tejidos de plata, las plumas de la misma color, en sus adargas su acostumbrada divisa, salvages que desquijaraban leones, y otros un mundo que le deshacia un salvage con un baston. De esta forma salió tambien el valeroso alcaide de los Donceles, y llegándose los unos á los otros, uno de los caballeros Abencerrages les dijo á los Zegríes : « Hoy ha de ser el dia, caballeros, en que nuestros prolijos bandos han de tener fin, y pagarnos la deuda que nos debeis, causa de vuestra malicia y envidia. » A lo cual replicaron los Zegríes, que no se gastase el tiempo en palabras, sino en obras. Diciendo esto se comenzó entre todos una brava y sangrienta escaramuza, la cual se holgaba el rey de ver, y todos los demas del real. Duró esta escaramuza cuatro horas buenas, en la cual hizo el valeroso alcaide de los Donceles cosas maravillosas, tanto, que fué parte su bondad para que los Zegríes fuesen desbaratados, y muchos muertos, y los demas puestos en huida. Los Abencerrages los fueron siguiendo hasta meterlos por las puertas de Granada. Aquesta escaramuza puzo á los Zegríes en grande quebranto, y al mismo rey de Granada, que lo sintió mucho, y de allí adelante se tuvo por perdido. Otro dia siguiente la reina doña Isabel tuvo gana de ver el sitio de Granada, y sus murallas y torres; y así acompañada del rey y de los Grandes, y gente de guerra, se fué á un lugar, llamado la Zubia, que está á una legua de Granada, y de allí se puso á mirar la hermosura y amenidad de la ciudad. Miraba las torres y las fuerzas del Alhambra; miraba los labrados y costosos olivares; miraba las Torres Bermejas, la brava y soberbia Alcázar y Albaicin, con todas las demas torres, castillos y murallas. Holgábase mucho de verlo todo la cristianísima reina, y deseaba verse dentro, y tenerla ya por suya. Mandó la reina que aquel dia no hubiese escaramuza, mas no se pudo escusar, porque sabiendo que estaba allí la reina, quisieron darla pesadumbre; y así salieron de Granada mas de mil moros, y trabaron escaramuza con los cristianos, la cual se comenzó poco á poco, y se acabó muy de veras y á gran priesa, porque los cristianos les acometieron con tanta fortaleza, que los moros huyeron, y los cristianos siguieron el alcance hasta las puertas de Granada, y mataron mas de cuatrocientos de ellos, y cautivaron mas de cincuenta. En esta escaramuza se señaló grandemente el alcaide de los Donceles, y Portocarrero, señor de Palma. Este dia mataron á casi todos los Zegríes: tambien esta pérdida sintió el rey de Granada, porque fué mucha. La reina se volvió al real con toda su gente, muy contenta de haber visto á Granada y su asiento. En este tiempo unos leñadores moros se hallaron las cuatro marlotas y los cuatro escudos de los turcos que hicieron la batalla por la reina Sultana; y como entraron en Granada con ellas, y conocieron las marlotas y escudos por sus divisas, se las tomaron á los leñadores, preguntándoles dónde habian habido aquellas ropas y escudos. Los leñadores dijeron que ellos la habian hallado en lo mas espeso del Soto de Roma. Gazul, sospechando mal, les volvió á preguntar si habian hallado á algunos caballeros muertos. Los leñadores respondieron que no. Gazul mandó llevar las marlotas y escudos á casa de la reina Sultana, y fué él tambien allá, y mostrando las marlotas á la

reina, dijo: « Señora, ¿ no son estas las propias marlotas de los caballeros que os libraron de la muerte? » La reina Sultana las miró bien, y luego las conoció, y dijo que ellas eran. « Pues ¿ qué es la causa, dijo Gazul, que unos leñadores se las hayan hallado? » — « No sé qué pueda ser, dijo la reina. » Luego sospecharon que los Zegríes y Gomeles los habían muerto, y que no podía ser otra cosa. Gazul contó lo que pasaba á los Alabeces y Venegas, Aldoradines y Almoradis, los cuales por aquel respecto trataron mal de palabras á los Zegríes que quedaban, y á los Gomeles y Mazas: estos como estaban libres de aquello que se les imputaba, defendían su partido, y sobre ello se revolvió entre dichos linages de caballeros una pendencia, por cuya causa casi se perdiera Granada; que harto tuvo el rey y los Alfaquíes que apaciguar, y decían los Alfaquíes: « ¿ Qué haceis, caballeros de Granada? ¿ Porqué volveis las armas contra vosotros mismos, estando vuestros enemigos á las puertas de la ciudad? Mirad que lo que ellos habían de hacer, haceis vosotros. Mirad que nos perdemos, y no es tiempo de andar en divisiones. » Tan buenas razones dijeron los Alfaquíes, y tanto hizo el rey y otros caballeros, que todo este escándalo fué apaciguado con gran pérdida de los caballeros Gomeles y Mazas, y algunos de sus contrarios. Muza, que deseaba que la ciudad se diese al cristiano rey, viendo armada de nuevo aquella division entre los mas principales, se holgó mucho por lo que él y los de su bando pretendían, que era ser cristianos, y entregar la ciudad al rey don Fernando; y un dia estando á solas con el rey su hermano, le habló de esta manera:

« Muy mal lo has mirado, hermano Abdalí, en haber quebrado la palabra que le diste al rey cristiano, y no es trato de rey faltar en lo que propone. Veamos ahora cómo te puedes conservar en esta ciudad, que te ha quedado sola de tu reino. Bastimentos van faltando, puesta en division, no olvidados los rencores contra tí por la muerte de los Abencerrages, por su destierro tan sin ocasion, y por la deshonra que hiciste á tu muger la reina, que aunque fué bien vengada, los Almoradis y Marines sus parientes te tienen un odio mortal: no quisiste recibir jamás de mí ningun consejo, que si lo admitieras, no vinieras al estado miserable en que estás puesto, no teniendo socorro ninguno para resistir la pujanza grande del rey cristiano. Y así, ¿ qué determinas hacer? ¿ No hablas? ¿ Porqué no me respondes? De mi voto, si no te quieres perder de todo punto, entrega al rey don Fernando esta ciudad, pues que te dá en qué y con qué vivas tú y tus siervos. No le indignes mas, cumple la palabra con voluntad, si no quieres que á tu pesar te la haga cumplir. Adviértote que están determinados los mas principales caballeros de Granada de irse á servir al rey Católico, ó darte muy cruel guerra; y si quieres saber quien son, has de saber que los Alabeces y Gazules, Aldoradines y Venegas, Azarques y Alarifes, y todos los de sus parcialidades, que tú conoces muy bien, y yo el primero, queremos ser cristianos y servir al rey don Fernando. Por tanto, consuélate, y mira que si estos que te digo te faltan, ¿ qué harás aunque sea en tu favor todo lo restante de la ciudad? Porque todos estos quieren guardar sus haciendas, y no quieren ver su amada patria destruida y sa-

queada, ni sus reales banderas y estandartes rotos con violencia no vista, y ellos esclavos, divididos por diversas partes de los reinos de Castilla. Muévete á hacer lo que te digo : mira con cuánta piedad y misericordia el rey don Fernando ha tratado á los pueblos del reino, dejándoles vivir con libertad en sus propias casas y haciendas, pagando lo mismo que á tí te pagaban, y que traigan sus ropas y vestidos, y hablen la lengua y vivan en su ley. » Muy admirado y confuso se halló el rey con las razones que su hermano Muza decia, y con la libertad con que le hablaba; y dando un doloroso suspiro, viendo que de todo punto le convenia dar su ciudad bella, porque no tenia reparo de hacer otra cosa; considerando que todos los caballeros querian ser de la parte del rey Católico, y su mismo hermano con ellos, y considerando que si no entregaba la ciudad, los males que la gente de guerra en ella pudieran hacer, así de robos como de forzar á las doncellas y casadas, y otras cosas que los victoriosos soldados suelen hacer en las ciudades que rinden, le dijo á su hermano que estaba de parecer de darle ayuda y ponerse en las manos del rey don Fernando. Y para la ejecucion de ello le dijo á Muza que llamase y juntase todos los caballeros y linages que estaban de aquel parecer, lo cual hizo luego el capitan Muza. Y siendo juntos en el Alhambra, se trató con ellos si le darian al victorioso rey don Fernando á Granada. Todos los que estaban allí, Alabeces, Aldoradines, Gazules, Venegas, Azarques, Alarifes, y otros muchos caballeros de este bando, dijeron que la ciudad se entregase al rey don Fernando. Visto que la flor y lo mejor de los caballeros de Granada estaban de parecer que la ciudad se entregase; mandando luego tocar sus trompetas y añafiles, al cual son se juntaron todos los caballeros, y cuando el rey Chico los vió juntos, les contó lo que estaba tratado entre él y su hermano, que por dolerse de la ciudad y no verla por el suelo, se la queria entregar al rey cristiano. En la ciudad alborotada por esto, daban diferentes votos unos de otros : los unos decian que no se diese la ciudad; otros que sí, porque era bien para toda la ciudad; otros decian que anduviese la guerra, y que les vendria socorro de Africa; otros que no vendria. En estos dares y tomares estuvieron treinta dias, al cabo de los cuales fué entre todos determinado de dar la ciudad, y ponerse á la misericordia del rey don Fernando; y con condicion que todos los que quisiesen vivir en su ley y quedarse con sus haciendas, trages y language, así como habian quedado todas las demas ciudades, villas y lugares que al rey cristiano se le habian entregado. Acordado esto de esta manera, fueron á hablar al rey don Fernando sobre ello, y los que fueron á tratarlo eran Alabeces, Aldoradines, Gazules, Venegas, y Muza por cabeza de todos; los cuales salieron de la ciudad y fueron á Santa Fé donde estaba el rey don Fernando acompañado de los grandes de Castilla; el cual como vió venir tan grande escuadron, mandó que el real se aperciese por si fuese menester, aunque por cartas de Muza sabia lo que se trataba en Granada. Llegaron al real los granadinos caballeros, se apearon y entraron en Santa Fe, y fueron al alojamiento real. Eran Muza, Malique Alabéz, Aldoradin y Gazul, los cuales llevaban comision de tratar este negocio. Todos los demas caballeros moros quedaron fuera del real

paseándose y hablando con los demas caballeros, admirados de ver tanta braveza y apercibimiento de guerra, y de ver aquel fuerte real y su asiento. Finalmente, los comisarios moros hablaron con el rey, y Aldoradin, caballero muy estimado, dijo lo siguiente :

Razonamiento que se hizo al rey don Fernando.

« No las sangrientas armas ni el belicoso son de acordadas trompetas
 » y retumbantes cajas, ni arrastradas banderas, ni muerte de varones
 » ínclitos, invicto y poderoso rey Católico, ha sido parte para que nues-
 » tra ciudad de Granada viniese á entregarse, y dar, y abatir sus reales
 » pendones, sino la fama de tu soberana virtud y misericordia, que de
 » ordinario usas con tus súbditos, lo cual es muy manifiesto á todos; y
 » confiados en que nosotros los moradores de la ciudad de Granada no
 » serémos menos tratados ni honrados que los demas que á tu grandeza
 » se han dado, nos venimos á poner en tus reales manos, para que de
 » nosotros y de todos los de la ciudad hagas tu voluntad, como de hu-
 » mildes vasallos; y desde ahora prometemos de darte á Granada y todas
 » sus fuerzas, para que de la ciudad y de ellos dispongas á tu voluntad;
 » y el rey besa tus reales piés y manos, y pide perdon de haber faltado á
 » la palabra y juramento dado; y porque tu grandeza vea ser esto así,
 » toma una carta suya, la cual me mandó que pusiese en tus reales
 » manos. »

Diciendo esto hincadas ambas rodillas, besó la carta, y se la dió al rey don Fernando; y recibiéndola con mucho contento la abrió, y leida entendió el rey ser así lo que Aldoradin le habia dicho, y que su alteza fuese á Granada y tomase posesion de la ciudad y del Alhambra.

El Aldoradin pasó adelante con su plática diciendo : « Las condiciones
 » arriba dichas son, que los moros que quisiesen ir al Africa se fuesen
 » libres, y que los que se quisiesen quedar que les dejasen sus bienes, y
 » que los que quisiesen vivir en su ley, viviesen, y trajesen su hábito y
 » hablasen su lengua. »

Todo lo cual les otorgó el rey don Fernando muy alegremente; y así los cristianos reyes de Castilla y de Aragon, don Fernando y doña Isabel fueron con gran parte de su gente á Granada, dejando su real á muy buen recaudo; y dia de los reyes en treinta dias de diciembre, les fué á los reyes Católicos entregada la fuerza del Alhambra : á dos dias del mes de enero la reina doña Isabel y su corte, con toda la gente de guerra, partió de Santa Fe á Granada y en un cerro que estaba junto á ella se puso á mirar la hermosura de la ciudad, aguardando que se hiciese la entrega de ella. El rey don Fernando tambien, acompañado de sus grandes de Castilla, se puso por la parte de Genil adonde salió el rey moro, y en llegando le entregó las llaves de la ciudad y de las fuerzas, y se queria apearse para besarle los piés. El rey don Fernando no consintió que hiciese lo uno ni lo otro. Finalmente, el moro le besó la mano y le entregó las llaves, las cuales dió el rey al conde de Tendilla, por haberle hecho

merced de la alcaidía, porque la tenia bien merecida; y así entraron en la ciudad y subieron al Alhambra, y encima de la torre de Comares tan famosa, se levantó la señal de la santa Cruz, y luego el estandarte de los Católicos reyes; y los dos reyes de armas dijeron en altas voces: *Viva el rey don Fernando, por él, y por la reina doña Isabel, su muger*. La Católica y serenísima reina que vió la señal de la santa Cruz encima de la torre de Comares, y su estandarte real con ella, se hincó de rodillas, y puestas las manos dió infinitas gracias á Dios por la feliz victoria que habia ganado contra aquella populosa ciudad de Granada. La música de la capilla del rey cantó luego: *Te Deum laudamus*. Fué tan grande el placer de todos, que lloraban. Luego se oyeron en el Alhambra mil instrumentos de bélicas trompetas, pífanos y cajas. Los moros amigos del rey don Fernando, que querian ser cristianos, y cuya cabeza era Muza, tocaron muchas dulzainas y añafles, sonando gran ruido de tambores por toda la ciudad. Los caballeros moros que habemos dicho en aquella noche jugaron galanamente alcancias y cañas, las cuales se holgaron ver los dos cristianos reyes. Habia tantas luminarias, y tantas fiestas y regocijos aquella noche, que era cosa de ver. Dice nuestro coronista, que aquel dia de la entrega de la ciudad, el rey moro hizo sentimiento en dos cosas. La una es, que pasando el rey moro un rio, los moros que iban á la par de él le cubrieron los piés, lo cual el rey no quiso consentir. La otra costumbre es, que subiendo el rey alguna escalera, los zapatos que se descalza, ó pantuflos, al pié de ella, los mas principales que van con él se los suben; lo cual el rey moro no quiso consentir aquel dia. Y así como llegó á su casa el rey moro, que era el Alcazaba, comenzó á llorar lo que habia perdido; al cual llanto le dijo su madre, que pues no habia sido para defenderla hacia bien llorarla. Todas los grandes de Castilla le fueron á besar las manos al rey don Fernando y á la reina doña Isabel, y á jurarlos por reyes de Granada y su reino. Los Católicos reyes hicieron muchas mercedes á todos los caballeros que se habian hallado en la conquista de Granada. Entregada la ciudad fueron puestas todas las armas de los moros en el Alhambra. Acabado de dar asiento en las cosas de Granada, mandó el rey don Fernando que á los caballeros Abencerrages se les volviesen todas sus casas y haciendas, y sin esto les hizo grandes mercedes. Lo mismo hizo con Reduan, Sarracino y Abenamar, los cuales habian servido en la guerra muy bien, y con grande fidelidad. Muza y Celima se volvieron cristianos, y los casó el rey, y les dió grandes haberes. La reina Sultana fué á besar las manos á los reyes Católicos, los cuales la recibieron benigna y amorosamente, y dijo que queria ser cristiana; y así la bautizó el nuevo arzobispo, y la puso por nombre doña Isabel de Granada. Casóla el rey con un principal caballero, y le dió en dote dos lugares. A todos los Alabeces y Gazules el rey les hizo grandes mercedes, especialmente á Malique Alabéz, que se llamó don Juan Alabéz, y el mismo rey fué padrino suyo, y de Aldoradin, al cual llamó de su propio nombre Fernando Aldoradin. El rey mandó que si quedaban Zegries, que no viniesen á Granada, por la maldad que hicieron contra los Abencerrages. Los Gomeles se fueron á Africa, y el rey Chico con ellos, que no quiso estar en

España, aunque le habian dado á Purchena en que viviese; y en el Africa le mataron los moros de aquellas partes, porque perdió á Granada. Nuestro moro coronista nos advierte de una cosa, y es, que los caballeros llamados Mazas, que no era este su propio nombre, sino Abembices. De este nombre Abembiz hubo dos linages en Granada, y no bien puestos los unos con los otros, porque cada uno decia ser de mas claro linage que el otro. Sucedió que el bando de aquellos Abembices en tiempo del rey de Castilla don Juan I^o tuvieron una batalla en la Vega de Granada con los cristianos, y de los cristianos, se llamaba el capitán y alférez, que era su hermano, don Pedro Maza. Decian ser estos Caballeros del reino de Aragon y de Valencia, y que esta sangrienta batalla fué muy reñida; de manera que los capitanes de ambas partes murieron, asimismo los alféreces, y los estandartes fueron trocados; que el de los moros llevaron los cristianos, y los moros se llevaron el de los cristianos; y fueron cautivos, así de una parte como de otra, y respecto de aquella cruel batalla por la memoria de ella, en Granada diciendo ó nombrando los Abembices, respondian los Mazas ó los otros. De manera que fueron llamados los Abembices Mazas, y se quedaron con aquel nombre. El rey don Fernando les dió á los caballeros Venegas muy grandes mercedes y privilegios, como que pudiesen traer armas; y asimismo á los Alabeces y Aldoradines. La hermosa reina, que ser solia llamada doña Isabel de Granada siendo casada, como ya hemos dicho, dió libertad á su criada Esperanza de Hita, y muchas y muy ricas joyas, y la envió á Mula, de donde era natural, al cabo de siete años de cautiverio. No muchos dias despues de tomada Granada, fué hallada una cueva de armas, de la cual se hizo grande pesquisa; y descubierta la verdad, se hizo justicia de los culpados. Algunas cosas de aquestas no llegaron á noticia de Hernando del Pulgar, coronista de los Católicos reyes; y así no las escribió ni la batalla que los cuatro caballeros cristianos hicieron por la reina, porque de ello se guardó el secreto; y si algo de estas cosas supó y entendió, no puso la pluma en ello, por estar ocupado en otras cosas tocantes á los Católicos reyes y de mas gravedad. Nuestro moro coronista supo de la Sultana, debajo de secreto, todo lo que pasó, y ella le dió las dos cartas; la que envió á don Juan Chacon, y la respuesta que le envió; que así él pudo escribir aquella famosa batalla, sin que nadie entendiese quién fueron hasta ahora. Visto por el coronista perdido el reino de Granada, se fué á Africa y á Tremecén, llevando todos sus papeles consigo: allí murió, y dejó hijos y un nieto soyo no menos hábil que él, llamado Argutarfa, el cual recogió todos los papeles de su abuelo, y en ellos halló este pequeño libro, que no estimó en poco, por tratar la materia de Granada, y por grande amistad se lo presentó á un judío, llamado Saba Santo, quien le sacó en hebreo por su contento, y el original arábigo le presentó á don Rodrigo Ponce de Leon, conde de Bailen. Y por saber lo que contenia, y por haberse hallado su abuelo y bisabuelo en las dichas conquistas, le rogó al judío que le tradujese en castellano, y despues el conde me hizo merced de dármele. Y pues ya hemos acabado de decir todas las guerras civiles, y los bandos de los Zegries y Abencer-

rages, diremos algunas cosas de don Alonso de Aguilar, y cómo le mataron los moros en Sierra Bermeja, con algunos romances de su historia, y daremos fin á los amores de Gazul y Lindaraja. Así como bautizaron á Gazul, y habiéndole hecho el rey merced, pidió licencia para ir á Sanlúcar, y dióselo. Partiósese luego, y llegó con brevedad, con el deseo que tenia de ver á su señora, y le hizo saber con un page su venida. Ella estaba enojada con él sobre ciertos celos, y no quiso oír al page, de lo cual le pesó á Gazul; y sabiendo que en Gelves se jugaban cañas, porque el alcaide de allí las habia ordenado por la paz de los reinos, quiso ir á jugarlas para mostrar su valor; y así un dia se puso muy galan, la librea blanca, morada y verde, y las plumas de lo mismo, llenas de argentería de oro y plata, el caballo enjaezado de lo mismo; y antes de partirse fué por la calle de Lindaraja por verla, y él llegaba á sus ventanas cuando la dama salia á su balcon. Gazul que la vió, lleno de alegría y contento picó al caballo, y llegando junto al balcon le hizo arrodillar y poner la boca en el suelo, así como aquel que le tenia enseñado en aquello para aquella hora. Comenzó á hablar diciendo: « Qué le mandaba para Gelves, que iba allí á jugar cañas, y que con haberla visto llevaba esperanza de que le iria bien en aquella jornada. » La dama le respondió, que á la dama que servia le pidiese favores, que á ella no habia para qué, que no cuidase de engañar á nadie; y diciendo esto, echándole muchas maldiciones, se quitó del balcon y cerró la ventana con gran furia. Gazul viendo aquel gran disfavor de su dama, arremetió el caballo á la pared; y así hizo la lanza pedazos y se volvió á su casa, y se desnudó para no ir á las cañas. No faltó quien le diese noticia de esto á Lindaraja, la cual estaba arrepentida de lo que habia hecho; y así con un page envió á llamar á Gazul para que se viese con ella en un huerto que ella tenia. Gazul lleno de alegre esperanza vino á su llamado, y se vió con ella en aquel jardin, donde ella le dió disculpas, y pidió perdon de lo hecho, y se casaron los dos; y para que fuese á jugar cañas á Gelves ella le dió muy ricas empresas, y por esto se dice este

ROMANCE.

Por la plaza de Sanlúcar
 Galan paseando viene
 El animoso Gazul
 De blanco, morado y verde.
 Quiérese partir el moro
 A jugar cañas á Gelves,
 Que hace fiestas su alcaide
 Por las paces de los reyes.
 Adora una Abencerrage,
 Reliquia de los valientes
 Que mataron en Granada.
 Los Zegries y Gomeles.
 Por despedirse y hablarla,
 Vuelve y revuelve mil veces,
 Penetrando con los ojos

Las venturosas paredes.
 Al cabo una hora de noche,
 De esperanzas impacientes,
 Vióla venir al balcon,
 Haciendo los años breves.
 Arremetió su caballo,
 Viendo aquel sol que amanece,
 Haciendo que se arrodille,
 Y el suelo en su nombre bese.
 Con voz turbada la dice:
 « No es posible sucederme
 Cosa triste en esta empresa,
 Habiéndote visto alegre.
 Allá me llevan sin alma
 Obligacion y parientes;

Volveráme mi cuidado,
 Por ver si de mí le tienes.
 Dame una empresa ó memoria,
 Y no para que me acuerde,
 Sino para que me adorne,
 Guarde, acompañe y esfuerce.»
 Celosa está Lindaraja,
 Que de celos grandes muere
 De Zaida, la de Jerez,
 Porque su Gazul la quiere;
 Y de esto la han informado,
 Que por ella ardiendo muere;
 Y así á Gazul le responde:
 « Si en la guerra te sucede,
 Como mi alma desea,
 Y el tuyo falso merece,
 No volverás á Sanlucar,
 Tan ufano como sueles,
 A los ojos que te adoran,
 Y á los que mas te aborrecen.
 Y plegue Alá que en las cañas
 Los enemigos que tienes
 Te tiren secretas lanzas,
 Porque mueras como mientes.
 Y que traigan fuertes jacos
 Debajo los alquiceles,
 Porque si quieres vengarte,
 Acabes, y no te vengues.
 Tus amigos no te ayuden,
 Tus contrarios te atropellen,
 Y que en hombros de ellos salgas,
 Cuando á servir damas entres;

Y que en lugar de llorarte
 Las que engañas y entretienes,
 Con maldiciones te ayuden,
 Y de tu muerte se alegren.»
 Piensa Gazul que se burla,
 Que es propio del inocente;
 Y alzándose en los estribos,
 Tomarla la mano quiere.
 « Miente, la dice, señora,
 El moro que me revuelve,
 A quien estas maldiciones
 Le vengán, porque me vengue.
 Mi alma aborrece á Zaida;
 De que la amé se arrepiente:
 Malditos sean los años
 Que la serví por mi suerte.
 Dejóme á mí por un moro
 Mas rico de pobres bienes.»
 Esto que oye Lindaraja,
 Aquí la paciencia pierde.
 A este tiempo pasó un page
 Con sus caballos ginetes,
 Que los llevaba gallardos
 De plumas y de jaeces.
 La lanza con que ha de entrar
 La tomó, y fuerte arremete,
 Haciéndola mil pedazos
 Contra las mismas paredes.
 Y manda que sus caballos,
 Jaeces y plumas truequen,
 Los verdes en leonados,
 Para entrar leonado en Gelves.

Ya contamos cómo habiendo pasado aquestas palabras entre Lindaraja y Gazul, ella se quitó del balcon muy enojada y confusa, y dió con su mano á las puertas de la ventana, y con mucho furor la cerró inconsideradamente: mas despues siendo de ello arrepentida, como aquella que amaba de todo corazon á Gazul, y sabiendo cómo desesperadamente habia trocado sus aderezos verdes, azules y blancos, en leonados, y roto la lanza con enojo en la pared, como atrás se dijo; enviándole á llamar, que le esperaba en su jardin, trató con él muy largas cosas, y entre los dos se casaron, y ella le dió para irse al dicho juego de cañas á Gelves ricas preseas por su memoria. Y de esto se hizo este romance, que dice así:

Adornado de preseas
 De la bella Lindaraja,
 Se parte el fuerte Gazul
 A Gelves á jugar cañas.
 Cuatro caballos ginetes
 Lleva cubiertos de galas,
 Con mil cifras de oro fino,
 Que dicen: *Abencerraja*.
 Cada librea de Gazul
 Era azul, blanca y morada,

Los penachos de lo mismo
 Con una pluma encarnada.
 De costosa argentería,
 De fino oro, y fina plata,
 Pone el oro en lo morado,
 La plata en lo rojo esmalta.
 Un salvage por divisa
 Lleva enmedio de la adarga,
 Que desquijara un leon,
 Divisa hermosa y usada

De nobles Abencerrages,
Que fueron flor de Granada;
De todos bien conocida,
Y de muchos estimada.

Llevaba el fuerte Gazul,
Por respeto de su dama,
Que era de Abencerrages,
A quien por extremo amaba,

Una letra en lengua mora
Que dice: *Nadie la iguala.*
De aquesta suerte Gazul
De Gelves entró en la plaza

Con treinta de su cuadrilla,
Que así concertado estaba,
De una librea vestidos,
Que admira á quien los miraba;

Y una divisa sacaron
Que ninguno discrepaba,
Si no fué solo Gazul
En las cifras que llevaba.

Al son de los añafles
El juego se comenzaba,
Tan trabado y tan revuelto,
Que parece una batalla.

Mas el bando de Gazul
En todo lleva ventaja:
El moro caña no tira
Que no aportille una adarga.

Míranlo mil damas moras
De balcones y ventanas,
Tambien lo estaba mirando
La hermosa mora Zaida;

La cual dicen de Jerez
Que en las fiestas se hallara:
Vestida va de leonado
Por el luto que llevaba

Por su esposo tan querido,
Que el bravo Gazul matara.
Zaida bien le reconoce
En el tirar de la caña:

Acuérdate en su memoria
De aquellas cosas pasadas,
Cuando Gazul la servia
Y ella le fué tan ingrata.

Muy mal pagó sus servicios,
Y lo mucho que él la amaba:
Siente tanto dolor de esto,
Que allí cayó desmayada;

Y al cabo que volvió en sí,
Su criada la hablara:

«¿Qué es esto, señora mia?
¿Por qué causa te desmayas?»

Zaida respondiera así,
Con voz muy baja y turbada:
«Advierte bien aquel moro
Que arrojó ahora la caña:

Aquel se llama Gazul,
Cuya fama es bien nombrada;
Seis años fui de él servida,
Sin de mí alcanzar nada.

Aquel mató á mi marido,
Y de ello yo fui la causa;
Y con todo esto le quiero,
Y le tengo acá en el alma.

Holgára que me quisiera,
Pero no me estima en nada;
Adora una Abencerrage,
Por quien vivo desmayada.»

En esto se acabó el juego,
Y la fiesta aquí se acaba:
Gazul se parte á Sanlucar
Con mucha honra ganada.

Muy maravillados quedaron en Gelves de la bondad y fortaleza de Gazul, y cuán bien lo habia hecho en el juego de cañas; y de su valor quedaron muchas damas amarteladas, y se holgaron de ser amadas de tan buen caballero. Llegado Gazul á Sanlucar, luego fué á ver á su dama Lindaraja, la cual no se holgó poco de su venida, y preguntándole muy por estenso todo lo que en Gelves habia pasado, el enamorado Gazul la satisfizo de todo con mucha alegría, contándole cuán bien le habia ido en aquel viage; y por esto se hizo el siguiente

ROMANCE.

De honor y trofcos lleno,
Mas que el gran Marte lo ha sido,
El valeroso Gazul
De Gelves habia venido.

Vinose para Sanlucar,
Donde fué bien recibido

De su dama Lindaraja,
De la cual es muy querido.

Estando ambos á dos
En un jardin muy florido,
Con amorosos regalos
Siendo cada cual servido,

Lindaraja aficionada,
Una guirnalda ha tejido
De clavellinas y rosas,
Y de un aleli escogido.

Cercada de violetas,
Flor que de amantes ha sido,
Se la puso en la cabeza

A Gazul, y así le ha dicho :

« Nunca fuera Ganimedes

De rostro tan escogido ;

Si el gran Júpiter te viera,

Él te llevara consigo. »

El fuerte Gazul la abraza,

Diciéndola con un riso :

« No pudo ser tan hermosa

La que el Troyano ha escogido ;

Por la cual se perdió Troya,

Y en fuego se habia encendido,

Como tú, señora mia,

Vencedora de Cupido. »

« Si hermosa te parezco,

Gazul, cástate conmigo,

Pues que me diste la fé

Que serias mi marido. »

« Pláceme, dice Gazul,

Pues yo gano en tal partido. »

Estas y otras amorosas palabras pasaron entre Lindaraja y su amante Gazul ; y así ordenaron de casarse , y Gazul se la pidió á su tio , en cuyo poder estaba Lindaraja. El tio se holgó mucho , por ser Gazul principal y valiente ; y así se celebraron las bodas , y fueron muy costosas , y se hallaron en ellas muchos caballeros cristianos y moros ; porque vinieron de Granada los cristianos Gazules , Abencerrages y Venegas. Tambien vino Daraja , hermana de Lindaraja , y su marido Zulema , que eran ya cristianos y muy queridos del rey Católico , y hubo toros , cañas y sortija. Duraron estas fiestas dos meses , al cabo de los cuales todos los caballeros que habian venido de Granada se volvieron , llevando consigo á los desposados , los cuales en llegando fueron á besar las manos á los reyes Católicos , de lo que holgaron mucho en verlos , y mandaron que todos los bienes del padre de Lindaraja se los entregasen á Gazul y su esposa. Tornóse cristiana Lindaraja , y llamóse doña Juana ; él se llamó don Pedro Gazul cuando le bautizaron. En esta historia de Gazul se quedó por poner otro romance que era primero que el de Sanlucar ; mas por no estar bueno , y no haberle entendido el autor que le hizo , se puso al principio , porque no causara confusion ; y porque no quede con aquella ignorancia , dirémos la verdad del caso. El romance que digo , es aquel que dice : *Sale la estrella de Venus* , y el que le compuso no entendió la historia , porque no tuvo razon de decir que se casaba Zaida , hija del alcaide de Jerez , con el alcaide de Sevilla y su fuerza , porque el Gazul que mató al desposado de Zaida , no fué en tiempo que Jerez ni Sevilla eran de moros , sino en tiempo de los reyes Católicos , como se prueba por aquel verso del romance de Sanlucar , cuando dice : *Reliquia de los valientes* ; pues en este tempo ya habian ganado los cristianos á Sevilla y Jerez. Mas hase de entender de esta manera el romance y su historia. Zaida la de Jerez era nieta ó biznieta de los alcaides de allí , siendo Jerez tomada de cristianos , y quedando los moros en pleitesía , gozando de sus libertades , lengua y hábito , y viviendo en su secta ; siendo los cristianos señores de la ciudad y fortaleza. Lo mismo fué en Sevilla , que aquel moro rico que dice el romance que se casaba con Zaida , por ser alcaide en Sevilla ; no porque lo era él , sino su abuelo , y el moro vivia en Sevilla con los demas que en ella quedaron , y entre todos se trató el casamiento que dice el romance. Pues viniendo al caso , Gazul servia á Zaida en tiempo que se trató el ca-

samiento con el moro de Sevilla, y nunca pudo alcanzar Gazul lo que pretendia, porque sabia Zaida que sus padres no querian casarla con él, sino con el sevillano, por tener algun deudo con él, y por ser mas rico que Gazul; y por eso no le favorecia, aunque le amaba de secreto, y no lo manifestaba por no dar disgusto á sus padres. Pues estando ya tratado el casamiento, una noche en cierta zambra que se hacia en la casa de Zaida se halló Gazul; porque entonces habia licencia para entrar de paz los moros en las tierras de los cristianos á tratar ó á hablar con los demas moros que estaban en ellas. Pues como se halló allí, danzó la zambra con Zaida; y estando danzando asidos de las manos, como es costumbre en aquel baile, no pudo refrenarse Gazul tanto con el demasiado amor que á Zaida tenia, que al tiempo que acabó de danzar, no la abrazase estrechamente; lo cual visto por el moro sevillano, así como un leon, lleno y ciego de cólera, puso mano á su alfange y fué á herir á Gazul, el cual se puso en defensa, y aun hubiera ofendido muy mal al desposado, si no fuera por la gente que se puso de por medio. Alborotada la sala de Zaida por esta ocasion, sus padres de ella se enojaron mucho con Gazul, y le dijeron que se fuese á su casa. Gazul sin replicar en cosa alguna se salió muy enojado de allí, y juró de matar al desposado, y para ello aguardó tiempo y lugar oportuno; y sabiendo cuando se desposaba Zaida, ya que era hora, se aderezó muy bien, y subió en un muy buen caballo, y partió de Medina-Sidonia para Jerez, y entró al anocheecer cuando salian Zaida y su desposado, acompañados de muchos caballeros, así cristianos como moros, de su casa, para ir á otra donde se habian de celebrar las bodas; lo cual visto por Gazul, rabioso de celos y de cólera, echó mano á un estoque y embistió con el desposado y le dió una estocada, de la cual quedó muerto. Admirados los circunstantes de la tal hazaña, no sabian qué hacer, ni qué decir, salvo los parientes del muerto y los de Zaida, que acometieron á Gazul para matarle, diciendo: Muera el traïdor; pero el valiente Gazul se defendió de todos, hiriendo á algunos de ellos, sin que á él le ofendiesen; y así escapó de todos juntos. Por la muerte de Zaida, y por este hecho se dijo este romance que sigue, el cual se habia de poner primero que los ya dichos de Gazul: mas pues se ha declarado la causa, no importa que se ponga aquí, diciendo de esta manera:

Sale la estrella de Venus
 Al tiempo que el sol se pone,
 Y la enemiga del dia
 Su negro manto descoge.
 Y con ella un fuerte moro,
 Semejante á Rodamonte,
 Sale de Sidonia armado;
 De Jerez la Vega corre,
 Por do entra Guadalete
 Al mar de España, y por donde
 Santa María del Puerto
 Recibe famoso nombre.
 Desesperado camina,
 Que aunque es de linage noble,
 Le deja su dama ingrata,

Porque se suena que es pobre;
 Y aquella noche se casa
 Con un moro, feo y torpe,
 Porque es alcaide en Sevilla
 Del Alcázar y la Torre.
 Quejábase grandemente
 De un agravio tan enorme,
 Y á sus palabras la Vega
 Con el eco le responde:
 « Zaida, dice, mas airada
 Que el mar que las nubes sorbe;
 Mas dura é inexorable,
 Que las entrañas de un monte:
 Cómo permites, cruel,
 Despues de tantos favores,

Que de prendas que son mias
Agená mano se adorne?

Es posible que te abrazas
A las cortezas de un roble,
Y dejas el árbol tuyo
Desnudo de fruto y flores?

Dejas á un pobre muy rico,
Y un rico muy pobre escoges,
Y las riquezas del cuerpo
A las del alma antepones!

Dejas al noble Gazul,
Dejas seis años de amores,
Das la mano á Alabenzaide,
Que aun apenas le conoces!

Alá permita, enemiga,
Que te aborrezca y le adores,
Que por celos de él suspires,
Y por ausencia le llores;

Y en la cama le fastidies,
Y que en la mesa le enojés;
Y que de noche no duermas,
Y de día no reposes;

Ni en las zambras, ni en las fiestas
No se vista tus colores,
Ni el almaizar que le labres,
Ni la manga que le bordes:

Y se ponga él de su amiga
Con la cifra de su nombre,
Y para verle en las cañas

No consienta que te asomes

A la puerta, ni ventana,
Para que mas te alborotes;
Y si le has de aborrecer,
Que largos años le goces;

Y si mucho le quisieres
De verle muerto te asombres,
Que es la mayor maldición,
Que te pueden dar los hombres.

Y plegue Alá que te enfade
Cuando la mano le tomes.»
Con esto llegó á Jerez
A la mitad de la noche;

Halló el palacio cubierto
De luminarias y voces;
Y los moros fronterizos
Que por todas partes corren

Con mil hachas encendidas,
Y sus libreas conformes:
Delante del desposado
En los estribos se ponen;

Que tambien anda á caballo
Por honra de aquella noche.
Arrojándole una lanza,
De parte á parte pasóle;

Alborotóse la plaza;
Desnuda el moro su estoque,
Y por enmedio de todos
Para Medina volvióse.

No hay cosa tan rabiosa como es el mal de celos; y así están las escrituras llenas de casos acontecidos y desastrados por los celos; y con verdad dicen los que de ellos tienen experiencia, que es cruel mal de rabia: esto nace de los amantes que son mal considerados, sino mírese por Zaida la de Jerez, que despues de seis años de amores, y de otros dares y tomares que tuvo con Gazul, inconsideradamente le olvidó, y se casó con Zaide de Sevilla, por ser rico, y que Gazul no lo era tanto, no mirando el valor de las personas que eran diversas; porque Gazul, aunque no era rico, era noble de linage, muy valiente y gentil hombre como ya se ha dicho; y no era tan pobre, que no tuviese hacienda que valia mas de treinta mil doblas; y muy emparentado en Granada, y todos los de su linage eran muy ricos y estimados; mas porque el moro Zaide era de mayor riqueza le escogió por su marido. Mal haya la riqueza, pues que muchas veces por ella pierden muchas personas nobles muy buenas ocasiones por no ser ricos, como ahora tenemos ejemplo en Gazul que le desecharon, porque decian que no era tan rico como Zaide, segun parece por el romance; pero á mi parecer no se puede creer que Zaida olvidase á Gazul por ser pobre, al cabo de seis años de amores, en el cual tiempo no podria ignorar Zaida su necesidad; y no podia ser perfecto amor, si fuera fundado en interés, porque por eso pintan á Cupido desnudo, que se entiende que los amantes han de estar desnudos de todo punto de materia de interés, porque si allí, como entre verdaderos amantes, de dos voluntades y de dos almas hacen una por la obediencia que

el uno al otro se tienen, es fuerza que en lo menos, que es la hacienda, haya de haber la misma conformidad; y así digo, que no es posible sino que por causa de sus padres ó deudos dejó Zaida á Gazul; y así parece por aquel romance que trata del juego de cañas de Gelves, donde ella confesó á su criada querer á Gazul; por donde se colige que la casaron contra su voluntad. Este romance dicho, y su principio va fuera del blanco de la historia, y ahora, salvo paz de su autor, va enmendado, declarando fielmente la historia; porque verdaderamente fueron los amores de Gazul en tiempo de los reyes Católicos, y Sevilla y Jerez ya eran de cristianos; Sevilla ganada por el rey don Fernando el III, y Jerez por el rey don Alonzo XI; y así no faltó otro poeta que compusiese otro romance por el mismo tema, y no tan intrincado como el pasado, el cual dice así:

No de tal braveza lleno
 Rodamonte el africano,
 Que llamaron rey de Argel,
 Y de Zarza intitulado,
 Salió por su Doralice
 Contra el fuerte Mandricardo,
 Como salió el buen Gazul
 De Sidonia aderezado
 Para emprender un hecho
 Tal que nunca se ha intentado;
 Y para aquesto se adorna
 De jacerina y de jaco,
 Y al lado puesto un estoque
 Que de Fez le fué enviado,
 Muy fino y de duro temple,
 Que le forjara un cristiano
 Que allá estaba en Fez cautivo,
 Porque del rey era esclavo:
 Mas le estimaba Gazul
 Que á Granada y su reinado.
 Sobre las armas se pone
 Un alquicel leonado:
 Lanza no quiere llevar
 Por ir mas disimulado.
 Pártese para Jerez,
 Do lleva puesto el cuidado;
 Toda la vega atropella,
 Corriendo con su caballo.
 Vadeando pasó el rio,
 Que Guadalete es llamado,
 El que da famoso nombre
 Al Puerto antiguo nombrado,
 Que dicen Santa María
 De este nuestro mar hispano.
 Así como pasó el rio,
 Mas aprieta á su caballo
 Para llegar á Jerez,
 Ni muy tarde ni temprano;
 Porque se casa su Zaida
 Con un moro sevillano,
 Por ser rico y poderoso,

Y en Sevilla emparentado;
 Y biznieto de un alcaide
 Que fué en Sevilla nombrado
 Del Alcázar y la Torre;
 Moro valiente, esforzado.
 Pues de casarla con este
 A su Zaida habian tratado;
 Mas aqueste casamiento
 Caro al moro le ha costado,
 Porque el valiente Gazul
 A Jerez habia llegado.
 A dos horas de la noche,
 Que así lo tiene acordado,
 Junto á la casa de Zaida
 Se puso disimulado.

Pensando está qué haria
 En un caso tan pesado;
 Determina entrar adentro
 Por matar al desposado.

Ya que á esto estaba resuelto,
 Vido salir muy despacio
 Mucha caterva de gente
 Con mil hachas alumbrando.

Su Zaida venia en medio
 Con su esposo de la mano,
 Que los llevan los padrinos
 A desposar á otro cabo.

El buen Gazul que los vido,
 Con ánimo alborotado,
 Como si fuera un leon
 Se habia encolerizado.

Mas refrenando la ira
 Se acercó con su caballo,
 Por acertar en su intento,
 Y en nada salir errado;

Y aguarda llegue la gente
 Donde él estaba parado;
 Y como llegaron junto,
 A su estoque puso mano,

Y en alta voz que le oyeran,
 De esta manera ha hablado:

« No pienses gozar de Zaida ,
 Moro bajo, vil, villano :
 No me tengas por traidor,
 Pues que te aviso y te hablo ;
 Pon mano á tu cimitarra ,
 Si presumes de esforzado. »
 Estas palabras diciendo ,
 Un golpe le habia tirado
 De una estocada cruel ,

Que le pasó al otro lado.
 Muerto cayó el triste moro
 De aquel golpe desastrado :
 Todos dicen : *Muera, muera*
Hombre que ha hecho tal daño.
 El buen Gazul se defiende,
 Nadie se llega á enojarlo ;
 De esta manera Gazul
 Se escapa con su caballo.

Admirados quedaron todos los que iban acompañando á los desposados de lo que Gazul hizo, y algunos heridos, porque pretendieron vengar la muerte del desposado; y visto que no podían ofender á Gazul por ir á caballo, y por ser valiente, alzaron el cuerpo del moro ya difunto, y le volvieron á casa de Zaida haciendo grandes llantos sus parientes y ella; la cual toda aquella noche no cesó de llorar á su amado esposo, y no le quedó de sus llantos otro consuelo, sino que seria posible que el enamorado Gazul tornaria á servirla como solia, y que se casaria con ella; lo cual sucedió muy diferentemente. La mañana venidera fué enterrado el difunto con mucha pompa, no sin faltar llanto de una parte y de otra. Los parientes del muerto se conjuraron de seguir á Gazul hasta la muerte por via de justicia, porque de otra suerte no tenían remedio. Pues volviendo á Gazul, así como vió cumplido el fin de su deseo y juramento, como desesperado se fué á Granada donde tenia su hacienda y parientes; mas á pocos dias llegado, le fué puesta acusacion criminal delante del rey sobre la muerte del sevillano moro, que tambien se llamaba Zaide. Mucho le pesó al rey de la acusacion, porque amaba mucho á Gazul por su valor; mas vista y entendida la causa, no pudo menos de dar contento á los acusadores. Finalmente el mismo rey puso la mano en este caso, y con él otros caballeros de los mas principales de Granada; y tanto hicieron en ello, que condenaron á Gazul en dos mil doblas para las partes, y así fué libre de este negocio. En este tiempo Gazul puso los ojos en Lindaraja, y se dió á servirla, como ya hemos dicho, y ella le quiso bien; y acerca de ella Gazul y Reduan tuvieron aquella batalla que se ha contado. Finalmente, por respeto de Muza Reduan se apartó de sus amores con Lindaraja, y quedó por Gazul, el cual la sirvió hasta que sucedió la muerte de los Abencerrages, donde fué muerto el padre de Lindaraja; y por esto ella se salió de Granada como desterrada, y se fué á Sanlucar, y con ella Gazul y otros amigos suyos. Estando en Sanlucar estos dos amantes, se hablaban y visitaban con gran contento. Despues como el rey don Fernando cercó á Granada, fué Gazul llamado de sus parientes para que se hallase con ellos en el trato que se habia de hacer con el rey de Granada para que al rey cristiano se le entregase la ciudad. Gazul se partió á Granada, y no faltó quien dijo á Lindaraja los amores de Gazul y Zaida, y la muerte que le dió á su esposo; y aun la dijeron que Gazul estaba en aquella sazon en Jerez, y no en Granada, de lo cual Lindaraja recibió mucha pena y mortales celos en su ánima; y fué la causa principal que Lindaraja se mostró cruel á Gazul cuando volvió de Granada á Sanlucar. Pues como vió tanta mudanza en Lindaraja, estaba muy confuso, por no

saber la causa de aquellos desdenes, y pretendió hablarla para satisfacerla; pero ella no quiso escucharle, mostrándose cruel. A esta sazón se ordenaba en Gelves aquel juego de cañas: fué enviado á él Gazul, para lo cual se puso tan galán, como habemos dicho. Antes de ir á Gelves quiso verla y hablarla; hablándola pasó lo atrás referido, y como dijimos fueron á Granada. Zaida se halló burlada, porque siempre entendió que Gazul volvería á pretenderla; y cuando supo que se había casado, le aborrecía; y dicen que se casó Zaida con un primo hermano de Gazul, que era muy rico y estimado, y vivía en Granada, y mediante esto cesó el rencor. Pues dejándolo á un lado, y volviendo á nuestra historia, que todavía hay que decir, á pocos días se rebelaron los lugares de la Alpujarra; por lo cual convino que el rey don Fernando mandase juntar á todos sus capitanes, y estando juntos les dijo: «Bien sabeis como Dios nuestro Señor ha sido servido de ponernos en posesión de Granada y su reino, con tanta costa y trabajo nuestro. Ahora parece que no temiendo nuestro castigo se han rebelado los lugares de la Sierra, y es menester irlos á conquistar de nuevo. Por tanto, ¿cuál se determina á ir á emprender esta hazaña, y poner mis reales pendones encima de las Alpujarras, que yo lo tendré á gran servicio, y aumentará la honra?» Con esto dió fin á sus razones el rey, aguardando respuesta de algunos de los capitanes: todos los cuales se miraban unos á otros, sin aceptar ninguno la oferta del rey, porque era una conquista muy dificultosa. Y visto por el capitán don Alonso de Aguilar que todos estaban suspensos y nadie respondía, se levantó haciendo la reverencia debida, y dijo: «Esa empresa, Católica magestad, confirmada está para mí, porque la reina me la tiene prometida.» Admirados quedaron todos los demás caballeros de la aceptación de don Alonso, con la cual el rey también se holgó mucho. Luego á otro día mandó que se le diesen á don Alonso mil infantes, todos escogidos, y quinientos hombres de á caballo. Entendió el rey y los de su consejo, que con aquella gente habría harto para tornar á apaciguar aquellos pueblos levantados y rebeldes. Don Alonso de Aguilar, acompañado de muchos caballeros, deudos y amigos suyos que en aquella jornada le quisieron acompañar, se partió de Granada y comenzó á subir la sierra. Los moros así que supieron la venida de los cristianos, con presteza se apercebieron para defenderse, y tomaron todos los pasos más estrechos y angostos del camino, para impedir á los cristianos la subida: después marchando don Alonso con su escuadrón y metidos por los caminos más estrechos, los moros con grandes alaridos acometieron á los cristianos, arrojando gran muchedumbre de peñascos las cuestas abajo, con lo que hacían muy notable daño en la cristiana gente, y tanto, que mataban á muchos. La gente de á caballo fué desbaratada de todo punto, y se hubo de retirar atrás por no poder hacer ningún efecto; y allí murieron muchos de ellos. Visto por don Alonso el poco provecho de sus caballos, y la destrucción total de los infantes, á grandes voces animaba su gente subiendo todavía; pero ningún provecho se les seguía de esto, porque sin pelear los moros mataban muchos soldados con las peñas que arrojaban. Fué tal la matanza, que cuando don Alonso llegó á lo alto no tenía quien

le ayudase, porque los que subieron con él eran pocos y mal heridos; y en la cumbre de la sierra, en un llano que habia, determinó de pelear con los moros, y cargaron tantos, que en breve tiempo mataron á los cansados cristianos; y el último fué don Alonso, habiendo mostrado el valor de su animoso corazon, pues cuando él murió habia muerto mas de treinta moros. Algunos se escaparon y dieron la nueva al rey don Fernando de la pérdida de don Alonso de Aguilar y su gente; lo cual fué muy sentido en toda la corte, y por este suceso se hizo el siguiente

ROMANCE.

Estando el rei don Fernando
En conquista de Granada,
Donde están duques y condes,
Y otros señores de salva,
Con valientes capitanes
De la nobleza de España;
Despues de haberla ganado
A sus capitanes llama.

De que los tuviera juntos
Desta manera les habla:
«¿Cuál de vosotros, amigos,
Irà á la sierra mañana
A poner el mi pendon
Encima del Alpujarra?»

Míranse unos á otros,
Y el sí ninguno le daba,
Que la ida es peligrosa,
Y dudosa la tornada:

Y con el temor que tienen
A todos tiembla la barba,
Si no fuera á don Alonso
Que de Aguilar se llamaba.

Levantóse en pié ante el rey,
Desta manera le habla:
«Aquesta empresa, señor,
Para mí estaba guardada;

Que mi señora la reina
Ya me la tiene mandada.»
Alegróse mucho el rey
Por la oferta que le daba.

Aun no era amanecido
Don Alonso ya cabalga
Con quinientos de á caballo
Y mil infantes llevaba.

Comenzó á subir la sierra
Que llamaban la Nevada:
Los moros cuando los vieron
Ordenaron gran batalla,

Y entre ramblas y mil cuevas
Se pusieron en parada,
La batalla se comienza
Muy cruel y ensangrentada,
Porque los moros son muchos,

Tienen la cuesta ganada;
Aquí la caballería
No podia pelear nada;

Y así con grandes peñascos
Fué en un punto destrozada;
Los que escaparon de aquí
Vuelven huyendo á Granada.

Don Alonso y sus infantes
Subieron una llanada,
Aunque quedan muchos muertos
En una rambla y cañada.

Tantos cargan de los moros,
Que á los cristianos mataban;
Solo queda don Alonso,
Su compañía es acabada.

Pelea como un leon,
Pero no le aprovechaba,
Porque los moros son muchos,
Y ningun vagar le daban

En mil partes está herido,
No puede mover la espada;
Por la sangre que ha perdido
Don Alonso se desmaya:
Al fin cayó muerto en tierra,
A Dios rindiendo su alma.

No se tiene por buen moro
El que no le dá lanzada;
Lo llevaron á un lugar
Que es Oxijerán nombrada.

Allí lo vienen á ver
Como á cosa señalada:
Miranle moros y moras,
Y de su muerte se holgaban.

Llorábale una cautiva,
Una cautiva cristiana,
Que de chiquito en la cuna
A sus pechos le criára.

A las palabras que dice
Cualquiera moro lloraba:
«Don Alonso, don Alonso,
Dios perdone la tu alma,
Pues te mataron los moros,
Los moros del Alpujarra.»

Este fin lastimoso tuvo don Alonso de Aguilar : ahora sobre su muerte hay discordia entre los poetas que sobre esta historia han escrito romances; porque uno dice que esta batalla y otra de cristianos fué en la Sierra Nevada; otro poeta que hizo el romance de rio Verde, dice que fué la batalla en Sierra Bermeja. No sé cuál elija : el lector puede hacer esta eleccion, pues importa poco que muriera en una parte ó en otra, que todo se llama Alpujarra; aunque me parece que la batalla dicha pasó en Sierra Bermeja, y así lo declara un romance que dice así :

Rio Verde, rio Verde,
Tinto vás en sangre viva,
Entre tí y Sierra Bermeja
Murió gran caballería.

Murieron duques y condes,
Señores de gran valía;
Allí muriera Urdiales,
Hombre de valor y estima.

Huyendo vá Sayavedra
Por una ladera arriba,
Tras él iba un renegado
Que muy bien le conocia.

Con algazara muy grande
De esta manera decia :
« Date, date, Sayavedra,
Que muy bien te conocia.

Bien te vide jugar cañas
En la plaza de Sevilla,
Y bien conocí á tus padres,
Y á tu muger Doña Elvira.
Siete años fui tu cautivo,
Y me diste mala vida;
Ahora lo serás mio,
O me ha de costar la vida. »

Sayavedra que lo oyera,
Como un leon revolvía;
Tiróle el moro un cuadrillo,
Y por alto hizo la via.

Sayavedra con su espada
Duramente le heria;
Cayó muerto el renegado

De aquella grande herida.

Cercaron á Sayavedra
Mas de mil moros que habia;
Hiciéronle mil pedazos
Con saña que de él tenian.

Don Alonso en este tiempo
Muy gran batalla le hacian,
El caballo le habian muerto,
Por muralla le tenia,

Y arrimado á un gran peñon
Con valor se defendia :
Muchos moros tiene muertos;
Mas muy poco le valia,

Porque sobre él cargan muchos,
Y le dán grandes heridas;
Tantas, que allí cayó muerto
Entre la gente enemiga.

Tambien el conde de Ureña,
Mal herido en demasia,
Se sale de la batalla
Llevado por una guia,

Que sabia bien la senda
Que de la sierra salia;
Muchos moros deja muertos
Por su grande valentía.

Tambien algunos se escapan,
Que al buen conde le seguian;
Don Alonso quedó muerto,
Recobrando nueva vida
Con una fama inmortal
De su esfuerzo y valentía.

Teniendo noticia algunos poetas que la muerte de don Alonso de Aguilar fué en Sierra Bermeja, alumbrados de los cronistas reales habiendo visto el romance pasado, no faltó un poeta que hizo otro nuevo, que dice así :

Rio Verde, rio Verde,
Cuánto cuerpo en tí se baña
De cristianos y de moros,
Muertos por la dura espada.

Y tus hondas cristalinas
De roja sangre se esmaltan;
Entre moros y cristianos
Muy gran batalla se traba.

Murieron duques y condes,
Grandes señores de salva;
Murió gente de valia
De la nobleza de España.

En tí murió don Alonso,
Que de Aguilar se llamaba,
El valeroso Urdiales,
Con don Alonzo acababa.

Por una ladera arriba
 El buen Sayavedra marcha ;
 Natural es de Sevilla ,
 De la gente mas granada ;
 Tras él iba un renegado ,
 De esta manera le habla :
 « Date , date , Sayavedra ,
 No huyas de la batalla :
 Yo te conozco muy bien ,
 Gran tiempo estuve en tu casa ,
 Y en la plaza de Sevilla
 Bien te vide jugar cañas :
 Conozco á tu padre y madre ,
 Y á tu muger Doña Clara ;
 Siete años fuí tu cautivo ,
 Malamente me tratabas ,
 Y ahora lo serás mio ,
 Si Mahoma me ayudára ,
 Y tambien te trataré ,
 Como tú á mí me tratabas . »
 Sayavedra que le oyera
 Al moro volvió la cara ;
 Tiróle el moro una flecha ,
 Pero nunca le acertaba .
 Hiriérale Sayavedra

De una herida muy mala ;
 Muerto cayó el renegado
 Sin poder hablar palabra .
 Sayavedra fué cercado
 De mucha mora canalla ,
 Y al cabo cayó allí muerto
 De una muy mala lanzada .
 Don Alonzo en este tiempo
 Bravamente peleaba ;
 El caballo le habian muerto ,
 Y le tiene por muralla .
 Mas cargaron tantos moros ,
 Que mal le hieren y tratan ;
 De la sangre que perdía
 Don Alonso se desmaya .
 Al fin , al fin , cayó muerto
 Al pié de una peña alta ;
 Tambien el conde de Ureña
 Mal herido se compara .
 Guiárale un adalid ,
 Que sabe bien las entradas ;
 Muchos salen trás el conde
 Que le siguen las espaldas ;
 Muerto queda don Alonso ,
 Eterna fama ganára .

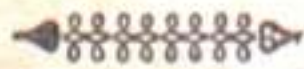
Esta fué la honrada muerte del valeroso don Alonso de Aguilar ; y como hemos dicho les pesó mucho á los reyes Católicos, los cuales como viesan la brava resistencia de los moros, por estar en tan ásperos lugares, no quisieron enviar por entonces contra ellos mas gente. Mas los moros de la Serranía viendo que no podian vivir sin tratar en Granada, los unos pasaron Africa, y los otros se dieron al rey don Fernando, el cual los recibió muy bien, lleno de clemencia y gozo. Este fin tuvieron los bandos y guerras de Granada, á honra y gloria de Dios nuestro Señor.

FIN DE LA PARTE PRIMERA.



SEGUNDA PARTE

DE LAS GUERRAS CIVILES DE GRANADA.



CAPITULO I.

En donde se ponen las causas por qué se tornó á levantar Granada y su reino esta última vez, y la orden que se tuvo entre los moriscos para hacer de secreto un alarde de toda la gente de guerra del reino, y otras cosas.

Rematadas las prolijas y sangrientas guerras que los reyes cristianos de Castilla y Leon tuvieron con los moros que ocupaban á España, desde el infante don Pelayo hasta don Fernando V y reina doña Isabel, reyes de gloriosísima memoria; habiéndose pasado en la conquista ochocientos años; acabada de todo punto por estos dos esclarecidos monarcas la toma de Granada, como ya tenemos tratado en la primera parte de esta historia, y habiendo los mismos puesto y adornado á esta ciudad con toda aquella grandeza que la pertenecia, con una real chancillería y corte y otras cosas de mucha nobleza, haciendo una real y suntuosa capilla, lugar diputado para su enterramiento, y quedando ya la ciudad y reino quietos y sosegados; despues de hechas muchas y muy grandes mercedes á los caballeros moros que en aquella conquista les habian sido propicios y favorables, así como tambien á sus grandes y á otros que se señalaron en la tal guerra, se tornaron para Castilla, dejando á Granada muy poblada de valerosos cristianos, y la famosa y real Alhambra con muy buena y segura guarnicion de soldados. Pusieron por alcaide de ella al valeroso conde de Tendilla, llamado don Iñigo Lopez de Mendoza. Pero no habian pasado aun dos meses que los católicos reyes habian partido de Granada, cuando ciertos lugares de las Alpujarras se tornaron á levantar y tomar armas contra los cristianos. Este rebelion fué presto apaciguado, porque los cristianos haciendo armas con los moros inquietos, los sojuzgaron y oprimieron, y á los principales promovedores castigaron cruelmente. Mas muy poco aprovechaban estos ejemplares castigos, porque todavía los moros no dejaban de hacer gran daño á los cristianos de secreto, matando al que cogian, de tal forma que estos no osaban andar por la ciudad de noche, ni salir á las huertas siendo menos de cuatro ó seis de camarada, pues si iban de otra suerte los moros los mataban. Duró esto todo el tiempo que los moros estuvieron en el reino, y no eran parte los crueles castigos que en ellos hacia la justicia para que no usasen sus maldades y

odios contra los cristianos. Levantóse entre los moros uno muy bravo, llamado Arroba, el cual con trece compañeros, tan malos y endiablados como él, hacian tanto daño y causaron tantas muertes de cristianos, que pasaron de cuatro mil los que mataron en los caminos de Aguas-Blancas, entre Granada y Guadiz. Mas Dios fué servido de que al fin él y los suyos fueran presos y hechos piezas, y sus cabezas puestas en una torre: la de Arroba un palmo mas alta que las otras, porque fuese conocida. Sin este hubo otros muchos moros que hicieron grandes males, y se pasaron en Africa. Otro muy bravo y cruel, llamado el Cañarí, tomando por guarida el espeso Soto de Roma con varios compañeros de su traza, hizo muchos daños en los cristianos que pasaban por los caminos; pero tambien quiso Dios que él y su compañía fuesen presos y hechos cuartos. Con todo eso aprovechaban muy poco estas diligencias, porque de secreto eran muchos cristianos muertos y hechos pedazos, y amanecian puestos en la plaza Nueva y en la de Vivarrambla, lo que fué causa de que los cristianos, no pudiendo sufrir semejantes maldades, acordaron de pagarles en la misma moneda; y juntándose en cuadrillas muchos, muy bien aderezados, salian de noche, y al moro que encontraban luego le mataban, y al otro dia amanecian los muertos tendidos por la ciudad y por las huertas. Así vino á tal estado el negocio, que dentro de la misma ciudad se renovaron las guerras civiles de tal forma, que nadie osaba andar por las calles, y convino que estuviese puesta en arma muchos dias, hasta que fué aplacándose aquella furia infernal por los crueles castigos que hacia la justicia, tanto en los cristianos como en los moros. Mas aunque se aplacó, no paró por eso el mortal odio del os moros contra el bando cristiano, ni quedó jamás desarraigado de sus ánimos, no olvidando las ofensas recibidas con la pérdida de su antigua ciudad: así se puede decir con verdad, que Granada y su reino no fueron acabados de ganar segun las cosas sucedian, porque siempre los moros tuvieron deseo de tornar en su libertad, y recobrar su dominio, procurándolo por muchas vias y modos y teniendo para ello en varias partes armas y bastimentos escondidos, que despues fueron hallados, como diremos mas adelante. De esta suerte el estado granadino estuvo setenta y siete y mas años, floreciendo sin embargo la ciudad tan altamente, que bien se puede decir que en España no habia otra, por populosa y grande que fuera, que la hiciese ventaja en tratos y comercios, grandes bastimentos y soberbios edificios. Hízose en ella uno de los mas famosos templos del mundo, el cual se puede tener por una de las siete maravillas de él, y ademas otras muchas y muy famosas iglesias y conventos de todas las órdenes, especialmente el del glorioso san Jerónimo, donde está el enterramiento del duque de Sesa, adornado de inmortales trofeos, banderas y estandartes, señal de las famosas y gloriosas victorias suyas y de sus pasados, especialmente aquel famoso y gran capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba, claro sol del hispano suelo, cuya gloria inmortal será para siempre viva entre los hombres. En este tiempo, pues, el católico y serenísimo rey don Felipe II de este nombre mandó con piadoso celo, y por la honra de Dios, que los moros

de Granada siendo bautizados y cristianos , para que mejor sirviesen á Dios nuestro Señor, mudasen de hábito, no hablasen su lengua, ni usasen sus leilas y zambras, ni liciesen las bodas á su usanza, ni en las Navidades y dias de Años nuevos sus comidas segun su costumbre, que las llamaban mezuamas, siéndoles ademas de esto vedadas otras cosas, porque no convenia que las usasen. Hacíase esto así para que los moriscos se enterasen mas en las santas costumbres de la fe católica, y olvidaran el Alcorán y las cosas de su secta. Mandólo S. M. por acuerdo de los de su real consejo, y de otros santos varones, amigos de Dios y celosos de su honra. Publicado esto en Granada y su reino, se impusieron graves penas á los moriscos que faltaran á su cumplimiento; y estuvo bien acordado y mandado, porque el corazon del rey está en la mano de Dios, y al cabo debia ser así, pues no se menea la hoja del árbol sin la voluntad divina: se hizo con santo celo, y quiso Dios que fuese así para que aquel antiguo reino fuese de todo punto conquistado, y quitados los moros de tan antigua posesion: es verdad tambien que de ello resultó gran pérdida y derramamiento de sangre cristiana, grande menoscabo en las rentas de S. M., y ruina de muchos pueblos del reino de Granada, que han caido y se han perdido para siempre. Habiéndose pregonado, pues, que los moriscos de Granada dejasen lengua y hábito, luego todo el reino fué alborotado, y quedó mal contento de tal mandamiento; y así los mas principales de la tierra se comunicaron sobre lo que harian en este caso. Despues de haber tratado muchas cosas sobre ello, pareciéndoles no poder sufrir las que se les mandaban que cumpliesen, teniéndolas por graves é intolerables, determinadamente acordaron de levantarse y tomar armas, incitados de una infernal furia y movimiento, y predominando sobre ellos algun furor celeste. Porque se entiende no poder ser menos este movimiento, sino que el sangriento Marte les incitara, haciéndoles tomar armas y tender banderas contra las cristianas legiones, bajando al furioso infierno, y despertando á la cruda guerra, que estaba ya olvidada y descuidada del bullicio de las armas. Salió esta, pues, de la tenebrosa oscuridad, y dando en el vergel rico de Granada y sus tierras, sopló tan duramente en los oidos y entendimiento de los moros granadinos, que les hizo dar en un acelerado movimiento belicoso, disponiéndose á tomar las armas contra el cristiano bando. Y así de todo punto determinados á tan sangrientos pensamientos, habiéndose comunicado los mas poderosos del reino, fué acordado que se hiciese alarde de la gente de guerra que podia haber en él, y que esto fuese con tal secreto, que de nadie fuera entendido, para lo cual se dió en una diabólica astucia, y fué pedir á la ciudad de Granada licencia para hacer un hospital muy grande, en donde fuesen curados los moriscos pobres, enfermos del mal de la lepra. Habida esta licencia, y señalado el sitio en San Lázaro fuera de la ciudad, camino de Albolete, dieron órden con cartas y permiso del provisor, que era el doctor Roman, grande hombre en letras, para que fuesen dos moriscos por todo el reino y por todas las Alpujarras á pedir limosna para la obra de aquel hospital. Y el órden que en esto se llevaba era, que la casa en que habia

dos hombres de pelea diese dos cuartos, y donde uno, uno; de este modo, segun el número de hombres que habia en cada casa, así se daban los cuartos; y por este secreto ardid, contando los cuartos se halló que habria cuarenta y cinco mil hombres de pelea, puestos ya en una lista, y conjurados á tomar armas. Acordaron luego escribir al Ochali, rey de Argel, una carta, cuyo tenor es el siguiente:

Carta de los moros de Granada al Ochali renegado, rey de Argel.

« El gran Mahoma manda muy espresamente en su ley, que los moros » necesitados y puestos en trabajos, sean por los de su ley socorridos, » especialmente en las guerras contra los cristianos: esto nos dice en el » Alcorán, en el libro intitulado *de la Espada*. Ahora, pues, esclarecido » rey de Argel, forzados de inmensa necesidad en que estamos por causa » de los españoles cristianos, te suplicamos que para salir de tan nota- » bles trabajos y pesada esclavitud, nos des favor y ayuda con armas y » gentes de guerra: que así lo haciendo, te ofrecemos de dar y entregar » á España en tus manos. Y para ello sabrás que tenemos cuarenta y » cinco mil hombres de guerra, toda gente moza, y con deseo de usar las » armas: así con el favor del santo Alá será puesta España debajo del » mando del Gran Señor, como lo fué en otros tiempos; porque ahora » hay mejor aparejo y ocasion para poderlo ser, por estar las Alpujarras » de este reino muy pobladas de belicosa gente, y deseosa de novedades. » Puertos te daremos seguros, bastimentos y dinero para pagar á los » tuyos: aquí hay un lugar, llamado Sorbas marítimo, donde podrán se- » guramente desembarcar, y sin este otros muchos lugares, bien conoci- » dos de tus cosarios, adonde ellos y tu gente podrán acudir. Por el santo » Alá, que no dejes de tomar esta empresa, pues tanta honra y gloria te » promete el cielo por ella, y con esto cesamos. De Granada á veinte dias » del mes de abril de mil y quinientos y sesenta y ocho. »

Esta carta escribieron los moros de Granada al Ochali, rey de Argel, y le fué enviada por la parte de Vera, como se supo despues; y á esta sazón estaba allí un hidalgo de Lorca, llamado Tomás de Sigura, que hubo en su poder un traslado de ella, el cual trujo á Lorca, y allí se leyó poco antes del levantamiento. Dada, pues, esta carta en las manos del famoso renegado Ochali, luego mandó se juntara toda la gente de guerra que en Argel ganaba sueldo, y con ella á muchos capitanes y cosarios de mar; la leyó delante de todos, y despues de leida pidió que le diesen su parecer sobre lo que debia hacerse en aquel caso. Muy grande ruido se se movió entre toda aquella canalla, habiendo muchos y diversos pareceres: unos decian, que era justo dar socorro á los moros granadinos; otros decian, que no, porque la gente granadina era ruin, y de poca palabra, y mal astuta en la guerra, sin esperiència alguna de las armas, y que no podia resultar bien ninguno de aquella ida en España, porque la española gente es muy brava y robusta, y muy diestra en las armas. A todas estas cosas estaba presente un morabito muy anciano, hombre de so-

litaria vida, de los moros de Argel muy estimado, y de quien se hacia muy grande cuenta, el cual vista la vocería de aquella turbamulta y los pareceres tan diversos que tenian sobre el socorro de Granada, alzó un báculo que llevaba en la mano, haciendo señal para que todos callasen; y habiéndose sosegado, aguardando lo que diria Cide Bujao, que así se llamaba el morabito, habló de esta manera, mostrando gran magestad y gravedad en el rostro.

Razonamiento del morabito á los moros capitanes de Argel y á sus soldados.

« Valientes y famosos capitanes, bajaes de tierra, y los que el mar de Libia sulcais y las riberas españolas, mostrando los aceros de las armas á las cristianas gentes en servicio de nuestro santo Alá y de Mahoma: entended bien lo que ahora quiero deciros, que es muy justo, y es muy santo, y á todos provechoso, y muy propicio á nuestra ley tan justa y tan loable, segun lo dejó escrito nuestro Mahoma en su libro *de la Espada*, adonde dice, y manda espresamente, que estemos aprestados con las armas en contra de los cristianos, y que demos socorro á los nuestros si le piden; y no haciéndolo, como es justo, caemos en desgracia de Mahoma. Ahora, pues, es tiempo, gente ilustre, de hacerle este servicio, guardando bien su ley y mandamiento, lo que así será si socorremos al bando granadino que nos llama, y quiere volverse á su Mahoma, dándole bastante ayuda con las armas, para que España quede por los nuestros, y el Gran Señor corona de ella tome, que no pequeña gloria será nuestra. Por tanto, amigos todos, que al momento se les dé socorro á los granadinos, pues son de nuestra parte y sangre nuestra; y yo prometo daros una bula y un jubileo pleno de mil gracias, conforme á nuestros ritos y ley justa, á todos los que dieren armas y otras cualesquier municiones de guerra al granadino bando moro. Muy bien sabeis que tengo autoridades, poder y mando para darlo todo; por tanto, cada uno se disponga á dar socorro, armas y otras cosas tocantes á la guerra granadina, pues nos resulta á todos de ello gloria. »

Esta oracion hizo el falso morabito al rey de Argel y á todos sus soldados, y fué de tanta eficacia, que todos á una voz dijeron que era muy justo dar socorro y armas á los de Granada. Luego se dispuso una grande mezquita para que allí se allegaran las armas y pertrechos de guerra, y fué cosa de maravilla lo que aquel dia y al otro se puso en la mezquita. Unos llevaban alfanges, otros arcos, otros plomo, pólvora, cuerda, escopetas, y hasta las mugeres y muchachos llevaban lino y cáñamo para hacer las cuerdas; otros llevaban flechas, y otros harina, pan y bizcocho para los navíos que habian de pasar. En fin, tanto llevaron, que la mezquita, tan grande como era, ya no cogia mas; todo por codicia de ganar el jubileo desaventurado, del morabito prometido. Estando ya la mezquita llena de todas estas cosas, el Ochali mandó llamar á consejo de guerra en su mismo palacio real, y todos los que en él se hallaron fueron capitanes y

otros guerreros muy ancianos y experimentados. Tratándose de lo que se haria sobre el caso , y de si enviarian aquellas armas y municiones á los de Granada , al fin de muchos pareceres fué acordado que no se enviase cosa ninguna sin hacérselo saber antes al gran Señor. Y así en saliendo del acuerdo fué despachada luego y á toda priesa una galera muy velera, cuyo capitan fué un renegado, llamado Mamí , calabrés, mozo y robusto, muy entendido en la mar, y terribleísimo cosario; el cual tomó el camino de Constantinopla como le fué mandado, llevando despachos para el Gran Turco acerca de lo que pedian los granadinos. Recibidos por el Turco los despachos, y enterado este muy bien de lo que en ellos se contenia, habiendo pedido dictámen á los de su consejo, fué acordado que aquel caso fuese remitido al Ochali, pues era gobernador de Argel, entendia bien la guerra, y estaba frontero de las costas de España. El Turco con este acuerdo despachó al renegado Mamí, calabrés, dándole carta suya para el Ochali; y aquel famoso cosario volvió en pocos dias á Argel, donde la carta del Turco fué abierta y leida por el Ochali, diciendo así :

Carta del Gran Turco Selim Soliman, para el Ochali, rey de Argel.

« Recibí tu carta con la de los moriscos de Granada, en que me avisas
 » del aparato y conjunto de armas que tienes hecho para su socorro; pero
 » no te dispongas sin haber buena causa. Envia primero doscientos sol-
 » dados turcos de nacion, y no mas, y que estos sean valerosos; y segun
 » fuere el suceso de la guerra, así te dispondrás y me darás aviso. Si es
 » tal que pueda tomarse semejante empresa, pediré al francés los puertos
 » necesarios, y yo con gran poder entraré por Italia, y daré aviso al de
 » Fez y Marruecos para que entre por la parte del poniente; y si acaso la
 » guerra no saliese á nuestro gusto, se dará de mano. No mas.

» De Stambor, *Selim Soliman.* »

Leida esta carta por el Ochali, estuvo muy bien con lo que el Turco le avisaba y mandaba, y despues la mostró á los de su consejo, quedando todos conformes. Luego el Ochali tuvo cuidado de buscar doscientos buenos soldados, turcos de nacion, para enviarlos al reino de Granada; á los cuales dejaremos ahora por decir lo que pasaba en aquella ciudad. Es de saber que en este tiempo, así como los moros de Granada enviaron los recados al Ochali, rey de Argel, se iban comunicando de secreto unos con otros sobre á quien podrian elegir por rey, y todos los mas principales pusieron los ojos en don Fernando Muley, señor de Valor, porque era de la casta de los reyes de Granada, muy cercano y descendiente del Miramamolin de Marruecos y Córdoba, llamado Mahomat. Este don Fernando era hijo de don Juan Muley, y nieto de don Fernando Muley, á quien los Católicos reyes hicieron muchas mercedes y dieron grandes privilegios de armas y apos-
 tamientos de lanzas con aventajados sueldos, como aparece por las reales cédulas de sus Magestades, confirmadas por el Emperador nuestro señor,

y por su augusto hijo don Felipe II, las cuales he visto yo en Murcia en poder de Luis Albayar, granadino. Este don Fernando que decimos, era mancebo de veinte y dos años, de poca barba, color moreno, verdinegro, cejijunto, otros negros y grandes, gentil hombre de cuerpo: mostraba en su talle y garbo ser de sangre real, como en verdad lo era, teniendo los pensamientos correspondientes. Era veinticuatro de Granada, y de todos los moros granadinos muy estimado y respetado. Doy tantas señas de él, porque le ví vestido de luto en compañía de los demas veinticuatros en las honras de la serenísima reina doña Isabel de la Paz, muger de nuestro Católico rey don Felipe II, y entonces supe quien era, y cómo se llamaba. En este, pues, pusieron los moros sus ojos para que fuera su rey, y no sabré determinar si ya le tenían hablado; pero déjase entender que sí, según despues pareció. Es ahora de saber, que este don Fernando Muley entrando un dia en la sala de ayuntamiento de caballeros, habiéndose quitado la espada de la cinta para dejarla fuera, como es costumbre entre los regidores ó veinticuatros, no se quitó igualmente la daga, según los demas habian hecho. Por esta razon un caballero veinticuatro, alguacil mayor perpétuo de Granada, llamado don Pedro Maza, al ver que don Fernando de Valor habia dejado la espada y no la daga, le dijo: « Señor don Fernando, mal lo hace usted en no dejar la daga con la espada, como los demas caballeros. »—Don Fernando le replicó: « Por cierto, señor don Pedro, que inadvertido lo he hecho; pero importa muy poco que yo entre con daga en el ayuntamiento, pues no hay que recelar de mí, especialmente siendo un caballero tal, que muy bien podria entrar con espada y daga. » — « No niego eso, dijo don Pedro, que ya se sabe que por ser tal tiene usted real privilegio para poder llevar armas y traerlas en partes vedadas y no vedadas; mas sabe usted tambien, que es uso y costumbre en todos los reinos y señoríos de su Magestad, que ningun caballero, por delantero que sea, pueda meter ningun género de armas en la sala del ayuntamiento; y así no es justo que usted las meta, habiendo otros tan buenos como usted que no las meten. »

De estas palabras se indignó mucho don Fernando contra don Pedro diciéndole: « Ninguno hay que sea tan bueno como yo, ni que con mas libertad las pueda meter en cualquiera parte. » A don Pedro le enojó esto que don Fernando dijo; y ateniéndose á su oficio de alguacil mayor le intimó la órden siguiente: « Pues, por el oficio que tengo, debo de derecho quitarle la daga, que no puede tenerla en la cinta sin tener la espada, y le tengo de hacer por ello denunciacion. » Diciendo esto se llegó á don Fernando y le quitó la daga de la cinta. Don Fernando, ardiendo en ira al ver que por ser alguacil no podia estorbárselo, se la dejó tomar diciendo: « Vos lo habeis hecho como villano, y juro por la real corona de mis pasados, de quien soy digno, que yo tome tal venganza de vos, y aun de algunos que han consentido que la daga se me quite, que mi agravio quede bien satisfecho. » El corregidor que oyó estas palabras mandó que le prendiesen; mas don Fernando, por no ser preso, salió de la sala con gran presteza, y fué adonde estaba su espada, la que tomó y desenvainó, diciendo á los porteros que le querian prender, que se tuviesen, y sino

los mataria. El aguacil mayor quiso echarle mano, pero no pudo hacerlo, porque don Fernando, como era mozo muy suelto, se desvió afuera, y tomando la escalera que era llana y ancha, la salvó toda en solos dos brincos; y en llegando al zaguan halló su caballo que tenían aprestado sus criados, y sin poner pié en el estribo saltó en la silla, y apretándole las piernas salió de las casas del cabildo con tanta ligereza como un rayo. Sus criados, visto el alboroto, y que no podían seguir á su señor, se metieron en la capilla real, que está muy cerca de las casas consistoriales. Por esto se presume que don Fernando de Valor Muley estaba en la conjuración del levantamiento del reino; esto es, por haber ido aquel día á caballo al ayuntamiento, y por haber querido entrar con la daga para tener por ella aquella ocasión de salirse de Granada. Esta desazon y las demas que antes hemos contado, fueron parte para que el reino se levantara. Maldita sea la daga, y malditas las demas ocasiones de que tantos males resultaron, y tanto derramamiento de sangre cristiana en las civiles guerras que se tuvieron, y que así pueden llamarse; pues fueron cristianos contra cristianos, todos dentro de una ciudad y de un reino, y tan trabajosas como diremos adelante. De esto pasado pondremos un romance por no quebrar el estilo de la parte primera.

ROMANCE.

Despues que Fernando quinto
 Ganó la insigne Granada,
 El Alhambra y Alixares,
 Tambien su fuerte Alcazaba;
 Las fuertes Torresbermejas,
 Vivatambien que acompaña,
 Y todos los rededores
 Que están en la Vega llana;
 Loja, Málaga y Moelin,
 Y aquella nombrada Alhama,
 Con Alcalá de Albenzaide,
 Que ahora la Real se llama,
 Y la rica Colomera,
 Que de Granada es cercana;
 Los lugares de la sierra,
 Que les llaman Alpujarras;
 Los que están junto á la Peza
 Guadix, Almería, y Baza,
 Con toda su hoya junta,
 Que la tiene bien poblada,
 Y el gran rio de Almería,
 Y el de Almanzora nombrada;
 Se vuelve para Castilla
 El Rey que todo lo gana,
 Acompañado de Grandes

Que llevó en esta jornada:
 La tierra deja segura,
 De cristianos bien poblada.
 Setenta años se pasaron
 Y siete, en cuenta muy clara,
 Que Granada estuvo quieta
 Sin alborotos de nada.
 Mas al cabo de este tiempo,
 Que Filipo gobernaba,
 Segundo de aqueste nombre,
 Claro rey de nuestra España;
 El fiero Marte da vuelta
 Su bandera desplegada,
 Que parece ociosidad
 Tenerla tanto plegada,
 Y á los moros granadinos
 Les incita á guerra y saña.
 Todo el reino se alborota;
 Desean tomar las armas,
 Y al rey de Argel escribieron,
 El cual Ochali se llama,
 Para que las dé, y socorra,
 Prometiéndole á España.
 Lo que pasó de este trato
 Diremos á otra jornada.

CAPITULO II.

Que trata como salido de Granada don Fernando Muley Abenumeya , se fué á Valor, lugar suyo , y cómo se juntaron con él muchas gentes , y fué alzado por rey de Granada : pónense otras cosas tocantes á esta historia.

Dijimos que salió á toda priesa de Granada don Fernando Muley Abenumeya , que así se llamaba , y es de saber que en aquella ciudad hubo otro linage de caballeros Muleyes , á los cuales llamaban así , porque eran de sangre real , pues Muley en arábigo es rey . Mas este don Fernando Muley se nombraba tambien Abenumeya , por ser descendiente de aquel grande Abenumeya Alcalifa , descendiente de la hija mayor de Mahoma , llamada Fatima ; y de este linage de Abenumeya hubo en España alcalifas y reyes , que gobernaron en Córdoba , y en Fez y Marruecos . De la otra hija de Mahoma , llamada Haza , salió el linage de Alduramen , en que tambien hubo alcalifas y reyes en Arabia , Africa y España ; pero el de Abenumeya era de mas valor y del que mas reyes hubo , como se halla en Estéban de Garibay en los compendios que hizo tratando de estas cosas , al que me remito . Pues este don Fernando Muley Abenumeya , habiendo salido de Granada lleno de ardiente cólera por haberle quitado la daga , se fué sin parar hasta que llegó á Valor , lugar suyo en las Alpujarras , cerca de Cadiarotro , en donde estaba un tio suyo llamado Abenchoar , hombre rico y poderoso en aquella tierra , y respetado de todos por su linage . Como supo este que su sobrino don Fernando estaba en Valor , al momento le fué á visitar acompañado de otros moros ricos , descendientes de gente noble . Al verse juntos tio y sobrino , se alegraron sobremanera , y tratando de muchas cosas contó don Fernando todo lo que le habia sucedido en Granada con don Pedro Maza , y como le habia quitado la daga . Esto lo contaba don Fernando con tanta cólera y corage , que de pura pasion lloraba jurando de tomar venganza con su mano del agravio recibido . Su tio Abenchoar , lleno de pesar por el caso , le dijo : « No con lágrimas , amado sobrino , se toman las venganzas , sino con las armas : ahora es tiempo que se muestre tu valor , y como derechamente vienes de los pasados reyes de Córdoba y Granada . Todo el reino está movido á buscar su libertad , y te ha escogido por su rey y señor , y pues eres digno de la corona que te viene de derecho , no rehuses la parada . Al rey de Argel tienen escrito , y de él aguardamos gran socorro de armas y gente . Siendo rey tú , como queda dicho , te podrás vengar á manos llenas de tus enemigos , y destruirles las haciendas . » Todos los que habia presentes le rogaron que admitiese la corona que el reino le ofrecia , prometiendo ellos ayudarle con sus bienes y personas Don Fernando , que no deseaba otra cosa sino ser rey , dijo luego que lo seria de buena voluntad , y que prometia libertar á todo el reino , y ampararlos , y favorecerlos . Con esto se fueron todos muy alegres , y luego quisieran besarle la mano y

alzarle por rey. Mas Abenchoar dijo que no habia de ser de aquella suerte su coronacion, porque él queria que todos los moros ricos del reino que estaban encartados se hallaran presentes en tales fiestas; y así luego fueron despachados mensageros por todo el reino con recado para que viniesen á Valor. De este modo fueron juntos en ocho dias muchos moriscos ricos de Granada y otros lugares, con tanto secreto que no pudieron ser sentidos; y estando allí juntos lo primero que se hizo fué marchar el mismo don Fernando acompañado de mucha gente á Ogijar, y allí, á pesar de quien lo quiso defender, mandó romper la cárcel, y echó á fuera mas de cien moros que estaban presos por muertes y robos, á los cuales dió luego libertad, haciendo que se proveyeran de armas lo mejor que pudiesen. Visto esto por los demas moros de Ogijar se levantaron todos apellidando libertad. En aquella sazón los de Verahul mataron á los escuderos que estaban allí puestos de guarnicion por el general del Alhambra. De esta suerte fueron levantados otros muchos lugares, poblándose muchas cuevas seguras y ásperas, que jamás pudieron ser ganadas, y haciendo grandes apercebimientos de armas, de harina, trigo y cebada, miel, aceite y otros diversos mantenimientos para mas de seis años. Asimismo ponian allí sus riquezas, consistentes en sedas, paños y oro, metiéndolas en silos debajo de tierra, y en otras partes muy ocultas, para que de los cristianos no pudieran ser halladas. Luego los moros, alzadas banderas, comenzaron á hacer grandes daños, y publicando libertad, reducian por fuerza á levantarse á los pueblos que se mantenian tranquilos. Cuando vió don Fernando que el negocio de todo punto era roto, y que ya no podia hacer otra cosa sino morir, ó pasar adelante, mandó que se recogiese en Cadiar toda la gente de guerra que se hallaba junta para darles órden de lo que habian de hacer, y porque con la voluntad de ellos queria ser coronado. Toda esta gente recogida allí se reunió en el campo en una parte cómoda para el caso, y debajo de una grande y frondosa olivera, sobre un rico estrado, se pusieron dos sillas, encima de las cuales habia un soberbio dosel de seda, reliquia de los pasados reyes de Granada, y en la una se sentó don Fernando Muley, y en la otra á su mano izquierda su tio Abenchoar, quien teniendo alrededor de sí muchos ricos-hombres de aquellos y de otros lugares, y viéndoles acompañados de gran multitud de gente armada, se levantó, y en voz que todos pudieron oir, mostrando gravedad, comenzó á hablar lo siguiente:

Razonamiento de Abenchoar á los moros levantados de las Alpujarras.

« Caballeros ilustres, gente valerosa, estimadas reliquias de las moras y granadinas naciones: bien teneis en la memoria cuál solia ser Granada, cuáles eran sus gentes, y lo que es ahora: tambien sabreis como casi hay ya cien años que los cristianos nos tienen robadas y usurpadas nuestras felices glorias y estimados trofeos, en los pasados tiempos por los nuestros adquiridos y ganados; y que no contentos con esto, quisieron quedarse con nuestras ciudades, villas y lugares, habiendo prometido de no

quitárnoslas; y tambien nos quitaron las armas, intimándonos graves penas si usábamos de ellas. Ya con todo esto pasara nuestra desventura; mas con hambre insaciable de nuestras vidas y haciendas han proveido que se nos quite nuestro antiguo hábito y nuestra dulce lengua, cosa que no se puede tolerar, y es causa bastante para que todos los del estado granadino busquemos y procuremos libertad, á fin de que no seamos mas tiempo constreñidos ni entopeados de los codiciosos cristianos. Vén-gannos á la memoria los crecidos tributos y fardas que tan fuera de razon nos hacen pagar, obligándonos á creer y adorar cosas que no entendemos ni sabemos lo que son, llamándonos cada dia por padron en sus iglesias, como si fuéramos sus esclavos. ¿ Pues qué sangre ilustre, qué nobleza habria que sufrir pudiese tales desventuras? Por cierto, leales amigos mios, que al hombre noble, y á cualquiera gente le valiera mas pasar por los filos de la guadaña de la muerte, que aguantar demasías tales y tamañas desventuras. ¿ Y cuál es mayor que no tener libertad? Pues para remediar tantos males, oh noble y valerosa gente, todo el reino tiene determinado buscar este suave y sabroso bien, y no cesar hasta haberle alcanzado á fuerza de armas. En las manos las tenemos ya, amigos mios, y con sobrada ocasion; ademas nos vendrá de Argel pronto socorro, y cuanto habemos menester para alcanzar tan alta pretension con el favor de Mahoma. Solo nos falta un rey, tal cual á todos convenga, de casta y linage de nuestros reyes pasados, y este ha de serlo don Fernando Muley, mi sobrino, pues le viene de derecho, por no haber otro mas cercano á aquellos, y tambien porque personalmente lo merece, atento su buen y real proceder. Todo el reino tiene puestos en él los ojos, como podria yo luego mostrarlo por firmas de los mas principales. Muchos de los que estamos aquí se lo hemos ya rogado, y responde que mas quiere servir como buen soldado, y morir por la libertad de los de su reino, que no admitir un cargo tan peligroso como el de ser rey. Mas todavía le importunarémos para que lo sea. Ved ahora, valerosos caballeros y soldados, cual es vuestro parecer; si fuere justo que sea rey don Fernando, le compeleremos por fuerza á que acepte la corona, porque de ello pende el bien de todos, y el logro de nuestra libertad. » Apenas Abenchoar acabó de pronunciar estas palabras, cuando todo aquel confuso escuadron dió un alarido diciendo: « Viva el rey don Fernando Muley, á quien escogemos y queremos para que nos defienda y ponga en libertad. » En esto los mas cercanos á don Fernando le levantaron en alto con su silla, teniéndole así una gran pieza, y diciendo: « Viva el rey de Granada Muley Abenumeya. » Luego comenzaron á sonar músicas de dulzainas, chirimías, trompetas y atabales con tanto ruido, que parecia hundirse el mundo. Luego le pusieron en la cabeza una corona de plata dorada, que era de una imágen de nuestra Señora, y que para aquel caso la tenia Abenchoar proveida. Despues de coronado le tomaron juramento sobre un libro del Alcorán, de que los ampararia y defenderia hasta la muerte. Todo lo juró el reyecillo, que así le llamarémos en adelante; y concluido este acto, las chirimías, dulzainas y otros instrumentos sonaron con gran ruido. Luego vinieron de muchos lugares á

derle la obediencia y besarle las manos. Los lugares fueron estos: Ogijar, Verchul, Valor el Alto, Valor el Bajo, las Guajaras Altas, las Guajaras Bajas, Andaray, Murtas, Turon, Albunicelas, Lanjaron, Caneiles Aceitum, Castel de Fero, Almanzara, Gergal, Albeludui, Filabrés, Siero, Baccares, Terque, Santa Fé, Alhama la Seca, Guecija, Felix, Inix, Ricar, Durca, Uraca, Ohanes, Nieves, Ganjayar, Inox, Yumitin, Felis, Uleila de Palerna, Uleila del Campo, y finalmente toda la taha de Andarax, y los dos rios de Almería y Almanzora, con otros muchísimos lugares de las Alpujarras. Viéndose, pues, don Fernando rey de Granada á su parecer, mandó luego hacer banderas y elegir capitanes para que le siguiesen á la guerra. Los capitanes que se eligieron fueron estos: el Sorri de Andarax; Zarea de Ogijar; Puertocarrero, alcaide general; el Maleh de Purchena; Hacen de Veliz el Blanco; el Gravi de Veliz el Rubio; Abenbaile de Alcudia; Zarax negro de Terque; el Joraique de Baza; el Lale algua-cil de Macael; Alhadra de Ohacenes; Alcoraim, de Guadix; el Hahuaini de Guadix; el Dere de Andarax; Gironcillo de la Vega, gran tirador, criado del marqués de Mondejar; el Dali; los dos Poatales; Berio; el Melilu; el Corcuz de Dalias; el Garras; el Mohaxar; el Rentio.

Sin estos nombró otros muchos capitanes hasta el número de doscientos y cincuenta, todos de sangre hidalga, nietos y biznietos de muy principales caballeros que en los tiempos pasados gobernaron á Granada y sus tierras. Solo Farax el negro, de quien diremos adelante alguna cosa, era de poca calidad, pero ninguno mas bravo y valiente que él. Creados todos estos capitanes, mandó darles el reyecillo provisiones reales, firmadas y selladas con su sello para que ahorcasen luego á los que no quiesen seguir sus banderas, y pegaran fuego á cualquiera lugar que no quisiese levantarse y concurrir á la guerra. De esta suerte fueron muchos pueblos levantados por la fuerza, y muchos moriscos ahorcados en árboles por no querer militar bajo las banderas granadinas. Todos los capitanes proveidos se dirigieron á diversas partes en guarnicion, para que si los cristianos viniesen con mano armada, hallasen resistencia. Por gefe ó general de todos fué señalado uno, llamado el Habaquí, varon grave, de buen juicio, valeroso, y de casta de caballeros nobles: era natural de Guadix, ó de el Alcudia. Recibió el baston de general contra su voluntad, porque decia que aquella guerra era injusta y acabaria mal; que eran grandes las fuerzas del rey don Felipe, y no podria combatir con él muchos dias; pero con todo eso que decia, hubo de aceptar el cargo de general. Todos los morfis, que era una gran tropa de ellos, comenzaron á hacer notables daños en los lugares mismos de los moriscos, y se les permitia porque no dejasen las banderas: de esta suerte andaba todo el reino revuelto y desasosegado. Al Maleh le cupo de presidio todo el rio de Almanzora, y tenia su alojamiento en Purchena con trescientos hombres; Puertocarrero tenia el rio de Almería con otros trescientos, el Gorri tenia toda la taha de Andarax con otros tantos; Correa toda la taha de Ogijar y Albunicelas, y las Guajaras con cuatrocientos. De esta manera estaba todo el reino ocupado, y no habia lugar en las Alpujarras y rios de Almería y Almanzora que no tuviese su pre-

sidio. Hecha esta diligencia, lo primero que los moros emprendieron fué quemar las iglesias, hacer pedazos los santos y las cruces, y matar con crueles muertes á los curas y sacristanes. En un lugar que se dice Felix habia un cura natural de Lorca, llamado Miguel Sanchez, al cual tomaron los moros y le amarraron á un naranjo en el patio de una casa, y se le entregaron á las mujeres del pueblo para que hiciesen de él lo que ellas quisieran: todas con navajas en las manos se llegaban al pobre clérigo y le decian: « Dí, perro alfaquí, *Por la señal,* » y diciendo esto le pasaban la navaja por medio de la frente hasta la barba: luego llegaba otra mora, y le decia: « *De la santa cruz,* » y cruzábale la frente; y de esta manera le iban persignando con tanta crueldad, cual nunca jamás fué vista ni oida. Asi murió el buen clérigo despedazado con navajas, mártir y buen caballero de Jesucristo. Mas quiso Dios que por aquella muerte, ó por lo que él fué servido, viniera un rayo sobre este lugar, del que en menos de una hora murieron mas de cuatro mil personas, tanto de hombres, como de mugeres y niños, y perros y gatos, que no quedó cosa viva, segun diremos en su lugar. Pues estas y otras semejantes crueldades usaban los moros con los cristianos, de que puedo hablar como testigo de vista, y que anduve mas de tres años siguiendo la guerra, bajo la milicia y banderas del marqués de los Velez don Luis Fajardo. Tornando ahora al caso, no contentos los moros con semejantes crueldades, salian á los caminos en tierra de cristianos, cautivaban á muchos de ellos y los llevaban á Sorbas, por ser lugar cercano al mar, donde los vendian á los cosarios de Argel, dando un cristiano por una escopeta: esto hacian para repararse de armas. Sabido el caso en Argel, muchos judios y mercaderes moros enviaban varios géneros de armas, así escopetas, como alfanques, arcos y saetas, todo á trueque de miserables cristianos; y vino á tanto el negocio, que en la ciudad de Purchena se hizo aduana para este trato y venta de cristianos, siendo en Sorbas la embarcacion: de ello hablaremos despues mas largamente, y sobre lo ya referido diremos el romance siguiente:

Al son de trompas y cajas
Siendo Muley coronado,
Muchos capitanes crea
Habiendo campo formado;
Y puso muchos presidios
En el granadino estado.
Los moros con rabia ardiente
Hacen casos no pensados.
Las iglesias queman todas
Deshaciendo los retablos,
Y los santos crucifijos
Hacian dos mil pedazos.
A los santos y las santas
Con hachas despedazando;
Y con grandes crueldades
Degollaban los cristianos;
Y curas y sacristanes
Morian martirizados.

Muchos cristianos cautivan,
Y á Argel son luego enviados:
Por un arcabuz dan uno,
Por hacerse bien armados,
Y en la ciudad de Purchena
Se hace el trato y contrato.
El reyecillo Muley
Dello queda aprovechado;
Muchas escopetas traen
Los del africano estado
Por la ganancia, que es mucha,
Pues por ellas dan esclavos.
Finalmente se destruye
Lo de Lorca y su poblado.
Que estas tierras entre todas
Sienten el daño doblado;
Porque todos sus caminos
Los moros han salteado,

Prendiendo los pasajeros
Que á Purchena iban llevando,
Y al que se pone en defensa
Le hacen dos mil pedazos.
Alborótanse las tierras

Sintiendo este mal recado :
Todos de armas se aperciben
Contra el granadino bando.
Lo que sobre esto pasó
Despues os será contado.

CAPITULO III.

Que trata de las grandes crueldades que los moros hacian en las iglesias y en los cristianos, y como, siendo avisado su Magestad, mandó proveer sobre ello, saliendo el marqués de Mondejar á las Alpujarras, y lo que mas pasó.

Muy grandes eran las crueldades que los moros hacian, grandes los robos, y grande su codicia de buscar armas, y todo con la pretension de salir con su dañado intento. Así es, que estando casi todo el campo armado, un dia acordaron de ir al rio de Almería, y llegando á un lugar muy bueno y rico, llamado Guecija, lo primero que hicieron fué abrasar un rico convento de frailes dominicos, donde habia un estudio grande de predicadores, degollaron á todos los frailes, y desnudos en carnes los arrojaron en una balsa grande, en la que se recogian las heces de aceite de muchas almazaras, echando juntamente con ellos á otros cristianos, y en particular á la hija de un licenciado, llamado Gibaja, que era muy hermosa. Echáronla á esta vestida con sus ropas costosas y ricas, y así parecia en la balsa cubierta toda de grana, y con sus guantes calzados, que era grande compasion verla, así como á los demas cristianos allí degollados. Acabadas estas y otras semejantes crueldades se tornaron los moros á Andarax, donde acordaron de dar en Granada una noche de Navidad, la primera que venia de allí á pocos dias. Para esto se concertaron de secreto con los moros de Granada, á fin de que aquella noche se pusiera á sacomano la ciudad, pues era tiempo en que los cristianos estaban ocupados en los Maitines. No quiso Dios que este concierto saliese á luz, porque no hubiese allí la destruccion que se pensaba hacer: así es, que seis dias antes de Navidad nevó tan grandemente en todas las Alpujarras, que era cosa de espanto, y los caminos por donde los moros habian de venir á Granada, se cubrieron de tanta nieve, que por todas partes habia dos picas de ella. Por esta causa los moros no se salieron aquella vez con su intento; pero habiéndose aplacado el temporal, de allí á quince dias se metieron los moros en Granada por caminos muy secretos, y encima del Albaicin, en la plaza de Bivalbulud, comenzaron á tañer sus dulzainas, trompetas y atabales; hicieron tanto ruido, que resonaba por toda la ciudad. Luego que lo sintieron los moros de Granada, entendiendo que eran los de las Alpujarras, y viendo el poco remedio que tenian con su venida, por venir pocos, y tarde, un moro viejo comenzó á tocar un añafil desde lo alto de una torre, y á cantar la siguiente

CANCION.

Muy tarde viniste, Zaide,
 Trujiste pocos, y venís tarde.
 Si tú, buen Zaide, vinieras,
 Como estaba prometido,
 Fueras muy bien recibido,
 Y alojadas tus banderas.
 Mucho tardó Reduan
 Para hacer el alarde
 Con que sirve á su Alcorán;
 Y así con este desman
 Trujiste pocos, y venís tarde.
 Aguardándote estuvimos
 La noche de Navidad,
 Confiando en tu verdad;

Mas nunca, triste, te vimos.
 Tus esperanzas se van,
 No porque seas cobarde
 Tú, ni los de Soliman;
 Mas, valiente capitán,
 Pocos sois, y venís tarde.
 Grande fué vuestra tardanza
 En acudir al Alhambra,
 Do había de ser la zambra,
 Llena de toda esperanza:
 Y pues os tardásteis, Zaide,
 Volved, y Mahoma os guarde,
 Porque nos dice el alcaide
 Que sois pocos, y venís tarde.

Estas coplas se cantaron en arábigo al son de un añafil, y por sacarlas dél á su medida, que es cosa muy dificultosa, no van tan buenas como pudieran ir: solamente diremos, que cuando Reduan y Zaide eran los capitanes que venian con aquella gente, oyeron lo que la cancion decia, y como les hacia perder toda esperanza sobre lo que se tenian prometido, mandaron al punto que allí en aquella plaza se publicase el Alcorán. Acabada la prédica delante de mas de mil moriscos del Albaicin, que habian salido al ruido de las armas, se fueron la vuelta de la Sierra Nevada, tres horas antes del amenacer, juntándose con ellos mas de quinientos de aquel punto. Las guardas y centinelas del Alhambra, como sintieron tanto ruido y vocería, y algunos arcabuzazos que los moros tiraban, luego dieron en lo que podia ser, porque ya estaban sobre aviso, y al punto tocaron la campana de la Vela, que es muy grande, y soltaron una pieza de artillería, con lo cual toda Granada se puso en movimiento, y salieron al punto los vecinos alborotados diciendo: *Arma, arma, muera el enemigo que está en nuestra ciudad.* Comenzó luego á sonar gran ruido de cajas y trompetas, y andaba la gente trastornada por las calles, y cruzando de unas partes á otras, que no parecia sino que se hundia el mundo: todos se veian en gran peligro, porque encontrándose, luego se acometian unos á otros, pensando que eran moros, y cuando se llegaban á conocer, ya de ambas partes se habia recibido muy notable daño. Para evitar esta confusion y excusar muchas muertes, todos los cristianos se concertaron en apellidar *Santiago*, y así no se embestian unos á otros. El corregidor, acompañado de muchos caballeros, y de la justicia, acudia á todas partes, y mandó por pregon que los vecinos pusiesen lumbres en las puertas y ventanas, y que en las calles se hiciesen grandes hogueras. Ejecutándose así, aunque era de noche, parecia toda la ciudad en claro dia, porque no habia calle en que no hubiese ciento ó mas hogueras, y por todas las puertas, ventanas y azoteas habia muchas luces. Luego se echó otro bando para que todos los hombres de guerra acudiesen con sus armas á la Plaza Nueva, á la de Vivarrambla, y á todas las demas; de suerte que en cada una de ellas se puso un cuerpo de guardia.

A esta sazón el marqués de Mondejar salió del Alhambra bien acompañado de alabarderos y arcabuceros, dejando á buen recaudo la fuerza y castillo real, y bajó á la ciudad para saber la causa de tan crecido movimiento. No holgaban los alcaldes de corte, que andaban tambien exhortando y animando á la gente para que estuviesen todos á punto y bien apercebidos, hasta ver en qué paraba aquel ruido tan grande. Los cristianos quisieran subir determinadamente al Albaicin, y no dejar morisco á vida, pegando fuego á las casas; mas el marqués de Mondejar, el corregidor y otros muchos caballeros lo estorbaron, no teniendo sin embargo tanta parte, que al amanecer no estuviese ya lleno el Albaicin de cristianos, dando en las casas de los moriscos grandes golpes, quebrantando las puertas, matando á muchos de ellos, y pegando fuego á las casas, por lo cual andaba tal ruido y vocería, que semejaba á hundirse Granada. Eran tantos los gritos de las mugeres y de los muchachos, que ya los moros, forzados de los cristianos, hacian armas, y peleaban cruelmente con ellos por defender sus vidas y haciendas. Venido esto á noticia del marqués y del corregidor, acudieron al Albaicin con gran tropa de soldados para poner remedio á tanto mal; y cuando llegaron andaba ya tan encarnizado el negocio, que era muy dificultoso el remedio: no obstante hicieron tanto, ayudados de los alcaldes de corte y otros caballeros, que al fin hicieron retirar á los cristianos enfurecidos, y pusieron un bando con pena de la vida al soldado que no bajara luego á la ciudad, y dejase el Albaicin. Obedecieron por fuerza los cristianos, dejando muertos en aquel dia mas de doscientos moriscos; y si los dejaran no quedara uno de ellos con vidas: tambien murieron algunos cristianos. Ya seria buen rato del dia cuando se apaciguó este terrible escándalo, y entonces el marqués envió alguna gente en pos de los moros que aquella noche habian entrado en la ciudad; pero no pudo haber derecho de ellos, porque se habian dado tanta priesa á andar, que ya estaban en la sierra cuando los cristianos salieron de Granada. Restituidos estos á la ciudad, el marqués señaló luego capitanes para que fuesen á las Alpujarras, y diesen órden de apaciguar algunos lugares de los que se habian levantado. Al instante salieron con gente, y en llegando la vuelta de los Padules, hallaron que no se podria poner remedio á lo que iban, estando ya toda la tierra sobre las armas, y bien apercebida, por lo cual se volvieron á Granada sin hacer cosa alguna. Luego el marqués y el presidente escribieron á S. M. lo que pasaba, y queriéndolo remediar no dejando moro á vida, con asolamiento del reino, muchos de los grandes le fueron á la mano á S. M., persuadiéndole que aquel ruido no era tanto como le hacian, sino causado por unos monfis que andaban salteando por los lugares de las Alpujarras, los cuales serian presos fácilmente, y hecha justicia de ellos quedaria todo apaciguado. Los caballeros que informaron así á S. M. eran muchos que en las Alpujarras y en el reino de Granada tenian lugares propios; y porque estos y sus vasallos no fuesen destruidos, torcian su relacion. Entendiendo el rey que así era la verdad, amainó de su propósito, y mandó al marqués de Mondejar que allanara á los moriscos lo mejor que pudiese. Como el marqués tenia tambien allí lugares pro-

pios, y algunos de los susodichos señores le escribieron en el mismo sentido para que remediase aquel caso, con este intento mandó echar un bando, prometiendo gran suma de dinero á cualquiera que le trajese la cabeza de don Fernando de Valor, que ya se intitulaba rey de Granada. A fin de que el negocio saliese con mas acierto hizo llamar á dos moriscos, caballeros y muy ricos, de quien sentia poderse fiar, aunque habia pocos de confianza en aquella sazón, y les mandó que fuesen á las Alpujarras, y tratasen con gente escogida de buenos medios para que aquel escándalo no pasase adelante, dando órden de matar al reyecillo, y ofreciendo por su cabeza diez mil ducados, sin perjuicio de las grandes mercedes que el rey haria al hombre que le matase. Estos dos caballeros moros partieron de Granada, y pasando por los Padules les fué preguntado á do era el fin de su viage, y si venian huyendo de la ciudad. Ellos dijeron que sí, y que iban á Andarax á verse con el rey Muley Abenumeya, y tratar con él cosas de su provecho. De esta suerte pasaron la vuelta de Ogijar; mas como llegaron á las Buñuelas hallaron grandes tropas de gentes armadas, y entre ellas á muchos moriscos naturales de Granada, amigos suyos. Y maravillados de ver tanta gente de guerra, comenzaron á tratar con ellos cosas tocantes á la desventura que pasaba por todo el reino, y como el marqués de Mondejar tenia prometidos diez mil ducados á cualquiera que le llevase la cabeza del reyecillo, y que además alcanzaria con el rey que le hiciese grandes mercedes. Tambien estos dos supieron decir, como que iban bien industriados del marqués, que este alcanzaria del rey que perdonase á todos aquellos moriscos que se hubiesen levantado, y así ni mas ni menos á todos los monfis, aunque hubiesen hecho muchas muertes, robos y otros males; y á todos los lugares levantados les alcanzaria igualmente el perdon con aseguramiento de sus haciendas. Todas estas cosas dijeron los dos embajadores del marqués con tanta habilidad, que á todos aquellos amotinados y rebelados causaron confusion y cierto arrepentimiento de haberse levantado contra su rey. Luego comenzaron todos á decir á una voz: «Cristianos somos, y cristianos hemos de morir; viva el rey nuestro señor, cuyos vasallos somos; mas queremos la paz que la guerra, pues tan misericordiosamente nuestro rey nos perdona nuestros males cometidos; y de aquí prometemos buscar á Fernando de Valor, y darle cruda muerte á él y al malo de su tio Abenchoar, por quien todos nos perdimos habiendo tomado su falso consejo: desde ahora prometemos la verdadera enmienda.» Las escuadras en que se decia esto contaban mas de tres mil hombres no mal armados, y luego aquella nueva del perdon general, y los diez mil ducados prometidos por la cabeza del reyecillo, voló por los pueblos mas cercanos, como los Padules, Guejar, las dos Guajaras, y otros muchos lugares de las Alpujarras. Todos se determinaron á seguir la paz, y abandonar la guerra comenzada; por lo cual muchos de los que mas valian vinieron á hablar con los dos moriscos que el marqués envió para tratar aquel caso por buenos medios: el uno de ellos se llamaba el Almandari, y el otro Abduramen. Ya tenemos dicho que estos eran caballeros y ricos; á todos los que venian á hablarles daban nuevas de muy buena esperanza

del perdón prometido por S. M., con lo que todos quedaban muy contentos, prometiendo buscar al reyecillo y darle muerte. Salieron diputados cuatro moriscos de crédito con este intento, los cuales juntaron luego mucha gente para ir á prender al reyecillo, y llevarle á Granada. Oyendo hablar de este trato los monfis, y no confiados en si sería así como se publicaba, marcharon á los lugares marítimos, huyendo de las escuadras reducidas á los cristianos. Estando en aquellas marinas llegaron á tierra ciertos navíos de turcos, los cuales habian tenido entre sí pesadumbres, y de sus resultas la mitad de ellos se quedó en tierra, y los demas se hicieron á la mar. Estos turcos juntándose con los monfis hacian notable daño en los lugares mas cercanos, y de allí sacaban lo necesario para su sustento, esperando á que viniese el socorro de Argel que por horas aguardaban. Pues como la nueva del perdón general y la oferta de los diez mil ducados prometidos por la cabeza del señor de Valor volasen por todas las Alpujarras, vino el reyecillo á quedarse casi sin gente. Siendo avisado de todo lo que pasaba, recelándose del mal que le podia venir, no confiando en la lealtad de la gente morisca, y conociendo la poca constancia de su valor, determinó esconderse por algunos dias hasta ver en qué paraba toda aquella repentina mudanza. Sabia que la fuerza de los diez mil ducados ofrecidos por su cabeza seria muy grande, y podria dar ocasion á su perdimiento: así descubriéndose á cuatro amigos y deudos muy cercanos suyos, se salió una noche del lugar de Valor sin que nadie lo entendiese, y se fué á una antigua cueva espaciosa y profunda, de nadie conocida sino de él solo y de los cuatro amigos que llevaba, y allí se metió llevando lo necesario para su sustento. Estos cuatro amigos cuidaban de requerirle de cuatro en cuatro dias, llevándole de comer á deshora, y sin que nadie lo entendiese. Allí le contaban entonces todo lo que pasaba, y quién andaba en su demanda, y con qué gente; lo cual asentaba Muley en su memoria para tenerlo presente algun dia, confiando entonces en las escuadras de los monfis que no querian ser reducidos, y en el socorro que aguardaba de Argel. Aquí estuvo el señor de Valor algunos dias aguardando su ocasion, la cual declararemos mas adelante, diciendo primero lo que hace al caso al prometido capítulo.

Pues como se derramase ya la fama del perdón á todos los pueblos levantados, los monfis tiraron por una parte, y los que se querian reducir y haber paz por otra; de suerte que habia dos ejércitos, siendo de mas poder el de los monfis y otros malhechores que andaban con ellos, por estar mejor armados: y como los unos y los otros no supiesen qué se habia hecho el señor de Valor, andaban maravillados y sin saber qué hacerse no teniendo rey. Todos se volvieron á sus lugares, salvo aquellos que andaban buscando al reyecillo, y que formaban dos tropas de gentes guiadas por cuatro moros, como llevamos referido; y el uno de ellos y mas principal se llamaba el Dete: de los nombres de los otros no tuve noticia. Estos y otros amigos suyos, por codicia de los diez mil ducados, y por ponerse bien con el marqués de Mondejar, practicaban diligencias esquisitas buscando al reyecillo, pero nunca pudieron hallarle muerto ni vivo. Entendiendo que se habria pasado á Africa acordaron matar á un

mozo morisco hijodalgo, llamado el Maule, que en el talle y garbo, rostro y color se parecia mucho á don Fernando; y muerto le fué cortada la cabeza, que llevaron á Granada, certificando con falsa relacion y jurando, que aquella cabeza era del reyecillo. Mostrándola por toda Granada, cuantos la vieron decian que con efecto lo era, y así dieron el premio prometido á los que la trajeron; y á uno de ellos que decia ser él quien le habia dado muerte, le envió el marqués á Madrid con recados tales, que S. M. le dió cuatro reales de salario cada dia. Escribo esto así muy bien informado de muchos moriscos, á quienes pregunté la verdad del hecho para escribir con la debida diligencia la segunda parte de esta historia. Pues no habiendo hallado al reyecillo, y creida la falsa relacion que hicieron los moros diputados para matarle, estos se volvieron á sus lugares bajo de seguro, y algunos fueron á Granada á hablar con el marqués, quien los trató muy bien y blandamente, dándoles esperanzas de que todo se allanaria y acabaria con felicidad. Solamente los monfis se mantuvieron rebeldes, y jamás quisieron fiarse de promesas, temiendo ser engañados y destruidos á manos de los cristianos, en poder de la justicia, como habia sucedido ya á otros muchos en distintas ocasiones. Así querian alzar entre ellos á un rey que los gobernase, y que fuese de tanto corazon y tan subidos pensamientos, que saliera bien con todo lo que antes tenian prometido; pero no sabian el órden que en esto se debe tener, y el diablo que siempre busca hacer daño y obras tales como él es, les proveyó de rey para que aquella maldad pasase adelante. Para esto es de saber que ya en Argel se tenia noticia de cuanto pasaba en el reino de Granada, y en vista de que los moriscos enviaban tantos esclavos y pedian tantas armas, y que la guerra andaba tan encendida, el Ochali, rey de Argel, acordó de enviar á las Alpujarras doscientos turcos valientes y bien armados, como el Gran Turco lo habia prevenido, para ver cómo andaba la guerra, y si acaso habia disposicion para poner otra vez á España en aprieto, teniendo en ella los moros entrada cierta y segura, como en el tiempo del rey godo don Rodrigo. En este caso debia luego darse aviso al Gran Turco para que la ruina de España se pusiese por obra. Así, pues, los susodichos soldados se embarcaron en una fusta grande de Mamí calabrés, atravesaron desde el mar de Africa al de España, y tomaron puerto en el Fatallon de la mesa de Roldan, entre Almería y Vera, donde fueron avisados de lo que pasaba, y de qué suerte andaba la guerra; de cómo el reyecillo era muerto y no parecia, y que los moriscos levantados se habian tornado á reducir y estar como de antes, habiéndolos el rey perdonado; que solamente quedaban obra de tres ó cuatro mil monfis en compañía de unos pocos de turcos, como cincuenta ó sesenta, que se habian quedado en tierra allí junto á lo de Adra, y que estos andaban por pasarse á Berbería, aguardando ocasion de pasage. Toda esta relacion dieron unos moros de Cabrera y Sirena á los doscientos turcos recientemente arribados, los cuales quedaron aturridos de tal caso, arrepintiéndose de haber atravesado el mar de España. Y entrando todos en consejo dentro de su mismo navío para acordar lo que habian de hacer, decian unos que volverse, y otros que no, pues ya que habian ve-

nido no sería razon dejar de ver la tierra, y observar en qué paraba aquel negocio, respecto á que el rey de Argel los habia enviado para tal caso. Otros replicaban á esto, que la tierra era muy áspera y mal conocida de ellos, y que podrian los mismos moriscos, como hombres mudables y varios, hacerles muy notable daño para ponerse en gracia con su rey. Mas uno de dos capitanes que allí venian y traía á su cargo aquella gente, llamado Caracacha, hombre valeroso, de nacion turco, les habló á todos de esta suerte :

Razonamiento del capitan Caracacha á los turcos de su navio.

« Valientes y bravos soldados, de turquesca y clara sangre producidos, y de la Troyana descendientes, como en las antiguas Escrituras se halla, aventajados en paga por vuestro grande valor: Muy bien sabeis todos, que venimos y somos enviados á las tierras de España de orden del Gran Señor, y del rey de Argel, habiéndonos escogido entre los demas de sus escuadrones por hombres de gran valor, y que se nos envia para que sepamos de estas guerras civiles de España, dando de ellas aviso y larga cuenta. Pues si de aquí nos tornáramos, como algunos de vosotros habeis propuesto, ¿qué es lo que de nosotros dirian nuestros amigos y enemigos? No otra cosa por cierto sino que nos asombramos de ver las costas de España y sus altas sierras, y nos volvimos huyendo como cobardes, sin haber visto la cara á ningun cristiano, y en fuerza de una relacion acaso incierta de dos desventurados morillos que nos la han dado. Si es verdad que los moriscos han dejado la guerra, posible es que sea por falta de su rey, y que por no tener quien los ampare y gobierne, han dado de mano á las armas. Pues cuando todo sea así, muy bien sabeis que entre los soldados amotinados se elige luego un general que mande y gobierne, para que á su sombra obre la milicia. Ahora, pues, nosotros podríamos hacer elegir un rey tal cual nos parezca, y despues, porque su vida y honra no pasen detrimento llevárnosle á Argel cuando la suerte nos dijera muy mal: tambien podriamos nosotros teniendo ya un rey conocido, en compañía de esos monfis de que se habla, hacer tanto, que tornásemos á levantar el reino todo, y le moviésemos á tomar armas otra vez contra las cristianas banderas, dándonos Mahoma tan buena suerte, que entráramos por España la tierra adentro, en donde alcanzásemos digna memoria en servicio de nuestro Gran Señor. Pero si por acaso muriéremos, los amigos y enemigos de Argel dirán: *Murieron como soldados, y no volvieron huyendo como gallinas.* Por tanto, bravos soldados y amigos míos, mi parecer es que saltemos en tierra, y pisemos el suelo de la España, que estando dentro, el santo Alá y Mahoma proveerán. »

Esto que dijo el capitan Caracacha pareció bien al otro capitan llamado Mami Agad, y á todos los demas soldados que estaban en el navio: y así luego desembarcaron y se fueron por tierra hasta Sorbas, llevando por espía y adalid á un moro de Ture llamado Gacia, el cual fué des-

pues gran cosario. Estando, pues, el escuadron turquesco en Sorbas, llegaron por aquella parte los cuatro compañeros del reyecillo, únicos sabedores de que estaba escondido en la cueva, y que ahora venian buscando navíos de moros para pasarse á Argel todos juntos, atento á que el reyecillo se hallaba desamparado, sin gente, á riesgo de caer en manos de los que le buscaban para matarle, é imposibilitado de volver mas á Granada. Y como llegaran allí á la sazón en que los turcos habian entrado, lo tuvieron por muy buena ocasion, pensando por este recurso volver á don Fernando á su estado primitivo, como volvió en verdad. Con este intento se fueron á Sorbas y hablaron con los dos capitanes Caracacha y Mami Agad, aunque otros quieren decir que á este último le llamaban de otra manera: les contaron todo el caso de la guerra del mismo modo que habia pasado, certificándoles que el rey Muley era vivo, que estaba escondido en una cueva tiempo habia, por recelo de que no le matasen; y que habiendo muerto por su causa á un caballero mancebo que se parecia á don Fernando de Valor, todo el reino le tenia por muerto; pero vivia, y estaba determinado de pasarse en Argel no pudiendo estar ya en España, y que ellos eran venidos por aquellas marinas buscando medios para la tal embarcacion; y habiendo tenido noticia del reciente arribo de los turcos, venian á verlos y saber si podrian dar algun remedio sobre aquel caso. Todo esto contaron los amigos del reyecillo á los dos capitanes turcos, los cuales fueron espantados de oír tan grandes novedades; mas el capitan Caracacha les habló diciendo: « No quiera Mahoma que esta vez muera el rey de Granada, ni que pase á Argel hasta tanto que todos los que estamos aquí seamos muertos en su servicio; pues esta es la órden que traemos de nuestro rey Ochali. Así partamos luego adonde está, y no nos detengamos mas aquí, porque es muy cierto que en la tardanza está el peligro. » Con esto aquella misma noche partieron de Sorbas, y no pararon hasta llegar cerca de Valor, tardando tres dias en el viage, porque no caminaban sino de noche, y pasaban el dia emboscados. No pudo con todo eso ser este viage tan secreto que no lo supiesen los de Mojacar y Vera, quienes con noticia de aquel grande escuadron de enemigos dieron luego aviso al marqués de Mondéjar de lo que pasaba; el cual no holgó mucho de ello, porque sabia muy bien que se aguardaba algun socorro de Africa para los moros del reino de Granada, y ya tenia apercebida mucha gente de guerra, nombrados capitanes, y convocados todos los lugares mas vecinos y comarcas del reino, para que prestasen socorro cuando fuera menester. Habiendo, pues, llegado los turcos á Valor, bien cerca de la cueva donde estaba Muley, sucedió que este poco antes de aquella hora se habia salido de su escondrijo por dar algun descanso á la vista que tantos dias habia tenido ofuscada en aquella oscuridad, y recrear el corazon y los ojos con la hermosa perspectiva del campo. Estando sentado entre unas matas grandes de lentiscos y romeros, mirando las altas y fragosas sierras de aquellas Alpujarras, se le vinieron á la memoria todas las guerras antiguas que habian allí pasado, y las ruinas de aquel reino que antes solia ser tan próspero y rico, y en todo tan pujante; y con

estos acuerdos vino á dar y á pensar en su presente desventura, cómo se habia visto muy pocos dias antes coronado por rey y señor de aquel reino, y cómo al presente se veia solo y desamparado, y falto muchas veces de lo necesario para su sustento. Acordábase de Granada y de la buena vida que allí tenia, puesto en estado de próspera fortuna: acordábase de la mala salida que habia hecho de aquella ciudad por una cosa de tan poca consideracion, y como al presente se hallaba sin los bienes que poseía entonces, sin el que despues le habian prometido falsas esperanzas, solo, desamparado de todo bien, apartado de su padre, madre y hermanos, y ocasionando el mal que pasaban todos por su causa. Esto consideraba don Fernando de Valor, y lloraba y se lastimaba con justa razon, formando mil querellas contra el cielo y la fortuna adversa que le seguia, pues por su causa estaba don Antonio de Valor, su viejo padre, aprisionado en una fuerte torre en Castilla, donde al fin murió entre hierros, sin haberlo merecido; y un hermano suyo llamado don Alonso de Valor, fué llevado preso á Madrid, de donde jamás volvió á ver á Granada; y otro hermano llamado don Luis de Valor estaba en Argel, porque él le habia enviado al Ochali con recados suyos; y pidiéndole socorro y armas. Por esta causa envió el Ochali los doscientos turcos que hemos dicho, quedando don Luis de Valor en Argel casi como en rehenes. Lamentábase de todo el desdichado reyecillo, trayendo á la memoria sus males, y el poco remedio que para ellos se esperaba: así me pareció que seria bueno escribir en verso sus querellas, como aquí se ponen en las siguientes

ENDECHAS.

Oh vanos y revueltos pensamientos,
Y torres en el viento levantadas,
Y por mi mal inmenso fabricadas,
Por ser tan mal fundados los cimientos!
Qué estrella triste pudo así guiarme

A despeñarme;
Cuál hado acerbo
Fué tan protervo;
Cuál desventura
Con pena dura

Me trujo á tan estrecho y triste estado,
Que vivo estoy, y en vida sepultado?

A dó está aquella gloria en que me vido,
Y adonde está el valor y la grandeza,
Y la corona de oro en la cabeza,
De quien fortuna adversa me divide?
A dó las prometidas esperanzas,

Y aquellas alabanzas
Del escuadron armado
Que me tenia rodeado
Diciendo: *viva, viva,*
Con grita muy altiva,

El rey de todo el reino de Granada
Con un aplauso y gloria no pensada?

Y el bélico sonido de la trompa,
Y del añafil claro y la dulzaina,
Con cuánta violencia ya se amaina
Haciendo escurecer la clara pompa?
Cuán presto se acabó la dulce suerte

Con dolor fuerte!
Ya no hay reinado,
Que el duro hado
Así lo quiso;
Quizá repiso

De verme levantado á las estrellas,
Propuso derribarme á estas querellas.

A dó los elegidos capitanes,
Las condutas firmadas, concedidas,
Con mis reales sellos imprimidas,
Y dadas á los que eran mas guzmanes?
A dó la desplegada media luna,

Que dió fortuna
Con buen semblante;
Mas no constante,
Sino siniestra,
Como se muestra,

Pues con velocidad su varia rueda
No quiso por mi daño estarse queda?

A dó mis padres son y mis hermanos ;
 Adonde mis parientes , mis amigos ,
 Que fueron de mi bien y mal testigos ,
 A veces siendo moros y cristianos ?
 De soledad estoy acompañado ,

Pues quiso el hado ,
 Que desta gloria
 Sola memoria
 En mí quedase ,
 Porque pasase

Considerando en ella un mal estraño ,
 Y tal cual ordenó ser en mi daño .

Llorad , pues , corazon , ojos cansados ,
 Los bienes prosperados ya perdidos ;
 Llorad tambien los males padecidos ,
 Envueltos en mil penas y cuidados :
 A Granada llorad , que habeis perdido ,

Jardin florido ,
 Y bella Alhambra ,
 Do ya no hay zambra
 Fresca y Nadamar ,
 A dó Abenamar

Dejó con tu frescura mil pesares :
 Ay Jaragui florido y Alijares !

No espero veros mas eternamente ,
 Porque la suerte dura lo dispuso ,
 Haciendo el bien y el mal todo confuso ,
 Mostrándose cruel , dura , inclemente :
 Un solo bien me queda , mas terrible ,

Y no es posible
 Que sea seguro ,
 Sí acerbo y duro ;
 Pasar las ondas
 Del mar tan hondas

Al líbico distrito y sus riberas ;
 Mas desdichado , y solo , y sin banderas !

Mas con razon hareis el sentimiento
 De todas estas cosas miserables ,
 Pues ellas traen en sí ser lamentables ,
 Fundadas en terrible perdimiento :
 Llorad , pues , ojos míos , tantos males ,
 Que nunca tales ,
 Ni mas se vieron ;
 Pues causa dieron
 De eterna pena ,
 Con larga vena

De llanto , con que triste me consumo
 Al ver mi bien resuelto todo en humo .

De esta suerte se lastimaba el desventurado señor de Valor, derramando de sus ojos una vena abundantísima de lágrimas; y con razon se lamentaba al verse privado de su hacienda, de la dulce patria y sabrosa libertad, metido de un golpe en un piélago tempestuoso de trabajos, sin saber hallar algun remedio: sus lugares perdidos, y su vida espuesta, pregonado por traidor contra su rey y señor. Mas como era mozo, y sin aquella discrecion que convenia en tal caso, no sabia navegar entre las peligrosas olas de un mar tan bravo, ni dar descansado puerto á sus males; que si él viéndose desamparado de los suyos, gente variable, y sin fe ni ley, así como se fué á esconder del furor infernal de ellos movido en su daño, se fuera una noche á Granada, y de allí á Madrid, y se echara con lágrimas á los reales piés de don Felipe, nuestro señor, S. M. le perdonara con su acostumbrada misericordia, y le diera con qué vivir, ya que le quitara sus tierras, considerando la sobrada juventud del delincuente, que aun no habia llegado á los años de entera discrecion; mas él no cayendo en este saludable remedio, se mantuvo tímido y escondido en aquella cueva, aguardando coyuntura para pasarse á Africa. Estando en esta situacion el señor de Valor vió venir marchando hácia donde él estaba el escuadron formado de los turcos, y mudándose de todo punto su color, quedó como muerto, entendiendo que aquellos eran los moriscos que venian á matarle; y así poseido de miedo, exclamó: « Ya, don Fernando, ha llegado tu último fin; ahora saldrás de los trabajos que te cercan. » Pero parandó mientes en la escuadra que allí venia, cuando vió delante de todos á los cuatro compañeros suyos, únicos sabedores de su estancia, se tuvo entonces por mas perdido, creyendo que estos le vendieran, porque tenia aquella gente morisca por mudable, sin fe, ni ley á la verdadera amistad, segun habia visto ya por las cosas pasadas. Obser-

vando sin embargo que todo aquel gallardo escuadron venia bien aderezado, y los soldados con zapatos y borceguies datilados y leonados, bonetes colorados, turbantes blancos, y alquiceles blancos y azules á los hombros, y armados de largas y lucidas escopetas, luego conoció que aquella gente no era granadina, sino que eran turcos; y algo consolado con esto, se estuvo quieto hasta ver en qué paraba la venida de tan lucido escuadron. Luego que todos llegaron junto á la cueva, se adelantaron un poco los cuatro moros granadinos, y uno de ellos se entró por aquellos peñascos, entre los cuales estaba tan oculta la puerta de la cueva, que de ninguno podia ser vista ni hallada, si no fuese por acaso. Este hizo luego la señal acostumbrada, que era tocar un pito pequeño de plata, á cuyo sonido el reyecillo respondia luego; pero esta vez, aunque fué tocado, no pudo responder: repetida hasta cuatro veces la señal, el moro que la hacia se quedó maravillado y confuso viendo la falta de correspondencia; y así medio turbado se salió fuera de la cueva, y dijo que el rey no parecia, ni habia respondido. Luego los otros tres amigos entraron muy adentro hasta llegar á la misma cama en donde el rey solia dormir, y como no le hallaron, muy maravillados y confusos se salieron de la cueva, diciendo que el señor de Valor no parecia; á lo cual el bravo capitan Caracacha dijo en tono sañudo: « Mas bien entiendo que vosotros nos traeis engañados, metiéndonos la tierra adentro para que nos perdamos; pero no lo espereis, que aunque pocos en número, somos tales, que lo asolarémos todo, quemarémos los montes, y si fuere necesario irémos á Granada, la pegarémos fuego á pesar de todo el mundo, y nos volverémos á la mar. Por tanto, buscad al rey al instante con toda diligencia, que si no lo haceis al punto os harémos pedazos, y en testimonio llevarémos á Argel vuestras cabezas para que el Ochali vea si hemos entrado en las tierras de España, á pesar del mar y del viento. » Los cuatro moros granadinos, llenos de espanto, no sabian qué hacerse en semejante tribulacion; lo cual visto por el reyecillo, poniendo el caso en las manos de la fortuna, se levantó en pié, y llamó por su nombre á sus amigos, los cuales al verle sintieron no poca alegría. Bajó abajo entonces el reyecillo, y mirándole muy de propósito el capitan Caracacha, reconoció desde luego en el aspecto, que era hombre de valor y principal, y así le dijo: « ¿ Eres tú el rey nuevamente levantado en este reino? » Don Fernando, mostrando gravedad en el rostro, exento de todo temor, respondió que sí, que él era el rey de Granada, y porqué se lo preguntaba. El bravo turco, mostrando luego alegría, le fué á abrazar y besar la mano diciendo: « Bien parece que eres de sangre real; pues no puede negarse el valor de tu linage en tu persona. » En seguida puso la mano en la bolsa de la escopeta que era grande, y sacó de allí un pliego de cartas, que despues de haber besado entregó al reyecillo, y le dijo: « Toma esas cartas que te envia el rey de Argel, mi señor, y por ellas sabrás lo que te quiere decir. » El reyecillo tomó el pliego, y en seguida leyó una carta, que decia así:

Carta del Ochali rey de Argel para el reyecillo de Granada.

« A tí Fernando Muley Abenumeya, nuevo rey de Granada y su reino,
 » elegido por justa razon de derecho, parando mientes los electores en la
 » real sangre de donde vienes, salud, para que con ella goces largos
 » años la nueva corona por tu valor merecida. Sabrás que ha pocos dias
 » que recibimos unas cartas enviadas del buen caballero Abenchoar, al
 » parecer deudo tuyo muy cercano, como despues hemos entendido, y
 » de otros moros principales de Granada y su reino, en las cuales nos
 » pedian armas y socorro para seguir la guerra que estaba promovida
 » contra el rey de España, prometiéndonos dar seguros puertos y entra-
 » das, favor y ayuda para que España fuese conquistada, así como lo fué
 » en los pasados tiempos del rey don Rodrigo, entramos en el real con-
 » sejo de guerra para determinar lo que sobre el caso debíamos hacer; y
 » fué acordado que era justa causa dar armas y socorro á quien lo pide
 » contra cristianos, porque así nos lo manda nuestro Mahoma, y para
 » ello fué luego determinado que se juntase gran cantidad de todas ar-
 » mas, y os fuesen remitidas. Mas despues por segundo acuerdo se envió
 » un despacho al Gran Señor, haciéndole saber lo que por los granadi-
 » nos era pedido, y lo que acerca de ello estaba tratado y acordado. A
 » esto mandó el Gran Señor que se enviasen doscientos turcos de nacion,
 » soldados valientes, aventajados en pagas de diez y de veinte escudos de
 » luna á luna nueva, para que diesen tiento en el estado de la guerra; y
 » si por suerte se fuese mejorando contra las cristianas banderas, puesto
 » el caso en que se pudiese salir con lo pretendido y prometido, dice el
 » Gran Señor, que él dará bastante socorro de gente y armas, y que él
 » mismo con todo su poder entrará por las partes de Italia, pasando el
 » mar hasta los límites de España con gran pujanza. Y habiendo nosotros
 » tenido esta respuesta y órden del Gran Señor, un hermano tuyo, lla-
 » mado don Luis de Valor, llegó en una fragata de once bancos, de un
 » moro granadino, y nos dió unas letras tuyas, pidiendo por ella segunda
 » vez sócorro y armas, y confirmando lo antes prometido. En su vista
 » fué determinado luego en nuestro real acuerdo, que te se enviase el
 » socorro pedido y las armas contra los cristianos, juntamente con dos-
 » cientos turcos buenos soldados, los cuales encargamos que sean bien
 » pagados, con aquellas ventajas que suelen ganar en estas plazas nues-
 » tras. Tu buen hermano don Luis queda en Argel en mi poder, tan mi-
 » rado y atendido como es razon que lo sea. El santo Alá te dé victoria,
 » y Mahoma en todo sea propicio. De Argel, y para lo que te cum-
 » pliere.

» *El Ochali.* »

Leida la carta, el reyecillo, como resucitado de muerte á vida, mostró muy alegre semblante, y tornó á abrazar de nuevo á los dos capitanes turcos, ofreciéndoles grandes pagas. Todo aquel escuadron turquesco dió luego una carga de escopetería tan brava, que hizo resonar los valles y

sierras de tal forma, que se oyó el ruido en muchas partes donde habia una multitud de moros ahuyentados de la braveza de los cristianos, no fiándose de las paces prometidas. Mandó el reyecillo que se fuesen á Valor, pueblo suyo, el cual no estaba tan cerca de allí, como hemos dicho, porque la cueva en que se escondió estaba encima de la sierra de Dalias, segun hemos sabido despues por verdaderas relaciones. Llegando allí fueron recibidos con mucha alegría, porque todos tenian ya por muerto al reyecillo, el cual les dijo que se mantuviesen firmes en lo comenzado, pues tenian á la vista aquel socorro, y mas que les vendria. Con esto se fué de Valor, á un lugar llamado Yubiles, de allí á Andarax, y de allí á Adra, en donde halló grandes compañías de monfis y de otros moriscos malhechores, los cuales se juntaron con él muy alegres, y admirados de verle vivo habiéndole tenido por muerto. Luego se volvió el reyecillo á Andarax con su compañía, dando la órden que en la guerra se habia de tener contra los cristianos.

El marqués de Mondejar, al instante que supo por la parte de Vera y Mojacar que habian entrado gentes de Africa, mandó que se apercibiese toda la gente de guerra que estaba alistada, y era mucha, compuesta de gente muy principal de la Andalucía, y de valerosos capitanes: hallóse por cuenta que el marqués de Mondejar sacaba veinte mil hombres entre los de á pié y á caballo, todos andaluces y valerosos, la flor del mundo; dejando á parte los del reino de Murcia, con quienes no se halla igual. Saliendo, pues, el marqués de Mondejar de Granada, acompañado de tanta y tan lucida gente, y llevando sus banderas tendidas con el estandarte real de la Alhambra, y delante su guioncillo de general, siguiéndole muchos y muy principales caballeros, llegó á los lugares llamados Alhendin y Alpadul, en donde halló á los moros sosegados, y mandó por bando, que ningun soldado hiciese daño á los moriscos ni á sus bienes. Hacíalo así el marqués, pensando allanar á los pueblos levantados por bien y no por mal; pero no le sucedió como pensaba, segun diremos adelante, y despues de haber puesto el romance que habla de lo contenido en este capítulo.

El buen conde de Tendilla,
Que es marqués intitulado
Del estado de Mondejar,
Señor de muy gran ditado;
Uno de los del consejo
Por su valor estimado,
Fiel alcaide del Alhambra,
Y gran general nombrado
De ese reino de Granada
Por el rey y su mandado;
Como viese que los moros
Del reino se han levantado,
Mandó juntar mucha gente
De guerra, con aparato
Para poderlos vencer
Y traer á su mandado;
Y subir al Alpujarra,

Llevando campo formado,
Aunque el marqués bien quisiera
Por buena via llevarlo.
Y así envió dos moriscos
De Granada á negociarlo:
Moros son de calidad,
Y de cantidad nombrados.
Manda que paces concierten
Con los moros levantados,
Y que perdon general
Prometan en aquel trato.
Enviados por el rey
Para mas asegurarlos,
Esto tratan los dos moros
Con los pueblos rebelados;
Los cuales arrepentidos
Dicen, que ellos son cristianos,

Y que no quieren la guerra,
 Porque fueron engañados
 Por el falso Abenchoar,
 Que estaba mal indignado
 Contra el marqués de Mondejar,
 Porque habia maltratado
 A los moros granadinos
 Como se ha declarado.
 Mas á ellos que les pesa
 De haber las armas tomado,
 Y que quieren reducirse
 En el hábito cristiano.
 Tambien dicen los dos moros
 Que darán diez mil ducados
 Al que diere la cabeza
 De aquel reyecillo falso.
 Por codicia de esta empresa
 Muchos moros van buscando
 Al cuitado reyecillo
 Para prenderlo ó matarlo;
 El cual tuvo que esconderse
 Donde no fuese hallado;
 Y el que mas le sigue y busca
 Es el Derri, su privado;
 Y como no le hallase,
 Por ganar diez mil ducados
 Mató á un mancebo morisco
 Que parecia á don Fernando,
 Y cortada la cabeza
 A Granada la han llevado:
 El marqués lo prometido
 Paga, quedando engañado.
 De paz está todo el reino,
 Como se habia tratado;
 Solos quedaban los monfis,
 Que no se han acomodado.
 Estos son mas de tres mil,
 Y todos muy bien armados;
 Pasar se quieren á Fez
 En hallando buen recaudo,

Porque entienden que ya es muerto
 Aquel reyecillo falso.
 Estando en aqueste punto
 Muchos turcos han entrado
 Dentro de las Alpujarras,
 Y todos muy bien armados,
 Que los envió el Ochali,
 Rey de Argel tan nombrado,
 Para socorro y defensa
 De este granadino estado.
 Hallaron al reyecillo
 En una cueva encerrado,
 El cual muy bien los recibe,
 Y con ellos pasa á Valor,
 Y dende allí á Andarax
 Con su campo concertado.
 Los monfis con él se juntan
 Con placer demasiado
 En tener á su rey vivo,
 Que por muerto le han juzgado.
 El reyecillo da orden
 De lo que se hará en el caso:
 La guerra quiere seguir,
 Como habia comenzado.
 El buen marqués de Mondejar
 Siendo de aquesto avisado,
 Luego salió de Granada
 Llevando el campo formado:
 Lleva mas de veinte mil
 Que le van acompañando.
 Muchos capitanes fuertes,
 Muchos lucidos soldados,
 Ricas banderas tendidas,
 Y su estandarte dorado:
 Con el marqués un guion,
 Como caso acostumbrado,
 Que le lleva un general
 Cuando va en campo marchando:
 Lo que de esto sucedió
 Os será despues contado.

CAPITULO IV.

En que se pone la salida del marqués de los Velez contra los moros de los rios de Almanzora y Almeria, sierra de Filabrés y Tahali, y otras cosas que sucedieron.

Ya hemos contado como el marqués de Mondejar llegó al Padul, y habia pasado por Alhendin, dejando á los moriscos de aquellos lugares pacíficos. De allí se fué á las Albuñuelas, donde hizo alto su campo para dar orden á la reduccion de los moriscos de aquellos lugares, sin daño de ellos; lo que ciertamente consiguiera, y allanara todas las Alpujarras, llevando las cosas por buenos medios y por via de paz, conforme tenia prometido con el perdon general de aquel arrebató y acelerada rebelion,

si malos cristianos quisieran cooperar á este su buen propósito. Pero de los veinte mil hombres que llevaba en su campo, iban mas de diez mil los mayores ladrones del mundo, animados de la idea única de robar, saquear y destruir los pueblos de los moriscos que se mantenian sosegados; y así apenas el marqués de Mondejar habia pasado de Alhendin y el Padul, asentando el campo en las Albuñuelas, cuando mil de estos ladrones salieron de su real y tornaron á los lugares susodichos, los saquearon de noche, mataron á muchos moriscos, y se llevaron muchas mugeres jóvenes y muchachas á sus tierras, en donde las vendian por esclavas. Hecho el daño por la noche luego se volvian al real; y aunque los moros habian escapado huyendo, se querellaban al marqués diciéndole todo cuanto habian padecido, y los robos y muertes que por la noche ejecutaban los suyos: eran de ningun provecho las quejas, porque el marqués nada remediaba, no sabiendo á quien castigar, por ser tanta la multitud de gente depravada que en su real habia. Viendo esto los moriscos, y que su mal no tenia remedio, indignados de que sus haciendas, sus mugeres y sus hijos fuesen robados impunemente, no aguantaron mas; y así recogiendo y escondiendo todo aquello que se podia, se iban á la sierra en donde estaba el reyecillo, diciendo que el marqués con achaque de paz les enviaba tropas para destruirlos. El reyecillo los amparaba y recibia de buen grado diciéndoles: «Pobres de vosotros, ¿no veis que debajo del engaño de esas públicas y prometidas paces, os van destruyendo y acabando, y así os llevarán hasta que no quede ninguno? Tomad todas las armas, y morid defendiendo vuestras vidas y haciendas, que presto sereis señores absolutos de toda la tierra.» Con esto cobraron ánimo, y dejando sus lugares iban á alistarse en la milicia; por manera que á causa de los malos cristianos, sedientos de robar, y de apoderarse de las haciendas ajenas, fueron sucesivamente levantándose muchos pueblos de los moriscos. Bramaba, ardia en saña el marqués viendo que lo que él prometia se lo desconcertaban las gentes de su real. A menudo mandaba echar bandos con pena de la vida al que saliera á saquear; pero valian muy poco estas diligencias contra los ladrones que se escapaban á deshora; y de suerte, que nadie sabia su salida, aunque estaban puestas centinelas por los caminos. Estendiéndose tan fatales nuevas por todos los demas lugares de las Alpujarras, volvió de nuevo á alborotarse y tomar las armas todo el reino, no fiándose ya de las paces prometidas, y queriendo mas morir ofendiendo, que vivir padeciendo. Los capitanes que habian sido señalados y repartidos por orden del reyecillo, volvieron á juntar su gente, á apercibirse de armas, y seguir las banderas del señor de Valor contra los cristianos. Los turcos que vieron tantos hombres ayuntados, y no mal armados, los animaban diciendo, que ellos les ayudarian á ganar toda España. Con esto los moros granadinos tomaron tanto brio, que de nuevo tornaron á hacer crecidos males. El marqués de los Velez don Luis Fajardo, teniendo noticia de que los moros habian vuelto á levantarse, aunque á la verdad ya no tenian ellos la culpa sino los malos cristianos, determinó salir con campo formado contra los de los rios de Almanzora y Almería, á fin de que yendo él por una parte y el marqués

de Mondejar por otra, se pusiese pronto término á aquellas guerras civiles. Como general del reino de Murcia escribió luego á los pueblos mas vecinos para que le acompañasen en esta jornada; y así se juntaron de Caravaca muchos y muy buenos soldados con un valeroso capitán, llamado Juan de Leon, y un sargento mayor, llamado Andrés de Mora, hombre muy esforzado y práctico en la milicia: de allí sacó tambien un alférez para que llevase su estandarte, llamado Benavides, sugeto hidalgo y de gran calidad por su persona: en todos saldrían unos cuatrocientos soldados muy buenos, bien apuestos y armados. De la villa de Cehegin salieron doscientos hombres, gente muy lucida y bien armada, llevando por su capitán á un soldado viejo y valiente, que se llamaba Carreño. De la villa de Mula salieron trescientos hombres, bien armados y valerosos, con su capitán, nombrado Melgarejo, que era varón de grande esfuerzo. De la villa de Totana salieron cien hombres robustos, criados en la costa, y acostumbrados á verse cada dia con los moros, cuyo capitán se llamaba Juan de Mora, excelente soldado. De la villa de Alhama salieron otros cien hombres, tan buenos soldados como los de Totana, y muy acostumbrados tambien á verse en la marina con los moros; llevaban un buen capitán, llamado Falcayuela. El marqués envió á su hermano don Juan Fajardo, maese de campo, á Lorca para que pidiese á la ciudad gente que fuera en esta jornada; y así salieron de Lorca en esta vez mas de mil hombres de guerra, toda gente valerosa y bien armada, llevando por capitanes á Juan Felices Quiñonero, hidalgo principal de la casa de los Quiñones, á Juan Felices Duque, Juan Mateos de Guevara, Alfonso del Castillo, el mozo, Adrian Leonés del Alberca, y Hernán Pérez de Tudela. Además de estos seis valerosos capitanes salieron despues en ocasiones por órden de la ciudad otros cinco, hidalgos tambien y de mucho valor, que fueron los siguientes: Alonso de Leiva Marín; Martín de Lorita, alférez mayor; Gomez García de Guevara; Juan Mateos Rendon, y Luis de Guevara: entiendo que este último salió de los primeros, y de él hablaremos despues, así como de los demas. Tambien salió en otra ocasion por capitán Juan Leonés de Guevara, y Luis Ponce, su hermano, capitán de caballos, y Juan Manchiron, regidor de Lorca. Y pues hemos hablado de estos lugares, llamados por el marqués, y de los capitanes que de ellos salieron, es justa razon que digamos algo de la noble Murcia; la cual siendo avisada por su noble adelantado, al punto escribió al rey lo que pasaba, y S. M. la mandó que siguiese la guerra, y socorriese con gente á su adelantado. Así luego la noble ciudad creó tres capitanes valerosos, dos de infantería, llamado el uno Alonso Galtero, caballero de mucho valor, y el otro Nofre Ruiz, hombre principal é hidalgo: el capitán de caballos se llamaba don Juan Pacheco, caballero del hábito de Santiago, y su alférez fué otro caballero ilustre, llamado Salvador Navarro. Hicieron estos mucha y muy gallarda gente, y toda bien armada; mas no salieron tan pronto de Murcia, que no les precediera el marqués de los Velez, saliendo el dia de los Reyes, año de 1569. Llevaba el valeroso Fajardo de los lugares ya referidos tres mil hombres fuertes y bien armados, sin los que aguardaba de Murcia; y marchando

con buen orden tendidas sus banderas, iba Lorca á la vanguardia, Caravaca de batalla, Totana, Alhama y Cehegin á la retaguardia. Toda la gente del campo era escogida, bien dispuesta de armas, y bastante para acometer á veinte mil hombres que fueran de otras naciones. Así el buen adelantado, muy gallardo y contento de ver un campo tan lucido, decia que en el tiempo que siguió las inclitas banderas del emperador su señor no habia visto mejor gente, ni mas lucida, que la que él á la sazón llevaba; y que en muchas ocasiones se holgara de haber tenido la gente de aquel reino de Murcia, porque se señalaba ventajosamente entre todas las demas de España. El marqués era uno de los caballeros mas valerosos del mundo, pudiéndose contar entre los mas célebres de España, incluso aquellos que tuvieron mas nombradía, como el Cid, el conde Fernan-Gonzalez, Bernardo del Carpio, y otros capitanes españoles muy esclarecidos. Esto lo confirmó el emperador don Carlos V, nuestro señor, estando en Cartagena de vuelta de Argel, yéndole á besar las manos el marqués don Pedro, padre del don Luis, de quien ahora tratamos; y que habiéndole abrazado y levantado del suelo donde estaba de rodillas, le dijo lo primero: « Marqués, buen hijo teneis, y bien podeis decir que es uno de los buenos de España: así lo ha mostrado en todas las ocasiones que se ha hallado conmigo. » A lo cual respondió el marqués don Pedro: « Señor, yo y él estamos al servicio de vuestra real y cesárea magestad hasta la muerte. » Tornóle á abrazar el emperador, diciéndole: « Tal se tiene entendido de él y de vos. » Viniendo á propósito decir algo del valor y la nobleza de don Luis Fajardo, aunque nos salgamos un poco del hilo de nuestra historia, lo harémos de paso y en breves razones, porque nos aguarda en las Albuñuelas el marqués de Mondejar, de quien debemos tratar en otro capítulo. Es, pues, de saber que el señor don Luis era hombre muy gentil, de recios y doblados miembros, tenia doce palmos de alto, tres de espalda, y otros tres de pecho, fornido de brazos y piernas, la pantorrilla gruesa y bien hecha al modo de su talle, el vacío de la pierna delgado, de tal manera, que jamás pudo gastar bota de cordobán justa, si no fuese de gamito de Flandes; calzaba trece y mas puntos de pié, y era tan bien trabado, rehecho y doble, que no se echaba de ver su altura: el color moreno cetrino, los ojos grandes rasgados, lo blanco de ellos con algunas fibras de sangre, de espantable aspecto; usaba la barba crecida y peinada, y alcanzaba grandísimas fuerzas: cuando miraba enojado parece que le salia fuego de los ojos; era súpito, valiente, determinado, enemigo de mentiras; trataba bien á sus criados, especialmente á aquellos que lo merecian: por poca ocasion tenia á un hombre preso veinte años, dándole allí de comer: cuando se enojaba denostaba á los suyos, tratándolos mal de palabra; pero despues de quitado el enojo le pesaba de lo que les habia dicho, y les pedia perdón, diciendo: « Que no era mas en su mano, y que la cólera le hacia perder los límites de la razón. » Era grande hombre á caballo, usaba siempre la brida, y parecia en la silla un peñasco firme; cada vez que montaba hacia al caballo temblar y orinar; entendia bien cualquiera suerte de freno: su vestido de monte era pardo y verde y morado; las botas que calzaba habian de ser

blancas y abiertas, abrochadas con cordones : era larguísimo gastador, y tenia cuatro despensas de gran espendio, una en Velez el Blanco, otra en Velez el Rubio, otra en las Cuevas, y otra en Alhama : era muy sabio y discreto, estremado en burlas y en veras : tenia de costumbre oír misa á la una del dia y á las doce, de suerte que los capellanes no le podian sufrir : comia una sola vez al dia, y aquella comida era tal, que bastaría para satisfacer á cuatro hombres por hambre que tuviesen : en la comida no bebia mas de una vez, mas aquella buena, de agua y de vino muy templado, y esto al acabar. Negociaba de noche, y así se iba á dormir cuando los otros se levantaban ; andaba siempre con su capa cobijada á las espaldas, espada y daga ceñidas, y esto era tambien de noche. Por el dia se ocupaba principalmente en tirar al blanco, ora con escopeta, ora con ballesta, y en cuerpo gentil : si era verano, siempre sin gorra, y si invierno con un sombrero de monte muy respunteado. Era gran justador y torneante, desembarazaba con gran fuerza una caña, de manera que si daba en la adarga la aportillaba : muy amigo de llevar una pluma pequeña al ladó, y parecia muy bien á caballo, de tal suerte que se conociera entre cien hombres : tenia de espaldas mas hermoso ver que por delante, y cuando salia á pié en compañía de otros, sobresalia entre todos ; teniendo armados el cuello y cabeza parecia estremadamente bien. Entre mil hombres que se hallara semejava ser señor de todos ellos por la gravedad de su persona y ahidalgado talle. Estando una vez en la marina acompañado de mucha gente de á caballo y de á pié, saltó en tierra el capitan de una galeota, y llegando adonde estaba el marqués miró á todas partes, tanto á los de á pié, como á los de á caballo ; y aunque entre unos y otros habia hombres de mucha gravedad y buen aspecto, se fué al marqués, y le dijo : « Tú eres el señor de toda esta gente ; » de lo cual se maravillaban todos. Se halló muchas veces en escaramuzas y peleas con los turcos, y en la batalla de Porman alanceó por su mano á mas de cincuenta de ellos : siempre tiraba el golpe de revés, y llevaba la lanza atada á la muñeca del brazo con un grueso cordon de seda verde ; sus armas eran finísimas. Peleando una vez en Cartagena con los turcos, que vinieron sobre ella mas de dos mil, fué herido de un balazo en una espalda, quedando abollada el armadura, y no pasada, por ser muy firme. La lanza que llevaba era tal, que un criado suyo haria hartó en llevarla al hombro ; y el marqués la meneaba como si fuera un junco delgado. En la accion que dècimos de Cartagena un renegado le conoció en la batalla, y dijo en voz clara, que todos oyeron : « Aquí está el marqués, no podemos saquear á Cartagena. » Era tanta la fama del marqués, que en el real palacio de Argel le tenian pintado, armado con una lanza en la mano, y en la punta de la lanza clavada la cabeza de un turco : del mismo modo le tienen retratado en Constantinopla, y así lo está tambien en Cartagena en una sala de la casa de Nicolás Garri : finalmente el marqués era gran señor y valeroso. Fué muy amigo de toda caza, y tenia muchos perros y aves de volatería ; muy aficionado tambien á tener buenos caballos. Cuando habia de ir á monte, aguardaba á que hiciese mal tiempo, como que nevase, lloviese, ó hiciese grandes

aires; y esto por hacer á sus gentes robustas como él lo era. Volviendo ya, pues, á lo que hace mas al caso, que es seguir la historia de la guerra, recordaremos como el campo del valeroso Fajardo iba marchando con sus banderas tendidas la vuelta del rio de Almanzora, y que llevaba Lorca la vanguardia, Totana, Alhama y otros lugares llevaban la batalla, Caravaca, Cehegin y Mula con el marqués la retaguardia; y que al salir con gran concierto de los Velez, un caballero, hijo bastardo del marqués, llevaba el estandarte, hasta que despues le tomó Benavides, caballero principal.

Llegó el marqués con su campo á la boca de Oria, que es un paso muy peligroso y estrecho; de allí pasó á Uleyla de Purchena, y atravesando la sierra de Filabrés vino á parar á Tabernas, que es un lugar grande, á cuatro leguas de Almería: á los moros de este lugar los monfis les habian hecho levantar por fuerza, y cuando el marqués llegó allí no pareció ninguno, antes todo el lugar estaba saqueado y medio quemado, y la iglesia destrozada y abrasada, que era cosa de grande compasion ver tan brava ruina. Aquí tuvo el marqués noticia de que los moros habian hecho grande daño en Guecija, y quemado un rico convento de frailes agustinos, matando á todos los que estaban en él; de lo cual muy enojado partió al punto de Tabernas con ánimo de castigar á los que habian hecho aquella gran maldad; y llegando á Terque, que es un lugar cercano de Guecija, halló gran multitud de moros, los cuales así que supieron la venida del marqués se retiraron á Guecija, por estar cerca de la sierra, y determinaron aguardarle allí, y hacerle resistencia. Luego que supo que los moros le esperaban, partió á Guecija para darles batalla, y puesto en órden su campo, fué marchando hasta llegar junto de ellos: estos estaban formados en escuadron, como mejor habian sabido ordenarse, y preparados á resistir. Ahora conviene dejarlos al tiempo de romper, para decir algo del marqués de Mondejar, á quien dejamos próximo á dar batalla á los moros de las Albuñuelas; y antes, por no perder el estilo, diremos un romance de la salida del marqués de los Velez á los rios de Almanzora y Almería.

Apriesa estaba leyendo
Una carta de rebato
El famoso don Luis,
Que ha por renombre Fajardo;
El que es marqués de los Velez,
Y de Murcia adelantado:
De la ciudad de Almería
Le ha venido aquel recado,
Que el obispo se le envia:
«Luego saliese aprestado
Con sus armas y sus gentes,
Y lleve campo formado,
Atento que ya los moros
De todo aquel obispado
Se han levantado de guerra,
Y que hacen muy grande daño;
Y que abrasan las iglesias,
Y despedazan los santos;

Y pues es fuerte caudillo
Y frontero del estado,
Reino granadino moro,
Que salga como esforzado
Y valiente capitan
A remediar tanto daño.»
La carta aun no habian leído
Cuando un correo le ha entrado
Que el gran Felipe le envia
Con otro nuevo mandato:
Que salga contra los moros
Que se habian rebelado.
Luego el valiente marqués
Con valor acostumbrado
Convoca todas las gentes
De todo el reino murciano,
Que apriesa y con todas armas
Vengan donde está aguardando,

En la su villa de Velez,
 El que decian el Blanco.
 Todo el reino se ha movido
 A cumplir este mandato,
 Y con deseo de guerra
 Cada pueblo se ha alistado.
 De Caravaca han salido
 Bien cuatrocientos soldados;
 Con ellos Juan de Leon
 Por capitan señalado,
 Y por sargento mayor
 Fué Andrés de Mora nombrado,
 Por ser soldado y valiente,
 En lo de Flandes hallado.
 De Cehegin han salido
 Otros ducientos soldados;
 Su capitan es Carreño,
 Hombre en guerras avisado.
 Francisco de Melgarejo
 De Mula salió alistado,
 Fuerte villa del marqués,
 Y la mejor del reinado:
 Trescientos soldados lleva,
 Todos ellos hijosdalgo,
 De su noble fundacion
 Conocidos y nombrados;
 Y de Totana salieron
 Por un padron alistados
 Ducientos hombres de guerra,
 Y todos muy bien armados:
 Juan de Mora es capitan
 De este escuadron tanpreciado.
 De Alhama salieron ciento
 No menos aderezados;
 Soldado es su capitan
 Pedro Cayuela nombrado.
 De Murcia la noble y franca
 Casi salió un grueso campo
 De valerosos guerreros,
 Lucidos y bien armados.
 Con mas braveza que el sol
 Cuando mas hieren sus rayos,
 Tres capitanes salieron
 Caballeros esforzados:
 Uno es Alonso Galtero,
 De valor aventajado;
 El otro es Nofre Ruiz,
 Buen soldado y buen hidalgo;
 El otro don Juan Pacheco,
 Y aqueste era de á caballo,
 Hombre de suerte y valor,
 Que lleva de Santiago

La roja señal al pecho
 De aquel famoso lagarto.
 De Lorca salió una tropa
 De un escuadron esmerado
 De mil hombres valerosos,
 Y todos muy bien armados:
 Seis valientes capitanes
 Salieron en este campo;
 Juan Quiñonero es el uno,
 Del marqués muy allegado;
 Es el otro Juan Mateo,
 De Guevara intitulado:
 Es Alonso del Castillo
 El tercero en este grado;
 Juan Felices Duque es otro,
 Bien conocido y nombrado;
 Hernan Perez de Tudela
 Es el quinto, buen hidalgo;
 Es Adrian Leonés
 El sexto que se ha contado;
 Llamábase el del Alberca,
 Porque la tenia al lado:
 Todos estos con la gente
 Salieron de muy buen grado
 Para servir al marqués
 Que los estaba aguardando;
 De Murcia y demas lugares
 Tres mil hombres se han juntado.
 Con estos el buen marqués
 Sale de Velez el Blanco;
 Mas al tiempo de salir
 Murcia y Lorca se han trabado
 Sobre llevar la vanguardia
 En el campo concertado;
 Y don Juan los apacigua,
 Por ser maestro de campo,
 Que este dia vayan juntas
 Las banderas que he contado
 De Murcia y Lorca famosas;
 Y esto siendo averiguado
 Sale el campo, y nunca para
 Hasta aquel rio nombrado
 Que le dicen de Almería,
 Y que aquí hizo alto,
 Porque en Guecija se hallan
 Muchos moros aguardando,
 Para darles la batalla
 Al marqués y sus soldados.
 El marqués pone sus tropas
 Con gran concierto y cuidado,
 Para romper con los moros,
 Como oiréis en otro cabo.

CAPITULO V.

En que se pone un reencuentro que el marqués de Mondejar tuvo con los moros de las Albuñuelas, y otras cosas que sucedieron; y cómo el Maleh dió un terrible asalto á los moriscos de Cantoria, y cómo los moriscos se defendieron.

Llevamos dicho en el capítulo tercero, que el marqués de Mondejar salió con un crecido y lucido campo, adornado de valerosos capitanes, soldados andaluces, y especialmente de una gallarda compañía de gente cordobesa, la cual llevaba por capitan á don Diego de Argote, caballero muy principal y de esclarecido linage, descendiente de los antiguos romanos. Además de este llevaba el marqués otro capitan de singular valor, llamado don Luis Ponce de Leon, de la antigua casa de los duques de Arcos, cuya clara estirpe procede de Leon de Francia. Esta ciudad tiene por armas un leon, en memoria de su fundador Faramundo, duque de Franconia, é hijo de Marco Miro, príncipe de Alemania. Los antepasados de los caballeros Ponces fueron reyes de Gericá, y señores de la casa de Villagarcía: las barras sangrientas de su escudo en campo de oro fueron ganadas por la punta de la lanza, y dadas por grandeza de la misma mano del rey de Aragon, bañadas en sangre del mismo Ponce, arrastrando la mano por el escudo dorado, y diciendo: « Estas serán tus armas, ganadas con tanta gloria; » y dejó allí sobre el escudo dorado las señales de los cuatro dedos sangrientos. Así estos caballeros llevan su escudo hecho dos cuarteles; en el uno su antiguo blason del leon rapante, y en el otro las barras de Aragon rojas en campo de oro; blason por cierto de mucha nobleza. Mas dejando aparte todo esto, que no corresponde á nuestra historia, diremos que el marqués luego que llegó á las Albuñuelas, mandó echar un bando para que ninguno hiciese daño en los lugares ni á los moriscos, so graves penas; y hacia esto con el fin de llevar el caso adelante por bien, y no por mal. Pero los moros de todos aquellos contornos, escarmentados del mal notable que los cristianos les habian hecho, bajo el título de paces, no curaron sino de ponerse en defensa, y dieron con mucha braveza en los cristianos, haciendo mucho estrago. Viendo estos la resistencia de los moros, que era la cosa que ellos mas deseaban, sin aguardar orden del marqués, dieron en ellos valerosamente. El moro Gironcillo, valeroso capitan, mató á mas de treinta soldados del marqués; de lo cual muy indignados los cristianos apellidaban *Santiago* con mayor ahinco, y hacian mucho daño en los moros. Pero Gironcillo no disparaba tiro de que no matase hombre, porque era grandísimo tirador de escopeta, habiéndola usado mucho tiempo siendo montero del marqués; y si toda la gente morisca fuera como él, y tuviera las armas que él tenia, no quedára un hombre vivo de la parte contraria. El bravo Zarrea, viéndose empleado en esta ocasion que tanto deseaba, hacia maravillas contra los cristianos; y viendo los moros an-

dar tan bravos á estos dos capitanes suyos , peleaban desesperadamente ; unos con arcabuces , otros con ballestas fuertísimas de palo , y otros con otras hechas de hierro ; otros á pedradas con crueles y crujidoras hondas , soltándolas con tanta violencia , que do quiera que alcanzasen hacian mucho daño ; otros arrojaban agudos y amolados gorguces , otros desgalgaban grandísimos peñascos ; y no eran solo los moros los que hacian esta cruel defensa , sino que las mugeres tiraban tambien gran cantidad de piedras , y hacian gran daño en las banderas cristianas . De otra parte los cristianos iban arcabuceando y matando á muchos moros : los unos decian *Santiago* , los otros *Mahoma* , *Mahoma* , *libertad* , *libertad* ; y así anduvo la batalla por grande espacio de tiempo reñida , de tal forma , que si los moros se hallaran armados , el marqués y su gente corrian gran peligro . Mas como en esta parte los cristianos les llevaban gran ventaja , y estaban deseosos de acometer aquella empresa , entraron bravamente sin aguardar orden de sus capitanes ; y viendo los moros tanta gente tambien armada dar contra ellos gritando *Santiago y cierra España* , no osaron aguardar aquella sangrienta furia , y desamparando la batalla , se fueron á todo huir la vuelta de las Guajaras , que eran lugares fuertes , dejándose las Albuñuelas desamparadas , y dando ocasion á que los cristianos se detuvieran allí el tiempo que quisieran saqueándolas . Hiciéronlo sin embargo á despecho del marqués , y tomaron cautivas á muchas moriscas , mozas y niñas . Retirándose los moros , y pasando la puente de Tablate , muy antigua y nombrada , la rompieron y hundieron para que los cristianos no pudiesen pasar adelante . El marqués permaneció en las Albuñuelas dos dias , aguardando que los moros vinieran con algun mensaje de paz ; lo cual no hicieron , antes por el contrario redoblaron sus escuadrones en las Guajaras , y se fortalecieron bravamente . Luego que lo supo , movió su campo , y llegando al puente de Tablate , como ya le halló rotpido , le pesó mucho , y mandando hacer alto , dió orden de repararle para facilitar el paso , porque no habia otro mas que aquel , entre las alturas y fragosidad de las sierras , que de una y otra parte levantadas , dejaban una profunda rambla , por la que forzosamente se habia de pasar . Ahora dejaremos aquí al marqués y á su campo dando órdenes para allanar este paso , y hablarémos del reyecillo , que estaba muy acompañado de gente de guerra , toda valerosa . Sabiendo este que el marqués de Mondejar habia llegado á las Albuñuelas y que habia tenido aquel reencuentro con su gente , la cual se habia retirado á las Guajaras , punto fortificado por la naturaleza , mandó al capitan Zarrea que se mantuviese allí firme , y para mayor seguridad de aquel presidio envió cien turcos y mas de mil monfis , todos bien aderezados de armas . Hecho esto así , é informado de que el marqués de los Velez habia salido de sus tierras y estaba en Terque próximo á dar batalla á los del rio de Almería , al punto despachó al capitan Maleh , quien con mil soldados de los suyos diese en Cantoria y la tomase , forzando á los moriscos de allí á levantarse , así como tambien á los de Oria , el Box , Pataloba y todos los demas lugares del marqués . El valeroso Maleh se puso luego en camino á la vuelta de Cantoria , y tomando en Purchena mucha gente armada ,

llegó á dicha villa, y no quiso darla combate, sino procurar antes por buenas palabras que se levantase. Los de Cantoria, teniendo aviso de la venida del Maleh, cerraron las puertas, y estaban bien apercebidos, con designio de mantenerse firmes y leales al rey y al marqués, su señor. Llegó el Maleh con todo su campo, y alojado muy cerca de la villa, él con otros quince soldados se arrimaron á la muralla, llevando en la punta de la lanza una bandera blanca en señal de paz. Dos hombres principales de Cantoria que habian sido nombrados capitanes por su valor, puestos de pechos encima de la muralla con otra bandera blanca, preguntaron al Maleh, qué buscaba, ó qué queria de Cantoria. Este conociendo muy bien á los dos capitanes, llamado el uno Avenaix y el otro Almozaban, varones de mucho valor y cuerdos, les habló de esta manera :

Razonamiento del capitan Maleh al capitan Avenaix de Cantoria.

«Avenaix, valiente, fuerte y grave, de esclarecida sangre producido; y tú, Almozaban, deudo de Mahoma, de Fátima su hija descendiente, como demuestran claros documentos, estad atentos bien á lo que digo, pues de ello alcanzaréis inmensa gloria, y dulce libertad para vuestra patria. Muy bien sabeis, varones esforzados, las causas principales de la guerra del reino granadino y de sus gentes contra los cristianos, por los agravios, demasías, y males que nos causaban, haciéndonos pagar mil tributos injustamente, y no contentos con esto quitándonos las armas, imponiéndonos gravísimas penas en caso que las hallasen dentro de nuestras casas y pueblos, vedándonos tener caballos y esclavos de que nos podamos servir, y asimismo privándonos de nuestro trage y propia lengua, cosa por cierto dura é insufrible. Y así queriendo Alá sacarnos de tanto ahogo, provocó á todo el reino granadino la indignacion que muestra contra el injusto y bárbaro bando cristiano, para que defienda con las armas lo que es tan justa razon que se defienda. Ya tenemos de Argel buen socorro, y esperanzas de otro mayor, que el Gran Señor nos enviará pronto; de modo que con esto, y poniéndose todo el reino sobre las armas, como ya lo está, á escepcion de los lugares de Fajardo que se mantienen temerosos de su señor, podremos sojuzgar á toda España, poniéndola debajo de nuestras leyes. Así para este fin el rey me envia ahora á aquesta vuestra villa, y que os dijese obedezcais luego sus provisiones, deis favor y ayuda á sus banderas, y os mostreis buenos vasallos suyos estando en su gracia; por lo que os promete hacer mercedes grandes, como es justo se hagan á los pueblos que le siguen; y donde no, amenazaros con el castigo que sería luego sobre vosotros, viniendo á derribar vuestras murallas con fuego cruel, y haciéndoos pasar por cruda muerte. A esto soy venido, y holgaria, valiente Avenaix, que de buen grado hiciéseis lo que el rey manda, pues ofrece mercedes y amistad con ruego humilde.» Aquesto dijo el capitan Maleh á aquellos dos valientes capitanes que estaban en los muros de Cantoria, y aguardó la respuesta de su parte, poniendo allí en su habla gran silencio. El buen Avenaix estuvo muy atento á todo cuanto el Maleh habia dicho, y se maravilló de

su decir y de su venida en aquel caso; pero como hombre de mucho valor, que tenia prometido ser fiel y leal al rey Felipe y á su señor el marqués, no haciéndoles traicion, sino antes morir, respondió al Maleh de aquesta suerte :

Respuesta del capitán Avenaix al Maleh.

« Muy atento he estado, Maleh, á todo cuanto has dicho, y me maravillo mucho del grande yerro en que estais tú y los demas, que tan ligeramente seguís una guerra tan injusta y difícil, sin cimiento alguno en que apoyaros. ¿ Por ventura pensais que el rey de Castilla y de España no tiene bastante potencia para humillar las flacas banderas que inconsideradamente levantais contra él; y entendeis que aunque el Gran Turco viniera, como decís, con todo su poder, prevaleceria contra el gran valor suyo y el de sus españoles? ¿ No considerais, desventurados de vosotros, que el rey Felipe de España tiene ya sojuzgado todo lo mejor y mas florido del mundo, y que no han sido parte las remotas Indias con estar tan apartadas y ocultas para impedir que las sujetase? ¿ No sabeis que tiene puesta á toda Italia debajo de sus piés, y que aun dentro de la fertilísima Africa y el mar Líbico tiene presidios respetables y castillos fuertes, á pesar del Gran Turco y de toda la morisma? Pues si esto es así ¿ cómo vosotros y ese reyecillo que te envia pensais prevalecer contra un poder tan grande come el de Felipe, no teniendo otras fuerzas que las nevadas sierras y las oscuras cuevas de que os pensais valer? Muy errados y perdidos vais fuera de toda luz: peleais por libertad, y dais en mayor cautiverio; andais perdidos por las sierras, arrastrando á vuestras mugeres é hijos, muertos de hambre, y sujetos al frio, y al fin puestos en manos de los turcos, que os hacen mil deshonoras, y las teneis que sufrir porque no os desamparen: y al cabo ellos y vosotros acabaréis de infame muerte, y los que sobrevivan cautivos, y sus haciendas perdidas. Me duelo de los hijos pequeños que se han de ver sin madres; me duelo de las madres que han de verse sin hijos y sin maridos; y me duelo de vosotros que os habeis de ver sin hijos y mugeres, y sin bienes, repartidos y desterrados por agenas tierras y provincias. ¡ Cuántas lágrimas han de ser derramadas por la gente granadina! Las madres han decir: ¡ ay, hijos míos! y los hijos dirán: ¡ ay, madre mia! ¡ Cuántas veces volveréis los ojos hácia vuestras tierras, y no viéndolas esclamaréis suspirando: ¡ ay Dios, ay tierras mias! ¡ Cuántas veces habeis de echar menos vuestras casas, vuestras haciendas, tantas frescuras, tan dulces aguas, tan abundantes frutas, tanta perla, tanto aljofar, y tanta riqueza! ¡ Cuántas veces vuestras zambras, leylas, y bodas hechas á vuestra usanza! Pero de lo que mas me duelo es, de que hayais dejado la fe de Cristo, y habeis cometido con vuestras manos mil sacrilegios, robando injustamente las ropas y ornamentos de las iglesias, sus vajillas de plata y oro, y hecho pedazos las campanas; todo lo cual ha de ser parte para que Dios os dé crueles castigos, enviando cristianos que venguen ofensas tuyas tan grandes. Vete, Maleh, y dile al rey, que esta tierra no es para él, ni de ella

tenga esperanza : dile lo que llevo dicho , y que hará mejor de allanarse y pedir perdon al rey , que no seguir sin provecho ni esperanza una guerra tan injusta ; y si no te quieres ir , haz lo que quisieres ; si quieres batalla te la daremos , y si no tenerla , está en tu mano para que escojas lo que mas te cumpla , que para todo nos hallarás dispuestos. »

Esto respondió el buen capitán Avenaix al Maleh , quien , habiéndolo oído , se retiró afuera , y quitando la bandera blanca de la lanza , le dijo : « Ahora verás , capitán de Cantoria , lo que pienso hacer , pues mala cuenta daría yo al rey si no hiciera lo que me ha mandado. » Con esto se llegó á su gente , y poniéndola en orden , mandó que Cantoria fuese combatida por tres partes , como luego se hizo , con tanta valentía y estruendo , que parecia hundirse el mundo. Los sitiadores y los sitiados estaban todos muy bien armados ; y así desde el principio se mostró la batalla sangrienta , habiendo de entrambas partes muchos heridos , aunque mayor número de la del Maleh , porque los de Cantoria herian á su salvo , estando tras de las almenas , y tirando por saeteras : llovía tanta piedra sobre los del Maleh , que era cosa de maravillar , y el ruido del combate era tal , que se oía en Purchena y en todos los lugares de aquel rio. Bien quisieran los cristianos de la fuerza de Oria salir al socorro de Cantoria , discurrendo lo que aquello podia ser , y aun teniendo luego aviso de lo que pasaba ; pero dejaron de hacerlo por temor de que se levantasen los moriscos , y tambien porque no quedase sin guarnicion la fuerza de Oria , y á peligro de perderse. Tres veces se retiró el Maleh con su gente maltrado , y otras tantas tornó á acometer por salir con su porfía ; mas era inútil su afán , que mientras mas combatía , mayor resistencia hallaba en los de Cantoria. El punto adonde mas se acercaba el Maleh era la puerta principal de la villa , porque ganada esta todo estaba llano , y por lo mismo acudía allí la mayor defensa y resistencia del lugar : de este punto estaban encargados muchos cristianos viejos , vecinos de la villa , que le defendían con sus armas muy valerosamente , y hacían á los moros notable daño. Entre estos cristianos habia allí uno anciano , hidalgo , llamado Fernando de Almodovar , hombre valeroso. Era descendiente de los Almodovares de Murcia , y deudo de ellos muy cercano ; y aunque él , su padre y abuelo fueron casados con cristianas nuevas , no por eso perdieron su nobleza ni el uso de llevar sus armas , siendo cristianos viejos , conocidos por tales. Este Almodovar , pues , y otros once cristianos , hicieron maravillas en esta batalla contra el bando del Maleh ; y ya que hemos nombrado al don Fernando , será justo tambien no dejar en olvido á los demas cristianos viejos que se hallaron con él , pues no con menos valor defendieron la villa de Cantoria. Estos fueron el beneficiado Gomez , el beneficiado Juan Maesso y dos sobrinos suyos , Francisco Sanchez , Bartolomé Garcia , Francisco Lozano , Pedro de Tortosa , hijo del alcaide de Oria , Francisco de Caicedo , Luis de Cárdenas , Pedro de Valquenenda , de Cartagena , y Pedro Martinez , de Cartagena ; todos hombres de mucho valor , y que así lo demostraron en este dia. Verdad es que los de Cantoria no estaban tan bien armados como los del Maleh ; mas con todo eso este quedó muy maltratado por

las piedras y otras armas arrojadas que llovieron sobre su gente; y como viese que era vana su pretension, mandó tocar la retirada, y alzando banderas de paz se llegó él mismo á la muralla pidiendo que le diesen ciertas moriscas que habia enviado allí el marqués de Velez, y ofreciendo que se iria sin combatir mas la fortaleza. Los de Cantoria, por no ser combatidos y puestos en necesidad, sabiendo que si el Maleh insistia allí muchos dias habian de pasarlo mal, acordaron de darle las moriscas que pedia. Estas las hubo el marqués de Velez así como llegó á Terque, antes de dar la batalla en Guecija, porque muchos soldados derramados sin órden entraron en algunos lugares, los saquearon, y se las trajeron; pero el general se las quitó y las envió á Cantoria para que estuviesen allí guardadas. El Maleh, recogidas las moras, se retiró inmediatamente en aquella noche. Los de Oria, que se mantenian dudosos sobre acudir con socorro á sus amigos de Cantoria, se decidieron á hacerlo poniéndoles ánimo don Luis Fajardo, hijo bastardo del marqués de Velez, aunque muchacho de doce á trece años; y así dejando á buen recaudo la fuerza, salieron lo mejor armados que pudieron, y andando toda la noche llegaron á la villa de Cantoria al amanecer. Pensaban hallar allí al enemigo, y cuando vieron que ya se habia retirado, entraron en la villa, maravillados de la brava resistencia que habia hecho, y del gran número de muertos que dejaba el enemigo tendidos por aquellos campos. Pasado allí el dia, los de Oria, recelando que el Maleh fuese á su pueblo y le levantase, se volvieron allá en la misma noche; pero aquel, al ver que Cantoria se habia defendido tan valerosamente, muy enojado de su desaire, dió contra los lugares del marqués, y los hizo levantar por fuerza. Estos eran Partolaba, el Box, Alboreas, Alvanchez, Yumuitini, Venitagla, y otros cercanos. Sabiendo luego el Maleh que los de Oria habian acudido al socorro de Cantoria, indignado de ello, se puso sobre la villa con diez mil moros bien armados, la tuvo muchos dias cercada, y les quitó el agua, interceptando el uso de una fuente que está cerca de la poblacion. Los de Oria enviaron á pedir socorro á Lorca, y esta ciudad le envió al instante, juntándose con el que tambien envió Huescar. El Maleh luego que tuvo noticia del socorro levantó el sitio, y se fué á Purchena, que era su presidio. Oria sacó gran partido de unas piezas de campaña que estaban en la fortaleza, pues con ellas hizo mucho mal al Maleh y á su gente; el cual escribió al reyecillo todo lo que pasaba así como llegó á Purchena. El reyecillo le respondió que se rehiciera con mas gente para tornar sobre Cantoria, y no levantar el cerco hasta tomarla. Con noticia de esto los vecinos de aquella villa enviaron á pedir socorro á Velez el Blanco, á Lorca y á Vera: pero como Lorca estaba despoblada por tener toda su gente en la guerra, no pudo prestarle, y los de Vera, habiendo oido que el reyecillo queria ir sobre ellos, tampoco osaron enviarle. De Velez no habia quien fuese, y así convino á los cristianos de Cantoria abandonar el puesto y marcharse á otra parte, esperando lo que el tiempo proveyese. No pasó mucho sin que el Maleh volviera á presentarse allí con mas de diez mil hombres; y viendo los de Cantoria el gran poder que

traía, y que no podían ser socorridos de los cristianos, determinaron entregarse; lo cual sintió mucho el marqués de Velez, sabiendo el daño que de allí podía venir á los cristianos de todas aquellas cercanías. Por esto que hizo el Maleh en la toma de Cantoria se compuso el siguiente

ROMANCE.

Con tres diversas banderas
De Purchena se ha salido
El valeroso Maleh
Llevando un campo crecido.
La una bandera es roja,
Y la otra de amarillo,
La otra es azul y blanca,
Pintado en ella un castillo.
La vuelta va de Cantoria,
Que lo manda el reyecillo,
Y obedécele el Maleh
Como á su rey y caudillo.
Cantoria cuando lo sabe
Se apercibe á resistirlo.
Llegado habia el Maleh,
Y por bien ha pretendido
Que se le entregue la villa,
Y no puede conseguirlo,
Que el valiente Avenaix
Lugar no dió á tal partido.
El Maleh con grande enojo
Viéndose así despedido,
Mandó combatir la fuerza
Con gran furor y ruido.
Por tres partes la acomete
Con braveza y alarido;
Mas defiéndese Cantoria
Con esfuerzo muy crecido.
Muchos matan del Maleh,
Y otros muchos le han herido;
Le conviene retirarse
Por no verse allí perdido:
Tres veces les diera asalto,
Mas siempre fué resistido.

Con gran pesar el Maleh
Se retira aborrecido:
Pide le den las mugeres
Que el marqués allí ha traído,
Y les quitará aquel cerco
Con que los tiene oprimidos.
Los de Cantoria las dan
Por no ser mas afligidos;
Y el Maleh se parte luego
Muy enojado y corrido
Por no salir con su intento,
Y á lo que habia venido.
Los cristianos con temor
De Cantoria se han salido;
Los demas piden socorro,
Mas nunca les fué venido.
El Maleh se pasó á Oria,
Y muy poco le ha valido,
Porque la vino de Lorca
Un socorro muy lucido.
El Maleh se ha retirado,
Y al reyecillo ha escrito
Lo que le pasó en Cantoria,
Y lo poco que ha podido.
El reyecillo le manda
Que con campo mas cumplido
Revuelva sobre Cantoria,
Y cumpla lo prometido.
Mucho tiempo no pasó
Que Cantoria no se vido
Del Maleh otra vez cercada
Con poder engrandecido.
Cantoria se entrega luego,
Que socorro no ha tenido.

CAPITULO VI.

En que se pone un reencuentro que el marqués de Velez tuvo con los moros de Guecija, y lo demas que pasó.

Ya dijimos como el valeroso Fajardo, marqués de Velez, llevó su campo al rio de Almería, y tomó un lugar llamado Santa Cruz, muy cercano de otro abundantísimo de todo, llamado Guecija. En Santa Cruz se detuvo un dia y una noche para tomar lenguas de lo que pasaba por aquella tierra: en este tiempo algunos soldados codiciosos de robar salieron sin orden á

los pueblos comarcanos, y cumplido su designio en algunos de ellos, tomaron muchas moras; pero no pudieron hacerlo tan de secreto, que no lo supiese el marqués, quien les quitó las moras con todo lo demas que habian robado, y mandó que á estas las llevaran con escolta á la fuerza de Cantoria, y allí las custodiasen, como atrás hemos ya dicho. Sabiendo, pues, el marqués que en Guecija estaban aguardándole mas de diez mil moros, mandó que el campo se moviese hácia allá. Los moros estaban en lo alto, y luego que vieron que los cristianos principiaban á subir, les acometieron, dando grandes alaridos. En este dia las banderas de Lorca llevaban la vanguardia, y se trabaron valerosamente en cruda batalla con los moros: estos eran muchos, y aunque no muy bien armados, defendian la subida de aquellos olivares con tanto denuedo, que las banderas de Lorca no podian vencerlas sin mucho trabajo. Tampoco la caballería podia subir, porque los moros tenian atajados todos aquellos pasos y caminos con muchas empalizadas y faginas hechas de ramas de olivo y otros árboles, y ademas de esto habian soltado una grande acequia de agua que cubria toda la huerta; de forma que caballeros y peones andaban con esto muy embarazados, y no podian obrar á su voluntad. Como los moros sabian los pasos y veredas, sacaban gran partido tirando piedras con hondas y otras armas arrojadizas, supliendo la escasez de arcabuces que experimentaban; y así con pocas y débiles armas llovian moros por todas partes, haciendo gran resistencia. Visto esto por el marqués, mandó salir á las banderas de Caravaca y Cehegin que iban de batalla, y movieron á toda priesa, llevando gran ruido de arcabucería. Sin embargo siendo los moros mas de diez mil, y todos deseosos de pelear, parecia que el diablo les ayudaba, pues por mas descargas que hacian contra ellos los cristianos, apenas derribaban á ninguno muerto: de esta manera iban los cristianos ganando la costa poco á poco, y á proporcion los moros retirándose, y peleando maravillosamente. Era tanta la humareda de la pólvora, que no se veian los unos á los otros, especialmente en aquella huerta; y conociendo el marqués que la batalla andaba confusa, y se dilataba la subida, receloso de que el reyecillo tuviera lugar para acudir con mas de quince mil hombres que le acompañaban, mandó dar el *Santiago* general, al cual luego correspondieron Lorca, Totana, Alhama y todas las demas banderas, y comenzaron á subir á los olivares por donde cada uno mejor podia. Muchos soldados acudieron á abrir paso por los caminos interceptados, y deshaciendo las trincheras que los moros habian hecho, lograron que los caballos pudieran subir hasta la altura mayor del olivar. Como vieron los moros todo aquel tropel del campo del marqués puesto en movimiento, y apellidando *Santiago*, se retiraron al lugar, peleando siempre como valientes; pero las banderas de Lorca se dieron tanta priesa, que no les dejaron tiempo para poder parar allí, ni hacer resistencia; y reconociendo que no podian defender el lugar ni las mugeres, se retiraron mas adelante por la vuelta de la sierra que estaba cerca. En este tiempo las banderas de Caravaca llegaron con tanta fuerza y presteza, que los moros principiaron á huir, y los caballos iban en su seguimiento, hiriendo

y matando á muchos de ellos. Llegando los moros á la sierra, ya no pudo la caballería seguir el alcance; mas la infantería los persiguió, haciendo mayor destrozo, aunque los moros peleaban como leones. Duró esta batalla hasta muy tarde, que el marqués mandó tocar á recoger, así á la caballería, como á la infantería: luego fué saqueado el lugar, aunque contra la voluntad del marqués. Se hizo grande presa, principalmente de mugeres moras y de muchachos, de lo cual don Juan Fajardo, hermano del marqués, que iba por maese de campo, llenó bien las manos, quitándoseles á los soldados aquello que con tanto peligro habian ganado. Tenian concertado de antes que las moras y la presa que se tomase deberia repartirse entre la gente de guerra; mas el marqués no lo hizo así, sino que mandó luego juntar á todas las moras y muchachos, y que se los llevasen con escolta á los Velez, á la villa de Mula y á Cantoria, para que allí los custodiasen, sin darles nada de esto á los soldados de su ejército: lo cual causó en ellos tanta cólera y enojo, que juraron todos, que de allí adelante no habian de dejar vivo moro ni mora, muchacho ó niño que pillaran, y que todo lo habian de llevar á fuego y sangre, como en efecto lo cumplieron, segun diremos mas adelante. Los moros, muy lastimados de hallarse metidos en la sierra, sin haber podido defender á Guecija, se reunieron en Felix, que estaba cerca de la mar, y allí habia junta la gente de cuatro ó cinco lugares, con muchas moras, muchachos y niños, y todos determinaron aguardar al marqués en aquel punto para darle la batalla. Mas ¿qué les valia á estos miserables su grande ánimo, no teniendo armas, cuando el marqués contaba en su campo siete mil hombres de pelea, tiradores todos y muy bien armados, y cuando cada dia entraba en su real gente nueva de socorro? En este tiempo don García, general de Almería, sabiendo que el marqués de Velez habia vencido á los moros de Guecija, y tomádoles gran presa, determinó ir á Felix para presentar batalla á toda la morisma que estaba allí junta; y así dejando buena custodia en la ciudad, salió de ella con unos quinientos hombres muy bien armados, y alguna caballería, llevando consigo un capitán llamado Villaroel, hombre valeroso y buen soldado. Luego que llegaron á Felix se prepararon para presentar batalla á los moros; pero estos no les dieron lugar, mirándolos con desprecio, y se principió una escaramuza muy recia. Reconociendo don García que los enemigos eran muchos, y que nada podia ganar con ellos, mandó tocar la retirada, y partió luego de Felix con buen orden la vuelta de Guecija, para verse con el marqués, y darle cuenta de la numerosa morisma que estaba allí junta. Como los moros de Felix vieron que los de Almería se retiraban y tomaban la vuelta de Guecija, no quisieron seguirlos por recelo de alguna emboscada, y se mantuvieron quietos aguardando que llegase el campo del marqués. Este estuvo en Guecija algunos dias recibiendo mucha gente armada que acudia á su socorro, y esperando cierta orden de su magestad. Entretanto salia su tropa y hacia grandes correrías por los lugares del rio, robando y talando como tenia de costumbre; de lo cual se indignó mucho el marqués, y así mandó echar un bando para que ningun soldado saliese del real, so pena de la vida. Muchos hubo tambien que sa-

lieron y no volvieron; los unos porque los moros los mataban, y los otros, porque cargados de lo que hallaban, se restituían á Lorca, atravesando con muchísimo peligro tierras de enemigos. Noticioso de ello el marqués, dió aviso de lo que pasaba á las justicias de Lorca y Murcia, previniéndoles que castigaran con rigor á los soldados que así se fuesen, y los obligasen á volver al campo. Las justicias cumplieron exactamente estas órdenes, y por eso temian ya muchos dejar las banderas, y se mantenían en el real, que juntaba al pié de ocho mil hombres, no mal armados. A esta sazón ocurrió que el capitán negro Farax con cien moros principió á hacer gran daño en la tierra de Lorca, matando y cautivando mucha gente por los campos y caminos; y luego que Cantoria quedó por el Maleh entraba con mas seguridad en tierra de cristianos, haciéndose muy nombrado y temido; tanto que desde Vera no se podia ir á Lorca sin escolta, siendo este camino muy necesario. Este Farax tenia su presidio en Curgena, mas abajo de Cantoria, y casi junto al rio de las Cuevas, y habia escogido aquel punto por estar mas cerca de tierra de cristianos, y poder hacerles desde allí con mas presteza todo el daño imaginable. Entró muy atrevidamente en el campo de Lorca, y le corrió por aquella parte de la rambla Nogalte, donde se llama el Esparragal, y allí apresó á unos pastores con mucho ganado, siendo alrededor de las nueve de la noche cuando hizo este salto; mas un pastor mozo, ligero corredor, se escapó, y en hora y media corrió tres leguas hasta Lorca, donde dió el rebato; y habiéndose tocado al arma, se juntaron unos treinta caballeros y sesenta peones bien armados, que anduvieron los restante de la noche, y al romper del alba descubrieron á los moros que se llevaban la presa. No pararon de correr, y los fueron á alcanzar en los olivares de Overa, donde se la quitaron á lanzadas y arcabuzazos. Los moros huyeron, y no pararon hasta Curgena, que era su presidio; pero los de Lorca no osaron pasar mas adelante por no entrar en tierra de enemigos, donde podrian correr gran peligro. En este dia los de Lorca mataron á lanzadas á dos vaqueros ó pastores cristianos, pensando que eran moros. Salieron á correr este rebato el regidor Martin de Leon, Luis Ponce de Guevara, Martin de Lorita, alférez mayor de Lorca, Adrian Leonés de Guevara, y otros muchos hidalgos de la ciudad, hombres de gran valor. Nunca se dió rebato con mayor diligencia, ni que tan buen efecto tuviese, como este que hemos contado.

El capitán negro Farax, enojado y corrido porque los de Lorca le habian quitado la presa y maltratado su gente, volvió á juntar su compañía, y con osadía diabólica habiendo salido de Curgena, y atravesado el campo de Guercal, llegó al puerto de Lorca, donde habia unas heras llenas de mies de trigo y cebada, con muchas parvas trilladas y por trillar, y todo lo quemó el malvado: entre las parvas habia durmiendo algunos hombres, que fueron allí quemados. Luego partió con su gente, y tomando por una rambla abajo, que se dice Guazamara, llegó á la fuente de Pulpi, y estuvo allí algunos dias aguardando gente que transitara de Vera á Lorca; y no tardó mucho en pasar una escolta que venia de Vera y de otros lugares de moros, de hacer los robos y violencias que acos-

tumbraban : los tales soldados venian con mucho descuido, y muy distantes de pensar que hubiese peligro, entendiendo que todos los moros andaban muy ocupados en la guerra por las Alpujarras, y llevaban las armas puestas sobre los bagages : mas así que llegaron á la fuente del Pulpi, el malvado Farax con su escuadron les salió al encuentro entre aquellos espesos lentiscos, y principió la matanza con gran gritería. Los cristianos, que serian unos sesenta, quisieron tomar las armas para defenderse y ofender á sus enemigos; mas estos no les dieron tanto lugar, antes apretando contra la mal apercebida escolta, mataron á la mayor parte de ellos, salvándose solamente los que desamparando el bagage pudieron huir, unos hácia Vera, y otros la vuelta de Lorca. Allí mataron los moros á un fraile mocito de nuestra Señora de la Merced, llamado Fr. Juan Tiruel, cuya muerte fué muy llorada en Lorca, por ser él de allí natural. Este frailecico venia de Vera de comprar algunas cosas para su convento, así como eran pasas, higos y almendras, que vendian los soldados de aquello que hallaban en los lugares de los moros levantados; pues habia hombres que hasta los gatos se traian, las calderas, cedazos, artesas, aspas, devanaderas, cencerros, asadores y otras bajezas semejantes, todo esto por no perder el uso de hurtar. No digo aquí señaladamente quiénes lo hacian, porque en comun todos eran ladrones, y yo el primero : así es, que estas desordenadas codicias fueron causa posterior de muchas muertes de cristianos, como diremos mas adelante. Habiendo hecho este daño, el capitan negro se retiró á toda priesa por la rambla de Guazamara arriba, habiendo visto venir cierta gente de á caballo, y pensando que era mucha; que si no es por esto, se llevara todos los bagages con lo que allí traian. Los de á caballo serian unos seis, escuderos de Vera, que así que llegaron allí y vieron aquel destrozo de hombres muertos, y entre ellos al pobre fraile, se apartaron del camino y comenzaron á dar voces á muchos de los que venian con la escolta, y andaban huyendo por aquellos atochares, hasta hacerles cobrar ánimo; y luego que se juntaron hasta unos treinta, volvieron á recoger los bagages, y se fueron á Lorca, dando aviso de lo que habia pasado. Esto hizo el capitan negro Farax, hombre valiente pero que no pudo alabarse de ello mucho tiempo, porque en aquella misma parte fué desbaratado y muerto él con mas de sesenta de los suyos por la gente de Lorca y Vera. Ahora conviene que volvamos al marqués de Mondejar, á quien dejamos con todo su campo junto á la puente rota de Tablate; y por lo que hemos dicho en el capítulo pasado, se hizo el siguiente

ROMANCE.

El de las verdes ortigas,
 En campo de oro estampadas,
 Sus banderas ya tendidas,
 Ordenadas sus escuadras,
 A los de Guecija moros
 Darles quiere la batalla :
 La noble gente de Lorca
 Le cupo ir en vanguardia ;

De batalla Cehegin,
 Con él los de Caravaca ;
 De retaguardia va el Fuerte
 Con los de Alhama y Totana,
 Y mucha caballería
 De valor aventajada,
 Porque esté seguro el campo
 Con tan firme retaguardia ;

Pues el marqués se recela
 De alguna mora emboscada.
 Las trompetas suenan luego
 Y los pífanos y cajas :
 Los de Lorca van subiendo
 Una cuesta muy poblada
 De unos grandes olivares
 Donde están mil alboradas,
 Hechas de tierra y fagina
 De muchas ramas cortadas.
 Estas trincheras hicieron
 Los moros fortificadas,
 Porque la caballería
 No les pueda hacer nada.
 También impiden los pasos
 Llenando la huerta de agua ;
 Mas la gente es belicosa ;
 Luego traban la batalla
 Muy revuelta, y muy reñida
 La mora y cristiana escuadras.
 Los moros hacen defensa
 Con braveza no pensada ;
 Mas con todo los de Lorca
 Les van ganando la entrada,
 Aunque no con demasia
 Por la defensa doblada
 Que allí ponian los moros
 Defendiendo bien su plaza.
 Lo cual mirando el marqués,
 En el punto luego manda
 Que salgan con gran presteza
 Las banderas de batalla,
 Que eran las de Cehegin,
 Y con ellas Caravaca.
 El asalto se renueva,
 Cristianos van de ventaja,
 Los moros suben arriba
 Adonde Guecija estaba ;
 Por defender el lugar
 Bravamente peleaban.
 El marqués manda de presto
 Que salga la retaguarda,
 Y apelliden *Santiago*,
 Y arremetan con pujanza.
 La retaguarda salió,
 Y el marqués en su compañía ;
 Los cristianos iban juntos,

Sus banderas van mezcladas.
 A los moros les convino
 Retirarse de la plaza,
 Y volver hácia la sierra,
 Que allí de Gador se llama.
 Toda la caballería
 Los sigue con furia brava ;
 Muchos moros alancean,
 Muchos pasan por la espada.
 Mas metidos en la sierra
 Ningun caballo pasaba :
 Si pasaban los infantes
 Sin tener estorbo en nada.
 Con esto la tarde vino,
 Que ya el sol no se mostraba ;
 Que toquen á recoger
 El fuerte marqués mandara.
 Al punto la caja tocan,
 Suena al punto la bastarda :
 La señal del recoger
 Cualquier soldado la guarda.
 A sus banderas se vuelven,
 Que ya estaban alojadas :
 El lugar se ha saqueado ;
 Gánase gran cabalgada
 De muchas bellas moriscas,
 Ropas de seda labradas,
 Muchos oros, mucha aljofar,
 Muchas perlas estimadas.
 Las moras tomó el marqués,
 A nadie no le dió nada :
 El campo todo se enoja,
 Porque aquella cabalgada
 No la repartió el marqués
 Como estaba publicada.
 Todos los soldados juran
 En la cruz de las espadas
 De no dejar cosa viva
 En otra cualquier jornada.
 En esto el fuerte Farax,
 Negro capitan de fama,
 Con muy gallarda osadía
 Hizo dos grandes entradas
 En esos campos de Lorca,
 Con las cuales cobró fama.
 A Tablate nos volvamos
 A do el de Tendilla aguarda.

CAPITULO VII.

En que se pone una peligrosa batalla que el marqués de Mondejar tuvo con los moros en las Guajaras, y la muerte del valeroso don Luis Ponce de Leon.

Ya hemos dicho en los capítulos pasados como el marqués de Mondejar con su campo lucido y gallardo fué en seguimiento de los moros

hasta llegar al puente de Tablate, que estos habian roto y hundido para que los cristianos no los siguiesen. Este puente de Tablate era paso forzoso para ir á las Alpujarras, y estaba plantado en la angostura muy grande de una rambla, cuyo hondo espantaba, y los moradores le habian hecho allí por no rodear una gran parte de tierra. Viendo el marqués impedido aquel paso, mandó que á toda diligencia se reparase el puente y al punto la gente de su campo puso manos á la obra; pero cuando ya llevaban hecho un pedazo, y aunque con mucho trabajo se podia pasar, al quererlo hacer se lo estorbó el reyecillo, llegando al mismo punto con mas de seis mil bien aderezados moros, y entre ellos los turcos de Argel, los cuales bajando á la hondura, y acometiendo con ímpetu terrible á los escuadrones cristianos, les cortaron toda accion; de manera que allí se trabó una cruda batalla de arcabuceria entre los cristianos por ganar el paso, y los moros por defenderle, cayendo de ambas partes mucho número de soldados muertos. Movióse tanto rumor y vocería al son de trompetas y tambores, que resonando los ecos por las altas y cavernosas sierras, parecia romperse alguna cruel batalla en aquellas partes. El marqués de Mondejar se puso á esta sazón un fuerte peto, por recelo de que alguna bala no diese fin á su vida; y con efecto no tardó mucho en alcanzarle una por la que el peto fué abollado, y á no haber sido tan fino hubiera muerto al buen marqués; de manera que pareció inspiracion divina el haberse puesto aquella fuerte armadura. Andaba el reyecillo muy gallardo dando voces á sus gentes y diciendo: «Ea, leones de España, pues tales sois sin duda alguna, pelead hoy como varones, y advertid que la canalla es débil y flaca, no usada en la guerra, y no sabe qué cosa es frio ni calor, ni vestir armas, ni ejercerlas: por tanto, no teniéndolos en nada, haced gran defensa, y no tardareis mucho en ir á buscarlos á Granada, y aun por toda la Andalucía. Con estas palabras los moros animados peleaban como leones, defendiendo valerosamente aquel paso de la puente estrecha. Tampoco el marques holgaba, sino que atravesando de una parte á otra, y animando á sus escuadrones, les decia, que se acordasen del valor de sus pasados, que conquistaron otras veces aquellas Alpujarras, y que procurasen no ser ellos menos, considerando que las ganarian todas vencido aquel paso dificultoso, y ganado el puente. Con esto que el marqués decia puso tanto ánimo en los pechos de sus valerosos capitanes, que denodadamente arrostraron la muerte por pasar de allí. Don Luis Ponce de Leon, don Juan de Villaroel, y cuatro oficiales muy valientes de Córdoba; don Diego de Argote, don Pedro Acevedo, Gosme de Armenta, y don Pedro de Simancas, con algunos otros capitanes, se abalanzaron todos de tropel con mucho riesgo de perder las vidas, ó de caer desde el mal seguro puente en una grande hondura: confiados en Dios y en su bendita Madre, se metieron en aquel peligroso paso, y animando á otros muchos con su ejemplo, hicieron tanto por fuerza de armas, que al fin llegaron á la otra parte sin que les dañase la multitud de balas que les tiraban. Aquí fué el mayor conflicto, porque los moros, codiciosos de impedir que pasaran mas,

y de matar á los pocos que habian pasado, acudieron en gran número á la boca del puente, y los cristianos al contrario anhelantes por pasar se trabaron de tal forma con los moros, que unos y otros no curaban ya de las armas de fuego, sino de las espadas, gorguces y alfanjes. En fin el valor castellano hizo y pudo tanto, que á pesar de las moras banderas pasaron el puente muchos soldados, y dieron lugar á que todo el campo fuese pasando. Visto esto por el señor de Valor mandó hacer la señal de retirada, y todo el morisco escuadron, peleando animosamente, fué haciéndola hácia lo mas alto de la sierra. Llegando á esta sazón la noche, y muy oscura y cerrada, mandó el marqués que su campo se recogiera, y que ningun soldado se desmandase, so pena de la vida. Aconsejaron al marqués que saliese de aquellas honduras, aunque era de noche, porque estaba allí su ejército en gran peligro, y los moros podrian hacerle notable daño; y así lo mandó, aunque tarde, para llegar á un lugar que se dice Durcal, y alojarse allí hasta otro dia. Llegando muy cerca de este pueblo vieron que al mismo tiempo entraba en él gran multitud de moros; y así muchos cristianos, deseosos de acabar con tan vil canalla, se llegaron al lugar á toda priesa, y unos con otros principiaron á batallar bravamente. Como era de noche, y acudian tantos cristianos á la pelea, se mataban unos á otros; por lo cual el marqués y los demas capitanes mandaron que no pasasen mas adelante, recelando que el daño se hiciese todavía mas grave. Con todo eso no se pudo remediar, pues cuando los cristianos llegaron á reconocerse por el apellido que se daba de *España, España; Santiago, Santiago*, ya se habian matado cuatrocientos cristianos unos á otros, sin contar los que mataron los moros: en tanto número se hallaron muertos al otro dia, y con ellos hechos pedazos mas de quinientos moriscos, no hallándose las armas de ninguno de ellos, porque los demas moros se las habian llevado. Muy confuso y enojado el marqués de tal acontecimiento, mandó que se siguiese al enemigo, y queriendo hacerlo, halló que de su real se le habian ido muchos soldados; por lo cual lleno de indignacion dió de palabra á los que quedaban un cruel castigo, llamándolos cobardes; y pues que eran tan gallinas que dejaran las armas y se fueran á sus pueblos, que él solo bastaba para la guerra: con estas afrentosas palabras se sosegaron los soldados y siguieron sus banderas. De allí se movió luego el campo en busca de Abenumey, quien lleno de mucho pesar porque los cristianos pasaron el puente de Tablate, ganándole por fuerza de armas, se retiró á Lanjaron, en donde se rehizo de mucha gente que le vino de Almuñecar y de Caniles de Aceituno. A esta sazón mandó el reyecillo á Zarrea y á Gironcillo, valerosos capitanes, que con diez mil soldados guardasen las Guajaras, las fortaleciesen, y allí esperasen el campo de los cristianos para dar contra ellos fortísimamente. Zarrea y Gironcillo, cumpliendo el mandato del rey, pusieron en las Guajaras mucha gente bien armada con ánimo de mantener aquel presidio, y estorbar que el marqués de Mondejar lo ganase. Teniendo noticia el marqués de que toda aquella morisma estaba allí ayuntada con la confianza de que la inspiraba un lugar tan fuerte como eran las Guajaras, mandó

sin embargo que el campo fuese allá, y que al otro dia se presentara la batalla. Llegado allí el ejército, y comenzada la accion, se experimentó grande trabajo por ser muy agria la tierra, y tener que subir á una grande altura coronada por todas partes de muchedumbre de moros, los cuales, viendo el penoso esfuerzo de los cristianos, comenzaron á desgargar de arriba grandes peñascos, á modo de ruedas de molino, que con tal ímpetu descendian por aquellas cuestas abajo, atronando los valles y sierras, que parecian traerse todo el mundo tras sí. Los cristianos sufrían gravísimo daño, porque no habia peña de aquellas que no se llevara de camino dueños de ellos hechos pedazos; dando la mayor compasion ver tanta mortandad, y no poder poner ningun remedio. Ademas de los peñascos grandes tiraban desde arriba con hondas otras piedras menudas, y flechas, y grande cantidad de balas, que no menos daño hacian en el ejército del marqués. El buen capitan don Luis Ponce de Leon, don Juan de Villaroel, soldado anciano muy valiente, y don Francisco de Simancas, subian la cuesta arriba con grande ánimo, sirviendo de estímulo y de ejemplo á sus soldados. Viendo los moros que aquellos capitanes y sus banderas se acercaban tanto ya á las murallas, desgalaron de propósito gran cantidad de peñas por donde subian, las cuales por su tamaño enorme se derumbaban con tanta velocidad, que no daban tiempo para apartarse de ellas á los que iban hácia arriba, y así mataron gran multitud de soldados cristianos. Una de ellas vino con terrible ímpetu derecha sobre don Luis Ponce, que aunque la vió venir, no pudo apartarse de ella por la velocidad con que bajaba, y del golpe quedó hecho pedazos aquel valeroso capitan. Esto mismo le sucedió al buen don Juan de Villaroel, y á don Francisco de Simancas, mozo gentil y gallardo. Con todo eso no fué bastante la defensa que oponian los moros con aquellos peñascos, y otras armas crueles que arrojaban, para impedir que cuatro capitanes de Córdoba, de ánimo esforzado, llegaran á lo alto de las peñas que estaban pegadas á las murallas, y se guarecieran de las cavernas que por allí habia, para no poder ser ofendidos. Llegó con esto la noche, que fué muy oscura y lloviosa, por lo cual paró el combate, pasando la gente mucho trabajo á causa del mal temporal y de la mucha agua nieve que caía. Durante esta noche tempestuosa, acordaron los moros, por consejo de uno de ellos muy anciano, llamado Aladino, que se sacara toda la riqueza que habia dentro del lugar por la parte que no estaba cercado, para que en cualquier trance escapase de las manos de los cristianos. Hubo grandes pareceres sobre este particular; mas el capitan Zarrea dijo que era muy bien pensado, y luego se hizo así. Hubo gran llanto y sentimiento entre las mujeres y niños; mas no de suerte que lo percibieran los cristianos. Los moros mancebos que sacaron la riqueza de las Guajaras descolgándose por unos grandes riscos, principiaron á marchar la vuelta de Andarax; mas no pudieron hacerlo tan secretamente que no fueran sentidos por los cristianos; los cuales, aunque la noche era oscura y estaba nevando, fueron siguiéndolos por aquel mal sitio, aunque sin efecto, porque huyeron precipitadamente. Venida la mañana, los citados capitanes de Córdoba que estaban junto de las murallas, se hallaron ya acompañados de mu-

chos soldados suyos y de otras banderas; y se comenzó luego el crudo asalto, tan sangriento como el del día pasado. Al cabo de grande esfuerzo, los cristianos, siendo ayudados de Dios y de su mucho ánimo, entraron en el lugar, llevándolo todo á sangre y fuego, y sin dejar persona á vida. Aquí fué herido malamente un caballero, llamado D. Gerónimo de Padilla, gran soldado. El capitán Zarrea y Gironcillo se escaparon con toda la gente que pudieron, dejando la demas muriendo á manos de los cristianos. Daba mucha compasión oír las voces y alaridos de las mugeres sencillas y de los niños sin culpa, que iban pasando todos por el filo de la espada, ó eran derrumbados por las peñas abajo. Movido de semejante llanto y de tan dolorosos gemidos el ánimo del marqués, puso término á tantas crueldades, mandando que parase el saco y el daño que se hacia: cumpliósese luego esta orden, y de resultas se tomaron prisioneras muchas moriscas y bastante riqueza, aunque lo mejor se habian llevado los moros que salieron de las Guajaras. Ahora conviene hablar del gallardo marqués de Velez, que nos aguarda en Guecija, refiriendo antes el romance que se escribió sobre esta cruda batalla de las Guajaras.

El buen marqués de Mondejar
De las Albuñuelas parte
En busca del enemigo;
Llegó al puente de Tablate,
El cual encontró rompido,
Que ya no puede pasarse,
Destruyéndole los moros
Por escusarse de Marte,
Y viéndose acometidos
Con grande furia y corage.
Pues llegando aquí el marqués
Mandó que el puente se obrase,
Para que pasase el campo
La rambla de esotra parte.
El reyecillo con gente
Vino á estorbarle el pasage:
La rambla estaba profunda;
Mal podia repararse
Aquel puente tan antiguo,
Hecho por industria y arte.
Mas la gente del marqués
Del puente hizo una parte,
Aunque angosta y quebradiza,
Para que el campo marchase.
Defiende el moro aquel paso;
Nadie osaba aventurarse
A pasar por este puente
Con temor de despeñarse.
Allí se mueve batalla,
Cada cual quiere mostrarse
Valiente en tal ocasion;
Y con valor emplearse.
El moro al fin se retira
Dejando libre el pasage,

Que fué ganado por armas
Con esfuerczo, maña y arte.
A Valor se fué el morillo
Con intento de veugarse;
Las Guajaras apercibe
Con moros de aquella parte.
Zarrea, su capitán,
Es valiente como un Marte,
Y con él vá Gironcillo,
Que puede bien estimarse
Ser un tirador gallardo
De escopeta en todas partes.
Y este le tiró al marqués
En el puente de Tablate;
Si no fuera por el peto
Muriera sin escaparse.
El marqués con grande enojo
No quiere mas allí estarse;
A las Guajaras camina
Ya tendido su estandarte,
Y les dió una gran batalla,
Que tal no la diera Marte.
De ambas partes mueren muchos
Por ofender y ampararse:
Allí murió don Luis,
Que Ponce suele llamarse,
Y don Juan de Villaroel,
Que bien podia estimarse
Ser uno de los valientes
Que allí podian hallarse.
Al fin las Guajaras toma
El de Mondejar sin arte,
Llevándola los soldados
A crudo fuego y á sangre.

CAPITULO VIII.

En que se pone una batalla que el marqués de Velez tuvo con los moros de Felix, la mas cruda que se dió en las Alpujarras, con lo que mas pasó.

Habiendo el marqués de Mondejar dado fin á aquella batalla sangrienta de las Guajaras, mandó luego que se enterrasen todos los cristianos muertos; y mandando buscar los cuerpos de don Luis Ponce de Leon, don Juan de Villaroel, y otros caballeros principales, los envió á Granada, donde fueron honradamente sepultados, y con toda aquella pompa y grandeza que á tales caballeros correspondia. En el sepulcro del buen don Luis Ponce se puso este

EPITAFIO.

Aquí yace don Luis
Ponce de Leon llamado;
De valor tan ilustrado,
Como lo fué, si sentís,
El de Vivar afamado.
Matóle el sangriento Marte,
De envidia de su valor,
Abatiendo su estandarte;

Y aunque muerto, vencedor
Queda Ponce en cualquier parte:
Porque la fama real
Satisfecha de la gloria
De su valor sin igual,
Hace al mundo ser notoria
Su grandeza ya inmortal.

A otra parte de la tumba habia escrito este

ROMANCE.

Al pie las Guajaras altas
De un pueblo en peñas armado,
Herido está don Luis
Ponce de Leon llamado;
Que un peñasco le hiriera
Desde lo alto arrojado,
Subiendo que iba la cuesta
Como valiente soldado.
Cuando el peñasco le hiere
Con un furor no pensado,
Probábase á levantar
Con ánimo muy sobrado;
Mas en su sangre desbarra,
Que el suelo tiene bañado.
Viendo cercana la muerte
Volvió los ojos al campo,
Vido las rotas banderas
Y el campo desbaratado:
Vido la caballería
Que apenas queda caballo;
Miró por su gente ilustre,
Ne vido ningun soldado.

Con lágrimas en sus ojos
De esta manera ha hablado:
« Adónde estás, buen Mendoza,
Qué es de tu campo formado;
Qué es de tu caballería;
Dónde está tanto soldado?
Dónde están los capitanes
De Córdoba tan nombrados?
Dónde está mi escuadron bello,
Que de Sevilla he sacado?
Adónde está mi bandera
Labrada con tanto ornato;
A dó mi gallardo alferéz
A quien la entregué en su mano?
A Dios, mi patria querida,
A Dios, claro duque de Arcos,
De mi sangre descendiente,
Mi pariente muy cercano;
Ya no espero de ver mas
Ni patria ni vuestro estado.
Ay Virgen Santa María,
Madre del Crucificado!

Señora, valedme ahora
 En este terrible paso ;
 Y vos, mi dulce Jesus,
 Perdonadme mis pecados.
 Por defender vuestra fe
 Soy puesto en aqueste estado ;
 No por codicia del oro,

Ni del despojo sobrado,
 Que harto me tengo yo
 Que vos, Señor, me habeis dado.
 Diciendo aquestas razones,
 La dura parca ha cortado
 El hilo dulce á la vida
 De un varon tan señalado.

Encima del doloroso sepulcro estaba colgada su hermosa bandera, toda labrada de coronas de oro, y enmedio el leon rapante, clara divisa de su honrado y noble blason : á la otra parte estaban sus lucidas armas, las cuales eran listadas todas con oro fino, y su fuerte y acerada rodela toda abollada, y casi hecha pedazos, así como las armas, por los crudos golpes de las peñas que en ellas habian dado. Junto de este honrado sepulcro estaba el del valeroso don Juan de Villaroel, varon de grande estima, y soldado veterano, que en todas ocasiones habia servido con mucho valor al ínclito emperador Cárlos V. Encima de la tumba de este noble caballero estaba puesto este

EPITAFIO.

Don Juan de Villaroel
 Yace aquí, á quien ventura
 Le subió en tan grande altura,
 Cuanto se mostró cruel
 Despues su gran desventura.
 Duras peñas le mataron,
 No soldados de valor ;
 Mas no por eso su honor

Los que escriben olvidaron,
 Dándole digno favor.

La fama de su memoria
 Para siempre es inmortal,
 Por ser caballero tal,
 Que merece gran historia
 De un valor tan principal.

Así estaba puesta tambien encima de este sepulcro una hermosa bandera de lucidísimas colores, y junto de ella las fuertes y brillantes armas de don Juan de Villaroel. Una cosa sé decir, que la muerte de estos dos valerosos caballeros fué muy llorada en muchas partes, y aun mas en Sevilla y Arcos, porque el buen don Luis Ponce de Leon era muy gentil y gallardo, y sobre todo, valiente. No hubo dama de mérito en Sevilla, que no vistiese luto por algunos dias, y asimismo muchos caballeros deudos y amigos suyos. Dejando, pues, esto á parte, y tornando al marqués de Mondejar, así como acabó de tomar las Guajaras, sacando de allí gran presa, fué luego tras del enemigo por alcanzarle antes de que se fortificase : siguióle hasta llegar á Lanjaron, en donde habia dejado el de Valor mucha gente para su defensa, pasándose á Andarax. Los moros que escaparon de las Guajaras se fueron á Paterna, lugar fuerte, en el que pensaban poderse defender de los cristianos. Llegando el marqués á Lanjaron tuvo un bravo reencuentro con los moros, en que murieron muchos de ellos, y los demas se fueron huyendo á Iubiles : siguióles allá, y les dió una cruda batalla, en la que estuvo muy á pique de perderse el campo por la codicia de sus soldados que andaban desmandados. Al fin los moros quedaron vencidos, y se fueron huyendo á la sierra ; pero el marqués entendiendo que se habian retirado á Ogijar, fué allá, y no halló á nadie sino saqueado todo el lugar. Volvióse el marqués á Paterna, en

donde encontró gran copia de moros puestos en defensa, y determinó darles la batalla; la cual contaremos despues, y ahora referiremos la que el marqués de Velez dió en Felix, que fué sobre modo sangrienta. Ya dijimos como el valeroso Fajardo, mas bravo que Rodamonte, dió la batalla en Guecija; y desbaratados los moros, fué saqueado el lugar, y las moras que allí habia llevadas á las tierras del marqués para que estuviesen seguras. Díjose tambien que esto causó en su campo grande enojo, y que todos los soldados juraron no dejar de allí adelante cosa á vida que á sus manos viniese, atento á que el marqués no les daba aquella rica parte de la cabalgada de Guecija, despues de haber visto las grandes crueldades que hicieron los moros en aquel rico convento de la órden del glorioso doctor san Agustin, cuyos pobres frailes fueron todos degollados, y echados en una balsa de aceite, el convento quemado y asolado, y los altares y santos hechos mil piczas. Estando en esto el marqués, le vino nueva de cómo en Felix se habian juntado muchas escuadras moriscas, no mal armadas, y que aguardaban para dar la batalla. Entendido esto mandó al punto que se levantase el campo, y siendo cerca del anochecer, tomó la vuelta de Felix para que los espías que le observaban de la sierra no viesen adonde marchaba. A esta sazón se encontró con don García, capitan de Almería, que venia de Felix, no habiendo osado acometer á tanta morisma como la que estaba allí junta. No hizo esta fuerza al marqués, y pasando adelante fué á hacer noche en un campo llano donde habia un algibe lleno de agua, y junto á él hallaron un moro muerto, y algunos reconocieron ser alguacil de aquellos lugares. Era cosa de ver las lumbres que allí el campo puso, y parecian infinitas; pero no tardó en sobrevenir una tempestad de agua y viento tan recio, que no dejó una viva. Por esta causa pasó allí el campo mucho trabajo aquella noche, especialmente los soldados, que no tenian mas que los arcabuces para cobijarse; y á la mañana siguiente habiendo amanecido muy hermoso dia, mandó luego el marqués que se diera á los soldados bastante municion de pólvora para escaramucear seis ó mas horas despues de lo cual se puso el campo en órden muy gallardamente. Este dia era víspera del glorioso san Sebastian, cuyo nombre tomó todo el campo para los efectos que iba á obrar; y parecia tan bien con el resplandor que al sol despedian las armas, que era cosa maravillosa. Lorca llevaba la vanguardia, Caravaca la batalla, Totana, Cehegin y los demas lugares la retaguardia. En este dia llevaba el pendon del marqués un hijodalgo de Caravaca, llamado Alvaro de Moya, porque don Rodrigo de Benavides, su alférez, estaba indispuerto: este Benavides era un caballero, deudo muy cercano del señor de Jabalquinto, junto de Linares. El pendon del marqués era de damasco rojo, con flecos de oro y plata, y el gallardete de dos puntas, mas bien grande que pequeño; por las orlas se veían unas letras plateadas, que eran MM latinas enlazadas con OO, tambien blancas, y en medio de las dos partes llevaba unos penachos, queriendo todo ello decir, *Memoria de mis penas*; cifra, si galana, oscura. De ella usó el marqués despues de la muerte de su esposa doña Leonor de Córdoba y Silva, hija del conde de Cabra, á quien el marqués amó en tan alto grado, que

jamás quiso volverse á casar como varon cuerdo y discretísimo. Puesto el campo en marcha, llegó muy cerca de Felix, y mandó el marqués tomar allí un cerro alto antes que los moros le ocupasen para su defensa. Desde este cerro no solo se descubria muy bien el lugar, sino ademas casi toda la costa de Almería y el llano de Dalias. Enterado el marqués de la situacion de Felix, y del punto por donde mas fácilmente podria entrarle, mandó bajar del cerro al ejército, y que rodease la llanura en que el pueblo estaba sentado. Hízose así con mucha brevedad, y llegando abajo la vanguardia, encontró un batallon cuantioso de moros que estaba junto al lugar aguardando para dar batalla. Alargáronse mas de lo que se debia en semejante ocasion, y en las primeras cuatro filas iba casualmente un soldado llamado Francisco Sanchez, hermano de aquel Miguel Sanchez, clérigo, que martirizaron allí las moras con navajas, como ya dijimos al principio. Con este Sanchez iban mas de veinte entre primos hermanos y deudos suyos, y acordándose de la injuria que se habia hecho allí á su hermano, lleno de interno dolor dijo á sus deudos: « Ahora es tiempo que estos perros paguen la muerte de mi querido Miguel, á quien con tanta crueldad hicieron pedazos. » Diciendo esto encaró el arcabuz al escuadron morisco, y disparó; los demas parientes suyos hicieron lo mismo; y saliendo sin órden de las hileras, acometieron con deseo de la venganza, diciendo: *Santiago, y á ellos*. Visto esto por toda la gente de la vanguardia, y creyendo que se hacia así de órden de su general, sin mas reflexion arremetieron á las moriscas banderas. Por la presteza que llevaba el escuadron cristiano, los moros no pudieron dar mas de una carga; y en vista del gran poderío que venia sobre ellos, no aguardaron mas en aquel paso, y principiaron á retirarse con toda priesa. Tomaron un cerrillo que estaba junto del lugar, donde habia una pequeña torre, pensando allí hacer resistencia. Como vió el marqués que la vanguardia sin su órden habia acometido y dado *Santiago*, lleno de ira mortal por tanto desconcierto, brama como un leon, y dando grandes voces pica con furia á Bayarte, y atraviesa velozmente como un rayo, haciendo temblar la tierra hasta llegar á la vanguardia, con ánimo de alancear á los capitanes: mas andaba ya la gente tan revuelta una con otra, que no pudo ejecutar su saña; el ruido era inmenso, tanto de la gritería de los combatientes, como del sonido de las trompetas y cajas, y parecia que se hundian los cielos, ó que se venian abajo las mas altas y empinadas sierras. Viendo, pues, el marqués que aquella gente bisoña andaba tan revuelta y sin órden, y que no podia poner remedio, miró por qué parte huían los moros en mayor número hácia el mar, y por ella guió su caballo, y dando con ellos prestamente, comenzó á desahogar su ardiente cólera, matando y alanceando á muchos. La caballería, en vista de que el marqués pasaba adelante tras de los moros, y que en persona obraba maravillas, le siguió á toda priesa, matando é hiriendo á cuantos pudo. Los moros amedrentados de la furia de los caballos se dividieron en tres partes: unos tomaron la vuelta del mar, y otros acabaron todos á manos de la caballería, y de alguna infantería que la siguió; otros se dirigieron por unas ramblas abajo la vuelta de la sierra, y por allí escaparon en gran

número; la otra parte tomó el cerrillo de que tenemos hablado, y desde allí principiaron á pelear como valientes habiendo entre ellos muchas mugeres que mostraban en vano varoniles pechos, tirando peñas y losas á los cristianos para impedir que subieran la cuesta. Mas muy poco valió toda su resistencia; porque el endiablado escuadron de Lorca parecia subir volando por ella arriba con furia infernal, y mataba ó heria tan cruelmente á todos los que se le ponian delante, que cada uno de sus soldados parecia un ardiente rayo. Atemorizadas las moras de ver aquel estrago, y de que á nadie se daba cuartel, no osando aguardar el golpe último, puestas á la orilla de un tajo de peñas muy altas que miraba al mar, se abrazaban unas con otras, y llorando y gritando dolorosamente, se derrumbaban abajo, llegando al hondo hechas mil pedazos. Otras cuitadas, sin resolucion para dar tan peligroso salto, confiando en la misericordia cristiana, hacian cruces con palitos, é hincadas de rodillas, temblando y llorando decian: *A mi cristiana, señor, á mi cristiana*; pero el diabólico escuadron no usaba de la piedad que aquellas pobres mugeres esperaban, antes las hacian pedazos, ó las echaban por las peñas abajo. ¡Crueldad terrible, nunca vista en la española nacion, é indigna de pechos cristianos! ¿Qué furia infernal te incitaba á tanta ferocidad? Contra los moros y enemigos de la fe, nada digo; ¡pero llevar con tanto rigor por el filo de las armas á las sencillas mugeres! ¡Gran crueldad era por cierto! ¿Qué culpa tenia el niño reciennacido, ni el de un año, de dos, ó de mas hasta doce, para que todos con insano furor fueran hechos pedazos, ó estrellados contra las duras peñas? ¿Y las tiernas y desdichadas doncellas, qué delitos habian cometido para no mirarlas con misericordia? He dicho que las furias infernales militaban en este campo, y no podia ser menos al ver tanta atrocidad: la soldadesca que andaba suelta por el lugar cometió crueldades inauditas, y que la pluma se resiste á transcribir. Despues de robadas las casas mataban y hacian pedazos á todo viviente, sin esceptuar á los gatos y perros. Ciertamente bien vengada fué la muerte del clérigo Miguel Sanchez, pues en menos de dos horas fueron muertas mas de seis mil personas entre hombres y mugeres; y de niños, desde uno hasta diez años, habia mas de dos mil degollados. Yo ví por mis ojos la cosa mas atroz que jamás habian visto las gentes; á una morisca muerta de mas de diez estocadas crueles en un bancal junto del lugar, y al rededor de ella seis hijos varones y hembras, muertos tambien, y con quienes ella salia huyendo por salvar la vida: mas allí la alcanzaron, la asesinaron, y degollaron á sus hijos. La mezquina, por favorecer á un niño de pecho que llevaba en los brazos, se puso boca abajo, y en esta postura la mataron, tirándole tambien algunos golpes al tierno infante; pero Dios quiso librarle de aquella crueldad, pues aunque las armas traspasaron las mantillas, no le tocaron á la carne; y como estaba bañado en la sangre que con tanta abundancia vertia la cuitada madre, todos los soldados que pasaban por allí, pensando que estaba herido, le dejaban. La mora, revolcándose con las ansias de la muerte, se quedó boca arriba, y el niño arrastrando como pudo se llegó á ella, y movido del deseo de mamar, se asió de los pechos de la madre, sacando

leche mezclada con la sangre de las heridas. Quiso su buena ó mala fortuna que en aquella sazón pasara yo por allí, y mirando con horror aquel terrible espectáculo, movido de piedad, y estando para anochecer, tomé el niño en los brazos, y le llevé al lugar, yendo en busca de mis camaradas, que encontré bien alojados. Había entre ellos hombres muy honrados, llenos de virtud y misericordia, que habían amparado á muchas moriscas, queriendo Dios librarlas así de aquel cruel asalto, y una de ellas criaba, tomó el niño, y se hizo cargo de él. No faltaron otros soldados nobles y piadosos que ampararon á otras muchas mugeres: yo por mi parte digo que salvé mas de veinte, las cuales, juntas con las que salvaron los demás, harían el número de doscientas moras. Este fin tuvo aquella sangrienta batalla en dicho día; y al otro, que era el de San Sebastian, salió mucha gente para reconocer el campo, y de allí se trajeron abundantes despojos de la gente muerta, de ropas, collares, zarcillos, manillas, armas y otras cosas. Todos volvían espantados de ver su propia crueldad, y tanto muerto, que causaba grandísima compasión. A este tiempo llegó á Felix la gente de Murcia, no habiendo podido llegar antes, y con ella se holgó mucho el marqués. No había este olvidado el desorden que el día antes movió la vanguardia, y mandando llamar á los capitanes, reprendió aquel desatino, y los trató ásperamente de palabra: ellos dieron su justo descargo, y tomados informes por el marqués, se halló que el mas culpado de todos era un soldado de Lorca, llamado Palomares, al cual mandó prender y ahorcar. Visto esto por la gente de Lorca, que serían mas de tres mil hombres, valientes y bien armados, se trató de no consentir que se ahorcase á Palomares, ó de morir todos en la demanda; para lo cual se juntaron en una parte del campo. Los capitanes de Lorca, al ver próximo á estallar un motin tan grande, y deseosos de que no se descubriese el fatal intento de tanta gente, resolvieron hablar al marqués y ablandarle para que no ahorcara á Palomares, atento á que era hombre honrado, buen militar, y muy bien emparentado en Lorca; y así, que del hecho podría resultar algun crecido escándalo. Mas enojado el marqués que estaba antes de estas amonestaciones, dijo que por ningun título dejaría de ahorcar á Palomares, y si fuese menester á todo el tercio de los de Lorca. En vano intercedieron á favor del reo los capitanes y caballeros de Murcia, porque el marqués, pertinaz en su propósito, mandó que la sentencia se pusiese al instante en ejecución. Al llegar este caso los de Lorca puestos sobre las armas principiaron á alzarse con gran grito, diciendo: « Que no se había de ahorcar á Palomares, si no se quería que todo el campo se perdiese. » D. Diego Mateo de Guevara, regidor de Lorca, padre del capitán Juan Mateo de Guevara, noble, muy estimado, y tenido en mucho por su valor, acompañado de don Juan Pacheco, capitán de la caballería de Murcia, y de otros caballeros principales, se fué con toda priesa á la posada del marqués, el cual había mandado que á nadie se diera entrada; pero como don Juan era hombre tan principal y distinguido, en llegando, á pesar de los porteros y de la guardia, entró en el aposento donde estaba el marqués, y le suplicó encarecidamente que aquel negocio no pasara adelante, porque

todo el tercio de Lorca estaba empeñado en defender á Palomares, y de su ejecucion podria resultar grandísimo daño en el real. Viendo Diego Mateo de Guevara que las palabras de don Juan no ablandaban al marqués, le habló de esta suerte, poniendo en peligro su propia vida.

Razonamiento de Diego Mateo de Guevara al marqués don Luis Fajardo.

« No dejo de conocer, excelentísimo señor, que la justicia es buena en todas partes, y mas necesaria en la guerra; porque si en tales casos no se ejecutase, muy fácilmente vendria á perderse un crecido campo. Así digo, que la culpa hallada en Palomares es digna de castigo; mas vuestra excelencia considere que la razon estaba de parte del reo, y de los demas deudos y amigos, moviendo los ánimos á cruda venganza del pariente que fué hecho pedazos en Felix; y como gente bisoña, no advertida del castigo que de su atrevimiento le podria venir, descompuso la escuadra de sus capitanes. Atento á esto, y á que el pueblo estaba muy poblado y fortalecido de enemigos crueles de nuestra santa fe católica, me parece, salvo mejor dictámen, que no se debiera ejecutar la justicia en Palomares con el rigor que manda vuestra excelencia; y adviértese que para los yerros impensados y sin malicia hechos, hay siempre llana misericordia en los generales y maestros de campo. Ciertamente Palomares no erró de malicia, sino que obró con los demas de su bando, como gente indisciplinada en el arte militar; pues si fuera un soldado de muchos años de servicio, y que sabiendo las leyes de la milicia cometiera un yerro semejante, seria digno de riguroso castigo; y aun para con un soldado tal se ha de estender la misericordia de un capitan generoso. Este ha de hacer cuenta de no perder sin mucha necesidad ningun soldado de su campo; porque si los enemigos le matan uno, y él ahorca á otro, ya le faltan dos soldados, que pudieran servir bajo de sus banderas gloriosamente en otra ocasion. Bien sabe vuestra excelencia que el emperador Carlos V, nuestro señor, de gloriosa memoria, bajo de cuyas banderas militó muchos años, usaba siempre de este buen término con los suyos; y así fué de la gente española tan amado, como vuestra excelencia sabe, y todos sabemos: en los generales y capitanes mas ha de campear la misericordia que la justicia. Traiga vuestra excelencia á la memoria aquel hecho del Magno Alejandro, que habiendo caido un soldado en falta, tal como la de sentarse en su real silla y quedarse allí dormido, cuando llegó allá, y encontró ocupado el puesto, los capitanes y caballeros que le acompañaban iban á echar mano del dormido para prenderle ó matarle; pero Alejandro los contuvo, diciendo: *Dejadle dormir, que otra vez velará para guardar mi persona, y el buen soldado no merece tan mal galardón. Este, por su largo velar en mi servicio, vino á dormirse, y por cierto que no pudo hallar mejor cama que mi silla; puede que otra vez vele sobre los filos de su misma espada sirviendo á mi corona.* Estas espresiones fueron dignas de un rey generoso, y tan buen general como Alejandro: y así, señor exce-

lentísimo, pues en vos reside no menos generosidad y valor de ánimo, según tenemos visto y experimentado, usad de igual indulgencia con Palomares. Su yerro fué grande, mas considerando la inocencia del pecador, y que yendo la guerra adelante, él y sus deudos podrian servir á vuestra excelencia y darle gusto en otra ocasion, perdónesele. Si Palomares no lo merece, sus padres y abuelos lo tienen bien merecido sirviendo á vuestra excelencia y á sus antepasados; y si sus padres y abuelos tampoco lo merecieron, baste haberlo suplicado el señor don Juan Pacheco; y si sus ruegos no alcanzan, merézcalo Lorca, de donde es hijo Palomares, por cuyos servicios la casa de vuestra excelencia está puesta en el cuerno de la luna, con todo el lustre que ahora tiene. Y si en Murcia y su reino hubo adelantados del linage de vuestra excelencia, Lorca fué siempre parte para que los hubiese; y si los varones ilustres de la casa de vuestra excelencia vencieron veinte y dos batallas de moros, y ganaron setenta y dos villas y castillos fuertes, que pusieron bajo de las reales coronas de Castilla y Leon, los de Lorca tuvieron mucha parte para que aquellos lo pudiesen hacer; y si ilustracion y resplandor ha tenido y tiene la casa de vuestra excelencia, Lorca ha sido la causa. Por tanto á vuestra excelencia suplico, que Palomares, hidalgo de Lorca, no pase por esa muerte contra él pronunciada, advirtiéndole al mismo tiempo que hay tres mil hombres paisanos suyos puestos sobre las armas, y decididos á perder la vida por salvarle. Vea, pues, vuestra excelencia lo que determina en este caso; y á mí por haber osado entrar en tan largo parlamento, mande vuestra excelencia que se me aplique el castigo que guste, pues mis servicios y los de mis padres hechos á la casa de vuestra excelencia merecen que se me dé.»

Aquí dió fin á su razonamiento el buen Diego Mateo de Guevara, y despues don Juan Pacheco, Alonso Gualtero, Nofre Ruiz, Andrés Mora, sargento mayor, don Rodrigo de Benavides, alferéz del estandarte del marqués, y otros caballeros y capitanes de Murcia y Lorca hicieron tanto, que al fin el marqués perdonó á Palomares. Luego que se supo esta nueva hubo gran contento y regocijo en todo el real; y á esta misma sazón llegó una buena compañía de Lorca, compuesta de cuatrocientos soldados, bien armados, y cuyo valeroso capitan se llamaba Juan Mateo Rendon de Luna, hombre hidalgo y distinguido. Dieron noticia del arribo de esta compañía al marqués, quien se holgó mucho saliendo á ver la gente á la puerta de su posada, y observando que venia equipada tan bien. Su excelencia, que estuvo allí algunos dias aguardando cierta orden del rey, mandó que se llevaran á la iglesia las moras para repartirlas entre los capitanes y soldados; y hecho esto así fueron llevadas luego á los Velez, á Lorca y á otras partes. Mas porque ya nos aguardan el reyecillo y el marqués de Mondejar, daremos fin á este capítulo diciendo primero el romance relativo á lo pasado.

El campo del buen marqués,
Que Fajardo se decia,

Parte de Guecija en orden
Ya despues de medio dia.

Concertadamente marchan
 De cinco en cinco las filas,
 Y allá al ponerse del sol
 Encuentran con don García,
 Que volvía ya de Félix,
 Y ver su gran morería,
 Dándole aviso al marqués,
 Y de cómo se volvía
 Sin osar acometer
 A las moriscas cuadrillas.
 El marqués pasa adelante;
 Despidese de García:
 Hizo el campo en la campaña
 Alto en esta noche fría.
 Un agua viento le coge
 Con mucha nieve esparcida,
 Que le pone en gran trabajo,
 Y muy crecida fatiga;
 Mas rompiendo el alba clara
 Muy bello se muestra el día.
 Manda el marqués que se dé
 Munición muy bien cumplida
 De pólvora al campo todo
 Para tres ó cuatro días.
 A Félix el campo parte
 Con placer y gallardía;
 Lorca lleva la vanguardia,
 Murcia de batalla iba,
 Cehegin y Carayaca
 La retaguardia regían.
 El campo á Félix descubre
 Desde un monte que allí había:
 Manda el marqués que descienda
 El campo de aquella cima,
 Y que se ponga en lo llano
 Así marchando como iba.
 Mas bien cerca del lugar
 Un grande escuadrón había
 De aquella morisma gente
 Que con valor insistía,
 Aguardando la batalla

Que el marqués darles quería.
 La vanguardia los embiste
 Antes que el marqués lo diga,
 Y los moriscos descargan
 Toda su arcabucería:
 No cargan segunda vez,
 Porque la gente se anima
 De aquel escuadrón cristiano
 Y ataca con gallardía.
 Los moros que ven tal campo
 Y tanta caballería,
 Al lugar se retiraron
 Por encontrar mejoría.
 Apretaron los cristianos
 Y *Santiago* apellidan;
 Los moros dan á huir
 Cada uno cual mas podía:
 Otros tomaron un cerro
 Que junto al lugar había,
 Y otros tomaban la sierra
 Que de Gador se decía:
 Otros van hácia la mar
 Por una derecha vía.
 El marqués que aquello vido
 A su buen caballo pica,
 Y por los moros se mete
 Con gran valor y osadía:
 Los de á caballo le siguen,
 Y todos van á porfía
 Matando moros y moras
 Que se iban á la marina,
 Todo el lugar se saquea,
 No dejan persona á vida,
 Y tanta es la crueldad
 De las cristianas cuadrillas,
 Que mas de ocho mil fenecen
 De la canalla morisca,
 Entre niños y mugeres,
 Que el verlos es gran mancilla;
 Sin otra gente de guerra
 Que murió en aqueste día.

CAPITULO IX.

En que se pone como el reyecillo tuvo consejo de guerra, lo que se proveyó en el acuerdo, y cómo le persiguió el marqués de Mondejar, dándole batalla en un lugar llamado Paterna.

Ya contamos como Abenumeya salió desbaratado del puente de Tablete, habiéndose ganado á fuerza de armas aquel paso tan peligroso por el marqués de Mondejar, que no hizo poco en conseguirlo. El reyecillo se fué de paso á las Guajaras, y dejando allí á Zarrea y Gironcillo, valientes y sagaces capitanes, se metió en Andarax con grande ejército,

contando ya de seguro con que el gran Turco le enviaria buen socorro, conforme le tenian escrito el Ochali, rey de Argel, y su hermano don Luis. Así, pues, mandó un dia juntarse á los capitanes mas valerosos de su ejército, y á las gentes principales que le seguian, y sacando las cartas que habia recibido del Ochali, las mandó leer, esforzando las vanas esperanzas que tenia del socorro prometido por el Turco; y mostrando en su persona aquella gravedad que corresponde á la persona de un rey, comenzó á hablarles de esta manera:

« Valerosos y fuertes capitanes, ya sabeis que por la gracia del santo Alá y del profeta Mahoma, hemos llegado al estado en que ahora estamos á punto de conquistar nuestra dulce libertad, y salir fuera de la opresion de los pérfidos cristianos, que tantos años hace nos tienen oprimidos y puestos en dura servidumbre, como si fuéramos sus esclavos. En daño suyo nos dieron armas para nuestra defensa; y así conviene que por nuestra parte haya reconocimiento del alto beneficio que hemos recibido; especialmente cuando de Levante nos vendrá grande socorro del Gran Señor, segun lo ofrecen las cartas de nuestro fiel amigo el Ochali, rey de Argel. Conviene, pues, ahora escribir á Marruecos y Fez, dando cuenta del estado de nuestra guerra á mis cercanos deudos los reyes de aquellas partes, pidiéndoles tambien ayuda y socorro que no me negarán; á lo cual juntarémolos el que se nos ha prometido del reino de Valencia. Con esto serán ciertos y no harán falta los amigos que tenemos en el Albaicin; de manera que con el amparo del santo Alá haremos nuestra la mayor parte de España, y nuestro imperio tornará á tener la estension que antes solia. Así, pues, mis buenos y leales amigos, no os ponga temor haber sido en esta última accion algo aventajados, ganándonos el paso de la puente de Tablate, pues esta desgracia pudiera contribuir al logro de nuestro intento, porque hallándose ya el enemigo dentro de las Alpujarras, será por nosotros mas fácilmente ofendido y maltratado, como que sabemos las entradas y salidas de los pasos mas peligrosos y de los caminos mas ásperos; de manera que en adelante podremos dañarles á nuestro salvo sin ser ofendidos de sus armas. Y aunque les haya ido bien en las Guajaras, no es tan de valde que no les cueste mas lo perdido que lo ganado, habiendo muerto allí tantos y tan valerosos capitanes: y si esta rota les vino de un solo pueblo mal armado, ¿qué no será cuando todas las Alpujarras estén ocupadas de africanas banderas, y de fuertes escuadrones de gente brava y belicosa, bien provista de aventajadas armas? Mas para que arriben á nuestras costas será necesario que antes se tremole nuestro pabellon en la ciudad de Vera, y que demos orden de conquistarla, á fin de que en ella hallen los amigos buen puerto donde sus bajeles estén seguros del impulso de las arrebatadas olas del mar. Ya sabeis que no muy lejos de las embarzadas playas de Vera hay dos puertos famosos para tal caso convenientes: el uno es el de Aguilas, y el otro está en los Terreros Blancos, á la parte de Levante; y asimismo á la del Poniente están en el Farallon de la mesa de Roldan y la famosa cala del Agua Amarga bastantes puertos en donde se abriguen los navios líbicos. Despues, si Mahoma fuere servido de que

la guerra vaya en adelante con buen suceso, tomaremos el famoso puerto de Cartagena, despues de lo cual quedará toda España reducida á nuestro poder. En lo que voy diciendo, valerosos soldados míos, no ha de haber pensamiento de tardanza, porque en ella está el peligro; y así despachemos luego á las partes de Fez mensajeros fieles que nos traigan de allí alegres nuevas y algunas armas, principalmente alfanjes, que encontrarán muy buenos; pues en lo que toca á la escopetería y arcos, por Argel seremos bien proveidos: al que lealmente nos preste este importante servicio daremos gran premio, y mercedes muy crecidas para que pueda vivir honradamente en lo sucesivo.»

Apenas Abenumeya acabó su razonamiento cuando todos los capitanes circunstantes ofrecieron servirle hasta la muerte, y dijeron que luego se diese orden de bajar á la conquista de Vera, por ser muy necesario aquel presidio, tanto para el desembarque de las africanas gentes, como para la embarcacion de los cristianos cautivos que en España fueran haciendo. Concluido este acuerdo, un morisco natural de Ture, pueblo muy cercano del castillo de Mojacar, se levantó en pié, y dijo, que él y un hermano suyo tenian en cierta parte de la costa una barca grande y muy buena, en la que se ofrecian á pasar á Fez y llevar aquellos recados, si se les daban veinte hombres bien armados. Abenumeya, dando muestras de mucho agradecimiento y teniendo al morisco por hombre de entera confianza, mandó que se escogieran al instante los veinte hombres pedidos para aquel viage, y á otro dia escribió las cartas concertadas para Fez y Marruecos. El susodicho morisco, llamado Hambrel, partió del campo con sus compañeros, se fué á la parte de Mojacar, y pasó secretamente al cabezo de la Carbonera, donde junto á una rambla él y su hermano tenian una barca muy buena y aderezada de todo lo necesario para la mar: hechas las provisiones correspondientes la botaron al agua, y tomaron en ella por la derrota de Poniente la vuelta de Tetuan; pero les dejaremos seguir su viage para volver luego á hablar de ellos en su lugar. El reyecillo quedó en Andarax dando órdenes sobre lo que se debia hacer en la guerra, y determinó se escribiese al instante á los moros de la sierra de Málaga y Ronda inspirándoles buenas esperanzas del socorro que el rey de Argel habia prometido de parte del Turco, y del que recibirian muy pronto de Fez y Marruecos; por lo cual les escitaba á levantarse, y estar listos; y aun para confirmacion del caso les envió las mismas cartas originales que el Ochali le habia escrito. No fueron inútiles estas diligencias, porque en su vista, y especialmente á la presencia de aquellas cartas, los moros del valle de Málaga y sierra de Ronda se levantaron luego, poniendo en grande aprieto á los vecinos de la comarca, así como diremos á su tiempo.

En esta sazon se hallaba el marqués de Mondejar con todo su campo en Ogijar, donde no halló moro ninguno; y deseando, si era posible, acabar esta guerra por bien, y por via de negociacion, practicaba diligencias, y mantenia comunicaciones secretas con algunos moriscos; y por estos mismos supo, que entre los levantados habia muchos que querian volver á sus tierras, y estar sujetos al servicio del rey, como antes solian.

Pero otros eran de distinta opinion, y quien mas desbarataba el suceso eran los mismos cristianos, que por su desordenada codicia de robar se salian del real á escondidas, y por los lugares de los moriscos obraban todo el daño que podian. Así es que, viendo se les hacia tanto mal, bajo el especioso nombre de paces, poseía su desconfianza hasta los mas moderados, y se tornaban á levantar. El marqués, con despecho de semejante proceder, determinó, por consejo de los varones principales de su campo, dedicarse á buscar al reyecillo, y procurar haberle á las manos, contando con que una vez cogido toda aquella guerra quedaria acabada: en consecuencia se volvió á echar otro bando, ofreciendo el premio de veinte mil ducados á cualquiera que le presentase muerto ó vivo al señor de Valor. Luego tuvo el marqués noticia de que estaba en Paterna con mucha gente de guerra bien armada; y así mandó que su ejército marchara á aquel punto, donde luego que llegó encontró que los moros le estaban aguardando, y saliendo al camino, le acometieron muy rícidamente por cuatro partes. Viéndose el marqués de esta manera asaltado, mostrando gran valor acometió á los moros, y dió de improviso el *Santiago*. Los cristianos pelearon como leones, y ganaron un pequeño fuerte que los enemigos se habian obstinado en defender, y no lo pudieron aun á costa de mucha sangre derramada. La batalla fué reñida, pero al fin salieron vencedores los cristianos como gente mas valerosa, y Abenu-meya principió á retirarse con orden, y siempre peleando: luego vino la noche, y tuvo tiempo para alejarse de aquel punto, y pasar á Valor, su propio lugar. Los cristianos, á pesar del marqués que no queria que los lugares fueran saqueados, saquearon á Paterna, y encontraron allí mucho que robar; pero no hallaron moras, porque ya las habian retirado á otro punto los moros. El marqués permaneció dos dias en Paterna, y partió luego con su campo la vuelta de Andarax, entendiendo hallar allí al reyecillo; pero no le encontró, ni viviente alguno dentro del pueblo. A él vinieron despues muchos moros con banderillas de paz; y tratándose de ella, quedó resuelto que las condiciones se estenderian en Orgiva, para donde partió el marqués; y no encontrando tampoco á nadie, sentó allí su real, y permaneció muchos dias. Con efecto concurrieron los moriscos á pedir paces, y el marqués se las prometió muy cumplidas y seguras, dando á cada lugar de los que las querian una cédula firmada de su nombre para que ningun capitan ni soldado cristiano pudiese enojarlos en vista de aquella cédula. Los lugares que quisieron paz fueron la Roles, Alcolayar, Pichina, y otros muchos pueblos, que sacaron las referidas cédulas del marqués, contando con no ser maltratados ni ofendidos de los soldados en adelante. Pero muy engañado andaba en esto el marqués, pues aunque fuera muy buena su intencion de fenecer la guerra por acomodamiento, sus soldados eran tan bellacos y ladrones, que salian por la noche sin ningun orden, y hacian todo el daño que podian en aquellos mismos pueblos que se tenian por mas seguros. Un capitan llamado Villalta salió de Guadix con mucha gente, y entrando de secreto por el puerto de la Ragua, se fué al lugar susodicho la Roles, y una noche le atacó con tanta brutalidad, que mató á casi todos los moros que moraban

allí sobre seguros, y llevándose cautivas á todas las mugeres y niños, se volvió á Guadix: sabido esto por el rey, mando que fuese bien castigado.

Otro capitan que estaba en Tiñana, llamado Cuevas, entró de noche con muchos soldados en Alcolayar, pueblo que tambien estaba sobre seguro, y mató allí á todos los moros, y se llevó á todas las mugeres y los niños.

Otro capitan, cuyo nombre no supe, entró una noche en el lugar llamado Pichina, que estaba tambien de seguro, y le saqueó; mas no le fué muy bien en esta entrada, porque el capitan Gorri con mil moriscos bien armados dieron sobre él, y le mataron cien hombres, quedando malamente heridos los pocos que se escaparon, y dejando todas las armas en poder de sus enemigos: el ruin capitan cristiano huyó á uña de caballo, y no paró hasta que al cabo de muchos dias llegó á Adra. Estas y otras muchas entradas semejantes se hacian con frecuencia por todas las Alpujarras, dando justo motivo á que los moros tímidos y escarmentados no volviesen á hacer cara á proposiciones de paz, diciendo que las que hacia el marqués de Mondejar eran ilusorias y de notable engaño; pues despues de haber dado á los pueblos cartas de seguro, firmadas y selladas, entraban sus soldados en ellos á mansalva, los saqueaban, mataban á los vecinos, y se llevaban cautivas á las mugeres y á los muchachos. Así, pues, cundia el levantamiento por todas partes, y los moros procuraban haber armas para defenderse y ofender á los cristianos. De estas cosas nada sabia el marqués, y cuando se lo decian manifestaba sentir grave pesar, y no podia poner remedio en ello. Si pouia guardas por los caminos para que no dejasen salir á los soldados, eran ellos tan grandes bellacos como los que iban á robar y hacer daño. A mí me ha parecido siempre reprehensible la impunidad de estos malos cristianos, en quienes debieron hacerse con frecuencia ejemplares escarmientos hasta extinguir aquella codicia desordenada del robo que poseia sus ánimos, y trajo á tantos á su perdicion; pues no puede decirse sin vergüenza, que por ella murieron mas de trece mil soldados, la flor de España, á manos de una cuadrilla despreciable, compuesta de enemigos desbragados, y casi desarmados; y lo que hay mas de maravillar es, que de cuanto robaban, apenas sacaron algun aprovechamiento, y todo se les convirtió en polvo y humo, siendo solamente efectivo el coste escandaloso que tuvo á S. M. esta infame guerra, por culpa de algunos gefes descuidados ó distraidos. Volviendo, pues, al marqués, que estaba inocente de estas entradas y salidas, diré que un dia hallándose el campo en Orgiva, se vió venir á un morisco huyendo á toda priesa, y que al parecer traia en un palo alto una toca blanca en señal de paz. El marqués luego que le vió venir mandó alzar en una lanza otro paño blanco para que el moro que se habia detenido se acercara sin temor. En llegando preguntó el moro por el marqués, y mostrándosele, se fué á su excellencia, postrando en tierra la vara con la toca, y sin hacerle ninguna cortesía, mirándole al rostro, los ojos llenos de lágrimas, le habló de esta suerte:

« Oye, marqués, si con justo título gozas de tal nombre, y sabe que el

noble tiene obligacion de obrar noblemente, y de acudir á las empresas nobles, si quiere ser tenido por tal. Cuando el rey Fernando hizo merced á tu abuelo de las llaves de la famosa Alhambra, no se las dió solamente por su nobleza, sino porque sirvió como noble á su rey en empresas nobles. Tu padre siguió el ejemplo de tu abuelo en algunas cosas, y procedia generalmente como noble caballero. Habiendo quedado entonces este cuitado reino de Granada privado de su nobleza, de su sabrosa y dulce libertad, de su célebre Alhambra, de su deleitosa Vega, sin sus amadas frescuras y deleitosos placeres, privado en fin de todo su bien, muchos de sus moradores, como no acostumbrados á estar debajo de tan pesado yugo y dura servidumbre, ni sujetos á tan crecidas pagas, ni acostumbrados á que los atropellaran estrangeras naciones, movian algunas veces escándalos, motines y rebeliones repentinas contra las cristianas gentes, de que procedian grandes agravios, pesados ruidos, castigos frecuentes, muertes crueles; pero tu padre, como noble y magnánimo caballero, cortaba los escándalos, apaciguaba á los rebeldes, recababa de su rey inmensa misericordia, alcanzaba perdones generales, removiendo obstáculos, y disipando discordias: muy al contrario se observa en tí, que en lugar de buscar paz trajiste guerra, por la codicia de tres mil ducados que pediste para tu hijo don Luis, y que de buena gana se te hubieran dado, si no quisieras sacarlos por fuerza, asistido de una cédula de tu rey. Mas este señor, como católico y sabio, entendiendo bien la demasia de las cargas que pesaban sobre nuestros hombros, y el fin último de tu pretension, te dió sí la cédula para que percibieses los tres mil ducados siendo voluntad de los moriscos dártelos, y sino, que no se te diesen. Tú, marqués, indignado desde entonces contra el bando morisco, no procediste como noble, y acudiste á la crueldad por causa de tu interés. Al punto mandaste renovar antiguas provisiones, dictadas en daño del reino granadino, por las que se privaba de armas á sus moradores, se les quitaban sus baños acostumbrados, los caballos, los esclavos, y aun su trage habitual y su lengua, no faltando mas sino que despues se les mandara degollar. Estas provisiones tan irritantes se dieron en vida de tu padre y abuelo; pero en vez de manifestarlas ó publicarlas, las guardaron y ocultaron, usando de su antigua nobleza, por amparar y hacer merced á la gente morisca. Mas tú obraste de distinto modo: agenciaste que tu rey las confirmara, y como hombre poderoso y bien emparentado alcanzaste al cabo que se publicaran por pregon con acuerdo del real consejo. Malcontentos y contra tí indignados los granadinos, se levantaron, y habiéndose ayuntado para buscar remedio á estas cosas en nuestro daño promovidas, principiaron la guerra. Tú tomaste la demanda como general, y vienes persiguiéndonos á banderas desplegadas; abres negociaciones, y prometes paz para encender mas la guerra; das cédulas firmadas de tu nombre, y selladas con tu sello á los lugares por prenda de su seguridad; y cuando los tienes quietos y asegurados, envias á deshora á tus capitanes para que los saqueen, peguen fuego á las casas, maten á los hombres, y cautiven á las mugeres y niños. ¿Este proceder es propio de un caballero y hombre noble? ¿No ves que jamás los pueblos se fia-

rán de tí ni de tus cédulas, llenas de engaños, y que lejos de hacer las paces con tu soberano, no procurarán acopio de armas, y no respirarán sino venganza de los daños recibidos? Has de saber, marqués, que me llaman el Purcheni, y así llamaban á mi padre que era muy sabio, y en el arte de la medicina estremadamente aventajado: tambien entendia mucho de la estrellas, la cual ciencia me comunicó, y por ella sé algunas de las cosas que te diré. Esta guerra se acabará costando mucha sangre á los cristianos, y grandes espensas á tu rey: quedará perdido enteramente el reino de Granada, y sus moradores irán desterrados á tierras estrañas: los bienes reales desaparecerán, y tú tambien saldrás de España, aunque con título honroso, dejando otro poseedor de las amadas llaves de la famosa Alhambra: los hijos han de pagar los pecados de los padres, y no te digo cuáles. Mucho me he alargado con lengua atrevida, y sé muy bien que por haberme descompuesto delante de tí soy digno de castigo; pero porque no me le des, triunfaré de mí mismo, y acabaré con esta guerra.» Dicho esto, el morisco sacó de súbito de una bolsa una pelotilla del tamaño de una agalla ó bala de arcabuz, se la echó en la boca, y luego se tendió en el suelo boca á bajo, sin mas volverse á mover. Maravillado el marqués de tal caso, mandó á un soldado que le levantase, y asiéndole de un brazo para hacerlo, no pudo, porque el moro estaba ya muerto. Esto puso en todos grande admiracion, y espantados de todo lo que habia dicho, y de aquella forma de muerte, mandaron quitar de allí al moro: entonces el marqués habló de esta suerte á todos los que estaban presentes.

Razonamiento del marqués de Mondejar á los capitanes y caballeros de su campo.

« En notable confusion me han puesto, gente valerosa, las descomedidas razones que ha pronunciado este moro tan desenfadamente, y si en algunas cosas ha dicho verdad, en otras anduvo muy errado, como en decir que los tres mil ducados repartidos últimamente en las Alpujarras se pidieron á S. M. para ayuda de los gastos de don Luis. Es verdad que se pidieron; pero habiendo reclamado sobre ello los moriscos, no pasó mas adelante el negocio, ni el rigor de la cédula. Decir que por esto y por vengarme de ellos, quedando muy enojado, hice pregonar las antiguas pragmáticas, es falso, y lo juro á ley de caballero: fué asunto acordado en el consejo real, á instancias del arzobispo de Granada don Pedro Guerrero, de otros obispos y prelados, y de varios ministros de aquel mismo real senado, movidos de su propio celo para alcanzar que estos moriscos dejaran sus costumbres, y fuesen buenos cristianos. No niego que yo tambien dí mi parecer sobre el particular; pero si fué error hacer semejante diligencia, no fué mio solo el yerro. Sobre lo que dijo de que dí cédulas firmadas de mi nombre y selladas con mi sello, notorio es que las he dado; mas que se entienda que los soldados por mi orden asaltasen á los lugares que estaban debajo de mi seguro, es falso, y una mera presuncion de los moriscos, porque Dios me es testigo si de ello no

me ha pesado mucho en el alma; y por vida de S. M. que el soldado ó capitán que se desmande, si cayere en mis manos, que le he de mandar ahorcar, aunque sea el mas noble y aventajado del mundo; pues no es razon que los malos soldados hagan semejantes maldades, y que se quede el general con la infamia.» Diciendo esto, el marqués mandó luego echar bando para que ningun soldado ni capitán, de cualquier estado que fuese, saliese sin órden del real, so pena de la vida; y despues mandó fortificar el campo, porque entendia estar allí algunos dias, aguardando respuesta de ciertos recados que se habian enviado á S. M.; y así aquí le dejaremos para volver al marqués de Velez que estaba en Felix, diciendo primero el romance que sigue, alusivo á lo dicho en este capítulo pasado.

El de Mondejar siguiendo
Al reyecillo malvado,
Corrió á Ogijar y Andarax;
Mas nunca pudo alcanzarlo,
Porque estaba Abenumeya
Lejos de allí retirado,
Aunque muy pronto volvió,
Y en Andarax se ha alojado.
Allí tuvo su consejo,
Como ya habemos contado.
Llegó el marqués á Paterna,
Do halló un campo formado
De moros apercebidos
Que le estaban aguardando,
Para darle la batalla,
Si viniera en aquel llano.
Su campo ordena el marqués,
Como estaba acostumbrado;
La batalla le presenta
A aquel bando levantado:
Dulzainas de un cabo suenan,
Y trompetas de otro cabo;
Grande rumor se sentia
De atambores por el campo,

Añafles y atabales
Atrás no se habian quedado.
La batalla se comienza
Muy sangrienta en cada lado;
Mas los cristianos son muchos,
Y su campo han mejorado:
Muchos matan de los moros
Con un valor estremado;
Los cuales salen huyendo
Del pueblo que están guardando,
Y los cristianos los siguen
Con un furor no pensado,
Matando en aquel alcance
Muchos del morisco bando.
Saquearon el lugar,
Grande despojo han sacado.
De allí se partió el marqués
Y en Orgiva se ha alojado,
Dó asentó bien su real
Por estar á buen recaudo.
Aquí de su rey aguarda
Que le venga otro mandado,
Porque no quiere sin órden
Que parta de allí su campo.

CAPITULO X.

En que se pone la batalla que el marqués de Velez dió á los moros de Ohanez, y que este mismo dia las galeras que estaban en Almería saquearon el pueblo de Inox habiendo batalla.

Muy confuso y enojado andaba el buen marqués de Mondejar al ver que por las demasías y el desórden de sus soldados, estaba él reputado entre los moriscos de hombre de poca palabra, y que por esta causa todos ellos se hallaban determinados á jamás hacer ningun concierto de paz. Era esto tanto mas grave para el marqués, cuanto que su intento habia sido siempre acabar por buena via aquella rebelion, para evitar los grandes daños que de ella claramente se esperaban; y tenia razon para sentir

mucho estas cosas, y las que agregaban de haber dado ocasion al levantamiento de los moriscos por el pregon de las pragmáticas hechas en daño de ellos; de todo lo cual estaba el marqués exento de culpa, pues muchas veces juró por la vida de su señor el rey, y por el valor de su antigua nobleza, que era todo calumnia; y cuando jura de este modo un caballero tan principal, se le debe dar crédito.

Entretanto el valeroso marqués de los Velez estuvo en Felix, despues de haber dado la sangrienta batalla, los postreros dias del mes de enero que mandó levantar el campo de allí, y que marchara la vuelta de un lugar llamado Ohanez, sito al fin del rio de Almería, hácia la parte de su nacimiento, muy pegado al principio de la Nevada Sierra. El dia siguiente á la salida del campo acudieron de aquellas montañas muchos de los moros que habian escapado de aquel riguroso trance de la batalla; unos buscando á sus mugeres, otros á sus hijos, otros á sus hermanos, parientes y amigos; mas no encontraron allí mas que los huesos mondos de todos, roidos por los lobos, y aun los perros, aquejados del hambre que apura á todos los vivientes. Los moros horrorizados del grande estrago hecho por los cristianos, y al ver todo el lugar sequeado y que no habia quedado en él criatura viva, no pudieron dejar de prorrumpir en triste y doloroso llanto, torciéndose las manos, y mesando las barbas y cabellos en fuerza del inmenso dolor: ¡Ay, hijos míos! decian unos; ¡ay, esposa mia!, exclamaban otros, y todos llamaban en vano á las personas mas allegadas que habian perdido. Hasta los perros andaban ahuyentados por aquellos campos, sintiendo la falta de sus dueños, y acompañando con sus aullidos el lamento de los moros, sin atreverse á entrar en el lugar para reconocer sus casas. Y por cierto me parece que fué demasiada crueldad la que los cristianos ejercieron en Felix, degollando á todos los vivientes, incluso las criaturas de un año, bautizadas, y en quienes no podia recaer sospecha de culpa.

Prosigo, pues, diciendo que el marqués de Velez anduvo con su campo hasta llegar al Barranco hondo, donde hizo alto una noche, y á otro dia mandó ahorcar á ciertos soldados, porque sin orden habian salido fuera. De allí fué al losado que dicen de Canjayar, y se detuvo otro dia. En la noche que el campo llegó al losado, los moros de Ohanez degollaron cruelmente á mas de treinta cristianos que tenian en su poder; lo cual se hiciera por consejo de una vieja mora, encantadora ó hechicera, que les dijo que si no degollaban aquellos cristianos, al punto serian vencidos y muertos, y que convenia hacerlo así por su remedio de ellos, puesto que los del marqués habian degollado á tantos moros en Felix. Entre los cristianos que asesinaron los de Ohanez habia dos ó tres doncellas, las mas hermosas de todo el rio de Almería; y á estas las degolló la misma vieja hechicera, que era natural de un lugar llamado Urraca en el rio de Almanzora, donde moraban los moriscos mas infames y perversos que tenia el mundo, segun declararémos mas adelante. Avisado de este triste caso el marqués se dolió profundamente, y mandó al sargento mayor Andrés de Mora, que ordenase al campo pasar el rio que venia de Andarax, y se llama el rio de la Taha de Plata: hizolo así el sargento mayor,

y despues llegó al lugar de Canjayar, donde no habia nadie : cerca de allí se encontraba otro lugar llamado Nicles, y mas adelante otro llamado Almanzora : todos estos pueblos ricos de ganados, de cera y miel ; pero á la sazón sin moradores por haberse juntado medianamente armados en Ohanez, donde aguardaban al marqués para darle la batalla, fiados en el pronóstico de la vieja hechicera de Urraca. Llegó el ejército á las cercanías de Ohanez, y tomó posición en una ladera muy ágría : los moros en gran copia se habian situado sobre unos tajos de peñas muy ásperos, adonde los cristianos no podian llegar sino con grandísimo trabajo. Visto esto por el marqués, mandó armar cuatro piezas de campaña que llevaba para tales ocasiones ; y estando ya á punto de disparar, quiso que antes de todo el campo se hincase de rodillas é hiciese oracion. Concluida esta, mandó dar á todos el *Santiago*, disparando primero las cuatro piezas sobredichas, que hicieron tanto ruido, que dejaron atronados aquellos valles y sierras, causando tanto terror en los moros, que de toda la muchedumbre situada sobre el tajo de peñas, no quedó ninguno, comenzando á huir por aquellos caminos á cual mas podia, despues de haber dado una carga de arcabucería. Los cristianos comenzaron á subir á toda priesa en seguimiento de los moros aquella fragosa cuesta, en medio de la cual habia un charco grande de agua claro, y algunos agitados del calor, cansancio y peso de las armas, principiaron á beber ; pero luego se movió gran vocería diciendo, que nadie bebiese de aquella agua, porque tenia tósigo. Sufrieron por esto la sed los soldados y pasaron adelante hasta llegar al lugar, el cual comenzaron á saquear. Los moros que estaban dentro se salieron huyendo por aquellas huertas arriba ; pero yendo en su alcance los cristianos mataron á muchos de ellos, sin dejar á vida ninguna vieja, por acertar con la hechicera, á la cual encontraron al fin y la hicieron pedazos. Duró el alcance mas de cuatro horas, y siendo ya tarde muchos cristianos se presentaron cargados de despojos y trayéndose muchas moras hermosas, pues pasaron de trescientas las que se tomaron allí ; y habiéndolas tenido los soldados á su voluntad mas de quince dias, al cabo de ellos mandó el marqués que las llevasen á la iglesia. El dia siguiente á la entrada del lugar fueron enterrados dolorosamente los cristianos degollados por los moros, y este dia era el de nuestra Señora de la Candelaria santísima. Tambien en el mismo ocurrió que las galeras de Nápoles llegaron á la ciudad de Almería con muchos soldados, y don García, gobernador de la plaza, trató con el general de las galeras, que se llamaba don Pedro de Leiva, que con ellas hiciera alto y muestra en aquella playa, que está á la vista de Inox y Guebro y de otros lugares cercanos, poniendo á la turquesca las antenas y tendales ; en Almería se tocaria á rebato de la mar, dando luego fama de ser el socorro que venia de Argel con armas y gente á los moros del reino de Granada. Hecho este concierto, las galeras se pusieron al instante á la turquesca, lo cual se reduce á llevar las antenas muy bajas, y en las puntas de ellas unas banderillas blancas y azules con medias lunas pintadas ; ardidés propios de soldados cosarios. Las galeras parecieron dos dias por aquellas playas, se tocó con gran priesa á rebato en Almería, y se echó

la voz de que era de turcos aquella armada, y que venia á traer socorro á los moros granadinos, con cuyo motivo todos los que se hallaban avecindados en aquellos lugares de la costa, especialmente los de Guebro, Torillas y Dalias se juntaron en Inox, porque estaba mas á la mano, para que las galeras llegasen allí; y cuando en muestra de su regocijo comenzaron á hacer gran fiesta de zambras y bailes á su usanza, el escuadron cristiano, que no fué perezoso para asir la ocasion por el copete, dió de improviso en la descuidada gente morisca apellidando *Santiago*, y comenzó á descargar en ella su arcabuceria con tanto estrépito, que parecia hundirse el mundo. Dándose este asalto de noche y cogiendo á los moros dormidos, cuando se levantaron y vieron encima de ellos tanta gente y tan bien armada, llenos de un pánico terror comenzaron á huir para la sierra; en pos de ellos iban las moras, habiendo cada una tomado lo que mas estimaba, como oro, plata, aljofar, ropas de seda y otras cosas ricas. Al romper el dia las galeras parecieron por ardid en la mar muy cerca de tierra; y para que el golpe se diera á medida de su deseo, comenzaron á tocar añafles á la usanza mora, habiéndolo mandado así los capitanes. Los moros de Inox, viendo las galeras tan cercanas y oyendo el sonido de los añafles, pensaron que se acercaban para ofrecerles su amparo y recogerlos; por lo cual todos los que huían se alargaron á la playa del mar. Los de las galeras, al ver cumplido su intento y que el dado les pintaba tan bien, echaron al punto los esquifes, y pusieron en ellos soldados y remeros vestidos á lo moro. Los moros y las moras que acudian dando gritos y huyendo de los cristianos que los perseguian, en llegando á la orilla del mar se metian á toda priesa en los esquifes, los cuales luego que se llenaban pasaban á dejar la carga en las galeras y volvian por mas; de esta suerte se cogieron gran cantidad de moros y moras, sin que advirtieran el engaño. Las galeras disparaban muchos tiros, al parecer contra los cristianos, y estos desde la tierra correspondian con las mismas apariencias de furor; pero como en los cañones y arcabuces no ponian mas municion que la pólvora, todo aquel estrépito se redujo á un simulacro, que sirvió de ardid para mantener el mayor tiempo posible en su engaño á los moros; de manera que cuando llegaron á reconocerle, ya habian caido en el lazo muchos, y de las moras especialmente quedaban muy pocas por embarcar. Un turco desde las mismas galeras se lo dijo en arábigo, y al instante muchos de los que estaban ya en ellas se arrojaron á la mar, y como la tierra estaba cerca salian á la playa dando grandes voces y advirtiendo á los demas en la misma algarabía: « Adonde vais, esclamaban, desdichados de vosotros, que os engañan: volved, volved pronto á la sierra, y no os acerqueis á la mar. » Los que estaban todavía en tierra, oyendo el grito, y viendo á los compañeros que salian mojados y tomaban la fuga, los siguieron sin detenerse, y de este modo se salvaron muchos por la sierra. Los soldados, luego que conocieron que su ardid se habia descubierto, y estaban ya desengañados los moriscos, dieron el alcance á los que huian, y cogieron á cuantos pudieron, cautivando á las moras que quedaban en tierra, y de las cuales no escaparon seis. Las

galeras, habiendo observado que no podrian ya embarcar mas gente, recogieron los esquifes, y se hicieron á lo largo de la mar con su ópima carga. Luego los cristianos tornaron á Inox y le saquearon, sacando de allí grandes despojos de ropas y sedas; hecho lo cual se volvieron á Almería. ¿Quién pudiera esplicar el llanto miserable que resonaba por todas las galeras de aquellas engañadas moras? Daba gran compasion oír sus alaridos despidiéndose de sus tierras, y no pudiendo apartar los ojos de las altas sierras de Inox: su clamor y el de los niños era tanto, que no se podia oír el pito del comitre; y así llegaron á Almería, donde se repartió toda la presa, y las galeras, cogida la parte que les tocó, tomaron la vuelta de levante. Cuando estas llegaron á Cartagena, vendieron gran número de los moros y moras que llevaban; lo mismo hicieron en Mallorca, y por los demas puertos adonde arribaban, hasta Nápoles donde despacharon el resto de la presa. He aquí la suerte desventurada de los moriscos de Inox y de aquellos lugares comarcanos. Ahora conviene volver al marqués, que dejamos en Ohanez, y que repartió tambien entre sus soldados la presa que por su parte hicieron, quedando todos muy contentos. La noche que se entró en Ohanez el campo estuvo bebiendo sangre y agua, porque á la parte arriba del lugar fueron muertos muchos moros y moras junto al mismo arroyo que bajaba á él; y así se cumplió lo que dijo aquel moro viejo, célebre sábio de Granada, llamado Abenhanim, el mismo que por el ruego del rey don Pedro de Castilla declaró los pronósticos de Merlin. Dos dias despues de esta rota de Ohanez le entró al marqués una compañía de cuatrocientos tiradores de Lorca muy lucidos, cuyo capitan fué el regidor de la misma Alonso de Leiva Marin; y estando mirando su excellencia con mucho gusto desde una ventana cómo pasaba el escuadron, salió de él desmandada una bala, y fué á dar en el borde de la ventana, y si acertara á llegar un poco mas arriba, allí matara al marqués, que se retiró disimulando el susto. Quiso el capitan hacer pesquisa sobre este hecho; pero jamás se pudo sacar en claro de dónde salió aquella bala, porque habia otras compañías que al tránsito hicieron salva á la de Leiva. Aquí estuvo el marqués muchos dias, durante los cuales tuvo nueva de que el de Mondejar habia saqueado á Andarax y todos aquellos pueblos de las Alpujarras; de lo cual le pesó mucho, y á todo su ejército tambien, porque todos llevaban puesta la mira en pasar á Andarax, á Ogijar y demas lugares cercanos, donde ya no les quedaba que hacer, ni que sacar. Por esto los soldados del marqués de Velez comenzaron á salirse del real secretamente, y en tanto número, que cuando él dió en la cuenta ya le faltaba gran parte de su gente; y muy pesaroso de la desercion, recelando que el reyecillo le acometiese con ventaja en aquella sierra, mandó que el campo bajase al losado de Canjayar por estar en llano, y para que la caballería pudiera pelear á su salvo con el enemigo, si acaso se presentase. De aquí tambien se le fué mucha gente, y de tal forma quedó reducido el ejército del marqués, que si entonces los moros le acometieran, sin ninguna dificultad le desbarataran. Conoció el peligro notorio en que se hallaba, y escribió á Lorca para que le socorriera con gente, y castigasen á los que habian desertado

de su real. Ocurrió entonces en aquella ciudad un caso notable, porque el alcalde mayor de ella, llamado Arriaga de Alarcon, haciendo diligencias para juntar el socorro que le pedia el marqués, se escedió con un anciano hidalgo, dándole un golpe con la vara de una pica, y descalabrándole. Los hijos del agraviado, sintiendo como hombres honrados la afrenta de su padre, echaron mano á las armas gritando: *Muera el traidor*; y no estando el alcalde bien quisto con la gente de Lorca, fué al punto acometido por mas de mil muchachos, que le tiraron tantas piedras, que parecia lloviesen del cielo. Al ruido se movieron tambien muchos hombres gritando: *Muera, muera*; de tal forma, que el pobre Arriaga tuvo que meterse y encerrarse bien en una casa para salvarse de la muerte. Este ruido tan endiablado costó despues la vida á algunos, y á muchos el sacrificio de sus haciendas, habiendo quien pagara lo que no debia; y si S. M. no concediera un perdon general, la mitad, cuando no toda la ciudad de Lorca, fuera destruida por la demasía de aquel imprudente y necio alcalde, que pudiera hacer su oficio, servir al rey, y favorecer al marqués con gente, sin propasarse y causar alborotos. En fin, el marqués recibió socorro de Lorca, y ademas le entraron cuatro compañías de gente escogida y bien armada de Albacete y Chinchilla, con lo cual se holgó grandemente, y viéndose ya bastante reforzado, determinó atravesar las Alpujarras, mandando levantar su campo, y yendo por la Taha de la Plata á Verja, lugar bueno y marítimo, donde mandó sentar su real despues de haberle fortificado para que el enemigo no le dañase. Quédese aquí por volver al marqués de Mondejar, á quien dejamos en Orgiva, diciendo primero sobre el capítulo pasado el romance que se sigue.

Las tremolantes banderas
Del grande Fajardo parten
Para las Nevadas Sierras,
Y van camino de Ohanez.
Ay de Ohanez!
Ocho mil guerreros lleva,
Cada uno es como un Marte,
Llegan al barranco hondo,
Y allí al campo se hizo tarde.
Tarde, tarde.
Marcha el marqués á otro dia,
Cuando el sol al mundo sale,
Y á Canjayar llega el campo,
Y su losado, que es grande.
Grande, grande.
El bando moro entendiendo
Que el marqués viene á bus calle,
Esta noche echado ha suertes,
Por ver si podrá aguardarle.
Aguardarle.
Una mora echa las suertes,
Vieja mala mas que landre,
La cual dice que bien pueden
Dar batalla y esperalle.
Y esperalle!
Mas que primero den muerte

A los cristianos de Ohanez
Que tienen allí cautivos,
Y que su sangre derramen.
Ay, derramen!
Los cristianos fueron muertos
Por aquella gente infame:
Tres doncellas degollaron
Delante sus mismas madres.
Madres, madres!
En el real se supieron
Estas atroces crueldades,
Y juran de bien vengarlas
En dando el sangriento Marte.
Marte, Marte!
Otro dia en la mañana
El campo marcha y se parte,
Pasando primero el rio
Para subir á Ohanez.
Ay, Ohanez!
Por una ladera arriba
Todo el campo se reparte,
Y todo el bando morisco
Hace de sí un baluarte.
Baluarte!
En un gran tajo de peñas
Hácese un escuadrón grande;

Mas el campo le dispara
Cuatro pelotas volantes.
Ay, volantes.
Desampara el bando moro
El peñasco, y de allí sale
Huyendo para la sierra,
Mas le siguen el alcance.
Alcance.
Los valerosos cristianos
Que los siguen y dan mate,
Muchos matan de los moros;
Las moras no hay escaparse,
Escaparse!
Que todas fueron cautivas,
Sin mas poder remediarse,
Y tambien murieron muchas
Que no pudieron guardarse.
Ay, guardarse!
Tantos matan de los moros,
Que el rio va tinto en sangre,
Y los cristianos la beben,
Que no pueden escusarse.
Escusarse.
Convínole aquí al marqués
Muchos dias aguardarse,
Hasta que órden le venga
Dónde ha de ir, ó á qué parte.
Parte, parte.
Tantos dias aquí estuvo,
Que su campo se deshace,
Y por esto le convino
Volver atrás al gran Marte.
Marte, Marte!
Al losado de Canjayar
Se descende, por ser grande,
Y que la caballería
Por todo el llano se ensanche.
Ensanche.
A Inox en aqueste tiempo
Se saquea, y le deshacen,
Que soldados de Almería
Le siguen con crudo alcance.
Ay, alcance!
Soldados de las galeras
Se hallan en este lance,
Y por un taimado engaño

Van los moros á embarcarse.
A embarcarse!
Entienden que las galeras
Que parecen, son de paces;
Y así embarcan muchas moras
Que allí van á remediarse.
Remediarse!
Mas el engaño entendido
Quisieran desembarcarse,
Y no pueden los cuitados
Del lazo desenlazarse.
Desenlazarse!
Las galeras á Almería
Se vuelven á solazarse,
Y allí reparten la presa,
Que es muy opima y muy grande.
Y muy grande!
Las galeras hacen vela,
Y parten para Levante,
Llevando moros y moras
Que vender en cualquier parte.
Parte.
En este tiempo el marqués
A las Alpujarras sale
Del losado de Canjayar
Un domingo, ya bien tarde,
Tarde, tarde.
Porque le vino gran gente
De Albacete y otras partes,
Y de Lorca y de Chinchilla,
Que no pudo mejorarse.
Mejorarse.
Son todas cinco banderas,
Do vinieron á juntarse
Mil soldados bien armados
Para entrar en cualquier parte.
Parte.
Con esto sale el marqués,
Dando órden de que marchen
Por todas las Alpujarras
Con banderas y estandartes.
Estandartes.
Pásalas luego el marqués,
Y en Verja quiso alojarse,
En donde le dejarémos
Por escribir de otra parte.

CAPITULO XI.

En que se pone la cruda muerte del capitan Alvaro de Flores y la rota de toda su gente en Valor : asimismo la rota del capitan Farax, y la muerte de los suyos en Pulpi.

Triste, confuso, muy enojado y aburrado estaba el buen marqués de Mondejar, viendo que no podia apaciguar la rebelion, ni atajar la licen-

cia de la gente de sus militares banderas, al paso que cada dia los moros se rehacian de armas, y al reyecillo de instante en instante le entreban socorros de toda la raya de Málaga, de la sierra de Ronda, y aun de Berbería, con tanta abundancia de armas, que ya estaban bien apercebidos casi todos los moros granadinos, y prontos para acometer cualquier caso de guerra. Estaba aguardando la órden que le enviaria S. M. para el fin de aquella lucha; y como no le faltaban émulos, se decia en la corte que por su descuido ó por falta de voluntad, se dilataba la guerra, y se habia dado tiempo á los moros para proveerse de armas, y mejorar su partido: así es, que por último mandó S. M. al marqués, que dejase el ejército, y se volviese á Granada, como dirémos luego mas largamente en su lugar. El reyecillo, viéndose tan bien acompañado de tropas belicosas, y en gran número, procuró hacer prontamente todo el daño posible á los cristianos, y para ello quiso al principio usar de una sagaz treta, la cual fué enviar al real del marqués de Mondejar un morisco discreto y muy bien industriado, que le dijese como Abenumeya estaba en Valor con mucho descuido y poca gente, presentándose allí la ocasion mas favorable de prenderle. El morisco que se escogió para este caso era tan astuto como aquel Sinon que fué enviado de parte de los griegos al bando troyano; y así vistiéndose pobrementemente, y mostrando el ánimo abatido, se llegó al real del marqués, trayendo en la mano una vara alta, y puesto en la punta un paño blanco como símbolo de paz. Luego que se dejó ver dieron aviso á su excelencia, que mandó le dejasen entrar; y en llegando se hincó de rodillas delante del marqués, y principió á hablarle de esta manera:

Oye, inclito varon, valiente Marte,
 De godos descendiente, sangre ilustre,
 Que eres la flor de España, y la mas alta
 Despues de aquel escelso don Felipe
 Que el cetro tiene della, y la gobierna!
 Ahora es tiempo, buen marqués escelso,
 Que acabes con la guerra en solo un punto,
 Y allanes las banderas levantadas
 De la morisca gente perniciosa;
 Y quites las sangrientas crueldades
 Que pasan en la guerra trabajosa;
 Y escuses tantas muertes de cristianos
 En todas estas sierras y Alpujarras,
 Do van sin orden tuya, y donde mueren
 A manos de enemigos levantados
 Contra la fe católica de Cristo.
 Podrás quitar, señor, los grandes llantos
 De las mugeres tristes y los niños,
 Las hambres y las sedes, y las muertes
 Que pasan con la guerra luctuosa,
 Durmiendo por la nieve frigidísima,
 Pues no hay otros albergues mas seguros.
 Los niños en naciendo allí se yelan,
 Las madres no se escapan de aquel parto
 En las nevadas camas las mezquinas;
 Y atento aquestas cosas sin ventura
 La paz desean todas y con llanto,

Al cielo santo piden que las oiga.
 Los tristes moradores de las sierras
 Dicen al de Valor que haya paces,
 Y cese ya la guerra sanguinosa,
 Que no es para pasar tan triste vida.
 El rey malvado á todo contradice,
 Y dice que no traten mas en ello :
 Si acaso alguno á esto le replica
 Al campo manda luego que le ahorquen ;
 Y destes tiene ya muchos finados,
 Sin que haya quien le rete lo mal hecho.
 Queríanle matar, mas andan tímidos,
 Porque el turquesco bando le engrandece,
 Y guarda que á la ropa no le toquen ;
 Y así el morisco bando está afligido,
 Y no sabe qué haga en este caso :
 Desea paz ; la guerra mas se enciende ;
 Dejar ninguno osa las banderas
 Por el temor que tienen de la muerte.
 Marqués escelso, ilustre y poderoso,
 Ahora está en tu mano dar remedio
 A la morisca gente arrepentida,
 Matando al reyecillo allí en Valor,
 Seguro y descuidado de la guerra,
 Durmiendo á sueño suelto entre sus colchas,
 Que son de seda fina muy labradas.
 Envía, buen señor, gente de guerra,
 Y á un bravo capitan que allí le mate ;
 Que muerto este traidor, la guerra luego
 Habrá un glorioso fin, y habrá mil paces.
 Al punto todo el reino estará llano,
 Los daños cesarán por todas partes,
 Volverse han los moros á sus casas,
 Daránle al rey Felipe grandes rentas ;
 Y tú, señor, en gloria de este caso
 Serás eternizado por el mundo ;
 Serán los niños y mugeres tristes
 En su descanso ya restituidos ;
 Y te dárán inmensas bendiciones
 Si propicio te prestas á su ruego.
 Y si tú, oh marqués, no los remedias,
 Verás las Alpujarras destruidas,
 Dentro de ella banderas africanas,
 Y á España puesta en punto de perderse.
 No des lugar, por Dios, á tantos males ;
 Favor y auxilio presta á quien le pide ;
 Vé tú en persona al caso, dale muerte
 A aquel que es descendiente de Mahoma :
 Tuya será la gloria de este hecho,
 Tú solo la mereces, no otro alguno ;
 No envíes capitan que la pretenda.
 Qué aguardas? Parte luego, marqués claro,
 No tardes, que en tardarte está el peligro ;
 A Valor ve, y triunfa de tal gloria,
 Pues Dios quiere que tú solo la goces :
 Alegra todo el reino con tu ida,
 Y en el Alhambra ilustre, la cabeza
 Pondrás del reyecillo mal mirado,
 Con una letra escrita, que así diga :

Esta es la cabeza del
Reyecillo sin ventura,
Y el marqués de la Ventura
Se la cortó, y triunfó dél.

Esto dijo el cauteloso moro, y prorrumpió luego en un copioso y fingido llanto, dejando maravillados á los que estaban allí presentes, y tanto deseaban ver el término de aquella guerra sangrienta. Mirándolos á todos el marqués dijo que tal ocasion no era de perder; y puesto que el reyecillo estaba tan descuidado, queria él tomar á su cargo la empresa de matarle ó prenderle, pues tanta honra y lustre le daria el suceso; para lo cual mandó al sargento mayor que al instante le apercibiese mil hombres bien armados. Todos los caballeros que allí se hallaban le fueron á la mano diciendo, que no convenia hiciese él solo aquella jornada, porque se ponía en notable peligro de perderse con la gente que llevara; y que para tales casos seria mejor que se valiera de alguno de los capitanes de distinguido valor que tenia en su ejército. Otros pensaban que seria mas acertado pasar allá con todo el ejército y buscar al enemigo, que tal vez se hallaria bien apercibido, y si iba poca gente podria desbaratarla y vencerla con facilidad. Estas y otras cosas se dijeron en el consejo de guerra que tuvo el marqués con los gefes y capitanes de su campo; pero uno de ellos muy valeroso, llamado Alvaro de Flores, le suplicó que oyese su parecer, tal vez acertado en aquel caso. Todos callaron, y viendo Flores que estaban prontos á oírle, con muy buenas palabras habló de esta suerte :

Razonamiento del capitan Alvaro de Flores.

« Valeroso marqués, inclito capitan de Granada y su reino por S. M. : las cosas tocantes á la guerra, es menester mirarlas y disponerlas con maduro acuerdo, y el buen parecer de hombres experimentados para alcanzar el acierto que se desea en las cosas árduas y graves como la que ahora se nos presenta. Si el señor de Valor está tan descuidado como este moro dice, no es posible que lo esté el escuadron turquesco, porque al fin es gente belicosa; y no fuera justo que el mismo general de un campo como este se pusiese en notorio peligro de ser roto ó muerto por irle á buscar sin bastante prevencion. Yo considero que si marcha todo el campo, tendrá luego noticia el enemigo, y pudiéndose retirar á otra parte, será en vano buscarle como nos ha sucedido hasta aquí; por lo cual la guerra no podrá dejar de ser prolija y de pasar adelante: así, pues, es mi parecer, salvo otro mejor, que se trate de buscar y matar al reyecillo, y esto hecho todo el reino se allanará, y pondrá bajo la proteccion de la real corona, como ha dicho este moro. Para el logro del caso es menester buscar de noche al de Valor con poca gente, y no con mucha que alborota el mundo, y con el ruido que mete basta para dar noticia de sí misma. Yo me ofrezco á buscarle, prenderle ó matarle; porque sé todos los pasos de la tierra de la Alpujarra en donde está, y entraré por parte tan oculta,

que no pueda ser sentido ni visto de moro alguno. Para esta empresa no necesito que me acompañen mas de cien soldados, y aun menos, porque dado el caso que en el lugar de Valor se nos sienta, y nos quieran ofender, me obligo con los cien soldados á quemar el pueblo y pasar á cuchillo á todos sus moradores; y si el señor de Valor estuviere dentro no se nos podrá ir de la manos, porque conozco muy bien su alojamiento, y lo primero que ha de hacerse es cercarle de modo que no se pueda escapar: hecho esto, nosotros, con el favor de Dios Todopoderoso, volveremos por sendas ocultas á nuestro real, contentos de haber alcanzado una victoria aventajada. A esto se reduce lo que ofrezco hacer; pero si acaso hay algun otro capitan que ofrezca mas, y espere alcanzar mejor suerte, salga, y Dios le dé tan buena fortuna como todos deseamos, y nuestro campo la ha menester.» Con esto puso fin á su razonamiento el capitan Flores, y sobre ello hubo varios pareceres; porque muchos capitanes quisieran tomar á su cargo aquella demanda por vivo deseo de la honra que de ella se derivaba; mas al fin el acuerdo último fué que hiciese aquella jornada el capitan Alvaro de Flores, llevando no los cien hombres que habia pedido, sino hasta ochocientos buenos soldados, todos diestros tiradores, los cuales se alistaron al punto para salir aquella misma noche, llevándose al moro con ellos. Partió Flores con aquel secreto que el caso requeria, y anduvo sin parar hasta el rompimiento del alba el dia siguiente, en que emboscado todo el escuadron dentro de unas espesuras, se mantuvo en ellas hasta la noche venidera, que tornó á marchar la vuelta de Valor. Dos dias estuvieron emboscados, y otras dos noches caminaron, de manera que á la tercera estaba el escuadron muy cerca del pueblo, procurando llegarse á él con todo silencio para no alarmar á los enemigos. Mas no fueron sus pasos tan encubiertos, que dejaran de observarlos mas de dos mil moros que los estaban aguardando en los pasos estrechos para dar contra ellos á su tiempo; y así los dejaron llegar al lugar, en donde Alvaro de Flores mandó cercar inmediatamente la casa del reyecillo, como quien muy bien la conocia. Todo era en vano, porque él no estaba dentro, ni en todo el pueblo habia mas que mugeres, dejadas allí por industria para que los soldados se cebasen en el saqueo y cautivarlas á ellas. Allí se desapareció el moro que guiaba á los cristianos, sin que advirtieran cuándo ni por dónde, causando su descuido la mucha codicia que llevaban de robar. Puesto ya el cerco en la casa del reyecillo, y siendo la hora de romper el alba, prorrumpieron los cristianos en su acostumbrado grito de *Santiago, Santiago*; y disparando al mismo tiempo la arcabucería con grande estrépito, acometieron al lugar por todas partes sin aguardar orden. Flores estuvo muy atento y aguardando que el reyecillo saliese por alguna puerta ó ventana; pero se cansaba en balde, porque estaba en otra parte. Entrando los cristianos en el lugar sin resistencia, hallaron las puertas muy bien cerradas por dentro, mas las sacaban con furia de sus quicios y entraban en ellas ansiosos del robo. Muy maravillados de no encontrar ningun moro, pillaban á su salvo cuanto hallaban, y prendian á las moriscas, puestas allí por industria para su mayor daño: finalmente á la salida del sol ya estaba todo el lugar de Valor saqueado, y

quedaban presas todas las moras. Alvaro de Flores, viendo que su intento no salia como habia pensado, malcontento del suceso, y advirtiendo por otra parte que sus soldados andaban descarriados y tan cebados en el robo, temió algun daño que le podria sobrevenir, y mandó tocar á retirada. Entendida la señal por los codiciosos soldados, salieron de las casas y se juntaron al punto cargados todos y ricos de moras muy hermosas y de grandes despojos puestos en lios, los cuales les daban á estas para que se los llevasen, habiendo algunos que por ir mas sueltos y descansados las daban tambien los arcabuces y demas armas. Los moras, como instruidas del trato concertado, no mostraban pena ninguna de su prision; y de este modo comenzó á marchar la bisoña compañía la vuelta de su real, pensando que nadie impediria su jornada, y llegarian á su salvo con tan rica presa. Pero le sucedió muy al contrario, porque aun no llevaban andado un cuarto de legua cuando por entre unas angosturas grandes del camino que llevaban, y por donde habian de pasar forzosamente, se les presentó un escuadron numeroso de turcos, cuyo capitan era el bravo Caracacha, y asomaron tambien por los lados de las dos sierras mas de dos mil moros. Alvaro de Flores, viendo que aquel paso tan estrecho estaba cogido por tanta cantidad de enemigos, y que era imposible seguir por allí su camino sin recibir muy notable daño, arrepentido ya de haber venido en aquella demanda, quiso volverse atrás, y tomar á Valor para su defensa. Queriéndolo poner en ejecucion, hizo de la vanguardia retaguardia, y marchando hácia Valor les salió al encuentro otro escuadron no menos numeroso que los que habia descubierto, cuyo capitan era el otro turco compañero de Caracacha, el cual venia caminando á toda priesa por dar alcance á la bandera cristiana. Viéndose cercados y metidos en tan grave peligro todos los soldados de Alvaro Flores, aguijaron á las moras, y tomando las armas que ellas llevaban, se pusieron en defensa con esperanza que aun tenian de la victoria. Como las moras estaban ya avisadas de lo que habian de hacer, principiaron á caminar hácia Valor, llevándose todos los lios que los soldados habian juntado; y aunque estos las vieron ir, no curaron de ellas, sino de apercebirse para la batalla que les esperaba. Alvaro de Flores reconoció que estaba cercado por todas partes, y persuadido de que habia llegado su perdicion, procuró alentar á los suyos, diciéndoles: «Ea, amigos y valerosos soldados, hoy es el dia de nuestra gloria; no tengamos en nada á los enemigos aunque son muchos, porque no son tan diestros como nosotros en el manejo de las armas, ni de tanto valor. Por tanto, encomendémonos á Dios, y dándoles el *Santiago*, carguemos sobre ellos con presteza, que la diligencia es madre de la buena ventura.» Diciendo esto, el valeroso capitan acometió á los enemigos que le tenian cogido por las espaldas, y disparando su arcabuz, y mostrando todavía grande ánimo, añadió: «A ellos, no los tengamos en nada.» Los valerosos cristianos, siguiendo el ejemplo de su noble capitan, dieron en sus enemigos una gran carga de arcabucería; pero luego no pudieron cargar otra vez sus armas por la presteza con que los acometieron los moros guiados por el bravo Caracacha, que en la primera descarga mató á muchos cristianos.

Tambien su compañero, por la parte de la vanguardia en donde estaba Alvaro de Flores, dió otra carga no menos feliz. ¿Qué importa que mataran los cristianos á mas de cincuenta moros, si esta pérdida no hacia mella en un escuadron tan disforme? Cerrando los unos con los otros, se empezó una batalla cruel, en la que los cristianos peleaban como leones, sin que les aprovechara su esfuerzo ni el acabar con muchos moros, porque de aquellas sierras llovian tantos, que habia cien de ellos para cada cristiano. Y los que mas dañaban eran los turcos, que como hombres diestros en la guerra hacian gran matanza en sus contrarios. El valeroso Flores obraba maravillas; pero hállandose ya herido malamente se retrajo á una parte de la ladera, acompañado de algunos soldados, que peleando con tanto denuedo como él, fueron todos muertos; en una palabra, de los ochocientos hombres que vinieron con Flores, no se escaparon vivos seis de aquella tan dura y sangrienta batalla. Por todo el camino y por aquellas laderas no se hallaba mas que cuerpos de cristianos hechos pedazos, porque como los moros eran muchos, no se contentaban con ver muerto á un cristiano, sino que no se tenia por bueno quien no ensangrentaba en el sus armas, para que no dijeran los demas que se habia estado holgando. Así no habia cristiano que no tuviese cien heridas, cosa que causaba grandísima compasion. No dejó de haber en esta batalla muchos moros muertos, porque preguntándole yo á uno de ellos, me dijo que tuvieron mas de trescientos, y entre ellos veinte y cinco turcos. Con todo eso quedaron muy ufanos y alegres por la alcanzada victoria, y porque cogieron todas las armas de los cristianos, que pasaban de ochocientos arcabuces y otras tantas espadas. Cogiendo los moros todos estos despojos se fueron á Valor, y las armas del capitan Alvaro de Flores, que eran muy buenas, especialmente la espada y daga, se las presentaron al reyecillo, que muy alegre las tomó, diciendo: « No tengo en poco el despojo del capitan Flores. » Algunos moriscos que se hallaron en esta rota me han dicho que la mortandad de los cristianos se ejecutó en menos de una hora; y que Abenumeya estuvo mirando la batalla desde una ladera de aquellas sierras con dos mil hombres mas de asistencia para acudir adonde fuese necesario. Luego que entró este en Valor llegaron mas de quince mil moros despechados por no haberse hallado en la accion; y viéndose tan bien armado y con tan poderoso ejército, dijo á sus capitanes, que ya no temia que la fortuna le derribase del lugar eminente en que estaba puesto; y así pensaba verse con el ayuda de Mahoma coronado en lo mejor de España, como lo estuvieron sus antepasados. Con esto lleno de altivez, y alimentándose de vanas esperanzas, el reyecillo pasó en Valor muchos dias, disponiendo los negocios tocantes á la guerra: aquí le dejarémos para referir otra rota de moros hecha por los cristianos en aquellos dias.

Ciertamente el capitan negro Farax hizo muchas y grandes entradas en el camino de Lorca y Vera con felicidad, sacando abundantes presas de ganados y cautivos, con los cuales pasó á Argel dos ó tres veces para venderlos y traer armas del producto. Cansado ya el cielo de los males que obraba, dispuso traerle á una ruina total; y así queriendo hacer

otra de las presas de cristianos que acostumbraba llevar á Argel, se fué con cien soldados adonde solia entre Vera y Lorca, junto á la fuente de Pulpi. Puesto Farax en su emboscada aguardando que pasasen cristianos por el camino, cierta atalaya que los de Lorca habian colocado en parage de donde se le pudiera descubrir cuando viniese, luego que aquel llegó con su escuadron, puso fuego de aviso en lugar que no pudieran percibir Farax ni su gente. En Lorca habia otras dos atalayas, puestas una en la torre de Alfonsi, y otra en la torre de la Vera, la Vieja, las cuales viendo el humo que servia de señal, al punto dieron aviso de lo que ocurría, y sin mas dilacion salió á un caso tan deseado mucha gente bien armada, tanto de Lorca como de Vera, poniendo cada ciudad de su parte cuanta diligencia fué posible para venir á la fuente de Pulpi; y sabiendo por la centinela adonde estaba la emboscada de Farax, le rodearon de tal suerte, que no pudo evitar la batalla con la fuga. Los de Lorca serian unos ochenta soldados valerosos; y á fin de que los moros salieran á campo raso, treinta de los ochenta tomaron el camino real hasta llegar á la fuente, yendo sobre aviso, y puestas las cuerdas en las serpezuelas de los arcabuces: estando ya en la fuente, el centinela de Farax que les descubrió, dió aviso de que pasaban cristianos la vuelta de Vera, y no estaba cierto de si serian veinte ó treinta, porque con la espesura de los lentiscos no habia podido contarlos bien. Farax confiado en su buena fortuna y en la gente valerosa que llevaba, hizo de ella dos partes, para que la una tomase el camino de Lorca, y la otra el de Vera, á fin de que los cristianos no se les pudiesen escapar. Estos, que estaban aguardando en la fuente aquella coyuntura, se fueron por la parte que dirigia á Lorca, y así que los moros los vieron, principiaron á disparar contra ellos sus arcabuces, dando grandes alaridos. Los cristianos no se descuidaron un punto en este caso, sino que dieron en ellos al instante disparando y gritando: *Santiago, á ellos*. Los otros moros, que tomaron el camino de Vera, acudieron prontamente adonde se habia trabado la batalla, y tuvieron ya por muy cierta la presa de aquellos cristianos; mas les salió frustrado el pensamiento, porque los demas de Lorca que se habian emboscado en la parte de la Rambla Guazamara, salieron luego con grande ímpetu, apellidando tambien *Santiago y á ellos*, y descargando su arcabuceria asaltaron á los moros por otra parte. Su esforzado capitan Farax los juntó entonces á todos, y rehizo su escuadron con gran presteza; pero recelando de que hubiese en la emboscada mas gente, y especialmente de caballería, principió á retirarse peleando por un atochar adelante, y habiendo dejado la espesura de los lentiscos, se acogió á una grande cueva que habia entre unos peñascos. Los moros, hallándose allí seguros de los caballos, peleaban valerosamente con los cristianos, y de ambas partes habia ya muchos heridos y algunos muertos. Aunque los de Lorca no eran tantos como los moros, principiaban ya á subir por el montecillo arriba cuando llegó la gente de Vera, compuesta de treinta soldados de á caballo y ochenta peones. Estos, oyendo desde lejos la arcabuceria y el ruido de las armas, venian todos volando por hallarse en aquella accion; pero como los caballos no podian subir

el montecillo, le rodearon todo para que ningun moro se les escapase. Los peones de Vera, juntándose con los de Lorca, comenzaron á subir á lo alto, donde los moros, metidos unos dentro de la cueva y otros estando á la puerta, todos animados por Farax, capitan bravo, peleaban desafortadamente. Mas poco les valia su esfuerzo, porque los cristianos atacaban con muchísimo valor, y encontrando tanta resistencia, acordaron poner fuego al rededor del montecillo, que todo estaba lleno de un espeso atochar y romeral, para abrasar á los moros. El fuego comenzó á prender por todas partes con tal braveza que espantaba, y el humo se veia ya desde Lorca y Vera. Conociendo los moros que de ningun modo podian escaparse, arrojaban desesperados en el fuego las escopetas para que los cristianos no se sirviesen de ellas, y luego se abalanzaban por medio de las llamas buscando camino para salvarse con la fuga; pero unos morian ahogados del humo, y otros se abrasaban cayendo en el fuego: si alguno era tan venturoso que salia vivo de entre aquellas llamas, daba luego en las manos de los cristianos y al punto era muerto. De este modo perecieron todos, salvo el malvado Farax, que ayudado de algun diablo se escapó huyendo por medio de las llamas, con tan buena suerte, que tampoco pudo ser preso ni muerto por los soldados, ni alcanzado por los de á caballo, porque volaba por el aire, y echaba siempre por partes que no era posible seguir, segun iba atravesando las hondas ramblas, y saltando por crecidos barrancos, hasta que se metió en la espesura de los acebuchares de la Rambla Guazamara, donde no bastaria á hallarle todo el universo. Así con harto dolor se escapó este perro, despues de perdida toda su escuadra, quedando unos quemados y otros hechos pedazos. Mucho sintieron los cristianos que se les hubiese escapado el soberbio Farax; mas en vista de que esto no tenia ya remedio, acordaron cortar la cabeza á todos los moros, y juntando hasta ochenta, porque las demas se quemaron con sus cuerpos, se las repartieron los de Lorca y los de Vera, juntamente con las armas que parecian de algun provecho. Este fin tuvo la compañía del bravo Farax, quien llegó medio abrasado á Purchena, en donde estaba el capitan Maleh, y allí reparó su salud, la cual mas valiera que Dios no se la diese por el mucho daño que hizo despues que se puso bueno. Deseando este vengarse de los cristianos, se fué á Argel, donde fijó su domicilio y compró una galeota grande, con la cual, y acompañado de algunos renegados, volvió á las costas de España, é hizo grandes presas de cautivos. Del fin que tuvo el capitan Farax no he sabido cosa ninguna: ahora conviene que volvamos al marqués de Mondejar, veamos el estado de sus negocios, diciendo primero el romance que se compuso sobre este capítulo pasado.

El de Tendilla y Mondejar
 En su real asistia;
 Con él están muchos nobles
 De la ilustre Andalucía.
 Estando un dia tratando
 De lo que hacerse podria

En aquella guerra infame
 De la gente granadina,
 Llegó un morisco corriendo,
 Que de la sierra venia;
 Y estando ante el marqués
 De esta suerte le decia:

« Valeroso general
 De Granada y su valía,
 Ahora es tiempo, si quieres,
 De ganar gran nombradía,
 Y de reducir el reino
 A la paz como solía.
 Sabrás que el reyecillo
 Con muy poca compañía,
 En Valor se está muy quieto
 Holgando de noche y día:
 No tiene cuenta con guerra,
 Ni del gran daño que había
 Resultado por su causa
 En toda la Serranía.
 Allí le puedes prender
 A tu modo y á tu guisa.
 Si quieres, ve tú en persona,
 O algun capitán envía,
 Que bien sabes de su muerte
 El provecho que vendría. »
 El marqués que aquesto oyó
 Quiere él hacer la vía;
 Mas los nobles de su campo
 Le defienden esta ida,
 Porque es caso peligroso
 Intentar la tal partida;
 Que se envíe un capitán
 De los que en el real había.
 El buen Alvaro de Flores
 Dice que á él le convenia,
 Porque sabe bien la tierra
 De toda aquella axarquía.
 El marqués quiere que vaya,
 Y que lleve en compañía
 Mil valerosos soldados,
 Armados cual convenia.

Alvaro se marcha luego
 Por caminos que él sabia;
 De día se está emboscado,
 Y por la noche camina.
 En tres días llegó á Valor,
 Y un alba á la matutina,
 Contra el lugar con su gente
 Dió una grande arremetida.
 Pero no encuentra defensa,
 Ni á nadie que contradiga;
 Solas mugeres hallaron
 Muy cuitadas y afligidas.
 Los soldados hacen presa
 De ellas y de cuanto había;
 No hallan al reyecillo,
 Porque en Valor no existia,
 El escuadrón muy contento
 En marcha ya se ponía
 Para tornar al real,
 Y no fué como queria;
 Porque le tienen tomadas
 Los moros todas las vías.
 Comiénzase una batalla
 Muy sangrienta y decisiva:
 Los cristianos pugnan fuertes
 Y matan gran morería;
 Mas los moros eran muchos,
 Y tanta era la demasia,
 Que para un cristiano hay ciento
 Que los matara á porfía;
 No quedó ningun cristiano
 Que escapase con la vida.
 El buen Alvaro de Flores,
 Haciendo lo que debia,
 Murió como varón fuerte,
 Y mostró gran valentía.

CAPITULO XII.

En que se dice como S. M. mandó al marqués de Mondejar que saliese de las Alpujarras y viniese á la corte, dejando en los lugares mas importantes soldados de presidio; y cómo el reyecillo acordó de dar batalla una noche al marqués de Velez en Verja.

Aunque en el romance pasado hemos dicho que de la rota miserable del capitán Alvaro de Flores no quedó hombre vivo, bien podia decirse esto así, aunque se salvaran seis ó siete. La mala nueva se supo luego en el real del marqués de Mondejar, y aun llegó tambien muy pronto al del marqués de Velez. El de Mondejar lo sintió vivísimamente como era de razon; y no pasaron muchos días despues cuando le mandó su magestad que dejase la guerra y partiera á la corte, poniendo gentes de presidio y

la fortificación correspondiente en los lugares mas importantes, hasta que se diera orden sobre lo que habia de hacerse. En seguida partió el marqués para Granada, dejando en Orgiva la principal parte de su real, y el resto repartido en los presidios necesarios, con capitanes asistidos de gente bastante para que con escoltas se llevaran de una parte á otra las municiones, bastimentos y demas cosas necesarias á la guerra. De allí salió luego para la corte, donde es de entender que influyeron sus émulos en este grave disgusto que tuvo y sintió mucho, viendo que el marqués de Velez se quedaba en las Alpujarras, y á él le mandaban salir de allí, y dejar en su lugar á don Juan de Mendoza, cercano deudo suyo.

Estando todavía en Valor el reyecillo muy ufano y vanaglorioso por haber desbaratado y muerto á un escuadron tan grande de cristianos, ganando ademas tantas y tan buenas armas, tuvo aviso por los moriscos de Granada de que el marqués de Mondejar habia partido para la corte; con lo cual tomó mucho mas ánimo, y especialmente al ver que los de Granada le suplicaban que cayese sobre las tierras del marqués de Velez, y tomase las disposiciones convenientes para desbaratarle; pues conseguido esto, su negocio se haria mas llano, pudiendo los moros de Africa, que por temor del marqués no osaban desembarcar, socorrerle con gente y dinero, y las demas cosas necesarias para la guerra, llevándoselas á aquellas costas. Persuadido de esto el reyecillo se propuso ir luego contra el marqués á Verja, y darle una cruda batalla, para desbaratarle si podia, pues le habian informado de que se encontraba con poca gente; y así en presencia de los dos capitanes turcos y de los demas gefes que estaban en Valor pronunció el razonamiento siguiente:

« Varones ilustres, fuertes y bravos capitanes que bajo de las mahométicas banderas militais con inmortal valor, levantando vuestros nombres á las lucientes estrellas: bien habreis reconocido que Mahoma nos es propicio en todo, porque vemos claramente que no nos fallece con su favor y auxilio, y no ha muchos dias que conseguimos de nuestros enemigos una victoria insigne, de cuyas resultas nos proveimos de buenas y bastantes armas para contrastar en adelante á las cristianas banderas. Ahora ha huido nuestro enemigo capital desamparando sus escuadrones; y si algunos militares han quedado de presidio en los lugares, son pocos, están mal provistos de bastimentos, y no acostumbrados á la intemperie de las nevadas sierras; por lo cual muchos de ellos constreñidos de la pura necesidad se escapan á sus tierras, y por los caminos encuentran la muerte á manos de los nuestros. Nosotros no solo estamos bien reparados, sino que ademas se nos ofrecen socorros de cuanto sea necesario para llevar la guerra adelante por los amigos de Granada; con que quitemos el único estorbo que impide el logro de nuestras esperanzas, y que lo es el marqués de Velez, adelantado de Murcia. Este se halla ahora en Verja con poca gente de guerra, porque se le ha ido mucha de su campo; y si vuestro parecer se conforma al mio, convendrá que una noche le demos una encamisada de gente valerosa, y tal, que quede desbaratado y reducido á la necesidad de retirarse á sus estados. Dado este golpe,

luego será nuestro todo el reino, y sin impedimento alguno podremos conseguir el fin de nuestras esperanzas. Por tanto, valerosos capitanes, si os parece, demos luego sobre el marqués, pues tenemos delante la ocasión, y la fortuna se nos muestra tan favorable.»

Esto dijo el reyecillo, y todos aquellos gefes y capitanes aprobaron su dictámen; por lo cual se principiaron luego á tomar las disposiciones necesarias para aquella encamisada. Acordaron que el marqués fuera acometido por tres partes, yendo gran cantidad de gente en cada una de las tres divisiones del ejército. El mando de la primera se dió al Derri, capitán valeroso y adversario del reyecillo, pero que entonces se prestó á servirle por ruego de muchos caballeros moros; y llevaba á sus órdenes ocho mil hombres no mal armados. De la otra division era capitán el Habaquí, que llevó tambien ocho mil hombres de guerra, bien armados de arcabucería, espadas, alfanques y otras armas. Los monfis, como gente que campeaba por sí, y que tantos males causaron al reino de Granada, llevaban seis mil hombres muy bien armados, y por capitán al valeroso Abonuaile, natural de Guadix. Hecho repartimiento de estos veinte y dos mil hombres, el reyecillo salió con ellos de Valor y pasó las sierras de las Alpujarras por la parte menos áspera que encontró, hasta llegar á la distancia de seis leguas de Verja, donde sentó su real, fortaleciéndole muy bien. Mandó luego que saliesen tres moriscos muy sueltos, que sabian bien la tierra y los caminos ocultos, para que se acercasen á Verja, miraran con atención el sitio del real del marqués, el orden que guardaba, y la gente que tenía: cada uno de estos tres moriscos fué por distinto camino á hacer con todo aviso y reserva lo que se les habia mandado. El ánimo del marqués fluctuaba entonces entre dudas y pensamientos diversos: por una parte se maravillaba de que no pareciese ni hiciera el menor sentimiento de guerra el escuadrón morisco; al mismo tiempo observaba que la gente del marqués de Mondejar no corria las Alpujarras despues de la derrota de Alvaro de Flores, que ya habia llegado á su noticia, y últimamente cuando la tuvo tambien de que el marqués de Mondejar habia dejado el campo en cumplimiento de la orden que tuvo de pasar á la corte, todo esto traia confuso al marqués de Velez, no sabiendo el partido mas acertado que deberia tomar, y si convendria mas que pasase adelante ó se volviera atrás esperando á que llegase alguna orden nueva de S. M. Le admiraba tambien que estando ya en Granada el señor don Juan, como general supremo, no tomase alguna resolución sobre aquella guerra, mantenida con gente tan desordenada, y que á su parecer no tendria fin, atento á que el reyecillo ni aguardaba á que le diesen batalla, ni queria darla; pues cuando le buscaban huía, metiéndose por las sierras, y caminando de lugar en lugar con poco cuidado, porque aquellas asperezas que eran tan dificultosas de andar para los cristianos, las atravesaban los moros con facilidad, como nacidos y criados en ellas, y ademas de esto sabian donde estaban unas cuevas muy profundas, ocultas, para los cristianos, y por su situación inexpugnables, donde tenian acopiados bastimentos para mas de diez años, tanto de trigo, cebada, panizo, aceite y miel, como de telas y ropas para

vestirse; por todo lo cual creía que aquella guerra se alargaría demasiado, y al cabo no se concluiría. Con todo eso deseaba también el marqués saber lo que el reyecillo hacía y adonde estaba, para cuyo fin tenía enviados varios hombres por aquellas sierras y lugares que pudieran venir á darle cuenta de ello. A la sazón llegó á su real un morisco que venía á toda priesa preguntando por su excellencia, y habiendo sido llevado á la presencia del marqués, le dijo que el señor de Valor con todo su campo había cuatro días que salió de allí para venirle á buscar, y así que estuviese bien apercebido. Preguntándole el marqués si sabía otra cosa, el morisco respondió que no: hizo que le diesen ración de lo que hubiese menester, y luego mandó llamar á dos hermanos buenos militares, llamados Diego y Francisco Cervantes, que habían estado cautivos en Africa muchos años, y sabían muy bien la lengua turquesca, á los cuales dijo que se vistieran á la usanza mora y fuesen á descubrir si parecía por aquellas sierras el campo del enemigo para traerle noticias; y que especialmente procurasen coger algún espía del bando contrario, con lo cual le darian mucho gusto. Luego los dos Cervantes se aderezaron del modo que el marqués quería, y tomaron con soltura la vuelta de Andarax, como sabedores de los caminos mas ocultos y secretos de aquel país. Dicen unos, que los Cervantes eran naturales de Alhama, junto de Murcia, y otros de Vera: sean de adonde se quisiere, ellos eran muy buenos soldados, y pasada la guerra de Granada los conocí yo cuadrilleros de Vera y Almería, donde hicieron grandes hechos; de suerte que uno de ellos fué capitán por S. M. Habiendo llegado á la altura de la sierra hallaron dos veredas ó caminos no bien usados; y el Diego Cervantes le dijo á su hermano que se fuese por el uno y él iría por el otro, conviniendo antes en que al amanecer del día siguiente habían de volver á juntarse allí. Aun no había andado el Diego media legua, cuando descubrió un cerrillo alto y redondo, poblado de mucho monte; y como hombre astuto y usado en semejantes casos, luego presumió por la disposición del puesto que aquella era una atalaya, porque desde allí se descubría mucha tierra de una parte y de otra; y para quedar cierto de su presunción, llevando siempre los ojos puestos en la cima del montecillo, luego que estuvo cerca se apartó del camino para subir á él, y apenas hubo andado seis pasos oyó tocar un pito en la altura, al son del cual acudieron tres moros que estaban de atalaya. Cervantes al punto subió por el montecillo arriba, y llegando á la cumbre habló con los moros en algarabía de cosas tocantes á la guerra; pero como muy valeroso no perdió la ocasión, antes con grande ánimo y desenvoltura embistió á los tres de tal suerte, que en un punto mató á los dos, y al tercero que se le quería ir, no le dió lugar á ejecutarlo, y le asió y ató prontamente, descendiendo luego con él del atalaya, y tomando la vuelta de su real. Ya era muy tarde, y llegando á la unión de los dos caminos, determinó pasar allí la noche aguardando á su hermano, como estaba concertado; pero poco después de su arribo, alzando los ojos le vió venir con otro morisco, atado y herido. Este, según dijo, era del Bolodui, mancebo de muy buen talle, y amartelado de una hermosa mora, que sabiendo es-

taba cautiva en el real del marqués, resuelto á perder la vida, se salió del campo del reyecillo, é iba para Verja, tan solo para saber si era viva ó muerta su señora, y si podria verla ó hablarla: que yendo por aquella oculta via se encontró con Francisco Cervantes, el cual al verle venir solo, con bravo ánimo le acometió, y puesto el moro en defensa, habiendo disparado sus arcabuces y errado los tiros en la peligrosa escaramuza, no le dió lugar Cervantes á tornarlos á cargar, sino que cerrando con él, desnuda la espada, le hirió, aunque no de muerte. Viéndose el moro en esta situacion, puso mano á su alfange con ánimo acelerado, y principiando á dar sobre Cervantes anduvo incierto el combate largo espacio de tiempo, en que cada uno mostró el valor de su persona. Cervantes no le queria matar, deseando llevarle vivo á Verja, y quiso su buena suerte que el moro tropezase en un romero, y cayese de espaldas, y aunque luego con grande ánimo quiso levantarse, Cervantes no le dió lugar, porque al verle caido, con la furia de un leon y la velocidad de un águila, se llegó á él, y dándole un empellon muy grande, le volvió á derribar, y sujetándole con firmeza le dijo: « Si no te rindes, moro, te mataré con esta daga. » Viéndose el moro herido y atropellado en el suelo, y asido por aquel fortísimo cristiano, no pudieron tanto su ánimo y valor, que no temiese la cruda muerte con que le amenazaba; y así lanzando de lo mas profundo de sus entrañas un doloroso suspiro, arrojó el agudo alfange de la mano, y con lágrimas en los ojos dijo: « Me doy por rendido, valeroso cristiano; pero te aseguro que de mejor voluntad tomara la muerte que la vida que me dejas, pues la fortuna me ha sido tan contraria que me ha puesto en tal estado: y no creas, cristiano valeroso, que tu ánimo ha sido bastante para que yo fuese vencido, sino mi corta ventura que lo quiere así: llévame adonde quisieres, que tú no puedes hacerme tanto mal como mi desdicha me ha hecho. » El buen Francisco Cervantes, lleno de la compasion que es tan natural en los pechos cristianos, tomó el alfange y la escopeta del moro, y dándole la mano para levantarse del suelo, tan solo por guardar la usanza de la guerra, le ató las suyas con la cuerda del arcabuz, y así pareció con él en el lugar en que habian concertado juntarse los dos hermanos. Luego que se vieron allí reunidos, hallándose muy contentos del buen suceso, resolvieron partir aquella misma noche para Verja, donde llegaron antes de amanecer. Las centinelas puestas fuera del lugar los reconocieron luego, dando aviso al marqués de su arribo con aquellos dos moros que traian. Mucho se holgó su excelencia con ellos, y mandando que se regalase bien á los Cervantes, quiso que al punto se diese tormento á los dos moros para que declarasen la verdad en lo que fuesen preguntados. El primero que sometieron á esta prueba fué al que prendió Diego Cervantes, que comenzó á decir que nada sabia de las órdenes que el reyecillo tuviese dadas, sino que estaba á seis leguas de allí. Conociendo el buen Fajardo que el moro negaba por malicia, mandó que se le aplicara el tormento de fuego por los pies untados con aceite, que es uno de los mas bravos y crueles del mundo. Viéndose el moro abrasar de aquella manera, dijo que diria la verdad sobre todo lo que supiese si le apartaban de tan cruel tormento;

del cual se le quitó al instante por mandado del marqués, y declaró el moro lo siguiente :

Confesion del espia de Abenumeya.

« Sabrás, poderoso é invencible marqués, que soy natural de Andarax, llamado Alhondin; y que moviéndose la guerra en daño de las banderas cristianas, yo juntamente con tres hermanos que eramos, seguimos las del reyecillo, deseosos de la dulce libertad, que es el principal movil del levantamiento de todo el estado granadino. Pasada la rota de Alvaro de Flores, nuestro Abenumeya, lleno de soberana gloria, ha entendido que todo el mundo es ya muy poco para él; y como vé su campo muy bien proveido de buenas armas y de gente valerosa amaestrada en la guerra, ha acordado venirme á buscar con gran poder; para lo cual ordenó que su ejército se dividiese en tres escuadrones, compuestos de arcabuceros y de gente escogida. La una division, compuesta de ocho mil soldados de mucho valor, trae por capitan al llamado Derri; la otra, que es de otros ocho mil, muy buenos tiradores, vendrá mandada por Abonuaile, natural de Guadix, bravo capitan tambien; y la otra, compuesta de solo monfis, toda gente aguerrida, es de tres mil hombres, exentos de temor, que manda el Habaquí, á quien tiene en mucha estima nuestro Abenumeya por su esclarecido valor. El órden que seguirán en el acometimiento de tu real, poderoso señor, es el que una escuadra deba venir por la parte de Ogijar, la otra por la de Dalias, y la otra por la de Adra, embistiéndote todas á un tiempo. La que ha de venir por la parte de Ogijar se propone dar por la calle del Agua, y combatir por la parte en que tienes encerradas á las moras; la de Adra dará por la del Olivar, y la otra acometerá por la calle de la Iglesia. No tengo otra cosa que decirte: la venida será mañana al amanecer puestos todos de encamisada, para que andando en la batalla se reconozcan mas fácilmente: esta es la verdad, y así apercíbete á la defensa. »

Luego que dijo esto el espia, no maravillado el marqués del poder del reyecillo, mandó que aquel saliera de allí, y trajeran al otro, el cual siendo preguntado sobre la determinacion de su soberano, la gente que traia, y dónde estaba, con muy buen semblante contestó de esta manera :

Razonamiento y confesion del otro espia.

« Has de saber, magnánimo y excelente señor, que yo soy de Bolodui, y del linage tan nombrado de los Albejarines, de quienes ya habrá oido hablar tu excelencia, pues son naturales de tus tierras. Yo, como mancebo, y deseoso de manejar las armas por mostrar el valor de mi persona, así como lo hicieron mis pasados, viendo la revolucion y los principios de esta guerra, me alisté al servicio del señor de Valor, que habíamos reconocido por rey. Pero viendo luego que la guerra no se seguia con el buen órden que era de esperar, resolví pasarme á la parte de las Cuevas,

donde asisten mis parientes y se mantienen quietos. Por influjo de mi corta fortuna no pude despues poner este pensamiento en ejecucion, porque un dia me ví preso por casualidad de la vista de una mora muy hermosa, llamada Almanzora, en este lugar mismo donde estamos, y al que vine enviado por mi rey para el despacho de ciertos negocios. La hermosa mora me hizo detener aquí mas de lo conveniente, porque ambos quedamos prendados, y hecho concierto de casarnos, pudimos gozar de algunos dias de felicidad celestial. Sin embargo, la obligacion que tenia de volver en busca de mi rey, me separó de esta mi nueva gloria, y de todo mi bien y consuelo: volví á Valor (¡ojala no hubiera vuelto!) llevando siempre esculpida en el alma la imágen de mi Almanzora; me parecian mil años cada hora de ausencia, y así deseaba vivamente el fin de la guerra para pasar toda mi vida en la compañía de mi señora. Mas quiso el cielo que durando por mi daño, llegasen á esta parte tus militares banderas, adonde todo mi bien cayó en tus manos. Luego que yo supe que Verja estaba ocupado por tu poderoso ejército, estando codicioso de averiguar la suerte y fin que habia tenido una prenda tan preciosa, y no pudiendo vivir sin ella, determiné aventurarlo todo, entregándome á la muerte ó á perpétua servidumbre por buscar, y aun si me fuese posible recobrar á mi querida Almanzora. Por este motivo deserté de mis reales, y tomando el camino de mi gloria, tuve el contratiempo de ser cogido y traído del modo en que me veo á tu presencia en el mismo lugar donde en otro tiempo fué todo mi contento. Mi ánimo era ponerme en tus manos, y salí como esclavo de Valor tomando la vuelta de Verja, cuando mi mala fortuna quiso que encontrase á un soldado tuyo, tan valeroso como el dios Marte, el cual despues de herirme me prendió. Pero sabrás, invicto marqués, que en mi prision no hubo mucha resistencia por el vivísimo deseo que tenia de venir á Verja, y saber el paradero de mi alma: á no haber esto de por medio no fuera tan breve mi rendimiento, y antes hubiera consentido morir, que verme en prision. En mi estado actual no puedo huir de ser tu esclavo: de tus tierras son mi padres, y lo fueron todos mis pasados; y así haz de mí lo que quisieres. Pero si me has de dar la muerte, ó buen marqués, suplico á tu grandeza, que antes me permitas ver á mi Almanzora, con solo lo cual moriré consolado. Sobre lo que deseas saber acerca del estado del reyecillo, que así le llamais los cristianos, puedo asegurarte, excelente marqués, que vendrá contra tí á darte una cruda encamisada con tres grandes mangas de arcabuceros, y que cada manga ha de entrar por su parte: discreto eres, tienes valor, y de guerra entiendes; mira por tu campo y por tu persona. Ahora haz de mí lo que cumpla á tu voluntad; yo me ofrezco á servirte lealmente hasta el último instante de mi vida, y si admites mi voluntad la entregaré á tu servicio, y pondré mi gloria en andar siempre al lado de tu estribo.»

Con esto dió el moro fin á su razonamiento, dejando muy maravillado al marqués de la historia que le habia referido; y como su ánimo era tan clemente y virtuoso como noble, tuvo mucha compasion de aquel moro; y mandó que le curasen con diligencia y que le diesen racion distinguida,

porque al fin era de noble sangre y descendiente de caballeros principales. Este moro agradecido, sirvió fielmente al marqués hasta que murió; se casó con Almanzora, su señora, y ahora viven ambos muy contentos y con abundancia de bienes de fortuna en Villanueva de Alcardete.

Sabiendo el marqués por estos dos espías todo cuanto deseaba, y teniendo por muy cierto que el reyecillo iba á venir sobre su campo, dispuso que en él estuviesen todos prevenidos, aunque al principio no declaró la causa. Mandó que en la plaza del pueblo se hiciese la plaza de armas, y estuviese el cuerpo de guardia principal; que se tomasen todas las bocacalles, y en fin repartió toda su gente con mucha discrecion, como lo vamos á manifestar.

Tendria el buen Fajardo unos tres mil hombres de guerra entre caballería é infantería, pero á la sazón apenas habria de ellos dos mil en estado de tomar las armas, porque los demas estaban enfermos, y fué preciso alojarlos en la iglesia para su mayor resguardo. A los caballeros de mas distincion que militaban bajo de sus banderas y que comian á su mesa ó les daba raciones, los hizo salir á campaña, apostándolos donde mas convenia. A este fin salieron de Murcia cuatro, á saber: Pedro de Balboa, Francisco de Lison, Francisco Salar, y Juan de Tordesillas, queriendo el marqués que los demas se quedasen con él en la plaza de armas. De Lorca salieron al campo apostados Fernan Perez de Tudela, Alonso del Castillo, Juan Mateos de Guevara, y Juan Quiñonero; aunque este no se adelantó mucho fuera del lugar, porque se le dió orden de hacer con su compañía cuerpo de guardia por la parte de Dalias. Nofre Ruiz y su compañía con gente de Murcia, que era muy buena, estuvo apostado á la parte de Adra. Alfonso Galtero con su compañía á las espaldas de la iglesia, que era la parte de Ogijar por donde se recelaba mayor peligro. Las compañías del reducido se apostaron hácia la parte en donde estaban encerradas las moras, y eran los capitanes Cantos, Barrinuevo, y Cañabate. Las demas compañías de Lorca tomaron todas las bocacalles que iban á dar á la plaza, y los capitanes de ellas eran Luis de Guevara, Juan Mateos Rendun, Juan Felices Duque, y Adrian Leonés Ponce. Las compañías de Caravaca, Zehegin, Mula, Totana y Alhama hicieron cuerpo de guardia al rededor del lugar por los puntos que parecieron mas necesarios, y de donde podia venir mas peligro á la plaza de armas: sus capitanes eran Fernando de Mora, Juan de Leon Carreño, Juan Melgarejo, Pedro Cayecela y Juan de Mora, sin contar otros gefes valerosos puestos al frente de muy buenos soldados. En la plaza de armas estaba el marqués con su caballería, y armado de todas piezas parecia un Marte. Solo entonces, esto es, despues de tomadas estas disposiciones, se supo el motivo de ellas, publicando el sargento mayor Andrés de Mora, que en aquella madrugada se esperaba que viniese el enemigo á darles una encamisada. Con este aviso estuvo alerta todo el campo y con grande vigilancia. Acompañaban al marqués muchos caballeros principales de Murcia y de otras partes, siéndolo de la mayor distincion don Diego de Leiva y el hijo del conde de la Coruña. El gallardo Andrés de Mora, sargento mayor

del tercio, y su ayudante Pinar de Loaisa, andaban con toda la solicitud que requería el caso, amonestando y exhortando con palabras que volaban á todos los capitanes y soldados del ejército, poniéndoles en su consideración la fama inmortal que iban á ganar saliendo airoso de aquel peligro. Viendo el susodicho Mora que estaba ya todo el campo muy bien apercebido, y no faltaba más sino que se mostrasen las contrarias moriscas banderas, se fué á la plaza de armas donde aguardaba el marqués, á quien informó de que estaba todo listo para la batalla. Muy satisfecho de esta noticia el valeroso Fajardo, principió á hablar á la caballería de su mando y á todos los gefes y capitanes que le rodeaban, con palabras llenas de mucha gravedad, en los términos siguientes:

Exhortacion del marqués de Velez á las tropas de su mando.

« Valerosos caballeros y escelsos capitanes, ayuntados aquí bajo de mis militares banderas para el buen servicio de S. M.: se os presenta la ocasión más honrosa de que cada uno de vosotros ostente el valor que heredó de sus antepasados, para que la fama inmortal adquirida y ganada por ellos venga á aumentarse y engrandecerse por vuestras obras. Y advertid que sería para nosotros gran mengua que una gente tan débil y tan mal usada en la milicia, viniera á deshacer y aniquilar la gloria que con tanto afán llevamos ya ganada. Ninguno de los nuestros repare en la muchedumbre de los enenemigos, sino en lo poco que valen. Tenemos noticia de que nos han de asaltar veinte y dos mil moros no mal armados, y nosotros no somos más que dos mil; pero se ha de hacer cuenta con que cada uno de nosotros vale por mil de ellos: yo por mi solo me encargo de dos mil, y á mi caballo le sobran otros tantos. ¿Y qué son nueve mil moros para la infantería de nuestro valeroso campo, y otros nueve mil para vosotros, mis ilustres caballeros, que teneis tanto ánimo y tan acreditado esfuerzo? Pues todavía nos sobra el bélico sonido de nuestras claras trompetas y el de las resonantes cajas, cuyo espantable estrépito basta para desmayar á otros tantos diez mil enemigos. Así teniendo todos unas ventajas tan ciertas y claras, no hay duda en que esté de nuestra parte la victoria: haga cada uno su deber como buen caballero, y procure que no se malogre la gloria de una empresa tan honrada como la que hoy nos viene á las manos. »

Esto dijo el valeroso marqués á la escuadra ilustre de su caballería, la cual prometió hacer todo cuanto en tal caso estaba obligada. Mandó su excelencia que ningún caballero saliese de la plaza de armas hasta que él lo mandase; y en seguida pidió su lanza, de la cual fué servido luego, y era tan recia, que un hombre haría harto en poderla llevar al hombro. La tomó el marqués, puso el encuentro en tierra, y arrimado á ella estuvo gran parte de la noche aguardando las banderas enemigas. Ya se había vencido la soñolienta modorra, y pasádose dos cuartos del alba esperada, cuando vinieron á avisar al marqués de que por el camino de Ogijar se había sentido gran rumor de gente, á lo que respondió, que todo el mundo estuviese bien alerta en aquella parte; y no tardó mucho

en llegar otro aviso á su excelencia sobre haberse sentido otro rumor grande hácia la parte de Dalias. El gallardo general mandó tambien que las banderas apostadas por aquel punto, estuviesen bien apercebidas. Aun no se habia pasado medio cuarto de hora cuando volvieron á avisar de que por el mismo camino de Dalias se habia descubierto gran multitud de gente, que blanqueaba mucho y venia á toda priesa. Mandó su excelencia que se tuviese gran cuenta, y preguntó cuánto podria tardar en su arribo aquella escuadra. Sobre este último aviso vino todavia otro, previniendo que por la parte de Ogijar y Andarax se habia descubierto grande escuadron de moros, todos de blanco, y caminando muy apriesa. A esto respondió su excelencia que pasase la palabra de secreto de uno á otro, para que todos los soldados prontamente pusiesen las cuerdas en las serpezuelas de los arcabuces, y estando ya puesto todo á punto y bajo del órden que habia señalado el buen marqués, no tardó en oirse por la parte de Dalias el temeroso alarido de *al arma, al arma, que viene el enemigo*. Luego aquel confuso escuadron morisco acometió con mucha furia, dando su descarga de arcabuceria en las banderas cristianas que estaban de aquel lado, y cuyos capitanes con valeroso ánimo resistieron la demasiada pujanza que traian los moros: hizo en ellos notable daño nuestra arcabuceria correspondiendo á su carga; pero como ellos eran tantos, no hicieron aprecio del número de los que habian muerto, y rompiendo por el cuerpo de guardia de los cristianos, entraron hasta llegar á las banderas del reducido, mandadas por los capitanes Barrionuevo, Cantos y Cañavate. Defendieron estos aquella entrada heroicamente; y si los soldados que militaban bajo de sus banderas fueran de tanto valor como ellos, jamás pasaran los moros adelante; pero la gente del reducido, cobarde y bisoña, como poco acostumbrada á hallarse en tales ocasiones, se dejó poseer de un pánico terror, y dió á huir, desamparando sus banderas, y no parando hasta meterse en la torre de la iglesia. Por esta causa llegando los moros en confuso tropel, ganaron la bandera del capitan Barrionuevo, habiendo atropellado á su alfez. Viéndose el bravo capitan desamparado de sus soldados y en poder de enemigos su bandera, lleno de indignacion, como un leon desatado arremetió contra toda la escuadra morisca, yendo solo en su ayuda su buen alfez, y entre los dos hicieron tanta á cuchilladas, que tornaron á recobrar su bandera, matando al turco que la llevaba, y junto de él á otros muchos moros que se la defendian. Llegó esta noticia á su excelencia y mandó que nadie se saliese de la plaza de armas. A esta sazón se oyó de la parte de Ogijar grande rumor de arcabuceria, y la causa era haber llegado allí con grande pujanza y dando fuertes alaridos la otra division de enemigos; mas si traian pujanza, no hallaron menos en el valeroso Alonso Martinez Galtero, en sus oficiales subalternos, y en todos los bravos soldados que estaban de guardia en aquella parte. Aquí se comenzó una batalla cruel, donde murieron muchos moros á manos de los cristianos, habiendo hecho maravillas los de Murcia, porque como aquellos venian de blanco eran conocidos fácilmente, y por estos hechos pedazos; pero con todo esó el

cuerpo de guardia fué rompido tambien, y todo el lugar se llenó de escuadras moriscas, que peleaban como dañados. A los capitanes de Lorca, á sus alféreces y sargentos no les holgaban las manos, porque cada uno de por sí guardaba su calle valerosamente, sin dejar pasar á ningun moro á la plaza de armas. Luis de Guevara, capitán bravo, guardó tan bien la calle del Agua, y mostró tanto valor en su persona, que fué maravilla, contándose mas de cincuenta moros muertos por su mano. No menos ardor mostraba Juan Mateos Rendon con su escelente compañía, pues por la parte en que estaba no pudieron sus enemigos dar un solo paso adelante: del mismo modo se distinguieron Juan Navarro de Alba, Juan Felices Duque, Adrian Leonés de la Alberca, y finalmente todos los capitanes de Lorca con sus soldados, que se distinguieron matando é hiriendo en los moros duramente. Estos á la sazón habian ya rompido con gran pujanza todos los cuerpos de guardia, y por su parte hacian notable daño en los cristianos: allí mataron á un ayo del hijo del conde de la Coruña y á algunos otros soldados. El buen capitán Nofre Ruiz, apostado á la parte de Adra, aguardaba la tercera manga de moros que habian de venir por allí; y en cumplimiento de la órden que se le habia dado, se mantuvo firme en su puesto, aunque él y los suyos mas quisieran hallarse en la refriega que pasaba: de este modo se mantuvo dudosa la batalla hasta que abrió bien el día, á cuya luz los cristianos obraban prodigios contra los moros. Siendo advertido el buen marqués del estado en que estaba la lucha, quisiera salir con su caballería contra los enemigos; pero como tenia noticia de que solamente habian llegado dos escuadras de moros, y faltaba la otra que debia venir por la parte de Adra, no se resolvió á dejar por entonces la plaza de armas. Andaba como digo la batalla dudosa, levantándose por todas partes gran vocería, y resonando las trompetas y cajas militares entre el choque de las armas, de modo que parecia hundirse aquellas sierras: era tanta la humadera de la pólvora, que no se podian divisar bien los unos á los otros; y sé decir, que si los moros fueran soldados y medianamente diestros en la guerra, allí acabarían con todos los cristianos, sin que escapara uno, porque veinte y dos mil hombres bien armados poco tenian que hacer para destruir á dos mil. Quiso Dios por su misericordia librar de aquella afrenta al buen marqués de Velez y á los demas de su campo; para lo cual sirvió eficazísimamente un ardid. Andaba la batalla muy encendida por todas partes, y entiéndase que á punto de que los moros por ser muchos salieran con victoria, cuando se oyó una voz, que no se supo de donde venia, ni quién la dió, diciendo: *á ellos, á ellos, que huyen, que huyen los moros*. Oida esta voz por los cristianos, cobraron grande ánimo, y aunque no osaban dar el *Santiago* sin la órden de su general, arremetieron á los moros, los cuales sobresaltados por aquella voz, y desmayados de todo punto, comenzaron á salir con priesa del pueblo, y á huir la vuelta de Andarax. Siendo de ello avisado el marqués mandó que prontamente se reconociese un olivar que habia á la parte de Adra, y que viesen si Nofre Ruiz con su gente estaba de guardia en aquel punto: hizose al

instante la diligencia, y respondieron al marqués, que por allí no parecía otra cosa mas que el susodicho Nofre Ruiz, siempre firme en el puesto que se le habia señalado. Luego su excelencia mandó á este capitán que partiera de allí y siguiese á los moros, como lo hizo, llegando á muy buena ocasion con su gente, y pudiendo muy bien mostrar su valor y la fortaleza de ánimo de sus soldados. Además, luego que el marqués vió que estaba seguro por la parte de Adra, mandó dar el *Santiago* á todo el campo, que tocasen las trompetas, y él al mismo tiempo con toda la caballería arrancó contra los moros alanceándolos, y matando á tantos por entre sus desventurados escuadrones, que estos entonces cayeron de ánimo enteramente, y puestos en fuga no aguardaron mas para sostener el impetuoso choque de las armas cristianas. Huyendo los moros parecia que volaban por los aires; y no pudiendo alcanzarlos los caballos, en un instante se escaparon todos por aquellas sierras, dejando cerca de tres mil muertos en los caminos. No olvidando el marqués que por la parte de Adra aun podria venir la tercera manga de moros prometida, mandó que se tocase á recoger, y estando de vuelta en Verja, quiso que aquellos soldados del reducido que huyeron de la batalla, en castigo sacasen los muertos del lugar al campo y los quemasen. Se hallaron muchos pertrechos de guerra de los moros, como escopetas, alfanges, gorguces y otras armas, que fueron de gran provecho: luego mandó que al ayo del hijo del conde de la Coruña se le enterrase en la iglesia honradamente, y tambien á otros cristianos que murieron en la batalla. Esta fué tan sangrienta como gloriosa para los vencedores; pero teniendo ya necesidad de volver á tratar de las cosas de Granada y de lo que allí se ordenó, dejaremos al marqués de Velez hasta su tiempo, diciendo primero un romance que sobre el contenido de este capítulo hizo un servidor de su excelencia.

Despues de aquella victoria
 Que el reyecillo tuviera
 Del buen Alvaro de Flores,
 Tan dolorosa y sangrienta;
 Con gran soberbia y orgullo
 Juntó consejo de guerra,
 Seis leguas habia enmedio,
 Donde su real asienta:
 Luego envia tres espías
 Para descubrir la tierra
 Y el real de los cristianos,
 Si estaba puesto de guerra.
 Los espías vuelven luego
 Y al reyecillo dan nueva,
 Que bien puede acometer
 Al de Velez y sus tiendas.
 El de Velez muy confuso
 Estaba en estas comedias;
 No sabe do están los moros,
 Ni do tienden sus banderas.
 Para saber algo dello
 Grande diligencia hiciera:

Enviado ha dos espías
 Vestidos á la turquesca,
 Que saben la lengua mora
 Como criados en ella.
 Estos trajeron dos moros
 Que saben bien de la guerra:
 Al uno dieron tormento,
 Y en él cantando da cuenta
 Como Abenumeya viene
 A darle batalla fiera
 Con tres escuadras de gente,
 Formadas de sus banderas,
 Y pasan de veinte mil
 Los que vienen de pelea.
 El marqués luego se alista
 Para el alba venidera,
 Porque confesó el morisco
 Que antes que el alba rompiera
 Habian de dar asalto
 Por las tres partes á Verja,
 Y así puso el campo en arma
 Como muy diestro en la guerra.

Tan solo falta una hora
 Para que el alba aparezca,
 Cuando llegaron los moros
 A dar crudo asalto á Verja.
 Mas los famosos cristianos
 No faltan en la pelea,
 Que con ánimo sobrado
 Dan en los de Abenumeya,
 Y al romper del claro dia
 La batalla va sangrienta.
 Pero tanto es el valor
 De las cristianas banderas,
 Que hacen al enemigo
 Subir huyendo á la sierra.
 El valeroso marqués
 Llevaba la delantera,

Matando y alanceando
 Al que delante cogiera:
 Él solo por su persona
 Mató moros mas de ochenta.
 Toda la caballería
 Puso á Muley en afrenta,
 Matándole la canalla
 Que enviado habia á Verja.
 Murieron mas de tres mil
 Moriscos en la pelea;
 Los demas fueron huyendo
 Esparcidos por la sierra.
 Alcanzada esta victoria
 El marqués se vuelve á Verja,
 En donde le dejarémos
 Hasta que demos la vuelta.

CAPITULO XIII.

En que se pone cómo el marqués de Mondejar fué á la corte y luego volvió á Granada libre de las acusaciones que sus émulos habian provocado; y cómo enojado el reyecillo porque el marques de Velez desbarató su gente, puso cerco á Vera, saqueó las Cuevas y las demas villas del marqués.

Ya hemos contado como salió de Orgiva el marqués de Mondejar, dejando allí su real, y poniendo presidio de valerosos soldados en los lugares mas fuertes, conforme se lo habia mandado S. M. Luego, pues, que el marqués llegó á la corte se le hicieron cargos de que estaba muy distante, y á los cuales cumplidamente satisfizo, sacándose en limpio su inocencia, y quedando libre de todo lo que le era imputado. Visto así por S. M. le mandó volver á Granada para aguardar allí sus órdenes posteriores, y entretanto proveer desde allí de lo necesario á los presidios de las Alpujarras. Dejemos, pues, al marqués de vuelta en Granada, y reconocido como leal y fiel vasallo, para decir algo del rey Abenumeya, que muy enojado por la derrota de su gente, resolvió destruir los lugares propios del marqués de Velez, y asimismo dió orden de cercar á Vera y tomarla por fuerza de armas, atento á que aquella ciudad estando cerca del mar, era muy conveniente para el fin de sus intenciones, y porque si venian los socorros de Argel ó de Fez tuviesen donde desembarcar las banderas africanas, sin que les parase perjuicio. Aunque es playa la mar de Vera tiene desembarcaderos muy buenos y cercanos, como son el puerto de Aguilas, los Terros Blancos, y otras calas grandes y seguras de las procelas del Oceano. Así es que para esto Abenumeya queriendo tomar el parecer de sus capitanes y de los demas gefes de su campo instruidos en el ejercicio militar, los juntó en consejo de guerra; pero tambien le dejarémos aquí con los suyos para hablar de la barca que tomó la vuelta del poniente, llevando los despachos del reyecillo al de Fez, pidiéndole favor y ayuda para continuar la guerra de Granada.

Partido, pues, el bajel del Farallon de la Mesa de Roldan, atrevesando el mar de España, y llegando á las riberas de Berbería, tomó el derrotero de poniente, y le siguió hasta el famoso rio de Tetuan, en donde desembarcaron solos dos de los que iban, y tomaron la vuelta de Fez y Marruecos. Luego que llegaron á la presencia del rey de Fez presentaron los despachos que llevaban de Abenumeya, y abierta una carta escrita en arábigo granadino, se vió que decia así :

« A tí, soberano y poderoso rey de Fez y su distrito, te conceda salud
 » el santo Alá; Mahoma tambien te bendiga y sea propicio para que con
 » valor y pujanza goces siempre el real cetro y la corona con tanta razon
 » por tí poseida. Has de saber, muy poderoso señor, que el santo Alá por
 » su infinita misericordia ha querido que el antiguo reino de Granada,
 » de antes gauado y poblado por las naciones africanas de esos tus rei-
 » nos, se haya levantado con justa razon contra el rey de Castilla, que le
 » tenia tiranizado cruelmente y puesto en servidumbre perpétua; de ma-
 » nera que los moradores de dicho reino, deseando recobrar la dulce li-
 » bertad á fuerza de armas, me eligieron por su rey como legítimo des-
 » cendiente de sus soberanos, y de aquel claro tronco de Abenumeya; y
 » para salir airoso con su pretension, he acordado implorar tu favor y
 » real auxilio, el cual por tus mayores jamás fué negado en los pasados
 » tiempos á los reyes de Granada. Alentado con esta confianza, como
 » deudo tuyo muy cercano, y de tu real sangre procedente, te suplico que
 » no me lo niegues, pues no hay derecha causa para negarlo. Y para que
 » entiendas si lo puedes dar con fundamento, sabrás que debajo de mis
 » banderas militan mas de cien mil soldados de la secta mora, todos bien
 » armados; y no cuento todavía con otros doscientos mil que aguardan
 » para levantarse la ocasion de tu socorro; sabiendo muy de cierto, que
 » con él y el que juntamente espero, del Gran Señor prometido, toda Es-
 » paña quedará pronto sometida á las africanas banderas y puesta bajo
 » de las reales coronas de Africa y Libia, como de antes solia estarlo. Su-
 » plico, pues, á tu grandeza, que no sea iliberal en socorrer á tus deu-
 » dos, pues de ello resultará al cabo tanta gloria, honra y provecho.
 » Queda tuyo. De Granada, etc.

» *Abenumeya, rey.* »

El rey de Fez acabando de leer esta carta, se maravilló mucho de que se hubiera levantado aquel reino contra la grande potestad del rey Felipe; y luego entendió, como hombre prudente y considerado, que no podia tener buen fin semejante guerra, haciéndose á un soberano tan poderoso, que habiendo sujetado á casi todas las naciones del mundo, no consentiria largo tiempo dentro de sus mismas tierras aquel levantamiento. Así, consultando la razon, y no despreciando el éxito que pudiera resultar, dió á los mensajeros del reyecillo su respuesta á las cartas que habian traído, y los despachó con algunos regalos, especialmente con una rica sortija de oro, en la cual estaban esculpidas sus reales armas. Con esto partieron de Fez los granadinos, y no pararon hasta donde

habian dejado su bajel con los demas compañeros, los cuales se holgaron mucho con su llegada. Saliendo de allí con buen tiempo, arribaron en pocos dias á Sorbas, donde desembarcaron, y entrando por la tierra adentro supieron que el reyecillo estaba en lo alto de las Alpujarras en un lugar llamado Codbar. Fueron allá, y llegaron al tiempo en que estaba ocupado en el consejo de guerra sobre la ida á Vera, de que ya hemos hablado. Luego que Abenumeya supo el arribo de los mensageros recibió de su mano muy alegre las cartas del rey de Fez y la sortija real que le regalaba: fueron luego las cartas abiertas, y se vió que en arábigo decian así:

« Prospera Mahoma tu estado, y te dé favor para que salgas de tu pre-
 » tension como deseas. Recibí una tuya en la cual por via de parentesco,
 » y porque á ello obliga la razon, me pides socorro para entrar en esos
 » reinos de España, diciendo que eres rey de Granada, y que te has
 » levantado con todo el reino contra la potencia del rey Felipo. Grande
 » y dificultosa cosa emprendes, y tal, que imagino no tendrá buen fin;
 » porque mal podrá ser contrastado por tí aquel que tiene casi todo el
 » mundo debajo de su pié. Mira, pues, con atencion, y advierte bien lo
 » que pretendes, porque aquel que no considera los fines, no puede
 » acertar en los principios. Los tiempos de ahora no son como los pasa-
 » dos de que hablas, cuando entraron los moros en España. Esta nacion
 » tiene ahora un rey, y en aquel tiempo si le habia, no tenia justo título,
 » ni las armas que ahora se usan en la guerra se usaban entonces. Cada
 » uno de los vasallos que tiene el rey de Castilla vale tanto ó mas que Ro-
 » drigo el que perdió la España; y con tal rey y tales vasallos es muy di-
 » ficil de conquistar una nacion. Toma consejo, Abenumeya, y reconcí-
 » liate con tu señor, pues así le puedo llamar: allana las banderas, hu-
 » milla los pensamientos, y no des lugar á tu total perdicion. Si quieres
 » vivir en libertad y no estar sujeto á Felipo, sal de España, pasa el mar,
 » y vente á mis estados de Africa, que como deudo que eres mio, des-
 » cendiente de mi real sangre, te aseguro de que serás de mí estimado y
 » de mis gentes preferido á otros que andan á mi lado. Si no quieres ha-
 » cer lo que te aconsejo, sino seguir tu intento, y acaso Mahoma te fuere
 » tan propicio, que le puedas llevar adelante, mejorándose tus cosas, y
 » dándote el Gran Señor el ayuda de que hablas, yo tambien te ofrezco
 » buenos socorros si me dieres en España libres y desembarazados puer-
 » tos para su arribo, lo cual tengo por imposible. Alá te guarde, y Ma-
 » homa te bendiga y dé gracia para que aumentes su secta. De Fez para lo
 » que te cumpliere.

» *Mahomat, rey de Fez.* »

Leida esta carta por el reyecillo delante de los de su consejo, no quedó muy contento de lo que el de Fez le ofrecia, ni de los consejos que le daba; y así dijo á sus capitanes, que estando ya levantados con tan poderoso ejército, lo que mas convenia en aquellas circunstancias era cobrar los puertos inmediatos á la ciudad de Vera, porque una vez toma-

dos, no le cabia duda de que el rey de Fez le cumpliria su palabra, habiéndole enviado ya su real anillo y en él su sello. Conformáronse los capitanes moros con este dictámen, y añadieron, que aun cuando el de Fez no prestase el socorro prometido, el del Gran Señor no faltaria, y podia esperarse tambien el de otros soberanos de las costas del mar Líbico. En seguida Abenumeya salió de las Alpujarras y tomó la vuelta del rio de Almanzora, llevando consigo mucha gente de aquellos lugares, hasta llegar á la ciudad de Purchena, en donde fué muy bien recibido del valeroso capitan Maleh y de la tropa que mandaba. Sirvió de mucha satisfaccion al reyecillo que el Maleh aprobase su intento, y el viage que llevaba para la ciudad de Vera; y así le prosiguió yendo siempre por el rio abajo hasta llegar á las cercanías de Curgena, donde se apartó de él, y tomando la vuelta de la atalaya de la Ballabona, se puso por allí en pocas horas á la vista de la ciudad, en donde habia ya noticia de la venida; y por esto estaba preparada para su defensa, con las puertas muy bien cerradas y hecha buena provision de los cosas necesarias. Luego que llegó el moro, lo primero que hizo fué destruir la poca gente de guerra que tenia la ciudad, y con quince mil hombres que llevaba ponerla un poderoso sitio, desde un punto tan cercano á las murallas, que las balas de la arcabucería alcanzaban de la una á la otra parte del pueblo. Puestos los de Vera encima de la muralla, tiraban arcabuzazos á sus enemigos y les hacian mucho daño; por lo cual los moros derribaron varias casas del arrabal, y abrieron en las paredes maestras muchas troneras, desde donde tiraban á su salvo á los muralla. Dentro de la ciudad andaba un ruido espantoso entre mugeres, niños, soldados y ciudadanos, andando revueltos todos unos con otros: los hombres acudian adonde mas combatida se veía la ciudad, recelando que el enemigo trajera escalas para tomar los muros; y con efecto si las llevaran los moros, hubiera sido por ellos ganada Vera sin duda alguna: las mugeres trabajando varonilmente con las faldas alzadas, unas hacian balas para que las tirasen sus maridos, y otras asaban carne y guisaban ollas para los defensores de la plaza. Todo era comun en la ciudad, y todos comian de lo que habia, sin apartarse un punto de la muralla por el temor de que el enemigo la escalase. Hacian de noche grandes hogueras en la plaza y por todas las calles, de manera que estaba la ciudad tan clara como si fuera de dia. Tenian como de reserva unos sesenta soldados de á caballo, y algunos decian que saliesen fuera de la ciudad á escaramucear con los enemigos, pensando otros que esto no era bien acordado, porque los moros eran muchos, y ellos luego serian muertos á escopetazos. Sonaban las cajas de guerra de los moros, y correspondian las trompetas de la caballeria cristiana, de modo que dentro de la ciudad andaba un alboroto muy grande: así estuvo Vera cerca de dos dias. Los moros llevaban una pieza de batir, y dispararon con ella un tiro al cubo de una torre, al cual hizo notable daño: esto sucedió el dia primero del cerco; pero quiso Dios que aquel tiro fué el primero y el postrero, porque reventó la pieza por la demasiada carga que la echaron; pues á no suceder así, fuera entrada y saqueada la ciudad á pocos tiros que tiraran. En la segunda noche de

verse los de Vera en tanta estrechez, acordaron enviar á pedir á Lorca socorro con toda diligencia, y así apenas rompió el alba abrieron con el disimulo mayor que se pudo una de las puertas de la ciudad, y por allí enviaron á dicho fin tres escuderos sobre buenos caballos. Apenas salieron fuera cuando picaron de espuela y echaron á volar con la rapidez del rayo : luego que los moros los vieron les tiraron muchos escopetazos, y quiso Dios que no les acertara ningun tiro. El que de los tres llevaba mejor caballo llegó á Lorca á las once del dia, habiendo andado once leguas en seis horas : otro llegó á las doce, y ya á este tiempo estaba junta en cabildo la ciudad de Lorca deliberando sobre lo que se haria, porque estando Vera en la jurisdiccion de Granada, no habia obligacion precisa de socorrerla. Sin embargo se acordó que fuese Vera socorrida, y así tocando luego la campana á rebato se juntó en la plaza mucha gente de guerra, á la cual se dieron arcabuces de los que casualmente tenia la ciudad en su sala de ayuntamiento, que habian venido de Cartagena para Huesca, y cuyo factor ó comisionado era Luis de Salazar, escribano de Lorca. En seguida proveyeron de plomo y cuerdas á todos los de la jornada, con tanta prontitud, que á la una de la tarde ya estaba lista para partir toda la gente de socorro. Se nombraron capitanes, de caballería á Diego Mateo, el Viejo, llamado Guevara, que habia venido del campo del marqués, y de infantería á Adrian Leonés Alburquerque, hombre de mucho valor. Juntáronse en la plaza de Lorca ochocientos soldados de á pié, todos jóvenes y buenos tiradores, y unos ochenta de á caballo, compuestos de hijosdalgo, y de las familias mas distinguidas. Serian las dos de la tarde cuando la gente brillante de Lorca salia ya por la puerta de Nogolte, y tomaba la vuelta de Vera, sin que jamás se hubiese visto antes reunido un socorro con tanta presteza. Caballeros y peones salieron á rebato y volaron como aves, de manera que al anochecer llegó á la fuente de Pulpi toda la gente, y tomado un corto refresco, pasó de allí adelante sin parar un solo punto, y al romper del alba se halló ya al pié de las murallas de Vera gritando : *Santiago, Santiago, aquí está Lorca, que viene de socorro*. El reyecillo malo, luego que vió salir de Vera á los caballeros para pedir socorro á Lorca, perdió la esperanza del buen éxito de su empresa, aunque toda aquella noche combatió la ciudad vigorosamente, pensando todavía tomarla. Para saber cuando llegaría el socorro despachó espías y puso atalayas en los puntos mas elevados de la sierra : estas, luego que descubrieron la gente de Lorca que acudia al socorro de Vera, haciendo humadas muy grandes, avisaron con la señal concertada al reyecillo para que pudiera retirarse. Las humadas se percibieron al tiempo que los de Lorca llegaban á la fuente de Pulpi, y el campo moro tomó inmediatamente la retirada por el rio de Almanzora : llegaron á las Cuevas, donde despues de haber saqueado el lugar destrozaron un huerto muy hermoso del marqués. Cuando los de Lorca llegaron á Vera al amanecer del dia siguiente, ya el reyecillo habia pasado de las Cuevas, y marchaba para Purchena. Contentos los de Vera al verse asistidos de un socorro tan pronto y tan bueno, abrieron las puertas de la ciudad para que entrara á refrescarse en ella toda aquella gente.

Mas luego que los de Lorca supieron que habia poco mas de dos horas de que el reyecillo partió de allí, acordaron seguirle, y aunque venian cansados de andar toda aquella noche, partieron tras él aceleradamente, y llegaron á tiempo de sorprender en el rio de las Cuevas á la retaguardia del enemigo, y trabar con ella una brava palea. Pero como los moros caminaban á toda priesa, y no se pararon á la escaramuza, sino que siguieron marchando y tiroteando, recelosos los de Lorca de que la vanguardia rodease por la parte arriba del rio y los cogiesen en medio, se metieron en las Cuevas, que acabaron de saquear, porque sus moradores se habian ido con el reyecillo, y se volvieron á Vera, donde fueron muy agasajados, como lo merecian y habian bien menester por el trabajo que habian pasado. Es de saber que al tiempo en que los de Vera estando cercados pidieron socorro á Lorca, se dió aviso tambien á la ciudad de Murcia, la cual, aunque no tenia obligacion de acudir á aquella plaza sino á Cartagena solamente, se prestó á enviar tropas de socorro por hacer servicio á S. M. del mismo modo que lo habia hecho Lorca. Al punto se tocaron cajas y echaron las campanas á rebato para juntar gente; y aunque se hizo toda la prevencion con la mejor voluntad, no pudo ser con tanta presteza como el caso demandaba, lo uno por la gran distancia que habia de Murcia á Vera, y lo otro porque su corregidor mas era para letrado que para soldado. Al fin la noble ciudad de Murcia salió con cinco mil hombres muy lucidos y bien armados; pero cuando llegaron á Lorca ya eran pasados cuatro dias de que los de esta última ciudad hicieron levantar el cerco de Vera, como llevamos dicho. Con todo eso los de Murcia acordaron pasar adelante, llegar á Vera, é ir desde allí en seguimiento del enemigo; lo cual visto por los de Lorca, resolvieron marchar en su compañía, y para ello se pusieron á punto dos mil hombres, poco mas ó menos. Llegaron allí tambien á esta sazón las banderas de Zehegin, Mula, Caravaca, Totana y Alhama, que sabedoras de que Murcia, cabeza de su partido, hacia aquella jornada, habian salido todas igualmente con ánimo de socorrer á Vera. Todas estas banderas, que reunirian mas de diez mil hombres, salieron de Lorca una tarde; y poniéndose en camino por el órden que corresponde á la milicia, los de Lorca quisieron llevar la vanguardia, reclamando la antigua posesion en que estaban de esta preeminencia, por ciertas provisiones que dieron en su favor los reyes pasados yendo á la conquista del reino de Granada. No queria consentirlo Murcia, por ser cabeza de reino; y así hubo sobre esto entre las dos ciudades algunas diferencias. Las banderas de Zehegin, Caravaca, Totana, Mula y Alhama se pusieron de parte de las banderas de Lorca; y como Murcia llevaba un corregidor flojo, mas letrado que soldado, llamado Varela, no supo dar la órden que era menester en aquel caso, pues si él fuera tan buen general que ahorcara al punto á una docena de los promotores del motin, hubieran sido las resultas muy diferentes. Los de Lorca pertinaces en su propósito tomaron la vanguardia con toda diligencia, siguiéndoles las banderas que hemos dicho, y muy enojados de esto los de Murcia, quisieran romper con todos. Iban sin embargo allí caballeros muy principales y cuerdos, que sabian muy bien tomar el pulso á se-

mejantes negocios , señalándose entre otros don Juan Pacheco, caballero del hábito de Santiago, su hermano don Francisco, don Pedro Riquelme, don Pedro Carrillo de Albornoz, y Pedro de Balboa , todos reciénvenidos del real del marqués de Velez. Llevaban, pues, la vanguardia los de Lorca, pero no tan exclusivamente que dejasen de ir con ellos muchos de Murcia obstinados en sostener aquella punta : el capitán de los primeros era el licenciado Juan Leonés, hombre de mucho valor é hidalguía ; el alférez de la bandera era otro hidalgo, llamado Juan Marin, soldado viejo de los de Flandes ; su sargento era de Baeza, llamado Juan de Medina, hombre experto en la guerra. Además había otros muchos hidalgos de la ciudad de Lorca con aquella gente, como Leoneses, Guevaras, Ponces de Leon, Ponces de Guevaras, Alburquerque, Falconetas, Estadillas, Navarros de Cervera, Alcázares, Loritas, y otros que no se cuentan. Llegaron presurosamente á la fuente de Pulpi, junto á la cual se alojaron los de Lorca en lo mejor de aquellos ranchos : llegaron los de Murcia, y se alojaron también entre los de Lorca. Estando ya todas las banderas alojadas, á poco rato se tocó un alarma, la cual fué falsa; mas túvose cierta pesadumbre porque un negro desmandado, con licencia ó sin ella, se llegó á la bandera de Lorca, que habiendo dejado sus primeros alojamientos estaba con su gente retirada á un cerrillo, y la quiso detener cuando bajaba con su capitán á toda priesa, acudiendo adonde se dió el alarma, que era á la parte de Vera. Así como el negro hizo esta imprudente diligencia, un soldado de Lorca le dió un arponazo, y le mató, pasando adelante la bandera con su capitán hasta llegar á lo hondo del camino real. Súpose luego que el alarma había sido falsa, y toda la gente, tanto de la una como de la otra parte, se volvió á sus alojamientos, subiéndose otra vez Lorca al cerrillo de donde había bajado : se supo también la muerte del negro, que era de un caballero llamado Juan Tizon, y la causa por que le mataron ; pero no pudiéndose averiguar el matador, se pasó por alto el caso en aquella noche. De la gente de Murcia salió á caballo un hidalgo, y tomó la vuelta de Vera para reconocer el estado en que estaba; haciendo esta diligencia de órden de la ciudad, que había determinado no pasar de allí sin saberlo : este hidalgo se llamaba Fulgencio de Esquibel, hombre de mucho valor, y hermano de Lorente Esquibel, que iba á la sazón por ayudante del sargento mayor del tercio. Llegó á Vera, donde dió noticia de que Murcia venia á su socorro y quedaba en la fuente de Pulpi. La ciudad lo agradeció mucho, y sin mas Esquibel en compañía de la gente de Lorca que había hecho levantar el cerco, se volvió á juntar con la de sus banderas, trayendo razón de lo que había visto. El corregidor, de cortos alcances, dijo una razón muy impropia del caso, y por ella se enojó con él don Pedro Carrillo, diciéndole que era hombre ingrato y mal entendido en la guerra, pues respondía de aquella suerte á un hidalgo que se había puesto en peligro de perder la vida yendo á desempeñar su comisión por partes no conocidas, y por tierras de enemigos. Lo que dijo el corregidor oyendo á Esquibel fué : ¡ *Miren con lo que nos viene ahora!* Los caballeros principales de Murcia procuraron que aquel negocio no pasase adelante ; y

viendo que la ciudad tenia tanta y tan lucida gente reunida en aquel tercio, con ánimo y disposicion para cualquier empresa militar, se acordó que supuesto estaba ya levantado el cerco de Vera, se fuese en seguimiento del enemigo, que estaba entonces cerca de Purchena á seis leguas de allí. Este acuerdo se comunicó á todos los demas capitanes del ejército que le consintieron; y para cortar desavenencias entre las gentes de Murcia y Lorca, fué ordenado que las banderas y pendon de Murcia llevasen la mano derecha, y las de Lorca la izquierda; pero que fuesen caminando á la par. Dióse esta honra á Murcia por ser cabeza del reino, prescindiendo para esta jornada de las provisiones ó privilegios concedidos á Lorca por los reyes pasados para que llevase la vanguardia. Acordado así, quedaron en que al otro dia por la mañana marcharia el campo tomando la vuelta de Almanzora adonde estaba el reyecillo, y en todo el real hubo aquella noche luminarias, hogueras y grande regocijo. Mas venida la mañana, cuando iba la gente á ponerse en marcha, se mudó de parecer diciendo Murcia, que sin órden de S. M. no era justo pasar adelante, ni seguir al enemigo, porque la salida que habian hecho era limitadamente á quitar el cerco de Vera, y estando ya descercada no habia fundamento para que aquella otra jornada se emprendiese. Triste y desconsolado quedó con tal acuerdo todo el campo; y no sin razon por cierto, pues si aquel tercio llegara á verse con el reyecillo, no ha duda de que le desbaratara y destruyera, acabándose la guerra de todo punto, porque del reino de Murcia se habian juntado allí doce mil hombres belicosísimos. Sin embargo, al ver que la cabeza del partido revocaba lo que habia acordado, tuvieron que conformarse y no tratar mas de este asunto, volviéndose cada uno á su respectiva tierra. Las ciudades de Lorca y Murcia ganaron fama eterna en la disposicion y prontitud con que prestaron á Vera este socorro; no pudiéndola oscurecer los disgustos que se han referido ocurridos entre ellas. Para cortar el daño que hubiera podido resultar, los caballeros de Murcia procedieron tan generosa é hidalgamente, que sus nombres merecen aprecio y recuerdo eterno; por lo cual designarémos aquí el de los mas principales de las dos ciudades. Estos eran don Juan Pacheco, caballero del hábito de Santiago; don Francisco su hermano; Pedro Riquelme, don Pedro Garrillo, Pedro de Balboa, Juan Tizon, Diego, su hijo; Bernardo, Cristobal, y Francisco Galtero; los caballeros Avalos, Lisones, Avellanedas; Sancho Riquelme, alferez del real estandarte; Ginés de Silvestre, sargento mayor; Bernardino Galtero; los caballeros Tomases; los Peralejas, y Alemanes Balobreras; don Gerónimo de Ayala, don Gerónimo de Santa Cruz, Francisco Fajardo, don Juan Fajardo, don Juan Vazquez, Rodrigo de Pux Marin, don Enrique Rocaful, Juan Hurtado de Guevara, los Jaimes, Celdraves, Guzmanes y Pajanes; Mateo Borrás, don Pedro de Villaseñor, los Rodas Iofres de Loaisa; Junterenes, Cevallos y Tordesillas.

De Lorca fueron los siguientes :

Juan Leonés de Guevara, Juan Mellado de Guevara, Luis Ponce de Guevara, Martin de Lorita, alferéz mayor de Lorca; Adrian Leonés Alburquerque, Martin Leonés Alburquerque, Adrian Leonés de Guevara, Luis de Guevara, Alonso de Leiva Ponce, Alonso de Leiva Marin, Diego de Leiva, Pedro de Burgos Marin, los Falconetas, los Rendones, Alonso Teruel Alcaide, Alonso Teruel Marcilla, Juan de Teruel Marcilla, los Numeras, Quiñoneros, Piñeros, Perezmontes, y Manchirones.

Tambien de Caravaca vinieron con otras gentes nobles un capitan y alferéz muy distinguidos; y por consiguiente de Zehegin, de Totana, de Alhama, y de la villa de Mula, de los cuales citarémos solamente algunas familias, tales como los Borrás, Hitas de Avila, Rosales, Melgarejos, Datos, Torrecillas, y Lázaros Lasos de la Vega.

Hablando de estos Lázaros de la Vega es de saber que un caballero de ellos, llamado Juan Lázaro de la Vega, nieto ó biznieto de aquel Garcilaso que mandó matar al rey don Pedro en Burgos, salió de Ciudad-Real por ciertas pasiones que allí hubo; y el rey don Juan le envió á la villa de Mula para servir en aquella frontera con sus armas y caballo en compañía de otros muchos hidalgos que allí se hallaban. Este Juan Lázaro de la Vega casó con una señora de muy noble linage, llamada Botia, y de ellos descienden los Lázaros Vegas que existen en la villa de Mula y ciudad de Lorca, del reino de Murcia, sobre lo cual me remito á la ejecutoria que he visto en poder de un escribano del ayuntamiento de Caravaca, llamado Antonio Lázaro de la Vega.

Dejando esto aparte, y volviendo á decir del reyecillo, así como este llegó á la ciudad de Purchena, sin que los socorros venidos á Vera de Lorca y de Murcia le hubiesen perseguido, hizo recorrer y saquear todos los lugares del marqués causándoles poco mal, porque los moradores militaban ya bajo de las banderas del capitan Maleh; y así el daño principal recayó sobre las cosas comunes, como las iglesias y las propiedades del marqués, como palacios, casas y jardines, á fin de que este tuviera que repararlas si acaso las volvía á recuperar. Volvamos al marqués de Velez que dejamos en Verja, diciendo primero el romance que se hizo acerca del socorro de Vera.

Lleno de cólera ardiente
Abenumeya se halla,
Porque el marqués de los Velez
Venció á su gente en batalla,
Matándole tres mil hombres
De la gente mas granada;
Y de lo que mas le pesa,
Es dejar allá las armas.
Y así, por aqueste agravio,
Se la tenia jurada
De destruirle las tierras,
Y dejarlas asoladas.

Para salir con su intento
A todo su campo manda
Que se parta para Vera,
Porque queria cercalla;
Y que si viene socorro
De Argel, halle allí entrada,
Do desembarquen las gentes
En su ancha y grande playa.
El campo se marcha luego,
Dejando las Alpujarras,
Por el rio de Almanzora,
Y junto á su orilla pasa.

Al Box destruye y al Boreas,
 Del marqués muy estimadas,
 A Zurgena y Partaloba,
 Sin dejar piedra ni casa.
 Tan solo deja á Cantoria
 Por ser fuerza muy nombrada,
 Y que para sí quisiera,
 Que está bien fortificada.
 De Oria no hace cuenta,
 Que está tambien custodiada,
 Ni de los Velez tampoco,
 Porque tienen buena guarda
 De sus mismos moradores
 Con lealtad estremada.
 Pasa de allí el reyecillo
 Haciendo á Vera jornada,
 Y entra por la Bellabona,
 En donde está una atalaya:
 A Vera la pone cerco
 Pensando luego ganalla;
 Pero Vera se defiende,
 Porque tiene gente armada.
 Tres dias la bate el moro,
 No puede adelantar nada;
 Y Vera puesta en peligro
 Con su gente en la muralla,
 Pelea muy bravamente
 Contra la mora canalla.
 Las mugeres valerosas
 Se emplean en hacer balas
 Por servir á los soldados
 Que andan en la batalla.
 Vera corriera peligro
 Si el asedio mas durara:
 Son muchos los enemigos
 Que la tenían sitiada,
 Y acuerda pedir socorro
 A Lorca, aunque está apartada.
 Tres ginetes se aventuran
 A atravesar por la escuadra
 De aquella morisca gente,
 Y salir con su embajada.
 Rompen por los enemigos
 Con braveza extraordinaria,
 Sin que daño recibiesen,
 Aunque los tiran mil balas.
 Corrieron todo el camino
 Sin pararse para nada;
 Y el que buen caballo tiene
 A los demas se aventaja:
 En cinco horas por su cuenta
 Dentro de Lorca se halla:

Cuando dió el reloj las once
 Su embajada ya está dada.
 A las doce llegó el otro,
 Y el tercero á la una dada.
 Lorca luego se apercibe,
 Y á las dos su gente marcha:
 Ochocientos hombres lleva,
 Porque con estos le basta
 Para romper al contrario,
 Aunque mucha gente traiga;
 Tambien ochenta caballos
 Van en aquesta jornada:
 Anochecieron en Pulpi,
 Y en Vera les tomó el alba.
 Abenumeya que vido
 Venir tanta gente armada,
 Levanta el cerco de Vera,
 Y para las Cuevas marcha;
 Y porque eran del marqués,
 Las destruye y las abrasa.
 Con esto pasa á Purchena,
 Donde el Maleh ya le aguarda:
 Lorca le sale al alcance
 Dándole en la retaguardia,
 Y siguiéndole hasta el rio;
 Pero de allí se tornara,
 Porque ya toda la gente
 Venia muy alargada,
 Y para Vera se vuelven;
 La cual muy regocijada
 Los recibe y los obsequia
 Dándoles muy finas gracias
 Por aquel pronto socorro,
 Que fué de tanta importancia.
 Mas tarde la noble Murcia
 Salió á hacer esta jornada,
 Llevando cinco mil hombres,
 Gente toda bien armada;
 Caravaca, Zehegin,
 Y tambien Mula la hidalga,
 Totana, Alhama con ellos,
 Como Murcia se lo manda,
 Por ser cabeza de reino
 En todo fué respetada;
 Mas cuando llegó esta gente
 Vera estaba descercada;
 Y no por eso perdió,
 Por no ser ya necesaria,
 Honor y gloria famosa,
 Pues ya salió á la demanda,
 Do mostrara su grandeza
 Y virtud aventajada.

CAPITULO XIV.

En que se pone cómo el marqués de los Velez se retiró á Adra, y allí llegó el marqués de la Favara con cuatro mil hombres de guerra; y cómo el comendador mayor, con la gente que trajo de los tercios de Nápoles, acometió á los moros de Bentomiz y Frigiliana, siendo al principio maltratado en batalla por estos, los cuales al fin fueron vencidos y saqueados.

Ya contamos como el valeroso adelantado de Murcia venció á la gente del reyecillo, el cual escapó, dejando libre y desembarazada la plaza de Verja; pero aunque su excelencia mandó quemar todos aquellos cuerpos muertos que quedaron en el campo, como pasaban de tres mil, receloso de que resultase algun inficionamiento que dañara su real, mandó retirarse de allí y pasar á Adra, que está distante una sola legua. Se entendió tambien que tenia órden de hacerlo así, porque S. M. habia mandado que el comendador mayor de Leon don Luis de Zúñiga y Requesens fuese por aquella parte con alguna gente de los tercios de Italia, y se la entregase al marqués de Velez, á fin de que acabara con ella la guerra de las Alpujarras. Para esto fué llamado el comendador mayor que estaba en Roma; y viniendo á Nápoles juntó de seis á ocho mil hombres de guerra de aquellos tercios de Italia, y embarcándolos en las galeras dió la vuelta de España. Llegado á Barcelona, donde tenia su casa, formó una compañía grande de bandoleros, á los cuales se concedió perdon general de sus malos hechos, porque fuesen con él á la guerra de Granada. Con esta valerosa gente, y la demas que él traia en las galeras, llegó á las partes de Bentomiz y Frigiliana, pueblos de moros levantados y puestos en arma, donde mandó desembarcar, y al punto combatir primeramente la fuerza de Bentomiz, que era muy alta y de áspera subida: puso en la vanguardia á ciertas compañías de la gente de Málaga y su axarquía, que habian venido á aquellos lugares por vengarse de un maltratamiento que los moros les habian hecho, queriendo que atacasen por una parte á la fortaleza, y por otra toda la demas gente de las galeras. Tocada el arma, las cristianas banderas comenzaron á subir la cuesta á toda priesa; pero los moros que ocupaban la altura, defendian la subida arrojando muchas piedras con una endiablada invencion: tenian preparadas muchas ruedas de molino, y por los ojos de ellas metidos unos maderos guesos y largos, y de este modo las arrojaban en derechura sobre las escuadras de los cristianos que subian por la cuesta; y no habia una rueda de estas que no se llevase rodando cincuenta soldados si los hallaba por delante, segun la furia y velocidad con que bajaban. Fué tanto el daño que estas ruedas y otras piedras de distinta clase hicieron en los cristianos, que daba grande compasion ver tanta mortandad, y que en pocas horas andaban á tan maltraer las escuadras de unos soldados tan valerosos y veteranos; pero la gente de

Málaga y de toda aquella axarquía, mostrando una intrepidez admirable, subieron por la parte que les cupo hasta la altura del lugar, donde trabaron con los moros una cruda batalla, durante la cual llegaron arriba los del tercio de Nápoles, y dieron también crudamente con ellos. Los moros, sin embargo, se defendían y peleaban como leones, matando é hiriendo á muchos cristianos; pero de poco les valió todo su esfuerzo: fueron vencidos, y por último su lugar entrado, quedando en él muertos todos los que con la fuga no pudieron escapar de aquella rota. El saco fué grande, tomándose muchas moras y muchachos cautivos, bien que á precio de gran cantidad de sangre cristiana, y de la vida de soldados muy valerosos que allí fenecieron. El comendador mayor, alcanzada esta victoria, mandó enterrar los muertos y recoger los heridos, partiendo luego de allí con las galeras la vuelta de Málaga, en donde dejó bien poblados todos los hospitales. Quédese aquí algunos días el comendador mientras se repara su gente, que bien lo había menester después de aquella batalla, y volvamos al marqués de Velez, el cual estaba ya en Adra, habiendo sentado su real como buen soldado y general esperto, y aguardaba las órdenes de S. M. Ya había mandado llevar las moras que tenía á la fortaleza de las Cuevas para su mayor seguridad, y de allí fueron trasladadas á los Velez, siendo entre otros comisionados, uno de los conductores el moro Albexari, de quien atrás contamos cómo le prendió é hirió Francisco Cervantes, y se le trajo al marqués á Verja. Este moro llevaba en un macho á Almanzora, su dama, por mandado del marqués, y caminaba con ella lleno de contento por gozar de su vista, al paso que ella no se holgaba menos de la conversacion y compañía de Albexari, amándose mucho los dos; y si no fuera porque toda esta historia es de coscorrones, armas y batallas, trataríamos de propósito de los estremados amores y ternezas de ambos: solo sé decir, que llegadas las moras á las Cuevas, Albexari se volvió con los demás al real del marqués, y le sirvió muy bien y lealmente hasta la conclusion de la guerra.

Abenumeya, después del cerco que tan en vano puso á Vera, se retiró con su campo á Purchena, resuelto á aguardar allí á los de Murcia y su reino, si acaso se empeñaban en seguirle; pero en vista de que no le seguían, determinó celebrar unas fiestas solemnes, y las mandó pregonar para que se alegrara su gente. El programa de estas fiestas era el siguiente:

Al que mejor se portase en trabada lucha, se le darian cien escudos de oro y una corona de laurel. Al que se mostrara mas suelto, y corriera con mas ligereza, llegando el primero al puesto diputado, se le darian cien escudos de oro: al que de tres saltos alcanzase mas tierra, cien escudos de oro: al que mas peso levantara del suelo, cien escudos de oro: al que mas tiempo sustentara en el hombro un canto de seis arrobas, otros cien escudos de oro y un rico alfange: al que mejor y mas gallardamente danzase la zambra con una bella mora, se le daria una ropa de seda finísima hecha en Argel: á la mora que mejor danzase, se la daria una riquísima marlota y cuatro almaizales finos: al moro que mejor

tañese y cantase á la morisca, y que mejor romance ó cancion dijese, un hermoso caballo aderezado y enjaezado: á la bella mora que mejor cantase una cancion arábiga, una hermosa marlota guarnecida de oro: al moro que mejor tirador fuese de canto, treinta escudos de oro y un alfange: al moro que mejor tirara con escopeta ó arco, diez ducados de oro: al que tirara con honda mas derecho y certero, otros diez ducados de oro.

Todas estas fiestas debian hacerse en la plaza de la ciudad de Purchena, que es al propósito muy ancha y grande, y para ello mandó que se arenase y aderezase, entoldando todas las paredes y ventanas con telas ricas de seda, y lienzos blancos y labrados. Se ciñó á estos juegos el reyecillo por falta de disposicion para tener toros y juego de cañas, que hubieran alegrado mas á la gente de su campo. Señaló para estas fiestas el término de doce dias, sabiendo que podia estar quieto y seguro de asalto de los cristianos, atento á que el marqués de Velez estaba aguardando nuevas órdenes en Adra, y á que el campo de don Juan de Mendoza, teniente del marqués de Mondejar, se mantenía en Orgiva sin orden de lo que debia hacer. Llegando el dia señalado para la peligrosa lucha entre los mancebos mas fuertes y robustos del ejército, mandó Abenumeya que á un lado de la plaza se pusiese un rico dosel de seda, hecho de los paños de las iglesias saqueadas por los moros, y debajo una silla donde él se sentase, con otros asientos al rededor de no tanto valor para sus capitanes y caballeros mas allegados. Sentados todos, comenzaron á sonar añafles, dulzainas, atabales y otros muchos instrumentos de guerra para alegrar las fiestas: los terrados y ventanas estaban ocupados de damas moras muy hermosas y bien arreadas, toda la plaza llena de muchas gentes de las Alpujarras, de los rios de Almanzora y Almería, y de otras partes del reino de Granada, y todos los soldados listos y con sus armas á punto, como buenos militares, por si acaso fuese menester usar de ellas. Luego, al son de muchos instrumentos músicos, pareció en la plaza el valeroso capitan Caracacha, acompañado de gran séquito de turcos vestidos de grana. En medio de este escuadron tan lucido, el bravo capitan se mostró con horrible presencia, desnudo, y trayendo solamente unos paños blancos muy ajustados para cubrir una parte de sus carnes, y todo lo demas del cuerpo reluciente por el aceite con que se habia untado, para que su contrario no pudiera hacerle presa con facilidad. De este modo mostraba muy bien el turco la robustez de sus miembros, y fornidos músculos de brazos y piernas, con la anchura de su pecho y espaldas. Caracacha no era hombre muy alto, sino de mediana estatura, de bien trabados miembros y grandes huesos, de tal manera, que en su persona se reconocia muy bien que habia fuerzas dobles que las ordinarias; y así, mirándole, decian todos á una voz, que Caracacha daba muestras de hombre fortísimo. Luego que el turco hubo paseado toda la plaza, se paró en medio de ella, que era el lugar señalado para la porfiada lucha, y no tardó mucho en sentirse por una de las calles que venian á la misma, gran ruido de cajas y añafles, viendo entrar cincuenta bizarros moros con trages y libreas de color verde, muy her-

mosos, con mucha guarnicion de plata y franjas de oro. Todos estos eran tiradores de arcabuces, y así como llegaron á la plaza dieron una bella carga de arcabuceria, y siguieron su marcha con el mismo órden con que habian entrado. De enmedio de ellos el bravo capitan Maleh, desnudo tambien y con unos paños muy delgados solamente, trayendo en la cabeza un tocado de mucho precio, con franja de seda color de carmesí, y en los cabos dos hermosas borlas, tambien de seda y plata. Delante del Maleh venia un pagecillo con un vestido del mismo color verde y guarnicion de plata, unas hermosas plumas verdes y blancas en la cabeza, y en el brazo izquierdo un dorado escudo, donde habia un campo azul, y media luna en él tambien de plata, la cual parecia tener asida por una de sus puntas la hermosa mano de una dama, con una letra en arábigo, que decia así :

Mientras mi Luna á la luna
Tocare, tengo esperanza,
Que menguante ni mudanza
Jamás habrá en mi fortuna.

Llevábala el gallardo Maleh, aludiendo á que servia á una hermosa mora, llamada Luna, de quien estaba muy confiado en que nunca faltaria á su fe. Estaba esta puesta á una ventana con otras moras muy bellas para ver aquellas fiestas que habian de hacerse; y así como el bravo capitan entró por la plaza, no apartaba los ojos de él la linda mora, contemplando la justa proporcion de sus miembros, no blancos ni morenos, pero adornados de un vello hermoso, que daba un extremo realce á las formas y bella construccion de su cuerpo. Ni mas ni menos quedó maravillada toda la gente de los doblados y robustos miembros de Maleh y de sus crecidos músculos, poblados de unas venas azules y muy hermosas. Y si la brava presencia del animoso capitan Caracacha habia parecido bien á todos, no menos complació la robustez y perfeccion del buen Maleh, especialmente despues de haber hecho una entrada tan lucida en compañía de gentes que tanto le honraban por su magnífica librea. Habiendo dicho cuál era la letra del escudo del capitan Maleh, será justo decir algo de la del buen Caracacha. Trajo este un magnífico escudo, el campo rojo claro, á manera de rubí, y dibujado enmedio el rostro de una hermosa turca, que parecia un ángel por su maravilloso tocado hecho á lazadas con cadejos de sus dorados cabellos. El cabezon de la camisa era bajo y muy labrado, al parecer de oro y grana; de suerte que se descubria claramente el blanco y terso cuello, al cual rodeaba un hermoso collar hecho de perlas orientales y piezas de oro: de las hermosas orejas pendian unas arracadas de finos rubíes al parecer; y finalmente este retrato le sacó un pintor célebre de Argel, y el buen Caracacha le trajo á España para memoria de su contento y recuerdo de su dama. Pareció con él en este dia pensando que teniendo delante aquel retrato sacaria de su ánimo dobles fuerzas, como si ella misma estuviera presente: debajo del hermoso rostro de la dama se leía en turquesco la siguiente letra :

La luna , sol , ni lucero
 No tiene tal hermosura ,
 Como el retrato y figura ,
 De la dama que mas quiero.

No parece sino que este retrato del capitán Caracacha fué sacado por industria en aquel mismo día , pues su letra hacía punta con la del capitán Maleh , dando á entender por su concepto y sentido, que su dama era mas hermosa que la suya , siéndolo mas que la luna , cuyo nombre era el de la dama del Maleh. Este no lo echó de ver por la distancia del lugar, y porque luego que entró en la plaza , lo primero que hizo fué poner los ojos en su dama, sabiendo la ventana donde habia de estar asomada ; y así como la vió y percibió que le estaba mirando, se llenó de tanto ánimo, que no tan solamente entrara en dudosa lucha con Caracacha , sino con aquel famoso Alcides , cuyas fuerzas fueron por el mundo publicadas , y en tanto tenidas. Las hermosas moras que acompañaban á la bella Luna estaban vestidas ricamente de esquisitas telas de damasco de diversos colores , hechas las ropas con cuanta bizarría pudiera usarse en aquel tiempo, y tocadas maravillosamente á la moderna usanza. La mas gallarda y ricamente vestida estaba la hermosa Luna , porque encima de una marlota de seda labrada en telar de varios colores, y que estaba toda acolchada sutil y artificiosamente , á la que llaman acedria , tenia puesta otra de terciopelo , una mitad azul y otra carmesí , golpeada con mucho órden , y formando la bella obra llamada escaramuza : la parte que era azul estaba forrada de una finísima tela de seda amarilla, color que sobresalia por las cuchilladas maravillosamente , y la parte carmesí forrada de una tela de seda plateada , que tambien hacia un admirable efecto. Tenia un zaragüel blanco, de ruan delgado, muy plegado : los zapatos una mitad azules y otra colorados , por todas partes argentados de oro fino : por la frente y sienes ceñido un listón hermoso de nacar, y sembradas por él unas muy ricas perlas orientales : finalmente , estaba la bella Luna estremadamente hermosa , y costosamente ataviada , que no habia ninguno que la mirase, que no quedara preso de su vista. Abenumeya habia puesto muchas veces los ojos en la hermosa Luna ; mas como sabia que la servia el valeroso capitán Maleh , se contentaba con verla y codiciarla , porque á intentar otra cosa, hubiera perdido un adalid tan aventajado, y con él mas de diez mil soldados que militaban bajo de sus banderas. En fin , así como el Maleh entró en la plaza , dió por ella una vuelta acompañado de su gente , y pasando por delante de Abenumeya le hizo su acatamiento ; despues se volvió á la parte donde estaban las damas , y haciéndolas tambien profunda reverencia, todas ellas se levantaron y le correspondieron con mesura. El valeroso Habaquí y un tío de Abenumeya eran los jueces de estas fiestas , señalados por él mismo , los cuales , mirando la buena disposicion y talle del Maleh , le hicieron grandes elogios, y el Habaquí dijo : « Por cierto que si V. A. para mientes en ello , el capitán Maleh es de grande valor, y me parece á mí, si no estoy engañado, que en lo bien hecho y en la trabazon de los miembros hace gran ventaja á Caracacha ; de manera que si corresponden las obras al buen pa-

recer, de esta vez queda sobrado el Caracacha. »—« Lo mismo me parece á mí, » dijo Abenumeya, siendo de igual dictámen otros muchos caballeros y capitanes que allí estaban. Luego vieron que el Maleh, dejando su hermoso escuadron á un lado de la plaza, con gallardo semblante y paso á paso se llegó al capitan Caracacha, el cual desde que entró le estuvo mirando, maravillado de su contestura y buen talle, que demostraban ser hombre de mucho brio y grandes fuerzas. No menos consideracion le merecieron al Maleh el talle y garbo del africano turco, representándole un hombre de mucho valor y esfuerzo. Luego se saludaron ambos alegremente, alargándose la mano derecha, y el africano dijo á su competidor: « Celebro, valeroso Maleh, que tú seas quien ha emprendido probar sus fuerzas conmigo, porque holgaré en extremo de ver si tu valor llega á tu fama: como has estado siempre de presidio en el rio de Almanzora, tengo poca noticia de tus cosas, fuera de aquello que ha sonado en las Alpujarras y sus marinas. » El Maleh le respondió así á estas palabras: « Probar mi valor, bravo africano, no te hace á tí tan al caso, como á mí probar el tuyo; pues por él entiendo que te nombraron capitan para estas partes; y atento á esto tengo obligacion de probar si el valor de tu persona allega á tu tan alta presuncion. » Diciendo así quiso el acaso que volviese los ojos hácia el lugar donde un turco tenia el escudo de Caracacha, que no estaba á muchos pasos de ellos; y como viese el hermoso retrato de la turca y la arrogante letra en que decia, que era mas hermosa que luna, y sol, y lucero, entendió el bravo español Maleh, que el africano habia sacado en su escudo aquel retrato por competencia del nombre de su señora, de lo cual muy enojado y lleno de ardiente cólera, pasó adelante con su discurso de esta suerte: « Y pues ahora estamos en la ocasion de probar cada uno lo que pretende, para poner mayor fuego al caso te pregunto: Di, africano, ¿sabes qué cosa es luna? » El africano respondió: « ¿Por tan torpe y de tan poco saber me tienes, que habia de ignorar qué cosa sea luna, cuando nosotros los africanos la ponemos en nuestros escudos, teniéndola por divina, y siendo insignia celestial de nuestras armas, gobernándonos por ella en nuestras prósperas y adversas fortunas? » — « Pues si eso es así, como confiesas, ¿porqué, dime, defraudas el respeto que debes á la luna, y por ella pones en tu escudo el retrato de tu dama, que es mas oscuro para mis ojos que la noche, respecto de la luna que me alumbra? Realmente, Caracacha, no tienes verdadero conocimiento de la luna, y para que le tengas, y sabiendo lo que es veas que el retrato de tu escudo se queda muy atrás, pon los ojos en la ventana de aquel balcon azul y dorado, donde resplandece un paño de terciopelo verde, y allí verás la luna, digna y merecedora de ponerse en cualquier honroso escudo, aunque fuera el del Magno Alejandro. » El valeroso africano fijó los ojos en la ventana que el Maleh le señalaba, donde habia reunidas muchas bellas moras, y una entre ellas que se distinguia por su adorno y mayor hermosura; por lo cual entendió que le hablaba de aquella á quien tenia por su luna; y afrentándose de que el Maleh hubiera dicho de que con respecto á dicha dama la suya y el retrato eran noche oscura, le contestó diciendo: « Maleh, has despreciado

mi retrato, y por él á mi dama, en lo cual has andado muy fuera de razon ; y no me maravillo de ello, porque dicen que *quien feo ama, hermoso le parece*. Comparaste á mi dama con la noche, cuando con respecto á ella la tuya es una tiniebla palpable ; traes en tu escudo su nombre, y tocando con la mano á los delgados cuernos de la luna : sea, pues, el modo de dirimir la disputa, el que ademas del premio prometido por tu rey que está presente, aquel que fuere vencedor del otro á tres caidas, se lleve ademas el escudo del vencido por trofeo y regalo á su dama.» Esto decia el valiente africano, teniendo por muy cierta la victoria de su parte. Contentísimo el Maleh, le dijo : « Por Mahoma te juro, valeroso Caracacha, que me has dado mucho gusto con lo que has dicho, aunque al mismo tiempo gran pesar, en alargar el éxito, poniendo la victoria de la lucha á las tres caidas ; y así te ruego por lo mucho que debas á tu dama, que no vaya mas de á una sola caida. » A esta sazón llegaron el Habaquí, que era juez de aquel caso, y otros muchos capitanes, á saber en qué estaban altercando los dos competidores ; y sabiendo que procedia la discordia entre ellos de tan honrosa ocasion, los concertaron, declarando definitivamente que la victoria debia alcanzarse á las tres caidas : en seguida se retiraron todos, y á ellos los dejaron solos. El valeroso Maleh, enojado muy de veras con el turco, quisiera mas llevar aquel negocio por fuerza de armas que por via de lucha ; mas en vista de que á la sazón no podia ser otra cosa, se conformó en que el tiempo le ofreciese mas cómoda oportunidad de vengarse ; por lo cual callando, la color mudada, y los ojos encendidos de fuego, se fué para el africano, quien no menos enojado le recibió, y así á una los dos bravos competidores se asieron de los moletes de los brazos con tanta fortaleza en las manos, como si estas fueran unas fortísimas tenazas. Comenzaron á tentarse las duras fuerzas el uno al otro, llevándose á todas partes, ya atrás, ya adelante, ya alrededor, como si fueran dos bravos jabalíes, ó dos toros llenos de rabiosos celos. La presa que hizo el africano en el valeroso español era mucho mas fuerte é eficaz, porque el primero venia untado de aceite, y así el Maleh no podia afianzarse en sus carnes, deslizándosele en ellas las manos, cuando las suyas se presentaban á su competidor limpias, enjutas, y llenas de vello, en donde podia asirse con facilidad. Sintiendo esto el bravo Maleh determinó remediar prontamente aquella ocasion que le desfavorecia, y para ello dió hácia una parte un sacudimiento grande, en fuerza del cual hizo perder la presa al africano, aunque con mucha dificultad y dolor, porque en las duras unas se llevó el pellejo, dejando bañados de sangre los lugares en donde se habian clavado. Así que el bravo Maleh se vió suelto de aquella terrible presa, como si fuera un ave se arrojó al suelo, y con las dos manos abarcó cuanta arena pudo de la que cubria la palestra, y era muy blanca y menuda, de la que llaman braja ; y luego levantándose en pié, se fué para el africano, que venia ya sobre él con todo su poder, pensando cogerle debajo. Mas era tanta la furia que llevaba, que estando ya levantado el español, se resbaló en la misma arena, y vino á poner las manos en el suelo, sin poderse afirmar sobre los pies ; por lo cual tocó por fuerza con el pecho en tierra, dejando en la misma arena mucha

parte del unto de aceite de que habia venido barnizado. Así que le vió el Maleh en esta postura, acudió sobre él con la presteza del pensamiento, para no perder la feliz ocasion que la fortuna le ofrecia, y de un golpe lanzó el arena que llevaba en los dos puños sobre las espaldas del turco, que ya se queria levantar. Pero no le dió tanto lugar el bravo español, porque cargando sobre él le obligó á tenderse segunda vez de todo punto en el suelo. Porfiando el africano por levantarse se revolcaba mas y mas en la arena, de suerte que quedó lleno de ella, y perdió el aceite toda su delicadeza y blandura. Gozándose el Maleh de ver la porfia del turco, le dijo: «Caracacha, de esta vez la primera caida no será á tu favor,» y despues se separó un poco para dar lugar á que el turco se levantase. Levantado que fué, quiso volver á embestir al Maleh ardiendo en viva saña; pero este le dijo, que la arremetida actual habia de ser para la segunda caida, respecto á que la primera ya la tenia él ganada. Contradijolo el turco, diciendo que si habia caido no era porque él le hubiese derribado, sino deslizándose en la arena, llevado de su propio impulso. Llegaron á esto los jueces, y examinando el caso, declararon que la arena sirvió favorablemente al Maleh y desfavoreció al turco: que la ocasion de la caida de este fué haber querido coger debajo al Maleh, quien tuvo la fortuna favorable, pues por estar él bajo habia sucedido la caida del otro. De esta sentencia que declaraba vencedor al Maleh se indignó mucho el turco, y grandemente enojado arremetió á su adversario, el cual no rehusó la parada, antes bien le embistió con gran furia. Asíéndose los dos segunda vez, comenzaron á luchar dura y porfiadamente, fatigando sus brazos durante una hora larga, y pareciéndole á cada uno que tenia un monte áuestas. Aquí fué todo el afan de sus trabajosos miembros, porque cada cual ponía en esta segunda lucha cuantas fuerzas alcanzaba, dándose recíprocamente grandes vueltas, y levantando mucha arena con la fuerza de sus pies. Como el aceite de que se habia untado el turco tenia ya perdida su calidad, el Maleh hacia firmes presas en las carnes del africano, no deslizándose en ellas las manos ni las uñas: era de ver tanta braveza y maña como mostraban allí estos dos valerosos moros, ya usando de la cautelosa zancadilla, ya desechándola y eludiendo el engaño. Daba horror aquel hijadear continuo, y los bufidos que daban, la espuma que les salía por la boca, y el copioso sudor que brotaba de sus miembros: muchas veces, por no perder la presa hecha, hincaban las duras uñas en sus cuerpos de tal manera, que por muchas partes saltaba la sangre viva. De esta suerte pelearon gran parte del dia sin cansarse; mas como el bravo español habia nacido en mejor clima que el turco, y juntaba con su extraordinaria fuerza una gran soltura y ligereza, propiedad natural de aquellas gentes del reino de Granada, llevaba gran ventaja á su adversario, quien siendo tambien hombre de grandes fuerzas, por el continuo cansancio vió aflojarse gran parte del brio que al principio mostraba. Sentíalo así el Maleh, y por eso le apretaba con mas ahinco que hasta allí, de lo cual se espantaba el turco y decia, que aquel no era hombre sino un diablo del infierno, pues mientras mas luchaba mas le crecian las fuerzas, y exclamaba así: «Santo

Alá, ¡qué Hércules es este, que con tanta fuerza me oprime!» Dicho esto, aunque parecía estar desfallecido, volvió á cobrar nuevo aliento, y apoderándose con sumo esfuerzo del cuerpo del español, le dió dos grandes vueltas; pero poco le valieron, porque enojado el Maleh de que durara ya tanto la lucha sin sacar fruto de su trabajo, poniendo toda su fuerza levantó del suelo al bravo turco, semejando en esto á Alcides cuando levantó de tierra al fuerte Gerion, y teniéndole en el aire hizo demostracion de dar con él en el suelo hácia el lado izquierdo; por lo cual el africano volvió con gran presteza los piés de aquella parte, á fin de que el contrario le hallase firme; mas no le sucedió como pensaba, porque entonces el Maleh, con mayor brio y prontitud, dobló el cuerpo del turco del lado derecho, sin dejarle lugar para que volviese los piés á aquella parte, y dió con él en el suelo una caída tan grande, que dejó todo su cuerpo estampado en la arena, y con gran quebranto de tan desaforado golpe. Retirado un poco el Maleh, se paró á mirar herido á su contrario, el cual se levantó como un leon, y sin acuerdo de lo que habia de hacer en aquel caso, acometió desatinadamente á su adversario vencedor. El Maleh viéndole venir de esta manera, tuvo por mas cierta la victoria; y así, haciendo demostracion de aguardarle para aferrarse con él, siendo muy otro su pensamiento, dejó que el turco, casi ciego de corage, le arremetiera, y entonces apartó á un lado el cuerpo, poniéndole delante el pié derecho, tan firme como la roca, que el mar y el viento combaten en valde. Dando en vacío el impetuoso turco, como iba tan recio, pasó su cuerpo adelante, y tropezando con la pierna del Maleh, cayó tendido en el suelo. Entonces toda la gente que miraba la lucha, levantó una gran vocería diciendo: «De mucho valor es el capitan Maleh, pues así ha vencido á un competidor tan poderoso.» Las trompetas y añafles tocaron con alegría por la victoria alcanzada de su buen capitan Maleh, y el turco, lleno de ira, se levantó como un rayo queriéndole embestir otra vez. No dieron lugar á ello los jueces, acudiendo al caso, y diciendo que la disputa estaba acabada, siendo el turco vencido por el Maleh, que le habia hecho dar las tres caidas; y así sacaron del campo al turco maltratado, no estándolo menos el Maleh por el quebrantamiento de sus miembros, y de las uñas de su adversario. Al fin quedó vencedor con harta gloria, y pidió á los jueces que le mandasen entregar el escudo del capitan Caracacha que habia ganado: los jueces se le dieron, y esto fué lo que mas pesó al africano, que antes quisiera perder la vida, que el escudo con el retrato de su bella señora. El Maleh, tomando el escudo, y acompañado de su escuadron al son de trompetas, cajas y dulzainas, salió de la palizada, dió una vuelta á la plaza, y parándose en el lugar donde estaba el reyecillo, le hizo profundo acatamiento. Llamóle Abenumeya, y tomando una corona de laurel que estaba sobre una rica mesa, se la puso en la cabeza, y ademas le mandó dar el premio prometido. Con esto resonaron todos los instrumentos militares, y la gente con grande alarido decia: *Viva el capitan Maleh*. Quien á esta sazón viera al africano, conoceria el profundo pesar que tenia dentro de su corazon; pero si él estaba avergonzado, no lo estaba menos todo el ejér-

cito turquesco, considerando á su buen capitan vencido por un morisco español; y así, cubriéndole con una ropa de fina escarlata, le sacaron de la plaza, y le consolaban diciendo: « Que no le diese pena aquella desgracia, porque era forzoso que uno de los dos venciese, no el que mas valia, sino el que la suerte quisiera. » El turco, mostrando alegría, dijo que aquello no le daba pena alguna, pero que se quejaba de haber caido dos veces por desgracia sin que el Maleh le tocase; y con esta plática llegó á su posada muy resuelto á tomar venganza. Su vencedor por el contrario, muy ufano al verse coronado de laurel por la mano del mismo Abenumeya, embrazó el escudo que habia ganado, y en compañía de muchos capitanes se acercó al balcon en donde estaba su señora, y la habló de esta suerte.

« Hermosa y clara Luna, que alumbráis mis ojos con vuestros resplandecientes rayos, aceptad este escudo que he ganado con vuestro favor, porque faltándome este jamás le ganára siendo de un adversario fortísimo que queria deslucir vuestro nombre y belleza; pero siendo esta tal cual se muestra, y haciendo envidioso al sol, no ha permitido el cielo que se la pueda ofender ni dañar, y así puso en mí la fuerza de ánimo necesaria para defenderla; bien que entiendo que vos, con una sola mirada, rindiérais á mi contrario. » Diciendo esto alzó el brazo con el escudo hasta el balcon que no estaba muy alto, y la hermosa mora, agradeciendo el presente y abajándose, le tomó con su blanca y hermosa mano, poniéndose al parecer todavía mas bello su rostro con la vergüenza que recibió de lo que el Maleh la habia dicho. Todas las otras damas que estaban con la hermosa Luna tomaron el escudo, y mirando el retrato que contenia, se quedaron maravilladas de aquella beldad; y decian, que si la turca era tan hermosa como el retrato mostraba, mucha razon tenia el turco en servirla y defenderla, pues era una de las mas preciosas mugeres que tenia el mundo. La bella Luna, informada de la pesadumbre que sentia el africano por la pérdida de su escudo, se le envió con un page, mandándole decir que tuviera en mucho aquel retrato; y pues tanto queria á su original, no se pusiese otra vez en contingencia de perderle. Mucha alegría recibió Caracacha con esta restitution, y envió á dar grandes gracias á la dama por la merced que le hacia, prometiendo servirla en todo cuanto le mandara en España, en Argel, ó adonde él se hallase. El buen Maleh volvió al puesto que tomó en la plaza para ver si habia algun otro que quisiera salir á luchar con él; pero Muley Abenumeya le mandó apartar de allí para que otros capitanes probaran sus fuerzas en la palestra; por lo cual fué llevado á su posada con mucha honra, rodeado de su belicoso escuadron. A poco rato el Maleh volvió á presentarse en la plaza con otro vestido y nuevos adornos para ver á los que salian á la lucha, y llegó al mismo tiempo que tambien entraba en ella el capitan Caracacha, no menos ataviado y en compañía del otro capitan turco su camarada, y de muchos gefes del escuadron de su mando. Mas así que se vieron el uno al otro, alterada la sangre no olvidando lo pasado, se hicieron mesura con disimulado proceder: el africano odiaba de lo íntimo de sus entrañas desde aquel dia al Maleh; y así de allí en adelante le procuró

todo mal. Muy bien recibidos de los demas que estaban en la plaza estos dos bravos capitanes, principiaron luego á hablar de la pasada lucha, y de palabra en palabra vinieron sus ánimos á encenderse en mortal saña, porque el africano le dijo al español, que no hiciera tanto alarde de la victoria, pues no tanto la habia alcanzado por su esfuerzo, como por haber tenido él la desgracia de resbalarse dos veces en la arena: el valor de los hombres no se muestra en una lucha, ejercicio de brutos salvages, sino con las armas, y que en su manejo le demostraria á él y á todos los demas del reino granadino, que valia mas que ellos. El Maleh le respondió, que aquella era mucha altanería, y la arrogancia propia de un turco; pero que para el manejo de las armas habia hombres en las Alpujarras de mas valor que él; lo cual estaba pronto á acreditarlo si gustaba hacer la esperiencia. Quiso responder el africano, y aun pasar adelante; mas considerando que estaba presente el rey Abenumeya, se reprimió, y solo dijo que quedase aquello para otra ocasion en que podria tratarse mas largamente.

Estando en esto se oyó gran música de trompetas y cajas, y vieron entrar por la calle Mayor al capitan Mamiaga, compañero de Caracacha, que como ya dijimos vino tambien de Argel con otra escuadra de turcos. Entró en la plaza á guisa de lucha, esto es, desnudo, y mostrando la contestura de sus doblados miembros, y le acompañaba su brillante escuadron adornado de una hermosa librea, pajiza y encarnada, con plumas del mismo color en los turbantes. Todos estos turcos eran diestros tiradores, y dieron una brillante carga de arcabuceria á su entrada en la plaza. Mamiaga llevaba á su lado un pagecillo con su escudo, que era dorado en campo verde, con un leon rojo, al cual una hermosa doncella turca encadenaba con una cadena de plata, habiendo debajo del leon una letra que decia así:

No la cadena me prende,
Aunque sea fuerte y dura;
Préndeme la hermosura
De aquella que está allende.

En esta letra aludia á una dama turca á quien el capitan amaba, y la habia dejado en Argel. Puesto ya el valeroso turco en la palestra aguardando competidor, le miraban todos con gusto, porque era muy bien hecho, y proporcionado de cuerpo y miembros; sobre lo cual dijo Abenumeya: «Gran valor muestra el turco; pero entiendo, que tanto este como los demas de su nacion, han pensado que le falta á la gente granadina; y por Mahoma que se engaña, porque para ser valerosos les bastaria haber nacido en España.» — «En el manejo de las armas, dijo el Habaquí, pueden ellos ser mas diestros; mas en lo que toca á brios, cosas he visto yo hechas por los granadinos en la guerra, á que ni por mucho alcanzan los turcos.» Pasara adelante el Habaquí contando algunas de ellas, si no interrumpiera la conversacion el súbito sonido de cajas y añafles que acompañaba á un hermoso escuadron de cincuenta soldados, todos tiradores y vestidos de verde y amarillo, que entraron en

la plaza. Su capitán era el valeroso Joraique, natural de Baza, que venía desnudo á la usanza de buen luchador, llevando un amigo suyo delante un hermoso escudo plateado con el campo de oro, y en medio dibujada una grande granada verde, cuyo pezon era de plata, y en dos de sus hojas se leía una letra que decia así :

Si no se abre la granada,
Baza será memorada.

Traíala el gallardo moro, porque todos sus pasados fueron alcaides de la fortaleza de Baza, y él pensaba serlo tambien, si por caso Granada y su reino quedaba por los moros, como antes lo habia sido; pero no le salió bien la cuenta, como dirémos mas adelante. Llegados todos al pallenque dieron una soberbia carga de arcabucería, y arrimándose luego á una parte de la plaza, dejaron en la palestra al Joraique, el cual mostrando la fortaleza de sus miembros en la desnudez de su cuerpo, se llegó adonde el turco estaba, y le dijo : « Se hace tarde, y así vengamos pronto á las manos, porque luego han de entrar otros que se quedan aderezando. » Díjole el turco : « Pues si vienes tan de priesa, á la primera caída podrémos dar fin á la palestra. » Respondió el Joraique, que le placia, y así los dos se aferraron con firmeza por los brazos, y era cosa espantable ver la furia con que comenzaron; de tal manera, que decian todos, que si terrible habia sido la lucha pasada, no lo era esta menos, ni los segundos competidores de menor valor que los primeros; por lo cual pararon todos su atención en ellos, viendo que parecian dos toros furiosos, ó bravos osos, segun el ánimo con que el uno al otro procuraba dañar cuanto mas podia. Pero como el bravo español de Baza, partícipe del clima de Andalucía y Murcia, gozaba de la influencia de ambas provincias, hacia alarde de tanto esfuerzo, que muchas veces traía á mal traer al africano; el cual, como hombre sagaz y astuto, muy experimentado en tales casos, y de nacion griego genízaro, hijo de turco, mostraba tanto valor, y se ponía tan bien, que el español morisco, aunque mas bravo, no podia vencerle. La lucha se mantenía indecisa, sin que entre los dos hubiera punto de ventaja, y de esto andaba muy corrido el buen Joraique. Viendo que era vano todo su afán, que la gloria del vencimiento pendía de una sola caída, y que la fortuna por cualquier azar pudiera dársela á él ó á su competidor, acordó de acabar por mañana lo que no podia por fuerzas, pues en la lucha de todo podia usarse; y así desasiéndose del contrario luchando como estaban á brazo partido, tornaron á asirse de los brazos, y comenzaron á darse nuevos y recios vuelcos como al principio, llevándose con gran furia el uno al otro á todas partes. Notando entonces el Joraique que su contrario estaba muy cebado en aquellas vueltas, asiéndole de los brazos con sus manos, como si fueran unas terribilísimas tenazas, se dejó caer de espaldas en la arena, llevándosele tras sí, y al tiempo en que el turco iba á caer sobre él, poniéndole los dos pies en los pechos le arrojó de la otra parte, haciéndole dar de cabeza una grande caída; y poniéndose luego en pié con la presteza de un

ave, antes que el turco se levantara como queria, se echó sobre él con tanta fortaleza, que le acabó de derribar. En este instante dió un grito toda la gente diciendo: « Si fuerza tiene el Joraique, no le falta maña, pues con ella ha vencido á un contrario tan duro. Tañeron entonces con grande alegría las trompetas y añafles del escuadron por la victoria que habia alcanzado su valeroso capitan. El africano, tan enojado como corrido, se levantó á toda priesa de la blanca arena, lanzando fuego vivo por los ojos, y dijo con voz trémula: « No es de varones claros y fuertes, sino de viles y cobardes, querer ganar por industria, honra y gloria contra los hombres valerosos, que lisa y llanamente ostentan el caudal de sus fuerzas; pero percibo que se juzga en mi desfavor dándote la gloria del vencimiento. Será forzoso para la satisfaccion de mi pundonor ultrajado, que el caso se apure por medio de las armas, porque no es decente que deje yo pasar la afrenta sin venganza. » Llegó en esto el prudente Habaquí con el tio de Abenumeya, que eran los dos jueces, y oidas las furiosas razones del africano, le hicieron salir del campo por evitar mayor escándalo, ofreciéndole que el caso se veria mas despacio, y se le guardaria justicia. Todo el bando turquesco estuvo muy próximo á romper por matar al Joraique; lo cual sentido por algunos capitanes, le dijeron al reyecillo, que no era conducente pasase adelante la lucha, porque de ella podia seguirse grave perjuicio á sus intereses y á los del reino, que no estaban en punto de arriesgarse á las resultas de semejantes revoluciones; y así, que cesaran aquellas contiendas, y se hiciesen los demas juegos. Abenumeya consideró que le aconsejaban bien, y mandó en seguida que saliese de la palestra el Joraique, y viniera adonde él estaba. Vino con efecto, y los jueces determinando el caso declararon, que toda maña es de valor en la lucha, y así, que debia dársele el premio y la corona de laurel, á pesar de toda oposicion. Entonces el Joraique cubierto de un paño finísimo, y acompañado de su gente, que celebraba la victoria con la música de muchos instrumentos militares, fué sacado del campo. ¿ Quién pudiera contar ahora el enojo y corage de los capitanes turcos? Si no fuera por el temor de dar al Ochali, rey de Argel, mala cuenta de su viage á España, juntaran su escuadron, y rompieran con todo el campo granadino. Abenumeya mandó publicar la órden de que no hubiese mas lucha, sino que se siguiesen las demas pruebas y juegos que no eran tan achacosos á desazones. Muchos capitanes lo sintieron, porque estaban preparados para luchar, y ataviados de costosas libreas, los cuales eran Abenaix, Almozabar, el Gorri, Zarrea, Abonuayle, Gironcillo, Puertocarrero, Alrocaime, el Derri, y otros muchos valerosos moriscos. Fué acordado el dia siguiente probasen sus fuerzas aquellos robustos varones, levantando con una mano el mayor número posible de ladrillos, y que al que mas se aventajase en esto se le daria un premio galan. Así al otro dia de mañana, estando la plaza tan bien aderezada como el anterior, y tan poblados de gente los terrados y ventanas, se pusieron en medio de ella donde todos los pudiesen ver cien ladrillos del tamaño usual, para que se tomaran de ellos los que pudiesen alzar los competidores. Estando ya Abenumeya sentado en su real silla debajo de un rico

dosel, mandó que entrasen los que en este ejercicio quisiesen probar sus fuerzas. No tardó en entrar por la plaza Abenaix, capitán de Cantoria, bizarramente galán, y vestido de una hermosa marlota de grana franjada con muchos fluecos de plata, bonete de seda de la misma color, turbante con una pluma blanca y otra roja, y un rico alfange en el cinto. Calzábale de un gallardo borceguí azul, argentado con fuego, de tal forma, que el morisco parecía muy bien. Acompañábale un brillante escuadrón de caballería con su rica bandera, en la cual llevaba pintado el castillo de Cantoria con una letra, que decía así :

Tal la fuerza es de mi fuerte,
Que no hay fuerza que la fuerce.

Daba á entender Abenaix en esta letra de su bandera, que la fortaleza del castillo de Cantoria era tal, que no habia otra mas fuerte en todo el río de Almanzora. Entrando en la plaza con buen orden, y rodeándola toda, hecha la reverencia al reyecillo y á las damas cortesadamente, se fué al puesto diputado para la prueba, en donde habia dos maderos no muy gruesos, tan apartados el uno del otro, cuanto alcanza la longitud de cada uno de ellos : sobre estos maderillos que estaban tendidos en el suelo, debian ponerse los ladrillos que cada uno se propusiera alzar, porque el que hubiera de probar su fuerza en esto, debia de meter la mano por entre los maderos. Llegado allí el valeroso Abenaix, fué sacando y poniendo sobre los maderos uno á uno hasta veinte ladrillos, de á tres libras de peso, y estos eran los que se proponia levantar en el aire con una mano, sin ser atados con cuerda ni con otra cosa, sopena de no ganar la apuesta; para lo cual se bajó al suelo, metió la mano por debajo de los ladrillos, y haciendo un grande esfuerzo levantó los veinte en el aire, y á bastante altura para que todos lo pudieran ver. Quedó la gente muy maravillada de que con una mano hubiese alzado los veinte ladrillos, que pesaban por lo menos sesenta libras, y que despues tornase á ponerlos á pulso sobre los maderillos como antes estaban. Habia presentes al caso dos veedores y un escribano para tomar nota y dar cuenta del número de ladrillos que cada uno alzase. Abenumeya, maravillado tambien de que Abenaix con una sola mano hubiese alzado aquel peso en el aire, dijo á sus capitanes : « Bien puede decir Cantoria que tiene un valeroso y gallardo capitán. » — « Eso pregúntemelo á mí, dijo el buen Maleh, que estaba bien cerca de Abenumeya. Cuando por mandado de V. A. salí de aquí con mas de diez mil hombres sobre Cantoria, estaba este allí con harto poca gente, y unos Almodovares, cristianos viejos procedentes de Murcia, los cuales me hicieron una resistencia tan brava, que despues de haber muerto y herido á muchos de mis soldados, tuve que retirarme sin poder llevar á efecto la orden de V. A.; y es muy cierto que si á los de Cantoria les hubiera venido el socorro que enviaron á pedir á los cristianos, no se gloriara hoy V. A. de que esta villa fuese suya, por el insigne valor de los capitanes y soldados que tenia dentro. » Cesó con esto la plática, porque se oyeron cajas de guerra y otros instrumentos, que anun-

ciaron la entrada en la plaza del capitan Caracacha con su turquesco escuadron gallardamente ataviado : venia vestido de una rica tela de seda, color azul, muy guarnecida con franjas de plata, y traia en la cabeza un bello turbante de toca, blanca como el armiño, bandeada de oro, con un rico penacho blanco y azul. La librea de todo el escuadron era de los mismos colores, salvo que los borceguies de los turcos eran rojos, y los de Caracacha datilados y argentados : tambien la bandera era azul, y traia enmedio una media luna de plata, y una letra de oro, que decia así :

Del Líbico mar salió
Sin un punto ser clipsada;
Y si se gana Granada,
Ninguna mas mereció.

El africano puso esta letra en su bandera, dando á entender, que jamás fué ella vencida ni hollada en ninguna batalla de las que en Africa habia tenido; y que si se ganase Granada, ninguna de las banderas granadinas tendria tanto merecimiento como la suya, atribuyéndose á sí mismo la gloria del triunfo. Pasando, pues, el turco adelante, y habiendo hecho alarde de la gallardía de su persona y escuadron, saludó con grande acatamiento al rey, y luego se fué al lugar donde estaban los ladrillos puestos por Abenaix sobre los maderos; y pareciéndole que bien podria aventajarle con otros dos ladrillos mas, los puso encima de los veinte, metió la mano por debajo, y empleando todo el caudal de su fuerza, se probó á alzarlos; pero no pudo moverlos de su puesto, y en seguida quitó uno de los ladrillos, tornó á probar, y pudo tan poco como de primero; por manera, que quitando los dos que habia puesto, hizo la tercera tentativa, y levantó, sí, del suelo los veinte ladrillos, mas no tan alto como Abenaix; por lo cual, tornando á sentar los ladrillos, dijo : « Mal me va con los españoles, pues en dos pruebas á que he entrado con ellos no he podido ganar nada. » Con esto volvió á juntarse con su escuadron, y siguiendo el mismo orden con que habia entrado en la plaza, se tornó á salir, dando una gentil carga de escopetería. « Mas diestro está en las armas, dijo Abenumeya, que en la prueba de sus fuerzas el africano : tengo por hombres mas robustos y de mas nervio á los granadinos; de modo, que si estuvieran acostumbrados á los ejercicios militares, ninguna nacion del mundo les hiciera un canto de ventaja en nada. »—« Así es verdad, dijo el Habaquí, y con dos años solos que continúe la guerra, no habrá mejor gente, ni mas esperta en las armas en ninguna parte. » Oyéronse luego nuevas cajas y dulzainas, apareciendo en la plaza otro hermoso escuadron muy bien adornado, cuyo capitan era el moro Puer-tocarrero, hijo del alcaide de Gergal. Venia vestido de una ropa encarnada guarnecida con remates de oro; su borceguí hecho en Argel era datilado; el rico alfange colgado de un hermoso tahalí; bonete turquesco, y en él penacho blanco y encarnado; la bandera era roja, sin contener letra alguna, sino solo un zancarron y la media luna. Entró á la española como gallardo capitan, una gineta en la mano, y delante de él un page

bien aderezado, que llevaba un rico escudo dorado, el campo azul, y en medio una letra, que decia así :

Si la que me fuerza á mi
Poniéndome brio y fuerza,
Ora estuviera ante mí,
Se me doblara la fuerza,
Como pareciera aquí.

La mora de que andaba enamorado Puertocarrero, era natural de su tierra, llamada en arábigo Fátima, y en castellano Brianda. Él á todos entonces pareció muy bien, aunque mejor debia parecer cuando por sus buenos méritos fué descuartizado en Granada: rodeó la plaza, pasó por delante de Abenumeya haciéndole grande acatamiento; y separándose de su escuadron, fué al lugar donde habia de probar sus fuerzas, y halló los ladrillos descompuestos, porque Cacaracha, mohino de no poder alzar mas que el Joraique, los habia esparcido por el suelo. No sabiendo el número de los que antes habian sido alzados, puso desde luego doce por el órden que era debido, y metiendo la mano por debajo, apenas pudo levantarlos del suelo, no siendo tan mala prueba alzar treinta y seis libras con una sola mano. Tomada nota del acto por quien tenia cuidado de hacerlo, Puertocarrero volvió á juntarse con su escuadron, y salió de la plaza gallardamente, dando una gentil carga de arcabucería y otra de hondas, que dieron placer con sus crujidos. Abenumeya dijo: « No me parecen mal los soldados honderos, porque á fe de rey, que en ocasiones son de grande importancia. » — « Son muy buenos ciertamente, dijo su tio Abenchoar, y en el tiempo antiguo no se usaba otra cosa que hondas y ballestas de palo, y con estas armas sencillas se obraban muy buenos hechos, de que nos queda profunda memoria. » — « Verdad es, dijo el Habaquí; mas ahora anda mejor la malicia, porque hay buena arcabucería, con la cual se hace mas pronto la hacienda. » Estando en esto entró por la plaza el gallardo Maleh con su bizarro escuadron, bien vestido de morado, bonete y plumas del mismo color, y borceguí azul argentado; el táhalí azul, tachonado de plata, y de él pendiente un rico alfange. Rodeando la plaza se desplegó su bandera que era morada campeando en ella media luna grande de plata, y debajo un sol que parecia oscurecido por la luna; aprension natural de moros en dar mas estimacion á este planeta. Llevaba una letra de plata, que decia así :

Es el sol una planeta
Que á las demas les da lumbre;
Mas la luz y la vislumbre
De mi Luna es mas perfeta.

Llevaba esta letra el Maleh, porque, como ya hemos dicho, su señora se llamaba Luna, y la tenia en tanto, que decia que los rayos de su hermosura oscurecian al sol, aunque á las planetas da luz con su lumbre. Llegando, pues, el moro al lugar en donde estaban los ladrillos, y po-

niendo veinte y dos de ellos por su orden, los levantó, aunque no mucho, del suelo, pero al fin fueron levantados un palmo; y con esto, posándolos, volvió gallardamente á juntarse con su escuadron. Maravillados quedaron todos de haberle visto levantar con una mano los veinte y dos ladrillos, y exclamaban: « ¡ Valeroso es el capitan Maleh ! » Salió este de la plaza dando una hermosa carga de arcabucería, y dejando á Muley y todos los demas circunstantes muy enamorados de su buen talle y valor. Luego entró en plaza el bizarro capitan Zarrea con su escuadron de tiradores muy bien aderezado: la bandera que traia era amarilla y verde, con una letra que decia así:

Desespero, mas espero
Que el tiempo hará mudanza,
Y confio que Esperanza
Me dará lo que mas quiero.

Zarrea amaba á una hermosa mora, y aunque no se veia correspondido, tenia firme esperanza de que su deseo se allegaria á buen fin. Entró el moro vestido de una tela del color de su bandera, trayendo un rico alfange, borceguí verde argentado, zapato amarillo, y en el bonete dos plumas, una amarilla y otra verde. Hecha su medida á Muley, á las damas y capitanes, se apartó luego de su escuadron y fué á hacer prueba de sus fuerzas; pero no levantó sino catorce ladrillos, quedando corrido de no haber alzado mas. Con esto volvió á juntarse con su escuadron, y dando una gentil carga de arcabucería, salió de la plaza.

Entró luego en ella el capitan Gorri vestido de pardo damasco, guarnecido de franjas de oro, bonete de la misma tela con plumas pardas y blancas, un rico alfange y borceguí datilado. Su bandera era de una tela de color de cielo, sembrada de estrellas de oro, y una media luna de plata, con una letra que decia:

En mí no cabe placer
Hasta que vea á Granada
De los moros conquistada.

El vestido de este capitan moro era conforme á sus pensamientos, como lo demostraba su letra: era hombre mayor y de buen juicio, por lo cual su presencia dió gran contento á todos; y habiendo llegado á la prueba de sus fuerzas, tomó diez y siete ladrillos, que alzó fácilmente con una mano. Mostró en la ejecucion buen donaire; y despues, volviendo con grave paso á juntarse con el escuadron que le acompañaba, le hizo dar una buena carga de arcabucería y se salió de la plaza. Muley dijo: « No le falta valor al Gorri; al fin es hombre maduro, de sano juicio, y capitan de mucha esperiencia y confianza. » — « Verdad es, dijo el Habaquí, y á ley de moro hidalgo, aseguro que el Gorri se ha mostrado valeroso en todas las ocasiones pasadas, y especialmente en la de Verja, que si no fuera por él, nos hubieran tomado los cristianos casi todas nuestras banderas. » Apareció á la sazón en la plaza entre el ruido de

muchas cajas bélicas, y seguido de un escuadron gallardo, el capitan Derri, hombre valeroso. Venia vestido de azul, con plumas, bonete y borceguíes del mismo color, y un rico alfange al costado: su bandera era tambien azul, y en ella venian pintadas cuatro cabezas de cristianos en señal de muchos que él habia muerto, con una letra que decia así:

La gloria es matar cristianos,
Que probar las fuerzas no
Es gloria que contentó.

Y tenia razon este moro en la sentencia de su letra, porque no es correspondiente de hombres cuerdos mostrar sus fuerzas, pocas ó muchas, delante de amigos ó de enemigos; porque sabiendo cada uno los quilates del valor del que las prueba, tiene en algo ó en nada el resultado. Así el Derri, célebre y codicioso capitan, entró en la plaza; y habiéndola paseado toda, se llegó al lugar donde se hacia prueba de las fuerzas: puso en órden doce ladrillos, y con harto trabajo los levantó del suelo. Viendo luego que otros habian alzado mas, enojado dijo: «No tengo cuenta con pruebas, ni hago caso de ellas: mas vale maña que fuerza;» y tornándose de allí á su escuadron se salió de la plaza dando una buena carga de arcabucería. Abenumeya no estaba bien con este capitan, por lo que atrás dijimos de que le anduvo persiguiendo, codicioso de los diez mil ducados que por su cabeza prometió el marqués de Mondejar; lo cual no se le habia olvidado, aunque al presente aparentase tenerle en su gracia, movido de los ruegos de otros muchos capitanes: mas adelante veremos, que despues por poca ocasion le mandó ahorcar.

Despues del Derri entró en la plaza Gironcillo el de Granada, vestido muy gallardamente de rojo, con guarniciones de plata, bonete y plumas del mismo color, rico alfange dorado, pendiente del hombro derecho de un hermoso tahalí verde, borceguí verde argentado. Llevaba al hombro una buena escopeta de rastrillo, preciándose de tirador, que lo era estimado: en su bandera de color rojo venia pintada la famosa Alhambra con una letra castellana, que decia así:

Sí quiere el cielo y fortuna,
En tí, mi querida Alhambra,
Espero danzar la zambra.

Mucho contento dió esta letra del Gironcillo á todos los moros y moras que estaban en las fiestas, y todavía mas á Fernando Muley. Dada la vuelta á la plaza, hecho su acatamiento al rey, á las damas, á los caballeros y capitanes que allí estaban, se apartó Gironcillo de su escuadron, y yendo á hacer prueba de sus fuerzas, puso en órden diez y nueve ladrillos, y los levantó felizmente. Todos los circunstantes se alegraron de que hubiese hecho tan buena prueba, y él con su escuadron se salió de la plaza tan gallardamente como habia entrado.

Así como se retiró Gironcillo, entró otro valeroso capitan llamado Abonuaile, natural de Guadix, hombre de cuarenta años y de grandes

fuerzas. Traia su escuadron compuesto de gallarda gente y bien armada; la bandera era blanca, con bandas azules y rojas, y pintado enmedio un escudo dorado sobre campo verde, con unas letras de oro, que decian :

Cuando vea el alameda
De mi Guadix deseada,
De moros será Granada.

No dió poco contento la letra de este bravo capitan á Muley y á cuantos estaban en la plaza. Venia vestido de paño verde aceitunado, con guarnicion de terciopelo negro; y hecha la acostumbrada medida, apartándose de su compañía se fué al lugar de la prueba, y poniendo sobre los maderos veinte y cuatro ladrillos, los levantó con una sola mano sin pesadumbre; de suerte que bien se dió á entender que podria alzar otros dos mas. Levantó la gente gran vocería diciendo, que el bravo Abonuaile habia alzado mas ladrillos que ningun otro capitan. Abenumeya se quedó maravillado de tal fortaleza, y dijo, que no era posible ver mas. El Habaquí, Abenchoar, y otros capitanes que allí se hallaban, dijeron que le habian visto de un golpe de alfange hendir un cristiano desde el hombro hasta la cintura, y de otro golpe partir á otro por medio. « Gran fortaleza tienes, dijo Abenumeya, y yo me holgara que se encontrase con el alguacil mayor de Granada don Pedro Maza para vengar de un golpe semejante á esos que decís la injuria que me hizo quitándome la daga; mas todavía espero que me pague el agravio con la vida y hacienda.» El valeroso Abonuaile, dejando á todos muy contentos de su fuerza maravillosa, hizo dar á su escuadron una fuerte carga de arcabuceria, y se salió de la plaza. Siguióle luego otro gallardo capitan moro, llamado Alrocaime, de las mismas tierras de Guadix. Era ya de edad madura, y le apuntaban las canas; alto, membrudo, de color moreno verdinegro, cejijunto, grande enemigo de cristianos, y que alcanzaba muchas fuerzas: venia vestido de turquesado, con muchas guarniciones de plata, quitadas de las casullas y frontales de las iglesias de cristianos que habia saqueado. Entró con su escopeta al hombro; su bandera era amarilla, y enmedio venia pintado un escudo de plata sobre campo azul, y en el centro una media luna plateada, con una letra, que decia de esta suerte :

Si fuerzas han de valer,
Presto se verá en la prueba
Quién el premio y joya lleva
Por su justo merecer.

Venia tan confiado en sus fuerzas este Alrocaime, que daba ya por ganado el premio; y así luego que entró en la plaza, hecho su acatamiento á Abenumeya, á las damas y capitanes, se dirigió al lugar de la prueba; y viendo que Abonuaile habia levantado veinte y cuatro ladrillos, puso treinta, y dijo que habia de alzarlos, ó morir. Toda la gente principió á susurrar confusamente diciendo que el intento de Alrocaime era imposible; pero él entregando á un page su arcabuz, llegó, y metiendo

la mano por debajo de los ladrillos, los levantó en el aire. Entonces sí que fué la gritería, exclamando todos: *Alrocaime ha ganado; por Mahoma que tiene grandes fuerzas*. Tornando el moro á sentar los ladrillos en su lugar, con gran contento y alegría se fué á buscar su escuadron, y se salió de la plaza, dejando maravillados á todos de su esfuerzo hercúleo. A la sazón ya era muy tarde, y aunque otros muchos probaron sus fuerzas, no hubo ninguno que alzara tanto número de ladrillos como Alrocaime.

Abenumeya se retiró á su posada acompañado de la gente del campo y de los capitanes que con él estaban: lo mismo hicieron las damas, yendo hablando todos del esfuerzo y valor de los capitanes que aquel día se habian probado en los juegos. El rey mandó dar á Alrocaime el premio prometido, y aquella noche se pasó toda en grandes fiestas y danzas de moros y moras, quedando para otro día la prueba del que tuviese mas tiempo al hombro un marmol de cuatro quintales de peso. Venida la mañana, Abenumeya fué á sentarse en su estrado con todos los capitanes del ejército, muy bien vestidos y ataviados. La plaza se pobló de mucha gente, así como los balcones, ventanas y terrados, en donde se veian muchas y muy lindas damas. Mandó luego Abenumeya que se trajese de la iglesia un mármol que habia servido para sustentar la pila del agua bendita: era una piedra de seis piés de largo, que pesaba diez y seis arrobas. Inscribiéronse para la prueba muchos capitanes, cuyos nombres se pusieron dentro de un vaso de plata, á fin de que fueran saliendo por su órden; y tambien habia allí sobre una hermosa mesa un reloj de arena. Los capitanes inscritos para la prueba fueron Abenaix, Almozaban, el Gorri, Puertocarrero, Zarrea, el Maleh, Albonuaile, el Joraique, Alrocaime, el Habaquí, el Derri, Gironcillo, Caracacha y Mamiaga. En esto comenzó á sonar toda la música de cajas, atabales, añafles y trompetas, mostrando grande alegría, y despues de haber tocado largo rato, metiendo Abenumeya la mano en el vaso, sacó un papel con el nombre del Habaquí: luego sonó una trompeta sola, y el rey dijo en alta voz, de modo que todos le oyeran: *Salga el Habaquí*. Levantóse el valeroso capitán, y se presentó en medio de la plaza, donde estaba el liso mármol, y con la ayuda de otra persona, porque era indispensable, se le echó al hombro derecho, sintiendo gran pesadumbre. Allí se mantuvo á la vista de todos, sosteniendo el mármol con su hombro un largo cuarto de hora, y no pudiendo sufrir mas, le dejó caer en el suelo. Quedó el buen Habaquí al verse exento de aquel peso, como si se descargara de un monte; y mostrando buen semblante, se volvió á su lugar diciendo, que aquella prueba era propia de animales. Al son de trompetas y dulzainas sacó luego Abenumeya otra cédula con el nombre de Zarrea, el cual tomando el mármol sobre el hombro, apenas pudo sostenerle medio cuarto de hora; y así le dejó en tierra diciendo, que mejor se apañaria á sufrir la descarga de una escopeta, que la carga de aquel mármol, y se volvió á su puesto. Tras de Zarrea salió el Derri, y no pudo aguantar el peso mas de otro medio cuarto de hora. Luego salió Gironcillo, que no pudo sufrir el peso ni un momento, sino que luego despidió la mala

carga, diciendo, que mas valia pelear y matar cristianos, que someterse á una prueba tan brutal. Tras de Gironcillo salió el Gorri, y no llegó á sufrir el peso medio cuarto de hora; ni tampoco Puertocarrero que salió despues. Tras de este salió el gallardo Maleh, que aguantó un cuarto de hora, mostrando grandísimo esfuerzo, y no pudiendo sufrir mas, soltó el peso en el suelo. El Joraique se siguió al Maleh, y tuvo el mármol encima de su hombro cerca de media hora, quedando toda la gente maravillada de su fortaleza, y diciendo que era hombre de grandísimo valor: pasada la media hora dejó caer el duro mármol, y se volvió á sentar en su puesto. En seguida salió Alrocaime, y luego que le vieron todos pensaron que ganaria el premio, diciendo: « Este famoso capitán ganará, pues por su estremada fortaleza aventajó á todos en la prueba de los ladrillos. » Alrocaime tomó al hombro el duro mármol, y sin moverse de un lugar, le sostuvo tres cuartos de hora, sufriendo inmenso trabajo: cuando vió que no podia pasar de allí se echó fuera, dejando caer el mármol en tierra, maravillándose todos de su esfuerzo. Luego salió el bravo Abenaix, y sufrió el peso del mármol una hora y cuarto, dejando espantados á cuantos le miraban. Salió despues el gallardo Almozaban, y sustentó el marmol hora y media sin cansarse; esfuerzo que asombró á todos; pero tanto quiso sustentar aquel peso, que le reventó sangre por las narices. Tras de Almozaban salió el capitán Caracacha, y tomando el mármol sobre el hombro, le sustentó un cuarto de hora. Luego salió su compañero Mamiaga, y no pudo sufrir mas de cuarto y medio de hora. Salió en seguida el bravo Abonuaile, tomó el pesado mármol, se le puso al hombro, y paseándose con él, aguantó dos horas, con tanto estrépito de la gente que le miraba, que no se oían unos á otros, espantados de que siendo el postrero hubiese ganado la joya. Sonaron entonces todas las trompetas y chirimías, mostrando grande alegría por la victoria de Abonuaile, y todos los demas capitanes fueron á darle la enhorabuena, y á sacarle de la plaza con grande honra. Mandó luego Abenumeya que se le diera el premio prometido. Con esto cesó la fiesta y prueba de aquel dia, quedando para otro la del salto; y así aquella noche se pasó como la anterior en grandes fiestas, juegos y danzas. Venida la mañana se aderezaron todos los que habian de saltar, señalándose los mismos catorce capitanes; y cuando Abenumeya se dejó ver en su estrado acompañado de la gente mas principal de su ejército, principió la prueba del salto al sonido de mucha música que resonaba por todas partes. El primero que saltó fué el Gorri, y de tres saltos alcanzó diez y nueve piés; no habiendo podido saltar mas, porque desbarró al primer salto, y se descompuso. Saltó luego Puertocarrero, y alcanzó veinte y cinco piés; Zarrea veinte y cuatro; Abenaix veinte y siete; Almozaban veinte y ocho, el Maleh treinta; Albonuaile veinte y ocho; el Joraique treinta y cuatro; Alrocaime treinta y seis; el Habaquí veinte y nueve; el Derri treinta; Caracacha treinta y dos; Mamiaga, su compañero, treinta; pero Gironcillo, que era suelto como un pensamiento, saltó cincuenta piés. A este, pues, se le dió el premio prometido al son de muchas trompetas y atabales. Pasóse en otras fiestas

de placer el resto de este dia, y para el siguiente quedó aplazada la prueba de los corredores. Primeramente se le designó la carrera, que era de una media legua cumplida hasta la plaza en donde estaban puestas las joyas que se habian de ganar. Era usanza entre moriscos tomar espacios muy largos, y los corrian desnudos, cubriendo solamente las partes ocultas con pañuelos. Juntáronse para correr mas de cien personas; pero ganó la joya un morisco de la villa de las Cuevas llamado Albexari, que era uno de los mozos mas sueltos que habia en el reino de Granada. Se le dieron sus premios, y Abenumeya le dió tambien á Puertocarrero diez ducados, porque casi llegó á la par de Albexari, solo que este tendió antes la mano y tomó la vara de las joyas.

Pasado este dia, quedaba para el venidero la prueba de quien tiraria mas largo un canto de media arroba. Para esto se reunieron en la plaza como en los dias anteriores con Abenumeya los caballeros, capitanes, damas, y todos los demas concurrentes; y habiendo tirado todos los que se presentaron á la prueba, ganó el premio un soldado turco de Argel, que se llamaba Mostafá, y era natural de Constantinopla. Mucha satisfaccion y contento causó al bando turco ver que un paisano suyo habia ganado aquel premio en España. Pasado este dia quedaba destinado el siguiente para probarse los tiradores de honda, estando ofrecidos al que mas certero tirara con ella diez ducados. Llegado el otro dia por la mañana, todos los capitanes hicieron reseña de sus escuadras, y entresacaron de ellas á los honderos, que eran aquellos que no tenian armas: de estos habia muchos á principio de la guerra, pero ya quedaban muy pocos, porque todos los demas se hallaban bien provistos de armas; de tal suerte, que solamente se hallaron ciento y cuarenta soldados honderos en todo el campo. Los juntaron haciendo de ellos un escuadron, y les señalaron capitan para su entrada en la plaza, la cual hicieron con muy buen orden. Se puso á doscientos pasos sobre un madero de la altura de un estadio una rodela grande para que sirviera de blanco á los tiradores: la rodela era blanca con un pequeño círculo negro en medio, y en el centro de este un punto blanco, á fin de que quien diera dentro de él ó mas cerca, ganase la joya de diez ducados prometidos por Fernando Muley. Dispuesto esto así fueron tirando uno á uno todos los soldados, y hubo muchos que hicieron estremados tiros, ya dando en la rodela, ya muy cerca de ella; de suerte, que se hallaron noventa y seis tiros dados con tanta fortaleza dentro del círculo de la rodela, que se hallaba ya casi deshecha, y el que mas pegó en el blanco del punto céntrico de ella, fué un mancebo moro llamado Alcolayar, natural de Oñanez. A este se dió el premio de los diez ducados, y despues todo aquel escuadron hondero principió á disparar piedras con sus hondas por el aire, metiendo tanto ruido como si fueran descargas de arcabuceria, de lo cual se quedaban todos maravillados. Contento del ejercicio Muley Abenumeya, dijo: « Realmente me ha gustado el escuadron de los honderos, y me parece que pueden hacer grande efecto en cualquiera ocasion. » Contestaron todos los capitanes, que aquellos honderos siempre se habian mostrado bravos, y distinguiéndose en dañar á los cristianos. Con

esto se acordó que principiaran luego las danzas; y poniendo la plaza muy aderezada para el caso, tendidas muchas alfombras, todos los sujetos mas principales de la hueste se sentaron á la redonda, y Abenumeya en su estrado presidiendo la funcion. Reunidos muchos instrumentos para formar la orquesta, pensaron que para aquel propósito serian preferibles el laud y la sonaja; y así, colocados los músicos en su lugar, comenzaron á salir muchos mancebos moros, y danzaron uno á uno maravillosamente; de tal manera, que los jueces no se atrevian á declarar quien lo hacia mejor. Bailó Gironcillo con una mora hermosísima, natural de Almanzora, la cual dió tanto contento á todos, que el reyecillo mandó darla diez ducados y una marlota de seda. Luego entró á danzar Puertocarrero con otra mora muy hermosa tambien, y danzó con mas elegancia todavía que Gironcillo; y como la mora lo hizo igualmente bien, mandó Abenumeya que á la mora se la diesen diez ducados y una rica marlota, y á Puertocarrero el premio de la danza, que era una hermosa ropa de seda.

Luego salieron á bailar las moras solas, y hubo muchas que lo hicieron gallardamente, siendo la última que danzó la hermosa Luna, natural de Purchena. Salió la mora ricamente vestida de una marlota de damasco verde alcachofado, guarnecida de fluecos de oro; sacó un zaragüel de cambray muy delgado y muy rizado, y zapato de terciopelo azul, guarnecido de oro; el tocado era maravilloso, y el cabello tan bien puesto, que hubiera podido enlazar con él al mismo dios de Amor; encima de la cabeza traia una delgada toca, tan clara, que no impedia de ver á los ojos lo que encubria: sacó en las manos un rico almaizal labrado en Tunez de fina seda de muchos colores, y los cabos de oro: daba mucho gozo con su vista. Esta hermosa mora danzó sola, y tan gallardamente, que á todos dejó enamorados, así de su belleza, como de su donaire y gracia; y luego que acabó hizo su mesura á Muley, á los caballeros y capitanes que le acompañaban, y volvió á sentarse en su puesto con las demas damas. Mandó luego el reyecillo que la diesen una rica marlota de terciopelo azul, guarnecida de oro y ricamente labrada, y juntamente cuatro almaizales esquisitos. Tambien mandó dar diez ducados á cada una de las otras moras que danzaron, para que no quedasen envidiosas y desconsoladas, y de este modo todas estuvieron muy contentas. ¿Quién podria pintar la satisfaccion y contento del capitan Maleh al ver danzar á su dama con tanta gracia, y que todos envidiaban la dicha que tenia de servirla? Pero él no conocia entonces el suceso que le amenazaba, y de que hablaremos mas adelante; porque la infeliz fué despues muerta á manos de los cristianos, sin parar su consideracion en aquella hermosura. Luego que acabaron de bailar las moras, mandó Abenumeya que los aficionados á la música tañesen y cantasen; y aunque eran pocos los sobresalientes, diremos algo de los que mejor cantaron y tañeron. Hízolo el capitan Derri, y muy bien: Puertocarrero, que era galan y enamorado, cantó en arábigo la siguiente

CANCION.

Hermosa y bella Granada,
 Donde tengo mi aficion,
 Si fueras al escuadron
 De los moros entregada!
 Así tus frescas riberas
 De Inadamar Iaraguil
 Con las del fresco Genil,
 Y en tu Alhambra mis banderas!

Si fueses ya de aquel bando
 Que te desea tener,
 Donde pueda mas valer
 Abenumeya Fernando;
 Cual danzara yo la zambra,
 Quitado ya de querellas,
 Con hermosas moras bellas
 En tí, mi querida Alhambra!

Cantó así el capitan Puertocarrero sabiendo muy bien lo que era Granada y sus frescuras; y todos los que estaban allí, especialmente Abenumeya, quedaron muy prendados de la cancion, pues tanto frisaba con su deseo. Despues de Puertocarrero, Gironcillo, que era granadino, y habiendo oido cantar de su patria, renovó la memoria de sus tiernos años, acordándose de aquel florido tiempo, y deslizándose lágrimas de sus ojos tomó el laud, y en él cantó sin perder el hilo de la materia comenzada por Puertocarrero. Hacíalo tan suave y sentidamente, que de sus sonidos quedaban todos suspensos, y con igual placer le oyeron esprimir en castellano la siguiente

CANCION.

Si don Fernando Muley
 En el Alhambra estuviera
 Con una y otra bandera
 Gobernando como rey;
 Si el encumbrado Albaicin,
 Y toda aquella Alcazaba
 Que el rey Chico gobernaba,
 Nos diera en glorioso fin;
 Y estuviéramos triunfando
 Con mil despojos y arreos
 De los cristianos trofeos,
 Y Abenumeya reinando;

Si de Darro la riqueza
 Poseyera el bando moro,
 Y le sacara aquel oro
 Que tiene con tal riqueza;
 Si de la Vega hermosa
 Se cogiera el bello fruto,
 Y al perro cristiano astuto
 Se diera muerte afrentosa;
 Abenumeya estuviera
 En descanso y en reposo,
 Y como rey poderoso
 A todos mercedes diera.

Cantó esto Gironcillo tan bien y con tanta gracia, que á todos dejó enamorados; y aunque otros muchos moros quisieron competir con él, se llevó el premio del caballo, por haber sido su cancion la mas grata. Mandó luego Abenumeya que cantaran las moras mas hermosas, y porque no sabian tocar el laud fué necesario tomar un adufe, y que al son de él y de unas sonajas á la usanza mora cantaran un romance. Ultimamente, importunada la hermosa Luna, cantó en arábigo esta

CANCION.

De nuestro rio Almanzora
 Las flores se vuelvan tales,
 Que produzcan inmortales
 Con gozo de gente mora;

Y que se vuelva Granada
 A sus pasados contentos,
 Y los moros pensamientos
 La hagan aventajada;

Y los capitanes moros
Sean todos colocados
En la rueda de estimados,
Llenos de ricos tesoros;
Y que á las moriseas todas
De estas sierras y Alpujarras

Les den cristianos por arras
Cuando celebren sus bodas;
Y se vea Abenumeya
En Granada coronado;
Y poseyendo su estado
Sea como el de Tarpeya.

En esto de Tarpeya hacia Luna alusion á Neron el cruel, como sabedora de las asechanzas que algunos pusieron á la vida de Abenumeya, obligándole á andar escondido; y así le trajo á la memoria la venganza que sobre ello podia tomar siendo rey, y siguiendo el ejemplo de aquel emperador. No holgó poco el reyecillo de la advertencia, y puso luego en ejecucion su venganza, como dirémos mas adelante, aunque le costó la pérdida de la vida y del reino. Otras muchas moras cantaron despues de Luna, pero no tan bien como ella, y así se llevó la ropa prometida. Despues de dado el premio, una de las moras que estaban allí ofreció cantar voluntariamente, y no por codicia de ninguna ganancia: Abenumeya la dijo que cantase, y que tan bien podria hacerlo que la diera otra joya. Era la mora muy hermosa, y vestia de luto por tener el corazon enlutado con la pérdida de su padre y de cuatro hermanos que murieron en la batalla de Verja: su pueblo era el Deire, que habiendo sido saqueado de cristianos, la forzó el irse á Purchena con sus deudos. Obtenida la licencia para cantar la trajeron el adufe, y dijo que no queria tañerle, sino que la trajeran un plato de estaño, porque con él habia de hacer el son. Traido el plato le tomó la mora, y comenzó á hacerle bailar encima de una mesita moviéndole con una mano, y del movimiento que le daba resultaba un sonido sordo y melancólico, que provocaba á tristeza á todos los que le oían: despues, poniendo los ojos en Abenumeya llenos de lágrimas, que salian de su corazon, cantó con voz suave y delicada la siguiente

CANCION.

La sangre vertida
De mi triste padre
Causó que mi madre
Perdiese la vida:
Perdí mis hermanos
En batalla dura,
Porque la ventura
Fué de los cristianos:
Sola quedé, sola
En la tierra agena:
Ved si con tal pena
Me lleva la ola!
La ola del mal
Es la que me lleva,
Y hace la prueba
De dolor mortal.
Dejadme llorar
La gran desventura

Desta guerra dura
Que os dará pesar.
De las blancas sierras,
Y rios y fuentes,
No verán sus gentes
Bien de aquestas guerras:
Menos en Granada
Se verá la zambra
En la ilustre Alhambra
Tanto deseada:
Ni á los Alijares
Hechos á lo moro,
Ni á su rio de oro,
Menos á Comares:
Ni tú, don Fernando,
Verás tus banderas
Tremolar ligeras
Con glorioso bando

Antes destrozadas,
 Presas y abatidas,
 Y muy doloridas
 Tus gentes llevadas
 A tierras ajenas;
 Metidas en hierros,
 Por sus grandes yerros
 Pasarán mil penas.
 No verán los hijos
 Donde están sus padres,
 Y andarán las madres
 Llenas de litigios
 Con eternos llantos,
 Muy descarriados
 En sierras, collados,
 Hallarán quebrantos.
 Y tú, don Fernando;
 No verás los males
 De los naturales
 Que te están mirando;

Porque tus amigos
 Quiere el triste hado
 Te habrán acabado,
 Siéndote enemigos.
 Otro rey habrá
 Tambien desdichado
 Que amenaza el hado,
 Como se sabrá.
 Y tú, Habaquí,
 Por cierto concierto
 Tambien serás muerto:
 Mezquino de tí!
 Los cristianos bandos
 Vienen poderosos:
 Volverán gloriosos
 Despojos llevando;
 Y yo estoy llorando
 Con gran desventura,
 Y la sepultura
 Ya me está aguardando.

Cantó esto la hermosa y dolorida mora, y al final dió un suspiro profundísimo, que parecia habersele rasgado el corazon, y á vista de todos se quedó muerta del grave dolor que de su cancion habia sentido. Quedaron todos maravillados del tal suceso, y mas que ninguno Abenumeya, temeroso de aquel mal pronóstico que la mora habia declarado de que seria muerto á manos de sus amigos. Los capitanes y caballeros que allí estaban dijeron que seria error dar crédito á semejante vaticinio, y hacer gran cuenta de to que la mora habia cantado. Abenumeya la mandó enterrar honradamente, y todas las moras que presenciaron su muerte la lloraron mucho, pensando en la desventura que las habia pronosticado.

Estando en esto Abenumeya, llegó un moro de las Alpujarras diciéndole que habia necesidad de que el ejército fuera al instante hácia la parte de Andarax, las Albuñuelas y Guajaras, porque en Granada habia grande revolucion, y habia llegado el bravo capitan Céspedes; que pasando allá pronto el campo moro podrian cogerse los frutos de las tierras que eran grandes de uva, higo, pasa, peros, servas y membrillos, avellanas, nueces, castañas, almendras y otras cosas semejantes; no dando lugar á que se aprovecharan de ello los cristianos que salian de los presidios de Orgiva buscando provisiones para su sustento. Con esta noticia no quiso Muley que se acabasen las fiestas, faltando todavía la prueba de los tiradores de escopeta; y en seguida hizo marchar al ejército sin parar hasta Valor, y de allí pasó á un lugar llamado Lucainena, donde se juntó consejo de guerra para arreglar las operaciones correspondientes á la empresa que se tenia entre manos. Acordaron que dos mil moros partieran al instante hácia las Albuñuelas y al puerto de la Ragua, porque se tenia noticia de que muchos cristianos, por orden de don Juan de Mendoza, hacian allí un fuerte para poner gente de presidio que guardara aquel paso, donde los moros de aquellos lugares salteaban las escoltas y les tomaban los bastimentos; de manera, que los

que estaban en el real de Orgiva padecian grande necesidad y no podian sostenerse. Para este fin habia en la altura del puerto de la Ragua obrando aquel fuerte una compañía de mas de cuatrocientos tiradores. Dieron en ellos los moros, y como eran muchos desbarataron á los cristianos, dejando muertos á muchos de ellos, y tomándoles la bandera y sus armas. Algunos pudieron escaparse de allí, ya hácia Granada, ya al real de Orgiva donde estaba don Juan de Mendoza, que sintió grave pesadumbre del suceso. Mas no paró aquí la desgracia: el valeroso capitán Céspedes, por orden del señor don Juan de Austria, estaba puesto de presidio en la puente de Tablate para que los moros de la sierra no pudiesen bajar á los lugares que estaban sobre el camino de Granada; y habiendo noticia de la derrota de los cristianos del puerto de la Ragua, deseoso de vengar la injuria, subió con su compañía á lo alto de la sierra buscando al enemigo. Ciertamente la salida fué desordenada, y así correspondió el éxito. Los moros, reconociendo al instante la poca gente que traía, le acometieron con valor, y á poco tiempo toda la compañía con su capitán fué desbaratada, quedando este muerto en el campo y su cuerpo despues hecho pedazos, pues por la fama de su valor, no hubo moro que no le hiciese herida: cogieron la bandera, y llevaron por gran reliquia el alfange ensangrentado de Céspedes al reyecillo. Sin embargo, Céspedes vendió bien cara á los moros su vida, peleando antes como varon fortísimo, porque se hallaron mas de cien moros partidos por su mano desde los hombros hasta la cintura con la fuerza de su poderoso brazo, manejando una espada valenciana que era la mejor del mundo, ancha de tres dedos, y tan fornida, que pesaba catorce libras. Doy fe de que la vi en Vera, la tuve en mi mano, y presencié el acto de pesarla. Fué tanto mas dolorosa la pérdida de este valiente capitán y los suyos, cuanto que don Antonio de Luna que venia del real de Orgiva, pudo muy bien socorrerle, habiendo llegado muy cerca de allí, de modo que vió la batalla por sus propios ojos. Quiso luego disculparse alegando que no estaba tan cerca, y que no podia salir del cumplimiento del orden que llevaba; pero este descargo es despreciable, porque ¿quién ve á sangre fria una batalla entre moros y cristianos, que no presta ayuda á los de su partido, y los deja perecer por no salir un punto de los límites de la orden que lleva? En mi opinion á lo menos, don Antonio de Luna no quedó ácreditado en esta ocasion de valiente, ni de buen soldado. Luego se supo en Granada todo lo que llevamos referido, y de ello sintieron gran pesar el señor don Juan de Austria y el marqués de Mondejar; por lo cual queriendo ver pronto aquella guerra fenecida y excusar tantos males, se mandó enviar mucha gente en seguida al marqués de los Velez, quien, como ya dijimos, estaba en Adra aguardando órdenes de S. M.

CAPITULO XV.

En que se declara cuánta y cuán lucida gente se envió al marqués de Velez; cómo este y el comendador mayor se recibieron bien en un acuerdo que se tuvo, y el marqués de la Fabara se indignó con el de Velez sobre un punto de honra.

Así que se supo en Granada la derrota del valeroso capitán Céspedes, y lo mal que don Antonio de Luna se había portado no asistiéndole ni favoreciéndole, por lo cual se despojó á Luna de su grado, y también del descalabro de los cristianos que estaban en el puerto de la Ragua, el señor don Juan de Austria, muy pesaroso de estos dos quebrantos, mandó á don Rodrigo de Benavides, caballero muy principal, que saliese de Granada con seis mil hombres, y los llevase á Orgiva, donde don Juan de Mendoza tenía bajo de sus órdenes el campamento cristiano; pero llegando á Guadix vió que este pueblo necesitaba de custodia; por lo cual mandó que se quedaran allí mil hombres de presidio, y pasó á Orgiva con cinco banderas y el resto de la gente. El marqués de la Fabara salió también de Granada para este mismo efecto con setecientos hombres, bien armados y tiradores todos, y con mas de cien caballeros, hijosdalgo de Murcia y de otras partes. Llegada que fué toda esta gente á Orgiva, se dió orden al general don Juan de Mendoza para que fuese al campo del marqués de Velez en Adra llevando cuatro mil hombres bien armados; y que para esto pasara á Motril, donde se embarcara con aquellas tropas en las galeras de S. M. Don Juan de Mendoza en cumplimiento de esta orden, levantó el campo, y atravesando las Alpujarras por malos caminos y asperezas, llegó á Motril, donde estaban ya las galeras de Nápoles, y con ellas el comendador mayor al frente de la tropa de don Pedro de Padilla, que era toda muy brava y belicosa. Embarcados en las galeras de España unos y otros soldados, fueron transportados á Adra, donde estaba aguardándolos el marqués de Velez, el cual luego que todos saltaron en tierra, puesto en parte de donde pudiera verlos bien, les pasó revista, y se holgó mucho de ver tanta infantería, y tan bien armada. El marqués de la Fabara, luego que saltó en tierra, como buen soldado se presentó al marqués de Velez delante de su gente, que era muy buena, y habiéndole hecho su acatamiento, le dijo: « He venido aquí con setecientos hombres bien dispuestos para servir á vuestra señoría en esta guerra. » Como el de Velez tenía tratamiento de excelencia, quedó poco contento del marqués de la Fabara que le había dado señoría, y así le respondió: « Vuesa merced sea muy bien venido; aquí todos estamos prontos á servir á S. M. » Como entendió el de la Fabara el menosprecio del marqués faltando á corresponderle con el tratamiento de señoría, desde entonces le cobró mortal odio, y de allí adelante jamás se avino con él. Pasó luego la gente del tercio de don Pedro de Padilla, que era toda muy lucida, y compuesta de soldados viejos de los tercios de

Nápoles : era ademas digna de notarse su bizarría, porque venian muy galanes. Saltó luego en tierra el comendador mayor, y presentándose al marqués de Velez fué recibido por él con la distincion que merecia, y era correspondiente á un señor de tan alta clase. Al otro dia se entró en consejo de guerra para enterarse de las órdenes de S. M. y acordar lo que se deberia hacer. En este consejo, segun dice Rufo en su *Austriada*, el comendador mayor y el marqués de los Velez se repuntaron, lo cual es falso : túvose, como era razon, guardándose los miramientos debidos entre tan grandes caballeros en aquella coyuntura ; y en fuerza de lo acordado el comendador mayor tomó luego con las galeras la vuelta de Málaga, dejando al marqués de Velez con un ejército de once mil hombres de infantería y ochocientos de caballería, todo escogido y sobresaliente. Muy contento el de Velez con estas fuerzas, y enterado de lo que habia de hacer, mandó que el campo marchara la vuelta de Lucainena en busca del enemigo que le aguardaba allí, aunque estaba sabedor ya de la mucha gente que el marqués tenia. Abenumeya no por eso se acobardó, juntando en su campamento mas de veinte mil hombres, todos ya muy bien armados, sin contar otros treinta mil que, ó estaban en sus lugares, ó andaban repartidos por las sierras recogiendo los frutos maduros, que eran muchos, como ya hemos dicho. Levantado el campo, el marqués de Velez dió la vanguardia al reino de Murcia para la primera embestida que se diera al enemigo; y marchando con mucho órden hácia Lucainena, luego que tuvieron delante á los moros, se detuvo su excelencia un dia enteros in hacer cosa alguna, considerando la disposicion que deberia tomar para dar batalla al enemigo. Como los soldados viejos y otros caballeros vieron que el marqués retardaba y nada disponia, no entendiendo los motivos que pudiera tener para ello su buen general, mostrando grande arrogancia principiaron á murmurar de él y á decir cosas propias de soldados fanfarrones y lenguaraces. « Pese á tal, decian unos, ¿ es este el leon que se come los hombres? » Otros exclamaban : « ¿ Y es este el bravato que tanta fama tiene por el mundo? » Y otros últimamente gritaban : « Voto á tal que no vale un ardite, pues viendo á los enemigos, no osa embestirlos. » Estas y otras insolencias semejantes decian los soldados viejos de Nápoles, los del marqués de la Fabara, y á su ejemplo otros andaluces. Llegó todo á noticia del buen Fajardo, que ya habia tenido ocasion de oir por sus mismos oidos estos improperios, y lleno de cólera, como hombre no acostumbrado á sufrir demasías de nadie, disimuiando con prudencia, mandó reunir á todos los oficiales, capitanes, alféreces, sargentos, y caballeros principales que estaban en su ejército, y cuando los tuvo juntos, mirándolos audazmente les habló de esta manera :

Razonamiento del marqués de Velez á sus soldados.

« Valerosos capitanes y soldados fuertes, cuyo contento es seguir las tremolantes banderas del furibundo Marte, sabed : Que en extremo holgara mas de ser un pobre soldado, reducido á arrastrar una pica ó disparar un arcabuz, que de ser general, y llevar tan trabajoso cargo, como

el que S. M. ha hecho merced de darme; porque siendo soldado, en cualquier ocasion mostraria el valor de mi persona, y desempeñando mi obligacion tendria nombre, y seria respetado mas de lo que lo soy ahora siendo general. Fórmase concepto de que ando en esta guerra á tardo paso, y que no hago aquello á que estoy obligado; pues no es como se presume y de mí se murmura, porque yo no salgo de las órdenes que se me dan. Si por mí fuera, ya estuviera assolado todo el reino de Granada y aun toda el Africa; y para que se vea ser así como digo, y no escusa propia, tomad esa carta de S. M. y ved lo que en ella se contiene.» Mandó luego que se leyese la carta del rey, y decia así :

« Amado pariente, en la guerra que llevais entre manos, proceded de modo que antes quede reducida por bien esa rebelada gente, que obligada por todo rigor. Procurad darla buen fin, y cuando no pudiere ser de otra manera, obrad á vuestro albedrío. De Madrid etc. »

Este era el contenido de la carta del rey, que ofrecia bastante descargo para cortar la murmuracion que andaba contra el valeroso marqués, quien, siguiendo su razonamiento, añadió entre otras cosas: « Si alguno de los guzmanes quiere probar mi valor, y saber adonde llega, luego que me vea descargado del mando que me ha dado S. M., me hallará en Velez, donde quedará cumplida su voluntad en cuanto me demande, de la suerte que quisiere. » Al decir esto el valeroso Fajardo parecia que lanzaba centellas de sus ojos, y mostraba tan horrible aspecto, que mirándole á la cara, no habia hombre que no tuviera temor. Todos aquellos capitanes y caballeros se maravillaron de las espresiones del marqués, aunque muchos no dejaron de entenderlas, pues era cierto lo que habia dicho, sintiendo que no le faltaban émulos en el campo. A otro dia puesto en órden su ejército, llegó á una llanura grande cerca de Lucainena, en donde se le mostraron los moros en gran muchedumbre, y muy bien armados. Don Juan de Mendoza sin órden del marqués tomó la vanguardia, dejando de batalla al reino de Murcia, y luego se comenzó una escaramuza brava, porque los enemigos estaban á la orilla de una rambla grande, y de allí se defendian y ofendian valerosamente. Pero el esfuerzo de los cristianos pudo mas, é hicieron tanto, que á los moros les convino el retirarse peleando para otra parte de la rambla, y á pesar de toda su braveza tuvieron al fin que desamparar el puesto y tomar el camino de la sierra. Llegó el marqués, y viendo que don Juan de Mendoza sin aguardar ninguna órden habia dado la batalla, muy enojado por ello le reprendió con ásperas palabras diciendo: « Ved, don Juan, que hoy no habeis obrado como buen militar; pues habiendo yo dado la vanguardia á los de Murcia vos os la tomásteis, y sin órden mia acometisteis al enemigo, no teniendo consideracion al notable daño que os podia venir: os aseguro por el hábito de Santiago, que habeis puesto todo el campo en riesgo de perderse por un acometimiento tan mal entendido como el vuestro; y si con efecto se perdiera, no se os atribuiria la culpa, sino al general. Quiero, pues, que sepais, que esta liebre no se ha de tomar con el galgo, sino con el carro, y estad de aviso para otro dia, que sin órden no acometais en parte de donde podria veniros notable daño. » Viendo el

marqués que se retiraban los moros tomando la vuelta de Valor, se fué á Ogijar, donde estuvo alojado un dia, y al otro pasó á buscar al enemigo, y le encontró aguardando con grande confianza y poderoso ejército la batalla junto de Valor el alto. Para desalojar á los moros de una altura que tenian tomada, el marqués sacó del campo dos grandes cuerpos de arcabuceros; dió el mando de uno á don Pedro de Padilla, que tomó la mano siniestra, y el del otro al marqués de la Fabara. En el de don Pedro de Padilla acertaron á caer algunos caballeros de Murcia, muy señalados por su valor, los cuales eran Alonso Galtero y Nofre Ruiz, capitanes, con Salvador Navarro, que de alferéz de la caballería fué electo capitán de ella, porque don Juan Pacheco estando indispuerto se tornó á Murcia desde Adra: tambien iba Andrés Navarro, hermano de este último, y mancebo de mucho valor, que no perdía ocasion de distinguirse, ora con la lanza, ora con la escopeta. Llevaba este caballero á su costa y misión sirviendo á S. M. dos caballos y seis criados. Además de estos sobredichos se señalaban entre la gente de Murcia los valerosos soldados y caballeros Juan de Tordesillas, Francisco de Lison, Alonso Lázaro y Francisco Pinar, veterano de Flandes y ayudante de sargento mayor. El marqués de Fabara con el cuerpo de su mando, compuesto de gente aventurera muy lucida, tomó la mano derecha puesto de batalla, y vanguardia todo lo restante con la gente de don Juan de Mendoza, la del reino de Murcia y los de la ciudad de Lorca, á quienes llamaban el *tercio viejo*, por ser los primeros que siguieron las banderas del marqués: llamábanlos tambien los *pardos*, y el *tercio roto*, porque no se arreaban de galas, mirando como las principales para ellos las armas, la pólvora y el plomo, y apreciando mas un palmo de cuerda para la escopeta que una camisa. Por estas cosas se daban dichos apodos de *pardos* y los del *tercio roto* á los de Lorca que se distinguian por su valor, y á mi parecer immortalizaban su nombre en cuantas ocasiones se echaba mano de ellos. Así como el marqués tuvo repartida su gente en la forma que hemos dicho, marchó en busca del enemigo, que no menos diligencia ponía en su defensa, y se hallaba ya prevenido para recibirle con todo valor. Los que primero comenzaron á escaramucear fueron los de don Pedro de Padilla, que con grande ánimo acometieron, y causaba maravilla la diligencia que ponian en cargar y descargar: tambien se mostraba valeroso con su gente el marqués de la Fabara. Los cuerpos de batalla y retaguardia embistieron al enemigo por medio, y los que iban delanteros eran los del tercio de Nápoles; pero como soldados de floja complexion, y acostumbrados á andar por tierra llana, no hacian lo que era conveniente en aquella ocasion; por lo cual, acercándose á ellos el general, les dijo: « Mas os preciais de galanes que de soldados, pues siendo tantos de Nápoles no habeis roto ya al enemigo, como lo requeria vuestra arrogante presuncion; pero no os jactais sino de morder y maldecir á quien no conoceis, como gente descomedida, que no sabe qué cosa es respeto á sus gefes, ni tiene consideracion á los que valen mas. Y porque veais ahora ser verdad lo que digo, y sirva para castigo de vuestra soberbia, observad lo que hace la gente que no es de

tanta estima como vosotros.» Al punto el esclarecido marqués se tornó al cuerpo de batalla, y mandó salir al tercio roto para tomar la altura de una ladera, y que por allí diese al enemigo con toda furia. Apenas fué dada esta orden cuando la gente del reino de Murcia salió formando un gran cuerpo de mas de dos mil hombres valerosos, y con ellos los del tercio roto, abalanzándose como á un torrente sobre el enemigo, el cual hasta allí habia hecho terrible resistencia; pero como viese que aquellas eran las banderas de Murcia y Lorca, y que no podria sostener su impulso, desamparó el lugar, retirándose á toda priesa de allí, lleno de temor de aquella milicia, y tambien del efecto que producian en sus líneas unas piezas de campaña que llevaba el marqués. Visto por este que el enemigo desistia de la batalla, mandó que saliese al instante la caballería dándole alcance. El valeroso don Diego de Fajardo, hijo del marqués, correspondiendo á la generosidad de su linage, arremetió como un trueno, y poniendo los ojos en el guioncillo del reyezuelo no le perdió de vista, ni dejó de seguirle con tanto teson, que viendo ya este le iba á los alcances, tuvo que valerse de un ardid para libertarse de la muerte; y fué bajar de su caballo, desjarretarlo, y subirse á pié con suma ligereza por partes ásperas, inaccesibles á los caballos. Muy pesado don Diego de que se le hubiera escapado el reyecillo, mandó á un criado suyo llamado Ferrer, que quitase los jaeces al caballo: la mochila era de terciopelo carmesí, hecha de casullas de iglesia, muy rica, y franjada de mucha pasamanería de oro. Salvo Abenumeya, huyendo los de su campo por las sierras, habiendo dejado muchos muertos, el marqués de Velez, reconocida la victoria, juntó unos doscientos hombres de caballería, y dejando el campo á gran priesa se fué á Calahorra; acto á mi parecer inconsiderado, y digno tal vez de improbacion, porque con su ausencia dejó al ejército huérfano de su cabeza. Sin embargo, los demas capitanes eran tales y tan buenos, que no hacia mucha falta su general; y así tomaron alojamiento poniendo una mitad del campo con las avanzadas necesarias en Valor el alto, y la otra mitad en Valor el bajo. En esta disposicion aguardaban noticias del marqués, y esperaban saber el motivo que habia tenido para marcharse á Calahorra, y dejar su gente. Este motivo, segun se declaró despues, fué ir allá en busca de bastimentos, porque no tenia ninguno, y así se lo habia escrito al señor don Juan de Austria, que por esta razon pensaba ir con el campo á Calahorra, donde esperaba encontrar las provisiones necesarias. Y con efecto, el de Austria juntó los bastimentos que le pedia el marqués, pero no los habia enviado por falta de bagageros, y por estar largo y muy penoso el camino por la copiosa lluvia que á la sazón se sufría. Hallándose el marqués burlado sin los socorros que esperaba, se tornó al campo, y le halló alojado del modo que hemos dicho; pero con harta falta de bastimentos y de general. A esta sazón los moros del Padul y de Gergal, que estaban como de paz, tornaron á levantarse, y de ellos se formó un cuerpo considerable que se fué á juntar con el reyecillo. Por este mismo tiempo fué preso por cristianos Puertocarrero, y llevado á Granada, donde le atenacearon por sus culpas y traiciones. El marqués

se volvió á Calahorra con todo el ejército, y halló allí ya los bastimentos que necesitaba, de lo cual recibió mucho contento ; pero luego se mostró una enfermedad grave en el campo que causaba gran mortandad ; de suerte que estaban mas poblados los hospitales de enfermos , que las banderas de soldados dispuestos para la guerra. Así que al marqués le llegó noticia de que se juntaba tanto moro , partió al instante de Calahorra para Fiñana , llevando la vanguardia don Pedro de Padilla : aquel dia se pasaron trabajos por la necesidad que habia de atravesar el rio muchas veces ; y con todo eso no dejó el campo de andar la jornada de nueve leguas , aunque llegó muy de noche. Todavía estaban los moros á una distancia de otras nueve leguas rehaciendo su campo , con resolucion de dar la batalla al de Velez , y de una vez concluir la guerra , ó fenecer en ella por no pasar tantos trabajos. Abenumeya viéndose elevado á tanto poder y pensando que no tendria menguante su fortuna , quiso tomar venganza de aquellos que le habian perseguido para cortarle la cabeza, y llevársela al marqués de Tendilla. Así por muy poca ocasion mandó ahorcar muchos de ellos , los cuales pasaron de trescientos cincuenta , segun yo he sido informado de varios moriscos que seguian sus banderas ; y de tal manera procedia el reyecillo , que vino á ser odiosísimo á los suyos por sus crueldades. Muchos se apartaban de él y se iban por las sierras , y otros se mantenian quietos en sus lugares. Con todo eso era todavía grande el campo de Abenumeya , y tenia mucho poder , porque su gente estaba muy bien apercebida y armada para ofender á sus contrarios. Entonces se retiraron de sus banderas Gironcillo y otros gefes ; porque habia mandado ahorcar al capitan Derri , que le persiguió mas que todos en el principio de su reinado , como atrás dejamos dicho. El marqués , sabedor de que Abenumeya estaba tan pujante y apercebido para la batalla en las inmediaciones del Boloduy , salió luego de Fiñana y fué á buscarle : iba muy delante de la infantería , la cual era poca y llegaba cansada ; pero sin aguardarla embistió á los moros que habian puesto por industria muchas mugeres y ganados en el Boloduy á fin de que los cristianos cayeran en aquel cebo , y con la codicia del saco olvidasen la pelea. Los moros hicieron resistencia poco rato , y luego principiaron á retirarse , la caballería los iba siguiendo , y á una buena distancia aquellos volvieron con toda furia sobre el marqués y su gente , haciéndoles notable daño ; de tal suerte , que como la morisma era mucha y estaba bien armada , lograron que la caballería se volviese atrás , aunque peleando siempre con buen orden. Los hermanos y capitanes Salvador y Andrés Navarro , Juan de Tordesillas , Francisco de Lison , y otros muchos valerosos caballeros de Murcia y Lorca se portaron tan bien en esta ocasion que asistidos de los de su reino fueron parte para que el enemigo no los desbaratase ni les hiciera perder demasiado campo. Ya en esto llegó la infantería de Lorca que fué la primera , luego la de Murcia y su reino ; despues don Pedro de Padilla con todos los de su tercio , y el marqués de la Fabara , y reunidos todos hicieron tanto , que se recobró lo perdido. Amedrentado el bando moro huyó dejando el Boloduy en poder de los valerosos cristianos , que al instante principiaron á sa-

quearle codiciosamente, reprendiéndolos el marqués de que en aquella sazón estando el enemigo tan cerca se ocupasen de robar, sin consideración al daño que les podría venir. Mas era tanta la codicia de los soldados, que no oían lo que decía el marqués, ó si lo entendían no hacían caso. Con efecto, luego que el enemigo vió á todos los del campo tan ocupados en el robo y tan descuidados de las armas, rehaciendo á toda priesa un cuerpo grande de mas de cuatro mil hombres, tornaron á embestir al marqués. Este, sañudo como un león contra los suyos, les daba grandes voces tratándolos ásperamente de palabra; y á duras penas pudo distraerlos de su dañada afición, y reformando sus escuadrones presentarse á pelear con los moros; los cuales rabiando de ver que les llevaban sus mugeres y niños, peleaban desaforadamente; y fué tanto su tesón, que el buen Fajardo tuvo necesidad de retirarse con los suyos, pero defendiendo siempre la presa ganada. Viendo los moros su imposibilidad de recobrarla, muy lastimados de esta pérdida y la de mucha parte de su gente, se volvieron al Boloduy, consolándose al cabo con que aquella cabalgada costó la vida á muchos cristianos por andar desmandados en el saco. El marqués se tornó á Fiñana, donde permaneció algunos dias reparando el campo de lo necesario, y haciendo curar á los heridos. Entretanto Abenumeya volviéndose á las Alpujarras llegó á Adra, y halló allí buena guarnición, así como en Verja; visto lo cual se fué á Andarax, donde se detuvo muchos dias gozando tranquilamente de la próspera fortuna, porque el marqués de Velez andaba lejos de allí. Ya entonces estaba Abenumeya aborrecido de todos los de su campo y de los mismos turcos de Argel por las crueldades susodichas; y entre los capitanes que se separaron de su ejército se señalaron el Nacoz, Gironcillo, el Maleh, Garral, Moxajar, Abenaix, y aun además de estos otros muchos gefes principales. Aquí principió la desgracia del reyecillo, dimanada del desabrimiento y tiránico proceder de que usó con los suyos, como diremos mas adelante. Ahora pondremos el romance que se hizo por lo que llevamos contado.

Acabadas ya las fiestas
 Del reyecillo Fernando
 En la ciudad de Purchena,
 Do se estuvo solazando,
 Un correo le ha venido
 A gran priesa suplicando,
 Que vaya á las Alpujarras
 Donde le están aguardando,
 Para recoger los frutos
 Que los árboles han dado,
 Porque los van destruyendo
 Desde Orgiva los soldados.
 Luego parte Abenumeya,
 Su campo bien concertado,
 Y atravesando las sierras
 A Valor habia llegado;
 Y de allí se fué á Andarax
 Por ser mas acomodado.

Despacha cuatro mil hombres,
 Todos muy buenos soldados:
 Dos mil á las Albuñuelas,
 Y otros dos mil á otro cabo,
 Que es al puerto de la Ragua,
 En un peligroso paso,
 En donde hacian un fuerte
 Muy seguro los cristianos.
 Mas los moros dan en ellos,
 Y fueron desbaratados,
 Y la cristiana bandera
 Queda en poder de paganos.
 Y los de las Albuñuelas
 Gran reencuentro han hallado,
 Donde emplearon las armas
 Contra un capitan honrado,
 El buen Céspedes famoso
 Que está en Tablate alojado,

Por grande guarda y defensa
 De aquel peligroso paso ;
 El cual como era valiente
 Contra el bando renegado
 Acomete con los suyos
 Mostrando valor sobrado ;
 Mas los moros eran muchos ,
 Y destruyeron el campo ,
 Do murió el buen capitan
 Con renombre aventajado
 De valiente , de famoso ,
 Mas que otro ningun soldado.
 Luego en Granada se supo
 Aqueste funesto caso ,
 Y el de Austria luego provee
 De enviar mas gente al campo ,
 Do estaba el de las Ortigas
 Aquel socorro aguardando
 Para fenecer la guerra ,
 Que tanto tiempo ha durado.
 El que socorro le lleva
 Es de un valor estimado ,
 Don Luis de Requesens
 Por este nombre llamado.
 De Castilla y de Leon
 Es comendador nombrado :
 Trújole el tércio de Nápoles
 En la guerra bien usado.
 El marqués de la Fabara
 Con grande hueste le ha entrado ;
 Setecientos hombres lleva ,
 Todos eran hijosdalgo.
 Tambien don Juan de Mendoza
 Le socorre con su campo ,
 Porque el de Austria así lo ordena ,
 Y se cumple lo mandado.
 Once mil infantes tiene
 El de Murcia adelantado ,
 Y con estos tambien lleva
 Ochocientos de á caballo ,
 Toda gente valerosa ,
 Escogida para el caso ;
 Y los del reino de Murcia
 Son los mas aventajados.
 Con esta gente el de Velez
 De Adra sale gallardo
 En busca del reyecillo ,
 Que tiene crecido campo.

En Lucainena le halla ,
 Allí le ha desbaratado ,
 Y hasta Valor le persigue ,
 Do el reyecillo esforzado
 Le aguarda , como valiente
 Mostrando ser buen soldado ,
 Mas tambien quedó rompido ,
 Su campo muy maltratado ,
 Y él se salvó por la sierra
 Del buen don Diego Fajardo ,
 Que le iba á los alcances
 Para prenderlo ó matarlo.
 El moro deja la silla ,
 Y desjarreta el caballo ,
 Y por lo espeso se mete ,
 Inaccesible á caballos :
 Así es como se escapó
 El rey desaventurado.
 Triunfante el marqués de Velez
 Con doscientos de á caballo
 Se ha pasado á Calahorra
 Por dar provision al campo ;
 El cual se queda en Valor ,
 De comer necesitado.
 Vuelve á él el buen marqués ,
 De Calahorra tornando ;
 Desde allí se fué á Fiñana ,
 Porque ya estaba avisado
 Que en Gergal ó Bolodui
 Gran morisma se ha juntado.
 El marqués los fué á buscar
 Con su campo concertado ,
 Do hubo un gran reencuentro
 Y salió el marqués honrado ,
 Cargado con los despojos
 Que tomara al moro bando ,
 Aunque Rufo en el Austriada
 Diga de esto lo contrario ;
 Pues lo que Rufo allí dice
 Sobre este reencuentro , es falso ,
 Que la victoria se llevan
 El marqués y sus cristianos ,
 Y se tornan á Fiñana ,
 Do quedaron alojados.
 El moro se fué á Andarax ,
 Llevando todo su campo ,
 Y luego hablaremos dél
 Y de lo que hizo allí estando.

CAPITULO XVI.

En que se pone cómo Abenumeya viéndose poderoso pretendió tomar á Motril. Enamórase de la mora Zahara, y el moro Benalguacil, por celos que tiene de esta, trata con Avenabó, primo del reyecillo, sobre darle la muerte, urdiendo para el caso una gran traicion.

Ya hemos contado cómo Abenumeya se alojó en Andarax, y que andaba muy ufano de tener á su servicio tanta gente de guerra, aunque por sus crueldades y soberbias se habia hecho aborrecible. Con todo eso tenia gran partido entre los moros que seguian sus banderas de buena voluntad y le querian bien: entre ellos habia uno muy allegado suyo, llamado Benalguacil, buen militar, gallardo y valeroso, que amaba á una prima suya, llamada Zahara, viuda, porque su marido fué muerto á manos de los cristianos. Zahara era muy hermosa, tenia buena voz, tañia á la morisca y á la castellana, y danzaba estremadamente. Amaba de corazon á su primo Benalguacil, pero de suerte que entre los dos amantes se pasaban secretos sus amores. Este, un dia, hablando con Abenumeya de cosas de galantería y de damas, como hombre favorecido y bien andante en tener por suya á Zahara, pareciéndole que no se goza el bien que se tiene si no es comunicado, principió á contar al rey que tenia una dama hermosísima, dotada de mucho donaire y gracia, buena cantora y maravillosa bailarina. Tanto la elogió y supo decir de ella, que Abenumeya, de resultas de haberle oido, quedó muy amartelado de ella y con encendido deseo de verla. Disimulando su propósito á Benalguacil, y sin mandar, como pudiera, le rogó que la trajese á su casa, porque la queria ver, y hacerla grande honra y servicio. Aunque arrepentido ya el amante de haber alabado tanto á su dama, sufriendo su pena aquella misma noche, la llevó á casa del reyecillo, en donde á su ruego danzó y tañó: y dijo la cancion siguiente en lengua castellana:

Tus banderas ilustradas
 Veas, rey, con mil trofeos
 De los cristianos arreos,
 Y con glorias levantadas
 Pasando los Pirineos:
 Tu ventura sea tal,
 Tan alta y tan principal,
 Que iguales á Octaviano,
 Que fué emperador romano
 Con gloria escelsa inmortal.

Y de Granada el imperio
 Tengas como tus pasados:
 Los cristianos asolados
 Queden con gran vituperio
 Por tus gentes destrozados;
 Y que te canten con glorias
 Tus señaladas victorias,
 Tanto que lleguen al cielo,
 Y á la redondez del suelo
 Les sean todas notorias.

Cantó esto la hermosa mora con tanta gracia, que de la suavidad y dulzura de la voz se quedó el reyecillo embelesado y fuera de sí. Luego de todo punto rendido á la bella Zahara, llamó á Benalguacil, y en gran poridad le dijo: «Amigo, harásme tamaño placer en cederme á Zahara,

tu prima, porque sin ella no podré vivir ni una sola hora. En pago de este servicio yo te daré el lugar que quisieres escoger de mi reino, y te haré ademas otras grandes mercedes para que vivas contento tomando otra dama con quien puedas casarte.» Abenlguacil, abrasado de furiosos celos, y muy confuso de lo que le habia oido decir á Abenumeya, respondió: « Poderoso señor, no es de reyes hacer agravio á sus vasallos: he tomado á Zahara para esposa, y si tu grandeza quiere quitármela me daria la muerte, y quien lo supiera te tendria por tirano. Pon los ojos, gran señor, en los leales servicios que te he hecho desde que levantaste tus reales banderas, y piensa en galardonarlos como rey, no dejándote cegar de la aficion de una muger.» Abenumeya le dijo buenamente: « Anda, vete ahora de aquí, y no perturbes mi contento: te he pedido por bien á tu prima, sabiendo que está en mi mano el tomarla por fuerza, y sin darte gratificacion: conténtate, pues, con que te daré bastantes bienes para que vivas, y no me repliques mas en el asunto.» — « Antes me das con que muera, dijo Benlguacil; pero advierte que aunque seas rey, quedas obligado á pagar la injuria atroz que me haces: hoy podrá ser uno, y mañana podria ser otro.» Enojado de esto Abenumeya, mandó á los de su guarda que prendiesen á Benlguacil. Quisiéronlo hacer, pero Benlguacil desesperado, y persuadido de que no podia perder mas de lo que perdía ya perdiendo á su bella Zahara, resuelto á morir, puso mano á su alfange, y sin ningun temor acometió al reyecillo para herirle ó matarle; y sin duda lo hiciera, si no se lo impidieran los mismos de la guardia que se le pusieron delante con los alfanges desenvainados. Benlguacil dió en ellos poderosamente, los rompió á cuchilladas, y se escapó huyendo á la calle. Como era de noche, tuvo lugar de poderse encubrir, y salió de Andarax yendo en busca de muchos amigos suyos que se habian apartado del servicio de Abenumeya, y eran mas de cuatrocientos, todos bien armados. La hermosa mora, no cesando de llorar por aquella fuerza que se la hacia, se quedó muy á pesar suyo con el reyecillo, que la regalaba mucho, y la prometia mas, sin alcanzar que ella dejara de mirarle con aversion, porque preferia los amores de Benlguacil á todo cuanto el reyecillo pudiera darla. Gozaba él de Zahara á su placer; pero no estaba sin cuidado de la guerra y de los medios que adoptaria para sustentarla. Quisiera tomar algun puerto de mar adonde pudiera arribar la gente que le habia prometido el rey de Fez; y con este designio se presentó delante de Vera, donde nada pudo hacer; é imaginando despues que tomaria con mas facilidad á Motril, determinó para el caso enviar á los turcos disimuladamente á Valdeleclin, para que el de Austria no sospechase, y sintiendo su intento socorriese á Motril con doblada guarnicion. Luego habló con un primo suyo, llamado Avenabó, buen militar, y le dijo: « Cumple á la seguridad de mi corona y á la de todo el ejército, que salgas al instante con los turcos á Valdeleclin; y si se cumple lo que pretendo, recibirás despues otro aviso, el que guardarás y ejecutarás como te fuere mandado, y de las gentes de aquellos lugares, juntando la que pudieres, partireis adonde señale mi órden posterior.» Avenabó haciendo luego provision para seis dias, partió, y se fué á Cadiar, llevando

bajo de sus órdenes todo el escuadron turquesco á punto de guerra. Benalguacil tuvo noticia de esta partida de los turcos por su dama, que le dió cuenta de ello, así como de que el reyecillo les enviaba un correo con la orden que habian de guardar, y como hombre agraviado discurrió algun ardid para darle la muerte. No halló otro mejor que inducir á los mismos turcos á que matasen al reyecillo, poniéndolos desde luego mal con él; y hecho el plan de su traicion, tomó consigo cien arcabuceros, amigos, y de su confianza, que tambien estaban descontentos con el rey, y se fué la vuelta de Cadiar: en el camino encontró el correo que llevaba los despachos, le mató, se los tomó, y habiéndolos abierto, vió la orden que llevaba para Avenabó y los turcos. Esta decia así:

« Amado primo, me hareis placer si así como el mensagero os alcance
 » con mi despacho, os partís para Pitos de Ferreira, y dad orden de que
 » llegueis allá antes del amanecer, que es cosa importante. Estando allí,
 » tendreis luego de mí otro aviso, el cual guardaréis como os fuere
 » mandado. »

Entendido esto por Benalguacil acabó de confirmar la traicion que tenia en su pecho, provocado de rabiosos celos contra el tirano; y sabiendo que el reyecillo, por no saber escribir bien el arábigo tenia que valerse para esto de un secretario llamado Moxajar, el cual andaba tambien á la sazón agraviado de un mal tratamiento que le habia hecho, y era pariente muy cercano de Abenlguacil, á quien acompañaba por favorecerle en cuanto pudiera, leído y entendido que fué por ellos el despacho, le rompieron, y Moxajar formó otro bajo del dictado de Benalguacil, que decia de esta suerte:

« Amado y querido primo, valeroso capitan del bando turquesco: á mi
 » corona conviene que á todos los turcos les deis cruda muerte, porque
 » me tienen agraviado, intentando dárme la á mí y alzarse con el reino.
 » Para hacerlo mejor, así como este mensagero llegue, aunque sea de
 » noche, saldreis á toda priesa con la gente, é iréis á alojaros á Mecina
 » por el camino que sea mas cercano. Cuando esteis en Mecina y los tur-
 » cos alojados en su posada, daréis orden para que al punto de la media
 » noche cada huésped mate al suyo; y para esto ahí va Abenlguacil con
 » cien arcabuceros, que os podrá dar favor y ayuda. Así como los
 » turcos sean muertos, dadle tambien cruda muerte á Benalguacil, por-
 » que lo merece, y de esto sabreis despues la causa. »

Estendido este falso despacho, firmado de la mano de Moxajar, y cerrado del mismo modo que acostumbraba hacerlo con su señor, Abenlguacil partió luego para el punto en donde estaba Avenabó con el escuadron turquesco: ya le habia llegado un correo con orden para que estuviese alojado en Mecina hasta que se tomase otra disposicion. Avenabó acababa de leer este despacho cuando llegó Benalguacil con sus cien arcabuceros, y le entregó el otro que era falso: despues que Avenabó le hubo leído, se quedó espantado de un mandamiento tan cruel; y muy confuso, no sabia qué hacer, ni qué decir, sino suspirar y agitarse. No podia decidirse á ejecutar una maldad tan grande como la de dar muerte á aquellos que habian pasado el mar por darle ayuda á su primo, y que

tan bien le habian servido durante una guerra que aun no estaba fenecida. Abenalgucil, luego que vió al capitan Avenabó tan confuso, y que mostraba gran despecho en su semblante, conociendo que era tiempo oportuno de entablar su traicion, le habló de esta manera :

Razonamiento de Abenalgucil á Avenabó.

« Valeroso capitan, de clara y real sangre descendiente, de ánimo generoso, y de no menos valor que tus pasados fueron : un caso quisiera decirte, y no sé si lo haga. El rey me envia á tí con cien arcabuceros, para que te ayude y favorezca en una pretension, mas bien detestable que acertada : verdad es que el vasallo debe ser leal á su señor y hacer en todo su mandamiento ; mas si es caso de traicion, me parece que no queda desobligado haciéndola por su señor. Veamos ahora, valeroso Avenabó, ¿ en qué razon clara cabe, ó qué real pecho consiente, que una buena obra se pague con tanta crueldad, como quiere usar el rey tu primo con aquellos que tan bien y lealmente le han servido elevándole al estado en que está de tanta alteza ? ¿ Qué le ha hecho, di, el bando turquesco, ó en qué le puede haber ofendido ? ¿ Por ventura es ofensa haber pasado el mar de Berbería para darle socorro ? ¿ Se ha sentido agraviado de que el Ochali, rey de Argel, condescendiera á sus ruegos enviándole un socorro tan bueno, y armas y provisiones para salir con su pretension, y estar puesto en el cuerno de la luna ? ¿ Acaso les ha hallado en alguna deslealtad, ó no han hecho el deber en cualquiera ocasion ? ¿ Quiénes son los que se han hallado mas pronto en los encuentros de mayor peligro, y los primeros que se han presentado á la batalla ? Ninguno por cierto se ha mostrado al enemigo con mas intrepidez y denuedo que los turcos ; pues qué crueldad y desagredimiento es este de mandar que muera el bando turco ? No sé qué me diga, ni lo que de esto sienta, sino que tu primo el rey, indigno de tal nombre, quiere vender nuestra sangre ; y quien no lo conozca no tiene sentido. Pues tú, claro Avenabó, que gobiernas las turquescas banderas, ¿ que dices de esto ; qué puedes esperar de un tirano ? Veo que los capitanes mas principales que estaban en su campo le han quitado la obediencia y se han retirado. ¿ Qué es de Gironcillo ? ¿ Dó está Zarrea ? ¿ A dó se fué Abenuaile ? ¿ Qué es del Derri, que el tirano mandó degollar ? ¿ Dónde está el Rocaimé, y otros muchos hidalgos que seguian sus banderas á espensas de sus bienes ? No le hartan de sangre trescientos y cincuenta soldados degollados : no le hartan de dinero tantas haciendas usurpadas : no se abstiene de doncella que le parezca que le puede dar contento. ¿ Y cuántas no ha esturpado ? ¿ Cuántas casadas no ha quitado á sus maridos ? Veinte y dos mugeres le conozco, y se sirve sin embargo de todas las demas, no guardando ley ni amistad. ¿ Pues qué tirano hubo que tal hiciese impunemente ? Yo no hallo, oh claro Avenabó, que haya tigre tan cruel, áspid tan venenoso, fuego que tanto abrase, ni torbellino que tanto asuele. Duélete, pues, de tí, y de todos los que siguen las militares banderas : sé advertido, y tomando ejemplo en cabeza agena, imagina que sobre la

tuya podrá venir otro terremoto semejante. Ya ves el fin que tendrá la guerra que traemos entre manos, si los turcos mueren, y los capitanes principales del campo andan fuera de la obediencia de su señor. ¿Qué será de todos nosotros? ¿Quién nos ha de defender? ¿Quién acaudillará las escuadras? ¿Quién vendrá á consejo en los casos de guerra? ¿Qué cuenta se dará al Ochali, rey de Argel? ¿Qué concepto formará el Gran Señor del reino granadino y sus gentes? Oh, Avenabó ilustre, á quien real sangre alimenta, derriba al tirano, y sé rey en su lugar: no aguardes á que mañana te postre por tierra, sin consideración á tus buenos y leales servicios: recoge á los capitanes ausentes, consuela á los soldados, muestra á todos tu real y agradecido pecho, mantén en paz y amor á los tuyos, estima el bando turquesco, y sigase la guerra, que yo te doy mi palabra de que el hado nos sea favorable, que el bando granadino salga con su pretension, y que á tí se atribuya la gloria de sus crecidas hazañas y victorias, como es costumbre atribuir las á los valerosos reyes y esforzados capitanes.»

Muy atento habia estado Avenabó Audalla á todo el razonamiento de Abenalgucil, encajándosele luego en el entendimiento dos cosas: la una el temor del tirano, y la otra el nombre de rey, sacándole la segunda de los apuros de la primera. Y como sea natural en los hombres el deseo de subir y valer mas, desde luego aceptó en su corazón el reinado. Maravillábale mucho la traicion de Abenumeya contra los turcos sin haberle ofendido, y echaba de ver que era verdad lo que decia Benalgucil, de que por la tiranía de su primo muchos capitanes y otras gentes principales se habian retirado, causando en el campo grande detrimento, y poniendo á todos en peligro de perderse. Acudió, pues, á dos buenos medios: el uno provechoso al comun del reino, y el otro dirigido á la mayor honra y grandeza suya, animado ya del deseo de reinar. Con estos designios respondió así á Benalgucil: «Por cierto habeis hablado como hombre valeroso y de buena consideración en las cosas de alta importancia. Yo, aunque no quiero ser rey, ni mi corazón abriga tal deseo, tengo interés en que se mire por el bien de todos, y se corte el mal que de semejantes tiranías puede resultar, y por donde nos viniéramos á perder; y así bueno es, para evitar tales peligros, quitar á un tirano el mando y gobierno que ahora tiene, pues no faltará rey á quien de derecho le venga, y que dirija las cosas saludablemente. Vos que sois de tan buen seso y prudente, disimulad, y en vuestra presencia se comunicará el caso á los dos valerosos capitanes turcos: consultemos su ánimo, que si ellos nos son propicios, todo quedará pronto remediado, el ejército estará seguro, y la guerra pasará adelante, placiéndole á Mahoma.» Diciendo esto, mandó luego que los cien soldados de Abenalgucil fuesen alojados con los demas turcos, y tomando á este de la mano, le llevó á su posada, donde estando juntos envió á llamar á los dos capitanes turcos, previniendo que tenia que tratar con ellos cierto caso reservado y de grande importancia. Luego, pues, que todos estuvieron reunidos, cerrada la puerta del aposento, y sentados en sus sillas, el capitán Audalla Avenabó les habló de esta manera:

Razonamiento de Avenabó á los capitanes turcos.

« Valerosos turcos , fuertes capitanes , acostumbrados á seguir con indomable esfuerzo las otomanas banderas , y que ahora en España asistís á las granadinas , por cuyo favor y auxilio os habeis hecho dignos de dobles pagas y de eterno reconocimiento , adquirido por vuestro afan y trabajo en la guerra que llevamos contra los cristianos : habeis de saber que por mi parte y la de todo el escuadron morisco sois queridos y estimados , como mereceis por vuestras obras. Solo hay uno que haga punto á vuestro valor , no mirando que está obligado á seros agradecido ; antes bien ciego á este conocimiento , en lugar de galardonaros y recompensaros como correspondia á vuestro mérito , manda tiránicamente que en pago de vuestro esfuerzo se os mate , y á mí que sea el ejecutor de tamaña maldad , y de una sentencia tan injusta. Pero como yo procedo de sangre real , y no cabe en mi ánimo generoso acceder á tal propuesta , considerando por el contrario que habeis sido gran parte de nuestro remedio , y que por vuestro esfuerzo hemos llegado á la grandeza que no tendríamos sin vosotros , quiero aclararme mas , y haceros saber que Abenumeya Muley es el autor de este atentado. Pero tambien espero , con el favor de Mahoma , que el designio no pasará adelante , porque tengo pensado impedir que un tirano tan cruel gobierne mas el imperio granadino. Para esto , pues sois gente valerosa , quiero que al principio me favorezcáis , para que yo pueda favoreceros luego. Sois en todo cuatrocientos , y Abenalgual tiene á sus órdenes otros cien arcabuceros , la cual fuerza es bastante para la primera entrada ; pues muerto el tirano todo el campo estará de nuestra parte , hallándose harto ya de tanta sinrazon , y mirando como justo castigo su desgracia. Los ausentes capitanes se reducirán al servicio de las banderas granadinas , quitado de enmedio el autor de los agravios y el monstruo que los ha ahuyentado. Para que veais la verdad de lo que digo , y de que en mi pecho no se abriga traicion ni deseo de gobernar , tomad esa carta y leedla , que ella será la prueba mas cabal. » Diciendo esto Avenabó sacó la carta , y se la dió á los capitanes turcos Caracacha y Mami , que dieron crédito á su contenido , no pudiendo apurar la falsedad. ¡ Oh traicion bien entablada contra aquel mismo que la habia hecho á Dios y á su rey ! ¡ Oh mezquino Fernando de Valor , cuán justamente viene el cielo á descargar sobre tí por tus maldades ! Leida la carta por los valerosos turcos , que quedaron atónitos de semejante traicion , se resolvió al punto tomar venganza de aquel que nada sabia de ella ; mas Dios lo queria así por los pecados del desventurado reyecillo. Caracacha le dijo á Avenabó : « Tú has procedido como corresponde á la sangre real de donde vienes , y por eso serás rey , á pesar de todo el mundo que lo estorbara : desde este punto te juramos por tal , y te prometemos no desamparar tus reales banderas hasta morir , ó dar fin y cabo á la guerra comenzada. Si fuere menester , yo escribiré á mi rey el Ochali para que envíe luego de socorro mil turcos , que pienso lo hará á mi ruego. Con esto partamos luego esta noche , y vamos á Andarax donde tomarás la corona , y noso-

tros tomaremos venganza de tamaño agravio, guardándose entretanto mucho secreto.» Habiéndose acabado este trato y concierto contra el desventurado reyecillo, se salieron todos disimuladamente del aposento aguardando la venidera noche, y teniendo pronta la gente para marchar cuando la fuese mandado. Los dejaremos, pues, aderezando su partida, para tratar de otras cosas tocantes á nuestra historia, y volver al de Velez, habiendo puesto primero un romance de lo pasado.

Abenumeya contento
 En Andarax residia :
 Tratando en conversacion
 Con Benalguacil un dia
 De las damas mas hermosas
 De toda la serranía,
 Y él habiendo referido
 Aquellas que conocia ;
 Le habló Benalguacil
 De una amiga que tenia :
 « Me has hablado de tus damas,
 Señor, yo hablo de la mia,
 Que no la hay mas hermosa
 En toda la Andalucía :
 Blanca es y colorada,
 Como la rosa mas fina ;
 Tañe, danza, canta á extremo,
 Que es un encanto el oirla ;
 Es moza, bella y graciosa,
 Nadie vió tal en su vida. »
 Abenumeya de oirlo
 Siente de amor la herida.
 « Si te pluguiese, Alguacil,
 Esa dama ver querria,
 Solo por verla danzar
 Y cantar con melodía. »
 Alguacil se lo promete
 Por hacerle cortesía,
 Y aquella noche la lleva
 Adonde Muley vivia.
 Cantó la hermosa mora,
 Y danzó como sabia :
 Hase enamorado della
 Abenumeya, y decia
 A Alguacil que se la diese,
 Que á él no le faltarian.
 Alguacil dice que no,

Porque la dama es su prima,
 Y que se quiere casar
 Con ella, que era su vida.
 Abenumeya se enoja,
 Y á Benalguacil decia,
 Que le haria prender
 Si en algo contradecia.
 Con esto llama á la guardia,
 Abenlguacil huía,
 Defendiéndose de todos,
 Y á la sierra se subia,
 En donde halló otros muchos
 A quien Muley perseguia.
 Celoso y desesperado
 Muy grande traicion urdia,
 Haciendo un despacho falso
 A Avenabó y su cuadrilla,
 Que parecia del rey
 Malvado puesta su firma,
 En el cual manda que luego,
 Sin aguardar solo un dia,
 Degüelle á todos los turcos,
 Que es cosa que convenia.
 Tomó Avenabó la órden,
 Y vista su alevosía,
 Se la revela á los turcos,
 Y les dice que cumplia
 Matar al ruin reyecillo,
 Que así matarlos queria.
 Los turcos ordenan luego
 Para Andarax la salida,
 Y dar cumplida venganza
 Al agravio que sufrian.
 Aquí, pues, los dejaremos
 Ordenando su partida,
 Por decir de nuestra historia
 Lo que cumple que ahora siga.

CAPITULO XVII.

Que trata del levantamiento de Galera, y cómo el de Velez fué sobre ella y la cercó.
Pónese tambien la muerte del reyecillo por los turcos.

Corriendo la voz de la gran potencia del reyecillo por todos los lugares de los moriscos, y que además de estar su campo muy bien armado aguardaba todavía socorros de Berbería, los de la villa de Galera acordaron de levantarse. Esta villa era muy fuerte y populosa; y aunque estaba en tierra de cristianos, tenía al lado á la ciudad de Huescar, que podría dar mucha gente de moros andaluces muy valerosos, y tambien otro lugar llamado Orce, que levantándose pondría bastantes militares bien armados bajo de las moras banderas. Los de Galera comunicaron su designio á los moros de Huescar y de Orce, y los hallaron propicios; en vista de lo cual escribieron al Maleh de Purchena dándole cuenta de su intento, y rogándole que les enviara alguna gente de secreto para alzarse. El Maleh les envió luego doscientos soldados bien armados, y entre ellos algunos turcos, diciéndoles que saltaran sin miedo, porque él iría á socorrerlos con mas gente, y esto mismo escribió á los de Huescar y Orce. Los de Galera no aguardaron mas para poner banderas moras en su castillo y por todas las murallas, haciendo zambra y zala públicamente. Como los moros de Huescar estaban incorporados con cristianos viejos, no osaron levantarse al mismo tiempo que sus vecinos, y aguardaron á que antes viniese el Maleh: lo mismo concertaron los de Orce. Los cristianos de Huescar, que eran muchos y valerosos, se pusieron luego en arma, y tanto á los manebos moriscos de la ciudad, como á todos aquellos de que podían recelarse, los encerraron en una casa grande que llamaban la Tercia, donde se recogian los diezmos propios del duque de Alba, y otros frutos de la tierra, como trigo, cebada, vino, lino, cáñamo, etc. A otros que no eran de tanta confianza los pusieron en la cárcel y en mazmorras. Con esta seguridad los cristianos de Huescar tomaron á toda priesa la vuelta de Galera, muy dispuestos á saquearla y quemarla, degollando á sus moradores levantados; pero no les avino como lo pensaban, porque llegando á Galera, y creyendo entrar allí fácilmente, dieron con mucha furia la voz de *Santiago y á ellos*, y al mismo tiempo recibieron de los de adentro una descarga tan fatal de arcabucería, que muchos de ellos quedaron muertos en el campo. Otros queriendo entrar en el pueblo trabaron una batalla cruda y sangrienta con los que defendian la entrada, que eran muchos y valerosos, y los cristianos llevaban lo peor. Visto esto y que todos sus esfuerzos, desde la mañana hasta mas del medio dia, no alcanzaron á vencer el impedimento de la entrada, y que se destruian sus banderas, acordaron los cristianos la retirada y volverse á Huescar, llevando los muertos y heridos que tuvieron. Llenos de corage, y ansio-

sos por vengar la injuria y daño que habian recibido en Galera, así como llegaron á Huescar se agolparon en tropel á la Tercia donde estaban encerrados los moriscos, y con el grito espantoso de *mueran los enemigos de la fe católica*, agujerearon con barrenas de cubos de carros las puertas del edificio, y por allí disparaban los arcabuces sobre aquella canalla reunida, matando á muchos de ellos. Parecia hundirse la ciudad con la gritería que andaba; era tanta y tan espesa la humareda de la pólvora, que no se veian los unos á los otros; y desesperados los moros de verse matar en aquel encierro, sin poder vengarse, tomaban piedras y palos gruesos para tapar los agujeros por donde les venia el daño, y que por ellos no pudiesen meter los de afuera los cañones de sus arcabuces. Muchos de los moriscos, trepando por las paredes y ayudándose unos á otros, subian á los tejados, desde donde hacian á los cristianos el mal que podian, disparándoles piedras y tejas, andando así el negocio tan revuelto y encarnizado, que á no ponerse pronto remedio, toda la ciudad corriera grande peligro. La dicha casa del duque de Alba, llamada la Tercia, ardia por todas partes, y juntamente todas las provisiones y frutos que habia en ella de leña, cáñamo, lino, trigo, cebada, aceite, y demas artículos semejantes; de modo que ponía temor y espanto aquel espectáculo entre el alboroto, confusion y estrago de los dos bandos. Quiso Dios por su infinita bondad, que amainase aquella borrasca, llegando el corregidor en compañía de muchos caballeros principales, de bastantes soldados y gente armada, que hicieron retirar de la Tercia á la parte cristiana amotinada, cortándose aquel escándalo antes que la noche cubriese el suelo de sus oscuras tinieblas. Retirados los cristianos pudo el corregidor socorrer á los moros de la Tercia, que no quedaron muertos ó heridos; pero muchos de ellos habian huido por los tejados, y otros salieron entonces de la ciudad y se refugiaron en Galera, donde fueron bien recibidos de los que estaban dentro. Por ellos supieron estos lo que habia pasado en Huescar, y los de la ciudad, recelosos de algun peligro, se pusieron al punto sobre las armas haciendo cuerpo de guardia.

El capitán Maleh, despues de haber enviado á Galera los doscientos soldados que tenia prometidos, habia tambien empeñado su palabra sobre ir personalmente á la defensa de este pueblo; y sabiendo que los de Huescar no solo habian salido de allí descalabrados, sino que despues habian alevosamente asaltado á los moros inermes que tenian encerrados en la ciudad, salió de Purchena con diez mil hombres, todos buenos tiradores, y tomando la vuelta de Cantoria, se metió por la rambla del Box, llegó á la boca de Oria, y atravesando la sierra del Chiribel, tierras del marqués de Velez, llegó á Orge, donde le estaban aguardando: allí dejó doscientos hombres para custodia y presidio de aquella fortaleza, y pasando á Galera durante el silencio de la noche, metió dentro otros doscientos, y algunos turcos entre ellos. En seguida pasó con su escuadron á la huerta y viñas de Huescar, donde todos se emboscaron sin ser sentidos, ni que tuviese nadie noticia de ellos. Venida el alba, los de la ciudad estando sobre las armas acordaron

de ir á dar una vuelta sobre Galera; y para que la gente estuviese apercebida se tocaban cajas, y las trompetas de la caballería. Luego vino noticia de que Orce se habia levantado entrándole gente de socorro, y que en sus torres tenia banderas moras. Quisieron los cristianos ir á Orce inmediatamente, y estando para salir tocaron á misa de nuestra Señora las campanas de la iglesia mayor. Los del Maleh, que estaban emboscados esperando á que se abriesen las puertas de la ciudad para entrar en ella de tropel, luego que oyeron las campanas, las cajas y trompetas, creyeron haber sido sentidos en la ciudad, y para que no los cogieran desapercibidos se salieron á lo raso de las viñas, que era parte muy segura para que los caballos no les pudieran dañar. Luego que los cristianos de Huescar principiaron á salir por las puertas descubrieron las banderas del Maleh, teniendo por milagro aquel suceso: ya era el dia claro, y gritando todos *arma, arma, moros, moros*, salieron caballeros y peones valerosamente para lanzar de allí á los moros; pero estos eran todos tiradores, y por las viñas, no pudiéndoles entrar los caballos, peleaban á su salvo y con ventaja. Los mas esforzados y que mayor daño hacian eran los turcos; con todo eso fué tan grande el valor de los cristianos, que mataron mas de mil moros; y á los otros apretaron tanto, que los empujaron hasta el mismo pueblo de Galera, donde haciéndose fuertes, se trabó de nuevo una grande y sangrienta batalla. Mientras pasaba esto, los cristianos que quedaron de guarnicion en la ciudad, teniendo aviso de que algunos del bando del Maleh habian entrado en los arrabales, y pensando que algunos estarian escondidos en la Morería, dieron contra ella furiosamente diciendo: « Este es el dia en que no ha de quedar vivo ningun moro, » y principiaron á matar, herir, robar, y pegar fuego á las casas por todas partes; de modo que causaba suma compasion ver aquella crueldad que ejercian los cristianos encolerizados contra los moros: Huescar parecia otra Roma ardiendo. Por caso dos soldados entraron en la casa de un moro rico, como es costumbre buscar las casas mas apuestas en tales ocasiones, y despues de haber saqueado lo mejor de ella, y destruido lo demas, hallaron una joven mora, que era la mas hermosa de todo el contorno: los dos, codiciosos de tal presa, la echaron la mano, diciendo cada cual que era suya; y disputando sobre quién se la habia de llevar, sacaron las espadas, tomadas ya de la sangre de los moros que habian muerto, para ofenderse. A esta sazón llegó allí otro ruin soldado y de malísimas costumbres, que viendo á los dos repuntados y próximos á matarse por la bella mora, discurrió que para ponerlos en paz no habia otro remedio mejor que quitar de delante la ocasion de la pelea; y así se acercó á la hermosa doncella, y con una crueldad horrible la dió dos puñaladas en el pecho, de que al punto cayó muerta, moviendo piedad al mismo cielo. El villano, despues de haber ejecutado esta atrocidad, dijo friamente: « No es justo que dos soldados tan honrados y valientes se pongan á punto de quitarse la vida por una muger que vale tan poco. » Viendo muerta la doncella tan sin culpa y con tanta crueldad los dos soldados, impelidos de saña contra el matador, le acabaron á estocadas, diciendo: « No quedarás sin la pena de

la maldad cometida, villano atroz, que has privado á la tierra de la mayor merced que la hizo el cielo, criando esta hermosura; » y en seguida se salieron de la casa desconsolados, dejando muerto al ruin asesino, que era natural de la Puebla de don Fadrique, y junto dél á la hermosa doncella, que parecia un ángel despues de muerta. A este tiempo el corregidor con mucha gente armada iba sacando á los cristianos de la Morería, llevándose á unos presos, é imponiendo á los demas que no saliesen de allí prontamente pena de la vida, con lo cual se cortó el daño, aunque el remedio llegó tarde, porque ya toda la Morería estaba ardiendo, y no alcanzó ninguna diligencia para apagar el fuego. Apaciguada esta guerra civil, se halló el cuerpo de la hermosa mora, y se espuso en la plaza, donde á todos causó su muerte profundo dolor, admirándose de su belleza, y maldiciendo la villana mano del matador. Movidó á piedad de la doncella el corregidor, y maravillado de su hermosura, la mandó enterrar honradamente, y que encima de su sepulcro se pusiera una losa blanca con el siguiente

EPITAFIO.

Quiso mi gran desventura,
Y el hado terrible y fuerte,
Que se me diera la muerte
Por mi grande hermosura.
Voluntad fué de un villano

Que yo muriese temprano
Por quitar una contienda,
Y mi muerte fué la ofrenda
De un caso tan inhumano.

La gente de Huescar, que estaba en Galera combatiéndola, tuvo noticia de lo que habia pasado en la ciudad; y pensando que los moros se hubiesen rebelado, levantando el cerco y dando fin á la batalla, se fueron allá, y la encontraron apaciguada. Los moros del Maleh y los de Galera fortificaron grandemente el lugar, levantando dentro muchos bastiones, y poniendo traveses por las calles, de manera que aunque entrasen los cristianos no pudiesen andar por allí sino á espensas de su vida. El Maleh, como discreto y bien avisado, considerando que aquel lugar estaba muy dentro de la tierra de los cristianos, y que por lo mismo seria con frecuencia cercado y combatido, dejó en él para su presidio cuatrocientos hombres, bravos soldados, y con el resto de su gente partió una noche para Purchena por los mismos pasos que habia traído, y dejando en Huescar una buena parte de su escuadron, pues pasaron de quinientos moros los muertos á manos de los cristianos.

A esta sazón estaba en Fiñana el marqués de Velez con su campo, y como supo el levantamiento de Galera y el aprieto en que habia estado Huescar, marchó luego á Baza, donde halló á don Antonio de Luna, el cual, así como vió que el marqués habia llegado allá, partió al punto para Granada y dió cuenta al señor don Juan de todo lo que habia pasado en Galera. S. A. mandó ir á las Alpujarras al duque de Sesa con seis mil hombres para que pusiese fin á aquella guerra. Como vió el de Velez que don Antonio de Luna se habia ido á Granada, y que habia en Baza bas-

tante gente para su defensa , marchó luego con su gente á Galera , y poniéndola sitio principiaron entre moros y cristianos algunas escaramuzas, en las cuales estos últimos sacaron la parte peor. Viéndolo el marqués mandó hacer grandes y fuertes trincheras para que los cristianos pudiesen tirar á su salvo ; pero así que alguno descubria su cuerpo fuera de la trinchera, era muerto al punto por los moros , famosos tiradores que habia dentro del pueblo. Al marqués se le habia ido gran parte de su campo en Calahorra y en Fiñana, y para rehacerle tuvo necesidad de enviar por gente á Lorca. De esta ciudad salieron al punto cuatro capitanes, tres de infantería y uno de caballería, á saber : Martin de Lorita, nobilísimo y bizarro soldado, con doscientos hombres ; Gomez García de Guevara, gentil hombre y gallardo militar, con otros doscientos ; Adrian Leonés, el de la Alberca , con otros doscientos ; Alonso del Castillo, el mozo, fué de capitan de la caballería, llevando ochenta caballos con gente muy bizarra y lucida. Estos seiscientos hombres de á pié, y los ochenta de á caballo salieron de Lorca á toda priesa para el campo del marqués, quien con ellos quiso un dia dar un asalto á Galera, tomando la vanguardia cierta gente de Huescar ; pero en la arremetida fueron muertos y heridos muchos cristianos : los de Lorca, que iban entonces de batalla, se pasaron á la vanguardia, y dieron un ataque vigoroso, de modo que hicieron gran daño á los moros , mas no recibieron menos, y les convino retirarse hasta las trincheras. El capitan Lorita, que iba al frente de los de Lorca , mostrando aquel dia su gran valor, fué muerto de un balazo que le entró por debajo del peto : en el mismo asalto murió de otro balazo el capitan Adrian Leonés, dando estas dos muertes grave pesar al marqués, que mandó llevar sus cuerpos á Lorca, donde fueron enterrados con mucha pompa y doloroso llanto, por ser nobles varones y de gran valor. Ademas de estos murieron otros muchos capitanes, alféreces y sargentos de otras partes que concurrieron á aquel ataque ; y reconociendo el marqués que Galera no se podia tomar sin artillería , no consintió que se la arremetiera de nuevo, sino que luego dió aviso á S. A. de lo que pasaba para que remitiese lo necesario al objeto de tomar y arruinar aquel lugar que era muy fuerte , y tenia dentro gran defensa. Estando un dia el marqués en un alto reconociendo la situacion de Galera , y el lugar mas á propósito para colocar la artillería, el capitan Fernando de Leon, que le acompañaba con el mismo objeto, vió que ciertos moros salieron del pueblo á un llano que eran las eras , y al punto pidió licencia al marqués para ir á pelear con ellos. Este quiso disuadirselo , aconsejándole que los dejara, y que esperara mejor tiempo y ocasion para mostrar su valor. Sin embargo Fernando de Leon proseguió importunando al marqués hasta que le dijo, que pues tanta gana tenia de batirse con aquellos moros , hiciese lo que gustara. Fernando de Leon , tomando cien soldados de doscientos que allí habia, se despidió del marqués y descendió por un ramblizo que iba á dar en las heras donde estaban los moros ; y cuando llegó allí los acometió de improviso gritando *Santiago y á ellos*. Los moros viéndolos venir casi no dieron lugar á que los acometieran , porque estaban bien armados, y parecia haber salido por industria para aquel caso ;

de modo que entre ambos cuerpos se movió al instante una grande y terrible escaramuza, donde el valeroso capitán Fernando de Leon pudo mostrar todo su esfuerzo; pero de poco le sirvió su valentía, porque en un punto se la quitó una bala, dejándole allí muerto, casi á presencia del marqués que los estaba mirando. Al verse faltos de su gefe los cristianos, inciertos y atemorizados, pero sin dejar de pelear, se fueron retirando hasta el ramblon, y allí los abandonaron los moros, que no osaron pasar mas adelante, recelosos de alguna emboscada: en esta escaramuza murieron muchos de las dos partes. Los moros que quedaron se metieron en Galera con los despojos cristianos, llevándose entre ellos la cabeza de Fernando de Leon, que pusieron luego en una pica, y la colocaron en la punta de una torre. El marqués pesaroso de esta desgracia, se fué de allí con los demas soldados que habian salido del real, donde estuvo aguardando la artillería y municiones que necesitaba para asaltar en regla aquella plaza.

Ahora nos conviene dejar al marqués sobre Galera, y volver á las Alpujarras para declarar el fin que tuvo la traicion de Abenlguacil y Avenabó. Dice, pues, la historia, que así como estos acordaron de ir á Andarax y matar al reyecillo, tomaron el camino una noche, y llegaron allá antes de amanecer. Al momento se fueron al alojamiento del rey, y abiertas las puertas, á pesar de la guardia, llegaron hasta el mismo cuarto y hasta la misma cama en donde estaba durmiendo con dos mugeres al lado. En medio del aposento habia una hacha de cera encendida, á la luz de la cual Abenumeya, que despertó asustado, reconoció á los dos capitanes turcos, á su enemigo Abenlguacil, y á su primo Avenabó, y con real semblante les dijo: «Qué osadía es esta de entrar en mi palacio con tanta violencia?» El capitán Caracacha le respondió: «Traidor, ahora lo verás;» y llegándose á él, sin respeto al caracter de rey, le echó la mano el primero, y en seguida Abenlguacil, Avenabó y los demas turcos. Luego se dió por perdido Abenumeya, y con la turbacion no acertaba á hablar; pero al fin esforzándose les preguntó por qué causa le trataban de aquella suerte. Míralo, dijo Caracacha; y sacando las cartas se las dió para que las leyese. Luego que las hubo leído el reyecillo se enteró del fin de la traicion, y así dijo: «Por cierto, amigos, y por el santo Alá, que esta es una calumnia, y quien la ha urdido es Abenlguacil, porque le tomé por fuerza á su prima, que ahí está presente: la firma es de Moxajar, que solia ser mi secretario, y ahora anda por ahí decaido de mi gracia; por manera que si lo mirais sin pasion, guardándome el derecho que me corresponde de justicia, me hallaréis sin culpa.» Los turcos ciegos de enojo contra el desventurado, no le admitieron descargo alguno, y se cerraron en que habia de morir; y viendo Abenumeya que no podia ser menos, pues nadie habia que hablara en su defensa, mirando á Abenlguacil, le dijo: «A Alá plegue, infame traidor, que por la misma causa que muero, mueras. Y tú, Avenabó, que tal has consentido, pares en lo que yo paro, y en mis desdichas procedas. Una cosa os sé decir á todos, y es, que muero cristiano, no en la secta de Mahoma, que desconozco.» Los turcos por darle mayor pesadumbre, alzaron por

rey á Avenabó delante de él, y todos le besaron la mano; al cual espectáculo dijo el reyecillo : « No te tengo envidia , porque al fin pararás en lo que yo he parado. Desdichada ha sido mi suerte , é infausto fué aquel dia en que don Pedro Maza me quitó la daga de la cinta, pues por eso vine á dar inconsideradamente en tal despeñadero. » Los turcos le echaron luego una sogá al cuello , y le ahorcaron con crueldad. Este es el pago que suele dar el mundo á los que se fian de promesas vanas ; y así mire cada uno como acabó este desventurado , que fué tenido por rey, y muerto á manos de aquellos mismos que le habian prestado obediencia. Al momento fué su casa saqueada , sacándose de allí muchas cosas ricas y cuarenta mugeres que tenia á su servicio : se dió cuenta del suceso á la milicia , que se holgó mucho de su muerte , porque era cruel , y en seguida fué enterado , no con pompa real , sino como suele hacerse al mas infeliz. Todas las alhajas que se encontraron en la casa de Abenumeya se repartieron entre Avenabó y los dos capitanes turcos. Abenlguacil no pensó en otra cosa que recoger á su amada prima Zahara ; mas no le avino como pensaba , porque Huzen , capitan de los turcos , luego que vió la hermosura de la mora , quedó prendado de ella , y tuvo ánimo para pretender su mano. Abenlguacil le dijo , que no formara semejante propósito , porque Zahara era prima suya , y habia de casarse con él , como entre los dos estaba concertado. Huzen insistió en que no , porque él la queria para sí , y llevarla á Argel cuando feneciese la guerra. Sobre esto los dos amantes echaron mano á las armas , y se mataran uno á otro si el nuevo rey Avenabó no los apaciguara , poniéndose de por medio , y tomando en depósito á la mora para dársela despues al que tuviere mas derecho , ó á quien ella prefiriera. Toda la gente se quedó maravillada de ver prostrado en tierra tan pronto á aquel que habian servido como á rey ; pero como el vulgo es novelero , se echó pronto al olvido , y si acaso alguno tuvo pesar de la muerte de Abenumeya , lo disimuló , y no lo dió á entender. De esta suerte quedó reconocido Avenabó por rey de los granadinos , y fué coronado con grandes fiestas. De allí á poco tiempo , en un dia claro y sereno , mandó que se juntasen todos los capitanes y personas mas principales del ejército , á los cuales mostrando gravedad en el rostro y autoridad grande , habló de esta manera :

« Invictos capitanes y valerosos soldados , sabed , que por ruegos de Mahoma ha querido el santo Alá que mi primo Abenumeya tenga el castigo merecido por su tiranía , permitiendo que con su muerte cesen los escesos , y que yo le suceda en la posesion de su silla , bien contra mi voluntad , porque no quisiera poner sobre mis hombros un cargo tan pesado. Sin embargo , vosotros habeis querido obedecerme , y yo tambien como rey quiero recibiros debajo de mi amparo , dirigir vuestras banderas , trataros con amor , y conservaros en una eterna amistad , sin haceros agravios ni demasias. Si el santo Alá fuere servido de que salgamos con nuestra pretension , y me veo en Granada restaurado en el trono que mis pasados poseyeron , prometo que ninguno de los que siguen mi estandarte real se quedará sin el premio debido á sus afanes y leales servicios. Mas lo que ahora conviene hacer ante todas cosas es dar cuenta de lo

ocurrido al rey de Argel, con quien tengo amistad, y sé tambien que se holgará mucho de que haya venido á mis manos el cetro del estado granadino, sabiendo muy bien que le merece mi real persona. Por lo que toca á la persecucion de las cristianas banderas, no habrá ninguno que la haga con la voluntad que yo, tanto por odio natural, como por el aprovechamiento que con el favor del santo Alá pueda resultaros, y que no será poco. Así, pues, leales amigos, escribase luego á los valerosos capitanes ausentes para hacerles saber que está ya fuera del mundo el autor de sus agravios, y que pueden con plena seguridad volver á mi presencia, pues restituyéndose á sus banderas pienso hacerles mercedes, y aun por lo que ya han servido en la guerra doblarles el sueldo.»

Con esto Avenabó concluyó su razonamiento, dejando muy gustoso al congreso de su buen decir, especialmente aquellos que ya le conocian por hombre de mucho valor, probado en el discurso de la prolija guerra. Por todo el campo se movió un confuso susurro, cual le suele hacer un enjambre revuelto de abejas yendo desmandado. Unos exclamaban: Sea para bien tu eleccion; otros decian: Largos años la goces con fin próspero y adelantamiento en tus estados; últimamente otros gritaban: Viva el rey Avenabó, nuestro defensor, y el vengador de nuestros agravios. En seguida le vistieron de una hermosa marlota de color de púrpura, le pusieron una bandera en la mano izquierda, y una flecha de arco en la derecha á la usanza turca, y tomándole en los hombros los caballeros mas principales del ejército, fué coronado segunda vez, y proclamado con placer de todo el campo, que gritaba: Viva Avenabó, rey de Granada y de la Andalucía. Concluida esta ceremonia, y guardando todos silencio, el capitan Caracacha habló á Avenabó de esta suerte:

«Para bien seas coronado, nuevo rey de Granada, y reconocido de todos los que te obedecemos y besamos las manos. Yo te doy mi palabra de jamás volver á Argel hasta que estés sosegado en tu palacio y gobernando pacíficamente tus estados como lo estuvieron tus mayores. Si fuere tu voluntad que por tu servicio pase yo á Africa personalmente y te traiga toda la gente de socorro que quisieres, sé que el Ochali me la dará de la mas robusta y armígera que se halle en toda la Libia. Sino tu alteza escoja á quien guste que vaya allá, y parta sin dilacion: dése luego aviso á los capitanes ausentes y á los pueblos rebelados contra Abenumeya para que vengan á reconocerte por rey y obedecerte; mas si hubiere alguno que lo rehusare, me ofrezco á postrarle de tal modo, que por su rebelion pierda muy pronto la hacienda y la vida.»

Con mucho gozo oyó Avenabó el discurso de Carbagio Caracacha, y dándole gracias por la nueva oferta, al punto se apercibió para el viage de Africa un turco llamado Daux, sagaz y discreto, llevando de regalo al Ochali, rey de Argel, muchas alhajas de oro y esclavos cristianos. Los capitanes ausentes y los pueblos que se habian rebelado á Abenumeya no tardaron mucho en venir á prestar su obediencia y besar la mano al rey nuevo, quien viéndose tan pronto sublimado en la rueda de la fortuna, formó larga esperanza de que la guerra habria buen fin á su favor. Con esto principió á poner orden en lo que se habia de hacer, como veré-

mos en el capítulo que viene, y sobre lo pasado se dirá el romance siguiente.

Los de Castilleja moros,
 Los de Orce y de Galera,
 Puestos están de concierto
 Con otros moros de Huescar,
 Que tomen todos las armas,
 Que se alcen con la tierra
 Y al Maleh pidan socorro
 Que estaba dentro en Purchena.
 Galera hizo primero
 De aquesta maldad la muestra.
 Vino el Maleh de socorro
 A la gente que le espera.
 A Huescar puso emboscada
 Muy oculta por la huerta;
 Mas teniendo sentimiento
 Los cristianos salen fuera.
 Con ellos traban batalla
 Muy cruel y muy sangrienta;
 Muchos mueren de ambas partes,
 Mas de los moros sin cuenta.
 El Maleh visto su daño,
 Retirádose ha á Galera;
 El bando de los cristianos
 Tambien se retira á Huescar.
 Dado han en los moriscos
 Encerrados en la Tercia,
 Y el Maleh aquella noche
 Tambien se acoge á Purchena.

El marqués está en Fiñana,
 Con su campo va á Galera,
 Donde la dá dos asaltos;
 Mas valdria no los diera.
 Mucha gente le mataron
 De una y otras banderas;
 Allí mueren capitanes
 Y oficiales de la guerra,
 Con otros muchos soldados
 Que mató la gente fiera.
 A Fernando de Leon
 Le cortaron la cabeza,
 Y la pusieron los moros
 En su castillo por seña.
 Al de Austria escribe el marqués
 Diciéndole que Galera
 No podia ser ganada
 Sin piezas que la batieran.
 En este tiempo fué muerto
 El Muley Abenumeya,
 Y los turcos le mataron
 Por una traicion que urdiera
 El moro Benalguacil
 De celos que dél tuviera.
 A Audalla toman por rey,
 Que Avenabó se dijera:
 Presto se sabrá la causa
 De lo que mas sucediera.

CAPITULO XVIII.

Batalla que pasó entre Abenlguacil y Huzen, capitan de los turcos. Avenabó vá con su gente sobre el presidio de Orgiva, donde hubo una recia accion. Cómo el de Sesa salió de Granada, y los moros dieron sobre su ejército.

Lo primero que acordó Avenabó despues de coronado fué ir con su gente sobre el presidio de Orgiva para destruirle, y estando ya resuelta esta espedicion, Abenlguacil le pidió por merced, que le diera á su prima Zahara para casarse con ella. Tuvo noticia de esta demanda el capitan de los turcos Huzen, y tambien se la pidió al rey para el mismo fin, diciendo que él la merecia mejor que Abenlguacil. Avenabó se halló confuso en este caso, no sabiendo determinar á quien darla; y así acordó ponerlo en manos de la bella mora, la cual fué traída á su presencia, y preguntada sobre á quien de los dos pretendientes que estaban delante queria por marido, respondió que á ninguno de ellos, y que no tenia voluntad de casarse por entonces. Dada por la mora esta sentencia absoluta, los dos amantes se cobraron mas aversion que la que hasta

allí se habian tenido, y cuantas veces se encontraban se miraban desdenosamente, entendiendo que el uno era causa de que el otro no fuese favorecido por su dama. Con estas imaginaciones llegó á tanto el odio entre ellos, que se desafiaron, señalando por única defensa alfanges y albornoces. Con este designio un dia al ponerse el sol se salieron del real sin que nadie lo echara de ver, y habiéndose alejado poco mas de una milla, al pasar un arroyo que bañaba un prado hermoso, muy cómodo para el caso, mostrándose la luna clara, porque le faltaba poco para ser llena, y dando de sí luz bastante para poner por obra cualquiera cosa, el granadino le dijo al gaditano: « ¿ Para qué nos cansamos buscando lugar mas oportuno ó mas cómodo para nuestro intento que lo es este? No pasemos adelante, y ahora, bárbaro, pon mano á tu alfange, y haz todo cuanto puedas contra mí, pues ya lo has probado con quitarme á Zahara. » Diciendo esto Benalguacil echó mano al suyo, y ambos al punto se acometieron como si fueran dos bravos toros, dándose el uno al otro enormes golpes, y tan precipitados, que causaba espanto ver la fortaleza con que chocaban los dos alfanges, saltando de ellos chispas por el aire, como si se batieran en un fino pedernal. Así anduvieron bregando mas de media hora, de manera que estaban ya los alfanges tan mellados que parecian sierras, y los albornoces hechos pedazos, y harpados por mil partes, sin que todavía se reconociese ventaja del uno al otro. Pero Dios, que paga y premia á cada uno conforme á las obras que tiene hechas, permitió aquí que Abenlguacil pagase la traicion que hizo á su señor; y así parecia que le habia caído la maldicion que Abenumeya le echó al tiempo de su muerte, porque estando peleando con toda furia, y mirando por donde podria mejor dañar á su contrario, se le representó la imágen del desdichado reyecillo, teniendo al cuello la soga con que le habian ahorcado los turcos; y al verle así, acordándose de la traicion cometida, corrió por todos sus miembros un hielo penetrante, que le causó gran desmayo y turbacion, y ya no pudo mas menear las armas contra el turco. Advirtiéndole este su flojedad, no quiso perder la coyuntura favorable que la ocasion le ofrecia, y con mayor ánimo le tiró un golpe desafortado á la cabeza, el cual no reparó por la causa ya dicha. Abenlguacil, quedó de él mal herido y tendido en el suelo, pero aun mas atemorizado de la vision y del recuerdo de su delito que de la llaga recibida. Viéndole así el turco, y conociendo que aquella herida era mortal, no quiso hacerle otras mas, sino quitarle el alfange de la mano; lo cual sintió Benalguacil, y esforzando la temerosa voz, le dijo al turco: « Huzen, estame atento á lo que ahora te dijere antes de espirar. Sabe que tú no me has muerto, y así no te glories de eso en tiempo alguno: quien me ha muerto ha sido Abenumeya, pues cuando ahora estaba combatiendo contigo se me puso delante de los ojos con aquel cruel crudo lazo al cuello que sirvió de instrumento de su muerte; y ten entendido que mi traicion fué la causa de ella, por celos de mi prima Zahara, la que por fuerza me habia quitado: y fuí tambien el que hizo los despachos falsos para Avenabó y los turcos. Una cosa te suplico, y es, que antes que de aquí te vayas me des

sepultura, á nadie digas que aquí me dejas, y de Zahara te guardes: advierte que es una Circe, y cura no te traiga al estado en que me ves. » El valeroso capitan turco espantado de aquel espectáculo, herizándosele el cabello, miraba revolcarse por su sangre á Benalguacil, y cómo se le acababa la vida. Sintiendo, pues, un impulso vehemente de apartarse de aquel lugar, abrió con los alfanges un hoyo profundo, y metiendo allí el cadáver de Benalguacil, le cubrió de tierra y piedras recogidas al márgen de aquel arroyo. Hecho esto partió sin detenerse á Andarax, trayendo por todo el camino ocupada la imaginacion de lo que Benalguacil habia declarado, y pesaroso ya de haberle muerto, considerando que Zahara podria traerle tambien á aquel lastimoso estado. Llegando á Andarax entró con disimulo en su posada, y el siguiente dia Avenabó repartió officios, dió cargos y alcaldías, y reformó algunos capitanes. Tenia este un hermano menor, mozo de distinguido valor, al cual nombró alguacil mayor, que despues del rey es entre los moros el cargo mas preeminente. Dejó á Dali en su capitanía, y al turco Carcax, recién venido de Africa, le nombró capitan de la compañía del Derri, á quien mandó ahorcar el difunto Abenumeya. Los cargos mayores y mas principales de alcaldías y capitanías se las dió Avenabó al Habaquí, cometiéndole el gobierno del rio de Almanzora, que comprende la tenencia de Almería, Filabrés, Baza, Guadix, su patria, el estado del Cevete y otros cargos. Nombró á Noaibe general de Granada, su Vega, y todos los lugares de la Sierra-Nevada. Despachó en seguida para Argel al moro Orcaime, pidiendo socorro al Ochalí, aunque entiende muy bien que ya habria llegado allá Daux; pero queriendo obligarle mas le hacia nueva remesa de esclavos y de presentes: esto fué causa de que el rey de Argel le enviase socorro de gente, como diremos mas adelante. Avenabó hacia copiosa provision de armas, compraba á los mercaderes berberiscos muchas cosas, y luego las repartia todas entre sus soldados por poco precio. Con esto y su gran benevolencia acrecentó mucho su campo, y se ganó en todo y por todo la voluntad de todos los individuos de su ejército. Por este tiempo el señor don Juan de Austria tuvo noticia de estas novedades y prevenciones del reyecillo, y en su consecuencia mandó, como ya hemos dicho, que saliese el duque de Sesa con un buen campo para las Alpujarras; y que acudiese primeramente al socorro de Orgiva, donde el príncipe sabia que el moro tenia designio de entrar. Púsole espuelas á su pretension una derrota, que tuvieron los cristianos saliendo de Orgiva á buscar bastimentos. Llegaron á un barranco llamado Tarrascon, y allí les salió al encuentro una multitud de moros con tanto poder, que todos los cristianos fueron muertos, escapando vivos solos tres que llevaron la triste nueva de su derrota. Sabido esto por Avenabó, y tomando mayor osadía, determinó meter por fuerza de armas en Castil de Ferro una grande guarnicion para que los mensajeros de Argei hallasen proporcion de desembarcar sin embarazo de las armas cristianas. Así sin aguardar un solo punto mas, levantó su real de Andarax, y se fué sobre el presidio de Orgiva, entendiendo que podria tomarle sin gran resistencia, y matar á todos los cristianos que allí hubiese. Para el

éxito de esta empresa dió la vanguardia del campo á cuatro capitanes de los mas valerosos que tenia, llamados Barbuç, Carcax, Macoz y Arrendate, con diez mil hombres de pelea: Avenabó en persona iba en la batalla, y el Dalí llevaba la retaguardia con dos migueros. Siguiendo el ejército su marcha con este órden llegó á Orgiva, donde mandó luego Avenabó hacer grandes trincheras para el abrigo de sus soldados. En Orgiva habia un capitan valeroso, llamado Francisco de Molina, el cual con sus soldados defendió el pueblo heroicamente: pero este no tenia defensa ninguna, ni el reparo de castillos, siendo su única esperanza estar cerca de Granada, de donde le podria venir socorro con prontitud. Mas antes que viniese pusieron los moros en tanto aprieto á los moradores de Orgiva, que llegaron ya á faltarles las municiones, el agua y otras cosas precisas, Estaba en el mismo pueblo otro capitan famoso, llamado Juan Alvarez Bohorqués, á quien se encomendó la defensa de un portillo, y mostraba con su gente gran valor: el malvado Avenabó mandó que se le apretara sin intermision hasta tanto que á los cristianos les vino á faltar el plomo enteramente, y este capitan valeroso para continuar su defensa no halló otro remedio que deshacer en menudos pedazos una bajilla de plata, y tirarlos á sus enemigos en lugar de balas. ¡ Oh, capitan dignísimo de inmortal renombre, que tenias en mas la debida defensa de tu puesto que la riqueza de tus bajillas! Así se mantuvieron muchos dias aquellos valerosos cristianos hasta que el señor don Juan, nombrado generalísimo de aquel reino, envió el socorro que ya hemos dicho del duque de Sesa á los que estaban cercados en Orgiva. Salió este al fin de Granada con seis mil infantes y trescientos caballos, gente toda muy bien apuesta para rechazar á Avenabó. Pero llegando el duque á un lugar llamado Acequias, le acometió el mal de la gota á que era muy achacoso, y esto fué nueva causa de que el arribo del socorro se dilatase. Sabiéndolo el de Austria, quiso que don Luis Quijada, su ayo, reemplazase en aquella jornada al duque, y que este se quedase, pero no lo consintió, y así mal dispuesto como estaba prosiguió su camino, enviando adelante para mas diligencia á un capitan llamado Vilches con ochocientos hombres, á fin de que sin tocar á Lanjaron llegara á Orgiva, y diera aviso al capitan Francisco de Molina de que le iba gran socorro. Para asegurar mas el caso, luego que partió Vilches envió el duque tras él otros mil soldados, y por último su excelencia se puso en camino con todo lo restante del campo. Noticioso Avenabó de la venida del duque dividió su ejército en dos partes, mandando que la una mantuviese el sitio, y la otra saliera al encuentro del enemigo, al mando de los capitanes Arrendate, el Dalí y el turco Huzen. Los cercados no tuvieron noticia de toda esta gente del real de Avenabó, porque se practicó de noche. Arrendate estando emboscado con los suyos en parte que no era visto por la gente de Vilches, dejó á estos pasar primeramente para acometerlos por la espalda, al mismo tiempo que el valeroso Dalí los acometia por el frente; de manera que los cristianos se quedaron enmedio, muy embarazados sobre un terreno fragoso. Sin embargo dieron en los moros con braveza y se defendian maravillosamente; pero como Arrendate cargó con tanto poder y llevaba mas gente,

tuvieron los nuestros que retirarse pensando que la del duque estaria ya muy cerca. Su pensamiento fué vano, porque el valeroso Dalí les apretaba tanto, que no tuvieron otro remedio que subirse peleando á una altura, y desde allí defenderse esforzadamente para no morir todos antes que llegara el socorro del duque. El capitan Perea con la gente que salió tras de Vilches, llegó primeramente, y no pudo hacer nada de provecho, porque los moros eran muchísimos, todos tiradores, y sabian muy bien la tierra. Al fin llegó el campo del duque en socorro de los suyos; mas siendo ya casi de noche se descubrió de una emboscada el capitan Nacoz con su compañía, dando grandes alaridos, y acometió con tanta braveza, que parecia hundirse todos aquellos valles. Peleaban los del duque valerosamente, y no alcanzaba todo su esfuerzo, porque el Dalí y Arrendate vinieron sobre ellos, matando y destrozando sin piedad; y como los nuestros no sabian la tierra, y era ya de noche, sufrían una muerte cruel, no pudiéndose guardar de aquel caso inopinado; todo el campo se halló atajado entre las tinieblas, y las fieras armas de los moros hacían sobre él á su salvo lo que querían. Luego se cubrió la tierra de heridos, de cadáveres y de sangre, cundiendo el daño cada vez mas en las cristianas banderas, llegando á tanto el temor, que sin vergüenza se metían los soldados huyendo por aquellas quebradas espesuras, y dejaban desamparado á su valeroso general, quién como nieto de tan grande abuelo, los llamaba á voces, y los exhortaba de esta suerte:

Razonamiento del duque de Sesa á sus soldados.

Qué furia del infierno os acomete,
Y qué fantasmas veis que os amedrentan,
Que así huyendo vais á rienda suelta,
Sin mas respeto á aquello que os obliga
A ser de gran valor como herederos
De la española sangre belicosa?
Porqué dejais así vuestras banderas?
Mirad que sois de España hijos caros;
Volved á la batalla, no esteis tímidos,
Mirad que dirá el mundo de vosotros,
Que sois cobardes, viles y abatidos,
Pues de una gente infame vais huyendo,
Que no sabe qué cosa sean armas.
Cualquiera de vosotros vale tanto
Como ducientos de ellos en campaña;
Y si huís, no quiera Dios del cielo,
Que digan que yo soy general vuestro;
Ni prosa ó verso nunca jamás digan,
Que yo truje conmigo tan vil gente,

Que huyó de las armas y su furia:
Mirad que vale mas morir con honra,
Que no vivir infames en el mundo,
Adonde reputados de cobardes
Sereis perpetuamente de los hombres.
Mostrad valor, esfuerzo y gallardía,
Y no porque la noche os amedrente
Dejeis de aspirar á fama eterna.
Mirad que los contrarios son moriscos,
Y que no son de Francia las escuadras
De los que os retirais con tal infamia.
A ellos, á ellos, fuertes españoles;
España, España; á ellos Santiago,
Quo es gente vil; á ellos que ya huyen
De solo ver las armas españolas,
Que tanto por el mundo son temidas.
Ganad, varones, hoy renombres claros
De vuestras fortalezas y hazañas,
Que ya el tiempo os promete la victoria.

Diciendo estas cosas el valeroso duque, salta del caballo sin temor alguno, y embrazando su fuerte y acerada rodela, embiste á los moros con ánimo sublime, preciando mas morir en la batalla que retroceder un solo paso. Sus eficaces palabras y el ejemplo maravilloso que daba personalmente hicieron tanta impresion en sus soldados, que avergon-

zándose de haber huido y no haber hecho su deber como esforzados varones, se tornaron á juntar, gritando animosamente: *Santiago, victoria, victoria, que el enemigo huye*. Esta voz fué eficazísima para alentar á los soldados cristianos, é infundió en los moros grandísimo temor, creyendo que á aquellos les habia entrado gran socorro de gente. ¡O buen duque, nieto del soldado mejor que tuvo el mundo, cuán bello ejemplo diste de tu gran valor en el momento que estaba próximo á perderse todo el campo! Pues tu tío el valeroso don Gabriel, digno de proceder de tan clara sangre, y de otros dos bravos soldados don Luis y don Juan tus deudos, no hicieron menores cosas que ahora tú dando este ejemplo con que redujiste á todo un campo ahuyentado y sin aliento á tomar otra vez las armas y pelear con mas fortaleza que pudiera hacerlo el mismo Marte. ¿Qué Julio Cesar, qué Torcuato, qué Hector, qué Alejandro, qué Fabio que acaudillaran un ejército tan atemorizado como el tuyo, supieran sacar de él mayor partido? Aunque era oscura la noche no podrá nublar el resplandor de tu grandeza, el de tu ánimo tan sublime en una ocasion tan difícil y peligrosa como la que te puso en las manos la fortuna, y de la cual saliste con tanta gloria.

¿Y qué no podria decirse del valeroso duque don Luis, flor del tronco de Cardona, y del gallardo don Juan de Mendoza? No otra cosa por cierto sino que cada uno de ellos parecia un fiero Marte batallando con los moros. De tal modo pelearon los valerosos cristianos, que pronto se vieron libres de las emboscadas del enemigo, y retirándose con buen orden tomaron la vuelta de Acequias; lo cual no fué poco hacer, respecto á que todo el campo habia estado á punto de perderse, si no le salvara el gran valor del duque de Sesa. Llegando á Acequias su excelencia al otro dia por la mañana, pasó revista al ejército, y mandó que los heridos fueran llevados á Granada para su curacion, queriendo él pasar adelante para Orgiva con el resto: mas no lo pudo hacer tan pronto como convenia por las asperezas del camino y fragosidad de las sierras. Sin embargo se levantó entretanto el sitio de Orgiva, porque Avenabó, creyendo que el duque daria en el valle, se pasó con su campo á Lánjaron, para defenderle la entrada. Desitiada Orgiva se dió orden al capitán Molina para que pasase de allí y se fuera á Motril con su gente. El buen Molina ordenó luego la partida, dejando antes clavadas algunas piezas de batir, y otras que eran las mejores, enterradas. Entretanto el duque andaba revuelto con Audalla Avenabó, y le traia distraido para que Molina pudiera hacer aquel viage á su salvo. Gran multitud de moros corrió la Vega de Granada por Guejar y el Puntal, é hizo rica presa en pastores y ganados. Bien quisiera el señor don Juan hallarse en tales ocasiones; mas le era defendido. Poco despues por causas importantes, y para tratar negocios de la guerra, se mandó al duque que volviese; bien que si se encontrase de camino con Audalla le asaltara con el mayor esfuerzo que fuese posible. A esta sazón supo el duque que el moro queria ir á las Albuñuelas, y por verse con él marchó al momento con su campo para el mismo lugar. Los dos ejércitos iban hácia allá caminando, pero por distintas partes, de donde no se podian ver el uno al

otro. El duque llegó el primero, se aposentó en lo mejor del lugar, y á todo lo demas mandó poner fuego: lo mismo hizo con otro llamado Prasatbal, y con Velaix y otras poblaciones de moros que estaban por allí cerca, porque los moradores daban bastimentos á los enemigos. Hecho esto se volvió á Granada el noble duque, dejando grande guarnicion en las Albuñuelas, y por capitán al valeroso Pedro de Mendoza. Llegando el duque á Granada, el señor don Juan acordó con él lo que se debia hacer, y que referirémos en el capítulo siguiente, diciendo primero un romance de lo pasado, por no perder el hilo.

El moro Avenabó Audalla
 Con campo fortalecido
 Para Orgiva se marcha,
 Que es de cristianos presidio.
 De trincheras la rodea
 Por traella á su partido;
 Mas los de adentro esforzados
 Con valor se han defendido.
 De muy poco les valiera
 Si no fueran socorridos;
 Mas el de Austria que lo supo
 Socorro envia cumplido.
 El de Sesa es general,
 En la milicia perito,
 Y seis mil infantes lleva
 De valor reconocido,
 Con ochocientos caballos
 Que para el caso ha pedido.
 Avenabó que lo entiende
 Su gran campo ha dividido;
 Una parte está en el cerco,
 La otra se va al camino,
 Por do el de Sesa venia
 Buscando á Audalla enemigo.
 Cuatro capitanes salen
 Del escuadron sarracino:
 Dalí, Nacoz, Arrendate,
 Y Huzen, que de Argel vino:
 Todos se emboscan y esconden
 Entre los robles y pinos.
 Vilches que llega el primero
 Fué asaltado repentino,
 Que los moros le acometen
 Con furia, cual torbellino:
 El buen capitán Perea,
 Que detrás de Vilches vino,
 Muy bien quisiera ayudarle;
 Mas fuele el hado maligno,
 Porque el Nacoz al Dalí
 Le ayuda con buen destino,
 Y tal esfuerzo, que espanta
 La furia con que allí vino.
 Mal lo pasan los cristianos;
 Retirarse les convino
 Hácia atrás con toda priesa
 Por donde habian venido,

Entendiendo que el de Sesa
 Les daría pronto auxilio.
 Mas en las manos cayeron
 De Arrendate, moro fino,
 El cual los deshace y mata
 Con dolor nunca sentido.
 En esto llega el de Sesa,
 Mas tambien muy mal le ha ido,
 Por ser oscura la noche,
 Y estar el sol escondido;
 Y á esta causa su escuadron
 Fué de los moros rompido.
 Porque todos con espanto
 De la batalla han huido.
 El duque los animaba
 Con valor engrandecido,
 Y tanto hace por su parte
 Que su campo ha reducido,
 Y con furor acomete
 A aquel que los ha ofendido.
 Peleando los cristianos
 Contra el bando fementido,
 Se retiran poco á poco
 A Acequias, de do han salido.
 Los moros luego se vuelven
 Al campo de do han venido:
 Avenabó deja el cerco,
 A Lanjaron se ha acogido,
 Porque el duque no le entrara
 En su valle enriquecido.
 Los de Orgiva á Motril
 Le van tomando el camino,
 Porque el de Sesa lo manda,
 Y es cosa que así convino.
 A las Albuñuelas parte
 El de Sesa Paladino:
 Gran parte de ellas quemaba,
 Y otros lugares vecinos,
 Porque daban bastimentos
 Al campo de los moriscos.
 El duque vuelve á Granada,
 Que el de Austria así lo quiso,
 Dejando allí en su lugar
 A don Pedro Mendocino
 Con setecientos soldados
 De valor esclarecido.

CAPITULO XIX.

El Sr. don Juan y el duque de Sesa con dos campos entran en las Alpujarras, y van sobre Guejar, ocurriendo otras cosas.

Así como el duque de Sesa llegó á Granada, el señor don Juan, teniendo noticia de que el marqués de Velez estaba todavía en Galera, y que despues de los asaltos que le habia dado, recibiendo mucho daño, le enviaba á decir que aquel pueblo no podia tomarse sin artillería, escribió inmediatamente á S. M. una carta, que decia asi :

«Muy poderoso Señor : V. M. sabrá que la guerra de Granada va de
» mal en peor, porque los moros se han armado muy de propósito, ha-
» cen notable daño en las escoltas y en los presidios, y si les acometen,
» no aguardan batalla, salvándose por las sierras; de modo que hay
» guerra para toda la vida. Ahora se ha levantado un lugar fortísimo, lla-
» mado Galera, y segun soy informado del marqués de los Velez, no
» puede ser tomado sin artillería : yo holgara mucho de ir sobre Galera,
» pero seria dejar atrás los enemigos. Querria, pues, que V. M. me diese
» licencia para que yo y el duque de Sesa entrásemos con dos campos
» por las Alpujarras, para que con brevedad se diese fin á tan prolija
» guerra, que lleva ya dos años de duracion, estando hoy todavía peor
» que el primer dia, y si no se ataja, como digo, nunca tendrá término.»

En vista de esta carta, mandó S. M. al señor don Juan y al duque entrar con gran gente en las Alpujarras, que despues que hubiesen desbaratado á Avenabó y su campo, fuese S. A. sobre Galera, y asistiese al marqués de Velez, dándose orden al comendador mayor de que proveyese de artillería para poner con esto fin á la guerra. El señor don Juan, obtenida esta licencia, ordena al punto la salida en busca de los moros de la Alpujarra, y llevando consigo al duque de Sesa parte sobre Guejar, aunque mas hubiera querido ir sobre Galera : no convenia hacerlo dejando enemigos detrás. Los dos famosos generales partieron á las Alpujarras llevando cada uno diez mil infantes y mil caballos, bien repartidos, y convinieron en seguir distinto camino uno de otro, pero procurando llegar todos al amanecer sobre Guejar, y juntarse en un mismo punto. Los dos campos marcharon, y el de Sesa acertó á tomar el camino mas llano y trillado : S. A. tomó las alturas y fué por caminos ásperos y dificultosos de andar, habiendo dado la vanguardia á un capitán llamado Diego de Quesada, por ser valiente y práctico en aquellos pasos. Llevaba la retaguardia un caballero nombrado Garci Manrique con toda la caballería, y el señor don Juan iba de batalla, llevando delante un real y hermoso guion : de esta suerte marchaban de noche á la luz de las estrellas aquellos fuertes escuadrones. El campo del señor don Juan, á pesar del conocimiento que Quesada tenia de la tierra, al bajar de un monte erró el camino, de suerte que fué preciso dar un buen rodeo. El duque como iba

por lo mejor, marchaba sin pesadumbre. A esta sazón tuvieron aviso los moros de Guejar por los de Granada de que el hermano del rey don Felipe iba en persona á darles cruda guerra y acabar con ellos. Los de Guejar tuvieron sobre esto consejo de guerra, y en él resolvieron desamparar el lugar, é irse volando á la sierra : al punto cargaron con sus bienes, se llevaron las mugeres é hijos, y dejaron únicamente algunos viejos que no podían caminar con ellos. Al salir el sol llegó al lugar el valeroso duque, pensando hallar allí al enemigo; pero ya no encontró mas que á dichos ancianos que fueron luego degollados : una buena parte de su gente á toda priesa siguió á los moros que iban huyendo, y por último alcanzó á la retaguardia, donde llevando los moros algunos buenos tiradores, trabaron escaramuza con los cristianos, los cuales les tomaron algunas presas; pero luego salieron de la espesura del monte muchos moros, y dando en los cristianos poderosamente les tornaron á quitar todo cuanto habían ganado. Con esto los cristianos maltratados, y dejando algunos muertos, se tornaron al real. Ya estaba muy salido el sol y S. A. no llegaba al puesto designado por causa de haber errado el camino don Diego de Quesada, lo que traía al príncipe mohino y enojado, entendiendo que el duque habria ya desbaratado á los moros, y pesándole de no hallarse en la ocasión que venia á buscar. Llegado el señor don Juan adonde estaba el duque, se tuvo noticia de que por la falda de la sierra habían aparecido muchas moras, según de lejos blanqueaban. Los cristianos, entendiendo que serian las mismas que habían huido del lugar, se desbandaron en gran número á toda priesa para alcanzarlas; pero en llegando al sitio fueron recibidos con una gentil carga de arcabucería, porque para engañarlos los moros se habían disfrazado con aquellas tocas. Trabóse escaramuza entre los dos bandos, y al fin los moros se metieron en la sierra y fueron á Valor, donde estaba Avenabó con su campo. En esta escaramuza murió el capitán Quesada, y con él otros ocho soldados : los demas se acogieron al real con harto dolor de la pérdida de su buen capitán, aunque despues murió otro Quesada ó Quijada, que causó un sentimiento todavía mayor al ejército, como diremos adelante. S. A. se parecia en todo y por todo á su valeroso padre Carlos V, en la afabilidad, en el real trato, ademan, habla y donaire; así todo el campo estaba tan contento con su vista, que era maravilla. Ahora dejaremos de hablar de él para decir cómo Avenabó recibió en Valor á los moros que llegaron huyendo de Guejar. Tuvo el nuevo rey mucha pesadumbre de ver la cobardía de aquella gente, y con grande ira y desabrimiento les habló á todos de esta manera :

Brava reprehension de Avenabó á los moros que huyeron de Guejar.

« Hombres ingratos, infames, y desconocidos á los favores que la fortuna os había hecho, deparándoos la ocasión de vencer las cristianas banderas y adquirir sobre vuestros enemigos un poder soberano; que así la perdisteis, sin tener empacho de venir huyendo de un mozo que no ha abierto aun los ojos á la luz del mundo, carece de esperiencia en el

militar oficio, no sabe qué cosa sean armas, ni tiene ejercitado el oído con el son de la caja y la trompeta. ¿Es posible que por solo el nombre de su venida desamparáseis los presidios que confiaba yo fueran bien defendidos por vuestro valor, y que ninguna cuenta tuviéseis con el mío, que amedrenta á toda España? Vano es mi poder, y vano el renombre que teníais ganado en tiempo que la tierra, hecha un lago de sangre por vuestras armas y esfuerzo, temblaba de vosotros: todo ha desaparecido para no recobrase jamás. ¿Por ventura, cobardes, me teníais tan en poco á mi campo y á mí, que no os pudiera socorrer? ¿Tan poca confianza teníais de mi valor, para que no os sacara de cualquier peligro, por grande que fuese? Pues decidme, si tan poco aprecio os merecía mi esfuerzo, ¿porqué me dísteis corona; para qué me alzásteis por vuestro rey? Si no habeis de hacer lo que á mi valor sois obligados, mas quiero que me deis la muerte: antes morir, que verme en poder de los enemigos cristianos. No sois vosotros como los de Galera, que siendo poco prácticos en la guerra, y mal experimentados en las armas, hacen todavía dentro de sus murallas temblar al enemigo que los sitia. Cuando no mirárais otra cosa, ni que hubiérais delante un ejemplo tan perspícuo, no debíais mostrar tal cobardía, y hacer una retirada tan infame, sino mostraros como firmes rocas y muros fortalecidos contra el bando cristiano, aunque viniera con mucho mayor poder. Tambien tengo queja de vosotros, valerosos turcos, pues siendo tan diestros en las armas, y habiendo temblado España de vuestro valor, ahora que mas convenia mostrar sus finos quilates, habeis caido en una bajeza tan grande. Si así ha de ser, matadme, pues como tengo dicho, lo tendré por un beneficio soberano, en comparacion de verme entre las manos de mis enemigos los cristianos, á quienes tanto aborrezco por las obras que de ellos tengo recibidas.» Con esto el furioso Avenabó acabó su razonamiento, mostrando en el rostro terrible braveza; mas en seguida un turco llamado Noaite, alcaide de Guejar, le respondió de esta manera:

Razonamiento del turco Noaite á Avenabó.

«De culpa nos cargas, Avenabó, por lo cual es necesario dar disculpa por mí y por todos los demas soldados de tu ejército, pues todos somos miembros de tu real persona, que es la cabeza; de tal suerte, que hallándose mancha de culpa, á todos alcanzaria parte de ella, y así para que yo y los demas quedemos disculpados de lo que tu real alteza nos culpa, yo quiero ser el abogado. En cuanto al miedo que dices hemos tenido, bien satisfecho estarás por lo obrado en los pasados tiempos y en todas ocasiones contra el bando cristiano, donde se ha mostrado siempre nuestro valor exento de miedo ni cobardía; y juro por Mahoma, que jamás supimos qué cosa fuese miedo, y fuimos siempre lo que somos y serémos, aunque el mundo se hundiera y fuese en nuestro daño. La causa del desamparo de Guejar no fué temor ni cobardía, sino haber tenido aviso por tus espías de Granada de que venian sobre nosotros dos gruesos cam-

pos, el del príncipe austriaco y el de Sesa, y detrás de ellos el resto de España. ¿Pues cómo en un presidio de tan poca importancia y sin murallas, querias tú, Avenabó, que resistiesen doscientos soldados, sabiendo muy bien que tus fuerzas y las nuestras están en la fragosidad de las sierras nevadas? Siendo esto así no cumplia á tu magestad que aguardáramos el ímpetu de tanto poder en una villa tan flaca y débil, donde se perdiera la fama de nuestros hechos, como tú dices, especialmente estando Guejar tan vecina de Granada. Sabes, digo, que lo mejor de tu defensa está en las montañas, y no tienes que quejarte de nuestra venida, porque te es imposible sustentar la guerra fuera del amparo de la sierra, en donde la caballería no puede hacer su efecto. Nos pones por ejemplo, que los moros de Galera, nada espertos en la milicia, muestran gran valor, y hacen mucha resistencia al bando cristiano: los de Galera pueden hacerla muy á su salvo, porque el lugar es una peña por dentro y por fuera, toda armada sobre profundas y firmes bóvedas, de modo que los de dentro tirando por saeteras hacen gran daño á los enemigos, sin ser ofendidos ellos. Por eso cien soldados valen allí por mil, y aunque se bata á Galera con artillería, y aunque se la eche por tierra, los que están dentro no pueden ser dañados, teniendo debajo del suelo grandes aposentos donde alojarse; de manera que si no se la mina y vuela con pólvora, jamás Galera será ganada. Advierte ahora que de todo lo dicho fallece Guejar, que no tiene murallas, fosos, ni defensa fuera de la fuerza viva y personal de aquellos que la quieran sostener; y así ciento, doscientos, ni trescientos soldados de presidio, es muy claro que no hubieran podido defenderse de veinte mil hombres que vinieron sobre ellos: por todo lo cual mayor honra ha sido dejarla que defenderla; pues vale mas perder un lugar hecho de paredes viejas, que no trescientos buenos soldados. Las paredes no te podrán sacar de ningun peligro, y trescientos soldados reservados para mayor ocasion, te podrían librar de alguna notable afrenta. Con esto he satisfecho á la culpa que me cargas, si bien me has querido entender. No te acuerdes de Guejar, que es un pueblo inhabitable, yermo, y en vano el de Austria ha hecho presa en él con el grande ejército que trae. Si fuera la ínclita Granada, Guadix el fresco, la ilustrada Baza, lo que se hubiera desamparado, gran razon habria para que nuestra infamia sonara por el mundo, y fuéramos todos reputados por cobardes; mas Guejar, soberano Avenabó, bien sabes que no es el fin que se pretende: vamos al blanco, busquemos ocasion mas grave, y lleve tu alteza á profundo y seguro puerto; esto es lo que hace al caso, y no disputar con sobrado corage por una cosa de tan poca importancia. Por ahora la sierra es nuestra madre, y ella nos defiende, no consintiendo ser hollada de caballos. Así no estimes en tan poco nuestro valor, pues el de Sesa lo estimó en mucho cuando de noche le asaltamos con tres bravas emboscadas, de suerte que tuvo que retirarse á Acequias á toda priesa, mal de su grado. Venga toda España y no la temas, que el socorro africano llegará con brevedad, y el tiempo se mudará en tu favor: lo que has de hacer, valeroso Audalla, es tener para el desembarque pronto algun puerto seguro. Da sobre Almuñecar tu campo, embiste con Salobreña, y esto sea sin

dilacion, porque el Ochali no habrá faltado á tu demanda, y pronto tendrás unida á tus banderas la africana gente, que has de estimar en mucho, pues con ella darás fin á tu glorioso intento.»

Así dió fin á su razon el valeroso turco, dejando á Avenabó desengañado, y á toda la gente militar alegre y satisfecha del discreto descargo que presentó en su favor. En seguida mandó el reyecillo que el campo tomase la vuelta de Almuñecar y Salobreña, llevando todo el aparato necesario de escalas, municiones y otros pertrechos de guerra. Mandó tambien que el campo se dividiese en dos partes, viniendo á dar cada una en su lugar, y todos á un mismo tiempo y sazón. Marcharon luego las dos divisiones sin parar hasta que llegaron á los dos lugares referidos, y les pusieron terrible cerco, principiando por combatirlos fuertemente con mucha escopetería. Otros arrimaban escalas para subir á la altura de los torreones y almenadas murallas; pero de poco vale su recio asalto, porque los dos lugares estaban defendidos de muy buenos soldados, y mas querian morir que perderlos. Estaba en Almuñecar un valeroso capitán, llamado don Lope de Valenzuela, que en defensa de la plaza hacia maravillas matando á muchos de los moros. No menos grandeza de ánimo mostró la gente de Salobreña teniendo por capitán un soldado insigne, llamado don Diego Ramirez. Finalmente viendo Avenabó que no podia salir con su propósito, determinó retirarse con su campo, dejando mucha de su gente muerta al pié de las fuertes murallas. Mas no por eso se amedrentó ni cansó, antes bien tomó la vuelta de Valor con ánimo de presentar batalla al de Austria y al de Sesa. Entretanto el hijo valeroso de Carlos V, reconociendo que las cosas del Alpujarra tardaban en arreglarse, y que no veia la hora de verse en Galera, mandó partir para esta lugar, á fin de quitar de enmedio aquel padrastro, y volver despues mas despacio sobre los moros de las Alpujarras. Este pensamiento del valeroso príncipe mereció la aprobacion del duque, y de los demas gefes y capitanes del ejército; por lo cual S. A., dejando con un escuadron muy poderoso al duque, partió luego hácia Galera, acompañado de muchos caballeros y soldados, que llegaban á seis mil. Llegó á Guadix sin encontrar impedimento ninguno, y de allí pasó á Baza y á Huescar, donde halló al marqués de Velez con su gente. Hizosele á S. A. gran recibimiento, tanto por la gente del campo, como por la de la tierra, señalándose en esto el marqués, y mostrando aquella grandeza de ánimo de que siempre fué dotado. El señor don Juan le contemplaba muy de propósito, maravillado de su gallardo parecer, garbo y talle, y diciendo entre sí, que no sin razon era tanta la fama del marqués, pues bien se mostraba en su aspecto y robusta corpulencia ser varon de grande esfuerzo. Despues que en esto contentó sus ojos el señor don Juan, abrazó al marqués con semblante muy alegre y sereno, y le dijo unas palabras semejantes á estas: «Ahora digo, valeroso adelantado, que la fama no dice tanto de vuestro valor, como en vos se muestra, y que tengo mucho placer en dejar satisfecha mi vista de lo que antes vuestra celebridad me tenia anunciado. Vengo aquí por mandado de S. M. para asistir en la guerra debajo de vuestro amparo y proteccion, porque de un capitán tan

valeroso no puede menos de sacarse grande enseñanza en el arte de la milicia. Así podeis estar seguro de que no saldré un punto de vuestra orden, porque siempre debe tomarse de un soldado tan distinguido y experimentado en la guerra, como vos lo habeis sido siempre.» El marqués, mostrando alegre semblante, y manteniéndose descubierto, respondió con avisadas palabras de esta suerte :

« Yo soy, príncipe escelso, quien siente un gozo indecible en ver y conocer personalmente á V. A. por ser hijo de un emperador tan famoso, cuyas banderas tuve la dichosa suerte de seguir, y tambien por ser hermano de nuestro ínclito rey, el cual por hacerme una merced singular, quiso darme este cargo trabajoso, bien escusado para un hombre de mi edad. Sea V. A. muy bien venido, porque con su llegada me podré ir yo á descansar á mi casa, como será mucha razon, atento á que mis años no me permiten ya andar en el trabajoso oficio de la guerra, bastando lo que hasta aquí se ha pasado.» — « Con todo eso, respondió el señor don Juan, me hareis gran placer en instruirme de lo que tengo que hacer.» En esto llegaron á hablar con el marqués otros caballeros principales, porque habia muchos que por su celebridad deseaban conocerle, y á la sazón no se hallaba príncipe de mas valor y esfuerzo, ni podia decir ninguno de los mas famosos que le aventajaba en nada. Hablando, pues, con él el señor don Juan, el comendador mayor, y otros muchos caballeros, llegaron á Huescar, donde S. A. fué recibido con grande alegría, y aposentado en el alcázar de la ciudad. El marqués habiéndose despedido del príncipe, sin apearse del caballo, se salió en seguida de la ciudad, acompañado de sus criados y de algunos caballeros de Murcia y Lorca, tomando el camino de Velez, para donde ya iba adelante su recámara.

No pasaron muchas horas sin que el señor don Juan preguntara por el marqués, y respondiéndole que ya habia partido del real, sintió la falta de un capitan tan valeroso. Mandó luego S. A. que se juntase consejo de guerra para ver lo que se haria acerca de Galera, y se acordó que ante todas cosas se reconociese su situacion para plantar con acierto la artillería en las partes que mas daño pudiesen hacer. Las personas que concurrieron á este consejo fueron : el señor don Juan, el comendador mayor, Luis Quijada, don Lope de Figueroa, don Pedro de Padilla, don Pedro de Sotomayor, el capitan Molina que estuvo en Orgiva; últimamente fueron entre todos veinte y cuatro caballeros, todos capitanes famosos de los de Flandes y de Italia, y ademas de estos se comunicaban las cosas tocantes á la guerra con otros soldados viejos experimentados en la milicia.

Conviene ahora dejar á S. A. y á los demas de su campo, por decir algo del duque de Sesa, que andaba con grande ejército por las Alpujarras, deseoso de dar una batalla decisiva á Avenabó, habiendo puesto antes gente de guarnicion en los presidios mas necesarios para que las escoltas que saliesen de Granada anduvieran seguras. Para esto metió gente en Acequias, en las Albuñuelas, y en las escabrosas Guajaras, poniendo por otras muchas partes guardas y vigías que pudiesen descubrir á los ene-

migos, y dar oportuno aviso. Llegó el duque á Orgiva, lugar suyo propio, y dejó allí un buen escuadron de soldados; por todo lo cual hubo alguna dilacion en hallar á Avenabó, que escusaba cuanto podia encontrarse con el duque, mientras no le viniese el socorro que aguardaba de Africa. De esto hablaremos despues, y sobre lo dicho se dirá por epílogo el romance que sigue:

El hijo de Carlos V
 Se salia de Granada,
 Con él el duque de Sesa
 Para ir á la Alpujarra.
 Veinte mil soldados lleva,
 Toda gente aventajada:
 Lleva tambien mil caballos
 Con la nobleza de España.
 Ricas banderas tendidas,
 Que el aire las tremolaba,
 A Guejar hacen camino
 Junto á la Sierra-Nevada,
 Porque se tiene noticia
 Que hay de moros grande escuadra.
 El de Austria hace dos campos,
 Por marchar fácil la estrada:
 Toda la noche caminan
 Hasta que ya vino el alba.
 El duque llegó primero
 A Guejar, moros no halla,
 Que se salieron de allí
 En la misma madrugada,
 Porque tuvieron aviso
 De los moros de Granada,
 Que un gran campo va sobre ellos
 A recorrer la Alpujarra.
 Algunos viejos hallaron
 Que pasaron por la espada.
 Tras de los moros camina
 El buen capitan Quesada,
 Y corriendo muy apriesa
 Alcanzó la retaguardia:
 Trabaron escaramuza,
 Los cristianos nada ganan,
 Unos y otros se retiran,
 Y cada bando se aparta.
 Los moros á los cristianos
 Hicieron una emboscada,
 Vestidos como mugeres,
 Y en un llano los aguardan.
 Quesada con su escuadron

Pensó coger la manada;
 Mas cuando llegan á ella
 Les dan una rociada
 De buena arcabuceria,
 Mostrando furia muy brava.
 Los cristianos se retiran
 Dejando muerto á Quesada,
 Y con él ocho soldados
 Por codicia desdichada.
 A Valor se van los moros,
 Donde Avenabó estaba,
 El cual muy mal los recibe:
 Buena fraterna les daba,
 Porque dejaron á Guejar
 Sin valerse de las armas.
 Mas un turco muy famoso
 Le ha salido á la parada,
 Diciendó que es cosa justa
 Tener á Guejar en nada.
 Audalla con mal designio
 A Almuñecar caminaba,
 Y á tomar la Salobreña,
 Por ser puerto de importancia
 Para que salte la gente
 Que del Africa esperaba.
 Almuñecar se defiende,
 Salobreña no va en zaga,
 Porque tienen de presidio
 Gente valerosa y brava.
 Avenabó se retira
 Sin la presa que pensaba,
 A Valor se torna el moro
 Con acuerdo que tomara,
 El de Austria se parte luego
 A Galera que está alzada,
 Dejando gran campo al duque,
 Que queda en el Alpujarra.
 A Huescar llegó su Alteza,
 Donde el de Velez estaba,
 Y al que se holgó de ver,
 Porque era mucha su fama.

CAPITULO XX.

El señor don Juan puso sitio á Galera. Bravos asaltos que se dieron al pueblo, los cuales escribió el alférez Tomás Perez de Hevia, vecino de Murcia, que seguia las banderas del señor don Juan, y anduvo siempre en el ejército.

Queda dicho en el capítulo pasado, que el valeroso marqués de Velez se fué de Huescar sin despedirse del señor don Juan, quien sintió mucho su ausencia por la falta que allí le hacian el valor y la esperiencia de un capitan tan sobresaliente; pero considerando que esto ya no tenia remedio y convenia proseguir la guerra con celeridad, S. A. habiendo tenido consejo con las personas principales que le asistian, determinó pasase el campo inmediatamente sobre la villa de Galera, por ser la que mas habia resistido á los reales ejércitos, y en quien los moros rebeldes tenian puestos los ojos y su mayor confianza por la defensa que habia hecho al marqués de Velez cuando pocos dias antes fué sobre ella, y por parecerle que quitado este obstáculo no quedaba otro ninguno en que tropezar hasta el rio de Almanzora, donde tambien los moros se habian encastillado y hecho fuertes: que así irian ganándose reputacion y fuerzas, y se le quitarian al enemigo, acabándose una guerra que llevaba ya año y medio de duracion. Teniendo yo escrito en mi libro todo aquello de que tenia noticia por vista propia, ó por relacion sobre lo ocurrido en esta guerra, no habiéndome hallado en el cerco de Galera, y deseando escribirlo con la misma entereza y verdad que hago lo demas, tuve necesidad de buscar informacion, y en fuerza de mis diligencias esquisitas adquirí noticia de que el alférez Tomás Perez de Hevia, vecino de la ciudad de Murcia, y soldado veterano muy distinguido, que siguiendo las banderas del señor don Juan se halló en esta jornada, habia hecho un escrito sustancial, breve y compendioso del sitio de Galera, y de lo que dia por dia iba allí sucediendo. Se le pedí, y habiéndomelo dado, me pareció por su estilo y método, que contenia la verdad desapasionada, y que mostraba muy bien haber sido hecho por persona en quien concurrían el conocimiento y la práctica del arte militar: así acordé copiarle á la letra, sin quitar ni poner cosa alguna, y su tenor es como sigue.

Dice, pues, ahora el alférez en su discurso, que S. A. salió de la ciudad de Huescar para sitiar el fuerte de Galera miércoles por la mañana del 18 de enero de 1570, con todo su campo, que constaria de once á doce mil infantes, de sesenta y tres compañías, incluyéndose en ellas el tercio de Nápoles y los demas soldados que el marqués de los Velez tenia consigo, repartidos en tres divisiones, de que eran maestros de campo Antonio Moreno, don Lope de Figueroa y don Pedro de Padilla, y ochocientos caballos, yendo por cabo de ellos don García Manrique: que en esto no se contaban los caballeros cortesanos, aventureros, y otra gente que seguia el campo, y era mucha; pero que la artillería no vino aquel

dia con el ejército sino al siguiente, porque se quedó en Huescar, á causa de no haberse acabado de encabalar.

Marchó el campo la distancia que hay desde Huescar á Galera, que es una legua no larga, con este orden; don Pedro de Padilla llevaba la vanguardia con su gente del tercio de Nápoles; la batalla don Antonio Moreno con su division, y la retaguardia don Lope de Figueroa con la suya.

Alojóse este dia el campo todo junto en un valle que tiene aquella tierra por la parte de tramontana, donde corre un rio pequeño, y la caballería que habia ido á la mano derecha de la infantería por otro camino mas llano del que llevaban las banderas, se alojó en el propio valle, mas á la parte del levante de la infantería, y en este mismo sitio ha quedado.

Aquel dia por la noche se tocó arma en todo el campo: salió á ella el señor don Juan, y puesto en la plaza de armas, se reconoció luego que habia salido de unos bagageros que inconsideradamente se alteraron, y dieron esta voz. Mandado cesar el rumor y aquietar el campo, S. A. se tornó á su tienda.

El siguiente jueves salió S. A. con una banda de arcabuceros á reconocer bien la situacion de la tierra, aunque dos dias antes que saliese de Huescar ya lo habia hecho, yendo acompañado de algunos caballeros é infantes, los cuales trabaron una pequeña escaramuza con una manga de arcabuceros que los moros habian echado fuera del lugar para estorbarles el designio que llevaban, y en la que murieron cuatro soldados, y salieron heridos diez por cierto desorden que hizo un capitán de los que habian ido con el príncipe. Reconocidos los sitios en donde pareció mas conducente que se plantase la artillería, mandó S. A. que el tercio de Nápoles con algunas otras compañías que se le añadieron de las demas, porque estaba falto de gente, tomase la vuelta del pueblo, rodeando por la parte del mediodia, y descendiendo de la cumbre de unas montañas y valles que por allí tiene Galera, sobrepujándola, bajase hasta las heras que están en lo llano á la parte del poniente, donde se alojaria, como lo hizo, para batir desde allí el lugar, y tenerle mas oprimido. La division de Lope mejoró de situacion tomando el lugar que habia dejado el tercio de Nápoles en aquel valle, acercándose mas á la poblacion que la de don Antonio Moreno, que, como se ha dicho, miraba al levante. Durante la noche el tercio de Nápoles principió á levantar una trinchera desde el rio, que teniendo su nacimiento de la parte de levante, traia su corriente por el valle abajo hácia poniente, y pasaba á la larga por la fachada del pueblo hasta la parte de tramontana, que viene á estar frontera de Huescar. En esta misma noche se hizo una plataforma, en donde se colocaron un cañon reforzado con tres medios cañones para batir al pueblo por la parte del poniente leveche, que es lo mas llano de aquel sitio, y donde tiene situadas las heras.

Desde el viernes al amanecer estuvieron plantadas dichas piezas de campaña, se empezó á jugar la artillería, y continuó hasta la hora de visperas, batiendo la torre de la iglesia que estaba fuera de la muralla

del pueblo, y apartada de ella unos sesenta pasos. Esta torre era de una argamasa fuerte, en la cual practicaron los enemigos algunas troneras, y por ellas los escopeteros disparaban sobre la gente de nuestras trincheras. Curando por casualidad se acertó á hacer este descubrimiento, ya habian muerto cinco soldados, y quedaban heridos otros muchos de los tiros que salian de allí; por manera que pareció muy conveniente ganarla para cortar el daño que se recibia de aquel punto. Felizmente las piezas de artillería hicieron pronto grande efecto sobre ella, y los soldados cristianos la ganaron con facilidad, porque luego fué abandonada por los moros que la guardaban, recogiéndose al pueblo sin lesion, bajo el amparo de la escopetería que los defendia desde las murallas. En esta arremetida murieron diez soldados, y quedaron heridos otros, distinguiéndose mucho don Lorenzo Tellez Portugués, marqués de la Fabara en Sicilia.

Como vamos tratando del sitio de esta villa, parece conveniente, antes de pasar adelante, dar alguna idea de su posicion, á fin de que puedan entenderse mejor las particularidades que irémos refiriendo.

Galera es un pueblo mas largo que ancho: su longitud se estiende desde el mediodia á la tramontana, y su latitud de poniente á levante. El circuito no es grande, aunque por tener angostas las calles y ser las casas pequeñas, bien que no mal labradas, contenia mas vecindario del que mostraba á primera vista. Su forma es la de una galera que está con la quilla arriba, de lo que se presume tomó su nombre. La popa de ella, usando de los nombres de que se sirvió el campo cuando llegó á este lugar, mira á la parte del mediodia, y la proa en derechura á la tramontana y camino de Huescar. El pueblo se edificó sobre una peña tajada á la redonda, salva la parte que venia á tener por frente las heras, donde se habia alojado el tercio de Nápoles, y estaba la iglesia, la cual parte, como se ha dicho, era algo llana, pero no tanto que dejase de ser por allí tan fuerte como las demas, teniendo delante un foso, abierto despues de la rebelion, el que, sin ser muy grande, ayudado de la disposicion del terreno, era muy suficiente para su defensa. Por la parte de la popa, que era la mas alta y recta, descollaba un castillejo labrado á lo antiguo, con un rebellin que llegaba hasta unos seis pasos de la muralla, dejando en medio una pequeña calle que dominaba á todo el lugar. La muralla, hecha asimismo á lo antiguo, no era muy alta, y tenia algunos torreoncillos, sin ningun género de traveses, ni de otra fortificacion ingeniosa ó nueva.

Siguiendo el simil que hemos puesto de que el pueblo parecia, así como se llamaba, una galera con la quilla arriba, digo que estaba fundado sobre la propia piedra en la cinta ó corona, quedando de allí abajo muy alto é inaccesible. Por las bandas de levante, mediodia y poniente hasta llegar al foso que nuevamente habian abierto, parecian unos valles ó ramblizos de mas de doscientos pasos de anchura por la parte que menos, los cuales servian de defensa, como un foso natural, bien que por la parte de la popa no eran tan hondos y mas llanos: por la de tramontana hacia el mismo oficio el rio pequeño de que ya hemos ha-

blado. Circundaban por todas partes á Galera lomas y cumbres elevadas, pero á mas de cuatrocientos pasos de distancia : con todo eso desde ellas pudieron batirse algunas casas y disparar contra las defensas. Era tan difícil la arremetida , que parecia imposible ganar el pueblo por asalto , porque aun cuando se arrasaran toda la muralla y las casas, que por la mayor parte estaban arrimadas á ella , desde allí abajo habia una altura tan grande de peña tajada y pelada , que no se podia batir, y por donde con mucha dificultad pudiera un hombre subir teniendo quien le ayudara, que aun quedando llano todo el pueblo , los que estuvieran dentro de él conservarían los reparos que tenían hechos , y los que les ofrecia la disposicion y natural asiento del lugar para salir y atender á la defensa, manteniéndose á cubierto. Es verdad que por ser el ramblizo de la popa algo llano y menos hondo que los otros , ofrecia mas comodidad para acometer á la poblacion , y ganarla por esta parte antes que por las demas.

Habia dentro unos tres mil hombres de pelea ; la mayor parte naturales del lugar, y el resto de los circunvecinos, que dias atrás se habian acogido allí con sus familias y haciendas. Tenían tambien de guarnicion unos cuatrocientos moros de las Alpujarras, y berberiscos con algunos turcos, bien que pocos , y á quienes los demas llamaban forasteros y les daban sueldo, como á buenos soldados y gente práctica en la guerra. Habria unas cuatro mil mugeres y criaturas de ambos sexos, haciendo de gefes ó cabeza de todos dos hombres de los mas ricos y principales del propio lugar, los cuales administraban los oficios de guerra y de justicia, habian repartido los cuarteles, nombrado capitanes para dirigir la pelea , y hecho todas las provisiones que habian entendido serles de provecho. Tenían copiosa cantidad de trigo, harina, carne salada, pasas, higos, granadas, habas, garbanzos, y otras cosas de sustento, y tambien agua dulce muy buena de beber, y un pozo manantial que habian abierto despues de la rebelion. Sus armas se reducian á unos doscientos arcabuces, andando escasa para ellos la municion , y á dos falconetes, que formaban toda su artillería , y los habian puesto en la torre del castillo, desde donde no produjeron ningun efecto : de estos falconetes el uno se ganó á los cristianos cuando el marqués mandó dar el primer asalto á Galera.

El viernes por la noche se comenzó á hacer otra trinchera por la parte de la popa , tomándola desde una loma que estaba mas á la banda del mediodia, y de ella tiraba la vuelta del siroco, continuando despues hasta llegar á unos treinta pasos de la peña sobre que estaba fundada la muralla del pueblo ; y en una plataforma que allí se hizo, se plantó un cañon reforzado, dos medios cañones, y una pecezuela : con esta artillería principiaron á batir el pueblo al amanecer del sábado. A mano derecha de esta batería, en una loma alta de las que tiene la popa por delante, se plantaron tres sacres sobre otra plataforma que allí se hizo, los cuales tiraban contra el fuerte , y se ciñó este puesto de una pequeña trinchera, desde donde nuestros arcabuceros disparaban contra los enemigos cuando se descubrian. En otra loma que estaba á la siniestra mano, por la parte

del poniente de la misma popa, se plantaron otros cuatro sacres, y se hicieron trincheras, que servian para el mismo efecto que las demas.

Las piezas puestas en las heras y las de popa estuvieron siempre batiendo el pueblo; las de las defensas jugaban solamente algunas veces; pero ni las unas ni las otras lo hacian con el calor conveniente, por no tener las municiones que eran necesarias, y no haber llegado las que cada dia se esperaban de Cartagena; trece piezas de artillería mas, que tambien se traian de allá.

Desde el jueves hasta el lunes próximo siguiente durante todo el dia no hubo novedad, ni se causó grande efecto, aunque la artillería batió siempre al pueblo. En este intervalo de tiempo haciendo las trincheras, entrando y saliendo de guardia en ellas, y asistiendo la gente al servicio de la artillería, mataron los moros á un capitan reformado, á otro de los artilleros, y á veinte y ocho soldados, quedando heridos algunos mas.

Ganada la torre de la iglesia por la batería de las heras, y alargada aquella trinchera, se acercaron mas las piezas á la muralla, y habiéndola batido todos estos dias por esta parte, que con respecto á las demas estaba llana, segun se ha dicho, el señor don Juan ordenó en la mañana del martes, que por allí se diese á los enemigos un asalto á la sorda, tanto para reconecer la batería, que era el fin y principal intento, como para entrar en la poblacion habiendo oportunidad para ello, y aprovechando la ocasion, si acaso se les ofreciese, como suele suceder, ya que no para tomarla, á lo menos para que ganadas algunas casas de las que estaban como pegadas y cosidas á la muralla, pudiera entrar dentro nuestra gente, y sustentándose allí ir acabando de ganar el resto del lugar.

Para este efecto los nuestros llevando al frente dos capitanes del tercio de Nápoles, algunos caballeros y soldados particulares, acometieron por esta parte, y llegando al foso pequeño que allí habia, le pasaron con facilidad: algunos de estos soldados subieron ya sobre la muralla, y entraron en algunas de las casas que estaban mas abrazadas á ella; pero los moros habiendo tocado al arma y salido á defender su batería con grandísima algazara, opusieron á los nuestros la resistencia mas animosa; de modo que sin poder dar un paso adelante, tuvieron que retroceder de allí, y perder cuanto terreno habian ganado. Trabóse una cruel pelea entre los cristianos por entrar y los moros por defender la entrada, siendo tal la gritería de unos y otros, que juntamente con el ruido de la arcabucería, causaba espanto oír y ver aquella accion. Finalmente, sostenida mas de una hora resolvieron los nuestros retirarse con no poco daño recibido, pues perdieron uno de los dos capitanes, y el otro fué herido, y quedó muerto un caballero muy principal llamado don Juan Pacheco, del hábito de Santiago: tambien don Juan de Castilla salió mal herido de un arcabuzazo, de que murió despues, asimismo que Pagan de Oria, hermano del príncipe Juan Andrea de Oria, que fué herido de otro arcabuzazo que le pasó los dos muslos: de los soldados murieron veinte y cinco, y salieron malamente heridos otros muchos.

Pasada esta cruel refriega; nuestra artillería continuó batiendo las fortalezas del pueblo, aunque mas flojamente que al principio, por falta de

municiones, no habiendo llegado todavía las que ya se esperaban por horas de Cartagena, juntamente con los otros trece cañones. Tanto por esto, como porque estando muy altas las baterías era poco el efecto de nuestra artillería, á causa de la mala disposicion del sitio, y porque el escarpe que obraba, ni podria levantar lo batido de la muralla, ni era posible fuera tanto, que igualase á la peña tajada, para que al arremeter se pudiese subir por él y ganar la plaza, se acordó obrar una mina por este mismo punto, cortando por debajo de lo batido la peña que no era muy fuerte, sino blanca y arenisca, y por lo mismo practicable con facilidad, encargándose de la ejecucion Francisco de Molina, que fué gobernador de Orgiva cuando estuvo sitiada, segun ya hemos dicho, asistido de un ingenioso veneciano. Hecha la mina el jueves por la tarde, se metieron en ella cuarenta y cinco barriles de pólvora.

El viernes, dia veinte y siete de dicho mes por la mañana, habiendo acordado el señor don Juan con su consejo, que pues ya estaba cerrada la mina y la tierra batida, lo que parecia mas posible, segun la disposicion del terreno y de la muralla, era que volándola levantase bastante abertura para entrar la batería y tomarla, se diese un asalto general, así por esta parte de la popa, como por la de las heras, que con lo que de nuevo se habia batido por allí despues del primer asalto, parecia haberse abierto camino bastante por donde los enemigos pudiesen ser combatidos y entrados con menos impedimento y mayor facilidad que de antes. Resuelto esto así, se dió la órden del asalto en la forma siguiente :

Que el tercio de Nápoles por la misma parte de las heras diese este dia otro asalto, llevando los soldados unas mantas que para el caso se habian hecho, á fin de que los moros ocupados en la defensa de aquella batería, se sorprendiesen al sentir el estrépito y estrago de la mina volada por la parte de la popa; que con el polvo que levantase, el humo y estruendo de la artillería, que jugaria al mismo tiempo, se hiciese la arremetida, habiendo señalado para la ejecucion cinco compañías de la division de Antonio Moreno que fueran de vanguardia, otras cuatro de la misma division que estuviesen de batalla para su socorro, si fuese menester, y otras siete de la de don Lope de Figueroa de retaguardia, guardando las demas su alojamiento, y la caballería la campaña.

Serian ya las ocho de la mañana cuando al maestre de campo don Pedro de Padilla y á las compañías que de aquella division estaban señaladas para el asalto, se les dió la señal de acometer por su batería, lo cual hicieron con denuedo; y pasando ligeramente el foso ganaron la muralla y las casas mas pegadas á ella, en donde habian entrado ya la primera vez. Los moros salieron á esto esforzadamente para defender sus personas y haciendas, trabándose al instante entre los unos y los otros una cruda pelea, hasta venir á echar mano de las espadas: los cristianos obraban maravillas por entrar, y los moros no se quedaban atrás, defendiendo sus hogares con bravo furor: los unos gritaban, *Santiago, Santiago*; los otros, *Mahoma, Mahoma*, y batallaban de esta suerte largo tiempo, cayendo de ambas partes muchos muertos. En este dia la gente de Murcia y Lorca con los lugares de su jurisdiccion se portaron heroicamente,

cubriéndose de gloria como acostumbraban, y haciéndose dignos de llevar aquel real blason que habian ganado de seis coronas de oro. El ruido y la vocería eran tan grandes, que no se podian entender unos á otros, ni tampoco verse entre el polvo y la densa niebla de la pólvora; pero amontonándose los cristianos, los moros no tenian necesidad de echarse las escopetas á la cara, ni de apuntar á sus contrarios, sino de disparar sobre el confuso remolino que formaban. No obstante mostraban los nuestros tanta obstinacion, que hubieran entrado en el pueblo si no se lo impidieran unos fuertes traveses que habian hecho los moros para esta defensa; pero durante su porfía recibieron mucho daño, sin poder dar un paso adelante. En esta demanda quedaron cuatro capitanes muertos, y tres gravemente heridos de arcabuzazos; salieron heridos tambien algunos alféreces; de los soldados murieron mas de ochenta, quedando gravemente heridos unos ciento y cincuenta. Causaba mucho dolor ver herido igualmente de un arcabuzazo al maestro de campo don Pedro de Padilla.

Viendo el señor don Juan que andando la batalla tan revuelta y sangrienta entre los nuestros y los moros, tenia la ocasion oportuna en las manos, no quiso soltarla del copete, antes mandó al punto que se pusiese fuego á la mina que estaba á la parte de la popa, segun antes se habia acordado. La mina hizo su efecto, aunque no tanto como se esperaba, por haber salido algo ladeada del punto principal: sin embargo causó notable daño, porque con el movimiento que hizo al tiempo de volar, derribó gran parte de la peña tajada con la muralla y las casas que estaban construidas sobre ella; de manera que formó un escarpe por donde se podia acometer mejor que antes, quedando todavia agria y difícil la subida, por lo que los de adentro podian con facilidad defender el acceso, como lo hicieron.

Al ver nuestros soldados que habia reventado la mina, y creyendo que el efecto fuera mayor del que habia sido, como desde fuera parecia, codiciosos de verse envueltos con los enemigos, ó por mejor decir, de coger la presa que esperaban, y esto es lo mas cierto, porque se decia que habia en el pueblo muchos esclavos, y mucho dinero, joyas y ropa, sin aguardar orden de nadie, ni esperar, como fuera justo, que se hiciera el reconocimiento de la batería, y se diese la señal del asalto, portándose como gente bisoña, licenciosa y mal disciplinada, y gritando *Santiago, cierra España*, principiaron á subir por la cuesta arriba furiosa y desconcertadamente. Los alféreces advirtiendo el desorden de los soldados, y que no habian sido parte para detenerlos la eficaz persuasion y grande resistencia de los capitanes, resolvieron hacer lo mismo arrojándose tambien con ellos para darles fuerza y calor, pues en aquella disposicion de la gente se tuvo este acuerdo por acertado: lo propio hicieron luego los capitanes con algunos otros soldados particulares y la gente suelta que con deseo de pelear y de señalarse se habian metido entre ellos. Con el ímpetu que llevaban llegaron las banderas hasta arriarse al rebellin del castillejo.

Los moros que amedrentados del movimiento de la mina y del daño

que habia hecho al reventar, volando por el aire mas de veinte de ellos que estaban de guardia distribuidos por la parte que alcanzó de la muralla, se habian retirado á lo interior de la poblacion, y los demas que estaban no muy lejos de aquel peligro, oyendo tocar al arma por algunos de los suyos, y que de varios puntos distantes daban voces los centinelas, avisando que se les entraban los cristianos, acudieron todos de golpe á la batería, siguiéndoles tambien algunas mugeres y muchachos; y viendo que los nuestros estaban tan inmediatos, como hemos dicho, dando un grande alarido como tenian de costumbre, y que le ponian en el cielo, acometieron con ánimo desesperado á los cristianos, disparando sus arcabuces, aunque no podian ser muchos por la escasez de municiones que siempre tuvieron, y arrojando piedras hasta venir á estar pié con pié y herirse con las espadas furiosamente. Deteniéndose los nuestros por la resistencia y defensa brava que les hacian los moros, pelearon con tanto esfuerzo y ceguedad, que era cosa de espanto; pero no pudieron marchar adelante, ni ganar un paso mas de la poblacion. Las banderas que con algunos soldados habian llegado al rebellin, y que á causa de haberle hallado alto y fuerte, y por la mucha resistencia que se les hacia por los de adentro, se habian parado y acumulado sin poder ir adelante, principiaron á remolinarse; lo cual visto por un alférez á quien pareció flojedad estar allí de esta suerte, llamando á algunos amigos y camaradas suyos, procuró subir sobre el rebellin á despecho de cuantos le defendian. Tres veces lo intentó, y otras tantas fué rechazado y derrumbado abajo: porfiando en su intento, y queriendo subir la cuarta vez, le cogieron la bandera, y pugnaron por arrancársela de las manos; pero el valeroso alférez la defendió heróicamente á cuchilladas, y aunque quedó muy mal herido y lastimado, principalmente por haber caido de lo alto del rebellin abajo, quedó ufano de haber podido conservar su bandera.

En este tiempo no holgaban los muchachos, ni las mugeres, antes bien con suma diligencia andaban allegando piedras junto á los que peleaban, y de las mugeres dos se señalaron entre las demas por su valentía y presencia de ánimo peleando admirablemente. La una iba capitaneando y animando á todos por la batería, descubriéndose con denuedo y poniéndose al alcance de los arcabuzazos y cargas de artillería que partian de nuestras trincheras y plataformas: la otra peleando con una espada en la mano acometió á un soldado que muy confiado en su valor subia al rebellin y le hirió cruelísimamente; pero no contenta con esto le agarró con grande esfuerzo y derribó á sus piés, y en un punto le degolló y quitó un coselete y morrion que llevaba, sin que nadie se lo pudiese defender. Esta brava mora se llamaba la Zarzamodonia, era corpulenta, recia de miembros, y alcanzaba grandísima fuerza: se averiguó que en este dia mató ella sola por su mano á diez y ocho soldados, no de los peores del campo.

Andaba la batalla tan cruel y obstinada por ambas partes, que en el espacio de tres horas no se echaba de ver se hubiese aflojado el corage de los unos ni de los otros; pero los moros llevaban la ventaja, porque

morian muchos cristianos, bien que de ellos no pudiera ser menos la mortandad, á causa de las descargas de la artillería y de los arcabuzazos que de todas partes llovian sobre el pueblo. Ya á este tiempo habiéndose retirado de su batería el tercio de Nápoles, y llegando á ella nuevos moros de refresco en ayuda y socorro de los que todavía peleaban furiosamente, llenos de brio y corage por haber defendido aquella parte tan bien, y hecho retroceder á los soldados nuestros que tanto los apretaban, se hacia la empresa mucho mas difícil, creciendo la resistencia, y subsistiendo la misma dificultad de que por estar tan alto el rebellin del castillo no era posible subir por él ningun viviente para ganar la poblacion al mismo tiempo que tampoco podia hacerse la entrada por otra parte. Por eso principiò á notarse en los nuestros alguna flojedad, y reconocida por S. A. mandó al instante que las cuatro compañías de batalla acometiesen vigorosamente, como lo hicieron con grande ímpetu y pujanza; pero estas banderas nuevas llegando al sitio en donde las demas hicieron represa, y comenzando los soldados á detenerse un poco, fué necesario enviar dos de las otras siete compañías que habian quedado de retaguardia para que acometiesen juntamente con las otras, sin que produjesen mayor efecto, porque hicieron la misma demostracion y represa que las pasadas. Ya habia cerca de cuatro horas que duraba la pelea y nuestros soldados obraban con desigualdad, cuando los enemigos se mantenian con tanto brio, que era claro resultaria de la obstinacion una ruina muy grande y poco fruto; pues parecia que la fortuna, para ser de todo punto favorable á los cercados, permitió que en aquel momento se cayese un pedazo grande de la muralla con las casas que estaban pegadas á ella, enterrando vivos á mas de treinta soldados; y no solamente hizo este daño, sino que los pedazos que se desmoronaron juntándose con el rebellin del castillo por donde habia la única esperanza de poder subir y entrar en la poblacion, se hizo el paso mucho mas difícil, y quedó aquel punto casi inexpugnable. Por esta razon el señor don Juan mandó tocar la retirada, y los soldados entraron en el real, dejando muertos tres capitanes, y todos los demas quedando heridos de pedrada ó de arcabuzazo, por cuyas resultas murieron despues otros dos. El maestre de campo don Lope de Figueroa salió mal herido de un arcabuzazo que le dieron al principio del asalto; y el otro maestre de campo don Antonio Moreno salió tambien mal herido de las pedradas que los moros le tiraron. Todos hicieron su deber como buenos y valerosos soldados en esta sangrienta jornada; pero murieron unos ciento y cincuenta infantes, y quedaron heridos mas de cuatrocientos, añadiendo á este número todos los alféreces y sargentos de las banderas.

Entendióse que los moros recibirian tambien notable daño, y no pudo ser menos, aunque de pronto no se pudo apurar; pero se supo despues por algunos que salieron del fuerte y se vinieron al campo del señor don Juan, que la mortandad de los moros habia sido grande.

Al retirar los cadáveres de los cristianos muertos se halló que habia muchos heridos por las espaldas, dejándose entender que murieron de los arcabuzazos de los nuestros, poco diestros en aquel ejercicio; y no

pudo ser menos, porque ademas de la confusion grande que hubo durante el asalto, y la corta distancia que mediaba entre la batería de los enemigos y nuestros soldados que peleaban al pié de ella, no se podia disparar con tanto acierto, que por dar en los unos no se diese algunas veces en los otros; y habia tanta mayor razon para presumirlo, quanto que la mayor parte de nuestra gente era bisoña y poco práctica en el manejo de las armas.

Visto por S. A. el ruin suceso que habian tenido los asaltos pasados, la poca muestra que daban de rendirse los enemigos, que la poblacion se mantenia no menos fuerte que al principio, y que se conseguia muy corto efecto de la artilleria para pensar que perseverando en batir con ella al fuerte podria abrirse camino para ganarle, aunque fuese de mucha importancia para el caso arrasar las casas, derribar los reparos y los traveses que de ella se formaban, porque la disposicion del terreno favorecia todavia mucho á los cercados; pensó que de preferencia á todo se continuase usando la máquina de las minas, como mas provechosas y de mayor sustancia que los demas medios. Así, pues, ordenó, que por la misma banda de la popa, á unos treinta pasos mas á la mano derecha, y cuarenta ó cincuenta á la izquierda de la primera mina, se abriese de nuevo otras dos, entrando con ellas tan adelante que pudiesen volar el rebellin y castillo. Al punto se pusieron por obra las dos minas con mucho calor, fundando en el efecto de este instrumento la esperanza del éxito de toda la jornada. En el capítulo siguiente declararemos cuál fué, y ahora sobre el pasado insertaremos el siguiente

ROMANCE.

El hijo del mas famoso
 Monarca que se ha hallado
 Sobre el fuerte de Galera
 Gran campo habia juntado.
 Doce mil infantes tiene,
 Con ellos mil de á caballo,
 Recluso llevó en tres tercios
 Todo el campo señalado.
 De don Pedro de Padilla
 Es el uno muy nombrado;
 Don Lope de Figueroa
 Lleva otro tercio estimado,
 Y el otro Antonio Moreno,
 Soldado viejo afamado.
 A Galera reconoce
 Don Juan el hijo de Carlos;
 De fuertes bravas trincheras
 Todo el fuerte ha rodeado
 Con todas las plataformas
 Que es al caso necesario.
 Treinta y seis cañones planta
 Que baten de cada lado,
 Y despues de ser batido
 Se dió muy crudo asalto.

Mas los moros le resisten
 Con valor aventajado,
 Do muchos cristianos mueren
 Con furor hechos pedazos,
 Porque el valor de los moros
 Es grande, aunque están minados.
 Dos asaltos se les da,
 Mas todos fueron en vano,
 Porque el sitio es duro y fuerte
 Y con valor defensado.
 Capitanes quedan muertos,
 Los alferes destrozados,
 Y con ellos juntamente
 Muertos mas de mil soldados.
 El valeroso don Juan,
 Visto desto el mal recado,
 Manda abrir otras dos minas,
 Porque quedase asolado
 El fuerte de aqueste modo,
 Que otro mejor no han hallado.
 Los moros en este medio
 En su consejo ban entrado,
 Sobre qué es lo que harian
 En un caso tan pesado.

CAPITULO XXI.

Los moros de Galera viéndose tan aquejados entran en consejo sobre lo que tienen de hacer: sobre el acuerdo se revuelven los naturales con los forasteros; fin que tuvo esto. Continúa el duro sitio, y se dice lo que mas pasó en Galera.

En el capítulo pasado queda dicho que el señor don Juan, viendo el poco efecto de la artillería batiendo á Galera, y que en darla asaltos se habia perdido el tiempo, y causado la muerte de muchos capitanes y soldados, acordó tornarla á minar por dos puntos, considerando que seria el medio mejor y mas cierto de entrar en el lugar sin que la gente de su campo pasara por un daño y peligros tan notorios como hasta allí habia pasado. Así se puso luego por obra la apertura de las dos ocultas minas; pero no pudo hacerse con tanto secreto, que dejaran de advertirlo los moros de Galera. Amedrentados estos, tuvieron al instante consejo de guerra sobre lo que deberian hacer para su remedio; y estando juntos los capitanes mas famosos con otros soldados, naturales y forasteros, un capitan turco de aquellos que habian ido con el Maleh propuso lo siguiente, como hombre experimentado y de buen juicio en los asuntos de mayor gravedad.

Razonamiento del capitan turco á los de Galera.

«Muy bien teneis entendido, valerosos capitanes y fuertes soldados, el apuro en que ahora estamos todos, y que es muy grande, porque al mejor tiempo de nuestra defensa nos han faltado las municiones que para el caso son tan necesarias, así como sin ellas decae la esperanza de nuestro último remedio. Es verdad que estamos abastecidos de los demas artículos tocantes á nuestra subsistencia; pero como digo nos falta el mas precioso. Hasta ahora nos hemos sostenido valerosamente contra el adelantado de Murcia y sus banderas; mas de aquí adelante las habrémos con el hermano del rey de España, que trae consigo gran poder. Y se puede colegir que su designio será no apartarse del sitio que nos tiene puesto, sin dejar primero arrasada nuestra fortaleza, y pasarnos á todos á cuchillo por la resistencia que le hemos hecho. Sobre faltarnos las municiones, sin las cuales son inútiles y de ningun efecto nuestras armas, hemos perdido mucha gente valerosa en los asaltos pasados; tenemos á nuestro cargo gran número de mugeres y niños, que seria muy doloroso verlos degollar delante de nuestros ojos, y no poderlos valer. Atento á esto, gente esforzada é ilustre, es mi parecer, salvo el vuestro, que pongamos la esperanza de nuestra felicidad ó destruicion en las manos de la fortuna, y que en una noche oscura y tenebrosa nos salgamos del pueblo que hasta ahora hemos sustentado, en esta forma: Yo con mi gente tomaré á mi cargo la mitad de las mugeres y criaturas, y me saldré algo adelante por la parte del rio adonde están las famosas banderas de Murcia

que tanto daño nos tienen hecho por el valor singular de sus capitanes; y si la fortuna me fuere favorable, amparado de las tinieblas de la noche me iré en derechura á Seron, donde seremos bien recibidos. Tome á su cargo la otra mitad de la gente uno de los capitanes mas valerosos de la tierra, salga un poco despues que yo haya salido, y marche por la via de Orce á toda priesa; tome de allí por la noche la vuelta á la boca de Oria, y pase á Purchena, donde está el esforzado Maleh. Si la fortuna nos es contraria y los enemigos nos sienten, claro está que darán en la una cuadrilla ó en la otra: en la que dieren ayúdese ella, haciendo en su defensa lo que pudiere, y entretanto se pondrá en salvo la otra cuadrilla. Es posible que quiera el santo Alá, por los ruegos de nuestro profeta Mahoma, que no seamos sentidos de los enemigos, infundiendo en sus ojos un pesado sueño, y en su vigilancia descuido, con que todos nos podamos salvar. Este es mi parecer, y entiendo que seria saludable: ahora sobre lo que llevo propuesto responda el que mas supiere y entendiere de este caso, y tómese el parecer mejor, de forma que á todos nos esté bien.»

Así habló el turco, muy confiado en su valor y en la fortuna, aunque es cierto que en esto no andaba acertado, pues por la parte que debia salir habia tres capitanes de Murcia valerosísimos, con soldados de la mayor confianza, los cuales estaban tan alerta, que no hubiera pájaro, por sutil vuelo que tuviese, que no fuera sentido, y cayendo en sus manos dejase entre ellas sus ágiles plumas. Mas no tan solamente estaban por aquella parte los de Murcia, sino que un poco mas adelante las banderas de Lorca con capitanes de no menos valor, y soldados tan determinados y activos como los primeros: verdad es que los de Murcia estaban mas cerca del pueblo que los de Lorca y de otras partes; mas como todos eran de un mismo reino, estaban prontos á favorecerse los unos á los otros.

Volviendo ahora al caso digo, que así como el capitan turco dió fin á su razonamiento, hubo sobre ello muchos y diversos pareceres entre los demas del consejo. Unos sostenian que el turco decia muy bien, y que su parecer era acertado y saludable para todos; otros sostenian que no, respecto á que no se podria salir bien con el intento, sino que todos se perderian; y así mas valdria pelear aguardando lo que ofreciese la fortuna, porque entretanto podria su rey socorrerlos y verse libres de aquel apuro con menos peligro. Estando confiriendo sobre estas cosas, uno de los capitanes de tierra de Castilleja, hombre de mucho valor y esfuerzo, habló con gravedad de esta manera:

Razonamiento del capitan de Castilleja en respuesta al del turco.

«Muy atento he estado, valeroso turco, á lo que propones, y á todo cuanto se ha argumentado despues sobre tu dictámen; y me parece que no es justo hacer lo que con tu razon has intentado, porque está clara la contradiccion á lo que dices de salir por la parte del rio, y que tú serás el primero. Se arguye desde luego, que despues que estés fuera con la gente

que has nombrado, si acaso fueses sentido de las sentinelas cristianas, y sus escuadrones te saliesen al encuentro, tú como hombre solo, y sin carga que te duela, te podrias descabullir y poner en salvo, desapareciendo al amparo de la sombra de la noche, y dejando á todos los demás en manos de los enemigos que acabarian con su vida, ó los sujetarian á un cautiverio perpétuo, puestos una vez en la condicion de no escapar ninguno: lo mismo sucederia á la otra escuadra que hubiera de seguir á la tuya, como propones. Y asi á tí y á todos los demas que estais presentes digo, que mas acertado es pelear, porque el lugar en que estamos, aun casi sin defensa, es muy dificultoso de ganar, y lo será mucho mas estando tan bien defendido: esto hace mucho en nuestro favor, y ya que nos hemos puesto en un caso como este, no conviene desistir de él, ni retroceder un solo punto de lo comenzado, sino que luego se dé aviso á nuestro rey, informándole de nuestra situacion, y suplicándole que de los treinta mil hombres que tiene en su campo, nos envíe quince mil; pues cuando con este número no podamos conservar la tierra que estamos defendiendo, á lo menos podremos salir á la vista de nuestros enemigos, ó ponerles una esforzada resistencia, y tomar despues seguro puerto hasta que el santo Alá provea otra cosa. Este es mi parecer, que con bastante fundamento contradice al tuyo, y á cuantos le sostienen hablando en tu favor.»

Esto dijo el capitan morisco Estaracordio, dejando contentos á todos los demas gefes. Mas el turco lo desaprobó, como quien sabia en lo que habia de parar aquel asedio; y por otra parte lleno de indignacion, porque el morisco habia dicho que en saliendo fuera del pueblo amparado de la noche se salvaria furtivamente, dejando su gente entregada á la venganza de los cristianos, replicó diciendo: «Tú estás muy casado con tu parecer, sin tener esperiencia de los casos de la guerra, y me has dicho que seria capaz de huir y ponerme en salvo amparado de la noche, lo cual no se ha hallado jamás posible de hacer en la nacion turquesca. Tú que tienes ese parecer lleno de sospecha, lo harias antes que otro alguno, pues como dice un refran, *quien las sabe las tañe, y quien tiene las sospechas, tiene las hechas*. Entre turcos no se cometen bajezas semejantes, y solo se hallan entre vosotros los moriscos, que sois movibles como el ligero viento, sin constancia ni firmeza en nada, traidores á Dios y á su rey, como se ha manifestado en muchas ocasiones, y ha sido la causa de que el Gran Señor no os haya enviado socorro para concluir la guerra. Si tú no te determinas á salir de la fortaleza, á pesar de tus enemigos, es por temor que los tienes, y porque no sabes andar por otros lugares ni salir del tuyo, como el conejo que quiere ser preso y morir dentro de su madriguera. Yo con la vida satisfago mi honor: solo me pesa morir encerrado como cobarde, sin poder vengar mi muerte, no sabiendo quién me la dará.»

El capitan morisco de Castilleja, muy enojado de que el turco hubiera dicho que él y todos los de su pais eran traidores y de poca fe y asiento, se levantó al punto, y echó mano á la espada para matar al turco, siguiéndole otros capitanes con el mismo intento. El turco puso mano á su al-

fange con sobrado valor, y se fué contra todos ellos, á sazón en que á las voces que habian dado se juntaron muchos turcos y forasteros de los que el Maleh dejó en Galera, y como viesen que todos se levantaban contra el capitan de su nacion, tomaron las armas y se principió entre ellos una quimera sangrienta, de la cual no pudieron dejar de salir algunos heridos. Viendo los moros naturales de Galera que los turcos y forasteros se habian trabado en disputa con los moros de Castilleja, de Benamanreal y Orce, procuraron apaciguarlos con la mayor diligencia, estorbando que se mataran entre sí los mismos que habian venido á pelear contra los cristianos; y tanta gente se juntó para el caso, que al cabo, no sin mucha dificultad, se cortó aquel escándalo, y se apagó el gran fuego que se habia encendido. Muchas mugeres concurrieron á este fin, especialmente la Zorzamodonia, á quien todos respetaban por su acreditado valor. Un turco quedó mal herido de esta borrasca, y para apaciguar á todos los de su nacion se acordó que el turco se casara con una hermosa doncella mora, natural de Galera, quedando de este modo hechas las paces, bien que con la prevencion de que los turcos apartados de los demas guardarian su cuartel, y los de Castilleja el suyo, porque no se tornasen á enredar en alguna otra nueva disputa.

Si durante esta revuelta los de nuestro campo teniendo noticia de ella acometieran, entraran con gran facilidad en el pueblo y le ganaran. Tomás Perez no tuvo noticia de este alboroto; y así la relacion que acabo de hacer no es suya, sino de un morisco que se se halló en él.

Volviendo ahora al diario del alférez Tomás Perez que teníamos comenzado, dice que, pasado el último asalto y principiadas á abrir las minas, en el domingo próximo llegaron al campo las piezas de artillería y municiones que se esperaban de Cartagena, y en seguida se acordó que las dos piezas reforzadas, un tercio de culebrina, y otras cuatro piezas de la fundicion de don Juan Manrique de Lara, que no tenían otro nombre por ser invencion suya, se plantaran en la loma que estaba á la mano derecha, juntamente con las demas que ya allí habia: que otras cuatro piezas de estas de don Juan se plantasen en la otra loma de la mano izquierda con las que de antes estaban en ella, para que, ademas de batir al pueblo, aun no muy vivamente, y tirar á descubrir y limpiar las defensas, jugasen todas con la mayor furia el dia en que el pueblo fuera asaltado, para estorbar que los moros salieran tan desvergonzadamente, como lo habian hecho antes, á defender su batería: este fué buen acuerdo.

Cerca del rio, contra la parte que mira al gregal, en un llanito que hay allí por donde va á desembocar el ramblizo de esta banda, se plantaron otras cuatro piezas de las de don Juan Manrique, que batian las casas y la muralla, con el fin de causar estorbo á los enemigos, haciendo muestra de acometerlos por allí el dia del asalto, y divertirlos de las otras baterías con el cuidado de guardar esta tan bien como las demas.

El lunes treinta, entre las once y doce del dia, se vino á los nuestros por la batería de popa un muchacho de unos doce á trece años, muy ladino en la lengua castellana y bien hablado, que habia ido á llevar la

comida á los centinelas de aquella parte, los cuales, mientras comian, le encargaron que hiciese la guardia; pero el muchacho, viendo la comodidad que se le ofrecia para su intento, haciendo señas á los soldados que estaban en las trincheras para que no le tirasen, se arrojó por la batería abajo, y de allí fué con prontitud recogido por los mismos soldados, á fin de que no fuese muerto por los enemigos, que tocando arma al instante le comenzaron á escopetear. El muchacho fué llevado á la presencia del señor don Juan, quien preguntándole de dónde era, supo que habia nacido en la villa de Orce, y venido allí con otros vecinos al principio del levantamiento, los cuales estaban en el pueblo haciendo armas contra los cristianos todas las veces que se ofrecia.

Siéndole preguntado por las demas cosas de Galera, fué refiriendo el muchacho la desazon que hubo entre los forasteros y los naturales acerca de dejar aquella fortaleza, y cómo si aquel dia fuera Galera asaltada por los cristianos, la entrarán con mucha facilidad, que los moros estaban muy atemorizados de la obra de las minas que habian sentido muy bien, y procuraron contraminar; pero que dejaron de hacerlo, por no tener instrumentos y las herramientas necesarias para ello, ni artífice que lo pudiera entender bien. Preguntado sobre si los moros tenían bastimentos, dijo que los que se pudieran gastar en dos años, y que el agua jamás podria faltarles, pero que lo que mas necesitaban eran municiones de pólvora y plomo, lo cual estaban aguardando, y ya no podria tardar juntamente con el socorro de Avenabó. De todas estas cosas fué dando muy buena cuenta el morillo, al cual llevaron luego á Huescar con cédula de libertad por haberse venido á los cristianos; y este, que vive hoy dia en Hellin, ha servido para tomar muy buenas noticias de lo que allí pasó.

Viendo los moros que el muchacho se habia salido del fuerte, y maravillados de que no se hubiese hecho pedazos al tiempo de arrojarse de la batería abajo, suponiendo que descubriria y contaria todo cuanto habia pasado en el fuerte, dando razon de la parte mas flaca y que necesitara de reparos, ordenaron hacerlos inmediatamente, poniendo defensas por aquellas partes que estaban amenazadas por las nuevas piezas de batir que los nuestros habian plantado; y ademas de esto en aquella misma noche, por una mina que salia al rio, despacharon á cuatro ó seis moros para ir á Purchena y traer pólvora y plomo. Como la noche era oscura no fueron sentidos de los centinelas cristianos, y así fueron y volvieron con brevedad: algunos quieren decir que les proveyeron de lo necesario los moros de Huescar. De los que salieron fué á la vuelta cogido uno que traia pólvora y plomo, y los demas entraron en el fuerte por la mina susodicha, tan oculta para los cristianos, que de ella no se supo hasta despues de ganado el pueblo, porque el moro que se cogió, jamás quiso descubrir su secreto, aunque fué atormentado.

En estos dias de sábado y domingo salió don Juan Enriquez de Baza, hermano de don Enrique, señor de Galera y Orce, en compañía de mucha gente de guerra, y habiendo entrado por la boca del rio Almanzora en un lugar llamado Urraca, fué desbaratado y obligado á retirarse con

grande menoscabo de la tropa que llevaba. En este mismo dia salieron del castillo de Oria ciento y cincuenta soldados y catorce caballos, dieron en el lugar de Cantoria, y sacaron de allí por fuerza de armas mucho ganado vacuno y cabrío, durando la pelea desde la mañana hasta la noche, en que los cristianos se recogieron á Oria con la presa, aunque el Maleh vino al socorro de los moros de Cantoria.

En los mismos dias salieron de Lorca seiscientos hombres y setenta caballos con alguna gente de Almazarron, y dieron tambien en Cantoria, donde estaba ya el Maleh. Pelearon todo el dia del lunes, y mataron á muchos moros, sin que de los cristianos faltase un hombre: solo perdieron un caballo del capitan Juan Felices Duque por su culpa; pues apéandose á cortar la cabeza á un moro, se le hirió el caballo y se fué á los contrarios. Sin este mataron á otros cinco, porque un moro viejo armado de un gorruz peleando en la campaña, se metió detrás de un grueso lentisco, y así como pasaba algun caballo le daba un gorguzazo; viole empero un caballero de Lorca y le alanceó. Al fin fueron cargando tantos moros sobre los cristianos, que les convino á estos retirarse, yéndoles siguiendo sus enemigos mas de tres leguas por el rio de Almanzora abajo hasta llegar á un lugar llamado Zurgena, junto á Vera, de donde los moros no osaron pasar por miedo del socorro que de esta última villa podia venir á los cristianos; y así tornaron á Cantoria, dejando mas de doscientos de los suyos muertos de arcabuzazos. Los de Lorca se volvieron á la ciudad, alcanzada esta victoria en el dia de San Millan; por lo cual se celebra allí fiesta todavía. Iba por general de esta gente el doctor Huerta Sarmiento, hombre de gran valor, y alcalde mayor de Lorca en aquella sazón: este mismo fué quien despues de la guerra sacó á los moriscos del marquesado de los Velez y de otros lugares.

En dichos dias domingo y lunes entraron en las Alpujarras doscientos soldados valencianos, buenos tiradores, y entre dos lugares llamados Murtas y Turon fueron muertos todos por los moros, que les tomaron las armas y les hicieron muy al caso para la continuacion de la guerra. Dejando ahora estas entradas parciales, que no se contienen en la relacion de Tomás Perez, porque, ó no tuvo noticia de ellas, ó no le hacian al caso, para acabar con la posible brevedad la historia del sitio de Galera, volverémos á tomar el hilo de la susodicha relacion.

De allí á dos dias que salió el muchacho del fuerte de Galera, y dió cuenta de lo que él pudo alcanzar sobre lo que pasaba allí dentro entre la gente de guerra, estando la noche oscura, los centinelas de á caballo puestos hácia la parte de Seron y á la otra orilla del rio, tomaron á un moro, mancebo de unos veinte y dos años, que se habia salido por la mina secreta que hácia aquella parte tenian los moros, y por donde les entraba agua para sus menesteres. Al principio no pudieron ver al moro, ni sentir sus pasos, de modo que ya llevaba andada una milla cuando los centinelas le descubrieron y prendieron, sin que pudiera ponerse en salvo: le llevaron á la tienda de S. A. y habiéndole preguntado de dónde era, dijo que de Castilleja, y que habia estado en Galera desde el principio de su levantamiento. Preguntándole porqué se habia salido del

fuerte , contestó que iba con diligencia en busca de Avenabó para que les acudiese con socorro ; y habiéndole pedido noticia de las cosas de Galera , y sobre el estado en que se hallaba la gente que la defendia , refirió sustancialmente lo mismo que el muchacho habia dicho , aunque mas por estenso , diciendo que los moros andaban confusos y llenos de miedo , desde que sintieron la obra de las nuevas minas , porque esto era lo que les causaba mas espanto ; y así mediaba entre ellos mucha disparidad de pareceres , queriendo los cuatrocientos forasteros que habia dentro del lugar que salieran de allí todos una noche , pues era ya imposible defenderle de tantas baterías como se habian plantado , y mucho mas volviendo á minarlos de nuevo : que cuando no los combatieran con otras armas que las minas , los soterrarían y se hundirían con ellas : que aquel campo no era como el que poco antes habia traído sobre ellos el marqués de Velez , sino que en este estaba un hermano del rey de España con todo su poder , y no se apartaría de allí hasta allanar la tierra y arrasarla , pasando á cuchillo á cuantos allí morasen , sin perdonar á ninguno , porque además de ser aquel lugar el primero que en todo el reino se habia levantado y puesto en defensa , estaría S. A. muy enojado y ofendido por la muerte de tantos y tan buenos soldados , y por las palabras descomedidas que cada dia pronunciaban á gritos desde la muralla contra él , las cuales no le habrían menos indignado : que además de esto no tenían armas para defenderse y con que ofender á los cristianos , siendo ya muy escasas las municiones que les quedaban para las escopetas que habia ; por manera que cuando estas cosas necesarias les venían á faltar , sucedia todo lo contrario á los cristianos , que estando en su propia tierra la recibían cada dia de refresco : que de porfiar en defenderse no sacarían utilidad ni provecho alguno , sino ponerse en la necesidad de quedar allí todos muertos y hechos pedazos , pereciendo como bestias ó gente sin razon ; y que tanto cuanto mas se dilatase la salida , menos comodidad habria para ello , porque los cristianos iban ciñéndolos y apretándolos mas con trincheras á cada momento : que en la actualidad hallándose todos embebidos en la construccion de las minas , muy descuidados , y sin aviso de lo que se trataba , era el tiempo mas oportuno de hacer la salida ; y que en una noche , pues entonces eran largas , amparados de la oscuridad , dándose buena maña y diligencia , podrían caminar cuatro ó cinco leguas , y ponerse en salvo ; fuera de que podría ser les ayudase la gente de su rey Avenabó , y les favoreciera la naturaleza del terreno por ser áspero y lleno de quiebras ; en fin , que las mugeres y gente inútil se podrían echar adelante , quedando detrás los varones y gente mas robusta para hacer frente á los cristianos. Dijo todavía mas este moro , que el capitán llamado Alacre Ozmin , natural de Galera , habia respondido al forastero que propuso lo que va dicho , que todas aquellas razones eran aparentes , ataviadas de una buena composicion de palabras , y faltas de fundamento , porque no era propio de hombres y soldados valientes , de que tanto se habian jactado , hacer aquella locura que él aconsejaba , y que solo merecería la aprobacion de los cobardes , medrosos , y enemigos del trabajo que allí se les presen-

taba : que aun cuando lo que decia viniese á suceder, aunque cosa imposible , como lo pintaba de palabra , ninguna honra se ganaria desamparando la fortaleza que por su rey estaban obligados á guardar y defender hasta la muerte : de la resolucion de rendirla y desampararla que jamás se habia visto tomasen los soldados de honra y provecho, sino los mas infames , viles y pusilánimes , faltos de toda virtud y perseverancia, siempre se procuraba cohonestar con la estrechez á que hubieran llegado los cercados , faltándoles ya todas las cosas mas necesarias , como las del comer y beber ; pero que aun cuando esto sucedia, los soldados valerosos probaban antes todos los remedios humanos que se podian hallar, comiendo animales inmundos , como perros , gatos , asnos , ratones , y hasta los cueros de las rodela, zurrone y adargas, cocidos segun se habia visto muchas veces : mas ellos no habian llegado á tal extremo , porque tenian trigo , cebada , harina , habas , garbanzos , uvas , granadas , higos , pasas , carne salada para muchos dias , y abundancia de agua que no les podria faltar : que en lo que hablaba de escasear las municiones , este era el menor inconveniente de todos , porque aunque fuera mejor tener mucha copia de ellas , con las que habia podian muy bien defenderse y ofender á los cristianos , mayormente teniendo lanzas , picas , arcos , ballestas y piedras , que todas eran armas principales , y en particular la piedra , pues en ella consistia la mayor defensa del lugar , como por esperiencia se habia visto en los asaltos pasados : que ademas de esto tenian una situacion fortísima , en la cual, defendiéndose como varones esforzados , podian esperar el socorro que su rey les habia prometido ; siendo este un remedio mucho mas preferible , que no el que se proponia de echar adelante la gente inútil de niños y mugeres , y que quedasen detrás los hombres robustos , peleando con los enemigos y defendiéndolos ; porque aun cuando esto se pudiera hacer con la facilidad que se decia , era imposible salir bien de aquel trance , teniendo los cristianos mucha gente alerta , y tanta caballería , la cual en sintiéndolos y viéndolos salir fuera , los rodearian y ceñirian por todas partes , sin darles lugar ni reposo hasta hacerlos pedazos á todos : que si alguno llegara á escaparse sería el que encontrase una mata en donde esconderse , y aun no se sabe si podria estar allí mucho tiempo sin que le descubrieran , porque los cristianos son tan aficionados á la presa enemiga , que todo lo buscan y escudriñan , especialmente donde van mugeres , en quienes todos tienen puestos los ojos por la ganancia que de ellas se esperan , y por las joyas que suelen siempre llevar consigo : que suponiendo fuese de noche la salida , Dios sabe el que pelearia é hiciera su deber , porque aun de dia claro , cuando todos tenian abiertos los ojos para mirar la virtud de unos y los méritos de otros , cuantas veces habia peleado con los cristianos durante aquel sitio , no habia dejado de notarse bastante flojedad en algunos , aunque generalmente todos habian hecho lo que podian . Por tanto les rogaba que dejasen aquella vana novedad y nueva industria , que lejos de provecho , tan solamente les prometia mucho perjuicio : que pusiesen toda la esperanza de su libertad en hacer cada uno bien su deber y menear bien las manos , no en la infame fuga

que tenían pensada : que nadie hablase de desamparar la tierra ni rendirla, porque el que tratara de ello seria castigado como merecia ; pues defendiéndola ella misma, les serviria de escudo para salvarse y vencer á los cristianos, ó de sepultura siendo vencidos y muriendo como varones. Añadió el moro, que los cuatrocientos forasteros insistiendo en su propósito de salirse fuera del lugar, disputaron mucho con Ozmin y los demas del pais, habiendo el caso llegado á términos de querer batirse unos con otros; y que aunque por entonces el altercado estuviera concluido, andaban todos desabridos y mal contentos unos de otros, teniéndose entendido que el mayor número se inclinaba á la fuga, por el gran miedo que habian cobrado á las minas.

Preguntósele tambien al moro si los de Galera hacian contraminas ó algunos reparos contra los que los minaban; y respondió que no, porque no habian atinado á hacerlo; y así era á la verdad, pues como gente bárbara, sin práctica ni prudencia, nunca se pertrecharon de lo necesario para defenderse, como lo hubiera hecho otra gente mas esperta, y sirviera de no poca utilidad para detener allí al ejército muchos mas dias de los que estuvo acampado; mediante lo cual, y por la inclemencia de la estacion, el sitio hubiera tenido diferente éxito.

La relacion de este moro, siendo conforme á la que el muchacho habia dado antes, circuló por todo el campo con no poco regocijo, porque de los asaltos pasados quedaron los soldados tan tibios y descontentos, que se echaba bien de ver la desconfianza que tenian de ganar la fortaleza; pues ademas de parecerles que los enemigos se defendian esforzadamente y que trabajarían en la espugnacion, habian concebido un temor vano, procedente del rumor que algunos esparcieron torpemente, diciendo que las calles de Galera estaban todas minadas y atrincheradas con reparos fuertísimos; de suerte que despues que se la hubiese entrado habria mayor peligro que en el asalto, porque viendo los enemigos que no podian sustentar los reparos hechos, irían dejándolos poco á poco para retirarse á otros, y volando finalmente sus minas, dejarían enterados á todos cuantos estuviesen peleando. Todo ello era presuncion y mera vanidad, como se demostró despues, porque á los moros ni les pasó tal designio por el pensamiento, ni tuvieron ingenio para hacer minas, contraminas, traveses, defensas, ó cualquier otro de los reparos que emprende la gente práctica en la guerra. Enterado de todo lo susodicho el señor don Juan, y del intento que tenian los moros de salirse fuera, con el deseo de estorbarles la fuga en cualquier evento, mandó que reforzasen las guardias de las trincheras, y que por la parte del rio se metiesen seis compañías mas de las que habia, por la presuncion de que por allí procurarían su salida, segun lo que habia dicho el muchacho de ser la mas cómoda que tenian para el caso. Mandó tambien el señor don Juan que por aquella llanura anduviese una buena partida de caballería, y fijó un cuerpo de guardia, estando siempre listo y sobre las armas para acudir adonde fuese menester : otros se pusieron por otras partes con las mismas prevenciones de cuidado y vigilancia.

En este dia por la noche mandó S. A. que don García Manrique, cabo

de la caballería, saliera con doscientos caballos, tomando la vuelta de Seron, y el valle de Purchena, distante de allí unas seis leguas hácia el mediodía, para tomar lengua del designio que tenia el enemigo por allá, y descubrir si á los cercados les venia algun socorro; pero al ponerse el sol del martes siguiente se volvió sin traer noticia ninguna, porque siendo descubierto tocaron al arma en todos los lugares de aquella parte, y se pusieron en defensa, recogiendo su gente y sus ganados.

A eso de las diez de la noche del mismo martes se tocó al arma por las centinelas de las trincheras de las heras, porque hubo indicios de que los enemigos querian echarse fuera del pueblo por aquella parte. Todo el campo distribuido en tres escuadrones aguardó el caso hasta mas de las doce; pero habiéndose reconocido que no habia novedad, cesó la inquietud, y la tropa se restituyó á sus alojamientos. Súpose despues que en efecto los del pueblo habian intentado salir, y como vieron que los habian sentido, dejaron de hacerlo.

A la misma hora de la noche del miércoles siguiente, dia primero de febrero, hubo un suceso muy semejante al de la pasada; pero el jueves por la mañana los centinelas de á caballo trajeron presos á dos de cuatro moros que habian salido del pueblo la noche anterior cuando se tocó al arma. Examinados estos refirieron sustancialmente lo mismo que habian dicho antes el muchacho y el otro moro; pero asegurando ademas, que en aquella noche ó la siguiente á mas tardar saldrian los que estaban dentro del pueblo, porque así lo tenian tratado.

En estos dias se continuaba la obra de las minas, y los moros iban reparando el daño que les hicieron las pasadas, y el que les hacia diariamente la artillería, aunque este era poco, como antes se ha dicho; pero el jueves á las once de la noche se arrojaron por la batería de la popa hasta cincuenta moros, y cerraron con la gente que trabajaba en las minas, disparando algunos arcabuzazos, y tirando multitud de piedras con tanto denuedo y agilidad, que antes de dar tiempo á los nuestros para tomar las armas y ponerse en defensa, llegaron á las bocas de las mismas minas. Francisco de Molina, á cuyo cargo estaba la construccion de ellas, luego que sintió el ruido y la gritería que por la mina adentro iban metiendo algunos gastadores que huian de las pedradas y arcabuzazos de los moros, puso mano á la espada, por no tener allí otras armas, y envolviendo el brazo en la capa salió á reconocer lo que era. Llegó, pues, á la boca de la mina y halló que los moros entraban ya por ella; y acometiéndolos á cuchilladas logró echarlos fuera. Como era tan grande la vocería de unos y otros, luego se tocó arma en las trincheras, y acudió toda la gente del campo que estaba en ellas; lo cual visto por los enemigos tocaron á recogerse, muy contentos de lo que habian hecho, aunque no salieron con su intento: hirieron á cuatro soldados, y dejaron á Francisco de Molina muy lastimado de las pedradas.

Por órden del señor don Juan salieron el viernes algunos de á caballo, tomando la vuelta de Seron con el mismo fin que la vez pasada; pero todo lo que hicieron se redujó á que los de vanguardia habiendo encontrado tres ó cuatro moros con sus bagages, que iban hácia Cullar, deja-

ran escaparse á dos con las cargas, porque estaba muy oscura la noche, y á los otros dos que quedaron los alancearan, por no haber querido rendirse ni darse presos.

La fagina de nuestras trincheras era toda de atocha, por no haber en todo aquel territorio otra cosa de que hacerse, y porque pareció que era suficiente para el reparo de la tropa, pues los enemigos no tenían artillería con que ofenderla; y considerando los moros que estando tan cerca las trincheras, pues la de la popa especialmente la tenían á menos de veinte y cinco pasos de distancia, les seria fácil y poco arriesgado ponerlas fuego, concertaron hacerlo así en este día durante la noche. Aguardaron á que dieran las doce, y bajando por esta batería dos solos á la sorda con alpargates bañados de aceite, y con muchos cabos de cuerda, breados de resina y pez encendidos, llegaron sin que los sintiesen á las trincheras, y las prendieron fuego; con lo cual ardieron al instante levantando grande llamarada, porque el atocha que estaba muy seca se arrebató facilísimamente. Los cristianos luego que vieron andar por sus trincheras al furioso Vulcano tocaron arma, y en seguida todos los soldados que estaban en ellas de guardia acudieron á apagarle, aunque no se pudo hacer con tanta prontitud y facilidad que dejara de quemarse mucha parte. Los moros que bajaron á poner el fuego se retiraron á su puesto, y desde la muralla hirieron á algunos soldados de los que andaban por allí, aunque pocos.

El sábado por la mañana los centinelas de á caballo trajeron á un moro que habian cogido cerca del campo, el cual iba á meterse en el lugar, cargado de pólvora, plomo y cuerda; y puesto á la prueba de tormento confesó, que él y otros seis compañeros habian salido á buscar municiones para la arcabucería, y que todos venian determinados á introducir las en el pueblo, porque hacian mucha falta, y al mismo tiempo decir á los sitiados que se mantuviesen firmes y se defendieran con buen ánimo, que pronto les vendria socorro.

Al siguiente día domingo los mismos centinelas de caballería prendieron á otro de los seis susodichos, el cual dió su declaracion muy conforme con la del primero. Se ha querido decir que estos moros eran enviados por el Habaquí, general del campo de Avenabó, á cuyo cargo estaban el rio de Almería, Filabrés, Almanzora, Cenete, Guadix, Seron y otros lugares de las Alpujarras.

El lunes, día seis de febrero, por la noche, se acabaron de cerrar las minas, sin ocurrir especial novedad durante los tres días anteriores, sino el que cada noche se tocaba á arma, con lo cual se desvelaba á S. A. y se tenia en pié gran parte de ellas á los tercios divididos en escuadrones. Se presumió con fundamento que el sábado y domingo habian estado los moros muy determinados á salirse del pueblo, y que no lo hicieron por haber sentido los toques de arma que se daban en el campo: su fuga era imposible, porque no habia paso que no estuviese tomado, y así acertaron en mantenerse quietos. En este día el señor don Juan envió una banda de caballería hácia Purchena para obtener noticia de los enemigos, recelando el socorro que aguardaban los sitiados, porque ya estaba acor-

dado que el día siguiente se diese el asalto á la poblacion. Esta banda de caballería no produjo efecto, y se volvió al campo el martes cuando ya estaba dado el asalto y tomado el lugar.

Teniendo entendido el señor don Juan que estaban ya las minas cerradas y en disposicion de poderlas volar cuando se quisiese; pareciéndole que con lo que la artillería habia hecho durante los últimos días, despues de las quiebras que las murallas y defensas de los enemigos sufrieron antes, y con las mellas y estragos que causarian las minas nuevas, ya se podria asaltar á la poblacion y ganarla con el favor de Dios, tomó las disposiciones convenientes para este trance. Pero conociendo que por el desórden y la falta de disciplina de su gente de guerra, en lo cual no se atribuía pequeña parte de culpa á algunos capitanes, se habia dejado de ganar el lugar cuando se le dió el asalto anterior, despues que consideró, con la detencion y juicio claro que en aquel caso se requería, todo lo que debia hacerse para el feliz éxito de la empresa, mandó juntar en su tienda á las dos de la tarde á los maeses de campo, y demas gefes y capitanes del ejército; y estando reunidos salió en cuerpo S. A. de su aposento, con un baston en la mano, mostrando en su persona y grave semblante el mismo aspecto de su padre Carlos V, de fama eterna. Luego que dejó á todos contentos de su vista, les dirigió con gravedad y compostura las siguientes palabras:

Exhortacion del señor don Juan á los maeses de campo y capitanes de su ejército.

« Valerosos capitanes y maeses de campo que por vuestras hazañas y altos hechos gozaréis de inmortal fama, la cual no podrán oscurecer el tiempo ni la envidia; ahora ha llegado el caso de que alcanceis mayor reputacion volviendo por España y por su honra, para que no quede mancillada por la infamia de los moros rebeldes, que sin temor ni respeto alguno se han opuesto al rey, mostrándose sus enemigos con armas, haciendo grandes daños en sus pueblos, y cometiendo sacrilegios escandalosos en desprecio de nuestra santa religion. España y la religion santa que profesamos piden justa venganza contra tamaños escesos; y así siendo vosotros firmes columnas de este esclarecido suelo, haced vuestro deber, vengando vuestras injurias. Muera ese bando de Mahoma, ardan sus casas, allánense por tierra los muros de sus pueblos y los cimientos de sus torres, viértase y riegue el suelo la sangre mora, pásese á cuhillo toda esa vil canalla, ningun sexo perdone el duro acero, ni la edad tierna se reserve de la guadaña de la muerte, alcanzando furibunda á todas partes, no quede decrepito, ni tierno infante que aplique el labio con dulzura al pecho materno, que se eximan de tan riguroso destino. Habida esta memorable victoria, yo empeño mi palabra, como hijo del ínclito Carlos, de interceder con el rey para que tenga cuenta de todos aquellos que en este caso se distinguan ostentando su gran valor, y les obtendré mercedes para que en adelante abunden en bienes de fortuna,

quedando sus buenos servicios bien remunerados : ademas les ofrezco de mi parte una amistad eterna é inviolable, que el tiempo no alterará. Mas al que mañana en el asalto no hiciere su deber, se le dará el castigo correspondiente á su infamia , y será tratado como merece quien se muestra cobarde en semejantes casos.» Así habló el gallardo príncipe, y dió á todos licencia para retirarse. Hiciéronlo con mucho contento los circunstantes, dando firme palabra á S. A. de hacer cuanto estuviera de su parte en aquel trance, y en seguida pasó cada uno á su alojamiento á anunciar á sus soldados que el dia siguiente se daría el asalto general, contando con que todos se portarian como varones esforzados.

Breve noticia de la planta y asiento de las baterías , para la mejor inteligencia del asalto.

Las baterías que se plantaron delante de Galera , como ya hemos dicho, eran tres : la una estaba á la parte de las heras por donde el tercio de Nápoles habia arremetido dos veces á la poblacion ; la otra estaba por la parte de la popa, en cuyo punto se abrieron de nuevo las dos minas ; y la otra por la parte donde últimamente se habian plantado cuatro piezas de las de don Juan Manrique , que batian al pueblo por la parte del jaloque levante. Bajo de esta consideracion se dió la órden del asalto en esta forma :

Señaláronse tres compañías de las del tercio de Nápoles para que arremetiesen por la batería de las heras, como siempre habian hecho, y que estaba por frente de su alojamiento y trincheras ; que atras tres compañías del tercio de don Lope hiciesen lo propio por aquella parte que caia entre levante y mediodía, y que dijimos jaloque, en donde se habian plantado las cuatro piezas de don Juan Manrique, que por el reconocimiento de lo que habian batido se entendió que harian mucho efecto para la batería de la popa , estando puesta en ella la esperanza de ganar el lugar. Se diputaron cuatro compañías del tercio de don Antonio Moreno, mandándolas que arremetiesen tambien por aquella parte, mezclándose con ellas todos los capitanes, alféreces, soldados, caballeros aventureros y cortesanos que quisiesen hacerlo, dándoles á entender que aquella era la voluntad de S. A., y que se serviría de ello para que peleasen todos, y ninguno se escusase con decir que estaba de guardia cerca de su real persona, cómo lo habian hecho durante el asalto pasado, permitiendo ir solos á los soldados de las banderas, y siendo causa tal vez por su negligencia de que el lugar no se ganase aquel dia : así, sabida la intencion del príncipe, y viendo que no se podia presentar causa justa ni demostracion aparente para rehusar el cumplimiento de la órden que se les daba, no quedó uno que no se alistase para el asalto, siendo entre todos mas de doscientos y cincuenta. A este tercio de Antonio Moreno le llamaban comunmente en el campo *el señor don Juan*, porque S. A., toda su familia y corte estaban alojados en el sitio que ocupaba él, y porque de el mismo se sacaban las compañías que hacian la guardia al príncipe.

Ademas de esto se mandó que de todas las compañías que quedaban del propio tercio se sacasen los capitanes y cabos, por ser gente mas lucida y gallarda, para juntarse con la compañía del capitan don Gabriel de Montalbo, vecino de Granada, y que arremetiesen con las otras cuatro compañías; de manera que serian unos mil hombres los señalados para asaltar por la batería de la popa, sin contar con los que ya se han dicho, y que debieran tambien hacerlo por los otros puntos, pues aunque no hubiera entera confianza de que se hiciese por ellos mucho efecto, todavía se conseguia gran ventaja en divertir la atencion de los enemigos, acometiéndolos por distintas partes mientras estuvieran ocupados en defender la de la popa, y los nuestros pudiesen con mas comodidad ofenderlos y entrar en la poblacion.

Ordenóse tambien que algunas otras compañías de los tercios estuviesen á retaguardia de las señaladas para socorrerlas siendo necesario, y que las demas con el resto del ejército se quedasen de guardia del acampamento, avisando que á las seis de la mañana del dia siguiente todos estuviesen á punto en los puestos que se habian designado. El acuerdo que se tuvo acerca del modo de dar el asalto, fué el siguiente:

Que á las seis de la mañana se diera fuego á las minas, y en el instante de reventar, toda la artillería plantada en las partes susodichas disparase y prosiguiese obrando con mucha furia y diligencia hasta las siete; que entonces se reconociesen las baterías por soldados de confianza experimentados, y que hallándolas en disposicion de ofrecer comodidad para poderse entrar, volveria la artillería á jugar otra hora de la misma manera que antes habia hecho, y en aquel estado arremetiese nuestra gente de improviso, mezclada con el humo y estruendo de los cañones, y el polvo de las baterías, teniendo por señal para hacerlo, que de cada una de las plataformas se dispararía una sola pieza, haciendo en seguida una descarga general.

Pero que si reconocidas las baterías no pareciese por entonces conveniente que se diera el asalto, se dilatase hasta tanto que los reparos y traveses que lo dificultaban se hubiesen allanado, y quedaran las baterías con bastante disposicion para arremeter por ellas los soldados, con menos riesgo y mayor ventaja: bien entendido que si fuese necesario, se dejase por aquel dia el asalto, y todo el tiempo conveniente para darle un buen éxito. En cuanto al modo de pegar fuego á las minas hubo diversos pareceres, porque algunos soldados y personas inteligentes pensaban que á cada una de ellas se le hiciese un caño de pólvora, el cual desde su fogon viniese á juntarse con el otro á igual distancia, y que juntos así se les diera fuego para que á un mismo tiempo rompiesen las dos minas; sospechándose que si se hacia de otra manera poniendo fuego á cada una de por sí, aunque quisiera hacerse con mucha diligencia, no seria posible dejar salir la una primero que la otra; lo cual seria causa de que el movimiento que hiciese la primera, por estar tan juntas las dos, viniese á cegar el cebadero de la otra, de manera que con esto impidiese su efecto. Otros fueron de parecer que debia hacerse de esta suerte: tomárase un cabo de cuerda no largo, y se partiese por medio,

que cada pedazo se atacase á su mina, para que los dos fueran quemándose igualmente, y á un mismo tiempo llegase el fuego de los cabos á los fogones de las minas, pues de esta suerte reventarian á una las dos, y se quitaria la sospecha de que el efecto de una perjudicase á la otra. Habiéndose conferido y platicado sobre el particular, se acordó que la última opinion era la mejor y mas acertada.

El martes siguiente, siete de febrero y dia de Carnestolendas, á la hora designada, el señor don Juan se adornó de unas ricas y lucidas armas, con peto y espaldar blancos, y siete listones de oro, en que brillaban esquisitas grabaduras y trofeos; el relumbrante y fortísimo morrion adornado de un penacho bello y elegante, sentado sobre una rica medalla de la imágen de Nuestra Señora de la Concepcion, hizo muestra de su persona á la puerta de su tienda; y habiéndole visto los maeses de campo, gefes y capitanes del ejército, así como tambien todos los cortesanos, caballeros y soldados aventureros, hicieron lo mismo al punto tomando el trage de guerra, y armándose cada uno con lo que tenia. Igualmente se arreó lo mejor que pudo toda la caballería, y era cosa digna de ver la elegancia y hermosura de un ejército tan lucido y gallardo. Estando ya todos listos y colocados en los puestos que se habian señalado, mandó el señor don Juan pegar fuego á los dos cabos de cuerda puestos á los fogones de las minas, lo cual se ejecutó inmediatamente; y habiendo pasado cerca de medio cuarto de hora en irse quemando, todo el campo aguardaba ver el efecto con tanto silencio y suspension, como si allí no hubiera gente ninguna. Al fin el cabo de cuerda de la mina de la mano siniestra se quemó antes que el otro, llegando el fuego al fogon donde estaba puesta la pólvora del cebador, y al punto rompió la furiosa mina con grande estampido, levantando un buen pedazo de la peña, gran parte de lienzo de la muralla y un trozo del castillo; de manera que fué muy razonable el efecto producido. Aunque al principio el terrible estruendo y movimiento grande que causó la mina al reventar, hizo creer que las dos habian salido, luego que se apaciguó el polvo y la humareda, se echó de ver que no era así, sino que habia disparado una sola de las dos, atribuyéndose el no salir la otra á muchas causas, y siendo la principal no haber dado fuego por los dos cañones á un mismo tiempo. Causó esta contrariedad mucha confusion y desabrimiento en todo el campo, sin embargo de que podria sacarse bastante provecho del estrago causado por la mina que rompió con felicidad. Pero todavía por la disposicion del terreno quedaba muy fuerte y de difícil espugnacion el lugar, de tal modo que con cualquier defensa que hicieran los moros, aunque no fuera mucha, hubieran podido defenderse é impedir que fuera entrado, no siendo á costa de un copioso derramamiento de sangre.

El señor don Juan, aunque recibió alguna pesadumbre de que no saliese la otra mina, mandó que como estaba acordado jugase toda la artillería de las plataformas, y que los soldados estuviesen apercebidos para acometer, pues no queria que se perdiese la ocasion de ganar el lugar, respecto á que pensaba se le entraria fácilmente por las bocas que

la mina habia abierto, y la artillería obraba de presente, que era mucho. Miraba S. A. como vergonzoso para un campo de tanta pujanza la dilacion que ponía en el éxito de aquella jornada, y le parecia que siguiendo con la misma flojedad, podrian resultar graves inconvenientes, porque los moros de Galera tomarian mas ánimo que hasta allí, y seguirian su ejemplo tanto los de la Alpujarra, como los de los rios de Almanzora y Almería. Por lo cual considerando que no hacia falta á su propósito el efecto de la mina fallida, dijo á los maeses de campo y á los demas capitanes con palabras que volaban lo siguiente:

« Ea, valerosos capitanes y fuertes soldados, ya ha llegado el tiempo de la victoria; y para alcanzarla la misma poblacion nos manifiesta que basta ya lo hecho, y no tenemos necesidad del esperado efecto de la otra mina; porque cuando hubiera la tal necesidad, Dios en cuyo servicio estamos la hiciera salir. Así no se haga cuenta de ella, sino arremetamos con esfuerzo y ánimo valeroso, seguros del buen éxito.» Diciendo estas y otras semejantes razones, como ínclito capitán recorrió todas las filas de los soldados animándolos, y proveyendo y ordenando lo que para el caso era necesario.

Los moros escarmentados del daño que les causó la primera mina, pues mató á mas de cincuenta hombres que cogió descuidados en el cuerpo de guardia, fueron ahora mas advertidos, porque habiendo congeturado por las disposiciones de la noche pasada y del dia presente, que las minas nuevas iban á volar, y darles en seguida el asalto, procuraron apartarse del sitio en que habian sentido trabajar por debajo, dejando solamente algunas centinelas en parte conveniente y segura de la muralla, para que desde allí avisasen de lo que en el campo pasara y tocasen á armas, siendo necesario que acudiese el cuerpo de guardia que tenian en la plaza. Luego que vieron que ya la mina habia reventado, mandaron subir á cuarenta ó mas soldados á la parte del castillo que habia quedado en pié para reconocer el estrago hecho y acudir á lo demas que la necesidad demandase: asimismo principiaron á reparar el portillo abierto, aprovechándose para el caso de los colchones y lana suelta, tierra, piedra, maderos y demas materiales que podian servir para la fortificacion, mientras les daba lugar la artillería, que no cesaba de batirlos. Entretanto no holgaban los demas vecinos de la villa que fueron haciendo trincheras y traveses por las calles, de modo que apenas se podia pasar por ellas; el cual trabajo, ayudado de la disposicion del terreno, podia servirles de harta utilidad y amparo en aquel trance en que estaban. Asimismo distribuyeron ochenta ó noventa hombres por toda la batería hecha para su defensa, proveyéndoles de muchas piedras, que eran las armas en que ellos mas confiaban; y no sin razon, porque con las piedras se defendieron en el asalto pasado: sin esto iban haciendo otros reparos y prevenciones que les parecian convenientes, ó que exigia la necesidad en aquella ocasion.

S. A. aunque al tiempo de reventar la una mina mostró dársele poco de que la otra no hubiera salido, con todo eso no dejó de sentirlo, porque contaba con lo que habria obrado, que junto con lo que la artillería

fuera arrasando, quedara mas fácil la entrada del lugar, y porque le parecia que en el estado actual, ya que se entrase seria á costa de mucha sangre, porque la tierra que se habia de ganar se mantenia aun bastante fuerte. S. A. quisiera que la jornada se hiciese á la menor costa posible de gente, porque amaba mucho á sus soldados, y así considerando que si la mina que quedaba por salir saliera como la otra, no dejaran entre las dos de hacer escarpe con lo que cayera por su impulso y movimiento, proporcionando á su gente con menos riesgo el alcance de la victoria, sin dejar por eso el negocio de la mano, ni de encomendar á la fortuna el éxito de la empresa en el estado que tenia la plaza: así juntó á su consejo y en él se acordó que fueran algunos á reconocer el caño de la mina entera: que si por acaso el movimiento de la otra mina no le hubiese cegado el fogon, procurasen de alumbrarle cebándole de nuevo con pólvora, y la hiciesen volar como mejor se pudiese: que entretanto se practicaba esta diligencia, la artillería prosiguiese batiendo la tierra sin cesar un punto. Tomada esta resolucion se mandó que el ingeniero con algunos soldados y personas particulares fuesen á hacer el reconocimiento, los cuales, llegando á la boca de la mina, y habiendo alumbrado y descubierto el cañon, le hallaron limpio; de manera que con facilidad podia luego aplicarse el fuego y volar la mina. Hízose saber esto al señor don Juan, que recibió gran contento de la noticia, y mandó que al instante se la pusiese fuego, como se hizo. La mina entonces salió con facilidad del mismo modo que la primera, volando con un gran trozo de la otra peña, otra parte del lienzo de la muralla, y todo lo que restaba por arrasar del castillo; pero se hizo la abertura de tal manera, que causaba otra dificultad mayor que las pasadas, lo cual desalentó estraordinariamente los ánimos de todos, dándoles á entender, que de ningun modo seria posible ganar el lugar y entrarle en este dia. El movimiento de esta mina fué tan grande, que escedió muchísimo al de las pasadas, porque el hueco y hondura de ella penetraba hasta quince pasos mas adelante que las otras, y por aquella parte la batería de la peña debia de ser mas fuerte que ninguna de las que se habian volado; y así como halló mayor resistencia la pólvora, hizo mayor ímpetu, y abrió de tal suerte todo lo que levantó, que aunque quedó derribado lo que quedaba del castillo y mucha parte de la muralla, la peña se hendió de arriba abajo, quedando recta y mas fuerte que estaba de antes, pareciendo ser el lienzo de una robusta muralla, hecho por industria para la defensa del lugar; y no solamente la parte de la muralla y castillo que esta mina habia volado quedó de la manera que va dicho fortificada, sino que tambien vino á fortificar lo demas, inutilizando lo que habia batido la artillería y lo que rompió la otra mina, pareciendo imposible de ganar el pueblo en el estado que dejó la entrada. No causó esto pequeña confusion y desconfianza en el campo, discurriendo todos que la batería habia quedado mas fuerte, como en efecto lo estaba, que al darse el asalto pasado; y así blasfemaban de las minas y del inventor de ellas, pareciéndoles que solo se habian fabricado para perjuicio de los ejércitos, y no para alcanzar de ellas alguna utilidad ó provecho.

Habiendo reconocido los moros que en este día se les quería dar otro asalto, y que primeramente se volarian las minas fabricadas, estaban metidos dentro del lugar en parte segura, para volver despues de la esplosion á sus puestos y defender su batería con seguridad. Pero viendo que ya habia reventado la primera mina, y pensando que no quedaba mas, guiados por la regla del asalto anterior, se volvieron á la muralla, guarneciéndola con mas de cien soldados; y así cuando estalló la segunda mina cogiéndolos desprevenidos, voló é hizo pedazos á mas de cincuenta de ellos. Causó tal espanto á los que quedaban aquel fracaso, que ya sin guardar órden, dejar puestas centinelas, ni mirar por lo que convenia á su defensa, remedio y salvacion, pensando que estaba minado todo el lugar, y que en ninguna parte podrian estar seguros, se retiraron con mucha turbacion á la parte de la proa que les parecia estar mas guardada y segura: juntamente se fueron con ellos cuantas personas habia por las calles y quedaban en las casas desde la popa hasta la mitad del lugar; de manera que la batería quedó desamparada, sin haber en ella ni en todo el lienzo de la muralla persona alguna que la guardase ni defendiese; accion bestial, y digna al fin de la torpeza de aquellas gentes. En esta sazón Dios nuestro Señor, por su bondad infinita, hizo fácil y llano lo que los nuestros tenian por muy dificultoso y casi imposible, que era entrar al pueblo sin grandísimo daño y derramamiento de sangre; pero enfin quiso Dios, teniendo cuidado de los suyos, que aquella tierra se ganase sin el peligro y estragos que se esperaban. Estando, pues, la batería abandonada y derribada la muralla, sin guardia ni centinela alguna de los moros que pudiese dar aviso del mal que les podria venir, por una feliz casualidad un soldado vizcaino, ayudante de la artillería, llamado Lasarte, deseoso de distinguirse en el cumplimiento de su deber, se habia quedado escondido al pié de la cuesta junto á la muralla en unos peñascos que la mina habia derribado, y viendo que por allí no parecia moro ni persona alguna que defendiese la batería, comenzó á subir por la cuesta arriba con la espada en la mano, una rodela y un fuerte morrion en la cabeza, y no hallando resistencia ni impedimento, pasó tan adelante, que llegó á un torreoncillo en que estaba plantada una bandera, la tomó, y se volvió con ella por la batería abajo hasta que llegó á nuestras trincheras. Visto esto por otros soldados, que serian de veinte á veinte y cinco, y que del mismo modo que aquel se habian quedado escondidos entre los peñascos, habiéndose salido de entre las trincheras y puestos al pié de la cuesta, comenzaron á subirla, estando mirando el campo todo, tanto lo que Lasarte habia hecho, como lo que estos iban haciendo, y que desde la muralla no se les hacia resistencia, ni habia hombre que les defendiese la subida. En fin, estos adelantaron tanto, que se pusieron sobre la muralla, ocuparon el sitio del rebellin y castillo, y viéndose encima, con la batería ganada, y el lugar entrado casi sin pensarlo, como cosa de sueño, comenzaron á dar grandísimas voces diciendo: *Arriba, arriba; adentro, adentro; España, España; victoria.* A este tiempo iba ya subiendo por la cuesta arriba con mucha diligencia otro buen golpe de soldados, que se habian arrojado de las

trincheras para ir á ayudar á los amigos, y hacer otro tanto como ellos, si fuese menester.

Luego que los moros oyeron la gritería que los nuestros levantaban sobre la muralla, reconociendo la falta que habian cometido en dejar abandonadas la batería y las roturas del muro, asegurados ya de que no habia mas minas que volar, pues que andaban por allí los cristianos con plena seguridad, acudieron presurosamente y comenzaron á pelear con ellos disparando una gran carga de arcabucería, y arrojando al mismo tiempo con violencia mucha cantidad de piedras, que eran las armas con que mas dañaban, por ser muy certeros y diestrísimos tiradores de ellas. Con esto vinieron á juntarse y herirse unos á otros con las espadas, chuzos, picas, y otras armas enhastadas que tenian los nuestros. Estos recibieron la carga que les dieron los moros, y aunque sufrieron grande estrago, no por eso dejaron de disparar una buena rociada de arcabucería, ni perdieron un palmo del terreno ganado, trabándose una cruelísima batalla entre ambos partidos.

Los soldados que estaban abajo formados en escuadron aguardando la órden del asalto para acometer, viendo que los primeros que habian subido estaban ya peleando dentro del lugar, y le tenian ganado, y que otros muchos soldados subian á gran priesa por la cuesta arriba, comenzaron á inquietarse, y se desbandaron tras de ellos en tropel por hallarse en la accion. Los capitanes, alféreces, sargentos y otros caballeros particulares, á quienes el señor don Juan habia encargado formalmente la observancia de las órdenes que tenia dadas, y que sin ella nadie tuviera la imprudencia de acometer, como se habia hecho en el asalto pasado, se apresuraron á detener á los soldados; y como viesen que nada alcanzaban con las exhortaciones de palabra, desnudaron las espadas y principiaron á castigarlos repartiendo cuchilladas; pero ni lo uno ni lo otro fué bastante para detenerlos, ni hacerles mudar de propósito, diciendo á voces que querian dar favor á los amigos, que ganado ya el lugar estaban dentro peleando; y que siendo muchos los moros, los matarian á todos, si no acudian pronto á socorrerlos. En esto un caballero de Murcia, llamado Salvador Navarro, capitan reformado de caballería desde que el marqués de Velez habia dejado aquel cerco, dijo á los capitanes que detenian á los soldados: « Señores: ahora no es tiempo de dejar la ocasion del copete, ni de impedir que los soldados consigan la victoria que tienen de su parte, habiendo ya ganado la fortaleza al enemigo. Advertid que si ahora se pierde el lance, podrá ser muy dificultoso recobrar lo ganado; y así sigamos todos la victoria que Dios nos quiere dar, y de la que poco ha teníamos tan remota esperanza. » Diciendo esto, él con los demas soldados rompieron en tropel por medio de todos los que lo estorbaban, y principiaron á subir por la cuesta arriba. Algunos de estos capitanes y caballeros que intentaban detener á los soldados, viendo que ya no les era posible alcanzarlo, y sintiendo dentro del pueblo la vocería y el grande estrépito de las armas, faltando tambien á la órden que se les tenia dada, se fueron con ellos, no menos codiciosos de tomar parte en la accion.

Otros gefes y capitanes que se quedaron, bien contra su gusto, temiendo la indignacion del señor don Juan, mostraban en su semblante que no habia estado en su mano contener aquel desorden de los soldados. S. A. habiendo visto el grande efecto que las dos minas habian hecho, pero pareciéndole que la batería quedaba, como se ha dicho, muy difícil de acometer, tenia mandado que la artillería jugase sobre ella sin parar un punto hasta que hubiese oido misa, durante el cual tiempo la gente del campo se mantuviese pronta para arremeter, pero sin hacer movimiento alguno hasta que se le diese la orden. Y estando todavía S. A. oyendo lo misa en una capilla pequeña que por allí se le habia hecho, sintió que la artillería no disparaba; y por otra parte percibiendo el ruido de los arcabuces, y la gritería que levantaban los nuestros con los enemigos, preguntó muy alterado qué era aquello: á esta sazón llegando por allí Lasarte con la bandera que habia cogido y algunos soldados que le acompañaban, se respondió al príncipe que un soldado habia ganado la bandera que tenian los enemigos en el torreón de la muralla, y venia á echarla á sus piés; lo cual visto por otros soldados habia dado motivo á que arremetieran sin orden de sus gefes, pero que felizmente habian ganado la batería y entrado en el pueblo, donde estaban peleando con los enemigos. Oyendo esto S. A. con mucha turbacion dejó la misa en el estado que estaba, y saliendo de la capilla encontró á Lasarte que traia la bandera, é hincando la rodilla en el suelo, dijo á S. A.: «Vuestra alteza se sirva de mí y de esta bandera que saqué del fuerte de los enemigos: por mi causa han entrado en el pueblo muchos soldados, y le van ganando de todo punto: mandad, señor, que se los socorra á toda priesa para que se consiga la victoria.» — «Os habeis portado como buen soldado, respondió S. A., y no es poco lo que habeis ganado con lo que habeis hecho.» Tomó en seguida la bandera de la mano de Lasarte, se la dió á un page para que se la guardase, y pasando adelante con ligereza llegó á las trincheras, en donde vió que el pueblo estaba ya en el estado que se ha dicho. Considerando, pues, que el suceso venia de la mano de Dios, mas que de providencia humana, recibiendo en su ánimo gran consuelo, y aprovechándose de la ocasion, pasó adelante de las trincheras exhortando á los soldados, y llegando personalmente casi hasta el pié de la cuesta á la sazón en que los moros peleaban como desesperados con los nuestros. Todos los soldados que estaban de la parte donde se hallaba el señor don Juan, viendo que su general supremo pasaba tan adelante y los animaba, arremetieron todos de tropel sin quedar ninguno, salvo la caballería, que por necesidad tenia que guardar sus puestos para que no pudieran escaparse los moros, habiéndoselo así mandado S. A. Pero hubo muchos que dejaron los caballos á sus criados por hallarse en la accion, como lo habian hecho Salvador Navarro y otros amigos suyos de la ciudad de Murcia, los cuales juntamente con los de Lorca mostraron en este dia su gran valor y esfuerzo, así como lo habian hecho siempre en cuantas ocasiones se ofrecieron. Con todo eso los moros, enojados de sí mismos, y culpando su grande ignorancia, peleaban como gente aburrida, con tanta rabia y

furor, que los nuestros tuvieron necesidad de volverse atrás, perdiendo lo que habian granado, porque sobre el ímpetu de los enemigos llovía sobre ellos desde los terrados tanta multitud de piedras, que no les daban lugar para cargar y descargar los arcabuces, ó poderse valer de las espadas. Hasta las mugeres entraban en la batalla como los varones, distinguiéndose siempre la celebrada Zarzamodonia, de quien ya hablamos mas arriba, que armada de un estoque y una rodela hacia en los cristianos tanto daño que espantaba; de modo que fué preciso que un soldado se aprovechase de un momento favorable en que no le veia para poderla disparar un arcabuzazo, del cual murió la mora valerosa, dejando ejemplo y mucha fama de su esfuerzo: hubo otras muchas moras que por el mismo estilo se señalaron en aquel dia, y murieron peleando varonilmente.

En este tiempo los del tercio de Nápoles que debian acometer por la parte de las heras á la batería que tenian enfrente, y asimismo los que habian de hacerlo por la que estaba entre levante y mediodia, oyendo el ruido que pasaba dentro del lugar, y los gritos de victoria que resonaron por todo el campo, sin aguardar ya la órden competente acometieron con furia por sus respectivas baterías, y entraron tambien dentro del lugar. Los primeros que entraron por esta parte de las heras fueron tres capitanes de Murcia: el primero llamado don Pedro Zambrana, el segundo don Luis Carrillo, y este al entrar fué herido en la cara de un arcabuzazo que le pasó las dos mejillas, aunque no por eso dejó de entrar por la batería con grande ánimo; y el tercero Francisco Galtero, capitan muy valeroso, y que tambien fué herido de otro arcabuzazo por debajo de la barba, de suerte que se pensó que la bala le habia degollado: quiso Dios que no encarnó mucho, y así por eso no dejó de pasar adelante como un leon, animando á los suyos. Con ellos entraron despues otros muchos capitanes de Lorca, y el primero susodicho don Pedro Zambrana no tardó en salir malamente herido. Todos estos comenzaron á pelear bravamente con los moros, y á ellos se juntaron muy pronto la gente de Caravaca con su valeroso capitan Fernando de Mora, que fué uno de los primeros que subieron, el capitan Carreño de Zehegin, el capitan Melgarejo de Mula, el capitan Mora de Totana, y el capitan Cayola de Alhama. Todos estos últimos correspondian al tercio de don Pedro de Padilla, y con ellos concurren otros esforzados capitanes y muchos soldados valerosísimos del tercio de Nápoles, dando envidia y sumo gozo la arrogancia con que entraron en la batalla. De las otras baterías en donde estaba la gente andaluza y de Castilla, tampoco es posible ponderar el valor y esfuerzo de los ánimos con que acudieron todos á la pelea.

Viéndose los moros tan vigorosamente asaltados y con tanto furor combatidos, perdida de todo punto la esperanza de vivir, se juntaron en gran copia hasta ocho mil de ellos, y apretaron tanto á los cristianos, que como ya se ha dicho los hicieron volver muy atrás hasta la batería de las minas; y aun hubo algunos soldados que viéndose en tanta apretura comenzaron á descolgarse por la batería abajo; de suerte que todos los nuestros se apiñaron, y no pudieron dejar de recibir gran daño cayendo sobre los cimientos derribados, en donde les sobrevenia una

gran rociada de balas enviadas por el escuadron turquesco, que peleaba con terrible furor, y no cesaba un momento en llevar adelante la defensa. Pero poco les valió á todos su denuedo, porque estaba allí la flor de España, que viendo la deseada ocasion de mostrar su valor heróico, comenzó á gritar : *Cierra España, Santiago, Santiago*, y metiéndose en seguida por lo mas denso de la polvareda, fué en busca del escuadron enemigo. Mas era tanta la gente que cargó en la batería apertillada, que ni los unos ni los otros tenian necesidad de apuntar con las escopetas, sino disparar al confuso monton de los contrarios, haciéndose de ambas partes grande estrago; y era tanto el que obraban los moros con las piedras, como los cristianos con las balas, porque no habia piedra que dando de lleno no matase ó hiriese malamente á algun hombre. Un caballero del hábito de San Juan, llamado don Francisco de Quiñones, natural de Zamora, queriendo subir á una altura desde donde algunos moros hacian mucho daño á los cristianos, y teniendo ya puesta arriba la mano para subir, un turco le cortó los dedos con el alfange; mas no por eso desistió de su propósito el valeroso mancebo, antes viendo sus dedos cortados, retirando aquella mano se asió con la otra, y con gran ligereza saltó arriba, á pesar de quien se lo estorbaba: por desgracia apenas hubo subido cuando le hicieron los moros muchas heridas, y con grande ímpetu le despeñaron de lo alto abajo medio muerto. Aquí fué herido malamente en un pié don Pedro de Sotomayor, y fué preciso retirarle á las tiendas, adonde llegó casi al mismo tiempo que el susodicho caballero de Zamora, el cual daba mucha lástima, viendo que la cruz blanca que llevaba se habia tornado roja con su sangre. Era tan grande la vocería de unos y de otros, tanta la confusion, tanto el estruendo de los arcabuces, de los golpes de las espadas, del crujido de las armas, de los dolorosos gemidos de los heridos y moribundos, de las cajas y atambores de los cristianos, de las dulzainas y añafles de los moros, de los atabales y trompetas de la caballería, etc., etc., que todo causaba espanto, y parecia hundirse el mundo: no se oian los unos á los otros por mas esfuerzo que hiciesen para darse á entender; no habia medio de trasmitir las órdenes de los gefes y capitanes á sus soldados; y así andaba todo tan revuelto y confuso, cual pudo estarlo entre los que levantaron el edificio babilónico.

Viendo el señor don Juan á sus escuadrones tan empeñados en aquella peligrosa lid, y temiendo que aflojara su valor euando ya estaban tan á punto de ganar la victoria, dejando con ánimo esforzado su puesto de general, fué á la muralla como otro cualquier soldado, decidido á subir donde estaban los suyos peleando, sin que nadie fuera parte para impedirselo, mas estando ya al principio de la cuesta, de enmedio de la confusa pelea salió desmandada una bala, ó bien fuera tirada por industria al resplandor del hermoso y luciente peto, la cual dió en un costado á S. A., haciéndole una grande abolladura; de modo que traia tanta violencia, que á no ser el peto fortísimo y de fino y acerado temple, allí quedara muerto el soberano príncipe, poniendo á todo el campo en la mas terrible confusion, malográndose la victoria de una guerra tan peligrosa,

y cubriéndose toda España de doloroso llanto. Sin embargo no haciendo caso el señor don Juan del golpe recibido, y mostrando en su valor ser hijo del invicto Carlos V, pasó adelante con su propósito de llegar á la derribada muralla, donde estaba trabada la pelea. Su ayo el respetable Quijada, á quien no muchos dias despues sobrevino la muerte, como dirémos mas adelante, andando muy solícito en las cosas del príncipe, y habiéndole visto en semejante peligro, le fué á la mano y contuvo, diciéndole con graves palabras: « Decid, príncipe, ¿ qué hado acerbo os ha podido mover así para que dejeis el lugar y baston de general, y os metáis á la par de los soldados mas comunes en un peligro tan grande, sin ninguna sazon, ni pedirlo el tiempo? Refrenad esa arrogancia, y volved atrás, no deis causa con vuestra muerte á que todo el campo pierda la esperanza de salir con la victoria que tiene ya en la mano. No es tan importante el negocio de Galera que merezca el que un príncipe, tan esclarecido como vos, se arriesgue como los demas soldados, y que se quiera poner en peligros semejantes, especialmente teniendo capitanes y maeses de campo tan valerosos, y soldados tan esforzados, que es una maravilla ver á cada uno cumplir su deber. Volved, volved, y no paseis mas adelante, conduciéndoos de manera que el rey vuestro augusto hermano y toda la nacion española, no pierdan las esperanzas que tienen fundadas en vuestro ínclito valor y brillantes disposiciones. » El señor don Juan oyendo á su ayo hablar de aquel modo, sujetándose á la obediencia que siempre le tuvo, refrenó su ánimo, y volviéndose á su lugar no quiso pasar mas allá de las trincheras. En aquel momento andaba muy sangrienta la batalla; pero nuestra heróica gente hizo tanto con su indomable esfuerzo, que los enemigos principiaban ya á retirarse, desocupando con mucha diligencia toda aquella parte de la popa, y metiéndose dentro del lugar hácia la proa, forzados de la lluvia de balas que sobre ellos enviaban los nuestros: los moros se retiraban peleando; pero atemorizados ya se acogian á los reparos y traveses formados en las calles, y otros se metian por las casas, y desde allí oponian gran resistencia batallando como leones. No obstante estos obstáculos los nuestros estaban ya apoderados de todo el lugar, aunque andaban por él dificultosamente, porque de los terrados llovian piedras sobre ellos; y aun peleaban los moros con tanta obstinacion, que fué necesario irles ganando calle por calle, casa por casa, y terrado por terrado, haciendo en ellos tal mortandad, que no se podia andar sino por encima de sus cuerpos: nunca hicieron señal de rendirse, y así morian á manos de los nuestros como bestias, á fuerza de cuchilladas y arcabuzazos; en fin con el auxilio de Dios y la perseverancia fué ganada toda la tierra.

Duró el combate, despues de entrado el lugar, desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde: en este dia solo murieron de los enemigos dos mil y ochocientos hombres, y como unas ochocientas mugeres y criaturas, que compondrian entre todos el número de tres mil y seiscientos: se cautivaron hasta otras mil y quinientas personas de mugeres y niños, porque á hombre ninguno se tomó con vida, habiendo muerto todos sin quedar uno en este dia, y en los asaltos pasados. Tambien de los

nuestros pasaron de doscientos los muertos y de trescientos los heridos, de los cuales muchos murieron despues. Se usó de tanto rigor y severidad con las mugeres y criaturas, que me parece se llevó el estrago mucho mas allá de lo que permitia la justicia y era propio de la misericordia de la gente española, que siempre se señaló hasta en favor de los bárbaros: no hubo piedad para ninguno, alcanzando la muerte no solo á las mugeres, sino tambien á las criaturas bautizadas; y tamaño rigor se ejerció por haberlo mandado así el señor don Juan, á fin de que el acerbo castigo sirviese de ejemplo á los demas rebeldes que quedaban por las Alpujarras, temiendo mostrarse en adelante pertinaces y con arrogancia contra S. M., por cuya causa se echó el bando de que no quedase con vida en aquel pueblo hombre, muger, ni niño. Sin embargo considerando S. A. que llevar adelante esta órden tenia algo de atroz, mandó templar su dureza, disponiendo que se perdonase la vida á las mugeres y á los niños de cinco años abajo, quedando su libertad por premio del vencedor que los hubiera ganado.

Cumplíendose todo lo que el señor don Juan habia mandado, y consumada la toma de Galera con tanta honra y gloria de los cristianos, dirémos ahora alguna cosa de los moros pertinaces en su bestial rebelion, ó á lo menos darémos noticia de dos casos que sucedieron dignos de memoria.

En Galera habia un moro muy rico que tenia muger y dos hijas doncellas muy hermosas, de unos veinte á veinte y dos años de edad; el cual viendo que el lugar se entraba por los cristianos, y que ya estaba perdida la esperanza de remedio, fué corriendo á su casa desesperado, y ageno de piedad degolló á sus dos hijas en un aposento de donde su madre no las pudiera sentir, y las decia: « Amadas hijas mias, perdonad al aburrido padre que con el mas acerbo dolor de su alma os sacrifica para que los cristianos ufanos de la victoria y cargados de trofeos no puedan gozar de vosotras, y despues de esta afrenta os veais en tierras ajenas reducidas á la esclavitud.» En seguida las degolló y dejó en aquel aposento, desde el cual pasó al de la desdichada madre, y la dijo: « Amada muger y compañera mia en las felicidades y en los trabajos, ya ha llegado el fin de nuestra amistad: los cristianos han entrado victoriosos en nuestro lugar, con determinacion de no dejar á nadie vivo, por haberlo mandado así su general: yo holgaria que nuestra vida se alargase muchos y felices años; pero el hado duro no lo permite, sino que á toda priesa nos viene persiguiendo. Para mí seria doblado dolor que vos, bien mio, viniérais á poder de manos ajenas, habiendo sido tan regalada de las mias; y para evitar esta desventura cruel tengo obligacion, como marido que tanto os ha amado en esta vida, de poner os en libertad, así como ya lo he hecho con nuestras hijas: mediante el favor del santo Alá todos cuatro nos veremos esta noche juntos en el paraiso que deseamos.» Dicho esto y llorando degolló amargamente á su turbada esposa; y no contento todavía, así á la madre como á las hijas las echó en un pozo para que los cristianos no las hallasen. Luego al punto salió á la pelea gritando: «Ea, amigos, ya no queda que perder mas de lo perdido, muramos todos como buenos;» y diciendo

esto se abalanzó por enmedio de las furiosas armas de los cristianos, matando á algunos de ellos por su mano, y matara á muchos mas si le dieran mas tiempo; pero luego un soldado, tirándole un arcabuzazo, le privó de la vida.

Una doncella muy hermosa que habia perdido á su madre durante la infancia, supó que en la batería de las heras habian muerto á su padre; y tomando de la mano á dos hermanitos que tenia, se salió de su casa y la prendió fuego. En seguida cogió debajo del brazo izquierdo á los dos niños, y empuñando una espada con la mano derecha salió á la batalla, y peleó denodadamente con los cristianos hasta que la mataron, y á sus dos hermanitos juntamente.

Asimismo sucedió á un caballero de Murcia, llamado Andrés Navarro, hermano del capitan Salvador Navarro, que saliendo de Valor un moro huyendo del furor de las armas cuando el marqués de Velez se mejoró contra el reyecillo, al ver que una dama que llevaba en su compañía y la amaba en supremo grado, no podia andar bastante, y sobrecogida del temor que la habia causado el ruido de la batalla y la barahunda de la gente de guerra, al irlos ya á los alcances el cristiano victorioso, y no pudiendo salir con su intento, que era escapar subiéndose á la sierra, se volvió el moro como un leon dañado á la desdichada muger, y con un puñal la mató, para que el cristiano, que era el susodicho Navarro, no la gozase. Luego el moro se metió por partes que no pudo seguir el caballo del cristiano, quedándose este espantado de la cruel y horrenda hazaña.

Saliendo de Granada otro moro para irse en compañía de aquellos que fueron allá la pasada noche de Navidad, de que ya hemos hablado, y llevando consigo dos hijas pequeñas, la una al hombro, y la otra, que seria de unos doce años, de la mano, al ver que con ellos no podia andar tanto como el escuadron moro caminaba, y creyendo que los cristianos venian en seguimiento de ellos, tuvo por grande estorbo para su expedicion las dos hijas que llevaba, y resolvió descargarse de ellas, degollando á la grande con un puñal, y enterrando viva á la pequeña en una montaña de nieve: así se fué listo á la sierra con los demas compañeros. Todas estas cosas, que prueban la fuerza del amor, son tan dignas de memoria como las que hacian los romanos.

Si en el cerco de Galera se hubieran encontrado los moros tan bien prevenidos de armas y municiones como lo requería el caso, y ellos fueran tan buenos soldados como valerosos y determinados á morir, ó nunca los cristianos ganaran la tierra, ó si lo alcanzaran fuera á costa de un copiosísimo derramamiento de sangre; de modo que se pudiera muy bien decir: *Si Africa llora, España no rie*. Pero quiso Dios por su infinita bondad que aquel lugar se ganase con menos dificultad de lo que se pensaba, y el triunfo causó mucha alegría en toda España. Una cosa es muy notable, que aunque el cielo de aquella tierra sea oscuro y lluvioso, Dios no quiso que lloviese entonces, siendo la estacion de invierno, porque el campo de los cristianos no pasara trabajos: pues si hubiera llovido, necesariamente se hubiera levantado el sitio, y el ejército fuera á acuartelarse en Huescar hasta el buen tiempo, porque todas aquellas lomas y quiebras

fueran barrizales, y atolladeros todas las ramblas; de modo que costara grandísimo trabajo hacer allí los servicios convenientes al ministerio de la guerra. En este caso los soldados como eran bisoños, poco prácticos, regalones, y no acostumbrados á padecer ni sufrir trabajos, es muy probable que dejaran el campo, y se fueran á sus casas que estaban cerca, como se vió que lo hicieron en todo el discurso de la campaña por muy pequeños motivos, ofreciéndoseles comodidad para ello. Esto se reconoció claramente el miércoles inmediato á la toma de Galera, que nevó y llovió tanto, que por esta causa fué necesario detenerse allí el campo otros siete dias hasta que el cielo y el suelo facilitaran la marcha para retirarse con la artillería. Entretanto se dió orden para dismantelar el lugar, poniendo fuego á las casas y acabando de allanar la muralla. Hecho esto y repartida la presa, el señor don Juan, en nombre de S. M. mandó echar un bando para que nadie osara edificar en aquel sitio, habiendo sido assolado por rebelde á la corona real; y si los herederos de don Juan Enriquez, de quien era, quisiesen repoblar por allí, pudiesen hacerlo á la parte de las heras, en la llanura, y sin forma alguna de muralla. Aquí concluye la noticia del asedio de la villa de Galera, y para concluir la relacion de la guerra de las Alpujarras, insertarémos sobre lo pasado el siguiente

ROMANCE

De la presa de Galera por el señor don Juan de Austria.

Cercada tiene á Galera
 Don Juan el hijo de Carlos
 Quinto, llamado el famoso,
 Rey de España y sus estados.
 Gran campo tiene consigo,
 Que era placer el mirallo:
 Muchos grandes le acompañan
 De este suelo nuestro hispano,
 Duques, condes y marqueses,
 Muchos de pechos cruzados,
 Hijosdalgo y caballeros,
 Hombres ricos, mayorazgos,
 Y otros de otras muchas suertes
 Y de diversos estados,
 Con otra muy mucha gente
 De valerosos soldados
 Al punto quiere batirla,
 Y acabar con los cercados;
 Con trincheras plataformas
 Tiene el campo asegurado.
 Por tres partes se combate
 Con cañones reforzados:
 Despues de haberla batido
 Se le dió el primer asalto.
 Fué la batalla sangrienta,
 Murieron muchos cristianos:
 Tornan de nuevo á batirla
 Con cañones mas doblados.
 Asalto se dió segundo;

Mas fué el daño muy sobrado
 Que los cristianos reciben
 Por ser el muro guardado
 De los moros fuertemente,
 Réciamente peleando.
 El señor don Juan, que entiende
 Que el batirla sale en vano,
 Manda hacerle dos minas,
 Porque el fuerte sea minado.
 Las minas salen furiosas,
 Muy gran parte han derribado
 Del lienzo de la muralla
 Con parte de otro peñasco.
 Hizose gran batería,
 Mas quedó dificultado
 El poderse arremeter
 Por lo que está derribado.
 Los moros como se vieron
 De las minas maltratados
 De aquel sitio se retiran:
 Mas al lugar se han entrado
 Sin dejar la batería
 Con guarda, y á mal recado.
 Un soldado de los nuestros,
 Viendo que el sitio han dejado,
 Por la batería sube
 Valiente y determinado;
 Sin ser de nadie impedido
 Al rebellin ha llegado,

Y tomado ha una bandera
De nuestro enemigo bando,
Y con ella se tornara
Sin ser de nadie enojado.
Otros soldados que vieron
Lo que hizo este soldado
A la muralla se suben
Sin ser defendido el paso:
Toda la gente cristiana
Al punto hace otro tanto.
Al arma se toca luego,
Y arremete todo el campo.
Los moros que lo han sentido
Contra sí mal enojados,
Por dejar la batería
Olvidada y sin recaudo,
Salen luego á defender
A los cristianos el paso,
Y se traba una batalla

Muy grande por defensarlo.
Unos llaman á Mahoma,
Otros dicen *Santiago*,
Otros gritan cierra *España*
Muera el bando renegado:
Todo el dia se pelea
Hasta que el sol iba bajo.
Los cristianos con esfuerzo
La victoria han alcanzado:
Tres mil matan de los moros
Que anduvieron peleando,
Y de niños y mugeres
Mataron casi otros tantos:
Dos mil tomaron cautivos,
Poniendo el lugar á saco.
Luego mandara su alteza
Que fuese el lugar quemado:
Este fin tuvo Galera,
Y fué merecido pago.

CAPITULO XXII.

Desmantelada Galera, el señor don Juan se fué á Baza. Se da razon de las personas de cargos que murieron en Galera, y de los heridos.

La toma y destruccion de Galera se divulgó luego por toda España y hasta Argel llegó la noticia, al mismo tiempo en que el Ochali tenia dispuestos dos mil turcos, todos genízaros y escelentes soldados, para enviarlos á las Alpujarras. Este al punto desistió de su intento, y los demas moros levantados del reino de Granada concibieron tanto terror de lo sucedido, que perdieron enteramente sus buenas esperanzas al ver que un lugar tan fuerte como Galera ya estaba asolado, y habian muerto en él, sin que quedara uno de tantos y tan valerosos moros y turcos. El Ochali, rey de Argel, no se atrevió á contrarestar la gran potencia que el príncipe don Juan llevaba en su campo; pero quien mas tembló del caso fué el capitan Maleh, que tenia allí á la sazón una hermosa doncella, la cual habia ido á ver á unas parientas suyas muy cercanas, y hallándose allí cuando se levantó el lugar murió entre las demas mugeres al tiempo de su rendicion. Dicen de ella que era hermosa en extremo, de modo que la fama de la bella Maleha era celebrada y universal por todo el reino de Granada. Así que se supo la rota de Galera en el rio de Almanzora, se dijo tambien que entre la asolacion y ruina del lugar se habian quedado escondidos unos quince moros y moras en partes muy ocultas y secretas, especialmente en el caño ó mina por donde el agua del rio entraba en Galera; porque los cristianos, aunque llegaron á aquel sitio, viendo que el pozo tenia agua, no se persuadieron de que pudiera haber allí persona viviente, quanto mas que desde arriba no podia notarse ni descubrirse por donde entraba la mina, ni la longitud de ella. Ademas,

pues, de estos moros y moras de que hemos hablado, se quedaron escondidas otras personas en lugares ocultos, sin que tuviesen noticia de ellas los cristianos, que así como acabó la pelea, y siendo ya de noche, se ocuparon principalmente de sacar sus muertos de entre los moros, y juntarlos todos hácia una parte para darles sepultura. Los soldados cansados de pelear, y despues de haber buscado su provecho durante aquella noche, que fué muy oscura, se recogieron á sus cuarteles, sin cuidar de otra cosa hasta el dia siguiente, que debian emplear en el enterramiento de los muertos y en quemar el pueblo, segun se les habia mandado. Entre los moros que estaban escondidos no oyéndose ya rumor de guerra, salió uno á la boca de la mina, y vió que era muy de noche, que todo el suelo estaba cubierto de nieve, y llovía copiosamente; por lo cual determinado á saber el fin en que aquello habia parado, subió á lo alto del lugar, espantándose de tanta mortandad como se manifiesta por aquellas calles. Yendo adelante con gran recelo, se halló con otro moro que hacia la misma investigacion; y habiéndose reconocido despues de haberse causado mucho temor el uno al otro, preguntándose quién eran, dijo el que salió el último, que en el hueco de una casa tenia escondidas ciertas mugeres y criaturas, y que habia salido á observar en qué estado estaban las cosas. Que á él le parecia ser muy cómoda la noche, y que el campo estaba descuidado, por lo cual podrian salir de aquel sitio muy á su salvo, y poner en cobro las mugeres y niños. El otro que habia salido al mismo efecto, convino con su parecer, y ambos acordaron que se saliese por la mina del agua, y no por las baterías. Así, pues, los de la casa se fueron á la mina, y por la boca que salia al rio comenzaron á andar de la media noche en adelante, y siguiendo el agua abajo salieron á bastante distancia de allí sin ser sentidos de nadie. Parecia un milagro de Dios que los niños chiquitos no llorasen ni bullesen en aquella sazón, yendo todavía como trastornados por el estruendo de la artillería pasada. De este modo se escaparon estos y algunos mas por otras partes, ayudados de la oscuridad de la noche, viniendo á juntarse unos y otros al amanecer cerca de la venta del Peral, desde donde, por una travesía que se hace de un pinarejo que va á dar al rio de Almanzora, se metieron llorando su desventura, aunque por otra parte contentos de haberse salvado de tan gran peligro, en un lugar que se llama Urraca, siendo ya bien de noche, porque las mugeres no pudieron andar mas. Por fin, allí se hallaron puestos en salvo, y dando noticia á los del lugar de lo que habia pasado, se supo luego por la gente del rio de Almanzora, y de allí fué avisado Avenabó, el cual sintió gran pesar, porque tenia prontos quince mil hombres para ir con ellos á socorrer á Galera. En Purchena supo luego el capitan Maleh lo que pasaba, y lo sintió muchísimo por la razon especial de tener á su hermana en Galera; y así triste, pensativo y temeroso, no esperando próspero fin de tales negocios, buscó quien fuera allá secretamente, y averiguara si se hallaba su hermana entre las demas mugeres muertas, ó si estaba cautiva.

Por fortuna un mancebo moro, que la amaba mucho y la habia servido muchos años pretendiendo ser cuñado del Maleh, dijo que él iria á Ga-

lera, y traeria noticia cierta de la suerte de la Maleha. Su intento era, en el caso que la hermosa mora estuviese cautiva, ir á echarse á los piés del señor don Juan, ofreciéndose á ser su esclavo, y rescatando á su señora, casarse con ella, y quedarse en Huescar, ó pasarse á vivir á Murcia. Determinado al viage el enamorado moro se despidió del Maleh, y montando en un brioso caballo tomó el camino de Galera: luego que llegó á Orce, que estaba despoblado, entró en una casa que él conocia, y dejó allí encerrado su caballo, con copia de pienso para que se pudiese mantener. Luego á media noche estando el tiempo llovioso entró en Galera, donde le espantó el gran número de muertos que iba encontrando, y con que tropezaba á cada paso; pero viendo que todo estaba tan embrazado, no solo por la destruccion del lugar, sino tambien por los traveses de las calles, que le hacian perder el tino, aunque sabia muy bien la casa donde estuvo alojada su señora, no quiso continuar su marcha por la confusion de aquellas entradas y salidas hasta que viniera el dia, y con la claridad pudiera acertar el camino por donde habia de ir. Se arrimó á una trinchera, sin poder pegar los ojos en todo el resto de la noche, atormentado de su imaginacion, y atemorizado de los ahullidos dolorosos de los perros y otros animales, que parecia se lastimaban de su desventura con la pérdida de sus dueños. Al romper del alba el animoso moro buscó un punto de donde pudo descubrir todo el campo del señor don Juan, y quedó admirado de su gran potencia; en seguida buscó la casa donde su señora habia de estar, y entrando en un patio de ella encontró á un lado muchos moros muertos, y mas adelante muchas moras muertas, entre las cuales reconoció muy bien á su querida Maleha, como quien la tenia tan impresa en el alma. Aunque la mora estaba muerta de tres dias, se conservaba tan bella como si estuviera viva, fuera de la estrema palidez que ocasionó la falta de la sangre que habia vertido de las heridas. Estaba en camisa la hermosa Maleha, en lo cual manifestó el cristiano que la mató ser de ánimo noble, pues aunque la habian quitado la ropa la dejaron la camisa, que era rica y labrada de seda verde á su usanza. Al parecer los cristianos acabaron de saquear el lugar y de matar á todos los moros, siendo ya muy de noche el dia que entraron en Galera; y aunque el señor don Juan mandó que al siguiente se derribase la muralla, no se habia podido hacer por estar lloviendo y nevando de continuo: esta es la causa porque los cristianos aun no habian vuelto al lugar, y la mora se mantenía entre las demas muertas, cubierta con aquella camisa tinta en sangre. Tenia dos solas heridas, y ambas en el pecho, dando mucha compasion ver tal belleza tratada con tan horrible crueldad. Así que el moro vió y reconoció á su señora, oprimido de gran dolor su corazon, la tomó en sus brazos, y echando un raudal de lágrimas de sus ojos la besaba mil veces en la fria boca, y la decia: « Bien mio, esperanza de mi consuelo, no pensé yo, al cabo de siete años que te he servido, alcanzar la gloria de juntar mis lábios con los tuyos, aunque frios, porque la muerte ha triunfado de tu belleza. ¿Cristiano cruel, cómo tuviste valor para sacarla del mundo? ¿Quisiste bien algun dia; fuiste algun tiempo enamorado; supiste lo que es una muger hermosa?

Dí, si, ó no. Si no lo sabías, no me admiro de tu crueldad bestial; mas si lo sabías, ¿porqué no te acordabas de que fuiste amante, y que esta dama hermosísima que tenias delante de los ojos era un retrato de la tuya, para que detuvieras la mano airada al tiempo de herirla? Si por caso te hubiera enojado ú ofendido algún moro, en hora buena que en él vengaras tu saña, ¿pero cómo podia merecer esta pena un ángel, criado para ser objeto de adoracion? ¿Pensabas, miserable, que la gloria de un general cuando triunfa del enemigo estaba en matar á una beldad, que no se habia conocido mayor en el reino de Granada? Mal pensaste, y peor hiciste, que semejantes atrocidades son indignas de los que menean las armas: con los varones esforzados debias hacer alarde de tu valor, y no contra quien ningun daño te podia hacer. Cruel, mataste á quien daba vida y muerte con sus ojos, á aquella que tras de su mirar se llevaba mil almas colgadas. Di, villano, ¿si no la mataras, dejaras de alcanzar mayor gloria y provecho, teniendo presa á quien á tantos sabia prender? Yo fuera á buscarla donde la tuvieras, y en lugar de un esclavo hallarias dos, porque te sirviera como tal, entregándome en tus manos. Mal lo miraste, cristiano, y yo te juro por el alma de mi bien, que cuanto pueda te he de buscar par darte el galardón que merece tu villana mano.» Y así lo hizo este moro, como se dirá mas adelante; pues muchas veces se hallan las cosas que bien se buscan. Volviendo ahora al caso, digo que el moro, despues de haber desahogado su pasion, y cansándose de abrazar y besar con mil amores á su señora difunta, estaba determinado á aguardar la noche para al abrigo de su sombra poderla sacar de allí, y llevarla consigo al rio de Almanzora; pero viendo luego que era caso dificultoso, mudó de intento, y resolvió darla allí sepultura, disimulando cuanto pudo el lugar donde la dejaba depositada. Tomó luego un carbon, y en la pared, que era blanca, escribió en lengua arábica este

EPITAFIO.

Aquí la bella Maleha
Yace, hermana del Maleh;
Yo el Tuzani la enterré
Por ser mi señora idea.
Matóla un perro cristiano;

Mas él me vendrá á la mano
Donde perderá la vida,
Pues de mi bien fué homicida,
Como pérfido villano.

Luego que el Tuzani, así se llamaba el moro, acabó de escribir el susodicho epitafio, se salió de Galera siguiendo el rio abajo por la mina del agua, teniendo ya de antes noticia de ella; y como la caballería cristiana se habia separado de allí despues de rendido el lugar, tuvo el moro la facilidad necesaria para salir del rio y meterse por un ramblizo oculto, el cual siguiendo, no fué de nadie descubierto, porque no cesó de nevar y llover; y luego que llegó á Orce tomó su caballo en la casa donde le habia dejado, y no paró hasta Purchena. Allí refirió al Maleh cuanto habia visto, la gran mortandad de moros, moras y criaturas que halló por las calles y las casas, entre las cuales habia encontrado muerta á su her-

mana, y dádola sepultura : todo lo cual sintió él mucho, y lloró amargamente la pérdida de su amada hermana Maleha, dando ocasion á que sobre esto se hiciera el siguiente

ROMANCE.

En Purchena está el Maleh,
 Que no osaba salir della;
 Con deseo de saber
 Lo que pasaba en Galera;
 Y estando un dia en consejo
 Con muchos moros de guerra,
 Vuelto á ellos suspirando,
 De este modo les dijera:
 « Mucho deseo saber
 Lo que ha pasado en Galera;
 Como sostiene el asedio
 Y cerco que está sobre ella.
 Le daría por muger
 A mi hermana la pequeña,
 Al que me dijese ahora
 Lo de Galera y de Huescar;
 Si es ganada, ó no es ganada,
 Si está libre, ó está presa,
 Porque tengo allí á mi hermana
 La que le llaman Maleha,
 Que fué á ver á mis parientes:
 Ojalá que allá no fuera!
 Y si Mahoma quisiese
 Decir lo que pasa en ella,
 Yo le hiciera sacrificio
 De una cristiana doncella.»
 Allí habló un moro mozo,
 Diciendo de esta manera:
 « Ofrezco hacer ese viage
 Por ganar tan alta empresa:
 Siete años serví á tu hermana
 Sin alcanzar cosa de ella.
 Porque veas si es así,
 He aquí un retrato della.»
 Allí sacara el retrato
 En una hoja pequeña
 De un blanco y liso papel,
 Que cualquier la conociera,
 Pareciendo tan al vivo,
 Que dijeran que era ella.
 Otro dia de mañana
 Se saliera de Purchena
 En un ligero caballo
 Que rucio rodado era.
 Borceguí lleva calzado,
 Y un alpargate de seda;
 Lanza y adarga llevaba,
 Y un alfange en la correa.
 Y en el arzon de la silla
 Una escopeta de piedra,

Que el moro la entiende bien,
 Que en Valencia lo aprendiera.
 Toda una noche camina
 Por una áspera sierra,
 Sin temer fuerza cristiana,
 Porque amor va en su defensa;
 Y al tiempo que el sol salia
 Descubre el campo de Huescar.
 En Orce aguardó la noche,
 Que entrar oculto quisiera,
 Y allí dejó su caballo
 Con recado que le diera,
 En una casa escondido,
 Y él parte por una senda.
 En Galera entraba el moro
 Por sitio que conociera,
 Sin ser de nadie sentido,
 Porque el cielo llueve y nieva.
 El moro se espanta al ver
 Tan destruida la tierra,
 Y de encontrar tantos muertos
 De la batalla sangrienta:
 Y como era ya de noche,
 No puede atinar la puerta
 Do entiende que está su dama,
 O la piensa hallar muerta.
 Y si muerta no la halla,
 Que es cautiva es cosa cierta:
 Aguarda que venga el dia
 Para poder dar la vuelta.
 El dia siendo venido,
 La casa bien conociera;
 Sin temor se mete el moro
 Hasta el patio, donde viera
 Estar muchos moros muertos
 De cuchilladas muy fieras.
 Mas adentro en una sala
 Vido muchas moras muertas,
 Donde muerta tambien halla
 A la hermosa Maleha.
 Con lágrimas en sus ojos
 La abraza, y mil veces besa,
 Con palabras muy sentidas
 Solemniza su tristeza.
 El cristiano hubiese mal
 Que mató tanta belleza:
 Mas yo juro por Mahoma
 De tomar de ello la enmienda.
 Con esto el moro buscaba
 Por la casa una herramienta

Para poder sepultar
 A su infeliz dama muerta.
 Un azadon ha hallado,
 Y con él hizo una huesa;
 Llorando entierra á su dama,
 Cubriéndola bien de tierra
 Hacia una parte del patio
 Que no fuera descubierta;
 Y en la pared con carbon
 Un epitafio escribiera,
 Que el nombre suyo declara
 Y el de la bella Maleha.
 Habiendo hecho esto el moro

De Galera se saliera
 Por la mina que va al rio
 Muy secreta, y de manera
 Que de ninguno fué visto
 Por la lluvia que cayera.
 A Orce se vuelve el moro,
 Do su caballo le espera:
 En él huye muy lloroso
 Y vuelve para Purchena
 Donde le contó al Maleh
 La ruina de Galera,
 Y cómo á su buena hermana
 Entre otras halló muerta.

Dicen que este moro animoso era de Cantoria, ó de los Velez, y le llamaban el Tuzani: estaba tenido por muy ladino y valiente, y tan aljamiado, que nadie le pudiera tomar por morisco, habiéndose criado de niño entre cristianos viejos. Así que este llegó á Purchena dando la nueva de lo que habia pasado en Galera, y del gran campamento de los cristianos, resuelto á vengar la muerte de su dama, se salió del rio de Almanzora en trage de soldado cristiano, tan bien puesto, que al verle nadie le creyera morisco. Una buena espada en un tahalí bien hecho, su escopeta de rastrillo, tambien muy buena, y que él sabia manejar, porque habia estado muchas veces en Valencia y en Játiva, y en otros lugares donde se usan semejantes armas, y en donde compró aquella llave de su escopeta. Saliendo así de Purchena, y llevando recados del Maleh para que los moros de aquel rio no le impidieran su camino, no paró hasta Baza; de allí se fué al campo del señor don Juan, y se llegó á las banderas del tercio de Nápoles. Despues contarémos lo que hizo este moro, que es digno de memoria, y ahora trasladarémos aquí otro romance que sobre el levantamiento de Galera escribió un amigo nuestro.

ROMANCE.

Mastredages marineros
 De Huescar y otro lugar
 Han armado una Galera
 Que no la hay tal en la mar.
 No tiene velas, ni remos,
 Y navega, y hace mal;
 El castillo de la popa
 Tiene muy bien que mirar.
 La carena es una peña
 Muy fuerte para espantar;
 Quien pudo galafatarla,
 Bien sabe galafatar.
 No lleva estopa, ni brea,
 Y el agua no puede entrar
 Sino por escotillon,
 Hecho á costa principal.
 Marinero que la rige
 Sarracino es natural,
 Criado acá en nuestra España

Por su mal y nuestro mal:
 Abenhozmin ha por nombre,
 Y es hombre de gran caudal.
 Confiado en su Galera
 Va diciendo este cantar:
 « Galera, la mi Galera,
 Dios te me guarde de mal,
 De los peligros del mundo,
 Y del príncipe don Juan,
 Y de su gente española,
 Que te viene á conquistar.
 Si de este golfo me sacas
 Delante pienso pasar
 A la vuelta de Toledo,
 Madrid y el Escorial:
 El Pardo y Aranjuez
 Los presumo visitar,
 Y llegar á las Asturias
 Do otra vez pudo llegar

Abenhozmin mi pasado,
 Que vino de allende el mar,
 Y poseyó las Españas
 Casi mil años, ó mas. »
 Estas palabras diciendo
 La Galera fué á encallar;
 No puede ir adelante,
 Ni puede volver atrás.
 Cristianos la rodearon
 Para haberla de tomar;
 Toda es gente belicosa,
 Con ellos el gran don Juan.
 Comienzan de combatirla,
 Y ella quiere pelear

Sin darse á ningun partido;
 Antes quiere allí acabar.
 Fuertemente la combate
 El de Austria sin la dejar;
 Con cañones reforzados
 Comienza á cañonear.
 Poco vale combatirla,
 Que es fuerte para espantar,
 Hasta que le arrojan dentro
 Pólvora, fuego, alquitran,
 Con que la dan cruda guerra,
 Y al fin la hacen volar.
 Así acabó esta Galera
 Sin poder más navegar.

Para manifestar la importancia de la toma de Galera darémos noticia de los caballeros capitanes y alféreces que murieron y salieron heridos durante el cerco y en los asaltos que se dieron á su fortaleza.

Gefes y capitanes heridos. El marqués de la Fabara, el maese de campo don Pedro de Padilla. *Los capitanes* Rui Francos de Buytron; Vilches; Valenzuela; Gomez García de Guevara, de Lorca; don Pedro Zapata; don Pedro de Sotomayor; don Alonso de Luzon; Pedro Ramirez de Arellano; Juarez; don Felipe de Samano; el capitan y sargento mayor Salante; Lázaro de Heredia; don Pedro de Zambrana; don Sancho de Leiva, don Luis Carrillo; don Diego y don Rodrigo de Mendoza; Francisco de Molina; Torrellas; Salinas; Tordesillas; Salvador Navarro; Francisco Galtero; don Fernando de Silva; don Juan de Benavides; don Juan de Perea, del hábito de San Juan; Juan de Velasco; Pagan de Oria, hermano del príncipe Juan Andrea; Diego Vazquez de Acuña.

Idem muertos. Don Juan de Castilla. *Los capitanes* Beltran de la Peña; Martin de Lorita, alférez mayor de Lorca; Adrian Leonés, de Lorca; Carlos de Antillan; don Antonio de Peralta; Pedro Mendez de Sotomayor; Maqueda; Pedro de Lujan, entretenido; Mendoza, continuo del rey; el capitan de campaña del tercio de Nápoles; el capitan Baltasar de Aranda; don Juan Pacheco, del hábito de Santiago; don Juan de Castañeda; el capitan Zurita.

Alféreces heridos. El alférez de Diego Vazquez de Acuña; Tomás Perez de Avia, entretenido; Camarga; Barrios; el sargento Bustillos; el alférez Tapia; Baltasar de Aranda; Juan Ponce; Barahona; Francisco Riquelme; Bocanegra; el alférez del capitan Valenzuela; el alférez y el sargento del capitan Peralta.

Idem muertos. Don Juan de Benavides, Zorita.

CAPITULO XXIII.

El señor don Juan llegó á reconocer el castillo fuerte de Seron, y allí le mataron los moros cuatrocientos soldados, entre ellos á su ayo don Luis Quijada. Tócanse otras cosas dignas de memoria sucedidas á la parte del poniente.

Acabada de ganar la inexpugnable fortaleza de Galera con muerte de tantos y tan valerosos capitanes, alféreces y soldados, fué necesario que todo el campamento se detuviese allí siete dias por estar lloviendo y nevando continuamente; cosa que pareció de misterio, porque aunque se estaba en el rigor del invierno, no habia llovido una gota de agua durante todo el tiempo del asedio. Luego que el cielo se tornó claro y sereno, y que los caminos se oreadon para que se pudiera retirar la artillería con comodidad, mandó S. A. que el ejército tomase la vuelta de Baza, quedándose en Huescar los heridos hasta su curacion. Hubo sin embargo cuatro capitanes de Murcia: á saber: Don Pedro Zambrana, Francisco Galtero, Salvador Navarro, y don Luis Carrillo, y el alférez don Francisco Riquelme, que aunque estaban mal heridos no quisieron dejar el campo, sino seguir las banderas del señor don Juan; y con su ejemplo salieron despues otros muchos capitanes. Pero de todos ellos ninguno estaba herido de mas peligro que el capitan de Murcia Francisco Galtero, porque la herida le cogia debajo de la barba, no muy lejos de la vena orgánica: este era hermano de Alonso Martinez Galtero, aquel que en la batalla de Verja se habia portado tan valerosamente, que salió todo bañado de sangre de los enemigos que habia muerto por sus manos, y que dió en el mismo dia un consejo tan acertado, que si el marqués le quisiera tomar, se acabara entonces la guerra del reino de Granada. Por desgracia su excelencia, pensando de otro modo, no le tuvo por seguro y pasó por ello fácilmente sin pensar bien el caso. Llegando á Baza con su ejército el señor don Juan, supo que don Enrique habia salido desbaratado de la entrada del rio de Almanzora, perdiendo gran parte de su gente; y pesándole mucho á S. A., determinó entrar por el mismo rio para poner fin á la guerra de aquellos lugares, dejando en todos bastante presidio, y pasar luego á las Alpujarras, juntándose con el duque de Sesa, y no descansando hasta que quedase sofocada toda la rebelion. Ya estaba S. A. determinado á seguir este plan, cuando recibió cartas del duque, las cuales leyó, y decian así:

Cartas del duque de Sesa al señor don Juan.

« Esclarecido príncipe: he hecho todo lo posible por llegar á las manos con Avenabó; mas el moro lo escusa, y cifra todo su negocio en darme alarmas falsos, y andar siempre tras de mis escuadrones por cansar á los soldados, saliendo á las escoltas para desbaratarlas y robarlas. Si por

caso nos hallamos alguna vez en rompimiento de batalla, siempre es en parte donde pueda presentármela á su salvo, junto á la sierra mas fragosa que se halla al paso, porque esta es su amparo; de forma que andando de esta suerte jamás se acabará la guerra. Para que se termine es necesario que V. A. ande por una parte con un ejército, y yo con otro por estas Alpujarras. Si de esta suerte no se hace, hay guerra para siempre: véngase V. A. por acá lo mas pronto que pueda. Está por los míos Castil de Ferro, adonde se tiene entendido que ha de venir á los moriscos el socorro de Africa. Guarde Dios nuestro Señor la real persona de V. A. muchos años. De Orgiva, etc.

Esta carta apresuró la marcha del príncipe hácia el rio de Almanzora, saliendo luego de Baza con su campo hasta un pueblo llamado Caniles, distante dos leguas, donde se alojó. Allí se dispuso que el señor don Juan saliese con tres mil hombres de á pié y de á caballo para reconocer á Seron, y que el resto del ejército permaneciera en Caniles, donde le dejarémos para decir alguna cosa del duque, pues hace ya mucho tiempo que no hablamos de sus cosas.

Dice ahora la historia que Avenabó, como tan interesado, fué uno de los que primero tuvieron noticia de la rendicion de Galera; y considerando que ninguno de todos los demas lugares tenia tanta fortaleza, y que por esta causa la guerra que llevaba adelante el hermano del rey don Felipe no podria menos de parar en daño suyo, lleno de temor jamás osaba entrar en batalla con el duque de Sesa: divertíale disimulando su cobardía, y solo se ocupaba en ir tras de las escoltas para los presidios. Con este propósito dió gran cantidad de soldados moros al capitán Dalí, y le mandó que se apostara siempre en las estrechuras de los caminos para que no se le escapase escolta alguna, á la cual dejara de quitar los bastimentos que llevase. Por su parte procuraba andar cerca de las banderas cristianas, ocupándolas bastante para que no osasen acudir á favorecer las escoltas, y procurar de este modo que el Dalí pudiera siempre salir victorioso contra ellas; porque sabia muy bien, que aunque el duque no tenia tanta gente, llevaba artillería y gran cantidad de caballos, en lo cual le aventajaba mucho. Así no le osaba esperar ni dar batalla, sino entretenerle y fatigarle para que sus soldados, hartos de los trabajos que pasaban inútilmente por las sierras, desertasen, y fuera sucesivamente deshaciéndose el ejército enemigo hasta el punto que, viéndose el duque sin gente, se saliera de las Alpujarras y las dejase libres. Pero su excelencia no tenia tal designio, y solo pensaba en acabar la guerra, ayudado del príncipe, como ya se ha dicho.

Por este tiempo salió de Granada una gruesa escolta de cuatrocientos soldados bien dispuestos; y el Dalí en seguida se puso en el camino tomando la parte mas secreta para dar sobre ellos de improviso. Avenabó, teniendo aviso de esto, salió tambien por el camino de Acequias, que es un pueblo que está sobre el camino de Granada, para que, si el duque venia á proteger la escolta, encontrase allí impedimento que se lo estorbara, mientras daba en ella el Dalí con los suyos. Con efecto, así que el duque supo la venida de aquella escolta, pensando que traeria bastimentos para

su real, salió á la parte de Acequias por librarla de cualquier peligro : luego se encontró allí con Avenabó, por lo cual se trabó á deshora una escaramuza cruel entre los dos ejércitos ; pero el duque mandó jugar ciertas piezas de campaña que llevaba en el suyo, y por su efecto se retiró Avenabó muy poco á poco, sin mostrar pesadumbre alguna, para que el duque se entretuviera en perseguirle, y entretanto el Dalí tuviese tiempo de habérselas con la escolta y desbaratarla. El valeroso duque, viendo que Avenabó se retiraba, resolvió marchar á un lugar cercano, llamado Poqueira, rodear por allí el monte, que era muy alto, y dar en Avenabó por la retaguardia; mas este, no inadvertido de semejante industria, se retiró un poco mas adentro. En este tiempo el Dalí cayó sobre la escolta de los cristianos cerca de Lanjaron, con tanto poder, que si no fuera por el esfuerzo del buen capitán que traía, llamado Andres de Mesas, soldado viejo y valeroso, y de don Pedro de Velasco, pariente muy cercano del condestable, á quien por ser buen militar enviaba S. M. para que reconociese el estado de la guerra de las Alpujarras, y poniéndose de acuerdo con el duque se adoptaran por via de negociacion los medios convenientes de terminar las disensiones con los moriscos ; digo que al verse estos dos capitanes tan audazmente acometidos por los moros, animando mucho á los suyos, dieron en ellos con tanto ímpetu, que se vieron por último los moros obligados á retirarse. Viéndolo el Dalí, escitaba á los suyos, diciéndoles á grandes voces que se mantuvieran firmes, y que no temiesen á los cristianos, que eran pocos; que considerasen cuanto les iba en quitarles los bastimentos que llevaban al duque para su ejército. Con esto cobraron aliento los moros, y volvieron á la batalla con grande ánimo; pero fueron bien recibidos de los cristianos y de ambas partes se trabó una pelea tan reñida, que á don Pedro de Velasco llegaron á tomarle el caballo, y él quedó á pié con la espada y rodela por defensa, obrando prodigios como soldado valeroso. Poco sin embargo les valiera su denuedo á los cristianos si la discrecion del duque no les proporcionara socorro en tal apuro ; porque como vió su excelencia que Avenabó, despues de haberle presentado la batalla, se habia retirado con poca ocasion, pensó desde luego que su ánimo no habia sido otro que entretenerle con las apariencias de pelea, enviando por otra parte gente bastante para que diese en la escolta que venia de Granada. En fuerza de esta presuncion mandó que al punto saliesen cuatrocientos caballos de los mejores del ejército, y con ellos otros tantos peones bien armados, para que tomasen con la mayor diligencia el camino de Granada hasta encontrar la escolta que venia, y que deberian convoyar. Salieron al instante dichos caballos, llevando cada uno á las ancas un peon, y á toda priesa tomaron la vuelta de Granada; mas aun no habian andado una legua, cuando oyeron la arcabucería que andaba entre los cristianos y los moros del Dalí. Oyendo el estrépito de la pólvora, y guiados por él al campo de batalla, apretaron el paso, y llegaron á tan buen tiempo, que los cristianos llevaban ya lo peor, por ser muchos los moros que habian caido sobre ellos; pero así como vieron estos encima aquel tropel de caballos, hicieron de su gente dos partes, para que la una diese en ellos y la otra en la escolta. Al prin-

cipio creyeron que la caballería llegaba sola; pero cuando vieron saltar un peon de cada caballo, y que juntos todos acometian gritando: *Santiago, Santiago*, no quisieron los moros aguardar mas, y tomando por amparo la escabrosidad de la sierra, desaparecieron repentinamente, y cesó la batalla, quedando de ambas partes algunos muertos: así llegó la escolta al campo del duque, que no fué mal recibida. El Dalí fué á juntarse con Avenabó, dándole cuenta de lo mal que le habia salido su intento, y de allí se retiraron todos á Andarax. El duque se fué con su ejército adonde llaman los Alginés, con ánimo de hacer allí alto; y llegando entre Ferreira y Cadiar, junto al rio de Jubiles, al ponerse el sol, se alojó el ejército cansado en el sitio mas fuerte que para su seguridad se pudo hallar, y permaneció allí algunos dias, durante los cuales un valeroso capitán moro, llamado Noabe, con quinientos arcabuceros, se atrevió á alarmar el campo del duque; pero los nuestros desde una emboscada le dieron una tan terrible descarga, que malamente roto pudo escapar de sus manos. Ahora conviene dejar al duque alojado en Jubiles, para hablar del señor don Juan que estaba en Caniles, habiendo mandado ir á reconocer la villa de Seron, como queda dicho.

Su alteza llegó con su campo á un lugar llamado Caniles, y allí dió orden de seguir por el rio de Almanzora, dando sobre Seron, Purchena, y los demas lugares de aquel rio hasta que se diera fin á la guerra de Granada. Con este intento salieron tres mil hombres de á pié y de á caballo tomando la vuelta de Purchena, y en el camino se le dió noticia al señor don Juan de que no podia llegarse á aquel punto siguiendo el rio abajo, sin tocar primero por las faldas de Seron, donde habia gran copia de Moros que con buen campo aguardaban que llegase allí. S. A., de acuerdo con los demas capitanes, y con su ayo Quijada, determinó que diesen desde luego sobre Seron, al cual punto llegaron el dia siguiente al romper el alba. Maravillóse de ver tan alto é inexpugnable aquel puesto, coligiendo que si su fortaleza se ponía en defensa, habia de ser aun mas dificultoso de ganar, y con mayor costa de sangre que la villa de Galera. Los moros, noticiosos de antemano de la venida del ejército contrario, se valieron de un ardid para perderle mas pronto; y con este intento mandaron que las mugeres y las criaturas salieran del lugar tomando la vuelta de la sierra, y que delante de ellas fuera la mitad de la gente de guerra que tenian, quedándose la otra mitad escondidos en el castillo. Así, pues, las moras y los muchachos principiaron á salir del lugar llevando delante y detrás de ellos una buena tropa de moros, bien prevenidos de arcabuces. Los cristianos que los vieron salir de aquella manera comenzaron á gritar: « A ellos, que huyen, no se nos vayan á la sierra, porque si se van, no tendremos derecho á ellos. » Diciendo esto y considerando que el engaño de los moros pudiera salir favorable á su intento, los cristianos acometieron al lugar por aquella cuesta arriba, y cuando llegaron á lo alto, mas codiciosos de robar que de batallar, se hicieron dos mangas, de la cuales la una siguió á los moros y moras que á su parecer huian, y la otra se metió en el pueblo, y principió á saquear las casas con mucha diligencia. Las moras que habian salido de allí, se pararon todas y se sen-

taron en tierra : llegaron los cristianos y las prendieron , y algunos soldados fueron tras de los moros que las llevaron para pelear con ellos. A este tiempo pareció en lo alto de la sierra una humadera no muy grande, que era señal cierta que tenían los moros adoptada para socorrerse ; y apenas se divisó cuando por la parte de Tijola vieron asomar unas banderas con mas de diez mil soldados moros, todos tiradores. Los que habian salido del lugar con las moras se volvieron luego sobre los cristianos que los seguian , con un ímpetu terrible , y les dieron una brava descarga de arcabucería ; de tal manera que convino á los cristianos retirarse hasta el punto en que sus compañeros habian alcanzado á las moras , á fin de hacer desde allí rostro á los moros hallándose todos juntos. De poco les sirvió este acuerdo , porque venian contra ellos los moros con gran pujanza , é iba acercándose el poderoso socorro que aguardaban ; por lo cual principiaron á escopetear á los cristianos , trabándose entre unos y otros una brava escaramuza. Pero en ella llevaban los nuestros lo peor ; de suerte que se vieron forzados á desamparar las moras y volver las espaldas á sus contrarios , que los fueron persiguiendo , matando , hiriendo y cautivando á muchos de ellos. En aquel momento los moros, que veian lo que pasaba desde el castillo en que estaban escondidos , entendiendo que los cristianos que entraron en el lugar estarian ocupados en el saqueo , salieron de donde estaban ocultos , y lo primero que hicieron fue tomarles todas las salidas para que ninguno se escapase : los demas , que eran mas de mil , dieron luego sobre los que estaban robando , muy descuidados de aquel peligro , y mataron á muchos de ellos , yendo buscándolos por las casas ; de suerte que no se escapaba ninguno. El señor don Juan , que estaba con la caballería á la orilla del rio , viendo por la altura venir aquel socorro , y otro ademas por el mismo rio , que traia el Maleh con mas de seis mil moros , mandó á toda priesa que se tocase á recoger , recelando el peligro de la gente que andaba por la altura y dentro del lugar. Tocaron luego las trompetas y las cajas ; pero los soldados , que estaban embebidos en el saqueo , pensando que aquella señal se hacia para que cesaran , se estuvieron quietos , llevados de su desenfrenada codicia , y sin atender á lo que les obligaba el arte militar. Mas cuando vieron luego sobre sí tanta multitud de moros , entendieron que el aviso de recoger era bueno y oportuno ; y queriéndolo hacer no pudieron , porque , como dicho es , les tenían tomadas todas las salidas , y si alguno escapaba , era por gran ventura y especial favor del cielo. Tanto los miserables cristianos que habian ido tras de las moras , como los que se habian quedado en el lugar engolosinados con el robo , viéndose todos tan cercados y oprimidos , que no podian escapar por ninguna parte sin notorio daño , unos resolvieron meterse dentro de la iglesia haciéndose allí fuertes , y otros romper por los pasos defendidos , y bajar adonde estaba la caballería. De aquellos que tomaron esta última resolucion escaparon muchos , y los demas quedaron allí muertos , porque la salida era por unas calles muy estrechas que estaban tomadas por los arcabuceros moros. Muchos cristianos murieron de la primera rociada de arcabucería ; pero luego que con la espada en la mano vinieron á embestirse unos y otros , se trabó una

escaramuza cruel y sangrienta, en la cual murieron no pocos moros. La caballería no podía socorrer á los nuestros, porque los caballos no podían andar por aquellas estrechuras. Puestos en defensa los cristianos que se refugiaron en la iglesia, ofendían á los moros con tesón, esperando que el señor don Juan les socorriese; mas era vana su esperanza, porque el Maleh, en compañía del alcalde de Tijola y mas de seis mil moros, embistieron á la caballería cristiana, de suerte que impidió que pudieran ser socorridos los del lugar. El Maleh llevaba consigo unos cincuenta hombres de á caballo, armados de muy buenas escopetas, á modo de herreuelos de Flandes, los cuales acometieron con furia, y dieron una buena descarga de arcabucería: retirados estos entraron los moros de infantería y dieron otra carga muy cruel, que hizo grande estrago en los nuestros. Viéndose apretado el señor don Juan, y que su gente de infantería andaba desconcertada, principió á animar á sus soldados, y á fuerza de voces y exhortos reunió bastante número de ellos, con los cuales y la caballería hizo frente al enemigo; pero reconociendo S. A. la ventaja que le llevaba, mandó luego que sus banderas fueran retirándose con buen orden, y de modo que los suyos no fuesen desbaratados. En aquel momento andaba gran vocería y confusión por todas partes, porque dentro del lugar se oían los tiros de arcabucería que andaba entre los cristianos y los moros, y á la márgen del rio no habia menos estrépito. El señor don Juan lleno de valor andaba por todas partes animando á su ejército, y ordenando la retirada para que se hiciese con buen concierto y sin dejar de pelear. Los moros no los dejaban un punto, y les decían palabras injuriosas, como *ahora pagaréis lo que hicisteis en Galera*. Andando la acción tan revuelta le dió á S. A. una bala en la celada, de suerte que se la abolló. Esto dice Rufo, pero otros afirman que no le pegó sino en el acerado arzon trasero de la silla, y que de allí botó y mató á un soldado, natural de Baza. En seguida vino otra bala diabólica de los enemigos, y alcanzó al buen don Luis Quijada, ayo de S. A., dándole un golpe tan malo, que le pasó el muslo, y le rompió la canilla. Luego que el príncipe supo la desgracia de su ayo, sintió gravísimo pesar, y mandó que con toda diligencia se le llevase á Caniles. Los moros vinieron siguiendo á los nuestros mas de una legua; pero recelosos luego de alguna grande emboscada, no pasaron adelante, y se volvieron á Seron, donde hallaron trabada gran batalla entre los moros y los cristianos que estaban dentro de la iglesia. Estos se defendieron valerosamente todo aquel dia, y parte del otro; pero habiéndoseles acabado las municiones, y viendo que no eran socorridos, tuvieron que rendirse á discreción: unos fueron muertos, otros declarados cautivos, recibiendo todos el justo pago de no haber atendido al cumplimiento de su obligación por cebarse en el robo. Pesóle mucho de su desgracia al señor don Juan, que no pudo remediarla, y pasó á Baza, donde se hicieron todas las diligencias posibles por la curación de don Luis Quijada, sin obtenerse buen resultado; de manera que murió pocos dias despues, causando á S. A. gran dolor, como si hubiera perdido á su propio padre. El único consuelo que quedaba en aquella desgracia era hacer al difunto solemnísimas obsequias,

y un enterramiento digno de un buen general y militar esclarecido ; para lo cual el señor don Juan mandó que todos los capitanes mostrando gran tristeza salieran con sus compañías , y llevarán los atambores destemplados y los pífanos tocando dolorosamente; que los alféreces llevasen las banderas tendidas , y arrastrando por el suelo , y los soldados con los arcabuces al revés de como se suelen llevar. De esta suerte fueron pasando por su órden los tres tercios del ejército, el de Nápoles que era de don Pedro de Padilla, el de Antonio Moreno, y el de don Lope de Figueroa. Iba detrás de toda la infantería don García Manrique con la caballería , los estandartes arrastrando, y tocando las trompetas sonatas lúgubres, de tal modo, que cuantos oían aquella música sentían en su alma profunda tristeza , y prorrumpan en llanto, aunque fueran de duro y empedernido corazon. En la retaguardia de la caballería llevaban el ilustre cuerpo de don Luis Quijada dentro de un ataúd cubierto de paños negros, y le acompañaba inmediatamente el señor don Juan con muchos caballeros principales, duques, condes, marqueses, y señores de estado, todos vestidos de luto. Con esta ceremonia llegaron á San Gerónimo, y allí fué sepultado el noble caballero con tanta honra y grandeza como si fuera un rey; teniéndolo muy bien merecido, tanto por haberse hallado sirviendo al emperador en todas las guerras de Flandes, Francia é Italia, como por haber sido ayo de un príncipe tan escelso como el señor don Juan de Austria. Creemos piadosamente que el alma de don Luis subiria al cielo con el oloroso incienso que se quemó en los altares de San Gerónimo, porque siempre habia empleado la vida en pelear contra enemigos de nuestra santa fe, y por último murió batallando con ellos como soldado valeroso. Hechas las funerales obsequias con tanta solemnidad, de órden de S. A. se puso sobre su sepulcro en un mármol blanco y pulimentado este

EPITAFIO.

Cortó la dura parca
 El hilo de la vida
 A aquel que en vida y muerte siguió á Marte,
 Y al hijo del monarca
 De fama mas crecida,
 Le fué adoptivo padre en toda parte.
 Sintió el segundo Marte,
 Hijo de aquel famoso
 Don Carlos, dolor fuerte,
 En ver la dura muerte
 De su querido ayo, piadoso
 Quijada, que ya el suelo
 El cuerpo cubre, y el alma goza el cielo.

La muger del buen Quijada, que era del linage de los Ulloas, se halló en este tránsito doloroso, y haciendo grandes lamentos fué muy conhortada del señor don Juan, ofreciéndose S. A. á mirarla en adelante y respetarla como á su misma madre.

Luego despues mandó el príncipe que tomase el campo la vuelta de

Seron, con ánimo de asolarle y vengar así en los moros la muerte de su ayo. Comenzaron á marchar por el rio de Almanzora para dar en Seron, donde los dejaremos hasta su tiempo, y dirémos algo del duque y de Avenabó, que estaban en la Sierra sin llegar á las manos, porque el moro ponía todo su estudio en eludir la batalla, y cansar al duque, dando tiempo á que sintiera la necesidad de bastimentos, y en fuerza de ella se le deshiciese el ejército. No andaba en esto muy engañado el moro, porque efectivamente el duque tenía gran campo y padecía necesidad: de esta suerte buscando á Avenabó para dar fin á la guerra; llegó á Pitos de Ferreira, pasó á Ogijar, y de allí se fué á Valor, pero en ninguna parte pudo hallarle y darle la batalla. Toda su diligencia y trabajo eran inútiles, porque el perro de Avenabó le huía siempre la parada, pensando vencerle huyendo; porque, como se ha dicho, sabia muy bien que en el campo del duque andaban ya muy escasos los bastimentos, y á él no le faltaban. Un dia, pues, estando en Andarax, pronunció á sus capitanes el razonamiento siguiente:

« Ahora, capitanes valerosos y fuertes soldados, quiero valerme con nuestros enemigos del mismo ardid que usó el prudente Fabio Máximo de Roma con los de Africa, en el tiempo de aquellas crudas guerras que hubo entre romanos y africanos. Todo consistió en ir dilatando á los enemigos la batalla, sin llegar al rompimiento de las armas con ellos, trayéndolos á la necesidad de rendirse por falta de medios para proseguir la guerra. Y no se crea que es cobardía rehusar la batalla al enemigo, si se le puede vencer sin peligro ni derramamiento de sangre; pues es prudencia y discrecion ardid de buenos soldados y generales sagaces. Así, pues, sabiendo yo que el duque tiene grande falta de bastimentos, y que su campo padece, por haberse metido en parte de donde sin comprometer su honor no puede retroceder ni desistir de su propósito, no viniéndole de Granada el sustento que espera por momentos con escoltas, quitándole estas y destruyéndolas los nuestros, dad al general y á su ejército por perdidos. Así digo que el valeroso capitan Partal asista en Orgiva, siempre inmediato al campo del duque, para que cualquier escolta que venga de Granada se la quite, llevando consigo mil soldados valerosos. Digo tambien que el capitan Moxaxar con otros mil soldados corra desde la taha de Andarax hasta la tierra de Gador, y vuelta de Almería y Adra, haciendo cruda guerra; y el Garal con cinco compañías estienda su distrito hasta Ventomiz y la vuelta de Velez Málaga, teniendo allí sus espías para saber lo que pasare por aquellas partes. El capitan Arrendate con seis banderas tome la Sierra Nevada y sus faldas, y el capitan Puntal con siete banderas llegue hasta la Vega y puertas de Granada, estando todos siempre alerta para coger las escoltas, y no dando lugar á que lleguen al campo del duque. De esta suerte yo sé que amainará su loca presuncion, porque el hambre le pondrá en tal aprieto, que le convenga abandonar su intento y salir de las Alpujarras. A esotro campo del hermano de Felipe que el duque aguarda por horas, yo le pondré tales tropiezos é inconvenientes, que no llegue á la Alpujarra tan presto como piensa, porque en Seron, que es lugar fuerte, hay mucha gente de guerra con el

valeroso Maleh; y el alcaide de Tijola; de modo que la vista de Seron le ha costado ya al de Austria mas de quinientos soldados y la vida de su ayo, de lo cual ha sacado mas pena que gloria; y si por caso tomare á Seron, que no le costaría poco, luego le pondremos por delante á Tijola, que es un fuerte inexpugnable, y así le iremos entreteniendo hasta que el duque se apure de todo punto y se deshaga su ejército. En este intervalo de tiempo nos vendrá el socorro de Argel, pues ya envié yo á decir al Ochali que la pérdida de Galera no hace ni deshace nuestro intento principal, y que no por eso deje de enviar la gente que tiene pronta para venir á España. De esta manera podremos luego dar fin con nuestros enemigos, y salir triunfantes de la empresa comenzada, á pesar de todo el mundo.»

A la conclusion de este discurso todos los del consejo de Avenabó aplaudieron su buen juicio, teniéndole por muy discreto y sagaz en la direccion de las operaciones militares. Así como él habia indicado salieron inmediatamente á sus respectivos lugares los mismos capitanes que designó. Por aquel mismo tiempo el duque con gran conato buscaba el ejército de Avenabó para presentarle batalla, sin haber advertido que él de intento andaba huyendo la ocasion.

Volvamos ahora al señor don Juan que tomó con su campo la vuelta de Seron, y luego que llegó allá mandó al valeroso don Lope de Figueroa que con su tercio asaltase la fortaleza: hizolo con tanto esfuerzo y felicidad, que en una sola accion la rindió y desbarató. Espantados los enemigos de tan impetuoso ataque, salieron de allí huyendo para Tijola; y habiendo quedado Seron desamparado, fué en seguida saqueado y abrasado: allí se ganaron tres banderas, la una de ellas blanca, teñida por muchas partes de sangre de cristianos.

Aunque el duque de Sesa tenia rodeado por todas partes á Avenabó para obligarle á venir con él á las manos, la necesidad de víveres á que se hallaba reducido hacia gran perjuicio á su intento, porque á no haber sido su excelencia tan franco y benévolo para remediar en cuanto podia á todos los necesitados, no le quedara hombre vivo; pero siendo tan grande el apuro, envió al marqués de la Fabara con una escolta numerosa, y muy lucida á la Calahorra y á Guadix para que trajese bastimentos al campo. Salió el marqués acompañado de la gente de Sevilla, que era muy buena, y no estaba mal armada, y llevaba gran bagage, y en él muchos soldados mulatos para que se curaran, porque no eran de ningun provecho en el campo. Caminando de esta suerte el marqués llegaron al puerto de la Ragua, que es de áspero y angosto tránsito; de manera que por él no pueden pasar sino dos personas juntas. En este punto estaban apostados dos valerosos capitanes moros, el uno llamado el Marzape del Cenete, y el otro el Picini de Verja, juntando entre los dos cerca de mil hombres, todos arcabuceros de los monfis: estaban allí guardando aquel paso, sabiendo que habian de dar en él las escoltas que salieran de Granada para el campo del duque; y como vieron que aquella iba al contrario para Granada, se estuvieron emboscados sin salir al marqués que llevaba la vanguardia, é iba bastante adelante de los demas.

Habiendo dejado pasar mas de la mitad de la gente, y viendo luego los moros que se habia alargado tanto el marqués, salieron de la espesura del monte, dando en los bagages y en la retaguardia con tanto ímpetu y fiereza, que de la primera rociada de arcabuceria mataron á muchos de los nuestros. Viéndose estos asaltados súbitamente y con tanto poder, se turbaron y descompusieron, no sabiendo qué hacerse; de modo que algunos de ellos poseidos de miedo huyeron, y siguiéndolos los moros fueron muertos y destrozados sin remedio alguno: los cristianos enfermos sufrieron la peor parte, porque ni podian huir, ni pelear, y así morian muchos, otros se precipitaban por aquellas laderas abajo con temor de la muerte: que ellos mismos se tomaban con sus manos. Viéndolos los moros en infame fuga y desbaratados, tomaron mayor brio para ofenderlos, y los perseguian sin dejarles tomar aliento. Fué tanta la gritaría que levantaron, que se oyó en la vanguardia, y al instante el buen marqués tornó animosamente con la gente que llevaba, y á toda priesa embistió á los moros, matando por su propia mano á siete ú ocho, y dando voces á los suyos para que embistiesen con ellos, mirándolos como gente cobarde y de poquísimo valor. Cobraron ánimo los cristianos con las palabras del marqués, y luego acometieron á los moros con tanta valentía, que los hicieron retirar precipitadamente. Visto esto por muchos de los nuestros que andaban desmandados, se reunieron con los suyos en seguida, é hicieron grande estrago en los enemigos, los cuales huyeron dejando sí muchos cristianos muertos, pero tambien perdiendo no menor número de su parte. Si no hubiera sido por el ínclito valor del marqués, fuera sin duda esta refriega todavía peor que la de Alvaro de Flores; pero él, como buen soldado, recogió todo el bagage, á los suyos que andaban dispersos, y con buen orden llegó á la Calahorra, donde se proveyó de todo lo que necesitaba, así para los heridos, como para la subsistencia del campo del duque.

Luego supo el caso su excelencia por algunos soldados que huyendo se volvieron á sus reales, y contaron cómo por ir muy delante la vanguardia habian hecho los moros tanto estrago en el bagage y la retaguardia. Muy pesaroso el duque de este daño, juró vengarle en los moros, y para ello mandó que marchara inmediatamente el ejército hácia Castil de Ferro, que era el punto donde los moros aguardaban que arribase el socorro de Africa: y para estorbar que tomasen tierra por allí, quiso que se atacase la fortaleza con intento de ganarla. Pasando por el territorio de Dalías, donde tenian los moros muchos sembrados, y ya en sazón de segarse las cebadas tempranas, mandó el duque que á todo se pegase fuego para que perdiesen la esperanza de su remedio, y no pudiesen aprovecharse de aquellas mieses y panes, despues de haberlas guardado con gran diligencia durante su crecimiento y maduración. Llegó el duque á Castil de Ferro y le combatió réciamente, aunque habia dentro buena guarnición con algunos turcos y otros capitanes. A esta sazón llegaron allí las galeras con el comendador mayor, y viendo lo que pasaba, se holgaron de llegar á tan buen tiempo para poder obrar por mar y el duque por tierra la pronta rendición de la fortaleza;

é hicieron tanto, que los turcos perdieron la esperanza que tenían de recibir por allí el socorro que aguardaban de Argel. Con efecto, al mismo tiempo llegaba este á tomar tierra en España por Castil de Ferro, guiándole el turco Carbagi, como estaba concertado; pero acercándose y oyendo la recia batería que daban los cristianos á la fortaleza por tierra, al paso que las galeras hacian lo mismo por la mar, el capitán sobrecogido de temor mandó luego mudar de rumbo á los navíos en que venia el socorro, y que eran catorce galeotas grandes cargadas de bastimentos, armas y muy lucida gente turquesca; y con gran dolor en su corazón, por haber llegado tan tarde, fué buscando otro lugar mas cómodo donde pudiera tomar tierra su gente. El duque habiendo ganado aquella fortaleza, puso en ella buena guardia, y se fué á buscar á Avenabó para darle la batalla. Las galeras se dirigieron á Málaga y al Puerto de Santa María para aguardar allí las órdenes posteriores que se les diesen.

Avenabó no tardó en saber que Castil de Ferro quedaba en poder de los cristianos, de lo cual le pesó mucho, y especialmente de que allí no hubiese podido tomar tierra el socorro de Argel. Muy acongojado de esta desgracia no sabia qué hacerse; pues el duque le seguia á todas partes, y el de Austria iba destruyendo las riberas del rio Almanzora, para venir á juntarse con el ejército de aquel y causar su perdicion. Veia que en los lugares que tomaban iban dejando mucha gente de guarnicion, que quemaban los panes, y talaban las tierras, poniéndole cada dia en mayor estrechez; y así iba apartándose del duque sin osar presentarle la batalla, teniendo todavía puesta su esperanza en los socorros de Argel. Mas bien entendia Avenabó que aquella guerra habia de parar en daño de los moros, y disimulaba todo lo posible el desventurado con intento de pasarse á Africa, lo cual si los suyos lo supieran, le habrian hecho pedazos.

Por este tiempo muchos moros, que pasarian de dos mil, tornaron á fortificarse en Bentomiz y Frigiliana: todos los lugares cercanos de Ronda y su Sierra se levantaron desvergonzadamente, y principiaron á hacer mucho daño á los cristianos, poniendo banderas para reclutar gente, y formando escuadrones bien armados: ademas de estos lugares siguieron el mismo ejemplo los de las Sierras Bermeja y de Listan, que eran muchos, y tomaron los puestos mas seguros junto á la mar para poderse embarcar con facilidad cuando no pudiesen hacer otra cosa, y tambien, porque de aquellas partes podrian ser socorridos de las gentes de Africa. De estos puntos salian atrevidamente á correr las tierras de los cristianos hasta las puertas de Ronda, llevándose los ganados, los pastores y la demas gente que andaba por el campo. El duque de Arcos don Luis Ponce de Leon salió contra ellos, pero con especial órden de S. M. para que si podia los redujese á la obediencia sin batalla, y sino, que los acabase por fuerza de armas. Trató con ellos el duque, y algunos se rindieron á su voluntad, pero impidió el que lo hicieran todos un moro de animoso corazón, dándoles por consejo que no torciesen las voluntades, sino que llevaran adelante lo que habian comenzado. Por esta causa fatal

los moros se obstinaron en su rebelion, y tomaron las armas, de modo que el duque de Arcos se vió obligado á salir contra ellos de mano armada, y lo primero que hizo fué visitar los puntos de Sierra Bermeja, porque los moros no hiciesen allí alojamientos fuertes. Entrando por esta Sierra se renovó en la memoria de los cristianos la venganza que debian tomar por sus pasados, encontrando por ella gran cantidad de calaveras de hombres muertos y de despojos de caballos del tiempo en que don Alonso de Aguilar fué allí muerto, y el de Viena desbaratado: tambien habia muchos trozos de armas y cuchillas de lanzas; y todo esto inflamó el pecho de los cristianos contra los moradores del pais. Llegando á la altura en donde pereció el famoso don Alonso, que era un corto llano al pié de unos peñascos, y habia puesta una cruz, se encontró grabado en las vivas peñas un letrero, que en castellano decia así:

Aquí murió el de Aguilar,
Don Alonso intitulado,
De moros sobrepujado,
Siendo él solo en pelear.

Estos versos declaran la verdad del caso de la muerte de don Alonso; porque al tiempo que andaba la batalla y los moros en gran muchedumbre pusieron en fuga á los cristianos, matándolos ó hiriéndolos á su salvo, el buen don Alonso de Aguilar se halló solo, desamparado de los suyos; y viendo que allí no habia mas remedio que morir, tomando por abrigo aquellas altas peñas para tener las espaldas seguras, mostró su gran valor, matando por su propia mano mas de cincuenta moros de los que atrevidamente osaron á acercarse á él. Entonces advirtiendo los moros que tanto se defendia, y que no se le podia entrar sin peligro, mudaron las armas para ofenderle, y á pedradas le mataron; pero dejó de su valor fama eterna. Y lo que dice el Rufo en su *Austriada*, que murió peleando cuerpo á cuerpo con el capitan moro llamado Ferri, es falso, pues no era tan corto el valor de don Alonso, que por esforzado que fuese un moro le rindiera y matara. Esta batalla ya la dejo yo descrita en la primera parte de esta Historia, y la puse así como pasó. Pues volviendo al caso, así que supo el Malique, capitan de las banderas moras, que el duque de Arcos habia tomado á Sierra Bermeja, salió con su campo á tomar la de Distan, que era otra sierra muy fuerte. Pensando el duque que se juzgara cobardía no ir á buscar al enemigo, lo puso luego por obra, y llegando á la Fuente Fria, que es muy buena posicion, mandó asentar allí su ejército. En la misma noche ocurrió la desgracia de haberse allí encendido un gran fuego, sin que se pudiera saber quién le habia echado; pero la actividad de su excelencia contribuyó mucho para que el fuego se apagara pronto, é hiciera poco daño en el real. Inmediatamente mandó el duque que se levantara el campo y partiera en demanda del enemigo, siendo maestros de él don Pedro Bermudez, de Galicia, y Pedro de Mendoza, dos nobles caballeros, y ayudante Juan de Espuche, que era un soldado veterano de los de Flandés. Llegando el campo junto á la

sierra de Distan se vió otra sierra no menos áspera, llamada de Arboré, y que le pareció al duque importante ganarla; porque estaba casi encima de la de Distan; y así mandó que se subiese por ella á toda priesa. Los soldados la principiaron á subir, mas los moros la defendian con tal esfuerzo, que se trabó entre ambos ejércitos una gran pelea, cuyas resultas fueron favorables al del duque, que quedó dueño de la sierra de Arboré. En vista de su importancia puso en ella su excelencia una gran guarnicion, y con el resto de su gente se fué á la sierra de Distan, y por la parte menos áspera la puso sitio con buena fortificacion: luego mandó que los gastadores abriesen un sendero bastante ancho para que subiera la artillería tirada por caballos; y dejando su campo dividido en cuatro partes, subió acompañado de mucha gente, y con la artillería para dar el dia siguiente un asalto á los moros. Todos los cuatro trozos de la milicia cristiana subian en buen órden, sin perder punto de las hileras, siendo cabo de la caballería don Juan Ponce de Leon, deudo muy cercano del duque: con este iba el hijo de su excelencia, mozo gallardo, á quien ya apuntaba la barba, y de no menos valor que sus antepasados: toda esta caballería guardaba los llanos para que ningun moro se fuese. Venida la noche el duque alojó su gente en parte cómoda y segura, con ánimo de asaltar al otro dia un fuerte que allí tenian los moros. Estos, viendo subir tan despacio el campo del duque, entendieron luego su designio; y acordaron acometer á los cristianos aquella misma tarde. Viendo el duque el arrojamiento de los moros, mandó que todos se defendiesen á pié quieto, sin deshacer el órden en que iban; pero hubo algunos soldados que no tuvieron cuenta con este mandamiento, y dejando sus filas empezaron á subir la sierra arriba. Al ver el duque ir desmandada su gente tras del enemigo, entendió luego como discreto capitán que los moros se retiraban engañosamente, dejando puestas emboscadas; y en atencion á que cerraba la noche, receloso de este daño, que seguia el mismo rumbo que el de la Sierra Bermeja, resolvió subir arriba con todos los suyos, y así se puso delante de todos, gritando *Santiago*. El ejército que vió á su general acometer de aquella manera, le siguió con gran furia; y no fué este mal aviso del duque, porque si aguardara á que se acabase la poca luz del cielo que quedaba, él y toda su gente se perdieran sin duda alguna, pues los enemigos tenian tomados todos los pasos por donde los nuestros no podian escapar. Estando el duque arriba con su gente, luego se pegó contra el muro de la fortaleza, el cual estaba lleno de enemigos que la defendian, y allí se trabó una pelea muy cruda y sangrienta, donde los cristianos sacaban la peor parte, llevádoles los moros la ventaja de estar en alto, y poderles desde allí arrojar infinidad de balas, peñascos, piedras, chuzos y asadores. El valeroso duque, émulo de la heroicidad de sus antepasados, se arrojó por una parte, que le pareció mas franca, dentro del fuerte, apellidando *Santiago, cierra España*: con él entraron otros valientes soldados gritando *victoria*, habiendo tenido por mejor ventura meterse allí dentro á pelear, que correr el riesgo que de fuera se ofrecia. Entonces fué la confusion terrible entre unos y otros, estando ya cerrada la noche, y casi no pudiéndose ver ni conocer sino al resplandor

de los fogones cuando las escopetas disparaban. Los cristianos, para reconocerse y no ofenderse unos á otros, gritaban *Santiago*; y viendo los moros que usando de aquel apellido español los mataban sin piedad, acordaron de tomarle ellos propios; y así aquel que mas claro lo podia pronunciar, iba gritando *Santiago*, y se metia entre los cristianos, mántandolos á su salvo, porque aquel era el nombre que tenian ellos adoptado para no hacerse daño mutuamente. Entendida luego la cautela de los moros en vista del estrago que hacian, acordaron de mudar de nombre, gritando: *Arcos*, *Arcos*. Entendiendo mal los moros aquel grito nuevo, y queriéndole tomar, por decir *Arcos*, decian *Arcas*, y todavía mal pronunciado; y así los cristianos los mataban cruelmente. El alboroto y la confusion eran tan grandes, que por todas partes no se oía otra cosa que el hórrido estruendo de las armas, los ayes dolorosos de los heridos, y los lamentos de los que iban muriendo entre los piés de los vivos que peleaban; de modo que aquel que una vez caía, no se volvía á levantar, ni podia remediarse. Viendo su perdicion el capitan Malique y el destrozo de los suyos, determinó huir de la batalla, desamparando la fortaleza; y valiéndose para ello de la tenebrosa noche, encubrió en su sombra su cobardía, y se fué por las laderas de la sierra huyendo cansado, desatinado, mal herido, y sin saber donde iria, ni á qué parte. Sin embargo no se halló solo, porque otros muchos de su bando habian hecho lo mismo que él; y recogiendo á todos cuantos pudo, salió de aquella sierra amedrentado, y maldiciendo el fin de sus esperanzas. Alojóse el buen duque con su gente en aquella fortaleza, y el resto de su ejército fuera de ella, manteniéndose siempre quieta la caballería, por guardar el órden que se le habia dado.

Mientras pasaban estas cosas en las cercanías de Ronda, y publicaba la fama por toda España la brillante victoria del duque de Arcos, Avenabó temblando no sabia qué hacerse, y suspiraba y gemia grandemente viendo que al mismo tiempo le apretaba el duque de Sesa, y que estaba ya aguardando al señor don Juan, para que juntándose los dos ejércitos consumasen la ruina de su bando. Lo que mas sentia él era que el señor don Juan habia desbaratado todas sus emboscadas. Los turcos y aquellos moros mas allegados á su persona tenian ya reconocida su intencion de pasarse á Africa, y dejarlos metidos entre el fuego de tan cruda guerra; atento lo cual sus mismos familiares se conjuraron contra él para darle muerte, sin haber podido llevar tan ocultamente su propósito adelante, que Avenabó no lo sintiera ó sospechara. Él disimuló, no dando á entender que le hubiese venido á la memoria tal pensamiento, y así pasaba entre mil sospechas y recelos las noches y los dias, aguardando á que la fortuna le ofreciese alguna coyuntura mas favorable. La gente de sus banderas andaba ya muy floja; nada se le daba por las armas, y queria mas morir una vez, que pasar por tantas y tan amargas ansias, así del hambre, como de los frios y otras muchas necesidades que ocurrían. Andaban ya los turcos muy tristes y licenciosos estropeando á muchos muchachos y doncellas, sin temor ninguno de los moriscos ni del rey Avenabó, no yéndoles nadie á la mano, porque en ellos estaba el nervio de la guerra

contra los cristianos. Dejémoslos aquí siguiendo sus maldades, y á Avenabó poseído de sus recelos y temeroso de la muerte, para decir lo que hizo en Tijola el señor don Juan, insertando antes sobre lo pasado el romance siguiente :

De Baza sale don Juan
 El de Austria intitulado,
 La vuelta va de Almanzora
 En busca del moro bando.
 El campo llega á Caniles,
 Lugar de Baza cercano,
 Y él pasa con tres mil hombres
 Para descubrir el campo,
 Y la fuerza de Seron
 Que está por el moro bando.
 Al llegar así su alteza
 No le fué muy bien contado,
 Por llevar tan poca gente
 Para intentar aquel caso.
 Seron está apercebido,
 Lo que no piensa el cristiano :
 Los moros usan de maña
 Por salir mas á su salvo :
 Las moriscas echan fuera
 Que salgan al despoblado ;
 Mas llevaban buena guarda
 De un escuadron bien formado.
 Piensan los nuestros que huyen ;
 Arremeten donodados
 Por coger aquella presa
 De moras, que se han mostrado :
 Unos siguen á las moras,
 Otros el pueblo han entrado.
 Comienzan á saquearle
 Sin tener ningun cuidado.
 Escondidos mas de mil
 Moros allí se han quedado,
 Que cuando vieron la suya,
 Y que estaban descuidados
 Los cristianos en el robo,
 Les dieron muy crudo asalto :
 Matábanlos en las casas,
 Los despojos saqueando.
 Con esto vino el alcaide
 De Tijola con grande bando
 A socorrer á Seron
 Que está puesto en aquel paso.
 Los que siguieron las moras
 Huyendo vuelven acaso
 De un escuadron muy crecido
 Que los venia cercando
 De moros arcabuceros
 Con un furor endiablado.
 El Maleh con gran socorro
 El rio viene marchando :
 El Austriaco que lo vido
 A recoger ha mandado

Que se toque prestamente,
 Recelando grave daño.
 Matanza hacen los moros
 En los cuitados cristianos,
 Que huyendo se retiran
 A su campo amedrentados.
 Llegó el Maleh con pujanza
 Muchos tiros disparando.
 El Austriaco se defiende
 De aquel escuadron doblado,
 Sus cristianos recogiendo :
 Poco á poco y peleando
 Se retira el rio arriba
 Perdiendo muchos cristianos,
 Y al buen don Luis Quijada,
 Que mostraba ser soldado,
 En un muslo le han herido
 De un cruel arcabuzazo.
 Siéntelo el Austriaco mucho,
 Y promete de vengallo.
 Retiróse el de Austria al fin
 Con dolor nunca pensado,
 Y llevó á curar á Baza
 Al buen Quijada su ayo ;
 Pero es mortal la herida,
 Y no puede ser curado.
 Así dió el ánima á Dios,
 Y el cuerpo fué sepultado
 En un convento de frailes,
 San Gerónimo nombrado.
 Hízosele enterramiento
 De general afamado,
 Arrastrando las banderas
 Y atambores destemplados,
 Todos cubiertos de luto,
 Señal de duelo mostrando.
 En este tiempo el de Sesa
 Buscaba al moro Avenabo
 Para dalle la batalla ;
 Mas él se la va escusando.
 Con esto el campo del duque
 De hambre está fatigado,
 Y para buscar remedio
 El buen duque le ha mandado
 Al marqués de la Favara
 Que se vaya apresurado
 A Guadix por bastimentos ;
 Y el marqués salió de grado
 Con una escolta muy buena
 Y el bagage á buen recaudo,
 Mas en el puerto la Ragua
 Fué el marqués desbaratado

Por dos capitanes moros
 Que le dieron crudo asalto.
 Peleando luego el marqués
 Como valiente soldado
 Hizo retirar los moros,
 Llevando su escolta á salvo
 A Calahorra y Guadix,
 Donde le fuera mandado.
 El duque supo esta nueva
 Y le pesó en sumo grado ;
 Pero vengóla muy bien,
 Pues así lo habia jurado ;
 Que ganó á Castil de Ferro

Y las mieses ha quemado,
 Matando muy muchos moros,
 Y retirando á Avenabo.
 En este tiempo y sazón
 En Ronda el morisco bando
 Se ha levantado furioso
 Mil banderas tremolando.
 El duque de Arcos los sigue,
 Y los ha desbaratado,
 Matando muy muchos dellos,
 Come la prosa ha contado.
 Conviene volver ahora
 A don Juan de Austria y su campo.

CAPITULO XXIV.

Dicese como el señor don Juan puso cerco sobre Tijola, y la ganó á los moros, con otras cosas que pasaron en su conquista.

Luego que S. A. dió fin á lo de Seron, mandó que el campo tomase la vuelta de Tijola, lugar antiguo y fortísimo con un castillo inexpugnable, fabricado sobre unas peñas muy altas y tajadas, donde los moros recogidos de todos aquellos lugares, como Urraca, Almuya, Bayarque, y otros muchos, tenian depositadas sus prendas mas queridas, pareciéndoles estar seguros. Marchó el campo con el órden que designó S. A., y llegando á Tijola la Nueva, que era otro lugar que estaba en lo bajo, de donde los moros se habian ido, subiéndose á la poblacion antigua y castillo fuerte, asentó su real tomando la traza que era conveniente para estar mejor y con menos peligro. El asedio se puso en esta forma :

El tercio del señor don Juan, que era el de Antonio Moreno, se fijó en el lugar nuevo hácia la parte del rio. El tercio de don Lope de Figueroa se puso en lo alto de la montaña, á la parte del mediodia, en donde se obró luego una plataforma, y se plantaron seis buenos cañones de los de don Juan Manrique : esta plataforma estaba construida de suerte que tenia la tierra sitiada. A la parte de la tramontana, sobre el camino de Baza, se sentó el tercio de don Pedro de Padilla, adonde se plantaron otros seis cañones muy buenos : en el tercio de S. A. no se pusieron cañones, porque estaba situado en una hondura. Sentado el campo en esta forma, y repartidos los tercios, mandó S. A. que se comenzase á batir el fuerte por la parte del mediodia y la de tramontana ; pero la artillería no hacia efecto ninguno, porque como los cimientos de los muros estaban encajados en los peñascos, y entretejidas las obras, daban las balas en las peñas, y de ellas bñtaban con tanta violencia, como si de allí salieran disparadas de cañones de la parte contraria. Vióse una bala de estas rebatida dar en el llano de la huerta y matar á dos bagageros que estaban juntos, y otra pegar contra un olivo grande, y hacerle pedazos. Entraban algunas balas en la tierra, pero no se reconocia el daño que

hiciesen, y así determinó el señor don Juan que plantasen otras dos piezas en la ladera de mas abajo del tercio de don Lope, para que desde allí se pudiera batir un lienzo de muralla que por aquella parte se descubria: S. A. dió el encargo de llevar aquellas piezas á dos capitanes zamoranos al lugar que habia designado. Los zamoranos tenian muy buena gente, y mandaron que subiera las piezas á fuerza de brazos tirándolas con maromas; y muchos soldados cargados de faginas para hacer una trinchera y plataforma comenzaron á subir por la cuesta arriba. Llegados al punto donde habia de hacerse la obra, reconocieron los moros su intento, y viendo que si se plantaban allí las dos piezas les causarían mucho daño, resolvieron estorbarlo; y así salió denodadamente un cuerpo de turcos y de moros, que dió en la gente de Zamora con tanto ímpetu y valor, que la puso en grande aprieto y confusion; de manera que hubo muchos soldados que con la fagina áuestas se volvian precipitadamente por la cuesta abajo, forzados del temor que sintieron de improviso. Siendo luego los zamoranos exhortados por sus capitanes, volvieron la cara, y se trabó una brava escaramuza en que murieron algunos de ambas partes: al fin se plantaron las dos piezas y se hizo la trinchera y plataforma, á pesar de los moros. En seguida se principió á batir aquel lienzo de muralla que mas se descubria, y las balas hicieron en él grande efecto; pero los moros le iban trasmurallando, escarmentados de lo que habia pasado en Galera, y temerosos de que les sucediera otro tanto. Con este recelo iban reparando el daño que causaba la batería, y por encima de las murallas tiraban á los nuestros con tanta certeza, que en pocos dias mataron á seis artilleros de los mejores del ejército, hiriéndolos á todos en la frente ó la cara, que era la parte mayor que se podia descubrir de su cuerpo. Con todo eso no dejaban los moros de estar poseidos de mucho miedo, imaginando trazas para escaparse de allí á su salvo sin ser sentidos, y así un dia, entrando en consejo de guerra sobre lo que habian de hacer, un moro anciano, llamado el Jumaimit, que tenia parte de judío, habló á todos de esta manera:

« Hace ya veinte dias, valerosos capitanes moros y turcos, que estamos sitiados, y si nos obstinamos en aguardar otros veinte mas, nos perderemos totalmente como los de Galera; porque aunque es verdad que estamos proveidos de lo necesario, tanto de bastimentos como de municiones, nos ha de faltar muy presto el agua, que es la mayor falta que podemos tener, especialmente habiendo niños y mugeres, gente de poco sufrimiento en casos semejantes. Faltándonos lo que digo, y siendo al mismo tiempo grandes el poder y el empeño del enemigo que nos ha puesto sitio; de modo que no abandonará la empresa hasta haber allanado las peñas y murallas que nos defienden, y echado por tierra las casas, ¿qué fin se puede esperar? No otro por cierto que el de Galera. Pues si debe ser este, más vale tomar uno de los dos medios que yo ahora diré, y sea aquel que mejor pareciere á todos. El primero es, que nos pongamos en manos del general cristiano, confiados en la generosidad de su noble ánimo. El segundo desistir de la defensa, dejando la tierra una noche que el cielo nos depare cómoda para poderlo ejecutar

sin que seamos sentidos, é irnos adonde está Avenabó. En llegando allá, Alá y el tiempo dispondrán otra cosa que nos esté bien ó mal. Este es mi parecer; diga ahora el suyo aquel que le tuviere mejor y mas acertado, para que le recibamos todos de buena voluntad, buscando la propia salud.»

Con esto dió fin á su razonamiento el ajudaizado moro, y á todos pareció muy bien, trayendo á la memoria el fin doloroso de Galera, los trabajos pasados y presentes, los que esperaban venir, y la poca esperanza que tenian de remedio; por lo cual de los dos extremos les parecia el mejor entregarse en las manos del rey, implorando su misericordia para acabar con tantas desventuras. Casi todos convinieron en este dictámen, y solo un moro infame, pariente del Maleh, opinó de contrario modo, y habló de esta manera:

«Valientes capitanes, parientes y amigos: ya que la desventura, y por nuestros pecados Mahoma quiere que las banderas de los cristianos victoriosas nos hayan puesto en el presente apuro, de las dos cosas en que el capitan Jumaimit ha puesto nuestra última esperanza, la que me parece mas acertada es, aguardar la coyuntura de una noche tenebrosa y lloviosa, ó en que esté nevando, y que aventuremos la fuga por la parte en que menos postas y centinelas hubiere. Porque es cosa cierta, y no admite duda, que nos tienen tomados todos los pasos; y así nuestra salvacion depende de hurtarles el nombre que aquella noche les diere su general á los cristianos para poder matar á sus centinelas mediante este ardid cuando no estuviesen durmiendo, y si durmieren pasar con el menor rumor que sea posible para echar adelante las mugeres y muchachos, acompañados de solos doce ó catorce mancebos moros que las encaminen, y salir luego el resto de la demas gente. Si acaso pasando ó quedando ya poco de pasado nuestro escuadron fuésemos sentidos, y los cristianos tocasen á arma en noche tan oscura y tenebrosa, no conociendo ellos la tierra, tampoco osarian desmandarse en nuestro seguimiento. Así se podria escapar por la sierra de Bacares, que casi tocamos con la mano, y es muy áspera, en donde llegando haríamos lo que mas nos conviniese. Tengo por mejor este acuerdo, que el de darnos á los cristianos, no sabiendo, despues de habernos entregado, qué es lo que harán de nosotros, y especialmente de los turcos, á quienes no querrán dar pasage para Africa. Este es mi parecer, y no se tome otro alguno, porque es el mas acertado.»

Oído este discurso, los capitanes turcos dijeron, que el último medio propuesto, ó morir peleando, eran los únicos partidos que se podian tomar; y quedando todos conformes en este acuerdo, aguardaron la noche mas oscura y tenebrosa que el cielo les enviara para escaparse; y así movidos de esta esperanza pasaron treinta ó mas dias de asedio, durante los cuales no dejó la artillería de hacer su obligacion, aunque no pudo asaltarse el lugar, porque no abrió bastante brecha por donde pudiera entrarse. Desde adentro tiraban los moros con escopetas, y no dejaban de hacer daño; pero al cabo de este tiempo quiso serles favorable la fortuna con lo que deseaban, siguiéndose un menguante de luna oscurísimo y

lluvioso por las noches, en las cuales hicieron los moros un portillo, rompiendo la muralla por la parte que miraba á la sierra, con tanto secreto y disimulo, que no fueron sentidos. Cuando le tuvieron abierto, á la hora en que los cristianos guardaban mas silencio, arrebujaos en sus mantas para sustraerse á la inclemencia del cielo, y no mirando á la obligacion de la milicia, especialmente la gente bisoña, que, no enseñada á semejantes trabajos, se ocupaban mas en dormir que en velar, iban echando los moros por aquel portillo á sus mugeres y niños, y les hacian tomar la vuelta de la sierra. De esta suerte se desahogaron de casi toda su gente inútil, y cuando ya no quedaba mas que la apta para la guerra, les sobrevino una noche todavía mas cómoda que las otras por la espesa niebla en que se envolvió, y en que á veinte pasos no era posible que se divisaran los unos á los otros. Recelando ya el señor don Juan la fuga del enemigo con tales noches y tan cómodo tiempo, mandó entonces que las postas perdidas se pusiesen mas arrimadas al lugar, y con todo eso los moros se aprovecharon de la favorable coyuntura por la ocasion que vamos ahora á referir.

Ya hemos dado noticia del moro Tuzani que salió de Purchena para saber la suerte de Galera, y si era muerta ó viva la hermana del Maleh: dijimos como entró allí, la halló, la enterró, y despues que en hábito de cristiano, confiado en que hablaba clara y cortesantemente el castellano, se alistó bajo las banderas del señor don Juan, y siguió su real como buen soldado. Este Tuzani, pues, con otros tres soldados, fueron por su turno en aquella noche puestos de centinelas, no muy lejos de las murallas del lugar, llevando por nombre *Santa Maria*, que les dió su sargento, como es costumbre en la guerra. Estando ya en su puesto, los tres ó cuatro soldados que le ocupan, es costumbre tambien que se repartan el tiempo de la centinela, distribuyéndole en tres pedazos, estando aquel á quien toca el primero velar poco apartado de los demas que duermen hasta el tiempo en que debe ser relevado: cuando acaba el uno se levanta el otro, y luego el que le sigue hasta que viene el dia. Estando, pues, estos soldados en el puesto que va dicho, tocó al Tuzani ser el primero á estar de centinela; y lleno de malicia, despues de haber hablado algun rato con sus compañeros, como es costumbre en tales ocasiones, les dijo: «Camaradas, duerman Vds. á su placer y sin sobresalto, mientras yo sigo la primera vigilia, que es la mas larga, pues por servirles me tomaré este trabajo, y tambien desempeñaré una parte de la siguiente, que llaman *de la modorra*, porque conozco estas tierras, y estoy enseñado á andar por ellas sufriendo el frio y la nieve, como natural de Guadix, y que he pasado mi niñez yendo detrás de los ganados. Yo tengo para esto mas resistencia que Vds., que no están acostumbrados al clima, y pasarian mucho trabajo. Si me siento fatigado, llamaré, y el que me siga concluirá el resto del tercio que le toque. De este modo pasaremos todos menos mal una noche tan penosa como esta, que yo les aseguro no están ahora los moros dispuestos para salir de su fuerte; antes bien se decia hoy en el campo, que mañana querian entregarse al señor don Juan, y esto es lo mas cierto. En cuanto á lo demas que toque al orden

de la milicia, pueden Vds. estar descuidados, que yo haré el deber por todos, si acaso acierta á venir la ronda, para que nos halle prontos y apercebidos como es razon. » Los camaradas del Tuzani se lo agradecieron, teniéndole en mucho; y como eran bisoños, é inadvertidos de la malicia que pudiera tener el consejo, se entregaron gustosamente al reposo, bien abrigados con sus ferreruelos. Luego el Tuzani, algo separado de ellos, comenzó á pasearse un rato, como lo acostumbran los soldados para no dormirse, ó no dejarse llevar del sueño, el cual estaba aquella noche muy distante de sus ojos para poner en ejecucion su mal intento.

Serian ya las once de la noche, que es el remate del primer cuarto de vigilia, y empieza el siguiente de la modorra, cuando el Tuzani, discurrendo que el bando cristiano estaria ya recogido por la aspereza del temporal, que despedia un agua nieve friísima, agitada de un viento muy recio, y viendo que todas las postas cuidaban mas de abrigarse que de velar; se acercó lentamente á sus compañeros, y los halló dormidos, de suerte que los pudiera muy bien degollar; pero al verse seguro de ellos se volvió de priesa hácia la muralla, que por aquella parte estaba mas baja, y hallándose al pié de ella, sacó del seno un pito, el cual tocó para que sirviera de señal á los moros, siendo esta la que usaban para reconocer á los de sus banderas que traian recados. Apenas hubo tocado el pito cuando desde el muro se le respondió por otro con igual disimulo: volvió el Tuzani á tocar, y fué del mismo modo correspondido, no tardando mucho en asomarse á la muralla un moro, que era el alcaide de Tijola en persona: preguntó en voz baja quién llamaba, y el Tuzani le dijo quien era, reconviniéndole sobre qué aguardaban él y la demas gente, que en una noche tan tenebrosa como aquella no se salian del lugar para salvarse de la muerte. Dijo el moro que estaban esperando saber el nombre del campo para poderse salir por entre las primeras centinelas. Al punto se le reveló el Tuzani, y luego se retiró, diciéndole que echaran por aquella parte donde él estaba para alcanzar su fin con mas comodidad. Con esto se apartó de la muralla, y volvió adonde habia dejado á sus camaradas, que aun dormian á su sabor, exento su ánimo del cuidado que aguijaba á los del lugar, y el Tuzani habia tenido.

Muy alegre el alcaide de Tijola, y maravillado del servicio del Tuzani, que muy bien le habia conocido, aunque no pudieron verse los dos por la espesura de la niebla, dió luego aviso á todos los moros y turcos que estaban en el lugar, diciéndoles, que era llegada la hora de que saliesen, porque ya tenia el nombre del campo, y declaró quién se lo habia comunicado. Todos los que conocian al Tuzani se admiraron de este atrevimiento, y aprestándose al punto para la fuga, abrieron el postigo, y echaron delante á las mugeres que quedaban, acompañadas de mancebos moros, á quienes el alcaide indicó el parage por donde habian de tirar. Aunque el temporal era tan recio, y la niebla tan densa, fueron á dar muy cerca de donde estaba el Tuzani, que sintió muy bien sus pasos; y ya habia pasado la mayor parte de los moros cuando uno de los compañeros de aquel despertó, y mirando por el que rendia la guardia, que estaba muy cerca, le dijo: «¿Es hora, señor camarada, de relevaros?»

¿ Quereis dormir ? » El Tuzani respondió : « Por Dios que aun no me ha venido el sueño, y lo debe de causar el frio. » — « Ese me ha despertado á mí, dijo el soldado, y por eso querria andar un poco, que tengo los piés como un muerto. » — « Pues, señor, paseaos, y os calentaréis, dijo el Tuzani. El soldado se comenzó á pasear por allí, y apartándose un poco, oyó el rumor que llevaban los moros; pero no pudiendo ver lo que era por la oscuridad de la noche, se volvió al Tuzani, y le dijo : « No sé qué rumor he oido á la parte del lugar, que con la espesura de la niebla no he podido descubrir ni divisar cosa alguna : no sé qué podrá ser. » El Tuzani, haciéndose el desentendido, respondió : « ¿ No sean por ventura algunos pedazos de la muralla que se vayan desprendiendo, desmenuzados por la fuerza de las balas de la artillería ? » — « Será muy posible, » dijo el soldado bisoño. Mas no tardó mucho en llegar muy cerca de ellos una tropa de moros que se habian metido demasiado hácia las postas cristianas, no pudiéndolas descubrir; y luego el compañero del Tuzani se adelantó un poco por aquella parte, y divisando los bultos, dijo : ¿ Qué gente ? Le respondieron : Amigos. — ¿ Qué amigos ? dijo el soldado; y le contestaron : *Santa Maria*. Como el soldado vió que le habian dado el nombre, se volvió al Tuzani, y le dijo lo que pasaba. El Tuzani contestó : « Sin duda es la ronda, que va visitando las postas; retírese con los amigos, que si llegaren acá, yo responderé. » Hízolo así el soldado, y el Tuzani se quedó solo, apartado un buen trecho de los demas. En todo este tiempo el escuadron morisco no dejó de ir pasando adelante.

Ya iba corrido largo espacio del cuarto de la modorra, cuando de otra posta que estaba al otro lado del lugar fué sentido el rumor de los moros por algunas chinas que rodaban y se chocaban unas con otras; y como nada se veia por la oscuridad, ni podia alcanzarse de qué provenia aquel ruido, se estaban sin tomar ninguna resolucion; mas luego un soldado viejo, que rendia el cuarto del alba, como experimentado en semejantes casos, quiso satisfacerse de todo punto; y así caminando á la parte donde se sentia el rumor, no hubo andado muchos pasos, cuando reconoció que era causado de los moros que se salian del lugar, desengañándole mas un niño que lloró en los brazos de quien le llevaba. Estando ya satisfecho de lo que era, gritó al instante : *Arma, arma, que se salen los moros del lugar*. Estas voces de arma no solamente se oyeron en aquel cuerpo de guardia, donde se tocó réciamente el tambor, sino tambien en donde estaba el Tuzani, quien principió en seguida á dar voces de *arma, arma, que se va el enemigo*, y corrió el grito hasta el cuerpo de guardia de don Lope de Figueroa. Luego se meneó todo el campo con mucha priesa, y acudieron los soldados en gran número á la parte del lugar para dar en los moros. Formóse allí una confusion babilónica, donde solo se oía *arma, arma* por todas partes, yendo los unos por un lado, y los otros por otro, sin saber ninguno lo que se habia de hacer. Don Lope, soltando media docena de mantas que tenia encima, daba voces á sus soldados para que se reconociese la causa del arma, y S. A. se levantó y quiso tambien salir, pero no le consintieron que lo hiciera. Hubo muchos cristianos que pasaron de la otra parte del lugar, y llegaban á los moros gritando *arma,*

haciendo estos lo mismo; de suerte que andaban todos turbados y revueltos, sin saber lo que habian de hacer. Hubo no pocos moros que viéndose atajados por el camino que llevaban, se volvian donde estaban los cristianos, y pasaban por medio de ellos sin ser conocidos, mediante la oscuridad de la niebla. Imagínese ahora cada uno cuál andaria la pelea en semejante ocasion, no faltando mucho para que nuestros soldados se matasen unos á otros. Como no solo era oscura la noche, sino que llovía agua nieve, y hacia un viento muy recio y frio, todo cuanto se hiciese resultaria en daño de los nuestros; y así se tuvo por mejor acuerdo tocar á recoger, por evitar un peligro tan notorio. Pero fué esta señal por demas, pues los soldados en tropel, movidos de su codicia, sin temor de la oscuridad, ni arredrados del agua nieve que caía, acometieron al lugar intrépidamente, y recorriendo la muralla dieron en el postigo que estaba abierto, y rompieron con los que aun salían. Reconociendo los moros ser cristianos los que por allí entraban, comenzaron á lidiar con ellos, haciendo el último esfuerzo para echarse fuera, porque no los matasen estando adentro. Allí se principió una vivísima escaramuza, y los soldados que ya habian entrado abrieron la puerta del lugar para que por ella entraran otros muchos y saquear las casas. Los cristianos comenzaron á quemarlas para andar seguros de los moros, si los hubiese, y levantando grandes hogueras por las calles, procuraron ver lo que andaba por ellas. Pero cuando se hizo esto quedaban ya muy pocos moros dentro del lugar, y fueron todos muertos. Sin embargo donde murieron mas fué en la llanura del rio, al tiempo de que los prófugos subian á la sierra. Venida la mañana, fué reconocido todo el pueblo, y saqueado lo que en él habia, viéndose los rastros en la nieve de la gente que se habia salido, y el camino que habian tomado, que fué á Bcares y á Sierro.

Esta fuga del enemigo se ejecutó en dia de jueves santo por la noche, y durante el asedio no sucedió otra cosa notable sino lo que ya va dicho, y tambien el que Pagan de Oria, al tiempo de reconocer á Bavarque y á Tijola la Nueva, tuvo una escaramuza con una partida de moros que venian de Purchena, y mostró en ella ser un soldado muy valeroso. Tambien se distinguió mucho Francisco Galtero, capitan de Murcia, cuando asistió con su gente á las compañías de Zamora que subieron á plantar las dos piezas de artillería, y los turcos dieron en ellos, como ya hemos declarado. Al otro dia viernes santo llegó un moro con una bandera, y dió noticia de que el Maleh habia salido de Purchena con siete compañías, y tomado la vuelta de la sierra de Filabres; por lo cual mandó el señor don Juan que marchase luego el campo á Purchena con intento de dejar en ella una buena guarnicion de soldados para que los enemigos no pudiesen volver á alojarse allí. Dejarémos, pues, al señor don Juan caminando con su ejército á Purchena al otro dia sábado, víspera de la Pascua de Resurreccion, y volverémos á decir algo sobre las cosas de los moros de Ronda.

Desbaratado y herido el Malique salió de aquella sierra y fuerte en donde estaba estrechado por el ejército del duque de Arcos. En aquella misma noche juntó gran número de soldados suyos que andaban prófugos y

descarriados como él, maldiciendo su corta ventura, y renegando de Mahoma. Alejáronse de allí gran trecho de tierra, y al otro dia por la mañana se halló el Malique con mas gente de la que pensaba; de suerte que renaciendo en él la esperanza de remedio, se fué á Rio Verde, y tomó por reparo y alojamiento una sierra que estaba allí cerca, llamada Sierra Blanquilla, muy áspera, y que sirvió de punto de reunion á todos los demas moros que andaban aun dispersos. Pero teniendo noticia el valeroso duque de Arcos de que el enemigo estaba allí muy poderoso, le fué á buscar, y llegando trabó luego con él una terrible batalla, en la cual fué muerto de un arcabuzazo el Malique, y toda su gente rompida y desbaratada. El duque los trató con dureza, porque despues de haber muerto á muchos de ellos, hizo á los demas rendir las armas, y ponerse á discrecion; bien que algunos se pudieron pasar á Africa. De este modo quedó apaciguada toda aquella tierra por el valor de su excelencia; y porque ya es razon dar fin á nuestra historia, volverémos á tratar del campo del señor don Juan, que, como hemos dicho, tomaba el camino de Purchena el sábado de la Pascua de Flores.

Habiendo llegado S. A. aquel mismo dia á Purchena, y no hallando allí á ningun moro, el Domingo de Pascua los soldados comieron bizcocho, porque no llevaba el campo otra cosa, ni tampoco se hallaba. Allí pasó el señor don Juan toda la Pascua; y despues siguió con su ejército por el rio abajo hasta Cantoria, que tambien halló yerma. De allí fué á Arboleas y Zurgena, y pasando por junto de Vera dió en un lugar que se llama Autas; en seguida fué á Sorbas y Lobrin; de allí al rio de Aguas, á Uleila del Campo, á Tabernas, al rio de Almería, y llegó á Santa Cruz y á Terque. En uno de estos dos lugares mandó S. A. que se jugasen cañas cara á cara, al uso de Jerez de la Frontera, y el juego fué muy estremado. En este punto llegó el marqués de la Fabara con otros caballeros que venian de Guadix, y llegaron hasta allí á pesar de los moros, de lo que se maravilló todo el campo. Partió de aquí el señor don Juan con su ejército, y no paró hasta Andarax, en donde se juntó con el del duque de Sesa, quien se alegró mucho de la venida de S. A., y le hizo gran recibimiento. En seguida mandó el señor don Juan reformar el campo del duque, y que su excelencia se fuera á descansar á Granada, porque estaba quebrantada su salud, quedando al mando de S. A. la gente de los dos campos.

Antes que pasemos mas adelante convendrá declarar lo que hizo el moro Tuzani andando con uniforme de soldado entre el ejército del señor don Juan. Llevaba siempre este moro en su memoria la muerte que los cristianos dieron en Galera á la hermosa Maleha, que él tanto amaba, y por quien hizo lo que ya hemos referido cuando la halló muerta. Llevaba su retrato dentro del pecho, y tenia hecho juramento de vengar bien su muerte, si la fortuna le traia á las manos el cristiano que la mató; y así andaba siempre solícito, procurando la ocasion de su venganza. Para hallarla se introducía en todas las reuniones de soldados que encontraba y como era tan bien razonado gustaban todos de su conversación. Entre las diferentes cosas que se trataban, luego introducía él mañosamente la de

la rota de Galera, diciéndoles : « Señores, entre las acciones de guerra acaso no se hallará otra de mayor mortandad de moros y moras, como la del fuerte de Galera : de mi parte confieso, que sin piedad ninguna maté por mi propia mano mas de cuarenta moras de las mas hermosas que habia en el lugar, sin contar los niños y moros, que fueron muchísimos. » Oida esta razon por los demas soldados, luego, como es costumbre, iba diciendo cada uno lo que habia hecho de muertes, robos y saqueos ; y sucedió un dia, que siguiendo este estilo de informacion, contestó un soldado al Tuzani : « Pues si vos, señor soldado, habeis muerto á tantos en la rota de Galera, sin tener compasion de las mugeres y niños, yo digo que soy de corazon duro y acerado, porque finalmente, es accion que da mucha lástima matar á una muger, en especial si es hermosa. ¿ Qué culpa tenian las cuitadas de lo que hacian los hombres ? Yo maté á una sola, y me dolió en el alma, particularmente despues que la ví muerta, y me dijeron otras moras que quedaron vivas, que aquella que yo habia matado era hermana del capitan Maleh de Purchena ; y bien parecia ella ser una mora de grande estima por los buenos vestidos que llevaba puestos, las manillas y arracadas de oro, de todo lo que yo la despojé, dejándole solamente la camisa, que era harto rica ; y esta se la dejé porque no mostrase sus carnes, quedándose desnuda. Aun me parece que la estoy viendo, y que la labor de la camisa era de seda verde y grana muy rica : otros soldados se la quisieron quitar, mas yo no lo permití, y me pesó mucho de haberla muerto, porque era la mora una de las damas mas bellas que tenia el mundo. Vive Dios, que estaba muerta, y mataba de amores á cuantos hombres la miraban, y que todos me maldecian exclamando : ¡ Mal haya el villano soldado que tal hizo, y privó al mundo de tanta hermosura ! Mira tú cuál seria, que muchos soldados y capitanes iban á verla de propósito, y algun caballero dijo : Si estuviera viva yo daria quinientos ducados por ella : otros decian, si yo la encontrara se la diera al rey, como uno de los regalos mas preciosos de este mundo. Porque, señor, el verla muerta, tendida en el suelo, con aquella camisa labrada, y los cabellos rubios como hebras de oro, esparcidos alrededor de su cuello, no parecia sino que era un ángel bellissimo. Llegó á tanto la admiracion, que un pintor afamado que viene aquí en el campo, y está en la compañía del capitan Beltran de la Peña, aquel mismo que mataron los moros en Galera, estuvo un dia entero sacando su retrato, y le salió tan al vivo, que encanta mirarle ; de manera que ya ha habido un caballero que le ofrecia por él trescientos ducados, y el pintor los desestimó como trescientos maravedis. Por esto me maldecian tanto todos, que de corrido y avergonzado tuve que huir de allí, haciendo juramento de que no me sucederia otra, porque á fe de buen soldado, tengo todavía á la pobre mora atravesada en mi corazon. »

Mucha atencion puso el moro Tuzani en las palabras del cristiano, y por ellas y las señas que daba, conoció claramente que aquel habia sido el asesino de la hermosa Maleha. Cada espresion que salia de su boca, ponderando la belleza de ella, era un agudo puñal con que le atravesaba el corazon ; y así padeció tanto en oír aquella tristísima tragedia, que al

paso que el soldado hablaba, se le iba mudando la color, y vino á perderla de tal modo, que los demas soldados lo notaron, y maravillándose le dijeron, que cómo se demudaba de aquella suerte, y si habia sentido algo, ó estaba mal dispuesto. Disimulando cuanto pudo el Tuzani, les respondió, que no se sentia bueno despues de haber bebido por la mañana un poco de agua con unas garrobas. Luego pregunta al soldado si le quedaba alguna ropa ó joya de aquella mora. «No me queda mas, respondió, de las arracadas y una sortija de oro que la quité del dedo: vendí lo demas en Baza por falta de dinero, y si ahora hallara quien me comprase dichas arracadas y la sortija, las venderia de buena gana por probar la fortuna.» — «Yo las compraré, dijo el Tuzani, y lo hago por llevarlas á Velez el Blanco, y mostrárselas á una hermana de la difunta, que está allí siendo esclava del marqués de aquella tierra.» — «Venid, pues, conmigo al rancho, las veréis, y si os contenta pagarlas, os las llevaréis,» dijo el soldado. — «Vamos allá, dijo el Tuzani, con licencia de estos señores.» Diciendo esto se marcharon el soldado y el Tuzani, y llegando al rancho sacó aquel de un zurrón unos papeles, entre los cuales estaban metidas las arracadas y el anillo; prendas que este reconoció muy bien, como que las habia visto muchas veces en poder de su dama. Mas no pudo verlas sin suspirar dolorosamente y venírsele las lágrimas á los ojos, de la ardiente pasión. Mas disimuló cuanto pudo, y preguntó qué debia dar por aquellas prendas. Concertáronse en seis escudos, aunque valian mas de veinte; pero entre soldados la necesidad y el tiempo hacen ó deshacen. Pagó luego las joyas el Tuzani y las metió en su pecho, haciendo cuenta de que allí ponía á su señora, y díjole despues al soldado, que si le placia podrian pasear un poco fuera de Andarax. Con este concierto se alejaron bastante del pueblo, y viendo el Tuzani llegada la hora de su deseo, le dijo al soldado: «¿Si yo os mostrara el retrato de aquella mora que matásteis, le conoceríais?» — «Si le viera, respondió, no hay duda de que sí, porque me parece que no ha una hora que la maté, segun la tengo en la memoria.» Metiendo entonces el Tuzani la mano en el seno, sacó del contraforro de su jubón un pergamino arrollado, y descogiéndole mostro al soldado el retrato, y le dijo: «¿Es este por ventura el rostro de la hermosa Maleha?» Poniendo el soldado los ojos en la pintura, y maravillado de la semejanza, respondió: «Este sin duda es, y me espantó de verle.» Díjole entonces el Tuzani: «Dí, pues, soldado infame, y falto de valor, ¿porqué mataste á tal belleza? Sabe que esa mora era todo mi bien, que tenia tratado de casarme con ella, y que villanamente me privaste de la única esperanza de toda mi felicidad: sabe que tengo de vengarla, y así, pon mano á la espada, y defiéndete. Sino, ya que mataste á mi esposa, ó muere, ó mátame á mí, y junta con mi sangre la de ella en los acerados filos de tu espada, triunfando de las dos vidas.» Diciendos estas palabras el Tuzani, acometió furiosamente al soldado para matarle; mas él, aunque espantado de tal novedad, no perdió punto de su ánimo, porque era valeroso, y arrostrando al Tuzani, se le opuso como un león, principiando los dos á darse de cuchilladas y batirse con el mayor esfuerzo. Mas el Tuzani sobre muy

valiente, era diestro en el manejo de la espada, y en virtud de su habilidad hirió malamente al soldado, diciéndole al mismo tiempo: «Toma, infame, el justo galardón de tu descomedimiento que te envía la hermosa Maleha, á quien mataste sin culpa.» El soldado herido de muerte cayó en el suelo, y allí el moro cruel le dió otra estocada, no menos mortal que la primera, diciéndole: «Dos heridas le diste á mi señora, y de otras dos debes morir.» En seguida envainó la espada y se retiró de allí, tomando la vuelta de la Sierra, que no estaba lejos. Mientras pasaba esto algunos soldados que andaban fuera de lugar, y no estaban lejos de allí, vieron á los dos darse de cuchilladas, y corrieron hácia ellos para ponerlos en paz; pero por pronto que llegaron, ya el Tuzani, después de haber herido malamente á su contrario, iba volando como el pensamiento hácia la Sierra. Acercándose los soldados al que quedaba herido, vieron que mostrando grande ánimo probaba á levantarse, mas luego tornaba á caer, no pudiendo tenerse en pié, y rogó á todos que le llevaran al lugar, y llamasen á un confesor. Llevado á Andarax y diciendo quién era su capitán, vinieron luego los de su compañía, se le confesó y curó con mucha diligencia, y siendo preguntado sobre quién le había herido, y por qué causa, contó el soldado todo lo que había pasado, casi en los mismos términos que se ha referido. No tardó muchas horas en morir este soldado, que se llamaba Francisco Garcés, era natural de Peal de Becerro, y seguía la guerra con otros amigos á sus aventuras, sin sueldo alguno.

El Tuzani se metió en la sierra á eso de las cuatro de la tarde, y con la oscuridad de la noche se volvió á Andarax, donde ya le habían echado de menos sus camaradas por no haberle visto después de comer; y preguntándole dónde había estado, respondió que jugando, sin declarar nada de lo que había pasado. Entonces se mudó de vestido y andaba paseándose por el real sin que nadie le conociese, porque donde había quince ó veinte mil hombres, era fácil no dejarse conocer. Sucedió un día que yendo el Tuzani por las inmediaciones del alojamiento del señor don Juan, fué conocido de aquel moro que llegó de Purchena con bandera de paz el viénes santo que se ganó á Tijola, dando aviso de que el Maleh se había marchado de Purchena con siete banderas. Este, pues, había tratado antes mucho al Tuzani, y aun entre los dos mediaba amistad; por lo cual, aunque andaba vestido con uniforme de cristiano, no por eso dejó de reconocerle, y mostrando grande alegría se fué en derecha á abrazarle, no sabiendo que andaba oculto. El Tuzani sobresaltado le dijo en algarabía que callase, y no le descubriese, porque en todo el campo se le tenía en el concepto de cristiano viejo. Disimuló por entonces el moro de Purchena, y dijo á algunos que le habían visto abrazar al Tuzani, que le conocía de su tierra por haberse criado en ella; y que allí todos los cristianos viejos entienden la algarabía. De este modo se apartaron de los demás, y los dos anduvieron tres ó cuatro días juntos, durante los cuales el Tuzani contó al moro de Purchena todo lo que le había pasado desde que salió de allí, y cómo había muerto al soldado que quitó la vida á la hermosa Maleha, encargándole mucho el secreto.

Espantado de cuanto oía el moro de Purchena, y principalmente de que diese á los moros de Tijola la noche de su evasión el nombre del campo cristiano, que era *Santa Maria*, como jamás en los moros se halló buena fe, ni estabilidad en una cosa, luego determinó este dar cuenta á S. A. de cuanto el Tuzani le habia dicho, y poniéndolo por obra, buscó al señor don Juan, y le dijo: « Sepa V. A. que en el campo anda un moro, llamado el Tuzani, en hábito de cristiano, el cual hace saber á los moros todo cuanto pasa en el ejército, y habrá dos dias que mató á un soldado, porque habia muerto á la hermana del Maleh en la entrada de Galera. Guárdese de él V. A., porque es hombre sagaz y de agudo ingenio, y mándele luego prender y dar muerte, que la tiene bien merecida por haber dado el nombre de la guarda del campo á los enemigos, poniéndole en peligro de perderlo todo, si Dios por su bondad no lo estorbara. »

Se quedó maravillado S. A. de lo que aquel moro le contaba, y no queriendo que hubiese en el campo una persona que le pudiera dañar y hacer traicion, le mandó que con toda diligencia y maña buscara al Tuzani, y le atrajera de modo que le pudiese prender. El morisco de Purchena prometió que así lo haria, y anduvo buscándole dos dias por todo el campo sin poderle hallar, hasta que al tercero le vió, y preguntó en seguida donde habia estado. El Tuzani le respondió, que en su posada, sin haber salido de Andarax; y deseoso este de saber para qué le buscaba, le habló el de Purchena de este modo: « Ya sabes, amigo, que de mi propia voluntad vine á ponerme en las manos del señor don Juan, y le conté cómo el Maleh se habia ido á Filabrés con siete banderas, pensando pasar de allí á juntarse con Avenabó. Ahora, pues, tengo que tratar ciertas cosas con el señor don Juan, y quisiera que estuvieses delante para que como hombre advertido terciaras en algo de lo que dijere. » El Tuzani, hombre leal, y que tenia en mucho los deberes de la amistad, dijo que de buena gana le acompañaria cuando le pareciese conveniente ir á hablar con S. A. El de Purchena mostró que le importaba hacerlo cuanto antes, y así el Tuzani y él juntos fueron en seguida al alojamiento del príncipe, quien estaba á la sazón acompañado de muchos caballeros, y entre ellos los tres maeses de campo Antonio Moreno, don Pedro de Padilla, y don Lope de Figueroa, además de don Francisco de Velasco, que era aquel que vino al campo del duque de Sesa con órdenes de S. M. para contribuir en cuanto pudiese á que por buenos modos tuviese fin aquella guerra. Estábase tratando de ir á buscar al enemigo alojado en Velez, y se habia acordado hacer tres partes del ejército, para que cada una de ellas buscara por distinto rumbo á Avenabó, y no descansara mientras no acabase con él, yendo dejando por cada lugar gente de presidio, á fin de que en adelante los moros no pudieran alojarse en poblado. Estando en esto llegaron el moro de Purchena y el Tuzani, y dijeron al capitán de la guardia que querian hablar con S. A. sobre negocios que le cumplan. El capitán entró luego el recado, y mandándoles entrar, dijo el moro de Purchena despues de haber hecho su mesura: « Esclarecido príncipe, este es el camarada de quien tengo hablado á V. A., y ambos venimos juntos á

suplicarla, que si se digna de prestarnos atencion tratarémos de ciertas cosas importantes. » El señor don Juan conoció luego al morisco, y como estaba ya advertido de lo que se trataba, mandó al capitan de la guardia que prendiera al instante á aquel soldado que venia con el moro, y le tuviese á buen recaudo : hizolo así el capitan quitándole las armas. Luego entendió el Tuzani que aquel morisco le habia vendido ; pero no perdió por eso un punto de su ánimo, sino que preguntó al príncipe con modestia, porqué le mandaba prender. El señor don Juan le preguntó allí delante de todos de dónde era ; y el Tuzani, conociendo que ya S. A. estaria informado de esto por el morisco, no quiso negar la verdad, antes bien con ánimo esforzado respondió, que era natural de un pueblo llamado Finis, situado entre Cantoria y Purchena, que era caballero, y se llamaba el Tuzani. Preguntóle el señor don Juan, porqué siendo morisco andaba con uniforme de soldado entre las banderas cristianas. El Tuzani respondió así : « Señor, sabrá V. A. que tomé este hábito por matar á un villano que vilmente asesinó á la muger mas bella de este mundo en la entrada de Galera, habiéndola podido cautivar, y esta señora era mi esposa. Yo juré buscar al soldado para darle muerte, y habrá dos dias que le encontré en este campo y le maté, no muy lejos del lugar donde estamos. Esta es la verdad, haga ahora V. A. de mí lo que sea servido, que si muero iré de esta vida consolado, pues vengué la muerte de mi señora, que era lo que mas deseaba en este mundo. Y aun tengo esperanza en Dios, que la he de ver despues de muerta, y estoy seguro de que no tendrá queja de mí habiéndola vengado ; mas he de morir cristiano, que en esta fe tambien murió mi señora, porque estábamos convenidos en que yo la sacaria de Galera y llevaria á Murcia, donde habíamos de vivir casados aguardando el fin de esta guerra. Con estas miras rogó ella á su hermano el Maleh que la dejara venir á Galera con achaque de ver á unos parientes que allí vivian, á fin de que tuviésemos una jornada mas breve que hacer. No quiso el hado que así fuese, porque unos traidores levantaron á Galera, y dieron motivo á que V. A. con su ejército la entrara, y muriese allí mi señora. Yo mismo fui á buscarla, la hallé muerta, y con lágrimas piadosas la dí tierra : escribí encima de la sepultura su epitafio y mi dolor ; juré vengarla, la vengué, y me puse este trage de cristiano, porque lo soy : he seguido tus reales banderas, y me mandas prender ; si muero, moriré consolado, mandándolo un príncipe tan esclarecido. Mas en este caso una sola cosa suplicaré á tu grandeza, y es que guardéis este que es el retrato de mi señora, no caiga en manos villanas é indignas de tocarle, juntamente con estas tres joyuelas, que aunque sean en sí de poco valor, tienen infinito precio habiendo sido suyas. » Dijo esto el Tuzani sin mudarse la color de su rostro, y metiendo la mano en el seno, é hincando la rodilla, sacó de él el pergamino y las joyas que alargó al príncipe. S. A. estaba maravillado de la serenidad con que el Tuzani habia contado su historia, y compadecido de su mala fortuna se llegó á él, tomó el pergamino, las arracadas y la sortija, que estaban muy bien envueltas en un papel, y el Tuzani al tiempo de entregárselas á S. A. lanzó de lo íntimo de sus entrañas un profundísimo suspiro, como si entre-

gando el retrato y las joyas , diera á su señora misma , y con ella el corazón. El señor don Juan descogiendo el pergamino vió el retrato de la hermosa Maleha , y maravillado de una belleza tan peregrina , le mostró á todos los caballeros que allí estaban , los cuales admirados tanto de la hermosura de la mora , como del verdadero amor que el moro la tenia , y de la entereza que habia mostrado recitando su historia sin turbarse delante del príncipe , dijeron que el Tuzani no era digno de muerte , y que habia obrado como caballero y soldado valeroso vengando el asesinato de dama tan hermosa. Cada uno de ellos aseguraba que en tal caso hiciera otro tanto , y que fué digno de ser muerto á manos del amante el soldado villano que habia muerto á la hermosa Maleha , por lo cual habiendo cumplido el moro con su deber , lejos de merecer castigo era digno de ser tenido en mucho.

El señor don Juan viendo que todos aquellos capitanes y maeses de campo abonaban el valor del Tuzani , y que su juicio propio era conforme al parecer de ellos en cuanto á su entrada en Galera , despues de dos dias ganada , y sobre haber vengado la muerte de su dama , le hubiera perdonado en seguida ; pero se le puso por delante que habia manifestado á los moros de Tijola , estando él de guardia , el nombre en que tenia confiada su seguridad todo el campo ; y así delante de todos aquellos caballeros le dijo al Tuzani , que solo por eso era digno de que se le hiciera cuartos. Este entonces exento de temor y con serenidad respondió á S. A. diciendo : « No niego , valeroso príncipe , que el acto es digno de muerte tomándolo así , y sin consideracion á lo que fué intentado ejecutándole , y al fin que se pudo proponer ; pero si se mira y saca de raiz el intento con que se hizo , se hallará que el haber dado dicho nombre á los moros de Tijola , fué en provecho y utilidad del ejército de V. A. , porque si no se les diera entonces , no se ganara la plaza en ciento , ni en doscientos dias , respecto a que se aguardaba como muy próximo el socorro de Avenabó , que teniendo treinta mil hombres de pelea , hubiera dado á V. A. mucho en qué entender. Yo sabia que su pujanza es grande , y así con mi poca discrecion de milicia procuré que los de Tijola abandonasen el fuerte en que Avenabó y todos los suyos tenian puestos los ojos para su remedio , en tanto que llegaba el refuerzo de Africa , que efectivamente llegó al otro dia á Castil de Ferro , y no desembarcó , porque estaba batiendo á aquella plaza el duque de Sesa. Considerando todas estas circunstancias , quise , aunque hice mal de no dar antes parte de mi intento á V. A. , como era razon , evitar el daño de los cristianos , y asegurar el provecho que se les seguia de dejar los moros á Tijola. Yo es verdad les dí el nombre , y con esto los engañé para que abandonaran la fortaleza fugándose en aquella tenebrosa noche. Cuando sentí que casi nadie quedaba ya en el pueblo , grité *arma* por la parte de mi cuartel , habiendo oido que de otra parte se habia sentido la fuga de los moros por el tercio de Nápoles. Movióse en seguida todo el campo , á pesar de la oscuridad de la noche ; se tomó el fuerte , y los que primero allí entraron fueron los de mi tercio , que es el de don Lope de Figueroa , y yo con ellos : yo fui el primero que puse fuego á las casas é hizo hogueras , para que los cristianos pudiesen

ver lo que obraban y reconocieran á los moros : estos y sus mugeres se fueron dejando algunas reliquias suyas en tus poderosas manos : allí quedó muerto el alcaide de Tijola ; y aun cuando se salvaron dos mil personas, quedó á V. A. lo principal, que era aquel fuerte en donde los moros, como tengo dicho, tenían puesta su esperanza. Sabed, señor, en compensacion de los que se fueron por mi causa, que de hoy en tres dias se pondrá en tus reales manos rendido todo el poder de Avenabó ; y en esto no cabe duda, porque yo lo sé del Maleh que estuvo anoche en tu campo sin ser conocido de otro ninguno mas que yo, quien preguntándole á que habia venido, me respondió que á reconocer tu ejército. Se espantó de verle, y salió amedrentado diciendo, que á pesar de Avenabó vendria él á rendir las armas, y haria que todo el reino se sometiese á tu obediencia. Lloró conmigo su desventura el valeroso capitan, arrepentido del mal término que ha usado con su rey y señor : yo lloré con él mi desdicha y la muerte de su querida hermana, mi señora : esto es lo que hay de cierto, y así, soberano príncipe, si me has de dar la muerte, sea pronto, y no me la dilates, porque se alargan mis penas, cuando saldré de todas ellas si luego me la das. » Aquí no pudo dejar el Tuzani de mostrar un vivo sentimiento, dando sus ojos testimonio de lo mucho que padecia. Viéndolo don Lope, y considerando el valor de tan buen soldado, se levantó echando dos ó tres por vidas, y dijo : « El soldado ha dado gran descargo de su persona, y no tiene por qué morir ; yo le quiero en mi compañía y que siga mis banderas. Mande V. A. que sea libre y se le devuelvan sus armas, que voto á tal, que si alguno matara á mi dama, no me contentaria con matarle á él solo, sino á todo su linage. » El príncipe, en vista de lo que don Lope y todos los demas que allí estaban decian, mandó soltar al Tuzani y que se le dieran sus armas. Entonces don Lope le dijo : « Amigo, militad bajo de mis banderas, que yo me precio de llevar en ella soldados semejantes. Para que me sigais con mas voluntad me llevaré el retrato de vuestra dama, que estando en mi poder podeis hacer cuenta de que está en el vuestro, y le haré poner en tabla para que no se maltrate. » El Tuzani respondió : « Bien sé, ínclito Marte, que así estará la causa de mi bien y de mi mal en tu poder, mas desde ahora hago cuenta de que pierdo á mi señora y que no la veré mas : prometo servirte como leal soldado en todas ocasiones, aunque temo que ataje la muerte mi carrera, no viendo el retrato de mi dama. » Don Lope, como hombre que sabia muy bien lo que era estar amartelado, considerando que la falta del retrato podria causar al soldado una profunda melancolía, que tras ella cayese en la desesperacion, y le causara una muerte repentina, le llamó, y le entregó su retrato diciendo : « Yo ya sé lo que son estas cosas : tomad vuestro retrato, y guardadle para vuestro alivio y consuelo ; pero atended á andar siempre en mi compañía y cerca de mi persona, pues haré cuenta de que llevo con vos un amigo valeroso : ahora salíos fuera, y aguardad hasta que yo salga. » El señor don Juan mandó dar sus arracadas al Tuzani, quien se salió del aposento, dejando á todos admirados de su noble proceder y mesura. El otro moro que le habia vendido, pesaroso ya de lo que habia hecho, y con temor del Tuzani, se salió aquella noche de An-

gando el retrato y las joyas , diera á su señora misma , y con ella el corazón. El señor don Juan descogiendo el pergamino vió el retrato de la hermosa Maleha , y maravillado de una belleza tan peregrina , le mostró á todos los caballeros que allí estaban , los cuales admirados tanto de la hermosura de la mora , como del verdadero amor que el moro la tenia , y de la entereza que habia mostrado recitando su historia sin turbarse delante del principe , dijeron que el Tuzani no era digno de muerte , y que habia obrado como caballero y soldado valeroso vengando el asesinato de dama tan hermosa. Cada uno de ellos aseguraba que en tal caso hiciera otro tanto , y que fué digno de ser muerto á manos del amante el soldado villano que habia muerto á la hermosa Maleha , por lo cual habiendo cumplido el moro con su deber , lejos de merecer castigo era digno de ser tenido en mucho.

El señor don Juan viendo que todos aquellos capitanes y maeses de campo abonaban el valor del Tuzani , y que su juicio propio era conforme al parecer de ellos en cuanto á su entrada en Galera , despues de dos dias ganada , y sobre haber vengado la muerte de su dama . le hubiera perdonado en seguida ; pero se le puso por delante que habia manifestado á los moros de Tijola , estando él de guardia , el nombre en que tenia confiada su seguridad todo el campo ; y así delante de todos aquellos caballeros le dijo al Tuzani , que solo por eso era digno de que se le hiciera cuartos. Este entonces exento de temor y con serenidad respondió á S. A. diciendo : « No niego , valeroso príncipe , que el acto es digno de muerte tomándolo así , y sin consideracion á lo que fué intentado ejecutándole , y al fin que se pudo proponer ; pero si se mira y saca de raiz el intento con que se hizo , se hallará que el haber dado dicho nombre á los moros de Tijola , fué en provecho y utilidad del ejército de V. A. , porque si no se les diera entonces , no se ganara la plaza en ciento , ni en doscientos dias , respecto a que se aguardaba como muy próximo el socorro de Avenabó , que teniendo treinta mil hombres de pelea , hubiera dado á V. A. mucho en qué entender. Yo sabia que su pujanza es grande , y así con mi poca discrecion de milicia procuré que los de Tijola abandonasen el fuerte en que Avenabó y todos los suyos tenian puestos los ojos para su remedio , en tanto que llegaba el refuerzo de Africa , que efectivamente llegó al otro dia á Castil de Ferro , y no desembarcó , porque estaba batiendo á aquella plaza el duque de Sesa. Considerando todas estas circunstancias , quise , aunque hice mal de no dar antes parte de mi intento á V. A. , como era razon , evitar el daño de los cristianos , y asegurar el provecho que se les seguia de dejar los moros á Tijola. Yo es verdad les dí el nombre , y con esto los engañé para que abandonaran la fortaleza fugándose en aquella tenebrosa noche. Cuando sentí que casi nadie quedaba ya en el pueblo , grité *arma* por la parte de mi cuartel , habiendo oido que de otra parte se habia sentido la fuga de los moros por el tercio de Nápoles. Moviése en seguida todo el campo , á pesar de la oscuridad de la noche ; se tomó el fuerte , y los que primero allí entraron fueron los de mi tercio , que es el de don Lope de Figueroa , y yo con ellos : yo fui el primero que puse fuego á las casas é hizo hogueras , para que los cristianos pudiesen

ver lo que obraban y reconocieran á los moros : estos y sus mugeres se fueron dejando algunas reliquias suyas en tus poderosas manos : allí quedó muerto el alcaide de Tijola ; y aun cuando se salvaron dos mil personas , quedó á V. A. lo principal , que era aquel fuerte en donde los moros , como tengo dicho , tenían puesta su esperanza . Sabed , señor , en compensacion de los que se fueron por mi causa , que de hoy en tres dias se pondrá en tus reales manos rendido todo el poder de Avenabó ; y en esto no cabe duda , porque yo lo sé del Maleh que estuvo anoche en tu campo sin ser conocido de otro ninguno mas que yo , quien preguntándole á que habia venido , me respondió que á reconocer tu ejército . Se espantó de verle , y salió amedrentado diciendo , que á pesar de Avenabó vendria él á rendir las armas , y haria que todo el reino se sometiese á tu obediencia . Lloró conmigo su desventura el valeroso capitan , arrepentido del mal término que ha usado con su rey y señor : yo lloré con él mi desdicha y la muerte de su querida hermana , mi señora : esto es lo que hay de cierto , y así , soberano príncipe , si me has de dar la muerte , sea pronto , y no me la dilates , porque se alargan mis penas , cuando saldré de todas ellas si luego me la das . » Aquí no pudo dejar el Tuzani de mostrar un vivo sentimiento , dando sus ojos testimonio de lo mucho que padecia . Viéndolo don Lope , y considerando el valor de tan buen soldado , se levantó echando dos ó tres por vidas , y dijo : « El soldado ha dado gran descargo de su persona , y no tiene por qué morir ; yo le quiero en mi compañía y que siga mis banderas . Mande V. A. que sea libre y se le devuelvan sus armas , que voto á tal , que si alguno matara á mi dama , no me contentaria con matarle á él solo , sino á todo su linage . » El príncipe , en vista de lo que don Lope y todos los demas que allí estaban decian , mandó soltar al Tuzani y que se le dieran sus armas . Entonces don Lope le dijo : « Amigo , militad bajo de mis banderas , que yo me precio de llevar en ella soldados semejantes . Para que me sigais con mas voluntad me llevaré el retrato de vuestra dama , que estando en mi poder podeis hacer cuenta de que está en el vuestro , y le haré poner en tabla para que no se maltrate . » El Tuzani respondió : « Bien sé , ínclito Marte , que así estará la causa de mi bien y de mi mal en tu poder , mas desde ahora hago cuenta de que pierdo á mi señora y que no la veré mas : prometo servirte como leal soldado en todas ocasiones , aunque temo que ataje la muerte mi carrera , no viendo el retrato de mi dama . » Don Lope , como hombre que sabia muy bien lo que era estar amartelado , considerando que la falta del retrato podria causar al soldado una profunda melancolía , que tras ella cayese en la desesperacion , y le causara una muerte repentina , le llamó , y le entregó su retrato diciendo : « Yo ya sé lo que son estas cosas : tomad vuestro retrato , y guardadle para vuestro alivio y consuelo ; pero atended á andar siempre en mi compañía y cerca de mi persona , pues haré cuenta de que llevo con vos un amigo valeroso : ahora salíos fuera , y aguardad hasta que yo salga . » El señor don Juan mandó dar sus arracadas al Tuzani , quien se salió del aposento , dejando á todos admirados de su noble proceder y mesura . El otro moro que le habia vendido , pesaroso ya de lo que habia hecho , y con temor del Tuzani , se salió aquella noche de An-

darax , y se fué á Valor, donde estaba Avenabó. De allí adelante el Tuzani se llamó Fernando de Figueroa, y anduvo siempre en compañía de don Lope , hallándose en la Naval, en la de Matrique, y en todas aquellas ocasiones en que se halló su capitan, no dejándole hasta que murió en Monzon. Entonces el Tuzani se vino á Villanueva de Alcardete, donde estaban los moriscos de Velez el Rubio, porque allí tenia sobrinos hijos de hermanos, y yo propio procuré verle yendo á Madrid en solicitud de un privilegio para un libro mio. Como yo estaba ya informado por algunos moriscos de la historia del Tuzani, tuve especial cuidado de buscarle y hablarle, y él me dió esta relacion que hemos contado. Ví el retrato de la hermosa Maleha, que le tenia puesto en tabla, y me pareció el rostro mas hermoso del mundo : en medio de ser pequeño tenia al rededor un letrero en arábigo, que decia así :

Day fati Maleha aynia,

que en castellano quiere decir : *Señora hermosa de mis ojos.*

Volvamos ahora á nuestra historia para darla fin, ya que nos aguarda Avenabó lleno de mil pensamientos y temeroso de la muerte, con intencion de rendir las armas al señor don Juan ; pero antes dirémos un romance que se hizo á lo pasado, y es como sigue :

Aquel castillo famoso,
Que es de Tijola la Vieja,
El de Austria con su poder
Estrechamente le asedia.
Con tres tercios le han ceñido
Por el llano y por la sierra :
Al mediodia don Lope
Planta y hace su trinchera ;
A la parte tramontana
Don Pedro Padilla asienta
Su tercio muy sagazmente,
Como aquel que lo entendiera ;
El buen Antonio Moreno
Dentro en Tijola la Nueva,
Donde asiste el buen don Juan
Con la gente aventurera.
En el un tercio y el otro
Parece una y otra seña,
Trinchera se hacen luego,
Plataformas á gran priesa ;
Plántanse doce cañones
Para que batan la tierra,
Sin otros dos que se ponen
En medio de una ladera.
Mas al plantar estos dos
Grande escaramuza hubiera,
Porque los moros lo estorban,
Y los nuestros perseveran :
Los cuales son zamoranos,
Tambien de Toro y su tierra ;
Mas por ser los moros muchos

Van perdiendo la ladera.
Los socorre un capitan
De Murcia con su bandera,
Francisco Galtero ha nombre,
El cual puesto en la pelea
Hizo tanto, y pudo tanto,
Que se plantan las dos piezas,
A pesar del bando moro
Que procura defenderlas.
La tierra se bate luego,
Las balas dan en las peñas,
Y en las torres y murallas
No hacen ninguna mella,
Por estar muy encajada
La obra y cimiento en ellas.
Treinta dias se han pasado ;
Los moros salirse acuerdan
Una noche fria, oscura,
Cual al caso conviniera.
Llegó una noche cerrada,
Que llueve, ventisca y nieva,
Con terrible oscuridad,
Que la causara una niebla :
El nombre hurtan al campo,
Que el Tuzani se lo diera.
Con esto el moro se sale
Marchando para la sierra ;
Mas no acaban de salir
Cuando alarma se dió recia :
Todo el campo se alborota,
A la muralla se allega,

Y con un valor terrible
Se gana y toma la tierra.
Los de Lorca los primeros
Por la muralla atraviesan,
Y ponen fuego á las casas,
Haciendo grandes hogueras,
Porque viesen los cristianos
Con quien tienen la pelea.
Las dos eran de la noche
Cuando cristianas banderas,
Puestas en el alto alcázar,
Que el aire las tremolea,

España, España, diciendo
Toda la gente de guerra,
La nueva y vieja Tijola
Por el rey Felipe quedan.
Jueves santo fué en la noche
Cuando este asalto se diera :
El campo se fué á Andarax,
Donde está el duque de Sesa,
El cual recibió muy bien
Con su campo al de su alteza.
El duque se fué á Granada,
Y el de Austria en Andarax queda.

CAPITULO XXV.

El capitan Habaquí pide paces á S. A.; trátase sobre ello, y se da fin á la guerra.

Triste, pensativo, y muy corto de esperanza andaba el moro Audalla Avenabó al ver cuán mal se entablaban sus cosas, y que desmayando sus gentes, no curaban ya de las armas, especialmente cuando llegaron las nuevas de la pérdida del castillo de Tijola, donde todos tenían puesta su última esperanza : viendo que el turco no le asistía, que el de Marruecos no le había escrito, y que se había vuelto á Argel el socorro que le vino de allí : que el hermano del rey de España don Felipe estaba en Andarax, y había juntado con su ejército el del duque de Sesa : que ya todas sus cuadrillas y capitanes no parecían, ni osaban parecer por los caminos, huyendo de oír el llanto de las mugeres y niños que andaban descarriados; no osando entrar en poblado, sino viviendo en las sierras y montes como animales, curtidos de frío, de las nieblas y soles, ateridos de hambre, y con muy corta esperanza de remedio; perdió de todo punto el ánimo, y dió de mano á la guerra, no permitiendo que por su causa se perdiesen tantas vidas. Así mandó llamar á consejo de guerra, y estando juntos todos los capitanes que á la sazón se hallaban en su campo, con las palabras mas tristes y sentidas les habló de esta manera :

« Valerosos capitanes, que habeis sostenido con tanto trabajo esta peligrosa guerra, sabed, que reconozco no ha podido hacerse mas de lo que hemos hecho, y que hemos llegado al fin de ella, sin poder llevar mas adelante nuestras esperanzas. El socorro que nos vino de Argel, se volvió sin tomar tierra en parte alguna; el turco no ha dado muestras de venir ni de querer saber en qué estado está la guerra; los reyes de Fez y Marruecos no han tenido consideracion ninguna de nuestros trabajos; y así en tal situacion, faltándonos estos socorros, mal podremos salir con lo pretendido. Los enemigos nos han tomado todas las fortalezas, y han puesto bastante gente de presidio en todos los lugares importantes : nos han asolado los panes, nos han llevado los ganados, nos faltan los bastimentos, y el hambre nos hace ya mas guerra que las

armas : las mugeres y las criaturas padecen , y dicen que mas quieren morir ó ser cautivas , que tolerar mas tiempo su triste suerte. Por tanto, amigos y compañeros míos, tengo por conveniente que rindamos las armas al hermano de Felipe , á quien Dios presta tan soberana ventura : acábase de una vez los llantos, los sollozos, los suspiros y las muertes, suba el de Austria al punto sublime de la fortuna que el alto cielo le concede. Mas yo no tengo de rendirme á las banderas cristianas , porque así lo tengo jurado por Mahoma : me pasaré á Africa con el bando turco , y allí aguardaré el fin de mis dias. Búsquese á los que quedaren la salud y la paz que tanto desean; y para esto vaya el capitán Habaquí, que es hombre que sabrá tratar con el hermano del rey un caso de tanta gravedad. Lo primero que pida sea , que al bando turco se le den bajeles para que con toda seguridad pase al mar Líbico, sin que ningun daño se le haga en España, y que á los granadinos se les mantenga en sus tierras sin tomarles las haciendas. Haciendo esto el hermano de Felipe , serán luego firmadas y ratificadas las deseadas paces : este es mi dictámen y la última esperanza que nos resta. Ahora diga cada uno lo que siente sobre mi parecer : si es bueno, tómese; y si no, pase la guerra adelante, pues yo con morir correspondo á los inmensos trabajos que puedan sucedernos.»

Oido el razonamiento de Audalla Avenabó, todos los capitanes, así turcos como moros granadinos, tuvieron por acertado el designio de hacer las paces , como el único para que cesaran los trabajos y pesadumbres de que andaban todos tan cargados. Se acordó tambien procurar el bien de Avenabó para que no pasase á Africa sujeto á vivir en tierras ajenas; y concluido este acuerdo en el consejo de guerra para ajustar el tratado, se le dió al Habaquí una carta credencial, firmada y sellada de la mano de Avenabó. Luego que se estendió por todo el campo la voz de que se trataban medios de paz, el júbilo fué general, especialmente de parte de las mugeres que lloraban de alegría, y ya quisieran que estuviera todo concluido : mas largo se les hacia aquel corto espacio de tiempo que quedaba de trabajos, que todos los pasados durante los dos ó tres años de la guerra. Los moros granadinos deseaban verse en sus lugares, y quietos en sus casas como antes solian, y arrebatados de esta dulce esperanza, unos arrojaban las armas por el suelo, otros lloraban de contento, y otros alzaban las manos al cielo, dando gracias á Dios por la merced que les hacia en acarrearles la paz : ya quisieran que el Habaquí hubiese partido al real de los cristianos para tratar de tan saludables medios. Con efecto luego salió este para Andarax, no menos deseoso que los demas de su bando de que Dios trajese á buen fin su negociacion, y en su compañía fueron solamente dos moriscos amigos suyos, llevando una bandera blanca en señal de paz. Cuando el Habaquí llegó cerca del campo de los cristianos, fué muy pronto observado y reconocido; por lo cual se pasó aviso al señor don Juan de que venian tres moros de paz con una bandera blanca. Mandó S. A. que en llegando los llevasen á su posada; y con efecto el Habaquí se presentó á caballo con sus dos compañeros, muy bien aderezados todos, y preguntando por el señor don Juan, rogó que le dijiesen á S. A. de parte del Habaquí, que venia á besarle los piés y

tratar un negocio de alta importancia. S. A. mandó luego que entrase, y en seguida el Habaquí apeándose de su caballo, se dirigió á la posada del príncipe, acompañado de algunos capitanes y soldados que salieron á recibirle de órden de S. A. Luego se hincó de rodillas ante la real presencia del señor don Juan, y se bajó para besarle los piés; mas S. A. no lo consintió, antes levantándole del suelo le dijo, que fuese bien venido, y declarase el fin de su embajada. El discreto Habaquí, sin turbacion de rostro, antes bien mostrándole muy sereno, con palabras llenas de admirable facundia, habló de esta suerte:

« Honor y gloria del valor hispano,
 Hijo de Cárlos ínclito famoso,
 A quien el alto cielo le apercibe
 Mil glorias inmortales y trofeos,
 Que la fortuna muestra el rostro alegre
 Y le señala en su movible rueda
 Lugar sublime puesto en lo mas alto;
 Yo soy el Habaquí, si en algun tiempo
 Mi nombre oíste andando en estas guerras,
 Porque tambien el hado á mí me puso
 En lista infame, y torpe desvarío,
 Haciéndome seguir injustas causas
 Siguiendo las banderas de los reos.
 Mas ya de todo el caso arrepentido,
 Con firme fé, y propósito, me pongo
 Delante de tu real acatamiento,
 Trayendo de Avenabo aquesta carta,
 Porque por ella entiendas mi venida,
 Y que lo que tratares será cierto.
 Audalla, pues, te besa piés y manos,
 Y pide no se niegue tu clemencia
 Al reino de Granada, que humillado
 Y muy arrepentido la demanda,
 Y quiere reducirse y entregarse
 De toda voluntad á tu grandeza.
 Las armas rinden, póstranse las gentes,
 Perdon demandan de sus grandes yerros,
 Con lágrimas lo piden muy humildes:
 Los niños y mugeres ya te llaman
 Con lágrimas crecidas y gemidos,
 Y dicen que en tus manos quieren todos
 Morir, y no vivir en los desiertos
 Pasando hambres, muertes y trabajos.
 Pues, ínclito varon, invicto Marte,
 La guerra cese, cese la ruina,
 Revuelvan las banderas á las astas,
 Los parches de las cajas no se toquen,
 Los pífanos no suenen, ni las trompas,
 La pólvora no haga mas estruendo,

Los ecos por los valles no resuenen
 De la arcabuceria disparada,
 El humo de las piezas no parezca
 Al cielo remontado como nubes:
 Ya no los acerados hierros hagan
 Verter la roja sangre por los campos,
 Su templo Jano cierre, y á sus puertas
 De la Discordia el cuerno mas no suene;
 Haya paz, haya bien, haya contento,
 Todo se allane, todo sea justo.
 Paz y clemencia, príncipe, clemencia:
 Mirad al fuerte César vuestro padre,
 Que de ella se preció muy grandemente:
 Con los vencidos era muy piadoso.
 No mas Marte, señor, no haya mas Marte:
 Felipe viva, viva tu grandeza,
 Vasallos somos todos como antes:
 Esténse como de antes las haciendas,
 Esténse como de antes los lugares,
 Las fardas como de antes contribuyan:
 El bando turco pase allá en la Libia,
 Y lleve tu licencia, y no le dañen;
 Pase á Argel, embárguese al momento:
 Quede Avenabó puesto ya en tu gracia.
 Aquestas condiciones solas pido,
 Y ruego á tu grandeza las conceda
 Con una piedad cual esperamos
 Que un hijo de tal César nos otorgue.
 Olvídense los males cometidos,
 Y pónganse en olvido las traiciones:
 Advierte, gran señor, que Dios no quiere
 Que muera el pecador, sino que viva;
 Y que de sus errores se arrepienta,
 Dispuesto á enmendarse de sus culpas.
 Pues, príncipe, no mas, ya no mas digo;
 A lo que vine he dicho, no me vaya
 De tí desconsolado, ni arrojado,
 Pues es de tu grandeza real costumbre
 Dar el perdon al triste que le pide.»

Estas razones dijo el valeroso capitán Habaquí á S. A. delante de muchos caballeros y capitanes, dejándolos muy satisfechos de su buen porte, y mas alegre que todos al señor don Juan en saber que los moros de Granada querian reducirse y rendir las armas: considerando que S. M.

holgaria de ello , pues habia mandado , que por los mejores medios que se pudiese feneciera la guerra , y que los moros fuesen acogidos á misericordia. Así el señor don Juan mostrando el rostro alegre , respondió al Habaquí con suaves palabras lo siguiente.

« Mucho me huelgo , Habaquí , capitan valeroso , de conoceros personalmente , pues de fama ya tenia de vos larga noticia y tambien de vuestras cosas ; porque no habeis sido pertinaz en la rebelion , y por vuestra parte habeis hecho reducir al verdadero conocimiento de su obligacion á los mas mirados gefes , reprendiendo sus malas inclinaciones. Tengo bien entendido que si Avenabó se rinde , es mas por vuestra persuasion que por su voluntad. Mas sea como se fuere , digo , que yo confirmo las paces , y doy mi palabra , en nombre de mi señor el rey , de que los moriscos serán muy bien recibidos por mí con aquella afabilidad que Dios manda y la grandeza real de S. M. requiere : que serán regalados , traídos á su gusto , y sus haciendas , dinero , joyas y ropas , todo les será guardado , sin que nadie les quite , pida , embargue , ni estorbe cosa que sea en su daño : que los turcos se podrán ir embarcándose en Castil de Ferro libremente , sin que nadie los enoje ni perturbe su pasage. Esto pudiera haberse hecho muchos dias antes de ahora , y no hubieran ellos pasado tantos males , ni sucedido tantas muertes , así de la una parte como de la otra. En esta atencion , pues , ya que vos , buen capitan , habeis venido á tratar de tan saludables medios , no perdereis nada en ello , atento á que se ha reconocido vuestro buen celo , confesando ser cristiano y leal servidor de S. M. ; por cuya vida y real corona juro de hacer que él os dé una encomienda del hábito de Santiago , y con ella algo con que podais vivir como caballero honrado , tanto vos como vuestros descendientes , y juntamente privilegios reales de vuestra nobleza é hidalguía , la cual será guardada á vos y á ellos para siempre jamás. Y en señal de lo que digo y prometo , recibid de mi mano esta cadena , y tambien la espada que en la cinta llevo , para que de hoy en adelante os tengais por mas caballero de lo que sois , aunque sé muy bien que teneis grande calidad. » Diciendo estas palabras el señor don Juan se quitó del cuello una hermosa y rica cadena de oro , y se la dió al Habaquí , juntamente con la espada que tenia en la correa , que era dorada y de mucho valor. El Habaquí hincadas las rodillas en tierra , quiso besar los piés á S. A. , mas no se lo permitió ; le besó por fuerza las manos dándole palabra de que él haria tanto , que todo el reino se redujera y pusiese á la obediencia de S. A. Con esto se despidió , quedando concertado que con él vendria Avenabó y daria asiento en las paces ; y para que á Avenabó le constase la verdad del tratado , S. A. le dió al Habaquí un anillo de oro en que estaban talladas y esculpidas las armas imperiales de su padre. En seguida salió el Habaquí de Andarax tomando el camino de Valor , donde estaba Avenabó , llevando consigo á los dos compañeros que trajo , y que maravillados de los ofrecimientos que S. A. habia hecho al Habaquí , y de los regalos que le habia dado , concibieron contra él una envidia mortal.

Quando el buen Habaquí llegó de vuelta á Valor , todo el campo salió á

recibirle, y muchos capitanes amigos suyos se holgaron de verle venir tan bien aderezado con aquella rica cadena de oro y la espada dorada. Preguntáronle en qué estado quedaban las cosas, y él le refirió todo lo que habia pasado, con lo cual se alegraron mucho, dando gracias á Dios por tan buen suceso. El Habaquí se presentó luego á Avenabó refiriendo cuanto le habia pasado con el señor don Juan, que habia manifestado mucha alegría de la proposicion de las paces, y prometido hacer mucho bien al estado granadino: que quedaba concertado irian los dos juntos á ver al señor don Juan para dar firme asiento á las paces deseadas; de todo lo cual se mostró muy satisfecho Avenabó, y determinó pasar allá inmediatamente para dar fin á las cosas de la guerra y sacar el mejor partido posible. Así lo hiciera con efecto si lo consintiese la variable fortuna, ó si algun demonio no urdiera otra trama en contra de lo que estaba ya tratado.

Fué así: estando concertados en que irian Avenabó y el Habaquí en compañía de algunos capitanes á besar las manos del señor don Juan, entraron luego aquella misma noche á hablar con Avenabó los dos moros que acompañaron al Habaquí, los cuales llenos de ponzoñosa envidia le dijeron: « Mira, rey Audalla, lo que haces, y de quien te fias: tú enviaste al Habaquí á procurar el bien de todos y tu salvacion; pero él ha procurado mas por su persona, que por la tuya y la de todos, prometiendo como si fuera rey, que haria se redujese todo el reino de Granada, á pesar tuyo y de todo el mundo. Por eso le dió don Juan aquella rica cadena de oro y la espada, que vale una ciudad: él prometió llevarte preso á su presencia. Abre, pues, los ojos, y mira hoy por tí, porque si vas mañana no volverás, ni has de ver concluidas las paces deseadas: considera que porque te llevara preso á su presencia le prometió hacer caballero del hábito de Santiago con grandes privilegios, y que le daria bienes con que vivir, siempre cómodamente él y todos sus descendientes. ¿ Te parece bien, famoso Audalla, que á tu costa triunfe el Habaquí, que él solo se lleve la gloria y honra del rendimiento de las armas, y la reduccion del reino, y que exclusivamente á él se hagan tan singulares mercedes? Pues si así lo quieres, hágase tu gusto, que nosotros con esto cumplimos la obligacion que tenemos de serte leales, y á lo menos no dirás que no fuiste avisado con tiempo para que pudieras remediarte. »

Así hablaron á Avenabó estos traidores. ¡ Oh, gente infame y desleal! de muy lejos te viene ser falsa, y mas mudable que la veleta que está al viento: así por tu falta de fe vinieron á perderse muchas monarquías de reyes moros. ¡ Oh, por el contrario, noble gente española, Dios te guarde y bendiga, pues por tu valor y lealtad tu rey ha venido á sojuzgar el mundo! Pues así como el falso Avenabó tuviese ciegos los ojos de la razon, creyó luego los malos consejos y falaces acusaciones que le dieron contra el buen Habaquí, y muy indignado acordó hacerle matar, y para ejecutarlo sin escándalo mandó á aquellos capitanes y soldados que sabia eran sus mayores amigos, que con cierta gente escogida salieran á guardar unos pasos de que se recelaba, mientras se asentaban las paces. Luego que los capitanes susodichos partieron, dijo Avenabó que queria ir á Pitos de Ferreira, donde su presencia era necesaria; y así se mar-

chó allá con mil hombres, llevando consigo al Habaquí, y estando allá mandó un dia á este que viniera á su posada, y le habló de esta suerte :

Razonamiento de Avenabó cargando al buen Habaquí.

« Di, infame y falso Habaquí, ¿ es esa la lealtad que me has tenido? ¿ Así me pagas las singulares mercedes que te he hecho, los bienes que te he dado, y la autoridad que tienes como general supremo de todo mi campo, despues de mi persona? Así correspondeste á la confianza que he hecho de tí, poniendo en tu mano todas mis cosas, y dándote mi comision, y carta credencial para el hermano del rey de España, á fin de que por mí y en mi nombre diese asiento en las paces? ; Tú vas allá y negocias por tí, atribuyéndote la honra y gloria del rendimiento de las armas y restauracion del reino, y das palabra de llevarme preso ó muerto á la presencia del general de los cristianos! ¿ Entendias que faltaria quien me diese aviso de tu traicion? Muy contento volviste con tu cadena de oro, la espada dorada, y esperanza de la merced del hábito de Santiago: pues hágote saber, que no verás ese dia, que por Mahoma, que te haga yo poner en un palo, para que tu muerte infame sirva de escarmiento á otros que intenten ser traidores, como tú lo has sido conmigo. »

Espantado y muy atónito se quedó el buen Habaquí de las razones de Avenabó, y como estaba exento de culpa en todo aquello que le imputaba, sin mostrar punto de turbacion, y como hombre de valeroso ánimo, respondió de este modo :

Respuesta del capitán Habaquí á Avenabó en su descargo.

« No sé qué causa haya habido, rey Audalla, para que me trates de traidor, no habiéndolo sido jamás, ni á tí, ni á otra persona en el mundo, porque no me viene de línea serlo. Me enviaste á don Juan para que en tu nombre diese asiento en las paces, y yo hice en ello lo que era obligado, hablando por tí como mensajero leal. Si el señor don Juan me dió por su gusto una cadena de oro y esta espada, no por esto incurrí en traicion; y si me ofreció hacer caballero del hábito de Santiago, no hay duda en que á tí te diera mas. Yo dejé tratado que tú y yo iríamos á verle, y allí se daría la conclusion de las paces: si no quieres ir, y de mí no te fias, yo en tu nombre me ofrezco á hacerlas. Sin razon alguna te has indignado contra mí, pues sabes bien que te he servido lealmente, y no puede ser menos que hayan intervenido traidores á indisponerme contigo. Sabe ciertamente, Audalla, que todo el campo estaba amotinado contra tí, y habia muchos conjurados para darte muerte, y por mi respeto se apaciguó todo, y conservas la vida. Pues si esto es así y lo sabes tan de cierto, ¿ porqué me das el nombre de traidor? Haz de mí lo que quieras, que si me mandas dar muerte, no faltará en el campo quien la vengue, y aun si me faltare, sé de cierto que Dios me ha de vengar de tal modo, que viviendo has de sentir mil muertes; pues Dios mira que ha sido

siempre bueno y justo mi celo, y sabe que contra mi voluntad he seguido las banderas moriscas, porque soy verdadero cristiano, redimido con la sangre de Cristo crucificado; y si hoy trataba yo las paces, no era por otra cosa que por el remedio de las almas de los rebeldes. No tengo mas que decirte, haz á tu voluntad, que estoy dispuesto á morir por Dios.»

Con esto el buen Habaquí dió fin á sus razones, las cuales fueron mal entendidas y peor consideradas por Avenabó; y así poseido de una furia infernal le mandó prender y en seguida ahorcar. Prendiéronle luego, y sin embargo de apelacion ni de descargo le llevaron al pié de una zarza con las manos atadas atrás, y le echaron el lazo al cuello, llevando á ejecucion el cruel mandamiento. El buen Habaquí viéndose solo y desamparado de sus amigos, rogó á los que le iban á ahorcar que suspendiesen el acto de aquella injusticia mientras hablaba dos palabras con Dios; y así puestos los ojos en el cielo dijo con muchas lágrimas esta devota oracion :

Oracion que hizo el buen Habaquí á Dios.

Cristo Dios, que en un madero
Moriste, Señor, por mí,
Hoy ampárome de ti,
Pues por tu ley santa muero.

No mires á mis pecados,
Sacrosanto Redentor,
Mas con puro y grande amor
Sean por tí perdonados.

De mi parte está ofenderte,
De la tuya el perdonarme;
No quieras desampararme,
Pues acierto á conocerte.

Muy grandes son mis pecados,
Bien lo tengo en la memoria;
Mas, Señor, misericordia,
Sean por tí perdonados,

Que te ofendí lo confieso,
Que fui malo y fui traidor;
Mas no me juzgues, Señor,
Conforme á mí pecador.

Conforme á tu gran bondad
Me juzga, muy gran Señor,
No mires mi grande error,
Ni mi perversa maldad.

Recibe, Señor, mi alma,
Que presto estará en tus manos,
Y el cuerpo entre los gusanos
Se quedará puesto en calma,
Hasta que vengas, Señor,
A juzgar vivos y muertos,
Quedaré en estos desiertos,
Aguardando en tu favor.

Mas quisiera decir el buen Habaquí implorando el auxilio de Dios; pero no le dieron lugar los envidiosos de su gloria, sino que lo suspendieron de una carrasca, donde murió como cristiano católico, mostrándolo en clamar á Dios y á su bendita Madre para que le asistiese en aquel paso trabajoso.

Luego que fué ahorcado el Habaquí, toda la gente de guerra, considerando el mal porte de Avenabó con tan valeroso capitan, se amotinó contra él de tal suerte, que le convino huir de la furia de los amotinados con un número muy corto de soldados que le siguieron; y sabiendo quienes habian sido causa de la muerte del buen Habaquí, los cogieron y en la misma carrasca los ahorcaron, sin ser nadie parte para poderlos librar. Recogido el cuerpo del Habaquí, se le dió sepultura honrada, mostrando todos en sus lágrimas el grande sentimiento que les causaba su pérdida. Luego se supo por todas partes esta injusta muerte, y los capi-

tanes amigos del valeroso Habaquí á quienes Avenabó habia entretenido fuera de Valor, fueron á buscarle para darle muerte; pero el traidor se escondia, y no le podian hallar. Súpose tambien esta infausta nueva en el real del señor don Juan, y á S. A. y á todo su campo les pesó grandemente. ¿Quién pudiera contar el desconsuelo de las moras y moros que perdiendo la esperanza de las paces se lamentaban vertiendo un raudal de lágrimas por la muerte del buen Habaquí?

Viendo, pues, el Maleh, el capitan Avenaix de Cantoria, el Mozalban, el Dali y Arrendate, que el Habaquí habia dejado 'propuestas las paces bajo las condiciones designadas, determinaron pasar juntos á Andarax á hablar á S. A. para la confirmacion de ellas y conclusion del tratado. Y así, en compañía de mucha gente y de todas sus banderas, fueron á ponerse en manos del señor don Juan, siendo concertado que las armas se rindiesen en Granada, en Guadix y en Almería, y que todos se restituyesen á sus lugares, aguardando las órdenes que se les dieran: que los turcos fueran á embarcarse á Castil de Ferro, como en efecto marcharon con escolta y buena custodia que los asistió hasta dejarlos embarcados, aunque mejor fuera que los degollaran á todos. Viendo los demas capitanes y su gente que las paces estaban ya confirmadas, acudieron á rendir las armas al señor don Juan, siendo todos bien admitidos, y recibiendo especiales mercedes de S. A. Todas las gentes se volvieron á descansar en sus lugares, dando gracias á Dios por un favor tan señalado como el de las paces. Unos iban á Almería, otras á Granada, y allí entregaban las armas. Alrocaime y Abonuaile con sus compañías se fueron á Guadix. Finalmente todo el reino se redujo y rindió las armas: solamente quedaba Avenabó con unos quinientos monfis, pues no le seguia otra gente, y así salian de Granada á buscarle para prenderle ó matarle; y con efecto toda su gente fué muerta y destrozada, y al fin él tambien hallado y preso; y llevándole á Granada montado en una mula, de propósito se dejó caer de unas peñas abajo, y vino á dar en una rambla muy honda hecho pedazos. Allí le cortaron la cabeza y la llevaron á Granada dó está en una jaula de hierro en la puerta del Rastro, con un letrero encima que hoy parece, y dice de esta suerte:

Aquesta cabeza es
Del grande perro Avenabo,
Que con su muerte dió cabo
A la guerra é interés.

Los moros, que quedaban todavía muchos, se pasaron á Africa, y todos los demas que quisieron se redujeron. Tuvo noticia el señor don Juan de que estaba enterrado en Andarax don Fernando de Valor que habia sido rey, y muerto como cristiano; por lo cual mandó S. A. que sus huesos fuesen llevados á Guadix: lo mismo se hizo con el cuerpo del Habaquí, sepultándole honrosamente en su patria, y poniendo encima de su sepulcro este

EPITAFIO.

Aquí yace sepultado
El Habaquí valeroso,
Que por ser hombre famoso
Fué de traidores odiado.

Su alma goza del cielo,
Porque murió buen cristiano,
Y el de Austria con franca mano
Merced le hizo en el suelo.

Mucho sintió Guadix y toda su tierra la muerte del valeroso capitán Habaquí, siendo de todos bien quisto por sus buenas prendas y costumbres. El señor don Juan, dado asiento á las paces, y viendo que no quedaban ya moriscos que no estuviesen reducidos, se fué á Guadix, y de allí dió cuenta á S. M. de lo que pasaba. En seguida mandó S. M. que los moriscos fueran sacados de sus tierras, y llevados á Castilla, á la Mancha, y á otras partes mas distantes del reino de Granada. Publicado este mandamiento, luego se puso por obra su espulsion del reino. ¿Quién podria ahora esplicar el profundo dolor que sintieron los granadinos, al ver que se les mandaba salir de sus tierras? No fué menor que en los cartaginenses cuando despues de rendidas las armas les fué mandado que dejaran á Cartago para que fuese assolada. ¡Cuántas lágrimas se derramaron en todo el estado granadino al tiempo que los moriscos se despedian de sus tierras! ¡Con qué pesadumbre lloraban las mugeres mirando sus casas, abrazando las paredes y besándolas muchas veces, al traer á la memoria sus glorias pasadas, su presente destierro, y sus trabajos por venir! Decian las desventuradas sollozando: ¡Ay, Dios mio, ay tierras mias, que no esperamos veros mas! Muchos pronunciaban aquellas mismas palabras que dijo Eneas al salir de Troya: « ¡Oh tres y cuatro veces fortunados aquellos que peleando murieron al pié de sus muros; pues al fin quedaron en sus tierras, aunque muertos! » Así se lamentaban los moriscos piadosamente llorando; mas si supieran que al fin de tantos trabajos habian de arrancarlos de su patria, mil muertes murieran antes de rendir las armas, ni haber hecho las paces. Finalmente los moriscos fueron sacados de sus tierras; y fuera mejor que no se les sacara, por lo mucho que han perdido de ello S. M. y todos sus reinos. Este fin tuvieron las guerras granadinas, al cabo de mil años que los alarbes habian entrado en España, reinando el señor don Felipe II de este nombre, á quien Dios nuestro Señor guarde largos años.

Sacólas en limpio y acabólas Ginés Perez de Hyta, vecino de Murcia, en 22 de noviembre de 1597.

Del capitulo pasado se hizo este Romance.

Temeroso de la muerte
Estaba Avenabó Audalla,
Viendo como ya la guerra
Con su daño se acababa,

Y tambien sus capitanes
Ya no curan de las armas,
Y los niños y mugeres
Por las paces suplicaban.

Al fin acuerda rendido
 Pedir á don Juan de Austria,
 Que las paces les conceda,
 Como las pide y demanda.
 Que las haciendas se queden
 En los moros de Granada,
 Como solian estarlo,
 Pagando su pecho y farda;
 Y que los turcos se embarquen
 Pasando la mar salada.
 Para tratar de las paces
 Al buen Habaquí enviara,
 Porque es hombre muy prudente
 Y discreto en cualquier habla.
 Marchándose el Habaquí
 Para Andarax caminaba,
 Adonde asiste su alteza
 Y le espuso la embajada,
 Pidiendo las condiciones
 Que Avenabó demandara.
 El buen don Juan las otorga
 Con voluntad pura y llana,
 Y al Habaquí, porque vino
 A traer esta embajada,
 Le dió una cadena de oro
 Y una espada muy dorada.
 Con esto tornó á Avenabo,
 Ya las paces concertadas;
 Mas traidores con envidia
 Al Habaquí maltrataban,
 Dando á entender á su rey
 Que grande traicion le armaba,
 Por querelle llevar preso,
 Y entregarle á don Juan de Austria,
 Con la honra de las paces
 Para su bien ajustadas.
 Avenabó con enojo
 Que le ahorquen luego manda,
 Lo cual al punto fué hecho
 Del ramo de una carrasca.

Murió el Habaquí cristiano,
 Dios perdone la su alma:
 Mucho le pesó á don Juan
 De su muerte desastrada.
 Todo el escuadron morisco
 Se rebela contra Audalla,
 Y así este se va huyendo
 Junto á la Sierra Nevada.
 Allí en una oscura cueva
 Tiene el moro su posada
 Con muy pocos que le siguen
 De los monfis, gente mala.
 Luego los mas capitanes
 De la chusma rebelada,
 Abenaix de Cantoria,
 El Maleh y su mesnada,
 Con otros no pocos moros
 A Andarax hacen jornada,
 Y allí confirman las paces,
 Como estaban ya tratadas.
 A Guadix partió su alteza,
 De allí envia embajada,
 Haciendo saber al rey
 De las paces ya asentadas.
 Su majestad mandó luego,
 Que saliesen de Granada
 Todos los moros y moras
 Y los de las Alpujarras,
 Y que pena de la vida
 A aquel que en contrario haga.
 Mucho sintieron los moros
 Aquesta nueva demanda,
 Que mas quisieran morir,
 Que dejar su dulce patria.
 Mas al fin todos la dejan,
 Y á Castilla se trasladan
 De toda la Andalucia
 Y Sevilla la nombrada,
 Fijándose en otras tierras
 Fuera de lo que es Granada.

FIN.